



ALESSANDRO MANZONI

LOS NOVIOS

Enmarcada en la ocupación española de Lombardía durante el siglo XVII, *Los novios* cuenta la historia de Lucía y Renzo, dos enamorados de origen campesino que se ven cruelmente separados y que, en sus intentos por reunirse, se enfrentarán a los peligros e iniquidades de una época despiadada. Con temas como el amor, la fe y el poder, la obra perdura no solo como la más importante de Alessandro Manzoni, sino como el primer y mejor ejemplo de la novela italiana moderna.

Esta edición ofrece un lúcido prólogo de Francesco Luti, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, y recupera la aclamada traducción de Esther Benítez (1978), que acerca toda la fuerza del original a los lectores hispanohablantes.

Alessandro Manzoni

Los novios

Título original: *I promessi sposi*
Alessandro Manzoni, 1842
Traducción: Esther Benítez
Diseño de cubierta: Francesco Hayez (*El beso*)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

Alessandro Manzoni, el mayor exponente del romanticismo italiano, nació en Milán el 7 de marzo de 1785, de una relación extraconyugal entre su madre, Giulia Beccaria —casada por entonces con el noble Pietro Manzoni— y el literato Giovanni Verri. Giulia se separó de su marido poco después, y el pequeño Alessandro se vio obligado a estudiar en distintos lugares. Para su formación fue decisiva una estancia en París, durante la cual se reunió con su madre, que vivía allí con el conde Imbonati. Todos estos pormenores biográficos pueden encontrarse en el magistral libro de Natalia Ginzburg *La famiglia Manzoni*, por desgracia todavía inédito en España, en el que la autora de *Léxico familiar* no solo investiga la larga vida de Alessandro, sino que ofrece un retrato de su entorno a través de los testimonios de quienes se cruzaron en su camino.

Con *Los novios*, *Il Manzoni* —como se le llama en Italia— ha pasado a la historia por haber dado carta de naturaleza al género novelesco en su país. La suya es una novela histórica orientada hacia una literatura moralmente comprometida, que se afirmó como la obra más representativa del Risorgimento italiano y sigue ocupando un lugar relevante en la literatura europea. La ambición de Manzoni era prestar testimonio de una comunidad que él ya imaginaba como pueblo y nación, y para ello buscó interpretar su presente en clave sociopolítica y ético-religiosa a través de las trágicas contradicciones del siglo xvii.

Ejemplo de *bello scrivere* en italiano, *Los novios* se remonta a la Milán de dos siglos antes y sitúa la acción durante la peste del siglo xvii, presentando la trama como si fuera contemporánea a su escritura. La novela es el resultado de una larga búsqueda. En el mes de abril de 1821, estando en la Villa di Brusuglio, dedicado a la lectura de obras de historia del siglo xvii, Manzoni decide escribir una «novela histórica». El término aparece definido en una carta al amigo filólogo Claude Charles Fauriel de fecha 3 de noviembre de 1821. Manzoni habla de «*représentation d'un état donné de la société par le moyen de faits et de caractères si semblables à la réalité, qu'on puisse les*

croire une histoire véritable»^[1]. Se trata, pues, de la representación de la sociedad en un momento dado, que se manifiesta a través de hechos y caracteres tan cercanos a la realidad que pueden ser creídos como si se tratara de una historia verdadera. En la misma carta, Manzoni añade que el resultado debe verse como una exposición de costumbres verdaderas y reales por medio de hechos inventados.

Ese es el género elegido para dar la ilusión de lo verdadero centrándose en una época en la que encontraría ejemplos para concebir el argumento y dividir a los hombres en poderosos y humildes, buenos y malos, virtuosos y pecadores, así como le revela a Fauriel. Tratar los acontecimientos de la Lombardía del *Seicento*, en el momento de la dominación española, le sirvió al autor para aludir a lo que era su presente en el siglo XIX, cuando Italia se encontraba bajo la dominación austriaca, cumpliendo con su espíritu patriótico. Elegir un momento de decadencia italiana desde el punto de vista político, económico y moral, con especial atención a las consecuencias sociales de la crisis y las reacciones del Gobierno y de la gente, dio por resultado la que hoy, como señala el historiador inglés Peter Burke en un ensayo, llamaríamos historia social, cultural o sociocultural^[2].

De ese periodo podían surgir advertencias y enseñanzas éticas, políticas y morales para el lector italiano contemporáneo a Manzoni. El autor experimenta, además, una pujante exigencia de verdad y aspira a poder expresarla por completo en forma de novela histórica. Para lograr más verosimilitud, Manzoni imagina que encuentra un borrador del siglo XVI y que lo descifra con un trabajo de reescritura lingüística y estilística. Desde el comienzo, la preocupación principal es la elección de la lengua. Utiliza el expediente que se lee en el subtítulo: «Storia milanese del secolo XVIII scoperta e rifatta da Alessandro Manzoni» («Historia milanese del siglo XVIII descubierta y reescrita por Alessandro Manzoni»), y empieza la redacción interrumpiéndose a menudo para terminar *Adelchi*, tragedia que trata de la caída de la dinastía que reinaba en la época de la invasión longobarda. Sin embargo, seguía consultando documentos e integrando el material para la novela. Volvió a ella en septiembre de 1822 y acabó la primera redacción el 17 de ese mismo mes de 1823, a la cual puso el título de *Fermo e Lucia*. La intención era sugerir, con una mirada general, hasta qué punto podía influir el elemento político sobre los mecanismos de la vida pública^[3]. Entre 1824 y 1826 Manzoni opta por una drástica reestructuración de *Fermo e Lucia*, modificando enredos y hechos principales. Vuelve a publicar la obra, esta vez bajo el título *I promessi sposi* —que en castellano se traducirá como *Los*

novios— en junio de 1827, y esta edición se conocerá como la primera edición revisada. La segunda y última revisión de *Los novios* se hará a lo largo de los siguientes trece años, con profundos cambios lingüísticos que desembocarán en la edición definitiva de noviembre de 1840.

En *Los novios* la microhistoria de dos trabajadores de origen campesino de la zona de Como, Renzo Tramaglino y Lucia Mondella, empleados en una hilandería, se funde con la macrohistoria. Los prometidos se verán envueltos en algo que en principio los supera, mientras otras microhistorias se cruzan en su camino. Las vicisitudes sufridas por estos humildes personajes aparecen como el resultado concreto de causas que, representadas mediante una conexión tan íntima y lógica, se leen como una historia verdadera. Renzo y Lucia, y el mismo padre Cristoforo, ascienden a héroes positivos. Su condición conlleva una nobleza que los sitúa en un grado superior a los que ostentan el poder y quieren aplastarlos. Toda la trayectoria artística de Manzoni vela por la verdad absoluta, de la cual quería ser el portavoz en la literatura de la *nuova Italia*. Las vicisitudes de los dos campesinos cobran visos universales cuando Manzoni logra enfocar un microcosmos popular convirtiéndolo en *exemplum* de vicios y virtudes de todo ser humano. Página tras página, los personajes van intentando caminos, y Manzoni comprueba sus actitudes frente a las verdades elementales de Dios. Lucia es el personaje menos novelesco por su silencio, por su renuncia a contrastar la realidad. Su religiosidad y su manera de actuar son exactamente el polo opuesto de las de su antagonista más intensa: Gertrude, la rebelde monja de Monza.

Muchas son las fuentes de inspiración. La experiencia personal y la imaginación de Manzoni se unen a la fascinación por el pasado desde sus primeras obras. En sus dos tragedias, *Il Conte di Carmagnola* (1820) y *Adelchi* (1822), se había beneficiado de la lectura de *Storia delle Repubbliche italiane* (1807-1818) del suizo Simonde de Sismondi. Para *Los novios* le fueron útiles las historias de Inglaterra de David Hume, las obras de Giuseppe Ripamonti (*Historia Mediolanensis, De peste Mediolani*) y de Alessandro Tadino (*Raguaglio*), donde encuentra información sobre la carestía, la peste, la insurrección y la presencia de los lansquenets en la Lombardía del siglo XVII. Manzoni también investiga a personajes que existieron realmente, como la monja de Monza, el cardenal Federigo Borromeo y el Innominado, uno de los personajes más fascinantes del libro (Bernardino Visconti, del cual Manzoni no quiso revelar el nombre). El autor tenía los documentos sobre el procedimiento judicial en contra de la monja en la mesita de trabajo que hoy se encuentra en Milán, en la Casa Manzoni.

Entre las obras de literatura que pudieron influir en *Los novios*, cabe nombrar *La Vie de Marianne*, de Marivaux, y *La religiosa*, de Diderot, para caracterizar el personaje de la monja. Para delinear los rasgos de don Ferrante, se sirvió sin duda de *Don Quijote*. En *Sul commercio de' commestibili* (1801-1802), de Melchiorre Gioia, Manzoni descubrió las famosas proclamas del Gobierno español. En una de estas prohibiciones lee que se podía impedir a un cura celebrar una boda. Es precisamente el conocimiento de esta noticia el desencadenante de la trama de la obra, que muestra cómo dos enamorados a punto de casarse ven desvanecerse su propósito por el capricho de don Rodrigo, un prepotente hacendado que promete a su primo que poseerá a Lucia, y por la vileza de un cura que cede a las amenazas del mismo don Rodrigo. En el subsiguiente conjunto de enredos, golpes de efecto, sacrificios, asaltos, secuestros, separaciones y huidas, participan hombres y mujeres de la Iglesia, políticos, hombres del pueblo, en un escenario de insurrecciones, peste y carestía. El lector de su tiempo bien podía asociar los acontecimientos del *Seicento* con la tragedia que vivía su época.

¿Por qué leer hoy en día *Los novios*? ¿Puede todavía esta obra decir algo al lector actual? Hay muchas razones para responder afirmativamente. ¿No hablan de nosotros los capítulos sobre la peste? La epidemia a la que se refiere Manzoni estalló en el otoño de 1629 y duró hasta el verano de 1630. La novela describe con detalle, desde el capítulo XXXI hasta el XXXIII, la propagación de la enfermedad, que al principio no se pretende clasificar como plaga. El Tribunal de Sanidad advierte a las autoridades del peligro de una pandemia, pero hay otros intereses en juego, como la guerra de Mantua, en la que también participan el ducado de Saboya, Francia y España. El pueblo y algunos médicos niegan la existencia de la plaga, y los que advierten a la comunidad son insultados públicamente. Las víctimas de la peste se curan en el lazareto, del que muchos salen para acabar en la fosa común. Los que sobreviven, sin embargo, tienen que pasar un periodo de cuarentena con otros convalecientes.

El tema de la justicia también nos toca de cerca. La ironía de Manzoni muestra cómo la abundancia de medidas judiciales sirve para ocultar la debilidad del sistema, incapaz de hacer cumplir la ley y castigar a quienes la transgreden. Al igual que las proclamas españolas, escritas en un lenguaje complicado con abundancia de términos latinos, las leyes actuales emplean tecnicismos que no facilitan su comprensión. Cuando leemos el principio de la novela y la forma en que los buenos amenazan al cura que iba a casar a los

dos prometidos, es probable que el episodio nos recuerde todos los abusos, intimidaciones y prevaricaciones que siguen existiendo en nuestra sociedad. Y, pensando en Renzo y Lucia, es inevitable imaginar a los jóvenes de hoy y sus dificultades para convivir y para construir una posición sólida sobre la que edificar su futuro.

Cuando se cumplen doscientos años de la primera edición de la novela (1823), sigue llamando la atención el lenguaje con el cual Manzoni forjó su obra maestra. Desde este punto de vista, *Los novios* es una obra capital. Fue la primera novela italiana moderna, ya que, hasta aquel momento, el género existía solo como libros de entretenimiento, desprovistos de la dignidad estética del trabajo manzoniano. Hoy *Los novios* sigue siendo una referencia para todo escritor que quiera medirse con su tiempo e intentar escribir diferenciándose de la mayoría de los autores que parecen utilizar la misma pluma. No olvidemos la influencia de Manzoni en Carlo Emilio Gadda, Leonardo Sciascia o Italo Calvino, por nombrar a tres grandes escritores italianos del siglo xx, cada uno completamente distinto de los otros.

Manzoni hizo que la novela italiana se pusiera a la altura de las grandes novelas francesas, rusas e inglesas. La suya fue sobre todo una revolución del estilo, que alterna diferentes registros (cómico, satírico y humorístico; trágico, épico, elegíaco) y fija un modelo de narración burguesa. Un estilo realista que permite relatar las peripecias de hombres comunes y sus conversaciones cotidianas, así como dibujar la psicología de personajes no ilustres, con retratos ejemplares de campesinos, artesanos y tenderos. Alberto Moravia habla de «tentativa de realismo católico, un siglo antes del realismo socialista»^[4]. Cabe destacar también que Manzoni se sirve de la ironía —una ironía cariñosa hacia sus criaturas— para retratar las actitudes de una clase social a la que no pertenecía. La otra cara de la medalla son los privilegiados de la escala social: los príncipes, hacendados y terratenientes que deciden por los demás. El autor ahonda en sus psicologías, y con su luz de novelista cristiano ilumina los contrastes de sus conciencias. Hay páginas de digresiones históricas en las que su voz tiene un acento de reprimenda: se muestra a políticos, caudillos, eclesiásticos y dignatarios más preocupados por sus intereses personales que por Dios. Manzoni ataca ese mundillo de mediocres con ironía, y reserva su capacidad elegíaca cuando mira a los oprimidos.

Toca a Manzoni dar el empuje definitivo a la *questione della lingua* que acompañaba la literatura italiana desde sus orígenes. El autor lombardo transforma el italiano, idioma de tradición, en idioma vivo. Es una decisión

lingüística en el momento en que se acababa de resolver la cuestión histórica y política. Su propuesta es paralela al proceso social que llevará a la unificación del país en 1861. Para él, la lengua italiana está en Florencia como la lengua latina estaba en Roma, y buscando el idioma italiano se propone encontrar el medio con el cual se podrán entender italianos con italianos. Considera las palabras el espejo de la realidad y un medio que esté al alcance de todos. Las propuestas serán escuchadas por el nuevo Ministerio de Instrucción Pública, que a su vez forma una comisión y lo nombra presidente. Se elige el florentino como idioma nacional, y Manzoni lo ve como un ejemplo que poseía la frescura de lo cotidiano, y el prestigio y la dignidad de lengua nacional tal como deseaba Dante. En 1868 Manzoni redacta el informe *Dell'unità della lingua e dei mezzi per diffonderla*. Dos años más tarde publica el *Novo vocabolario della lingua italiana secondo l'uso di Firenze*. Sus resoluciones no se refieren solamente al vínculo lengua-literatura, sino que se centran también en el binomio lengua y sociedad.

Manzoni se había familiarizado con el florentino en Brusuglio, donde veraneaba Emilia Luti, de Florencia, institutriz de su sobrina Rina. Más tarde, se propuso perfeccionarlo a orillas del Arno durante la refundición definitiva de *Los novios*, un proceso que desde 1827 hasta 1840 le permite adaptar su obra al florentino hablado. Las famosas palabras *A Firenze per risciacquare i panni in Arno* («Ir a Florencia para lavar la ropa en el Arno») indican cuánto influyó el encuentro de Manzoni con la lengua media y culta de la zona. En ella encuentra un modelo adoptable por todos los italianos que resuelve de una vez la fractura entre idioma escrito y hablado, con vistas a una inminente unidad nacional. La democratización estilística de *Los novios* conserva un valor revolucionario: propone ajustar las posibilidades expresivas a las exigencias de nuevos lectores, los lectores de la futura Italia unida, y sigue considerándose el punto más maduro y logrado de todo el itinerario artístico de Manzoni.

El proyecto intelectual de Manzoni era reflexionar sobre los acontecimientos italianos y europeos de su época. Años después de la publicación de la edición de 1840, Manzoni continúa reflexionando sobre su obra en *Del romanzo storico e, in genere, de' componimenti misti di storia e d'invenzione*. Publicado en 1850, la obra expone los motivos de su renuncia a continuar con el género narrativo. Manzoni considera que los lectores no aceptan una ficción que contraste o contradiga la realidad, los datos empíricos y los acontecimientos históricos, o que se sobreponga a ellos. El arte debe enfrentarse a la Historia. El autor también distingue la poesía de la Historia y

declara que la poesía especifica y representa los hechos humanos en su individualidad y profundidad psicológica, mientras que la Historia los muestra desde el exterior, como en la superficie, añadiendo que la poesía retrata estos hechos con un desarrollo «exclusivement propre à son art»^[5]. Como todo romántico, Manzoni no aceptaba las obras poéticas fundadas en la imaginación abstracta, sino que reivindicaba la necesidad de que el poeta, sin mezclarse con el historiador, sacara de la Historia la materia de su inspiración. La poesía debía sugerir al lector (o al espectador, dado que el teatro fue la primera referencia del escritor) la impresión de que los hechos eran verdaderos. En ese sentido, cabe señalar que, aún en nuestros días, un historiador como el citado Peter Burke considera a Manzoni no solo un novelista, sino un historiador social y cultural de la Lombardía del siglo xvi que utilizó la ficción^[6].

Traducida desde su primera versión a diferentes idiomas, *Los novios* llega a ser tan pirateada que Manzoni tiene que esperar años la merecida retribución. En 1828 salen un par de versiones en francés; en 1827, una en alemán; en 1828, en inglés; luego en holandés, en sueco y pronto en otros muchos idiomas europeos. Entre sus admiradores, el primero es Walter Scott, pero también lo leen Lamartine, Chateaubriand, Pushkin, Hofmannsthal y Edgar Allan Poe. Por lo que se refiere a España, la fortuna de Manzoni contradice en buena medida la tendencia general de la literatura escrita en su lengua: mientras en el Renacimiento el influjo italiano había sido muy evidente, en el siglo xix la huella de la literatura italiana es más discreta. La obra de Manzoni, traducida en 1833 con el título *Lorenzo o los prometidos esposos*, recibe buenas críticas en los periódicos de la época y cosecha un gran éxito. En el siglo xx, Miguel de Unamuno llega a considerar a su autor una figura imprescindible. Gracias a las abundantes citas de Manzoni encontradas sobre todo en sus ediciones de *Il cinque maggio* y de *Promessi sposi*, se deduce que conocía buena parte de sus obras^[7].

Novela de sentimientos, de ideas; novela histórica, social, psicológica, de aventura, *Los novios* es todo esto y mucho más. Manzoni logra un equilibrio desde el principio atando los hechos históricos del siglo xvii en Europa a las aventuras de los novios. Los hechos narrados son propios de una novela de enredos. Desde el comienzo, una de las características es el uso de la digresión, que alivia la página evitando que se sobrecargue de acontecimientos. Para llegar al punto final el lector debe acompañar toda la travesía de la pareja de humildes y de los demás personajes, y con el tiempo algunos se trasforman en retratos proverbiales.

Permítaseme recordar el famoso íncipit que, en las escuelas italianas, se sigue considerando un ejemplo de *bello scrivere*:

Ese ramal del lago de Como que tuerce hacia mediodía, entre dos cadenas ininterrumpidas de montes, todo ensenadas y golfos, según aquellos sobresalgan o se retiren, se estrecha, casi de repente, tomando curso y figura de río, entre un promontorio a la derecha, y una amplia orilla por la otra parte [...].

El texto arranca con una escenografía grandiosa y móvil, pero no nos muestra aún al personaje. Esto quita al lector la emoción fuerte que advierte cuando, dos páginas después, en cambio, se define la figura de don Abbondio. Cuando leemos el inicio, típico del siglo XIX, con las coordenadas de espacio y de tiempo, percibimos la sabiduría literaria, pero no es tan irresistible como en la escena en que aparece el prudente cura. La presencia del hombre anima el paisaje de una vitalidad repentina. Es una escena inolvidable que se convierte en el verdadero comienzo del libro. Aparece el personaje, y la única acción que cumple es de total desempeño:

Recitaba tranquilamente su oficio, y a veces, entre un salmo y otro, cerraba el breviario, metiendo en él, como señal, el índice de la mano derecha, y después, cruzando las dos manos a la espalda, proseguía su camino, mirando al suelo, y lanzando con un pie hacia la tapia los guijarros que estorbaban en el sendero; después alzaba el rostro y, volviendo ociosamente los ojos a su alrededor, los clavaba en la parte de un monte, donde la luz del sol, ya desaparecido, escapando por las hendiduras del monte frontero, se pintaba aquí y allá sobre los peñascos salientes, como anchas y desiguales piezas de púrpura.

La sola acción agresiva es chutar unos guijarros. Poco más tarde se cruzará con los «bravos»^[8], que lo esperan. De pronto se ve atacado por el peligro. El lector puede identificarse en este paseo vespertino del personaje; sin embargo, tenemos el presentimiento de que algo puede acontecer. Es un inicio logrado porque envuelve a los lectores en la amenaza repentina, y desencadena el desarrollo de una novela que hoy conserva la capacidad de arrastrar al lector hasta el final.

Como escribió Federigo Tozzi —quien, con Italo Svevo y Luigi Pirandello, en las primeras décadas del siglo XX aporta en Italia los resultados más renovadores del pensamiento europeo en el campo literario—, cuando se lee que don Abbondio se cruza con los bravos es imposible olvidar la escena, porque la representación aporta pruebas irrefutables de lo que el cura piensa y hace en esos momentos, y permite que el lector intuya toda la existencia de ese hombre^[9].

Ahora, pensando en el lector de hoy que está a punto de empezar *Los novios*, me permito utilizar una de sus célebres frases: *Adelante, presto, con juicio*^[10].

FRANCESCO LUTI

INTRODUCCIÓN

«La Historia se puede en verdad definir como guerra ilustre contra el Tiempo, porque arrebatándole de las manos los años sus prisioneros, más aún, ya cadáveres, los reclama a la vida, les pasa revista, y los forma de nuevo en orden de batalla. Pero los ilustres Campeones, que en tal Liza cosechan Palmas y Lauros, se extasían solo con los despojos más fastuosos y brillantes, embalsamando con sus tintas las Empresas de Príncipes y Potentados, y cualificados Personajes, y respunteando con la finísima aguja del ingenio los hilos de oro y seda, que forman un perpetuo bordado de Acciones gloriosas. Mas a mi debilidad no le es lícito alzarse a tales argumentos y sublimidades peligrosas, aventurándose entre Laberintos de Políticas intrigas y estruendo de bélicos Clarines; solo que, habiendo tenido noticia de hechos memorables, aunque sucedieron a gente mecánica y de vulgar condición, me dispongo a dejar memoria de ellos a la Posteridad, haciendo de todo escueto y fiel Relato, o sea, Relación. En la cual se verán en angosto Teatro luctuosas Tragedias de horrores, y Escenas de maldad grandiosa, con intermedios de Empresas virtuosas y bondades angélicas, opuestas a las operaciones diabólicas. Y verdaderamente, considerando que estos nuestros climas están bajo el amparo del Rey Católico nuestro Señor, que es ese Sol que jamás se pone, y que sobre ellos, con refleja Luz, cual Luna jamás menguante, resplandece el Héroe de noble Prosapia que *pro tempore* ostenta su papel, y los Amplísimos Senadores cual estrellas fijas, y los otros Respetables Magistrados cual errantes Planetas expanden la luz por doquier, viniendo así a formar un nobilísimo Cielo, no podría hallarse otra causa de verlo transmutado en infierno de actos tenebrosos, maldades y sevicias que por obra de hombres temerarios se van multiplicando, si no es por arte y hechura diabólica, considerado que la humana malicia no podría bastar por sí sola para resistir a tantos Héroes, que con ojos de Argos y brazos de Briareo vanse ajetreando por los públicos emolumentos. Por lo cual, al escribir este Relato acaecido en tiempo de mi verde estación, y aunque la mayor parte de las personas que en él representan sus papeles hayan desaparecido de la Escena del Mundo, haciéndose

tributarias de las Parcas, no obstante, por dignos respetos, se callarán sus nombres, esto es su linaje, y lo mismo se hará con los lugares, indicando solo los Territorios *generaliter*. Nadie dirá que esto sea imperfección del Relato y deformidad de este mi tosco Parto, a menos que el tal Crítico sea persona del todo ayuna de Filosofía; en cuanto a los hombres en ella versados, bien verán que nada falta a la sustancia de dicha Narración. Pues siendo cosa evidente y por nadie negada que los nombres no son sino puros, purísimos accidentes...».

«Pero, cuando haya soportado yo el heroico trabajo de transcribir esta historia de este descolorido y arañado autógrafo, y la haya sacado a la luz, como suele decirse, ¿habrá quien soporte el trabajo de leerla?».

Esta reflexión dubitativa, nacida de la dificultad de descifrar un garabato que venía después de «accidentes», me hizo suspender la copia, y pensar más seriamente en qué convenía hacer. «Es muy cierto —decía para mí, hojeando el manuscrito—, es muy cierto que esta granizada de conceptillos y figuras no continúa así en toda la extensión de la obra. El buen seiscentista ha querido al principio hacer alarde de su maestría; pero después, en el curso de la narración, y a veces durante largos trechos, el estilo camina mucho más natural y más llano. Sí, pero ¡qué adocenado!, ¡qué desgarrado!, ¡qué incorrecto! Idiotismos lombardos a pedir de boca, frases de la lengua empleadas con desacierto, gramática arbitraria, periodos desquiciados. Y, además, algunas elegancias españolas diseminadas aquí y allá; y además, lo cual es peor, en los lugares más terribles o más conmovedores de la historia, en toda ocasión de suscitar maravilla, o de hacer pensar, en suma, en todos los pasajes que requieren un poco de retórica, sí, pero retórica discreta, fina, de buen gusto, el hombre no deja nunca de abrumarnos con la misma del proemio. Y entonces, aliando, con admirable habilidad, las cualidades más opuestas, encuentra la manera de resultar al tiempo tosco y afectado, en la misma página, en el mismo periodo, en el mismo vocablo. Aquí está: declamaciones ampulosas, compuestas a fuerza de solecismos pedestres, y por doquier esa torpeza ambiciosa, que es el carácter propio de los escritos de ese siglo, en este país. En verdad, no es cosa para presentarla a lectores de hoy, demasiado avispadados, demasiado disgustados con este género de extravagancias. Menos mal que se me ha ocurrido esta buena idea al principio de tan desdichado trabajo: y me lavo las manos».

Sin embargo, en el momento de cerrar el cartapacio, para dejarlo en su lugar, lamentaba que una historia tan bella tuviera que quedar ignorada; porque, como historia, puede que el lector opine otra cosa, pero a mí me había

parecido bella, como digo; muy bella. «¿Por qué no se podría —pensé— tomar la serie de hechos de este manuscrito y rehacer su estilo?». Al no haberse presentado ninguna objeción razonable, abracé de inmediato ese partido. Y ese es el origen del presente libro, expuesto con una ingenuidad pareja a la importancia del libro mismo.

Sin embargo, algunos de aquellos hechos, ciertas costumbres descritas por nuestro autor nos habían parecido tan nuevos, tan extraños, por no decir peor, que, antes de prestarles fe, hemos querido interrogar a otros testigos; y nos pusimos a rebuscar en las memorias de la época, para aclarar si verdaderamente el mundo caminase entonces de ese modo. Tal investigación disipó todas nuestras dudas: a cada paso topábamos con cosas similares, y con cosas aún más fuertes; y, lo que nos pareció más decisivo: encontramos incluso algunos personajes cuya existencia real poníamos en duda, no habiendo tenido noticia nunca salvo por nuestro manuscrito. Llegado el caso, citaremos algunos de esos testimonios, para procurar crédito a ciertas cosas, a las que el lector se vería tentado de negárselo, a causa de su extrañeza.

Pero, rechazando como intolerable el estilo de nuestro autor, ¿con qué estilo lo hemos sustituido? He aquí la cuestión.

Quienquiera que, sin ser solicitado, se entromete a rehacer una obra ajena se expone a rendir estrecha cuenta de la suya, y contrae en cierto modo esa obligación; esta es una regla de hecho y de derecho, a la cual no pretendemos sustraernos. Más aún, para acomodarnos a ella de buen grado, nos habíamos propuesto dar aquí minuciosa razón del modo de escribir que adoptamos; y, con tal fin, hemos ido tratando de adivinar, durante todo el tiempo del trabajo, las críticas posibles y contingentes, con intención de rebatirlas todas por anticipado. No habría estribado en esto la dificultad, pues (debemos decirlo en honor a la verdad) no se nos presentó a la mente una crítica que no viniera acompañada por una respuesta triunfante, de esas respuestas que no digo que resuelvan las cuestiones, pero que las mudan. A menudo, también, enzarzando dos críticas entre sí, las hacíamos derrotar una por otra; o, examinándolas bien a fondo, comparándolas atentamente, conseguíamos descubrir y demostrar que, aunque opuestas en apariencia, eran del mismo género, nacían ambas de no fijarse en los hechos y los principios sobre los que debía basarse el juicio; y poniéndolas juntas, con gran sorpresa suya, las mandábamos juntas a paseo. Nunca habría habido autor que probase con tanta evidencia haber procedido bien. Pero ¿cómo? Cuando llegamos al punto de recoger todas las objeciones y respuestas dichas, para disponerlas con cierto orden, ¡válgame Dios!, ¡venían a formar todo un libro! En vista de lo cual

hemos abandonado la idea, por dos razones que el lector encontrará ciertamente buenas: la primera, que un libro empleado para justificar otro, más aún, el estilo de otro, podría parecer ridículo; la segunda, que de libros basta con uno cada vez, cuando no sobra.

I

Ese ramal del lago de Como que tuerce hacia mediodía, entre dos cadenas ininterrumpidas de montes, todo ensenadas y golfos, según aquellos sobresalgan o se retiren, se estrecha, casi de repente, tomando curso y figura de río, entre un promontorio a la derecha, y una amplia orilla por la otra parte; y el puente, que allí une las dos riberas, parece volver aún más sensible a la vista esa transformación, y marcar el punto donde el lago cesa y comienza el Adda, para tomar después otra vez el nombre de lago donde las riberas, alejándose de nuevo, dejan al agua extenderse y disminuir su velocidad en nuevos golfos y nuevas ensenadas. La orilla, formada por los depósitos de tres caudalosos torrentes, descende apoyada en dos montes contiguos, llamado el uno de San Martín, y el otro, con voz lombarda, el Resegone, por sus muchos picos en fila que verdaderamente lo hacen asemejarse a una sierra; de modo que no hay quien, a primera vista, con tal que sea de frente, como por ejemplo desde lo alto de las murallas de Milán que miran al septentrión, no lo distinga al instante, por tal señal, de los otros montes de nombre más oscuro y forma más común de aquella larga y vasta cordillera. Durante un buen trecho, la costa sube con un declive lento y continuo; después se rompe en collados y vallecitos, en repechos y explanadas, según la osamenta de los dos montes y el trabajo de las aguas. El borde último, cortado por las desembocaduras de los torrentes, es casi todo de grava y guijarros; el resto, campos y viñedos, sembrados de pueblos, quintas, caseríos; en alguna parte bosques, que se prolongan montaña arriba. Lecco, el principal de esos pueblos, y que da nombre al territorio, yace no muy lejos del puente, a la orilla del lago, e incluso llega en parte a encontrarse en el lago mismo, cuando este crece: un gran pueblo hoy en día, y que se encamina a convertirse en ciudad. En la época en que sucedieron los hechos que vamos a narrar, el pueblo, ya considerable, era también una plaza fuerte, y por ello tenía el honor de alojar a un comandante, y la ventaja de poseer una guarnición estable de soldados españoles, que enseñaban la modestia a las muchachas y a las mujeres del país, acariciaban de vez en cuando las espaldas de algún marido, de algún

padre, y, al acabar el verano, nunca dejaban de diseminarse por los viñedos, para mermar las uvas y aliviar a los campesinos de los trabajos de la vendimia. De un lado a otro de aquel terreno, desde las alturas hasta la ribera, de un collado a otro, discurrían, y discurren todavía, caminos y caminitos, más o menos empinados, o llanos; de vez en cuando hundidos, enterrados entre dos muros, donde, alzando la mirada, no descubrís sino un trozo de cielo y alguna cima de un monte; de vez en cuando elevados sobre terraplenes abiertos, y desde allí la vista se dilata sobre perspectivas más o menos extensas, pero siempre ricas y siempre con algo nuevo, según los diversos puntos abarquen más o menos de la vasta escena circundante, y según esta o aquella parte campee o se acorte, despunte o desaparezca alternativamente. Aquí un trozo, allí otro, allá una larga extensión de aquel vasto y variado espejo de agua; por aquí lago, cerrado en el extremo o más bien perdido en un grupo, en un ir y venir de montañas, y cada vez más ancho entre otros montes que se despliegan, uno por uno, ante la mirada, y que el agua refleja invertidos, con las aldeas colocadas en las riberas; por allá, brazo de río, después lago, después río de nuevo, que va a perderse con brillante serpenteo entre los montes que lo acompañan, empequeñeciéndose poco a poco y casi perdiéndose también ellos en el horizonte. El propio lugar desde donde contempláis estos variados espectáculos es un espectáculo por todas partes: el monte, por cuyas faldas paseáis, despliega, por encima, alrededor, sus cimas y barrancos, distintos, prominentes, mudables casi a cada paso, abriéndose y perfilándose en cordilleras lo que os había parecido primero una sola cordillera, y apareciendo en la cima lo que poco antes se os figuraba en la costa. Y lo ameno, lo doméstico de esas faldas atempera gratamente lo salvaje, y engalana mucho más lo magnífico de las otras vistas.

Por uno de esos caminitos regresaba tranquilamente a su casa después del paseo, al atardecer del día 7 de noviembre del año 1628, don Abbondio, cura de uno de los pueblos antes aludidos; el nombre de este, y el apellido del personaje, no se encuentran en el manuscrito, ni en este lugar ni en otro. Recitaba tranquilamente su oficio, y a veces, entre un salmo y otro, cerraba el breviario, metiendo en él, como señal, el índice de la mano derecha, y después, cruzando las dos manos a la espalda, proseguía su camino, mirando al suelo, y lanzando con un pie hacia la tapia los guijarros que estorbaban en el sendero; después alzaba el rostro y, volviendo ociosamente los ojos a su alrededor, los clavaba en la parte de un monte, donde la luz del sol, ya desaparecido, escapando por las hendiduras del monte frontero, se pintaba aquí y allá sobre los peñascos salientes, como anchas y desiguales piezas de

púrpura. Abierto después de nuevo el breviario, y recitado otro fragmento, llegó a un recodo del camino donde solía alzar siempre los ojos del libro y mirar ante sí; eso hizo también aquel día. Tras el recodo, el camino seguía derecho, quizá unos sesenta pasos, y después se dividía en dos sendas, en forma de ípsilon; la de la derecha subía hacia el monte y llevaba a la parroquia; la otra descendía por el valle hasta un torrente, y por esta parte la cerca solo llegaba a la cintura del transeúnte. Las cercas interiores de las dos sendas, en vez de unirse en ángulo, terminaban en una capillita, en la que estaban pintadas unas figuras largas, serpenteantes, rematadas en punta, y que, en la intención del artista y a los ojos de los habitantes del vecindario, querían ser llamas; alternadas con las llamas, otras figuras imposibles de describir, que querían ser almas del purgatorio: almas y llamas de color ladrillo, sobre un fondo grisáceo, con algún desconchado acá y allá. El cura, al llegar al recodo, y dirigir, como solía, la vista a la capillita, vio algo que no se esperaba, y que no habría querido ver. Había dos hombres, uno frente a otro, en la confluencia, por así decirlo, de las dos sendas: uno de ellos, a horcajadas sobre la cerca baja, con una pierna colgando por la parte de dentro y el otro pie posado en el suelo del camino; su compañero, de pie, apoyado en la cerca, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ropas, su porte y lo que, desde el lugar adonde había llegado el cura, se podía distinguir de su aspecto, no dejaban dudas sobre su condición. Ambos llevaban en la cabeza una redecilla verde que caía sobre el hombro izquierdo, rematada por una gran borla, y de la cual salía sobre la frente un enorme tufo; dos largos bigotes de puntas rizadas; un brillante cinturón de cuero, y colgadas de él dos pistolas; un pequeño cuerno lleno de pólvora, cayendo sobre el pecho, como un collar; el mango de un gran cuchillo que asomaba por un bolsillo de los amplios y fruncidos calzones; un espadón, con una gran guarnición calada de láminas de bronce, dispuestas como en cifra, pulidas y relucientes. A primera vista se daban a conocer como individuos de la especie de los bravos.

Esta especie, ahora del todo perdida, era entonces muy floreciente en Lombardía, y ya muy antigua. Para quien no tenga una idea de ella, he aquí algunos fragmentos auténticos, que podrán dársela suficiente de sus caracteres principales, de los esfuerzos hechos para extinguirla y de su dura y pujante vitalidad.

Desde el 8 de abril del año 1583, el ilustrísimo y excelentísimo señor don Carlos de Aragón, príncipe de Castelvetro, duque de Terranova, marqués de Avola, conde de Burgeto, gran almirante y gran condestable de Sicilia, gobernador de Milán y capitán general de Su Majestad Católica en Italia,

«plenamente informado de la intolerable miseria en que ha vivido y vive esta ciudad de Milán, por causa de los bravos y vagabundos, publica un bando contra ellos. Declara y define a todos aquellos comprendidos en este bando, y débense considerar bravos y vagabundos... quienes, siendo forasteros o del país, no tienen oficio alguno, o, teniéndolo, no lo ejercen... sino que, sin salario, o bien con él, se arriman a algún caballero o hidalgo, funcionario o comerciante... para protegerlo y valerle, o verdaderamente, como puede presumirse, para tender insidias a otros...». A todos les ordena que, en el término de seis días, despejen el país, impone la pena de galeras a los reacios, y da a todos los funcionarios de la justicia las facultades más extrañamente amplias e indefinidas para la ejecución de la orden. Pero al año siguiente, el 12 de abril, descubriendo dicho señor «que esta Ciudad está todavía llena de dichos bravos... que han vuelto a vivir como antes vivían, sin haber mudado de costumbres, ni haber menguado de número», publica otro bando, aún más riguroso y notable, en el cual, entre otros ordenamientos, prescribe:

«Que cualquier individuo, tanto de esta Ciudad, como forastero, de quien por dos testigos conste que se le tiene y comúnmente se le considera como bravo, y se le da tal nombre, aunque no se compruebe que haya cometido delito alguno..., por esa sola reputación de bravo, sin otros indicios, puede ser sometido por dichos jueces y por cada uno de ellos a la cuerda y al tormento, por expediente informativo... y, aunque no confiese delito alguno, mándesele a galeras, por dichos tres años, por la sola opinión y nombre de bravo, como antecede». Todo esto, y lo demás que se omite, «porque Su Excelencia está resuelto a que todos le obedezcan».

Al oír palabras de tan gran señor, así de gallardas y seguras, y acompañadas de tales órdenes, entran muchas ganas de creer que, con su mero estruendo, todos los bravos desaparecieron para siempre. Pero el testimonio de un señor no menos influyente, ni menos dotado de títulos, nos obliga a creer todo lo contrario. Es este el ilustrísimo y excelentísimo señor Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla, Camarero Mayor de Su Majestad, duque de la ciudad de Frías, conde de Haro y Castelnovo, señor de la casa de Velasco, y de la de los siete infantes de Lara, gobernador del Estado de Milán, etcétera. El 5 de junio del año 1593, plenamente informado también él «de cuán gran daño y ruina son... los bravos y vagabundos, y del pésimo efecto que tal suerte de gente hace contra el bien público, y en befa de la justicia», los conmina de nuevo a que, en el término de seis días, salgan del país, repitiendo más o menos las mismas disposiciones y amenazas de su predecesor. Después, el 23 de mayo del año 1598, «informado, con no poco

desagrado de su ánimo, de que... cada día más va creciendo en esta Ciudad y Estado el número de estos tales (bravos y vagabundos), y de ellos, día y noche, no se oye sino heridas alevosamente dadas, homicidios y robos y toda otra clase de delitos a los que se entregan con toda facilidad, confiados esos bravos en ser ayudados por sus jefes y favorecedores...», prescribe de nuevo los mismos remedios, aumentando la dosis, como se acostumbra con las enfermedades rebeldes. «Cada uno, pues —concluía luego—, guárdese omnímodamente de contravenir en nada el presente bando, porque, en lugar de probar la clemencia de Su Excelencia, probará su rigor, y su ira... estando resuelto y determinado a que esta sea la última y perentoria admonición».

No fue, empero, este el parecer del ilustrísimo y excelentísimo señor, el señor don Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes, capitán y gobernador del Estado de Milán; no fue este su parecer, y por buenas razones. «Plenamente informado de la miseria en que vive esta Ciudad y Estado por causa del gran número de bravos que en él abunda... y resuelto a extirpar totalmente semilla tan perniciosa», publica, el 5 de diciembre de 1600, un nuevo bando también lleno de severísimas conminaciones, «con la firme resolución de que sean ejecutadas omnímodamente, con todo rigor, y sin esperanza de remisión».

Pero conviene creer que no se aplicó a ello con toda la buena voluntad que sabía emplear para urdir intrigas y suscitar enemigos contra su gran enemigo Enrique IV; ya que, en este punto, la historia atestigua cómo consiguió armar contra ese rey al duque de Saboya, al que hizo perder más de una ciudad; y cómo consiguió que conspirase el duque de Biron, a quien hizo perder la cabeza; pero, por lo que respecta a aquella semilla tan perniciosa de los bravos, lo cierto es que continuaba germinando el 22 de septiembre del año 1612. Ese día el ilustrísimo y excelentísimo señor, el señor don Juan de Mendoza, marqués de la Hinojosa, gentilhombre, etcétera, gobernador, etcétera, pensó seriamente en extirparla. Para ello envió a Pandolfo y a Marco Tullio Malatesti, impresores de la real casa, el consabido bando, corregido y aumentado, a fin de que lo imprimiesen para exterminio de los bravos. Mas estos vivieron aún para recibir, el 24 de diciembre del año 1618, los mismos y más fuertes golpes del ilustrísimo y excelentísimo señor, el señor don Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, etcétera, gobernador, etcétera. No obstante, al no haber muerto ni siquiera con esos, el ilustrísimo y excelentísimo señor, el señor Gonzalo Fernández de Córdoba, bajo cuyo gobierno acaece el paseo de don Abbondio, se había visto obligado a corregir y publicar de nuevo el consabido bando contra los bravos, el 5 de octubre de

1627, es decir, un año, un mes y dos días antes de aquel memorable acontecimiento.

Tampoco fue esta la última publicación; pero nosotros no nos creemos en el deber de mencionar las posteriores, que se salen del periodo de nuestra historia. Aludiremos solo a una del 13 de febrero del año 1632, en la cual el ilustrísimo y excelentísimo señor, el duque de Feria^[11], gobernador por segunda vez, nos advierte de que «las mayores fechorías provienen de esos a quienes llaman bravos». Esto basta para asegurarnos de que, en la época de que nos ocupamos, había todavía bravos.

Que los dos descritos antes estaban allí esperando a alguien era demasiado evidente; pero lo que más desagradó a don Abbondio fue el advertir, por ciertos actos, que el esperado era él. Porque, a su aparición, aquellos se habían mirado a la cara, alzando la cabeza, con un movimiento del que se deducía que los dos de repente habían dicho: «Es él»; el que estaba a horcajadas se había levantado, poniendo los pies en el camino; el otro se había apartado de la cerca; y ambos se encaminaban a su encuentro. Él, manteniendo el breviario abierto ante sí, como si leyera, ponía la mirada más lejos, para espiar sus movimientos; y, al verlos venir justamente a su encuentro, lo asaltaron de golpe mil pensamientos. De inmediato se preguntó, a toda prisa, si entre los bravos y él habría alguna salida del camino, a la derecha o a la izquierda; y enseguida recordó que no. Hizo un rápido examen de si habría pecado contra algún poderoso, contra algún vengativo; pero, incluso en medio de su turbación, el consolador testimonio de su conciencia lo tranquilizaba un tanto; pero los bravos se acercaban, mirándolo fijamente. Metió el índice y el medio de la mano derecha en el sobrecuello, como para ajustarlo; y, al girar los dos dedos en torno al cuello, volvía mientras tanto la cara hacia detrás, torciendo al mismo tiempo la boca, y mirando con el rabillo del ojo, hasta donde alcanzaba, por si llegaba alguien; pero no vio a nadie. Echó un vistazo por encima de la cerca, a los campos: nadie; otro más recatado al camino delante de sí: nadie, salvo los bravos. ¿Qué hacer? De retroceder, ya no estaba a tiempo; poner pies en polvorosa era lo mismo que decir «perseguidme», o algo peor. Al no poder esquivar el peligro, corrió a su encuentro, pues los momentos de aquella incertidumbre eran entonces tan penosos para él que no deseaba sino abreviarlos. Apretó el paso, recitó un versículo en voz más alta, compuso el rostro con toda la calma y jovialidad que pudo, hizo esfuerzos por preparar una sonrisa; cuando se encontró ante los dos hombres de bien dijo mentalmente: «Ya está», y se paró en seco.

—Señor cura —dijo uno de los dos, clavándole los ojos en la cara.

—¿Qué se le ofrece? —respondió de inmediato don Abbondio, alzando los suyos del libro, que quedó abierto en sus manos, como sobre un atril.

—¿Tiene vuestra merced intención —prosiguió el otro, con el gesto amenazador e iracundo de quien sorprende a un inferior a punto de emprender una fechoría—, tiene vuestra merced intención de casar mañana a Renzo Tramaglino y Lucia Mondella?

—Es decir... —respondió, con voz temblorosa, don Abbondio—, es decir... Vuestas mercedes, señores, son hombres de mundo, y saben perfectamente cómo pasan estas cosas. El pobre cura nada tiene que ver; arman sus líos entre sí, y después... y, después, vienen a nosotros, como quien va a cobrar a un banco; y nosotros..., nosotros somos los servidores de todos.

—Pues bien —le dijo el bravo, al oído, pero en solemne tono de mando—, ese matrimonio no se ha de celebrar, ni mañana ni nunca.

—Pero, señores míos —replicó don Abbondio, con la voz mansa y amable de quien quiere convencer a un impaciente—, pero, señores míos, dígnense ponerse en mi lugar. Si de mí dependiera... ya ven que no me meto nada en el bolsillo...

—¡Ea! —interrumpió el bravo—, si la cosa tuviera que decidirse con charlas, vuestra merced nos embaucaría. Nosotros no sabemos nada más, ni queremos saberlo... Hombre prevenido..., vuestra merced ya entiende.

—Pero vuestras mercedes, señores, son demasiado justos, demasiado razonables...

—Pero —interrumpió esta vez el otro compañero, que no había hablado hasta entonces—, pero el matrimonio no se celebrará, o... —y aquí soltó una buena blasfemia—, o quien lo celebre no se arrepentirá, porque no tendrá tiempo, y... —Otra blasfemia.

—¡Chitón! ¡Chitón! —continuó el primer orador—. El señor cura es hombre que sabe vivir en el mundo; y nosotros somos hombres de bien, que no queremos hacerle daño, con tal de que tenga juicio. Señor cura, el ilustrísimo señor don Rodrigo, nuestro amo, saluda cariñosamente a vuestra merced.

Este nombre fue, en la mente de don Abbondio, como un rayo que, en lo más fuerte de una tormenta nocturna, ilumina momentánea y confusamente los objetos y acrecienta el terror. Hizo, como por instinto, una gran reverencia, y dijo:

—Si vuestras mercedes me pudiesen sugerir...

—¡Oh! ¡Sugerirle a vuestra merced, que sabe latín! —interrumpió de nuevo el bravo, con una risa entre descarada y feroz—. Es cosa suya. Y, sobre todo, no deje escapar una palabra de este aviso que le hemos dado por su bien; si no... ejem... sería lo mismo que celebrar la tal boda. Adiós, ¿qué quiere que se diga en su nombre al ilustrísimo señor don Rodrigo?

—Mis respetos...

—¡Explíquese mejor!

—Dispuesto... siempre dispuesto a la obediencia.

Y, al proferir estas palabras, ni siquiera él sabía si hacía una promesa o un cumplido. Los bravos las tomaron, o demostraron tomarlas, en el significado más serio.

—Muy bien... Y buenas noches, señor mío —dijo uno de ellos, mientras se marchaba con su compañero.

Don Abbondio, que, pocos momentos antes, habría dado un ojo de la cara por evitarlos, ahora hubiera querido prolongar la conversación y las negociaciones:

—Señores... —empezó, cerrando el libro con las dos manos; pero los otros, sin prestarle oídos, tomaron el camino por donde él había llegado, y se alejaron, cantando una cancioncilla que no quiero transcribir.

El pobre don Abbondio se quedó un momento con la boca abierta, como embrujado; después cogió aquella de las dos sendas que conducía a su casa, adelantando a duras penas una pierna detrás de la otra, pues parecían entumecidas. Se comprenderá mejor cómo estaba por dentro cuando hayamos dicho algo sobre su natural, y sobre los tiempos en que le había tocado vivir.

Don Abbondio (el lector ya lo ha advertido) no había nacido con un corazón de león. Pero, desde sus primeros años, había tenido que comprender que la peor condición, en aquellos tiempos, era la de un animal sin garras ni colmillos, y que, sin embargo, no se sintiera inclinado a dejarse devorar. La fuerza legal no protegía en ninguna medida al hombre tranquilo, inofensivo y que no contara con otros medios para meter miedo a los demás. No es que faltaran leyes y penas contra las violencias privadas. Más aún, menudeaban las leyes; los delitos se enumeraban y detallaban con minuciosa prolijidad; las penas eran locamente exorbitantes y, por si no bastaba, podían aumentarse en cada caso, a voluntad del propio legislador y de sus cien ejecutores; los procedimientos estaban estudiados solamente para liberar al juez de todo lo que pudiera servirle de impedimento para proferir una condena; los fragmentos que hemos reproducido de los bandos contra los bravos son una pequeña, aunque fiel, muestra. Con todo eso, e incluso en gran parte a causa

de eso, aquellos bandos, publicados y reforzados de gobierno en gobierno, no servían sino para atestiguar ampulosamente la impotencia de sus autores; o, si producían algún efecto inmediato, era principalmente el de agregar muchas vejaciones a las que los pacíficos y los débiles sufrían de parte de los perturbadores, y el de acrecentar las violencias y la astucia de estos. La impunidad estaba organizada, y tenía raíces a las que los bandos no alcanzaban, o no podían remover. Tales eran los asilos, tales los privilegios de algunas clases, en parte reconocidos por la fuerza legal, en parte tolerados con rabioso silencio, o impugnados con vanas protestas, pero sostenidos de hecho y defendidos por aquellas clases, con la prontitud que inspira el interés, y con rivalidad de puntillo. Ahora bien, esta impunidad amenazada e insultada, pero no destruida por los bandos, tenía naturalmente que utilizar nuevos esfuerzos y nuevas invenciones, para conservarse, ante cada amenaza y cada insulto. Así ocurría, en efecto; y, cuando aparecían bandos encaminados a contener a los violentos, estos buscaban en su fuerza real nuevos métodos más oportunos, para seguir haciendo lo que los bandos prohibían. Los bandos podían muy bien estorbar a cada paso, y molestar al hombre bueno, sin fuerza propia y sin protección; porque, con el fin de tener en sus manos a cualquier hombre, para prevenir o castigar cualquier delito, sometían cada movimiento privado a la voluntad arbitraria de ejecutores de todo género. Pero quien, antes de cometer el delito, hubiera tomado sus disposiciones para refugiarse a tiempo en un convento, en un palacio, donde los esbirros no se atreverían a poner los pies; quien, sin más precauciones, llevaba una librea que comprometiera en su defensa la vanidad y el interés de una poderosa familia, de toda una casta, era libre en sus operaciones y podía reírse de todo aquel estrépito de los bandos. Entre los mismos que tenían a su cargo el hacerlos cumplir, unos pertenecían por nacimiento a la parte privilegiada, otros dependían de ella por clientela; unos y otros, por educación, por interés, por costumbre, por imitación, habían abrazado sus máximas, y se habrían guardado mucho de ofenderlas por mor de un pedazo de papel pegado en las esquinas. Por otra parte, aunque los hombres encargados de su ejecución inmediata hubieran sido emprendedores como héroes, obedientes como monjes, y hubieran estado dispuestos a sacrificarse como mártires, no habrían podido lograr sus fines, inferiores como eran en número a aquellos a quienes se trataba de someter, y con grandes probabilidades de verse abandonados por quien, en abstracto y, por así decirlo, en teoría, les mandaba actuar. Mas, amén de esto, eran generalmente sujetos de los más abyectos y truhanes de su tiempo; su misión era tenida por vil incluso por aquellos que podían sentir

terror de ella, y su título se consideraba un insulto. Era, pues, muy natural que ellos, en vez de arriesgar su vida, e incluso perderla en una empresa desesperada, vendieran su inacción, y hasta su connivencia, a los poderosos, y se reservaran para ejercer su execrada autoridad y la fuerza que tenían en aquellas ocasiones en las que no había peligro: es decir, oprimiendo y vejando a los hombres pacíficos e indefensos.

El hombre que quiere hacer daño, o que teme, en todo momento, que se lo hagan, busca naturalmente aliados y compañeros. Estaba, pues, en aquellos tiempos, llevada al extremo la tendencia de los individuos a mantenerse unidos en clases, a formar otras nuevas, a procurar cada uno el mayor poderío para aquella a la que pertenecía. El clero velaba por sostener y ampliar sus inmunidades; la nobleza, sus privilegios; el militar, sus exenciones. Los comerciantes y artesanos estaban inscritos en gremios y cofradías, los jurisperitos formaban una liga; los mismos médicos, una corporación. Cada una de estas pequeñas oligarquías tenía su fuerza particular y propia; en cada una el individuo encontraba la ventaja de emplear para sí, en proporción a su autoridad y a su destreza, las fuerzas reunidas de muchos. Los más honrados se valían de esta ventaja solo para su defensa; los astutos y los facinerosos la aprovechaban para llevar a cabo fechorías, para las que no habrían bastado sus medios personales, y para asegurarse la impunidad. No obstante, las fuerzas de estas distintas ligas eran muy desiguales; y, principalmente en el campo, el noble acaudalado y violento, con un tropel de bravos a su alrededor, y una población de campesinos avezados, por tradición familiar, a considerarse casi como súbditos y soldados del amo, e interesados o forzados a ello, ejercía un poder al cual difícilmente habría podido resistirse ninguna otra alianza.

Nuestro Abbondio, pues, ni noble, ni rico, y menos aún valiente, se había dado cuenta, casi antes de llegar a los años de la discreción, de ser, en aquella sociedad, como una vasija de barro, obligada a viajar en compañía de muchas vasijas de hierro. Había obedecido, pues, de bastante buen grado, a sus padres, que lo querían sacerdote. A decir verdad, no había pensado gran cosa en las obligaciones y en los nobles fines del ministerio al que se dedicaba: procurarse de qué vivir con cierta comodidad e introducirse en una clase respetada y fuerte le parecieron dos razones más que suficientes para tal elección. Pero ninguna clase protege a un individuo, ni lo asegura, más que hasta cierto punto; nadie lo dispensa de formarse un sistema particular. Don Abbondio, absorbido continuamente por la idea de su propia tranquilidad, no se cuidaba de aquellas ventajas para cuya obtención fuera preciso afanarse

mucho, o arriesgarse un poco. Su sistema consistía principalmente en esquivar todo choque y en ceder en aquellos que no podía esquivar. Neutralidad desarmada en todas las guerras que estallaban a su alrededor, en las contiendas, entonces frequentísimas, entre el clero y los poderes laicos, entre el militar y el civil, entre nobles y nobles, y hasta en los altercados entre dos campesinos, nacidos de una frase y zanjados a puñetazos, o a cuchilladas. Si se encontraba absolutamente obligado a tomar partido por uno de los dos contendientes, estaba con el más fuerte, aunque siempre en la retaguardia, y procurando darle a entender al otro que no era su enemigo por voluntad propia; parecía decirle: «Pero ¿por qué no has sabido ser el más fuerte? Yo me habría puesto de tu parte». Manteniéndose lejos de los prepotentes, disimulando sus tropelías pasajeras y caprichosas, respondiendo con sumisiones a las que procedían de una intención más seria y más meditada, obligando, a fuerza de reverencias y de respeto jovial, incluso a los más ceñudos y desdeñosos a lanzarle una sonrisa cuando lo encontraban en su camino, el pobre hombre había logrado pasar los sesenta años sin grandes borrascas.

No es que él no tuviera también su poco de hiel en el cuerpo; y el continuo ejercicio de la paciencia, el dar tan a menudo la razón a los otros, los muchos bocados amargos tragados en silencio se la habían exacerbado hasta tal punto que si no hubiera podido, de vez en cuando, desahogarla un poco, su salud ciertamente se habría resentido. Pero como a fin de cuentas había en el mundo, y cerca de él, personas que sabía perfectamente incapaces de hacer daño, podía desahogar con ellas alguna vez el malhumor largamente reprimido, y satisfacer también él sus ganas de ser un poco extravagante y de regañar sin razón. Era además un rígido censor de los hombres que no se conducían como él, siempre que la censura pudiera ejercerse sin el menor peligro, ni remoto. El apaleado era, cuando menos, un imprudente; el asesinado había sido siempre un hombre turbio. A quien, metido a defender sus razones contra un poderoso, salía con la cabeza rota, don Abbondio sabía encontrarle siempre alguna culpa; cosa nada difícil, porque la inocencia y la culpa jamás se dividen con un corte tan neto que cada parte tenga solo la una o la otra. Declamaba, sobre todo, contra aquellos colegas suyos que, por su cuenta y riesgo, tomaban partido por un débil oprimido contra un opresor poderoso. Llamaba a eso comprarse líos al contado, pedirle peras al olmo; decía también, severamente, que era mezclarse en cosas profanas, en perjuicio de la dignidad del sagrado ministerio. Y contra estos predicaba, aunque siempre a solas, o en un pequeñísimo corro, con tanta mayor vehemencia

cuanto que se sabía que estaban lejos de resentirse en lo que personalmente les tocaba. Tenía además una sentencia predilecta, con la que sellaba siempre sus discursos sobre estas materias: que a un hombre de bien, que se ocupa de sí mismo y no se mete en camisa de once varas, nunca le ocurren tropiezos.

Piensen ahora mis veinticinco lectores en la impresión que debió de causar en el ánimo del pobrecillo lo que se ha contado. El espanto de aquellos malcarados y de aquellas palabrotas, la amenaza de un señor conocido por no amenazar en vano, un sistema de sosegada vida, que había costado tantos años de esmero y paciencia, desconcertado en un momento, y en un lugar del que no se veía cómo salir; todos estos pensamientos zumbaban tumultuosamente en la cabeza gacha de don Abbondio. «Si Renzo se conformase con un simple no, listo; pero querrá razones; ¿y qué voy a responderle? ¡Por amor del cielo! Y, y, y... también él es un cabezota: un cordero si nadie lo toca, pero si uno quiere llevarle la contraria... ¡ay! Y además, y además, loco por esa Lucia, enamorado como... Granujas que, por no saber qué hacer, se enamoran, quieren casarse, y no piensan en más; no se hacen cargo de las tribulaciones que causan a un hombre de bien. ¡Ay, pobre de mí! ¿Por qué han tenido que plantarse esos dos espantajos en mi camino, y tomarla conmigo? ¿Yo qué tengo que ver? ¿Soy yo el que quiero casarme? ¿Por qué no han ido a hablar más bien con...? Oh, ya veis qué suerte la mía, que las cosas convenientes se me ocurren siempre un momento después de la ocasión. Si hubiera pensado en sugerirles que fueran a llevar su embajada a...». Pero, en ese momento, se dio cuenta de que arrepentirse de no haber sido consejero y cooperador de la iniquidad era demasiado inicuo; y volvió todo el enojo de sus pensamientos contra aquel otro que así venía a turbar su paz. No conocía a don Rodrigo más que de vista y de fama, y nunca había tenido nada que ver con él, salvo tocar el pecho con la barbilla, y la tierra con el ala del sombrero, las pocas veces que lo había encontrado en su camino. Le había ocurrido defender, en más de una ocasión, la reputación de aquel señor, contra quienes, en voz baja, suspirando y alzando los ojos al cielo, maldecían alguna de sus hazañas; había dicho mil veces que era un respetable caballero. Mas, en ese momento, le dio en su fuero interno todos los títulos que nunca había oído aplicarle a otros sin interrumpirlos a toda prisa con un «¡Quita allá!». Llegado, entre el tumulto de estos pensamientos, a la puerta de su casa, que estaba al final de la aldea, metió a toda prisa en la cerradura la llave, que ya tenía en la mano; abrió, entró, volvió a cerrar diligentemente y, ansioso de encontrarse en compañía de confianza, llamó enseguida: «¡Perpetua! ¡Perpetua!», dirigiéndose al tiempo hacia la sala, donde ella tenía que estar,

seguramente, poniendo la mesa para la cena. Era Perpetua, como cualquiera comprende, la criada de don Abbondio: criada encariñada y fiel, que sabía obedecer y mandar, según la ocasión, tolerar a tiempo las regañinas y las extravagancias de su amo, y a tiempo hacerle tolerar las propias, que resultaban cada día más frecuentes, pues ya había pasado la edad sinodal de los cuarenta, quedándose célibe, por haber rechazado todos los partidos que se le habían presentado, como decía ella, y por no haber encontrado nunca un perro que le ladrara, como decían sus amigas.

—Ya voy —respondió, poniendo en la mesa, en el sitio de costumbre, la garrafa del vino predilecto de don Abbondio, y echó a andar lentamente.

Pero aún no había llegado al umbral de la sala cuando entró él, con un paso tan apocado, una mirada tan recelosa, un rostro tan agitado que ni siquiera habrían sido menester los expertos ojos de Perpetua para descubrir, a primera vista, que le había ocurrido algo verdaderamente extraordinario.

—¡Válgame Dios! ¿Qué tiene vuestra merced, señor amo?

—Nada, nada —respondió don Abbondio, dejándose caer jadeante en su sillón.

—¿Cómo que nada? ¡Me lo va a decir a mí! ¡Con esa cara que trae! Ha ocurrido algo muy grave.

—¡Oh, por amor del cielo! Cuando digo que nada, o no es nada, o es algo que no puedo decir.

—¿Que no puede decirme a mí? ¿Quién se ocupará de la salud de vuestra merced? ¿Quién le dará un parecer?...

—¡Pobre de mí! Callad y no sigáis poniendo la mesa; dadme un vaso de mi vino.

—¡Y aún querrá sostener vuestra merced que no tiene nada! —dijo Perpetua, llenando el vaso y quedandoselo luego en la mano, como si no quisiera darlo sino en premio a la confianza que tanto se hacía esperar.

—Dádmelo, dádmelo —dijo don Abbondio, cogiéndole el vaso, con mano no muy firme, y vaciándolo después deprisa, como si fuera una medicina.

—¿Quiere que me vea obligada a preguntar por aquí y por allá qué le ha ocurrido a mi amo? —dijo Perpetua, erguida ante él, con los brazos en jarras y los codos apuntados hacia delante, mirándolo fijamente, como si quisiera sorberle con los ojos el secreto.

—¡Por amor del cielo!, nada de chismes, nada de alborotos: me va en ello... ¡me va en ello la vida!

—¿La vida?

—La vida.

—Vuestra merced sabe perfectamente que, siempre que me ha dicho algo con sinceridad, en confianza, nunca he...

—¡Muy bien!, como cuando...

Perpetua advirtió que había tocado una tecla falsa; conque, cambiando de inmediato el tono:

—Señor —dijo, con voz conmovida y conmovedora—, siempre le he tenido cariño; y, si ahora quiero saber, es por diligencia, porque quisiera poderlo socorrer, darle un buen parecer, levantarle el ánimo...

El caso es que don Abbondio tenía quizá tantas ganas de descargarse de su doloroso secreto como podía tener Perpetua de conocerlo; conque, tras haber rechazado cada vez más débilmente los nuevos y más apremiantes asaltos de ella, tras haberle hecho jurar más de una vez que no resollaría, por fin, con muchas interrupciones, con muchos «¡Pobre de mí!», le contó el miserable caso. Cuando se llegó al terrible nombre del ordenante, fue menester que Perpetua profiriese un nuevo y más solemne juramento; y don Abbondio, pronunciado aquel nombre, se derrumbó sobre el respaldo del sillón, con un gran suspiro, alzando las manos, en ademán de mando y de súplica al mismo tiempo, y diciendo:

—¡Por amor del cielo!

—¡Una de las tuyas! —exclamó Perpetua—. ¡Oh, qué bribón! ¡Qué tirano! ¡Oh, qué hombre sin temor de Dios!

—¿Queréis callar? ¿O queréis arruinarme del todo?

—¡Oh! Estamos aquí solos, nadie nos oye. Pero ¿qué hará vuestra merced, mi pobre amo?

—Oh, ¡ya veis! —dijo don Abbondio con voz enojada—. ¡Ya veis qué buenos pareceres me sabe dar esta! Viene a preguntarme qué haré, qué haré; como si ella estuviera metida en el lío y a mí me tocara sacarla.

—¡Bueno! Yo tendría un pobre parecer que darle; pero después...

—Pero después... oigámoslo...

—Mi parecer sería que, como todos dicen que nuestro arzobispo es un santo y un hombre de valía, y que no teme a nadie, y que disfruta cuando puede meter en cintura a uno de esos prepotentes, para sostener a un cura; yo diría, y digo, que si vuestra merced le escribiera una buena carta, para informarlo de cómo talmente...

—¿Queréis callar? ¿Queréis callar? ¿Son consejos estos para un pobre hombre? Cuando me hayan disparado un escopetazo por la espalda, ¡Dios me libre!, ¿me lo quitaría el arzobispo?

—¡Bah! Los escopetazos no se tiran como confites, y ¡ay de nosotros si esos perros mordieran todas las veces que ladran! Yo siempre he visto que a quien sabe enseñar los dientes y darse a valer se le respeta; y, precisamente porque vuestra merced nunca quiere exponer sus razones, estamos reducidos a este punto de que todos vengan, con licencia de vuestra merced, a...

—¿Queréis callar?

—Ahora mismo me callo; pero es muy cierto que cuando la gente se da cuenta de que uno, siempre, en cada choque, está dispuesto a bajarse los...

—¿Queréis callar? ¿Es ahora el momento de decir esas necedades?

—Basta, piénselo vuestra merced esta noche; pero entretanto no empiece a hacerse daño, a arruinarse la salud. Coma un bocado.

—Ya lo pensaré —refunfuñó don Abbondio—, claro, ya lo pensaré, tengo que pensarlo. —Y se levantó continuando—: No quiero tomar nada, nada; lo que quiero es otra cosa. Ya sé que tendré que pensarlo yo. ¡Ay!, ¡tenía que pasarme precisamente a mí!

—Tómese al menos este vasito —dijo Perpetua, escanciando—. Ya sabe que siempre le conforta el estómago.

—¡Ay!, se necesita otra cosa, otra cosa, otra cosa...

Diciendo esto cogió la luz y, sin dejar de rezongar: «¡Una pequeña bagatela!, ¡y a un hombre de bien como yo!, y ¿qué pasará mañana?», y otras lamentaciones semejantes, echó a andar para subir a su cuarto. Llegado al umbral, se volvió hacia Perpetua, se llevó un dedo a los labios y dijo con tono lento y solemne:

—¡Por amor del cielo! —Y desapareció.

II

Cuentan que el príncipe de Condé durmió profundamente la noche antes de la jornada de Rocroi; pero, en primer lugar, estaba muy cansado; y, en segundo lugar, había tomado ya todas las disposiciones necesarias y establecido lo que se debía hacer a la mañana siguiente. Don Abbondio, en cambio, aún no sabía sino que el día siguiente sería día de batalla; gastó, pues, gran parte de la noche en angustiosas consultas. No hacer caso de la bellaca intimación, ni de las amenazas, y celebrar el matrimonio era un partido que ni siquiera quiso someter a discusión. Confiar a Renzo lo acaecido y buscar con él algún medio... ¡Dios nos libre! «No deje escapar una palabra...; si no... ¡ejem!», había dicho uno de los bravos; y, al oír retumbar aquel «¡ejem!» en su mente, don Abbondio, más que pensar en transgredir tal ley, se arrepentía incluso de haber charlado con Perpetua. ¿Huir? ¿Adónde? Y además... ¡Cuántos líos y cuántas cuentas que rendir! A cada partido que rechazaba, el pobre hombre daba vueltas en la cama. Lo que, de todos modos, le pareció mejor, o menos mal, fue ganar tiempo, dando largas a Renzo. Recordó, muy a punto, que faltaban pocos días para la época en que las bodas estaban prohibidas^[12]. «Y si puedo tener a raya, durante esos pocos días, a ese mozalbete, tengo luego dos meses de respiro; y, en dos meses, pueden ocurrir grandes cosas». Rumió pretextos para sacar a colación; y, aunque le parecieron hartos livianos, ya se iba tranquilizando con la idea de que su autoridad los haría parecer de justo peso, y que su antigua experiencia le daría gran ventaja sobre un mozo ignorante. «Ya veremos —decía para sí—, él piensa en su novia, pero yo pienso en mi piel; el más interesado soy yo, sin contar con que soy el más astuto. Hijo mío, si te abrasas de amor, no sé qué decirte; pero yo no quiero salir perjudicado». Tranquilizado así un poco el ánimo con una decisión, pudo finalmente cerrar los ojos. Pero ¡qué sueño!, ¡qué sueños! Bravos, don Rodrigo, Renzo, senderos, rocas, persecuciones, gritos, escopetazos.

El primer despertar, después de una desgracia, y en un conflicto, es un momento muy amargo. La mente, recién reanimada, acude a las ideas habituales de la tranquila vida anterior; pero el pensamiento de la nueva

situación asoma de inmediato groseramente, y el desagrado es más vivo en ese parangón instantáneo. Tras saborear dolorosamente ese momento, don Abbondio recapituló enseguida sus designios de la noche, se confirmó en ellos, los ordenó mejor, se levantó, y esperó a Renzo con temor y, al tiempo, con impaciencia.

Lorenzo o Renzo, como todos le llamaban, no se hizo esperar mucho. En cuanto le pareció hora de poder, sin indiscreción, presentarse al cura, allá fue, con la alegre prisa de un hombre de veinte años, que ve llegado el día de unirse con su amada. Privado, desde la adolescencia, de sus padres, ejercía la profesión de hilandero de seda, hereditaria, por así decirlo, en su familia; profesión bastante lucrativa, años atrás, y entonces ya en decadencia, pero no hasta el punto de que un hábil operario no pudiera sacar con qué vivir honradamente. El trabajo menguaba día tras día; pero la continua emigración de oficiales, atraídos a los estados vecinos por promesas, privilegios y grandes salarios, hacía que aún no les faltara a los que se quedaban en su pueblo. Amén de eso, poseía Renzo una finquita que hacía labrar o labraba él mismo, cuando la hilandería estaba parada; de modo que, para su condición, podía llamarse acomodado. Y, aunque aquella añada hubiera sido aún más escasa que las anteriores y se empezase a experimentar una auténtica carestía, nuestro joven, que, desde que puso los ojos en Lucia, se había vuelto ahorrador, se encontraba suficientemente provisto y no tenía que porfiar con el hambre. Se presentó ante don Abbondio vestido de gala, con plumas de varios colores en el sombrero, con su puñal de hermoso mango en el bolsillo de los calzones, con cierto aire de fiesta y al mismo tiempo de jactancia, común entonces incluso en los hombres más pacíficos. La acogida insegura y misteriosa de don Abbondio contrastó de modo singular con los modales joviales y resueltos del mozo.

«Tendrá alguna preocupación en la cabeza», argumentó Renzo para sí; después dijo:

—He venido, señor cura, para saber a qué hora le acomoda que nos encontremos en la iglesia.

—¿De qué día habláis?

—¿Cómo que de qué día? ¿No recuerda vuestra merced que está fijado para hoy?

—¿Hoy? —replicó don Abbondio, como si oyera hablar de eso por primera vez—. Hoy, hoy... tened paciencia, pero hoy no puedo.

—¡Hoy no puede! ¿Qué ha ocurrido?

—Ante todo, no me siento bien, ya veis.

—Lo lamento, pero lo que tiene que hacer es cosa de tan poco tiempo y de tan poca fatiga...

—Y además, y además, y además...

—Y además, ¿qué?

—Y además hay enredos.

—¿Enredos? ¿Qué enredos puede haber?

—Habría que estar en nuestro pellejo para saber cuántos enredos surgen en estas materias, cuántas cuentas hay que rendir. Yo soy demasiado blando de corazón, no pienso sino en quitar de en medio obstáculos, en facilitar todo, en hacer las cosas al gusto de los demás, y descuido mi deber; y luego a mí me tocan los reproches, y aún peor.

—Pero, en nombre del cielo, no me tenga así en ascuas, y dígame a las claras lo que pasa.

—¿Sabéis cuántas y cuántas formalidades se necesitan para celebrar un casamiento en regla?

—Algo sabré —dijo Renzo, empezando a alterarse—, ya que bastantes quebraderos de cabeza me ha dado vuestra merced estos días pasados. Pero ahora, ¿no está resuelto todo?, ¿no se ha hecho todo lo que había que hacer?

—Todo, todo, eso os parece; porque, y no os impacientéis, el tonto soy yo, que descuido mi deber, para que la gente no pene. Pero ahora... basta, sé lo que me digo. Nosotros, pobres curas, estamos entre la espada y la pared: vos, impaciente; os compadezco, pobre joven; y los superiores..., basta, no se puede decir todo. Y nosotros somos los que pagamos el pato.

—Pero explíqueme de una vez qué es esa otra formalidad que se ha de hacer, como dice vuestra merced; y se hará enseguida.

—¿Sabéis cuántos son los impedimentos dirimentes?

—¿Qué quiere que sepa yo de impedimentos?

—*Error, conditio, votum, cognatio, crimen, Cultus disparitas, vis, ordo, ligamen, honestas, Si sis affinis...* —comenzaba don Abbondio, contando con la yema de los dedos.

—¿Se burla vuestra merced de mí? —interrumpió el joven—. ¿Qué quiere que haga con su *latinorum*?

—Entonces, si no sabéis las cosas, tened paciencia y confiad en quien las sabe.

—¡Vamos!

—Vaya, querido Renzo, no montéis en cólera, que estoy dispuesto a hacer... todo lo que de mí dependa. Yo, yo quisiera veros contento; os quiero

mucho. ¡Ay...! cuando pienso en lo bien que estabais; ¿qué os faltaba? Se os ha antojado casaros...

—¿Qué discursos son estos, señor mío? —prorrumpió Renzo, con un rostro entre atónito y airado.

—Hablo por hablar, tened paciencia, hablo por hablar. Quisiera veros contento.

—En resumidas cuentas...

—En resumidas cuentas, hijo mío, yo no tengo la culpa; la ley no la he hecho yo. Y, antes de efectuar un matrimonio, estamos obligados a hacer muchas y muchas averiguaciones, para asegurarnos de que no hay impedimentos.

—Pero, vamos, ¡dígame de una vez qué impedimento se ha presentado!

—Tened paciencia, no son cosas que se puedan descifrar así, de sopetón. No será nada, eso espero; pero, no obstante, debemos hacer todas esas averiguaciones. El texto es claro y evidente: *antequam matrimonium denunciaret*...

—Le he dicho que no quiero latines.

—Pero es preciso que os explique...

—Pero ¿no ha hecho ya esas averiguaciones?

—No las he hecho todas, como habría debido, os digo.

—¿Por qué no las ha hecho a tiempo? ¿Por qué decirme que todo estaba listo? ¿Por qué esperar...?

—¡Ya veis! Me reprocháis mi excesiva bondad. Lo he facilitado todo para serviros más aprisa; pero..., pero ahora se han presentado... Basta, yo me entiendo.

—¿Y qué quiere vuestra merced que haga?

—Que tengáis paciencia unos días. Hijo querido, unos días no son la eternidad; tened paciencia.

—¿Por cuánto tiempo?

«Llegamos a buen puerto», pensó don Abbondio; y, con modales más amables que nunca, dijo:

—Vamos, en quince días buscaré..., procuraré...

—¡Quince días! ¡Esta sí que es buena! Se ha hecho todo lo que vuestra merced ha querido; se ha fijado el día; el día llega; ¡y ahora vuestra merced me viene a decir que espere quince días! ¡Quince...! —prosiguió luego, con voz más alta y enojada, extendiendo el brazo y sacudiendo el puño en el aire; y quién sabe qué diablura habría acompañado a aquel número de no haberlo

interrumpido don Abbondio, cogiéndole la otra mano, con una afabilidad tímida y presurosa.

—Vamos, vamos, no os alteréis, por amor del cielo. Veré, trataré de, en una semana...

—¿Y qué voy a decirle a Lucia?

—Que ha sido una equivocación mía.

—¿Y las hablillas de la gente?

—Decídselo a todos, que me he equivocado yo, por excesiva prisa, por exceso de buen corazón; echadme a mí toda la culpa. ¿Puedo ponerme más en razón? Vamos, por una semana...

—Y después, ¿no habrá otros impedimentos?

—Cuando os digo...

—Está bien: tendré paciencia durante una semana; pero recuerde bien que, pasada esta, no me contentaré con pláticas. Entretanto, me despido de vuestra merced.

Y, tras decir esto, se marchó, haciéndole a don Abbondio una inclinación menos profunda de lo normal y echándole una ojeada más expresiva que reverente.

Cuando hubo salido y mientras caminaba de mala gana, por vez primera, hacia la casa de su prometida, volvía con la mente, en medio de su enojo, a la conversación; y cada vez le parecía más extraña. La acogida fría e incómoda de don Abbondio, aquel modo de hablar desgano y al tiempo impaciente, aquellos dos ojos grises que, mientras hablaba, se le escapaban de aquí para allá, como si temieran encontrarse con las palabras que salían de su boca, aquel hacerse de nuevas sobre un casamiento tan expresamente concertado, y sobre todo aquel aludir siempre a alguna gran cosa, sin decir nunca nada claro; todas estas circunstancias reunidas hacían pensar a Renzo que debajo había un misterio diferente de lo que don Abbondio había dado a entender. Estuvo en duda el joven, por un momento, de si retroceder, para apretarle las clavijas y hacerlo hablar más claro; pero, al alzar la vista, vio a Perpetua, que caminaba delante de él y entraba en un huertecillo distante a pocos pasos de la casa. Le dio una voz, mientras ella abría la puerta; avivó el paso, la alcanzó, la retuvo en el umbral, y, con el designio de descubrir algo más positivo, se paró a pegar la hebra con ella.

—Buenos días, Perpetua; esperaba que hoy nos hubiéramos divertido juntos.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Todo sea por Dios, mi pobre Renzo!

—Hacedme un favor: ese bendito del señor cura me ha ensartado ciertas razones que no he podido entender bien; explicadme vos mejor por qué no puede o no quiere casarnos hoy.

—¡Oh! ¿Os parece que yo sé los secretos de mi amo?

«Ya lo decía yo que había un misterio», pensó Renzo; y, para ponerlo en claro, continuó:

—Vamos, Perpetua, somos amigos; decidme lo que sabéis, ayudad a un pobre muchacho.

—Mala cosa nacer pobre, mi querido Renzo.

—Es cierto, es cierto... —prosiguió este, confirmándose cada vez más en sus sospechas; y tratando de ceñirse más a la cuestión, agregó—: Pero ¿tienen los curas que tratar mal a los pobres?

—Oíd, Renzo; no puedo decir nada, porque... nada sé; pero lo que os puedo asegurar es que mi amo no quiere perjudicaros, ni a vos ni a nadie; y él no tiene la culpa.

—¿Quién tiene la culpa, pues? —preguntó Renzo, con ademán despreocupado, pero con el corazón en vilo y el oído alerta.

—Cuando os digo que no sé nada... Puedo hablar en defensa de mi amo, porque me duele oír que se le acusa de querer disgustar a alguien. ¡Pobre hombre!, si peca, es por demasiada bondad. Hay en este mundo bribones, prepotentes, hombres sin temor de Dios...

«¡Prepotentes! ¡Bribones! —pensó Renzo—: Estos no son los superiores».

—Vamos —dijo luego, ocultando a duras penas su creciente agitación—, vamos, decidme quién es.

—¡Ah! Quisierais hacerme hablar, y yo no puedo hablar, porque... nada sé; cuando no sé nada, es como si hubiera jurado callar. Podríais darme tormento, que no me sacaríais nada de la boca. Adiós; es tiempo perdido para los dos.

Diciendo esto, entró deprisa en el huerto y cerró la puerta. Renzo, tras devolverle el saludo, retrocedió despacito, para que ella no advirtiese el camino que tomaba; pero, cuando estuvo fuera del alcance de los oídos de la buena mujer, apretó el paso; en un momento estuvo ante la puerta de don Abbondio; entró, fue derecho al salón donde lo había dejado, lo encontró allí y corrió hacia él, con gesto atrevido y con los ojos en blanco.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué novedad es esta? —dijo don Abbondio.

—¿Quién es ese prepotente —dijo Renzo, con la voz de un hombre que está decidido a obtener una respuesta concreta—, quién es ese prepotente que no quiere que me case con Lucia?

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —balbució el pobre sorprendido, con un rostro vuelto en un instante blanco y lacio, como un trapo que sale de la colada.

Y, mientras refunfuñaba, se levantó de un salto de su sillón, para lanzarse a la puerta. Pero Renzo, que debía de esperarse aquel movimiento y estaba alerta, saltó antes que él, dio la vuelta a la llave y se la metió en el bolsillo.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Hablará ahora vuestra merced, señor cura? Todos saben mis asuntos, menos yo. Quiero saberlos, pardiez, yo también. ¿Cómo se llama ese?

—¡Renzo! ¡Renzo! Por caridad, fijaos en lo que hacéis; pensad en vuestra alma.

—Pienso que lo quiero saber enseguida, ahora mismo.

Y, diciendo esto, puso la mano, quizá sin advertirlo, en el mango del puñal que asomaba por su bolsillo.

—¡Válgame Dios! —exclamó con voz débil don Abbondio.

—Quiero saberlo.

—¿Quién os ha dicho...?

—No, no, no más patrañas. Hable vuestra merced claro y pronto.

—¿Me queréis ver muerto?

—Quiero saber lo que tengo derecho a saber.

—Pero, si hablo, me matarán. ¿No va a importarme la vida?

—Hable, pues.

Aquel «pues» fue proferido con tal energía, el aspecto de Renzo se volvió tan amenazador, que don Abbondio no pudo siquiera imaginar la posibilidad de desobedecer.

—¿Me prometéis, me juráis —dijo— no hablar de esto con nadie, no decir jamás...?

—Le prometo que hago un desatino si no me dice enseguida ese nombre.

Ante aquel nuevo conjuro, don Abbondio, con el rostro y con la mirada de quien tiene en la boca las tenazas del sacamuelas, profirió:

—Don...

—¿Don? —repitió Renzo, como para ayudar al paciente a soltar el resto; y estaba inclinado, con la oreja pegada a la boca del otro, con los brazos en tensión y los puños apretados a la espalda.

—¡Don Rodrigo! —pronunció aprisa el forzado, precipitando aquellas pocas sílabas, y arrastrando las consonantes, en parte por turbación, en parte porque, dirigiendo la poca atención que le quedaba libre a hacer una transacción entre sus dos miedos, parecía como si quisiera sustraer la palabra y hacerla desaparecer, en el mismo punto en que se veía obligado a lanzarla.

—¡Ah, perro! —gritó Renzo—. ¿Y cómo ha hecho? ¿Qué le ha dicho para...?

—¿Cómo, eh? ¿Cómo? —respondió, con voz casi desdeñosa, don Abbondio, que, tras un sacrificio tan grande, se sentía en cierto modo convertido en acreedor—. ¿Cómo, eh? Quisiera que os hubiera tocado a vos, como me ha tocado a mí, que nada tengo que ver; pues ciertamente no tendríais tantos pájaros en la cabeza. —Y aquí se puso a pintar con terribles colores el mal encuentro; y, al hablar, dándose cuenta cada vez más de una gran cólera que le bailaba en el cuerpo y que hasta entonces había estado oculta y envuelta en el miedo, y viendo al mismo tiempo que Renzo, entre la rabia y la confusión, estaba inmóvil, con la cabeza gacha, prosiguió vivamente—: ¡Habéis hecho una buena acción! ¡Bonito servicio me habéis prestado! ¡Semejante jugada a un hombre de bien, a vuestro cura! ¡En su casa! ¡En lugar sagrado! ¡Linda proeza habéis hecho! ¡Para sacarme de la boca mi desgracia, vuestra desgracia, lo que os ocultaba por prudencia, por vuestro bien...! Y, ahora que lo sabéis, me gustaría ver lo que me hacéis... ¡Por amor del cielo! No son bromas. No se trata de razón o sinrazón; se trata de fuerza. Y cuando, esta mañana, os he dado un buen consejo... ¡ay, os habéis puesto hecho una furia! Yo tenía cordura por mí y por vos... ¿Qué vamos a hacer? Abrid al menos; dadme mi llave.

—Puedo haber faltado —respondió Renzo, con voz dulcificada con don Abbondio, pero en la que se sentía el furor contra el enemigo descubierto—, puedo haber faltado; pero póngase la mano en el pecho y piense si, en mi caso...

Diciendo esto, se había sacado la llave del bolsillo e iba a abrir. Don Abbondio fue tras él, y, mientras giraba la llave en la cerradura, se le acercó, y, con rostro serio y ansioso, alzando ante sus ojos los tres primeros dedos de la diestra, como para ayudarlo por su parte, le dijo:

—Jurad al menos...

—Puedo haber faltado; y dispénseme vuestra merced... —respondió Renzo, abriendo y disponiéndose a salir.

—Jurad... —replicó don Abbondio, agarrándolo del brazo con mano trémula.

—Puedo haber faltado —repitió Renzo, desprendiéndose de él; y se marchó a toda prisa, truncando así la cuestión que, al igual que una cuestión de literatura o de filosofía o de otra cosa, hubiera podido durar siglos, ya que cada una de las partes no hacía sino reiterar su propio argumento.

—¡Perpetua! ¡Perpetua! —gritó don Abbondio, tras haber llamado en vano al fugitivo.

Perpetua no respondió; don Abbondio ya no sabía en qué mundo estaba.

Más de una vez ha ocurrido que personajes de más alto copete que don Abbondio, encontrándose en trances enfadosos, en incertidumbre del partido que tomar, creyeron excelente remedio meterse en la cama con fiebre. Este remedio, él no tuvo que ir a buscarlo, porque se le ofreció por sí solo. El miedo del día anterior, la angustiosa vigilia de la noche, el miedo tenido en ese momento, la ansiedad por el futuro surtieron su efecto. Jadeante y flojo, volvió a sentarse en su sillón, empezó a sentir algún escalofrío en los huesos, se miraba las uñas suspirando, y llamaba de vez en cuando, con voz trémula y enojada: «¡Perpetua!». Esta apareció al fin, con una gran col bajo el brazo y cara impasible, como si nada hubiera ocurrido. Ahorro al lector los lamentos, las condolencias, las acusaciones, las defensas, los «Solo vos podéis haber hablado» y los «No he hablado», en suma, todas las chapucerías de aquella conversación. Baste con decir que don Abbondio ordenó a Perpetua que atrancara la puerta, que no abriera por ningún motivo, y que, si alguien llamaba, respondiera por la ventana que el cura se había metido en la cama con fiebre. Subió luego lentamente las escaleras, diciendo, a cada tres peldaños: «¡Estoy servido!»; y se metió de verdad en la cama, donde lo dejaremos.

Renzo, entretanto, caminaba con rabiosos pasos hacia su casa, sin haber decidido lo que iba a hacer, pero con el desvarío de hacer algo extraño y terrible. Los provocadores, los opresores, todos aquellos que, de cualquier manera, hacen daño a los demás son culpables no solo del mal que cometen, sino también de la perversión a que llevan los ánimos de los ofendidos. Renzo era un joven pacífico y contrario a la sangre, un joven franco y enemigo de insidias; pero, en esos momentos, su corazón solo latía por un homicidio, su mente solo estaba ocupada en fantasear una traición. Habría querido correr a casa de don Rodrigo, agarrarlo por el cuello y..., pero recordaba que era como una fortaleza, guarnecida de bravos por dentro y custodiada por fuera; solo los amigos y los servidores bien conocidos entraban libremente en ella, sin ser registrados de pies a cabeza; un artesanillo desconocido no podría entrar sin un examen, y él, sobre todo..., él quizá sería demasiado conocido. Se imaginaba entonces que cogía su escopeta, se ocultaba tras un seto, esperaba que acaso, que acaso el otro pasara solo; y, sumiéndose, con feroz complacencia, en esa imaginación, se figuraba oír unas pisadas, aquellas pisadas, y alzar callandito la cabeza; reconocía al desalmado, levantaba la

escopeta, apuntaba al blanco, disparaba, lo veía caer y dar las boqueadas, le lanzaba una maldición y corría camino de la frontera a ponerse a salvo. «¿Y Lucia?». Apenas brotó esta palabra en medio de aquellas torvas fantasías, los mejores pensamientos a los que estaba habituada la mente de Renzo entraron en tropel. Se acordó de las últimas recomendaciones de sus padres, se acordó de Dios, de la Virgen y de los santos, pensó en el consuelo que había experimentado tantas veces al encontrarse limpio de crímenes, en el horror que había sentido tantas veces ante el relato de un homicidio; y se despertó de aquel sueño sanguinario con espanto, con remordimiento, y al tiempo con una especie de alegría por no haber hecho sino imaginar. Pero el pensamiento de Lucia, ¡cuántos pensamientos arrastraba consigo! ¡Tantas esperanzas, tantas promesas, un futuro tan anhelado y tenido por tan seguro! ¡Y aquel día tan ansiado! ¿Cómo, con qué palabras anunciarle semejante nueva? Y además, ¿qué partido tomar? ¿Cómo hacerla suya, a despecho de la fuerza de aquel inicuo poderoso? Junto con todo ello, pasaba por su mente no una sospecha concreta, sino una sombra tormentosa. Aquel abuso de don Rodrigo solo podía ser producto de una brutal pasión por Lucia. ¿Y Lucia? Que le hubiera dado la más pequeña ocasión, la más leve esperanza, era una idea que no podía arraigar ni un instante en la cabeza de Renzo. Pero ¿estaba informada? ¿Podía él haber concebido esa infame pasión, sin que ella se diera cuenta? ¿Habría llevado las cosas tan lejos, sin antes haberla tentado de algún modo? ¡Y Lucia nunca le había dicho una palabra a él, su prometido!

Dominado por estos pensamientos pasó por delante de su casa, que estaba en el centro del pueblo, y, tras atravesarlo, se encaminó a la de Lucia, que estaba al final, casi a la salida. Tenía aquella casita un pequeño patio delante, que la separaba de la calle, ceñido por una tapia. Renzo entró en el patio y oyó un mezclado y continuo zumbido procedente de una habitación de arriba. Se imaginó que serían amigas y comadres, venidas a acompañar a Lucia; y no se quiso mostrar a aquel mercado con aquella noticia en el cuerpo y pintada en la cara. Una chiquilla que se encontraba en el patio corrió a su encuentro gritando:

—¡El novio! ¡El novio!

—¡Calla, Bettina, calla! —dijo Renzo—. Ven aquí: sube donde Lucia, llámala aparte y dile al oído... pero que nadie te oiga, ni sospeche nada... Ve... dile que tengo que hablarle, que la espero en la planta baja y que venga enseguida.

La chiquilla subió a toda prisa las escaleras, alegre y orgullosa de tener un encargo secreto que realizar.

Lucia salía en ese momento de manos de su madre, muy acicalada. Las amigas se disputaban a la novia y la forzaban a que se dejase contemplar; ella se escudaba, con esa modestia un poco belicosa de las campesinas, tapándose la cara con el codo, inclinándola sobre el busto, y frunciendo las anchas y negras cejas, aunque su boca se abría en una sonrisa. Los negros y juveniles cabellos, partidos sobre la frente, con una blanca y fina raya, se recogían, detrás de la cabeza, en múltiples círculos de trenzas, atravesadas por agujones de plata, que se repartían alrededor, casi a guisa de los rayos de una aureola, como todavía hoy usan las campesinas del Milanesado. En torno al cuello tenía una gargantilla de granates alternados con cuentas de filigrana de oro; llevaba un lindo jubón de brocado de flores, con las mangas abiertas y atadas con bonitas cintas; una corta falda de hiladillo de seda, de pliegues espesos y menudos, medias bermejas, chinelas bordadas, también de seda. Amén de esto, que era el atavío especial del día de la boda, Lucia tenía el cotidiano de una modesta belleza, realzada entonces y aumentada por los diversos afectos que se le pintaban en el rostro: una alegría atemperada por una leve turbación, esa plácida congoja que se muestra de cuando en cuando en el rostro de las novias y, sin descomponer su belleza, le da un carácter particular. La pequeña Bettina se metió en el corro, se acercó a Lucia, le dio a entender sagazmente que tenía algo que comunicarle y le dijo su recadito al oído.

—Voy y vuelvo al momento —dijo Lucia a las mujeres; y bajó aprisa. Al ver la cara alterada y el porte inquieto de Renzo, dijo, no sin un presentimiento de terror—: ¿Qué ocurre?

—¡Lucia! —respondió Renzo—. Por hoy, todo se ha ido a rodar; ¡y Dios sabe cuándo podremos ser marido y mujer!

—¿Qué? —dijo Lucia, muy confundida.

Renzo le contó brevemente la historia de esa mañana; ella escuchaba con angustia; y cuando oyó el nombre de don Rodrigo:

—¡Ay! —exclamó, ruborizándose y temblando—, ¡hasta ese punto!

—De modo que ¿sabíais...? —dijo Renzo.

—¡Demasiado! —respondió Lucia—, pero ¡hasta ese punto!

—¿Qué sabíais?

—No me hagáis hablar ahora, no me hagáis llorar. Corro a llamar a mi madre y a despedir a las mujeres; es menester que estemos solos.

Mientras ella salía, Renzo susurró:

—¡Jamás me habéis dicho nada!

—¡Ay, Renzo! —respondió Lucia, volviéndose un momento, sin detenerse.

Renzo comprendió a la perfección que su nombre pronunciado en ese momento, con aquel tono, por Lucia, quería decir: «¿podéis dudar de que he callado por los motivos más justos y puros?».

Entretanto la buena Agnese (así se llamaba la madre de Lucia), entrando en sospechas y en curiosidad por el recadito a la oreja y la desaparición de su hija, había bajado para enterarse de las novedades. Su hija la dejó con Renzo, volvió con las mujeres reunidas y, acomodando lo mejor que pudo la voz y el aspecto, dijo:

—El señor cura está enfermo, y hoy nada se hace.

Dicho esto, se despidió de todas aprisa, y bajó de nuevo.

Las mujeres desfilaron y se dispersaron para contar lo ocurrido. Dos o tres fueron hasta la puerta del cura, para comprobar si de verdad estaba enfermo.

—Un calenturón —respondió Perpetua por la ventana; y la triste palabra, referida a las demás, trunció las conjeturas que ya empezaban a hormigear en sus cerebros y a anunciarse vagas y misteriosas en sus charlas.

III

Lucia entró en la habitación de la planta baja mientras Renzo estaba angustiosamente informando a Agnese, la cual angustiosamente lo escuchaba. Los dos se volvieron a quien sabía más que ellos, y de quien esperaban una aclaración, que no podía ser sino dolorosa; entrambos dejaban entrever, en medio del dolor, y con el distinto amor que cada uno de ellos profesaba a Lucia, un enfado también distinto por haberles ocultado algo, y de tal naturaleza. Agnese, aunque ansiosa por oír hablar a su hija, no pudo contenerse de hacerle un reproche:

—¡No decir nada a tu madre de semejante cosa!

—Ahora os diré todo —respondió Lucia, enjugándose los ojos con el delantal.

—¡Habla, habla! ¡Hablad, hablad! —gritaron a la una la madre y el novio.

—¡Virgen Santísima! —exclamó Lucia—, ¿quién habría creído que las cosas pudieran llegar a este punto?

Y, con voz rota por el llanto, contó cómo, unos días antes, mientras regresaba de la hilandería y había quedado rezagada de sus compañeras, pasó delante de ella don Rodrigo, en compañía de otro caballero; el primero trató de retenerla con charlas, según ella decía, nada buenas; pero ella, sin hacerle caso, apretó el paso y se reunió con sus compañeras; y entretanto oyó al otro caballero reírse con fuerza, y a don Rodrigo decir: «¡Apostemos!». Al día siguiente, los dos se encontraban de nuevo en su camino; pero Lucia iba entre sus compañeras, con los ojos bajos; y el otro caballero se reía a carcajadas, y don Rodrigo decía: «Ya veremos, ya veremos».

—Gracias al cielo —continuó Lucia—, aquel día era el último de la hilandería. Yo se lo conté al instante...

—¿A quién se lo has contado? —preguntó Agnese, adelantándose, no sin cierto encono, al nombre del confidente preferido.

—Al padre Cristoforo, madre, en confesión —respondió Lucia, con suave acento de disculpa—. Le conté todo, la última vez que fuimos juntas a la iglesia del convento; y, si os acordáis, esa mañana yo empezaba ora una cosa,

ora otra, para demorarnos, hasta que pasara otra gente del pueblo encaminada hacia allá, para hacer el camino en su compañía; porque, después de ese encuentro, las calles me daban mucho miedo...

Ante el venerado nombre del padre Cristoforo, el encono de Agnese se dulcificó.

—Has hecho bien —dijo—, pero ¿por qué no contárselo todo también a tu madre?

Lucia había tenido dos buenas razones: una, no contristar ni asustar a la buena mujer con una cosa a la que esta no habría podido hallar remedio; otra, no correr el riesgo de que viajara por muchas bocas una historia que exigía estar celosamente enterrada; tanto más cuanto que Lucia esperaba que su boda truncaría, en sus principios, aquella abominada persecución. De estas dos razones, no obstante, solo alegó la primera.

—¿Y a vos —dijo luego, dirigiéndose a Renzo, con esa voz que aspira a hacer reconocer a un amigo que se ha equivocado—, a vos debía yo hablaros de esto? ¡Por desgracia lo sabéis ahora!

—¿Y qué te dijo el padre? —preguntó Agnese.

—Me dijo que tratase de apresurar la boda todo lo posible, y que mientras tanto me quedara encerrada; que rogase mucho al Señor; y que esperaba que ese, al no verme, no se volvería a ocupar de mí. Entonces fue cuando me esforcé —prosiguió, dirigiéndose de nuevo a Renzo, aunque sin levantar la vista hacia su cara, y ruborizándose—, fue entonces cuando me puse descarada, y os rogué que procuraseis daros prisa y concluir antes de la fecha que se había convenido. ¿Quién sabe lo que habréis pensado de mí? Pero yo lo hacía para bien, me habían aconsejado, y tenía por seguro... y, esta mañana, estaba tan lejos de pensar...

Aquí las palabras se vieron truncadas por un violento estallido de llanto.

—¡Ah, bribón! ¡Ah, condenado! ¡Ah, asesino! —gritaba Renzo, corriendo de un lado a otro de la estancia y apretando de vez en cuando el mango de su cuchillo.

—¡Oh, qué enredo, por amor de Dios! —exclamaba Agnese.

El joven se detuvo de improviso ante Lucia, que lloraba; la miró con un gesto de ternura doliente y furiosa, y dijo:

—Esta es la última que hace ese asesino.

—¡Ay! ¡No, Renzo, por amor del cielo! —gritó Lucia—. No, no, ¡por amor del cielo! Hay también un Dios para los pobres; y ¿cómo queréis que nos ayude, si obramos mal?

—No, no, ¡por amor del cielo! —repetía Agnese.

—Renzo —dijo Lucia, con un aire de esperanza y de más tranquila resolución—, vos tenéis un oficio y yo sé trabajar; vayámonos muy lejos, y que ese no vuelva a oír hablar de nosotros.

—¡Ay, Lucia! ¿Y después? ¡Aún no somos marido y mujer! ¿Querrá darnos el cura la fe de soltería? ¡Un hombre como ese! Si estuviéramos casados, ¡oh!, entonces...

Lucia volvió a llorar; y los tres quedaron en silencio, con un abatimiento que presentaba un triste contraste con la pompa festiva de sus ropas.

—Oíd, hijos míos; hacedme caso —dijo, tras unos momentos, Agnese—. Yo he venido al mundo antes que vosotros; y conozco un poco el mundo. No hay que asustarse tanto: no es tan fiero el león como lo pintan. A nosotros, los pobres, las madejas nos parecen más enrevesadas porque no sabemos encontrar el cabo; pero a veces un parecer, una palabrita de un hombre que haya estudiado... sé bien lo que quiero decir. Dadme gusto, Renzo: id a Lecco, buscad al abogado Azzecca-garbugli^[13], contadle... Pero no lo llaméis así, por amor del cielo: es un mote. Es menester decir el señor abogado... ¿Cómo se llama? ¡Oh, toma!, no sé su verdadero nombre; todos le llaman de ese modo. Basta, buscad a ese abogado alto, seco, pelado, con la nariz roja y un antojo de color frambuesa en la mejilla.

—Lo conozco de vista —dijo Renzo.

—Está bien —continuó Agnese—, ¡es una eminencia! He visto yo a más de uno que estaba más empantanado que una carreta y no tenía a quién volver la cara, y, después de haber estado una hora a solas con el abogado Azzecca-garbugli (¡tened cuidado de no llamarle así!), lo he visto, digo, salir riendo. Coged esos cuatro capones, ¡pobrecitos!, a los que tenía que retorcerles el cuello para el banquete del domingo^[14], y llevádselos, porque nunca conviene ir con las manos vacías a esos señores. Contadle todo lo ocurrido; y ya veréis como os dirá, en menos que canta un gallo, cosas que a nosotros no se nos pasarían por la cabeza ni pensándolas un año.

Renzo acogió de muy buen grado este consejo; Lucia lo aprobó; y Agnese, orgullosa por haberlo dado, sacó, uno a uno, los pobres animales de la caponera, juntó sus ocho patas, como si hiciese un ramillete de flores, las envolvió con un bramante y las ató bien, y se las entregó a Renzo. Este, dadas y recibidas palabras de esperanza, salió por la parte del huerto, para que no lo viesen los chiquillos, que correrían detrás de él, gritando: «¡El novio, el novio!». Así, atravesando los campos, o, como dicen allí, los lugares, marchó por senderos, temblando, reflexionando en su desgracia y rumiando el discurso que debía soltar al abogado Azzecca-garbugli. Dejo pensar al lector

cómo irían en el viaje aquellos pobres animales, así atados, y sujetos por las patas, cabeza abajo, en la mano de un hombre que, agitado por tantas pasiones, acompañaba con el ademán los pensamientos que pasaban en tropel por su mente. Ora extendía el brazo con cólera, ora lo alzaba con desesperación, ora lo blandía en el aire, como amenazando, y, en todos los casos, les daba feroces sacudidas y hacía saltar aquellas cuatro cabezas colgantes; estas, entretanto, se las ingeniaban picoteándose unas a otras, como a menudo ocurre entre los compañeros de desgracia.

Llegado al pueblo, preguntó por la morada del abogado; se la indicaron, y allá fue. Al entrar, se sintió asaltado por esa cortedad que los pobrecillos iletrados experimentan en la proximidad de un señor y de un erudito, y olvidó todos los discursos que llevaba preparados; pero echó una ojeada a los capones y se animó. Entrando en la cocina, preguntó a la criada si se podía hablar con el señor abogado. Vio ella los animales y, como acostumbrada a semejantes regalos, les echó mano, aunque Renzo tiraba de ellos, porque quería que el abogado los viera y supiera que le llevaba algo. Este llegó precisamente cuando la mujer decía:

—Dadme acá, y entrad.

Renzo hizo una gran reverencia; el doctor lo acogió humanamente, con un «Pasad, hijo», y lo hizo entrar consigo en el estudio. Era este un cuarto muy grande, sobre tres paredes del cual se distribuían los retratos de los doce césares; la cuarta, cubierta por una gran estantería de libros viejos y polvorientos; en el centro, una mesa atestada de alegatos, de instancias, de memoriales, de bandos, con tres o cuatro sillas alrededor, y a un lado un sillón de brazos, con un respaldo alto y cuadrado, rematado en las esquinas por dos adornos de madera, que se alzaban a guisa de cuernos, tapizado de vaqueta, con gruesos bullones, algunos de los cuales, desprendidos hacía tiempo, dejaban en libertad los bordes del tapizado, que se abarquillaba aquí y allá. El abogado estaba en bata, esto es vestido con una toga raída que le había servido, muchos años atrás, para perorar, en los días de aparato, cuando iba a Milán para una causa de importancia. Cerró la puerta y dio ánimos al joven con estas palabras:

—Hijo mío, contadme vuestro caso.

—Quisiera hablarle unas palabras en confianza.

—Aquí me tenéis —respondió el abogado—, hablad.

Y se acomodó en el sillón. Renzo, erguido ante la mesa, con una mano en la copa del sombrero, al que daba vueltas con la otra, volvió a empezar:

—Quisiera saber de vuestra merced, que ha estudiado...

—Decidme las cosas como son —interrumpió el abogado.

—Vuestra merced habrá de disculparme; nosotros, los pobres, no sabemos hablar bien. Quisiera saber, pues...

—¡Bendita gente! Sois todos igual: en vez de contar los hechos, queréis interrogar, porque tenéis ya un designio en la cabeza.

—Discúlpeme vuestra merced, señor abogado. Quisiera saber si, en amenazar a un cura para que no celebre un matrimonio, hay delito.

«Comprendo —dijo para sí el abogado, que en realidad no había comprendido—. Comprendo». Y al instante se puso serio, pero con una seriedad mezclada de compasión y de premura; apretó fuertemente los labios, dejando salir un sonido inarticulado que aludía a un sentimiento, expresado después con más claridad en sus primeras palabras.

—Caso serio, hijo mío; caso previsto. Habéis hecho bien al acudir a mí. Es un caso claro, previsto en cien bandos, y... justamente en uno del año pasado, del actual señor gobernador. Ahora os lo muestro, lo tocaréis con la mano. —Diciendo esto, se levantó de su sillón y metió las manos en aquel caos de papeles, revolviéndolos de abajo a arriba, como si metiese trigo en un celemín—. ¿Dónde está ahora? A ver si apareces, a ver... ¡Hay que tener tantas cosas a mano! Pero debe estar aquí, seguro, porque es un bando de importancia. ¡Ah!, aquí está, aquí está. —Lo cogió, lo desplegó, miró la fecha y, con rostro aún más serio, exclamó—: ¡El 15 de octubre de 1627! Seguro, es del año pasado: bando fresco, que son los que meten más miedo. ¿Sabéis leer, hijo mío?

—Un poquito, señor abogado.

—Bien, seguidme con la vista, y veréis.

Y, teniendo el bando extendido en el aire, empezó a leer, farfullando apresurado en algunos pasajes y deteniéndose claramente, con gran expresión, en algunos otros, según las necesidades:

—«Si bien por el bando publicado por orden del señor duque de Feria el 14 de diciembre de 1620, y confirmado por el Ilmo. y Excmo. Señor el Señor Gonzalo Fernández de Córdoba», etcétera, «se proveyó con remedios extraordinarios y rigurosos a las opresiones, concusiones y actos tiránicos que algunos osan cometer contra estos Vasallos tan devotos de S. M., de todas maneras la frecuencia de los excesos, y su malicia», etcétera, «ha crecido hasta tal punto que ha puesto en la necesidad a Su Excmo.», etcétera. «Por lo cual, con el parecer del Senado y de una junta», etcétera, «ha resuelto que se publique el presente».

»Y comenzando por los actos tiránicos, pues la experiencia muestra que muchos, tanto en las Ciudades como en las Villas...», ¿oís?, «de este Estado, con tiranía ejercen concusiones y oprimen a los más débiles en diversos modos, como al obligar a que se hagan contratos forzosos de compras, de arrendamientos...», etcétera. ¿Dónde estás? ¡Ah! Aquí: oíd: «se hagan o no se hagan matrimonios». ¿Eh?

—Es mi caso —dijo Renzo.

—Oíd, oíd, hay mucho más; y luego veremos la pena: «Se testifique, o no se testifique; que uno se parta del lugar donde habita», etcétera, «que otro pague una deuda; aquel otro no le moleste, aquel vaya a su molino...». Todo esto no tiene que ver con nosotros. Ah, ya está: «El cura que no hiciere lo que está obligado a hacer por su ministerio, o hiciere cosas que no le competen». ¿Eh?

—Parece que han hecho el bando aposta para mí.

—¿Eh? ¿No es verdad? Oíd, oíd: «Y otras violencias semejantes, como realizan los feudatarios, los nobles, la gente mediana, los viles y los plebeyos». Nadie se escapa; están todos: es como el valle de Josafat. Oíd ahora la pena. «Todas estas y otras malas acciones similares, aunque están ya prohibidas, no obstante, conviniendo poner por obra mayor rigor, S. E., por la presente, sin derogar», etcétera, «ordena y manda que contra los contraventores de cualquiera de dichos capítulos, u otros similares, procedan todos los jueces ordinarios de este Estado con penas pecuniarias y corporales, incluso de destierro o de galeras, y hasta la de muerte...», ¡una bagatela!, «al arbitrio de Su Excelencia, o del Senado, según la calidad de los casos, personas y circunstancias. Y ello i-rre-mi-si-blemen-te y con todo rigor», etcétera. Hay tela que cortar, ¿eh? Y aquí veis las firmas: «Gonzalo Fernández de Córdoba»; y más abajo: «Platonus»; y también aquí: «*Vidit Ferrer*». No falta nada.

Mientras el abogado leía, Renzo lo seguía lentamente con la vista, tratando de sacar sustancia clara, y de mirar aquellas sacrosantas palabras, que le parecían deber servirle de ayuda. El abogado, al ver a su nuevo cliente más atento que aterrorizado, se maravillaba: «¿Será este un pillo redomado?», pensaba.

—¡Ah! ¡Ah! —le dijo después—, os habéis hecho cortar el tufo. Habéis obrado con prudencia; aunque, pensando poneros en mis manos, no era necesario. El caso es serio, pero no sabéis lo que soy capaz de hacer, llegado el momento.

Para entender esta salida del abogado es preciso saber, o recordar, que, en esa época, los bravos profesionales, y los facinerosos de todas clases, solían llevar un largo tufo, que se dejaba caer sobre el rostro, como una visera, en el momento de enfrentarse con alguien, en los casos en que estimaran necesario desfigurarse y la empresa fuera de aquellas que requerían al mismo tiempo fuerza y prudencia. Los bandos no habían guardado silencio sobre esta moda. «Manda Su Excelencia (el marqués de la Hinojosa) que quien lleve el pelo de tal largura que le cubra la frente hasta las cejas exclusivamente, o bien lleve trenza, delante o detrás de las orejas, incurra en la multa de trescientos escudos; y en caso de insolvencia, en la pena de tres años de galeras, la primera vez, y por segunda, amén de la antedicha, otra aún mayor, pecuniaria y corporal, al arbitrio de su Excelencia.

»Permite empero que, con motivo de encontrarse alguno calvo, o por otra razonable causa de señal o herida, esos tales pueden, por mayor decoro y salud, llevar los cabellos tan largos como sea necesario para cubrir semejantes defectos, y nada más; advirtiéndole bien de que no se exceda el deber y la pura necesidad, para (no) incurrir en la pena impuesta a los otros contrafactores.

»Y asimismo manda a los barberos, bajo pena de cien escudos o de tres tratos de cuerda que se les darán en público, y otra pena aún mayor corporal, al arbitrio igual que arriba, que no dejen a aquellos a quienes corten el pelo especie alguna de dichas trenzas, tufos, rizos, ni cabellos más largos de lo ordinario, tanto en la frente como en los lados, y detrás de las orejas, sino que sean todos iguales, como arriba, salvo en el caso de los calvos, u otros defectuosos, como se ha dicho».

El tufo era, pues, casi una parte de la armadura, y un distintivo de bravucones y maleantes, a los que a causa de ello se les llamó comúnmente tufos. El término ha quedado y vive todavía, con significado más mitigado, en el dialecto; y quizá no haya ninguno de nuestros lectores milaneses que no recuerde haberse oído llamar, en su juventud, por sus padres, su maestro, algún amigo de la casa, o alguna persona de servicio: tufo, tufillo.

—En verdad, como buen chico —respondió Renzo—, jamás he llevado tufo en mi vida.

—No hacemos nada —respondió el abogado, meneando la cabeza, con una sonrisa entre maliciosa e impaciente—, si no tenéis confianza en mí, no hacemos nada. Quien dice mentiras al abogado, hijo mío, es un necio que dirá la verdad al juez. Al abogado es menester contarle las cosas claras; a nosotros toca embrollarlas luego. Si queréis que os ayude, es menester decírmelo todo, de pe a pa, con el corazón en la mano, como al confesor. Debéis nombrarme a

la persona que os dio la orden; será, naturalmente, persona de campanillas; y, en ese caso, yo iré a verla, como Dios manda. No le diré, ya veis, que sé por vos que os ha mandado él; confiad en ello. Le diré que voy a implorar su protección, para un pobre joven calumniado. Y concertaré con él las medidas oportunas para acabar el negocio laudablemente. Ya comprenderéis que, al salvarse a sí mismo, os salvará también a vos. Y si la travesura fuera toda vuestra, bueno, no me echo atrás: he sacado a otros de peores líos... Con tal de que no hayáis ofendido a alguien de campanillas, entendámonos, me comprometo a sacaros de apuros; con algunos gastos, entendámonos. Debéis decirme quién es el ofendido, cómo se llama; y, según la condición, la calidad y el humor del amigo, se verá si conviene más tenerlo a raya con protecciones, o encontrar algún modo para acusarlo nosotros de criminal, y darle qué pensar; porque, ya veis, si se saben manejar bien los bandos, nadie es reo, ni nadie es inocente. En cuanto al cura, si es persona de juicio, se estará callado; si fuera un cabezota, también para eso hay remedio. Se puede salir bien de cualquier intriga; pero se necesita un hombre; y vuestro caso es serio; serio, os lo digo, serio: el bando canta claro; y si la cosa tuviera que decidirse entre la justicia y vos, así, a solas, estaríais fresco. Os hablo como un amigo: las travesuras hay que pagarlas; si queréis salir bien librado, dinero y sinceridad, confía en quien bien os quiere, obedecer, hacer todo lo que os sugieran.

Mientras el abogado soltaba todas estas frases, Renzo lo miraba con una atención estática, como un paleta que está en la plaza mirando al titiritero que, tras haberse metido en la boca estopa y más estopa, se saca cinta y más cinta, el cuento de nunca acabar. Pero cuando entendió bien lo que el abogado quería decir, y en qué equivocación había incurrido, le cortó la cinta en la boca, diciendo:

—¡Oh!, señor abogado, ¿qué ha entendido vuestra merced? Es todo al revés. Yo no he amenazado a nadie; no hago esas cosas; pregunte a todo mi pueblo, y oirá que jamás he tenido que ver con la justicia. La bribonada me la han hecho a mí, y vengo a ver a vuestra merced para saber cómo obtener justicia; y estoy muy contento de haber visto ese bando.

—¡Diablos! —exclamó el abogado, abriendo mucho los ojos—. ¿Qué enredos os traéis? Así es, todos sois igual; ¿es posible que no sepáis decir las cosas claras?

—Dispénseme, vuestra merced no me ha dado tiempo; ahora le contaré cómo es la cosa. Sepa vuestra merced, pues, que yo debía casarme hoy —dijo, y aquí la voz de Renzo se conmovió—, debía casarme hoy con una joven, con

la que hablaba desde este verano; y hoy, como le digo, era el día fijado con el señor cura, y estaba dispuesto todo. Y hete aquí que el señor cura empieza a sacar ciertas excusas... basta, para no aburrir a vuestra merced, yo le hice hablar claro, como era justo; y él me confesó que le habían prohibido, bajo pena de la vida, celebrar este matrimonio. Ese déspota de don Rodrigo...

—¡Alto ahí! —interrumpió al instante el doctor, frunciendo el ceño, arrugando la roja nariz y torciendo la boca—, ¡alto ahí! ¿Cómo me venís a romper los cascos con estas patrañas? Haced esos discursos entre vosotros, que no sabéis medir las palabras; pero no vengáis a hacerlos con un hombre de bien, que sabe lo que valen. Marchaos, marchaos; no sabéis lo que decís; no me inmiscuyo en chiquilladas; no quiero oír discursos de esta especie, discursos en el aire.

—Le juro...

—Marchaos, os digo. ¿Qué queréis que haga con vuestros juramentos? Nada tengo que ver; me lavo las manos. —Y se las restregaba, como si se las lavase de verdad—. Aprended a hablar; no se viene a sorprender así a un hombre de bien.

—Pero oiga, pero oiga —repetía en vano Renzo.

El abogado, sin dejar de gritar, lo empujaba con las manos hacia la puerta; y, cuando lo hubo expulsado, abrió, llamó a la criada y le dijo:

—Devolvedle al instante a este hombre lo que ha traído; yo no quiero nada, no quiero nada.

La mujer jamás había ejecutado, en todo el tiempo que llevaba en la casa, una orden semejante; pero fue proferida con tal resolución que no dudó en obedecer. Cogió los cuatro pobres animales, y se los dio a Renzo, con una ojeada de despreciativa compasión que parecía significar: «Tienes que haberla hecho buena». Renzo quería andarse con ceremonias; pero el abogado se mostró inexpugnable; y el joven, más atónito y rabioso que nunca, tuvo que recoger las víctimas rechazadas y regresar al pueblo, a contar a las mujeres el buen provecho de su expedición.

Las mujeres, en su ausencia, tras haberse quitado tristemente las ropas de fiesta y puesto las de los días de trabajo, empezaron a discurrir de nuevo, Lucia sollozante y Agnese suspirando. Cuando esta acabó de hablar de los grandes efectos que se debían esperar de los consejos del abogado, Lucia dijo que había que tratar de ayudarse de todas las maneras; que el padre Cristoforo era capaz no solo de aconsejar, sino de poner manos a la obra, cuando de aliviar a los pobres se trataba; y que sería una gran cosa poder informarle de lo acaecido. «Por descontado», dijo Agnese; y se dedicaron a buscar juntas la

manera; porque para ir ellas al convento, distante de allí quizá dos millas, no se sentían con valor ese día; y en verdad ningún hombre sensato se lo habría aconsejado. Pero, mientras ponderaban las distintas opciones, se oyó un golpeteo en la puerta, y, al mismo tiempo, un quedo pero claro «*Deo gratias*». Lucia, imaginándose quién podía ser, corrió a abrir; y al momento, tras hacer una pequeña reverencia familiar, se adelantó un lego limosnero capuchino, con su alforja colgando del hombro izquierdo, y sujetando con las dos manos sobre el pecho la boca enrollada de la alforja.

—¡Oh, fray Galdino! —exclamaron las dos mujeres.

—El Señor sea con vosotras —dijo el fraile—. Vengo para la colecta de las nueces.

—Ve a buscar las nueces para los padres —dijo Agnese.

Lucia se levantó y se dirigió a la otra habitación, pero, antes de entrar en ella, se detuvo a espaldas de fray Galdino, que seguía erguido en la misma postura; y, poniéndose un dedo en la boca, le echó a su madre un vistazo que pedía secreto, con ternura, con súplica y también con cierta autoridad.

El limosnero, mirando al soslayo a Agnese, desde lejos, dijo:

—¿Y ese casamiento? ¿No se iba a celebrar hoy? He visto en el pueblo cierta confusión, como si hubiera alguna novedad. ¿Qué ha pasado?

—El señor cura está enfermo, y hay que retrasarlo —respondió aprisa la mujer. Si Lucia no hubiera hecho aquella seña, la respuesta probablemente habría sido distinta—. ¿Y cómo va la colecta? —agregó luego, para cambiar de conversación.

—No muy bien, buena mujer, no muy bien. Están todas aquí. —Y diciendo esto se quitó la alforja y la hizo saltar entre las dos manos—. Están todas aquí; y, para juntar tal abundancia, he tenido que llamar a diez puertas.

—¡Ay! Las añadas vienen escasas, fray Galdino; y, cuando hay que medir el pan, no se puede abrir la mano en el resto.

—Y para que vuelva el buen tiempo, ¿qué remedio hay, señora mía? La limosna. ¿Sabéis aquel milagro de las nueces, que ocurrió hace muchos años en nuestro convento de la Romaña?

—No, por cierto; contádmelo un poco.

—¡Oh! Debéis de saber, pues, que, en aquel convento, había uno de nuestros padres, el cual era un santo, y se llamaba el padre Macario. Un día de invierno, pasando por un sendero, por el campo de uno de nuestros bienhechores, también hombre muy bueno, el padre Macario vio a este bienhechor junto a un gran nogal; cuatro campesinos, con las azadas en alto, empezaban a descalzar el árbol, para sacar las raíces al sol. «¿Qué hacéis con

ese pobre árbol?», preguntó el padre Macario. «¡Ah!, padre, hace años que no me quiere dar nueces, conqué voy a hacer leña». «Dejadlo», dijo el padre, «y sabed que este año dará más nueces que hojas». El bienhechor, que sabía quién era el que había dicho esa frase, ordenó al instante a los labradores que echaran de nuevo la tierra sobre las raíces; y llamando al padre, que seguía su camino, le dijo: «Padre Macario, la mitad de la cosecha será para el convento». Corrió la voz de la predicción; y todos acudían a mirar el nogal. En efecto, en la primavera floreció con profusión, y, en su momento, hubo profusión de nueces. El buen bienhechor no tuvo el consuelo de varearlas, porque se fue, antes de la cosecha, a recibir el premio de su caridad. Pero el milagro fue tanto mayor, como oiréis. Aquel buen hombre había dejado un hijo de casta muy distinta. Ahora bien, en el momento de la cosecha, el limosnero fue a recoger la mitad prometida al convento; y el otro se hizo de nuevas, y tuvo la temeridad de responder que nunca había oído decir que los capuchinos supiesen hacer nueces. ¿Sabéis entonces lo que ocurrió? Un día (oíd bien), aquel disoluto había invitado a unos amigos suyos de la misma calaña, y, mientras se juergueaban, contaba la historia del nogal y se reía de los frailes. Aquellos calaveras tuvieron ganas de ir a ver aquel inmenso montón de nueces, y él los llevó al granero. Pues oíd: abre la puerta, va hacia el ángulo donde habían colocado el gran montón, y, mientras dice «Mirad», mira él mismo y ve... ¿qué ve? Un buen montón de hojas secas de nogal. ¿Fue o no un escarmiento? Y el convento, en vez de perder, ganó con ello, porque, tras un suceso tan grande, la colecta de las nueces producía tanto que un bienhechor, movido a compasión del pobre limosnero, hizo al convento la caridad de un asno que ayudase a llevar las nueces a casa. Y se hacía tanto aceite que todos los pobres iban a buscarlo, según sus necesidades; porque nosotros somos como el mar, que recibe agua de todas partes, y la vuelve a distribuir a todos los ríos.

En esto reapareció Lucia, con el delantal tan cargado de nueces que a duras penas lo sostenía, con las dos puntas en alto, y los brazos tiesos y alargados. Mientras fray Galdino, quitándose de nuevo la alforja, la ponía en el suelo y desataba la boca, para introducir la abundante limosna, la madre puso cara atónita y severa a Lucia por su prodigalidad; pero Lucia le echó una ojeada, que significaba: me justificaré. Fray Galdino prorrumpió en elogios, en parabienes, en promesas, en agradecimientos, y, puesta la alforja al hombro, iba a marcharse. Pero Lucia, llamándolo, dijo:

—Quisiera que me hicierais un favor; quisiera que le dijerais al padre Cristoforo que tengo una gran prisa por hablarle, y que me haga la caridad de

venir a esta pobre casa lo más presto posible, porque nosotras no podemos ir a la iglesia.

—¿No queréis otra cosa? No pasará una hora sin que el padre Cristoforo sepa vuestro deseo.

—En ello fío.

—No lo dudéis. —Y, dicho esto, se marchó, un poco más encorvado y más contento de lo que había llegado.

Al ver que una pobre muchacha mandaba a llamar, con tanta confianza, al padre Cristoforo, y que el limosnero aceptaba el recado, sin asombrarse y sin dificultad, nadie piense que aquel Cristoforo era un fraile de poco, uno del montón. Al contrario, era hombre de mucha autoridad, entre los suyos, y en todo el contorno; pero la condición de los capuchinos era tal que nada les parecía demasiado bajo, ni demasiado elevado para ellos. Servir a los ínfimos, y ser servido por los poderosos, entrar en palacios y en tugurios, con el mismo porte de humildad y franqueza, ser a veces, en la misma casa, un sujeto de pasatiempo, y un personaje sin el cual nada se decidía, pedir limosna por doquier, y hacerla a todos los que la pedían en el convento, a todo estaba acostumbrado un capuchino. Yendo por el camino, podía igualmente tropezar con un príncipe que le besaba reverente la punta del cordón, como con una banda de granujas que, fingiendo llegar a las manos entre sí, le enlodaban la barba con barro. La palabra «fraile» se profería, en aquellos tiempos, con el mayor respeto, o con el más amargo desprecio; y los capuchinos, quizá más que ninguna otra orden, eran objeto de los dos contrarios sentimientos, y experimentaban las dos contrarias fortunas; porque, no poseyendo nada, llevando un traje extrañamente distinto del común, haciendo más abierta profesión de humildad, se exponían más de cerca a la veneración y al vilipendio que esas cosas pueden atraer según los diversos humores y el diverso pensar de los hombres.

Desaparecido fray Galdino, exclamó Agnese:

—¡Todas esas nueces! ¡Y en este año!

—Perdonadme, madre —respondió Lucia—, pero, si hubiéramos dado una limosna como los otros, fray Galdino habría tenido aún que vagar Dios sabe cuánto, antes de llenar la alforja; Dios sabe cuándo habría regresado al convento; y, con las pláticas que hubiera hecho y oído, Dios sabe si no se le iría de la cabeza...

—Bien pensado; y, además, toda caridad da siempre buen fruto —dijo Agnese, la cual, con sus defectillos, era una gran mujer, y se habría tirado al

fuego, como suele decirse, por su única hija, en la que había puesto todas sus complacencias.

En estas llegó Renzo, y, entrando con un rostro despechado y mortificado al tiempo, arrojó los capones sobre una mesa; y esta fue la última triste peripecia de los pobres animales por ese día.

—¡Buen parecer me habéis dado! —dijo a Agnese—. ¡Me habéis mandado a menudo hombre de bien! ¡Alguien que ayuda verdaderamente a los pobres!

Y contó su conversación con el abogado. La mujer, estupefacta con tan triste resultado, quería ponerse a demostrar que el parecer era bueno, y que Renzo no debía de haber sabido hacer las cosas como había que hacerlas; pero Lucia interrumpió la discusión, anunciando que esperaba haber encontrado una ayuda mejor. Renzo se acogió también a esa esperanza, como les sucede a quienes tienen una desgracia o un embrollo.

—Pero si el padre no encuentra un recurso —dijo—, lo encontraré yo, de un modo o de otro.

Las mujeres le aconsejaron calma, paciencia, prudencia.

—Mañana —dijo Lucia— vendrá sin falta el padre Cristoforo; ya veréis como encuentra algún remedio que nosotros, pobrecitos, ni siquiera imaginamos.

—Eso espero —dijo Renzo—, pero, en cualquier caso, sabré vengarme del agravio, o conseguir satisfacción. Por fin alguien hará justicia en este mundo.

Con tan dolorosos discursos y con las idas y venidas que se han referido, aquel día había transcurrido y comenzaba a oscurecer.

—Buenas noches —dijo tristemente Lucia a Renzo, el cual no sabía decidirse a partir.

—Buenas noches —respondió Renzo, aún más tristemente.

—Algún santo nos ayudará —replicó Lucia—: Sed prudente y resignaos.

La madre añadió otros consejos de la misma especie; y el novio se marchó, con el corazón angustiado, repitiendo siempre aquellas extrañas palabras: «Por fin alguien hará justicia en este mundo», ¡tan cierto es que un hombre abrumado por el dolor no sabe lo que se dice!

IV

El sol aún no había asomado del todo sobre el horizonte, cuando el padre Cristoforo salió de su convento de Pescarenico, para subir a la casita donde lo esperaban. Es Pescarenico una aldehuela, en la orilla izquierda del Adda, o mejor dicho del lago, no muy apartada del puente: un grupito de casas, habitadas en su mayoría por pescadores, y tapizadas aquí y allá con trasmallos y redes tendidas a secar. El convento estaba situado (el edificio subsiste todavía) en las afueras, y frente a la entrada de la aldea, pasando entre los dos el camino que de Lecco lleva a Bérgamo. El cielo estaba muy sereno: a medida que el sol se alzaba tras la montaña, se veía su luz, desde la cima de los montes opuestos, descender, como desplegándose rápidamente, laderas abajo y por el valle. Un vientecillo otoñal, desprendiendo de las ramas las hojas marchitas de las moreras, las llevaba a caer a unos pasos de los árboles. A derecha e izquierda, en los viñedos, en los sarmientos aún rígidos, brillaban hojas rojizas de variados tonos; y la tierra recién labrada se destacaba parda y distinta entre las rastrojeras blanquecinas y relucientes de rocío. La escena era alegre; pero cada figura humana que en ella aparecía contristaba la vista y el pensamiento. De tanto en tanto, se encontraban mendigos andrajosos y macilentos, o envejecidos en el oficio, o empujados entonces por la necesidad a extender la mano. Pasaban callados junto al padre Cristoforo, lo miraban piadosamente y, aunque nada podían esperar de él, ya que un capuchino jamás tocaba una moneda, le hacían una reverencia agradecida por la limosna que habían recibido, o que iban a buscar al convento. El espectáculo de los labradores diseminados por los campos tenía algo aún más doloroso. Algunos iban echando sus semillas, escasas, con parsimonia y de mala gana, como quien arriesga algo que mucho le importa; otros manejaban la azada como con fatiga, y removían desgadamente los terrones. Una niña flaca que sujetaba con una cuerda a la vaquita toda piel y huesos que pacía miraba ante sí y se inclinaba a toda prisa, para robarle, como alimento de la familia, algunas hierbas, con las que el hambre había enseñado que también los hombres podían vivir. Estos espectáculos aumentaban, a cada paso, la

pesadumbre del fraile, el cual caminaba ya con un triste presentimiento en el corazón, el de que iba a oír alguna desgracia.

Mas ¿por qué se tomaba tanto interés por Lucia? ¿Y por qué, al primer aviso, se había puesto en camino con tanta solicitud, como ante una llamada del padre provincial? ¿Quién era este padre Cristoforo? Es preciso satisfacer todas estas preguntas.

El padre Cristoforo era un hombre más cerca de los sesenta que de los cincuenta años. Su cabeza rapada, salvo la pequeña corona circular de cabellos, según la usanza de los capuchinos, se alzaba de vez en cuando, con un movimiento que dejaba traslucir un no sé qué de altivo e inquieto; y al instante se bajaba, con un reflejo de humildad. La barba blanca y larga, que le cubría las mejillas y el mentón, hacía resaltar aún más las formas salientes de la parte superior del rostro, a las que la abstinencia, ya habitual desde hacía mucho, había agregado gravedad sin restarles expresión. Dos ojos hundidos estaban por lo regular inclinados al suelo, pero a veces fulguraban con vivacidad repentina, como dos fogosos caballos, guiados por la mano de un cochero, a quien saben, por experiencia, que no pueden dominar, pero que hacen, de vez en cuando, alguna corveta que pagan de inmediato con un buen tirón del bocado.

El padre Cristoforo no había sido siempre así, ni había sido siempre Cristoforo; su nombre de pila era Lodovico. Era hijo de un comerciante de *** (estos asteriscos vienen todos de la circunspección de mi anónimo) que, en sus últimos años, encontrándose bastante provisto de bienes y con aquel hijo único, había renunciado al tráfico y se había dedicado a vivir como un señor.

En su nuevo ocio, empezó a entrarle en el cuerpo una gran vergüenza de todo aquel tiempo que había gastado en hacer algo en este mundo. Dominado por tal fantasía, se las ingeniaba por todos los medios para hacer olvidar que había sido comerciante; le habría gustado poderlo olvidar incluso él. Pero el almacén, los fardos, el libro, la vara se presentaban siempre a su memoria, como la sombra de Banco a Macbeth, incluso entre la pompa de las mesas y la sonrisa de los parásitos. Y es indecible el cuidado que debían tener aquellos pobrecillos para esquivar cualquier palabra que pudiese parecer alusiva a la antigua condición del convidante. Un día, por contar alguna, un día, al levantar los manteles, en los momentos de la más viva y franca alegría, cuando no se podría decir quién disfrutaba más, si la compañía al levantarse de la mesa, o el amo por haberla puesto, este le buscaba las pulgas, con amistosa superioridad, a uno de los comensales, el mayor comilón del mundo. Este, por responder a la chanza, sin la mínima sombra de malicia, con el

candor de un niño, respondió: «¡Bah! Yo hago oídos de mercader». Él mismo se quedó impresionado por el sonido de la palabra salida de su boca; miró con cara insegura a la cara del dueño, que se había nublado; uno y otro habrían querido tragarse la de antes; pero no era posible. Los otros convidados pensaron, cada cual para sí, en el modo de tapar el pequeño escándalo y de mudarlo en diversión; pero, al pensar, callaban, y, en medio del silencio, el escándalo era más manifiesto. Cada uno evitaba encontrar los ojos de los otros; cada uno sentía que todos estaban invadidos por la idea que todos querían disimular. La alegría desapareció por ese día; y el imprudente, o, por hablar con más justicia, el infortunado, no recibió más invitaciones. Así, el padre de Lodovico pasó sus últimos años entre angustias continuas, temiendo siempre verse escarnecido, y sin reflexionar nunca en que el vender no es cosa más ridícula que el comprar, y en que aquella profesión de la que entonces se avergonzaba la había ejercido durante muchos años, en presencia del público y sin remordimientos. Hizo educar a su hijo noblemente, según la condición de los tiempos y en la medida que se lo concedían las leyes y las costumbres; le puso maestros de letras y de ejercicios caballerescos; y murió dejándolo rico y joven.

Lodovico había contraído hábitos señoriales; y los aduladores, entre los que había crecido, lo habían habituado a ser tratado con mucho respeto. Pero, cuando quiso mezclarse con la gente principal de su ciudad, encontró un comportamiento muy diverso de aquel al que estaba habituado; vio que, si quería estar en su compañía, como habría deseado, le convenía hacer nuevo estudio de paciencia y sumisión, estar siempre por debajo y tragar quina a cada momento. Tal manera de vivir no concordaba ni con la educación, ni con el natural de Lodovico. Se alejó de ellos despechado. Pero después estaba alejado a disgusto; porque le parecía que ellos deberían ser sus verdaderos compañeros; solo que le habrían gustado más tratables. Con esta mezcla de inclinación y rencor, no pudiendo frecuentar su trato familiarmente, aunque queriendo, empero, tratarlos de algún modo, se había dedicado a competir con ellos en lujo y magnificencia, comprando así al contado enemistades, envidias y ridículo. Su índole, honrada y violenta al tiempo, lo había embarcado después durante cierto tiempo en otras competiciones más serias. Sentía un horror espontáneo y sincero por las vejaciones y los abusos, horror aún más vivo en él por obra de la calidad de las personas que más los cometían al día, y que eran justamente aquellas que más rencor le inspiraban. Para aplacar, o para ejercitar, todas estas pasiones a la vez tomaba de buen grado el partido de un débil oprimido, se preciaba de humillar a un opresor, se entrometía en

una pendencia, se echaba encima otra; hasta el punto de que, poco a poco, llegó a constituirse en una especie de protector de los oprimidos y en un vengador de entuertos. El cargo era gravoso; y no hay que preguntarse si el pobre Lodovico tenía enemigos, compromisos y preocupaciones. Amén de la guerra exterior, lo atribulaban continuamente luchas interiores; ya que, para salirse con la suya en un empeño (sin contar los otros en los que quedaba abajo), tenía que emplear también él engaños y violencias, que su conciencia no podía luego aprobar. Debía mantener a su alrededor un buen número de bravucones; y, tanto por propia seguridad, como para contar con una ayuda más enérgica, debía elegir a los más osados, es decir, los más truhanes, y vivir entre bribones por amor a la justicia. Hasta el punto de que, más de una vez, desalentado por un fracaso, o inquieto por un peligro inminente, aburrido del continuo cuidarse, asqueado de sus compañías, preocupado por el futuro, por su hacienda, que menguaba, día tras día, en buenas obras y en jactancias, más de una vez le había asaltado la fantasía de hacerse fraile; pues, en esos tiempos, era el recurso más común para salir de apuros. Pero esto, que quizá habría seguido siendo una fantasía durante toda su vida, se convirtió en resolución a causa de un accidente, el más serio de cuantos hasta entonces le habían sucedido.

Iba un día por una calle de su ciudad, seguido de dos bravos y acompañado por un tal Cristoforo, en tiempos aprendiz de la tienda y, cerrada esta, convertido en mayordomo de la casa. Era un hombre de unos cincuenta años, encariñado, desde su juventud, con Lodovico, a quien había visto nacer y que, entre salario y dádivas, ganaba lo suficiente no solo para vivir, sino para mantener y sacar adelante una numerosa familia. Vio Lodovico asomar a lo lejos a un caballero, arrogante y tirano de profesión, con quien no había cruzado una palabra en su vida, pero que lo odiaba a muerte, y al que él pagaba con la misma moneda, de corazón; pues una de las ventajas de este mundo es la de poder odiar y ser odiados, sin conocerse. Aquel, seguido por cuatro bravos, avanzaba muy recto, con paso soberbio, con la cabeza alta, con la boca dispuesta en una mueca de altanería y desprecio. Los dos caminaban pegados a la pared; pero Lodovico (fijaos bien) la rozaba por la derecha, y eso, según una costumbre, le daba derecho (¡en qué cosas va a meterse el derecho!) a no apartarse de dicha pared, para ceder el paso a nadie, cosa de la que entonces se hacía gran caso. El otro pretendía, en cambio, que aquel derecho le competía a él, por ser noble, y que a Lodovico le tocaba andar por el centro; y eso en virtud de otra costumbre. Puesto que, en esto, como ocurre en otros muchos asuntos, estaban en vigor dos costumbres contrarias, sin que

estuviera decidido cuál de las dos fuese la buena; ello daba oportunidad de librar una batalla cada vez que una cabeza dura topaba con otra del mismo temple. Aquellos dos avanzaban al encuentro, pegados al muro, como dos figuras de bajorrelieve ambulantes. Cuando se encontraron cara a cara, el tal caballero, mirando a Lodovico de hito en hito, con la cabeza alta, con ceño imperioso, le dijo, en el correspondiente tono de voz:

—Dejad paso.

—Dejad paso vos —respondió Lodovico—. Yo voy por mi derecha.

—Con vuestros iguales la derecha es mía.

—Sí, si la arrogancia de vuestros iguales fuera ley para mis iguales.

Los bravos del uno y del otro se habían quedado parados, cada uno detrás de su amo, mirándose al soslayo, con las manos en las dagas, preparados para la pelea. La gente que llegaba de aquí y de allá se mantenía a distancia, observando el hecho; y la presencia de aquellos espectadores animaba cada vez más el puntillo de los contendientes.

—Al centro, vil mecánico, o te enseñaré de una vez cómo se trata con hidalgos.

—Mentís al decir que soy vil.

—Tú mientes al desmentirme. —Esta respuesta era de rigor—. Y, si fueses un caballero como yo lo soy —agregó aquel señor—, te haría ver, con la espada y con la capa, que el mentiroso eres tú.

—Es un buen pretexto para dispensaros de sostener con hechos la insolencia de vuestras palabras.

—Arrojad al fango a ese bribón —dijo el hidalgo, volviéndose a los suyos.

—¡Veremos! —dijo Lodovico, dando de inmediato un paso hacia atrás y echando mano a la espada.

—¡Temerario! —gritó el otro, desenvainando la suya—: Yo romperé esta cuando esté manchada con tu vil sangre.

Así arremetieron uno contra otro: los servidores de las dos partes se lanzaron en defensa de sus amos. El combate era desigual, en número, y también porque Lodovico aspiraba más a esquivar los golpes y a desarmar a su enemigo que a matarlo; pero aquel quería su muerte a toda costa. Lodovico había recibido ya en el brazo izquierdo una puñalada de un bravo y un leve rasguño en una mejilla, y el enemigo principal se le echaba encima para rematarlo, cuando Cristoforo, viendo a su amo en sumo peligro, se lanzó con su puñal contra el caballero. Este, volviendo toda su ira contra él, lo atravesó con la espada. Ante aquella visión, Lodovico, como fuera de sí, hundió la

suya en el vientre del heridor, el cual cayó moribundo, casi al mismo tiempo que el pobre Cristoforo. Los bravos del hidalgo, en vista de que la cosa había acabado, se dieron a la fuga, maltrechos; los de Lodovico, malparados y heridos también, al no tener ya con quién habérselas y no queriendo verse estorbados por la gente, que ya acudía, se escabulleron por el otro lado; y Lodovico se encontró solo, con aquellos dos funestos compañeros a sus pies, en medio de una multitud.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es uno. Son dos.

—Le ha hecho un ojal en el vientre.

—¿A quién han matado?

—A ese prepotente.

—¡Oh, Virgen Santa, qué horror!

—Quien busca encuentra.

—En una paga por todas.

—¡También a él le llegó su hora!

—¡Qué golpe!

—Es un asunto serio.

—¡Y ese otro desdichado!

—¡Válgame Dios! ¡Qué espectáculo!

—Salvadlo, salvadlo.

—Está fresco también él.

—¡Le han zurrado bien! Echa sangre por todas partes.

—Escape vuestra merced, escape. No se deje coger.

Estas frases, que más que otras se oían en el alboroto confuso de aquella multitud, expresaban los votos comunes; y, con el consejo, vino también el auxilio. El hecho había ocurrido cerca de una iglesia de los capuchinos, asilo, como todos saben, impenetrable entonces para los esbirros y para todo ese conjunto de cosas y de personas que se llamaba la justicia. El matador herido fue conducido allí o llevado por la multitud, casi sin sentido; y los frailes lo recibieron de las manos del pueblo, que se lo recomendaba, diciendo:

—Es un hombre de bien que ha dejado seco a un orgulloso bribón; lo ha hecho en defensa propia; le han buscado camorra.

Lodovico no había derramado jamás sangre hasta entonces; y aunque el homicidio era, en aquellos tiempos, tan común que los oídos de todos estaban acostumbrados a oírlo contar, y los ojos a verlo, no obstante la impresión que recibió al ver al hombre muerto por él y al hombre muerto por su mano fue nueva e indecible; fue una revelación de sentimientos todavía desconocidos.

La caída de su enemigo, la alteración de aquel rostro, que pasaba, en un momento, de la amenaza y del furor al abatimiento y a la solemne calma de la muerte, fue una visión que cambió, en un instante, el ánimo del matador. Arrastrado al convento, no sabía casi dónde estaba, ni qué hacerse; y, cuando hubo vuelto en sí, se encontró en una cama de la enfermería, en manos del fraile cirujano (los capuchinos solían tener uno en cada convento), que acomodaba hilas y vendas sobre las dos heridas que había recibido en el lance. Un padre, cuyo encargo especial era el de asistir a los moribundos y que a menudo había tenido que rendir este servicio en la calle, fue llamado de inmediato al lugar del combate. Al regresar, pocos minutos después, entró en la enfermería y acercándose al lecho donde Lodovico yacía, dijo:

—Consolaos, al menos ha muerto bien, y me ha encargado que os pidiera perdón y os trajera el suyo.

Esta frase hizo que el pobre Lodovico se recobrase del todo, y despertó con más viveza y claridad los sentimientos que confusamente se agolpaban en su ánimo: dolor por el amigo, espanto y remordimiento por el golpe que había escapado de su mano, y al mismo tiempo una acongojada compasión por el hombre al que había matado.

—¿Y el otro? —preguntó ansiosamente al fraile.

—El otro había expirado cuando llegué.

Entretanto, en los accesos y las cercanías del convento bullía un pueblo curioso; pero, llegados los esbirros, hicieron despejar a la multitud y se apostaron a cierta distancia de la puerta, de modo que nadie pudiera salir inadvertido. Un hermano del muerto, dos de sus primos y un anciano tío llegaron también, armados de pies a cabeza, con gran acompañamiento de bravos; y se pusieron a rondar alrededor, mirando, con aire y ademanes de amenazador despecho, a aquellos curiosos, que no osaban decir: «Se lo tenía merecido», pero lo llevaban escrito en la cara.

Apenas hubo podido Lodovico congregarse sus pensamientos, llamó a un padre confesor, le rogó que buscara a la viuda de Cristoforo, le pidiese perdón en su nombre por haber sido él la causa, aunque en verdad involuntaria, de aquella aflicción, y, al mismo tiempo, le asegurase que él tomaba a la familia a su cargo. Reflexionando después en sus asuntos, sintió renacer más vivo y serio que nunca aquel pensamiento de hacerse fraile, que otras veces había pasado por su mente; le pareció que el mismo Dios lo había puesto en ese camino, dándole una señal de su voluntad, al haberlo llevado a un convento en aquella coyuntura; y tomó su decisión. Mandó llamar al padre guardián y le manifestó su deseo. La respuesta fue que convenía guardarse de

resoluciones precipitadas; pero que, si persistía, no se vería rechazado. Entonces, mandando llamar a un notario, dictó una donación de todo lo que le quedaba (que era todavía un buen patrimonio) a la familia de Cristoforo: una suma a la viuda, como si le constituyese una dote, y el resto a ocho hijos que Cristoforo había dejado.

La resolución de Lodovico venía muy a propósito para sus huéspedes, los cuales, por su causa, se hallaban en un brete. Despedirlo del convento y exponerlo así a la justicia, o sea, a la venganza de sus enemigos, era un partido que ni siquiera se podía discutir. Habría sido lo mismo que renunciar a los propios privilegios, desacreditar al convento ante el pueblo, atraerse la desaprobación de todos los capuchinos del universo, por haber dejado violar el derecho de todos y concitarse en contra a todas las autoridades eclesiásticas, que se consideraban como tutoras de ese derecho. Por otra parte, la familia del muerto, bastante poderosa, por sí y por sus influencias, exigía venganza; y declaraba enemigo suyo a quienquiera que se atreviese a interponer obstáculos. La historia no dice que se doliera mucho por el muerto, y ni siquiera que, en toda la parentela, alguien hubiera derramado una lágrima por él; dice solamente que todos se afanaban por tener entre sus garras al matador, vivo o muerto. Ahora bien, al vestir este el hábito de capuchino, lo arreglaba todo. Hacía, en cierta manera, una reparación, se imponía una penitencia, aceptaba implícitamente su culpa, se retiraba de toda competición; en suma, era un enemigo que depone las armas. Los parientes del muerto podían también, si les placía, creer que se había hecho fraile por desesperación y por terror de su enojo, y jactarse de ello. Y, de todos modos, reducir a un hombre a desprenderse de sus bienes, a afeitarse la cabeza, a caminar descalzo, a dormir en un jergón, a vivir de limosna podía parecer un castigo adecuado hasta para el ofendido más presuntuoso.

El padre guardián se presentó, con desenvuelta humildad, al hermano del muerto, y, tras mil protestas de respeto hacia su ilustrísima casa y de deseo de complacerla en todo lo que fuera factible, habló del arrepentimiento de Lodovico y de su resolución, dando a entender cortésmente que la casa podía sentirse contenta, e insinuando con más suavidad, de manera aún más diestra, que, gustase o no, la cosa debía verificarse. El hermano empezó a desvariar, el capuchino dejó evaporarse sus desvaríos, diciendo de vez en vez: «Es un dolor muy justo». Dio a entender que, de todos modos, su familia sabría tomarse una satisfacción; y el capuchino, pensara lo que pensase, no dijo que no. Por fin exigió, impuso como condición, que el matador de su hermano partiera de la ciudad. El guardián, que ya había decidido que así se hiciera,

dijo que se haría, dejando que el otro creyese, si le placía, que se trataba de un acto de obediencia; y así concluyó todo. Contenta la familia, que salía del trance con honor; contentos los frailes, que salvaban a un hombre y sus privilegios, sin hacerse enemigos; contentos los aficionados a la caballería, que veían terminado el negocio laudablemente; contento el pueblo, que veía salir de apuros a un hombre bienquisto, y que, al mismo tiempo, admiraba una conversión; contento finalmente, y más que nadie, en medio de su dolor, nuestro Lodovico, el cual comenzaba una vida de expiación y de servicio que pudiera, si no resarcir el mal hecho, pagarlo al menos, y embotar el aguijón intolerable del remordimiento. Por un momento, lo afligió la sospecha de que su resolución se atribuyese al miedo; pero se consoló al instante con la idea de que hasta ese injusto juicio sería un castigo para él y un medio de expiación. Así, a los treinta años, se vistió de estameña, y debiendo, según el uso, dejar su nombre y tomar otro, eligió uno que le recordase en todo momento lo que tenía que expiar: y se llamó fray Cristoforo.

Apenas realizada la ceremonia de la toma de hábito, el guardián le notificó que iría a hacer su noviciado a ^{***}, a sesenta millas de allí, y que partiría al día siguiente. El novicio se inclinó profundamente y pidió una gracia:

—Permitidme, padre, que, antes de partir de esta ciudad, donde he vertido la sangre de un hombre, donde dejó una familia cruelmente ofendida, repare al menos la afrenta, que muestre al menos mi pesar por no poder resarcirla del daño, pidiendo disculpas al hermano del muerto y aplacando, si Dios bendice mi intención, el rencor de su ánimo.

Al guardián le pareció que tal paso, amén de ser bueno en sí, serviría para reconciliar aún más a la familia con el convento; y fue en derecho donde el hermano, para exponer la demanda de fray Cristoforo. Ante tan inesperada propuesta, aquel sintió, junto con asombro, un arrebató de enojo, aunque no sin cierta complacencia. Tras haber reflexionado un momento, dijo:

—Que venga mañana. —Y fijó la hora.

El guardián regresó a llevarle al novicio el deseado consentimiento.

El hidalgo pensó al instante que, cuanto más solemne y clamorosa fuese aquella satisfacción, más acrecería su crédito entre toda la parentela y entre el público; y sería (por decirlo con una elegancia moderna) una hermosa página en la historia de la familia. Mandó avisar aprisa a todos los parientes que, al día siguiente, a mediodía, se sirvieran (así se decía entonces) venir a su casa, para recibir una satisfacción común. A mediodía, el palacio bullía de caballeros y damas de todas las edades: un ir y venir y entremezclarse de

grandes capas, altas plumas, durindanas colgantes, un equilibrado moverse de gorgueras almidonadas y plegadas, un confuso arrastrarse de arabescados gabanes. Las antecámaras, el patio y la calle hormigueaban de servidores, de pajes, de bravos y de curiosos. Fray Cristoforo vio aquel aparato, adivinó el motivo y experimentó una leve turbación; pero, tras un instante, dijo para sí: «Bien está; lo maté en público, en presencia de muchos de sus enemigos; aquello fue escándalo, esto es reparación». Así, con los ojos bajos, con el padre acompañante a su lado, entró por la puerta de aquella casa, cruzó el patio, entre una muchedumbre que lo miraba de hito en hito con curiosidad no muy ceremoniosa; subió las escaleras y, entre la otra multitud señorial, que se abrió en dos a su paso, seguido por cien miradas, llegó ante la presencia del amo de la casa; este, circundado por los parientes más próximos, estaba erguido en el centro de la sala, con la mirada en el suelo y la barbilla alzada, empuñando, con la mano izquierda, el pomo de la espada y apretando con la diestra la vuelta de su capa sobre el pecho.

Hay a veces, en el rostro y el porte de un hombre, una expresión tan directa, se diría casi que una efusión del ánimo interno, que, entre una multitud de espectadores, el juicio sobre ese ánimo será uno solo. El rostro y el porte de fray Cristoforo dijeron con claridad a los asistentes que no se había hecho fraile, ni acudía a humillarse así, por humano temor; y eso empezó a conciliárselos a todos. Cuando vio al ofendido, apretó el paso, se puso de rodillas a sus pies, cruzó las manos sobre el pecho, e, inclinando la cabeza rapada, dijo estas palabras:

—Yo soy el homicida del hermano de vuestra merced. Dios sabe que quisiera restituírselo a costa de mi sangre; pero, al no poder sino presentarle ineficaces y tardías excusas, suplico a vuestra merced que las acepte por amor de Dios.

Todos los ojos estaban clavados en el novicio y en el personaje a quien este hablaba; todos los oídos estaban aguzados. Cuando fray Cristoforo calló, se alzó, en toda la sala, un murmullo de piedad y respeto. El hidalgo, que estaba en actitud de forzada condescendencia, y de ira reprimida, quedó turbado con estas palabras; e, inclinándose hacia el arrodillado:

—Alzaos —dijo con voz alterada—, la ofensa..., el hecho, en verdad... pero el hábito que lleváis... no solo eso, mas también por vos... Álcese vuestra merced, padre... Mi hermano... no lo puedo negar... era un caballero... era un hombre... un poco impetuoso... un poco vivo. Pero todo ocurre por disposición de Dios. Que no se hable más... Pero, padre, vuestra merced no debe estar en esa postura.

Y, cogiéndolo del brazo, lo levantó. Fray Cristoforo, de pie, mas con la cabeza gacha, respondió:

—¿Puedo esperar, pues, que vuestra merced me haya concedido su perdón? Y, si lo obtengo de vuestra merced, ¿de quién no debo esperarlo? ¡Oh! ¡Si pudiera oír de su boca esa palabra, perdón!

—¿Perdón? —dijo el hidalgo—. Vuestra merced ya no lo necesita. Mas, ya que lo desea, de cierto, de cierto, yo le perdono de corazón, y todos...

—¡Todos! ¡Todos! —gritaron a una los asistentes.

El rostro del fraile se iluminó con un gozo agradecido, bajo el cual se traslucía empero una humilde y honda compunción del mal que la remisión de los hombres no podía reparar. El hidalgo, ganado por aquel aspecto y transportado por la emoción general, le echó los brazos al cuello y le dio y recibió el beso de paz.

Un «¡Bravo!, ¡muy bien!» estalló en todas las partes de la sala; todos se agolparon en torno al fraile. Entretanto llegaron servidores, con gran abundancia de refrescos. El hidalgo se aproximó a nuestro Cristoforo, el cual indicaba querer despedirse, y le dijo:

—Padre, acepte algo; deme esa prueba de amistad. —Y se puso a servirle antes que a nadie.

Pero él, retirándose, con cierta resistencia cordial, dijo:

—Estas cosas ya no son para mí; pero no se dirá que rechazo sus dones. Estoy a punto de ponerme en viaje; dígnese mandar que me traigan un pan, para que yo pueda decir que he disfrutado de su caridad, que he comido su pan y recibido una señal de su perdón.

El hidalgo, conmovido, ordenó que así se hiciese; y vino al instante un ayuda de cámara, de gran gala, trayendo un pan en una bandeja de plata y lo presentó al padre; este, tras tomarlo y dar las gracias, lo metió en su capacho. Pidió luego licencia y, abrazando de nuevo al amo de la casa y a todos aquellos que, encontrándose más cerca, pudieron apoderarse de él un momento, se libró de ellos con trabajo; tuvo que luchar en las antecámaras, para zafarse de los servidores, e incluso de los bravos, que le besaban el borde del hábito, el cordón, la capucha; y se encontró en la calle, llevado como en triunfo y acompañado por un tropel de gente, hasta una puerta de la ciudad. Por allí salió, iniciando su viaje pedestre, hacia el lugar de su noviciado.

El hermano del muerto y la parentela, que habían esperado saborear ese día la triste alegría del orgullo, se encontraron en cambio repletos de la alegría serena del perdón y de la benevolencia. La reunión se prolongó aún algún tiempo, con una afabilidad y con una cordialidad insólita, entre razonamientos

para los que ninguno estaba preparado al ir allá. En vez de satisfacciones recibidas, de abusos vengados, de empeños victoriosos, fueron temas de conversación las alabanzas al novicio, la reconciliación, la mansedumbre. Y alguno que habría narrado por quincuagésima vez cómo el conde Muzio, su padre, había sabido, en una famosa ocasión, poner en su lugar al marqués Stanislao, que era el fanfarrón que todos saben, habló, en cambio, de las penitencias y de la paciencia admirable de un tal fray Simón, muerto muchos años antes. Cuando se marchó la compañía, el dueño de la casa, todavía muy conmovido, recordaba para sí, con asombro, lo que había oído, lo que él mismo había dicho; y farfullaba entre dientes: «¡Diablo de fraile! —es preciso que transcribamos sus palabras exactas—, ¡diablo de fraile! Si se llega a quedar ahí, de rodillas, un momento más, casi, casi, le pido disculpas yo, por haberme matado a mi hermano». Nuestra historia anota expresamente que, de ese día en adelante, aquel caballero fue un poco menos impetuoso y un poco más tratable.

El padre Cristoforo caminaba, con un consuelo que jamás había experimentado, desde aquel día terrible, a cuya expiación debería consagrar toda su vida. Observaba el silencio impuesto a los novicios sin darse cuenta, absorto como estaba en el pensamiento de las fatigas, de las privaciones y de las humillaciones que tendría que sufrir, para expiar su falta. Deteniéndose, a la hora de la refacción, en casa de un bienhechor, comió, con una especie de voluptuosidad, el pan del perdón; pero reservó un pedazo, y volvió a meterlo en el capacho, para conservarlo como un recuerdo perpetuo.

No es nuestro designio hacer la historia de su vida claustral; diremos solo que, cumpliendo, siempre con grandes ganas y gran cuidado, las tareas que ordinariamente le señalaban de predicar y de asistir a los moribundos, nunca dejaba escapar la ocasión de ejercitar otras dos, que se había impuesto por su cuenta: conciliar disensiones y proteger a los oprimidos. En ese genio entraba, en cierta parte, sin que él lo advirtiese, aquella vieja costumbre suya, y un pequeño resto de espíritu belicoso, que las humillaciones y mortificaciones no habían podido extinguir del todo. Su lenguaje era habitualmente humilde y pausado; pero, cuando se trataba de justicia o de verdad combatida, el hombre se animaba, de pronto, con el antiguo ímpetu, que, secundado y modificado por un solemne énfasis, que le venía de la costumbre de predicar, daba a ese lenguaje un singular carácter. Todo su porte, como su aspecto, anunciaba una larga guerra entre una índole fogosa, enérgica, y una voluntad opuesta, habitualmente victoriosa, siempre alerta, y regida por motivos e inspiraciones superiores. Un colega y amigo, que lo conocía bien, lo había comparado una

vez con esas palabras demasiado expresivas en su forma natural, que algunos, incluso bien educados, pronuncian, cuando la pasión se desborda, mutiladas, con alguna letra cambiada; palabras que, aun con ese disfraz, traen un recuerdo de su primitiva energía.

Si una pobrecita desconocida, en el triste caso de Lucia, hubiera pedido ayuda al padre Cristoforo, este habría corrido inmediatamente. Tratándose de Lucia, además, acudió con tanta mayor solicitud cuanto que conocía y admiraba su inocencia, estaba ya preocupado por sus peligros y sentía una santa indignación ante la torpe persecución de que era objeto. Amén de ello, al haberle aconsejado, como mal menor, que no revelase nada y estuviera tranquila, temía ahora que el consejo pudiera haber surtido algún triste efecto; y a la solicitud de la caridad, que era como ingénita en él, se agregaba, en este caso, esa angustia escrupulosa que a menudo atormenta a los buenos.

Pero, mientras nosotros hemos estado contando sus hechos, el padre Cristoforo ha llegado, se ha asomado a la puerta; y las mujeres, soltando el mango de la devanadera, que hacían girar y chirriar, se han levantado, diciendo a una voz:

—¡Oh, padre Cristoforo! ¡Bendito sea!

V

El padre Cristoforo se detuvo erguido en el umbral y, en cuanto hubo echado un vistazo a las mujeres, tuvo que comprobar que sus presentimientos no eran errados. Así, con ese tono de interrogación que va al encuentro de una triste respuesta, alzando hacia atrás la barba con un leve movimiento de la cabeza, dijo:

—¿Y bien?

Lucia respondió con un estallido de llanto. Su madre empezaba a disculparse por haberse atrevido... pero el fraile se adelantó y, sentándose en un taburete de tres patas, truncó los cumplimientos, diciéndole a Lucia:

—Tranquilizaos, hija. Y vos —dijo luego a Agnese—, contadme lo que ocurre.

Mientras la buena mujer hacía lo mejor posible su dolorosa relación, el fraile se ponía de mil colores, y ora alzaba los ojos al cielo, ora pateaba. Terminada la historia, se cubrió el rostro con las manos y exclamó:

—¡Bendito sea Dios! ¿Hasta cuándo...? —Pero, sin rematar la frase, volviéndose de nuevo a las mujeres, dijo—: ¡Pobrecillas! Dios os ha visitado. ¡Pobre Lucia!

—¿No nos abandonará vuestra merced, padre? —dijo esta, sollozando.

—¡Abandonaros! —respondió—. ¿Con qué cara podría pedir a Dios algo para mí, si os abandonara? ¡A vos, en este estado! ¡A vos, que Él me ha confiado! No os desalentéis: Él os asistirá; Él todo lo ve; Él puede servirse incluso de un hombre insignificante como yo para confundir a un... Veamos, pensemos lo que se puede hacer.

Diciendo esto, apoyó el codo izquierdo en la rodilla, inclinó la frente sobre la palma de la mano, y con la diestra se apretó la barba y el mentón, como para sujetar y unir todas las potencias del alma. Pero una consideración más atenta solo servía para hacerle descubrir más claramente cuán urgente y embrollado era el caso, y cuán escasos, inciertos y peligrosos los remedios. «¿Avergonzar un poco a don Abbondio y hacerle ver que falta a su deber? Vergüenza y deber son una nadería para él cuando tiene miedo. ¿Y meterle

miedo? ¿Qué medios tengo yo para meterle uno que supere al que tiene a un escopetazo? ¿Informar de todo al cardenal arzobispo e invocar su autoridad? Se necesita tiempo, ¿y mientras tanto?, ¿y después? Aun cuando esta pobre inocente estuviera casada, ¿sería eso un freno para semejante hombre? ¿Quién sabe hasta dónde puede llegar...! ¿Y resistirle? ¿Cómo? ¡Ay, si pudiese! —pensaba el pobre fraile—, ¡si pudiese poner de mi parte a los frailes de aquí, a los de Milán! Pero no se trata de un negocio común, me abandonarían. Ese hombre se finge amigo del convento, se hace pasar por partidario de los capuchinos; ¿no han venido sus bravos más de una vez a refugiarse entre nosotros? Yo estaría solo en la danza; incluso me tacharían de inquieto, de embrollón, de pendenciero; y, lo que es más, quizá podría también, con una tentativa a destiempo, empeorar la situación de esta pobrecilla». Pesados los pros y los contras de este o aquel partido, le pareció el mejor enfrentarse con el propio don Rodrigo, intentar disuadirlo de su infame propósito con ruegos, con los terrores de la otra vida, y hasta de esta, si era posible. En el peor de los casos se podría al menos conocer, por este camino, con más claridad, hasta dónde llegaba su obstinación en su sucio empeño, descubrir mejor sus intenciones y obrar en consecuencia.

Mientras el fraile estaba meditando así, Renzo, que, por todas las razones que cualquiera puede adivinar, no sabía estar alejado de aquella casa, apareció en la puerta; pero, al ver al padre ensimismado y a las mujeres que le hacían gestos de que no lo molestase, se detuvo en el umbral, en silencio. Al alzar la cara, para comunicar a las mujeres su proyecto, el padre reparó en él y lo saludó de un modo que expresaba un cariño de siempre, más intenso ahora por la compasión.

—¿Le han dicho a vuestra merced, padre...? —le preguntó Renzo, con voz conmovida.

—Desgraciadamente... Y por eso estoy aquí.

—¿Qué dice de ese bribón...?

—¿Qué quieres que diga de él? No está aquí para oírme, ¿de qué valdrían mis palabras? A ti te digo, Renzo mío, que confíes en Dios, y que Dios no te abandonará.

—¡Benditas palabras! —exclamó el joven—. Vuestra merced no es de los que siempre van en contra de los pobres. Pero el señor cura, y ese señor abogado de causas perdidas...

—No saques a relucir lo que solo puede servir para inquietarte inútilmente. Soy un pobre fraile, pero te repito lo que he dicho a estas mujeres: en lo poco que pueda, no os abandonaré.

—¡Oh, vuestra merced no es como los amigos de este mundo! ¡Charlatanes! Quién hubiera creído en las protestas que me hacían, en los buenos tiempos..., ¡sí, sí! Estaban dispuestos a dar por mí la vida; me habrían defendido hasta del diablo. Si yo tenía un enemigo... bastaba con que se le dijera: pronto habría dejado de comer pan. Y, ahora, si viera cómo se retiran... —En este punto, alzando los ojos al rostro del padre, vio que se había nublado, y advirtió que había dicho lo que convenía callar. Queriendo arreglarlo, se iba atascando y enredando—: Quería decir... no pretendo decir..., esto es, quería decir...

—¿Qué querías decir? ¿Cómo? ¡Habías empezado, pues, a arruinar mi obra antes de que la emprendiera! ¡Menos mal que te has desengañado a tiempo! ¿Cómo? Ibas en busca de amigos... ¡y qué amigos...! ¡Que no te habrían podido ayudar, ni aun queriendo! ¡Y tratabas de perder al Único que lo puede y lo quiere! ¿No sabes que Dios es el amigo de los atribulados, de quien confía en Él? ¿No sabes que el débil nada gana sacando las uñas? Y aunque ganara... —En ese momento agarró con fuerza el brazo de Renzo; su aspecto, sin perder autoridad, adoptó una solemne compunción, sus ojos se bajaron, la voz se volvió lenta y como subterránea—: Y aunque ganara... ¡es una terrible ganancia! ¡Renzo!, ¿quieres confiar en mí...? ¿Qué digo en mí, pigmeo, frailecillo...? ¿Quieres confiar en Dios?

—¡Oh, sí! —respondió Renzo—. Él es el verdadero Señor.

—Pues bien: prométeme que no te enfrentarás con nadie, que no lo provocarás, que te dejarás guiar por mí.

—Lo prometo.

Lucia lanzó un gran suspiro, como si le hubieran quitado un peso de encima; y Agnese dijo:

—Buen chico.

—Oíd, hijos míos —prosiguió fray Cristoforo—: Iré hoy a hablar con ese hombre. Si Dios le toca el corazón y da fuerza a mis palabras, bien; si no, Él nos hará encontrar algún remedio. Entretanto, vosotros estaos tranquilos, retirados, evitad las hablillas, no os dejéis ver. Esta noche, o mañana a lo más tarde, volveréis a verme.

Dicho esto, interrumpió todos los agradecimientos y las bendiciones, y salió. Se encaminó al convento, llegó a tiempo de ir al coro a cantar sexta, almorzó y se puso de inmediato en camino, hacia el cubil de la fiera que quería intentar amansar.

El castillejo de don Rodrigo se alzaba aislado, a semejanza de una bicoca, en la cima de uno de los collados donde se abre y alza la ribera. A esta

indicación el anónimo agrega que el lugar (mejor habría hecho en escribir su nombre por las buenas) estaba más arriba de la aldea de los novios, alejado de esta quizá unas tres millas, y a cuatro del convento. Al pie del collado, en la parte que da a mediodía, y hacia el lago, yacían un montón de casuchas, habitadas por campesinos de don Rodrigo; era como la pequeña capital de su pequeño reino. Bastaba con pasar por allí para aclarar la condición y las costumbres de la comarca. Echando un vistazo a las estancias de la planta baja, cuando las puertas estaban abiertas, se veían colgados de la pared escopetas, trabucos, azadas, rastrillos, sombreros de paja, redecillas y frascos de pólvora, en revoltillo. La gente que se encontraba por allí eran hombretones fornidos y rudos, con un gran tufo caído sobre la cara y recogido en una redecilla; viejos que, perdidos los dientes, parecían dispuestos siempre, a poco que los azuzasen, a rechinar los dientes; mujeres de caras varoniles y brazos membrudos, prestas a acudir en ayuda de la lengua, si esta no bastaba; en los semblantes y los movimientos de los propios chiquillos, que jugaban en la calle, se veía un no sé qué de petulante y provocativo.

Fray Cristoforo atravesó la aldea, subió por una callejuela retorcida y llegó a una pequeña explanada, ante el castillejo. La puerta estaba cerrada, señal de que el dueño se hallaba almorzando y no quería que lo molestasen. Las escasas y pequeñas ventanas que daban a la calle, cerradas por postigos destartalados y gastados por los años, estaban protegidas, sin embargo, por gruesas rejas, y las de la planta baja eran tan altas que apenas habría llegado a ellas un hombre sobre los hombros de otro. Reinaba allí un gran silencio, y un caminante habría podido creer que se trataba de una casa abandonada, a no ser por cuatro criaturas, dos vivas y dos muertas, colocadas en simetría por la parte de fuera, que daban un indicio de habitantes. Dos grandes buitres, con las alas abiertas y los cráneos colgantes, el uno desplumado y casi roído por el tiempo, el otro aún firme y con plumas, estaban clavados en las dos hojas del portón; y dos bravos, tumbados en cada uno de los bancos colocados a derecha e izquierda, montaban guardia, esperando que los llamaran para disfrutar de los restos de la mesa del señor. El padre se detuvo, erguido, en ademán de quien se dispone a esperar; pero uno de los bravos se levantó, y le dijo:

—Padre, padre, adelántese vuestra merced; aquí no se hace esperar a los capuchinos; somos amigos del convento; y yo he estado allí en ciertos momentos en que fuera no soplaban buenos aires para mí; si me hubieran cerrado la puerta, lo habría pasado mal. —Y, diciendo esto, dio dos aldabonazos.

Al sonido respondieron al instante desde dentro los aullidos y chillidos de mastines y cachorros; y, unos momentos después, apareció, refunfuñando, un viejo servidor; pero, viendo al padre, le hizo una gran reverencia, calmó a los animales, con las manos y la voz, introdujo al huésped en un angosto patio y cerró la puerta. Acompañándolo luego a una salita, y mirándolo con cierto aire de asombro y de respeto, dijo:

—¿No es vuestra merced... el padre Cristoforo, de Pescarenico?

—Justamente.

—¿Vuestra merced aquí?

—Ya lo veis, buen hombre.

—Será para hacer algún bien. El bien —continuó, murmurando entre dientes y echando de nuevo a andar— se puede hacer en todas partes.

Atravesadas dos o tres salitas oscuras más, llegaron a la puerta de la sala del convite. Allí se oía un ruido confuso de tenedores, cuchillos, vasos, platos, y sobre todo de voces discordes, que trataban recíprocamente de sobrepujarse. El fraile quería retirarse y estaba porfiando detrás de la puerta con el servidor, para conseguir que lo dejaran en algún rincón de la casa, hasta que la comida hubiera terminado; y en ese momento se abrió la puerta. Un tal conde Attilio, que estaba sentado de frente (era un primo del dueño de la casa, y ya lo hemos mencionado, sin nombrarlo), al ver una cabeza rapada y un sayal, y al advertir el propósito modesto del fraile, gritó:

—¡Eh! ¡Eh! No se nos escape, reverendo padre. ¡Adelante, adelante!

Don Rodrigo, sin adivinar concretamente el tema de aquella visita, sin embargo, por no sé qué confuso presentimiento, habría prescindido de ella. Pero, como el despreocupado de Attilio había lanzado aquella llamada, no le pareció conveniente echarse atrás; y dijo:

—Entre, padre, entre.

El padre se adelantó, inclinándose ante el amo, y respondiendo, a ambos lados, a los saludos de los comensales.

Un hombre honesto ante un malvado agrada generalmente (no digo que a todos) imaginárselo con la frente alta, mirada segura, pecho sacado, sin pelos en la lengua. Pero el caso es que, para hacerle adoptar tal actitud, se requieren muchas circunstancias, las cuales raramente se encuentran juntas. No os maravilléis, pues, si fray Cristoforo, con el buen testimonio de su conciencia, con un sentimiento firmísimo de la justicia de la causa que venía a defender, con un sentimiento mezclado de horror y compasión por don Rodrigo, estaba con cierto aire de cortedad y respeto en presencia de aquel don Rodrigo, que allí estaba a la cabecera de la mesa, en su casa, en su reino, circundado de

amigos, de homenajes, de tantos signos de su poderío, con un rostro como para helar en la boca de cualquiera un ruego, y ya no un consejo, ya no una corrección, ya no un reproche. A su derecha se sentaba el conde Attilio, su primo, y, preciso es decirlo, su compañero de libertinaje y de tropelías, el cual había llegado de Milán a pasar unos días con él. A su izquierda, y al otro lado de la mesa, estaba, con gran respeto, aunque templado por cierta seguridad, el señor podestá^[15], el mismo a quien, en teoría, le habría tocado hacer justicia a Renzo Tramaglino, y poner en su lugar a don Rodrigo, como se ha visto antes. Frente al podestá, y con aire del respeto más puro, más exagerado, se sentaba nuestro abogado Azzecca-garbugli, con capa negra y con la nariz más rubicunda de lo normal; frente a los dos primos, dos oscuros convidados, de los que nuestra historia dice solo que no hacían sino comer, inclinar la cabeza, sonreír y aprobar cualquier cosa que dijese un comensal, siempre que otro no la contradijera.

—Asiento para el padre —dijo don Rodrigo.

Un servidor ofreció una silla, en la que se sentó el padre Cristoforo, presentando sus excusas al caballero por haber llegado en hora inoportuna.

—Desearía hablar con vuestra merced a solas, cuando le venga bien, para un asunto de importancia —agregó después, con voz más baja, al oído de don Rodrigo.

—Está bien, está bien. Ya hablaremos —respondió este—; pero, mientras tanto, traed algo de beber al padre.

El padre quería eximirse; pero don Rodrigo, alzando la voz en medio del alboroto que había vuelto a empezar, gritaba:

—¡No, pardiez, no me hará ese agravio!; que no se diga nunca que un capuchino se marcha de esta casa sin haber saboreado mi vino, ni un acreedor insolente sin haber probado la leña de mis bosques.

Estas palabras provocaron una carcajada general, e interrumpieron por un momento la disputa que agitaba calurosamente a los comensales. Un servidor, trayendo en una bandeja un frasco de vino y un largo vaso en forma de cáliz, se los presentó al padre; este, no queriendo resistirse a invitación tan apremiante del hombre a quien tanto le importaba propiciarse, no dudó en escanciarse y se puso a sorber lentamente el vino.

—¡La autoridad del Tasso no sirve para su asunto, mi respetable señor podestá; incluso va en contra de vuestra merced! —siguió gritando el conde Attilio—, porque aquel hombre erudito, aquel gran hombre, que se sabía al dedillo todas las reglas de la caballería, hizo que el mensajero de Argante,

antes de presentar el desafío a los caballeros cristianos, pidiera licencia al piadoso Bouillon...

—¡Pero eso —replicaba, gritando no menos, el podestá—, eso es un detalle, un mero detalle, un adorno poético, ya que el mensajero es inviolable por naturaleza, por el derecho de gentes, *jure gentium*!; y, sin ir a buscar tanto, lo dice hasta el proverbio: embajador no merece pena. Y los proverbios, señor conde, son la sabiduría del género humano. Y, al no haber dicho el mensajero nada en su nombre, sino solamente presentado el desafío por escrito...

—Pero ¿cuándo querrá comprender vuestra merced que aquel mensajero era un asno temerario, que no conocía las primeras...?

—Con licencia de vuestras mercedes, señores —interrumpió don Rodrigo, el cual no quería que la disputa llegase demasiado lejos—, sometámoslo al padre Cristoforo; y acatemos su sentencia.

—¡Bien, muy bien! —dijo el conde Attilio, al cual le pareció muy gracioso el que un capuchino decidiera una cuestión de caballería.

El podestá, en cambio, más enfervorizado con la cuestión, se apaciguaba a duras penas, con una cara que parecía significar: chiquilladas.

—Pero, por lo que creo haber comprendido —dijo el padre—, no son asuntos de los que yo entienda.

—Excusas de modestia propias de frailes —dijo don Rodrigo—, pero no se me escapará. ¡Vamos! Sabemos muy bien que vuestra merced no vino al mundo con la capucha en la cabeza, y que ha conocido el mundo. Vamos, vamos: esta es la cuestión.

—¡El hecho es este! —comenzaba a gritar el conde Attilio.

—Dejadme contarle a mí, primo, que soy neutral —prosiguió don Rodrigo—. Esta es la historia. Un caballero español manda un desafío a un caballero milanés; el portador, al no encontrar al provocado en casa, entrega el cartel a un hermano del caballero; el tal hermano lee el desafío, y en respuesta da de palos al portador. Se trata...

—¡Bien dados! ¡Bien aplicados! —gritó el conde Attilio—. Fue una verdadera inspiración.

—¡Del demonio! —agregó el podestá—. ¡Pegar a un embajador! ¡A una persona sagrada! Vuestra merced, padre, me dirá si esta es acción de caballero.

—¡Sí, señor, de caballero! —gritó el conde—, y permítame decirlo a mí, que debo entender de lo que conviene a un caballero. Oh, si se hubiera tratado de puñetazos, otro asunto sería; pero el palo no mancha las manos de nadie.

Lo que no puedo entender es por qué le interesan tanto las espaldas de un bellaco.

—¿Quién le ha hablado de las espaldas, señor conde? Vuestra merced me hace decir despropósitos que jamás se me pasaron por la cabeza. He hablado del carácter y no de espaldas. Hablo sobre todo del derecho de gentes. Dígame, por favor, si los feciales^[16] que los antiguos romanos mandaban a notificar los desafíos a los otros pueblos pedían licencia para exponer su embajada; y encuéntrame a un escritor que haga mención de que un fecial haya sido jamás apaleado.

—¿Qué tienen que ver con nosotros los oficiales^[17] de los antiguos romanos? Gente que no gastaba ceremonias y que, en estas cosas, estaba atrasada, atrasada. Pero, según las leyes de la caballería moderna, que es la verdadera, digo y sostengo que un mensajero que se atreve a poner en la mano de un caballero un desafío, sin haberle pedido licencia, es un temerario, violable y violabilísimo, apaleable y apaleabilísimo...

—Responda vuestra merced a este silogismo.

—Nada, nada, nada.

—Pero escuche, pero escuche, pero escuche. Golpear a alguien desarmado es acto alevoso; *atqui* el mensajero *de quo* estaba sin armas; *ergo*...

—Despacio, despacio, señor podestá.

—¿Cómo, despacio?

—Despacio, le digo. ¿Con qué me sale ahora? Acto alevoso es herir a alguien con la espada, por detrás, o dispararle un escopetazo en plena espalda; e, incluso en eso, pueden darse ciertos casos... pero no nos salgamos de la cuestión. Concedo que a eso, en general, pueda llamársele acto alevoso; pero ¡descargarle cuatro palos a un bellaco! Estaría bueno que hubiera que decirle: «Mira que te apaleo», lo mismo que se diría a un caballero: «¡Mano a la espada!». Y vuestra merced, mi respetable abogado, en vez de lanzarme sonrisas, para darme a entender que es de mi parecer, ¿por qué no sostiene mis razones, con su labia, para ayudarme a convencer a este señor?

—Yo... —respondió confundidillo el abogado—, yo disfruto con esta docta disputa; y doy gracias al dichoso accidente que ha dado ocasión a una guerra de ingenios tan garbosa. Y, además, no me compete a mí el dictar sentencia; su señoría ilustrísima ha delegado ya en un juez..., aquí, el padre...

—Es cierto —dijo don Rodrigo—, pero ¿cómo quieren vuestras mercedes que el juez hable, cuando los litigantes no quieren callar?

—Enmudezco —dijo el conde Attilio.

El podestá apretó los labios y alzó la mano, como en ademán de resignación.

—¡Ah! ¡Gracias al cielo! El turno de vuestra merced, padre —dijo don Rodrigo, con una seriedad medio burlona.

—Ya he presentado mis excusas, al decir que no entiendo de eso —respondió fray Cristoforo, devolviendo el vaso a un servidor.

—¡Flojas excusas! —gritaron los dos primos—. ¡Queremos la sentencia!

—Siendo así —prosiguió el fraile—, mi humilde opinión sería que no hubiese ni desafíos, ni portadores, ni palos.

Los comensales se miraron unos a otros, asombrados.

—¡Oh! ¡Esta sí que es buena! —dijo el conde Attilio—. Perdóneme, padre, pero es buena. Se ve que vuestra merced no conoce el mundo.

—¿Él? —dijo don Rodrigo—. No me hagáis reír: lo conoce, primo, tan bien como vos. ¿No es cierto, padre? Diga, diga, ¿no la corrió también vuestra merced?

En vez de responder a esta afable pregunta, el padre se dijo una frasecita en secreto para sí mismo: «Van contra ti; pero recuerda, hermano, que no estás aquí por ti, y que todo cuanto a ti solo atañe no entra en la cuenta».

—Será —dijo el primo—, pero el padre... ¿cómo se llama el padre?

—Padre Cristoforo —respondió más de uno.

—Pero, padre Cristoforo, respetabilísimo señor mío, con estas máximas vuestra merced pretendería volver el mundo del revés. ¡Sin desafíos! ¡Sin palos! Adiós pundonor: impunidad para todos los bellacos. Por fortuna, la suposición es imposible.

—Ánimo, abogado —dijo de improviso don Rodrigo, que quería cada vez más divertir la disputa de los dos primeros contendientes—, ánimo, vos, que no tenéis par en dar la razón a todos. Veamos cómo haríais para darle la razón en esto al padre Cristoforo.

—En verdad —respondió el abogado, blandiendo en el aire el tenedor y dirigiéndose al padre—, en verdad yo no entiendo cómo el padre Cristoforo, el cual es al tiempo un perfecto religioso y un hombre de mundo, no ha pensado que su sentencia, buena, óptima y de justo peso en el púlpito, nada vale, sea dicho con el debido respeto, en una disputa caballeresca. Pero el padre sabe, mejor que yo, que cada cosa es buena en su lugar; y yo creo que, por esta vez, ha querido salirse, con una chanza, del apuro de proferir una sentencia.

¿Qué se podía responder a razonamientos deducidos de una sabiduría tan antigua y siempre nueva? Nada, y eso hizo nuestro fraile.

Pero don Rodrigo, por querer cortar aquella cuestión, sacó a relucir otra:

—A propósito —dijo—, he oído que por Milán corrían rumores de arreglo.

El lector sabe que ese año se luchaba por la sucesión al ducado de Mantua, del que, a la muerte de Vincenzo Gonzaga, que no había dejado prole legítima, había entrado en posesión el duque de Nevers, su pariente más próximo. Luis XIII, o sea, el cardenal Richelieu, sostenía a ese príncipe, muy querido por él y naturalizado francés; Felipe IV, o sea, el conde de Olivares, comúnmente llamado el conde duque, no lo quería allí, por las mismas razones; y le había declarado la guerra. Como aquel ducado era feudo del imperio, las dos partes se afanaban con negociaciones, con instancias, con amenazas, ante el emperador Fernando II, la primera para que concediese la investidura al nuevo duque; la segunda para que se la negase, e incluso ayudase a expulsarlo de aquel Estado.

—No estoy lejos de creer —dijo el conde Attilio— que las cosas se puedan arreglar. Tengo ciertos indicios...

—No crea, señor conde, no crea —interrumpió el podestá—. Yo, en este rinconcito, puedo saber cosas; porque el señor alcaide español, en su bondad, me quiere bien, y por ser hijo de un criado^[18] del conde duque está informado de todo...

—Le digo que a mí me sucede cada día, en Milán, hablar con otros muchos personajes; y sé de buena tinta que el papa, interesadísimo como está en la paz, ha hecho proposiciones...

—Así debe ser; la cosa está en regla; Su Santidad cumple con su deber: un papa debe siempre poner paz entre los príncipes cristianos; pero el conde duque tiene su política, y...

—Y, y, y... ¿Sabe vuestra merced, señor mío, cómo piensa el emperador, en este momento? ¿Cree que no hay más que Mantua en este mundo?, las cosas en las que hay que pensar son muchas, señor mío. ¿Sabe vuestra merced, por ejemplo, hasta qué punto puede fiarse ahora el emperador de ese príncipe suyo de Valdistano, o de Vallistai, o como se llame, y si...?

—El nombre legítimo en lengua alemana —interrumpió de nuevo el podestá— es Vagliensteino, como lo he oído proferir varias veces a nuestro señor alcaide español. Pero esté vuestra merced tranquilo, que...

—¿Me quiere enseñar...? —reanudaba el conde; pero don Rodrigo le guiñó el ojo, para darle a entender que, por afecto a él, dejase de llevar la contraria.

El conde calló, y el podestá, como un barco desembarazado de un bajío, prosiguió, a velas desplegadas, el curso de su elocuencia:

—Vagliensteino me da poco cuidado, porque el conde duque tiene ojos en todo, y en todas partes; y, si Vagliensteino quiere hacerse el gracioso, él sabrá mantenerlo a raya, por las buenas o por las malas. Tiene ojos en todas partes, como digo, y el brazo largo; y si se le ha metido en la cabeza, como se le ha metido, y justamente, como gran político que es, que el señor duque de Nivers no eche raíces en Mantua, el señor duque de Nivers no las echará; y el señor cardenal de Richiliú da voces al viento. Y hasta me hace reír ese señor cardenal, al querer chocar con un conde duque, con un Olivares. Digo la verdad, quisiera renacer dentro de doscientos años, para oír qué dirá la posteridad de esa extraña pretensión. Se necesita algo más que envidia; se necesita cabeza; y cabezas como la cabeza de un conde duque hay una sola en el mundo. El conde duque, señores míos —proseguía el podestá, siempre viento en popa, y un poco maravillado incluso él de no encontrar ni un escollo—, el conde duque es zorro viejo, hablando con el debido respeto, que hará perder el rastro a quien sea; y, cuando amaga a la derecha, uno puede estar seguro de que golpeará a la izquierda; de ahí que nadie pueda presumir nunca de conocer sus designios; y esos mismos que deben ponerlos en ejecución, esos mismos que escriben los despachos, no comprenden nada de ellos. Yo puedo hablar con cierto conocimiento de causa, porque ese buen hombre del señor alcaide se digna conversar conmigo con alguna confianza. El conde duque, al contrario, sabe con precisión lo que se guisa en todas las demás cortes; y apenas todos esos politicones (que los hay bastante listos, no se puede negar) han imaginado un designio, ya el conde duque lo ha adivinado, con esa cabeza suya, con sus caminos encubiertos, con esos hilos suyos tendidos por todas partes. Ese pobre hombre del cardenal de Richiliú prueba por aquí, olfatea por allá, suda, se las ingenia... ¿Y después?, cuando ha logrado excavar una mina, se encuentra con la contramina ya preparada por el conde duque...

Sabe Dios cuándo habría arribado a puerto el podestá; pero don Rodrigo, estimulado también por las muecas que hacía su primo, se volvió de improviso, como si le hubiera entrado una inspiración, a un servidor, y le indicó que trajese cierta alcolla.

—¡Señor podestá y señores míos! —dijo luego—: ¡Un brindis por el conde duque! Y ya me dirán si el vino es digno del personaje.

El podestá respondió con una inclinación, en la que se traslucía un sentimiento de particular gratitud; porque todo lo que se hacía o decía en

honor del conde duque lo consideraba en parte como hecho a él.

—¡Viva mil años don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, duque de Sanlúcar, gran privado del rey don Felipe el grande, nuestro señor! — exclamó, alzando el vaso.

Privado, para quien no lo sepa, era el término usado en aquellos tiempos para indicar el favorito de un príncipe.

—¡Viva mil años! —respondieron todos.

—Servid al padre —dijo don Rodrigo.

—Perdóneme —respondió el padre—, ya he cometido un exceso, y no podría...

—¿Cómo? —dijo don Rodrigo—. Se trata de un brindis por el conde duque. ¿Quiere vuestra merced hacer creer que apoya a los navarrinos?

Así se llamaba entonces, por escarnio, a los franceses, por cuanto los príncipes de Navarra habían comenzado, con Enrique IV, a reinar sobre ellos.

Ante tal conjuro, convenía beber. Todos los comensales prorrumpieron en exclamaciones y en elogios del vino, salvo el abogado, que, con la cabeza alzada, los ojos en blanco, los labios apretados, expresaba mucho más de lo que habría podido hacer con palabras.

—¿Qué decís, eh, abogado? —preguntó don Rodrigo.

Sacando del vaso una nariz más bermeja y más brillante que aquel, el abogado respondió, marcando con énfasis cada sílaba:

—Digo, profiero y sentencio que este es el Olivares de los vinos: *censui, et in eam ivi sententiam*^[19], que un licor semejante no se encuentra en los veintidós reinos del rey nuestro señor, que Dios guarde; declaro y defino que las comidas del ilustrísimo señor don Rodrigo ganan a las cenas de Heliogábalo; y que la carestía está proscrita y desterrada a perpetuidad de este palacio, donde se asienta y reina la esplendidez.

—¡Bien dicho! ¡Bien definido! —gritaron, a una voz, los comensales.

Pero aquella palabra, «carestía», que el abogado había soltado al azar, dirigió en un instante las mentes a tan triste tema; y todos hablaron de la carestía. En eso estaban todos de acuerdo, al menos en lo principal; pero el alboroto era quizá mayor que si hubiera habido disensión. Hablaban todos al tiempo.

—No hay carestía —decía uno—: Son los acaparadores...

—Y los tahoneros —decía otro—, que esconden el trigo. ¡Ahorcarlos!

—Justamente; ahorcarlos sin piedad.

—¡Buenos procesos! —gritaba el podestá.

—¿Cómo procesos? —gritaba más fuerte el conde Attilio—. Justicia sumaria. Coger a tres o cuatro o cinco o seis de esos que, por voz pública, son conocidos como más ricos y más perros, y ahorcarlos.

—¡Escarmientos! ¡Escarmientos! Sin escarmientos no se hará nada.

—¡Ahorcarlos! ¡Ahorcarlos! Y aparecerá trigo por todas partes.

Quien, al pasar por una feria, se ha encontrado disfrutando de la armonía de una compañía de músicos ambulantes cuando, entre una sonata y otra, cada uno afina su instrumento, haciéndolo chillar lo más que puede, con el fin de oírlo claramente en medio del ruido de los otros, imagínese que tal era la consonancia de aquellos discursos, si así pueden llamarse. Entretanto se seguía escanciando y volviendo a escanciar aquel vino; y las alabanzas de este se entremezclaban, como es natural, con sentencias de jurisprudencia económica; de modo que las palabras que se oían con más sonoridad y frecuencia eran «ambrosía» y «ahorcarlos».

Don Rodrigo, entretanto, echaba ojeadas al único que estaba callado; y lo veía allí quieto, sin dar señales de impaciencia ni de prisa, sin hacer un gesto que tendiera a recordar que estaba aguardando; pero con aire de no querer marcharse hasta que lo escucharan. De buena gana lo habría mandado a paseo, prescindiendo de aquel coloquio; pero despedir a un capuchino, sin haberle dado audiencia, no entraba en las reglas de su política. Como no se podía eludir el engorro, decidió afrontarlo de inmediato y librarse de él; se levantó de la mesa, y con él toda la rubicunda compañía, sin interrumpir el bullicio. Pidiendo luego licencia a sus huéspedes, se acercó, con gesto grave, al fraile, que se había levantado al punto con los otros; le dijo:

—Me tiene a sus órdenes. —Y lo llevó a otra sala.

VI

—¿En qué puedo servir a vuestra merced? —dijo don Rodrigo, plantándose en pie en el centro de la sala.

El sonido de las palabras era este; pero el modo en que estaban proferidas quería decir claramente: «Mira ante quién estás, pesa las palabras y date prisa».

Para infundir valor a nuestro fray Cristoforo no había medio más seguro, y más expedito, que el de adoptar modales arrogantes. Él, que estaba suspenso, buscando las palabras y desgranando entre los dedos las avemarías del rosario que llevaba en la cintura, como si esperase encontrar en alguna de ellas su exordio, ante aquella actitud de don Rodrigo sintió de inmediato acudir a sus labios más palabras de las precisas. Pero pensando en cuánto importaba no malograr su asunto o, lo que era bastante más, el asunto ajeno, corrigió y templó las frases que se presentaban a su mente, y dijo, con cauta humildad:

—Vengo a proponer a vuestra merced un acto de justicia, a rogarle una caridad. Ciertos hombres de mala vida han aducido el nombre de vuestra señoría ilustrísima para meterle miedo a un pobre cura e impedirle que cumpla con su deber, y para abusar de dos inocentes. Vuestra merced puede, con una palabra, confundirlos, restituir al derecho su fuerza y aliviar a quienes se ha hecho tan cruel violencia. Lo puede; y pudiéndolo..., la conciencia, el honor.

—Vuestra merced me hablará de mi conciencia cuando vaya a confesarme. En cuanto a mi honor, ha de saber que su custodio soy yo, y solo yo; y, a quienquiera que se atreva a compartir conmigo este cuidado, lo considero igual que al temerario que lo ofende.

Fray Cristoforo, advertido por estas palabras de que aquel caballero trataba de tomar a mal las suyas, para convertir la conversación en disputa y no darle ocasión de ponerlo en apuros, se empeñó todavía más en su tolerancia, decidió tragar cuanto el otro quisiera decirle y respondió al instante, con tono sumiso:

—Si he dicho algo que desagrade a vuestra merced, ha sido ciertamente sin intención. Corríjame, pues, repréndame, si no sé hablar como conviene, pero dígnese escucharme. Por amor del cielo, por ese Dios ante cuya presencia todos hemos de comparecer... —prosiguió, mientras cogía entre sus dedos, y ponía ante los ojos de su ceñudo oyente, la pequeña calavera de madera que colgaba de su rosario—, no se obstine en negar una justicia tan fácil y tan debida a esos pobrecillos. Piense que Dios tiene siempre los ojos en ellos, y que sus gritos, sus gemidos son escuchados allá arriba. La inocencia es poderosa en su...

—¡Eh, padre! —interrumpió bruscamente don Rodrigo—. El respeto que me merece su hábito es grande; pero, si algo podría hacérmelo olvidar, es verlo llevado por alguien que se atreviese a venir a hacer de espía en mi casa.

Esta frase encendió el rostro del fraile, el cual, empero, con el semblante de quien traga una medicina muy amarga, prosiguió:

—Vuestra merced no cree que me convenga tal título. Vuestra merced sabe, en lo más hondo de su corazón, que el paso que doy ahora aquí no es ni vil ni despreciable. Escúcheme, señor don Rodrigo; y quiera el cielo que no llegue un día en que se arrepienta de no haberme escuchado. No quiera poner su gloria... ¡qué gloria, señor don Rodrigo!, ¡qué gloria ante los hombres! ¡Y ante Dios! Vuestra merced puede mucho aquí abajo, pero...

—¿Sabe vuestra merced —dijo don Rodrigo, interrumpiéndolo, con enojo, mas no sin cierto pavor—, sabe vuestra merced que, cuando me entra el antojo de oír un sermón, sé perfectamente ir a la iglesia, como hacen los demás? Pero ¡en mi casa! ¡Oh! —Y continuó, con una forzada sonrisa de escarnio—: ¡Vuestra merced me aprecia en más de lo que valgo! ¡El predicador en casa! Solo lo tienen los príncipes.

—Y ese Dios que pide cuentas a los príncipes de la palabra que les hace oír en sus alcázares; ese Dios otorga ahora a vuestra merced un rasgo de misericordia, enviando a un ministro suyo, indigno y miserable, pero ministro suyo, a rogar por una inocente...

—En suma, padre —dijo don Rodrigo, haciendo ademán de marcharse—, no sé lo que quiere decir vuestra merced; lo único que entiendo es que debe haber una moza que le interesa mucho. Vaya con sus confidencias a quien le agrade; y no se tome la libertad de importunar por más tiempo a un hidalgo.

Al moverse don Rodrigo, nuestro fraile se le había puesto delante, aunque con gran respeto; y alzando las manos, como para suplicar, y para retenerlo un momento, respondió todavía:

—Me interesa, es cierto, pero no más que vuestra merced; son dos almas que, una y otra, me interesan más que mi vida. ¡Don Rodrigo! No puedo hacer por vuestra merced sino rezar al Señor; pero lo haré de todo corazón. No me diga que no; no quiera tener en la angustia y el terror a una pobre inocente. Una palabra suya puede arreglarlo todo.

—Pues bien —dijo don Rodrigo—, ya que vuestra merced cree que yo puedo hacer mucho por esa persona; ya que esa persona le preocupa tanto...

—¿Qué...? —prosiguió ansiosamente el padre Cristoforo, a quien la actitud y el porte de don Rodrigo no permitían abandonarse a la esperanza que parecían anunciar aquellas palabras.

—Pues bien, aconséjela que venga a ponerse bajo mi protección. Nada le faltará, y nadie se atreverá a molestarla, palabra de caballero.

Ante semejante propuesta, la indignación del fraile, contenida a duras penas hasta entonces, se desbordó. Todos sus buenos propósitos de prudencia y paciencia se esfumaron; el hombre antiguo se encontró de acuerdo con el nuevo; y, en tales casos, fray Cristoforo valía verdaderamente por dos.

—¡Vuestra protección! —exclamó, retrocediendo dos pasos, plantándose altivamente sobre el pie derecho, poniendo la diestra en la cadera, alzando la mano izquierda con el índice tendido hacia don Rodrigo y clavándole en la cara dos ojos inflamados—: ¡Vuestra protección! Es mejor que hayáis hablado así, que me hayáis hecho a mí tal propuesta. Habéis colmado la medida, y ya no os temo.

—¿Cómo hablas, fraile...?

—Hablo como se habla a quien está abandonado por Dios, y ya no puede dar miedo. ¡Vuestra protección! Ya sabía yo que esa inocente está bajo la protección de Dios; pero vos, vos me lo hacéis notar ahora, y con tal certidumbre que ya no necesito miramientos para hablaros de ella. Lucia, digo; ya veis cómo pronuncio este nombre con la frente alta y con ojos firmes.

—¿Cómo? ¡En esta casa...!

—Siento compasión por esta casa; sobre ella pesa una maldición. Veréis como la justicia de Dios no tiene miramientos con cuatro piedras, ni se somete a cuatro esbirros. Vos habéis creído que Dios ha hecho una criatura a su imagen para daros el placer de atormentarla. ¡Habéis creído que Dios no sabría defenderla! ¡Habéis despreciado su aviso! Estáis juzgado. El corazón del faraón era tan duro como el vuestro; y Dios supo quebrantarlo. Lucia nada tiene que temer de vos; os lo digo yo, un pobre fraile; y, en cuanto a vos, oíd bien lo que os prometo. Llegará un día...

Don Rodrigo había permanecido hasta entonces entre la rabia y el asombro, atónito, sin encontrar palabras; pero, cuando oyó entonar una predicción, se sumó a la rabia un lejano y misterioso espanto.

Aferró rápidamente en el aire aquella mano amenazante y, alzando la voz, para truncar la del infausto profeta, gritó:

—Sal de mi vista, villano temerario, haragán encapuchado.

Estas palabras tan claras aquietaron en un momento al padre Cristoforo. A la idea de excesos y de villanía estaba, en su mente, unida muy bien, y desde hacía mucho tiempo, la idea de conformidad y silencio, y, ante aquel cumplido, se desvaneció todo espíritu de ira y de entusiasmo, y solo le quedó la resolución de oír tranquilamente lo que a don Rodrigo le agradase agregar. Conque, retirando plácidamente la mano de las garras del hidalgo, bajó la cabeza y se quedó inmóvil, como al ceder el viento, en lo más fuerte de la borrasca, un árbol agitado recompone naturalmente sus ramas y recibe el granizo como el cielo se lo manda.

—¡Villano desasnado! —prosiguió don Rodrigo—: Me tratas como si fuera tu igual. Da gracias al sayal que cubre esas espaldas de bellaco y te salva de las caricias que se hacen a tus iguales, para enseñarles a hablar. Sal por tu pie, por esta vez; ya nos veremos.

Diciendo esto señaló, con despreciativo imperio, una puerta frontera a aquella por donde habían entrado; el padre Cristoforo inclinó la cabeza y se marchó, dejando a don Rodrigo medir, con pasos furiosos, el campo de batalla.

Cuando el padre hubo cerrado la puerta a sus espaldas, vio, en la estancia donde entraba, a un hombre que se retiraba despacito, rozando la pared, como para no ser visto desde la estancia de la conversación; y reconoció al viejo servidor que había acudido a recibirlo en la puerta de la calle. Llevaba este en la casa quizá cuarenta años, es decir, desde antes de nacer don Rodrigo; entró allí al servicio de su padre, el cual había sido muy distinto. Muerto este, el nuevo amo, al despedir a toda la familia y buscar compañía nueva, había retenido empero a aquel servidor, por ser ya viejo y porque, aunque de máximas y costumbres enteramente distintas de las suyas, compensaba este defecto con dos cualidades: una alta opinión de la dignidad de la casa y una gran práctica del ceremonial, cuyas más antiguas tradiciones y más minuciosos particulares conocía mejor que nadie. En presencia del caballero, el pobre viejo jamás se habría atrevido a insinuar, y menos a expresar, su desaprobación por lo que veía todo el día; apenas soltaba alguna exclamación, algún reproche entre dientes a sus colegas de servicio; estos se reían de él, e

incluso disfrutaban a veces tocándole aquella tecla, para hacerle decir más de lo que habría querido, y para oírlo cantar las alabanzas del antiguo modo de vivir de la casa. Sus censuras solo llegaban a oídos del dueño acompañadas por el relato de las carcajadas que habían provocado; de modo que resultaban también para él un tema de befa, sin resentimiento. Y, además, en los días de convite y recepción, el viejo se convertía en un personaje serio y de importancia.

El padre Cristoforo lo miró al pasar, lo saludó y proseguía su camino cuando el viejo se le acercó misteriosamente, se puso un dedo en los labios y después, con ese mismo dedo, le hizo una señal, para invitarlo a entrar con él en un oscuro zaguán. Cuando estuvieron allí, le dijo en voz baja:

—Padre, lo he oído todo y necesito hablarle.

—Decid pronto, buen hombre.

—Aquí no: si el amo se da cuenta... Pero sé muchas cosas; y trataré de ir mañana al convento.

—¿Hay algún plan?

—Algo hay en el aire, de seguro; ya he podido advertirlo. Pero ahora estaré a la mira, y espero descubrirlo todo. Déjeme a mí. ¡Me toca ver y oír cada cosa...! ¡Cosas espeluznantes! ¡Estoy en una casa...! Pero quisiera salvar mi alma.

—¡El Señor os bendiga! —Y, profiriendo en voz baja estas palabras, el fraile puso la mano sobre la cabeza cana del servidor, que, aunque más viejo que él, estaba curvado, en la actitud de un chiquillo—. El Señor os recompensará —prosiguió el fraile—, no dejéis de venir mañana.

—Iré —respondió el servidor—, pero váyase vuestra merced de inmediato y... por amor del cielo... no me nombre.

Diciendo esto y mirando alrededor, salió, por la otra parte del zaguán, a un salón que daba al patio; viendo el campo libre, llamó al buen fraile, cuyo rostro respondió a aquella última frase con más claridad de lo que habría podido hacerlo cualquier protesta. El servidor le señaló la salida: y el fraile, sin decir nada más, partió.

Aquel hombre había estado escuchando en la puerta de su amo. ¿Había hecho bien? ¿Y fray Cristoforo hacía bien al alabarle por ello? Según las reglas más comunes y menos contradichas, es cosa muy fea; pero ¿no podía aquel caso considerarse como una excepción? ¿Y existen excepciones a las reglas más comunes y menos contradichas? Importantes cuestiones; pero el lector las resolverá por su cuenta, si tiene ganas. Nosotros no pretendemos dar juicios; nos basta con tener hechos que contar.

Al salir fuera y dar la espalda a aquel caserón, fray Cristoforo respiró más libremente y echó a andar de prisa por la cuesta, con el rostro encendido, emocionado y en zozobra, como cualquiera puede imaginar, por lo que había oído y por lo que había dicho. Pero el ofrecimiento del viejo, tan inesperado, había sido un gran restaurativo para él: le parecía que el cielo le había dado una señal visible de su protección: «He aquí un hilo —pensaba—, un hilo que la Providencia me pone en las manos. ¡Y en esta misma casa! ¡Y sin que yo soñase con buscarlo!». Rumiando esto, alzó los ojos, hacia occidente, vio el sol bajo, que casi, casi tocaba la cima del monte, y pensó que quedaba muy poco del día. Entonces, aunque sentía los huesos pesados y quebrantados por los diversos trajines de aquella jornada, apretó más el paso, para poder llevar una noticia, cualquiera que fuese, a sus protegidos, y llegar después al convento antes de la noche, que era una de las leyes más concretas y más severamente observadas del código de los capuchinos.

Entretanto, en la casita de Lucia se habían traído a colación y ventilado designios, de los que nos conviene informar al lector. Tras la partida del fraile, los tres que allí quedaban habían estado algún tiempo en silencio; Lucia, preparando tristemente el almuerzo; Renzo, a punto de irse a cada momento, para apartarse de la visión de ella, tan acongojada, y no sabiendo alejarse; Agnese, muy atenta, en apariencia, a la devanadera que hacía girar. Pero, en realidad, estaba madurando un proyecto; y, cuando le pareció maduro, rompió el silencio en estos términos:

—¡Oíd, hijos míos! Si tenéis el ánimo y la destreza necesarios, si confiáis en vuestra madre —y, ante aquel «vuestra», Lucia se estremeció—, yo me comprometo a sacaros de este apuro, quizá mejor, y más pronto, que el padre Cristoforo, aun siendo quien es.

Lucia se quedó parada y la miró con una cara que expresaba más asombro que confianza ante tan magnífica promesa; y Renzo dijo inmediatamente:

—¿Ánimo? ¿Destreza? Decid, decid lo que se puede hacer.

—¿No es cierto —prosiguió Agnese— que, si estuvierais casados, ya habríamos adelantado mucho? ¿Y que para todo el resto se hallaría más fácil remedio?

—¡Qué duda cabe! —dijo Renzo—. Si estuviéramos casados..., todo el mundo es patria; y, a dos pasos de aquí, en tierras de Bérgamo, reciben con los brazos abiertos a quien trabaja la seda. Ya sabéis cuántas veces mi primo Bortolo me ha invitado a ir allá a vivir con él, que haría fortuna, como él la ha hecho; y, si nunca le he hecho caso, ha sido por..., ¿hay que decirlo?, porque mi corazón estaba aquí. Casados, nos vamos todos juntos, ponemos casa allá,

vivimos en santa paz, distantes de las uñas de este bribón, lejos de la tentación de hacer un desatino. ¿No es verdad, Lucia?

—Sí —dijo Lucia—, pero ¿cómo?

—Como yo he dicho —prosiguió su madre—: Ánimo y destreza; y la cosa es fácil.

—¡Fácil! —dijeron a la vez los dos, para quienes la cosa se había vuelto tan extraña y dolorosamente difícil.

—Fácil si se sabe hacer —replicó Agnese—. Escuchadme bien, que trataré de hacéroslo entender. He oído decir a la gente que lo sabe, y hasta yo he visto un caso, que para celebrar un matrimonio hace falta el cura, sí, pero no es necesario que este quiera; basta que esté allí.

—¿Cómo es ese asunto? —preguntó Renzo.

—Escuchad y oiréis. Es menester contar con dos testigos muy vivos y muy de acuerdo. Se va a ver al cura; la cosa está en cogerlo de improviso, que no tenga tiempo de escapar. El hombre dice: señor cura, esta es mi mujer; la mujer dice: señor cura, este es mi marido. Es menester que el cura lo oiga, que los testigos lo oigan... Y el casamiento queda hecho, y bien, sacrosanto como si lo hubiese celebrado el papa. Una vez dichas las palabras, el cura puede chillar, alborotar, armar un escándalo; es inútil: sois marido y mujer.

—¿Es posible? —exclamó Lucia.

—¿Cómo? —dijo Agnese—. ¡A ver si en treinta años que he pasado en este mundo, antes de nacer vosotros, no habré aprendido nada! La cosa es tal cual os la digo; hasta el punto de que una amiga mía, que quería casarse con uno contra la voluntad de sus padres, logró su intento de esa manera. El cura, que se lo sospechaba, estaba alerta; pero aquellos dos diablos se las arreglaron tan bien que lo cogieron en el momento justo; dijeron las palabras y fueron marido y mujer; aunque la pobrecilla se arrepintió luego, al cabo de tres días.

Agnese decía la verdad, tanto respecto a la posibilidad como respecto al peligro de no conseguirlo; ya que, como no recurrían a tal expediente sino personas que hubieran hallado obstáculos o negativas por la vía ordinaria, los párrocos ponían sumo cuidado en eludir aquella cooperación forzada; y, cuando uno de ellos se veía sorprendido por una de esas parejas, acompañada de testigos, hacía de todo para escabullirse, como Proteo de las manos de quienes querían hacerlo vaticinar a la fuerza.

—¡Si fuese cierto, Lucia! —dijo Renzo, mirándola con un aire de suplicante expectación.

—¿Cómo, si fuese cierto! —dijo Agnese—. ¿También vos creéis que cuento patrañas? Me afano por vosotros y nadie me cree; está bien, está bien:

salid del apuro como podáis; yo me lavo las manos.

—¡Ah, no! No nos abandonéis —dijo Renzo—. Hablo así porque me parece demasiado hermoso. Estoy en vuestras manos; os considero como si fueseis mi propia madre.

Estas palabras hicieron desvanecerse el pequeño enojo de Agnese, que olvidó un propósito que, en verdad, no había sido serio.

—Pero, madre, ¿por qué —dijo Lucia, con su actitud sumisa—, por qué no se le ha ocurrido eso al padre Cristoforo?

—¿Ocurrido? —respondió Agnese—, ¡claro que se le habrá ocurrido! Pero no habrá querido hablar de ello.

—¿Por qué? —preguntaron a una los dos jóvenes.

—Porque..., porque, ya que lo queréis saber, los religiosos dicen que realmente es algo que no está bien.

—¿Cómo puede ser que no esté bien si, una vez hecho, está bien hecho? —dijo Renzo.

—¿Qué queréis que os diga? —respondió Agnese—. La ley la han hecho ellos como les ha apetecido; y nosotros, pobrecitos, no podemos entenderlo todo. Y, además, cuántas cosas... Eso es: es como soltarle un puñetazo a un cristiano. No está bien; pero, cuando se lo habéis dado, ni el papa se lo puede quitar.

—Si es algo que no está bien —dijo Lucia—, no hay que hacerlo.

—¿Qué? —dijo Agnese—, ¿te daría yo un consejo contra el temor de Dios? Si fuera contra la voluntad de tus padres, para casarte con un tarambana...; pero, contenta yo, y para casarte con este muchacho... Y quien pone todas las dificultades es un bribón; y el señor cura...

—Está claro, cualquiera lo entendería —dijo Renzo.

—No hay que hablar de eso con el padre Cristoforo antes de hacerlo —prosiguió Agnese—; pero, hecha la cosa, y con éxito, ¿qué piensas tú que te dirá el padre? «¡Ay, hija! Menuda travesura; me la habéis jugado». Los religiosos deben hablar así. Pero puedes creer que, en el fondo de su corazón, también él estará contento.

Lucia, sin encontrar respuesta a este razonamiento, no parecía, empero, persuadida; pero Renzo, muy animado, dijo:

—Siendo así, la cosa está hecha.

—Poco a poco —dijo Agnese—. ¿Y los testigos? ¿Encontrar dos que quieran, y que mientras tanto sepan estar callados! ¿Y poder sorprender al señor cura, que desde hace dos días está agazapado en su casa? ¿Y detenerlo allí?; pues, aunque sea de natural pesado, os puedo decir que, al veros

aparecer con esas trazas, se tornará más ligero que un gato y escapará como el diablo del agua bendita.

—He encontrado yo el medio, lo he encontrado —dijo Renzo, golpeando con el puño en la mesa y haciendo saltar los platos preparados para el almuerzo.

Y siguió exponiendo su pensamiento, que Agnese aprobó en todo y por todo.

—Son enredos —dijo Lucia—, no son cosas llanas. Hasta ahora hemos obrado sinceramente; sigamos adelante con fe, y Dios nos ayudará; el padre Cristoforo lo ha dicho. Oigamos su parecer.

—Déjate guiar por quien sabe más que tú —dijo Agnese con rostro grave—. ¿Qué necesidad hay de pedir pareceres? A Dios rogando y con el mazo dando. Al padre se lo contaremos todo una vez hecho.

—Lucia —dijo Renzo—, ¿queréis fallarme ahora? ¿No habíamos hecho todas las cosas como buenos cristianos? ¿No debíamos ser ya marido y mujer? ¿No nos había el cura fijado el día y la hora? ¿De quién es la culpa, si ahora tenemos que ayudarnos con un poco de ingenio? No, no me fallaréis. Me voy y vuelvo con la respuesta.

Y despidiéndose de Lucia con un gesto de súplica, y de Agnese con aire de inteligencia, se marchó deprisa.

Las tribulaciones aguzan el ingenio; y Renzo, el cual, en el sendero recto y llano de la vida recorrido hasta entonces, jamás se había hallado en la ocasión de afinar mucho el suyo, había imaginado, en este caso, una capaz de honrar a un jurisconsulto. Fue en derechura, según había planeado, a la casita de un tal Tonio, poco distante de allí; y lo encontró en la cocina, mientras, con una rodilla en el escalón del lar y sujetando con una mano el borde de un caldero, puesto sobre las cenizas calientes, agitaba con el rodillo curvado una pequeña polenta gris, de trigo sarraceno. La madre, un hermano y la mujer de Tonio estaban a la mesa; y tres o cuatro chiquillos, de pie al lado del padre, esperaban, con los ojos clavados en el caldero, que llegase el momento de servir. Pero no había esa alegría que la vista del almuerzo suele dar a quien se lo ha merecido con su trabajo. La masa de la polenta estaba en razón de la añadida, y no del número y de las buenas ganas de los comensales; y cada uno de ellos, mirando con ojos oblicuos de amor rabioso el manjar común, parecía pensar en la porción de apetito que debía sobrevivirle. Mientras Renzo intercambiaba saludos con la familia, Tonio volcó la polenta sobre la tabla de haya, que estaba preparada para recibirla, y pareció una diminuta luna entre un gran círculo de vapores. Sin embargo, las mujeres dijeron cortésmente a

Renzo: «¿Gustáis de serviros?», cumplido que el campesino de Lombardía, ¡y quién sabe de cuántos otros países!, jamás deja de hacer cuando alguno lo encuentra comiendo, aunque este fuera un rico epulón recién levantado de la mesa y él estuviera en el último bocado.

—Os lo agradezco —respondió Renzo—; venía solo a decirle dos palabras a Tonio; y si quieres, Tonio, para no molestar a las mujeres, podemos ir a almorzar a la hostería, y allí hablaremos.

La propuesta fue tan grata para Tonio cuanto menos esperada; y las mujeres, y también los niños (ya que, en esta materia, empiezan pronto a razonar), no vieron con desagrado que se sustrajese a la polenta un concurrente, y el más formidable. El invitado no se paró a preguntar más y salió con Renzo.

Llegados a la hostería de la aldea; sentados, con toda libertad, en una soledad perfecta, ya que la miseria había ahuyentado a todos los parroquianos de aquel lugar de delicias; mandado traer lo poco que se encontraba; trasegado un jarro de vino; Renzo, con aire de misterio, le dijo a Tonio:

—Si quieres hacerme un pequeño favor, yo te haré uno grande.

—Habla, habla; manda lo que sea —respondió Tonio, escanciando—. Hoy me tiraría al fuego por ti.

—Tú tienes una deuda de veinticinco liras con el señor cura, por el arriendo de su campo, que trabajabas el año pasado.

—¡Ay, Renzo, Renzo! Me estropeas el favor. ¿Con qué me sales? Me has hecho perder el buen humor.

—Si te hablo de la deuda —dijo Renzo— es porque, si quieres, pienso darte un medio de pagarla.

—¿Lo dices de veras?

—De veras. ¿Qué? ¿Te gustaría?

—¿Gustarme? ¡Diablos, claro que me gustaría! Aunque solo fuera por no ver más esas muecas y esos gestos de la cabeza que me hace el señor cura cada vez que nos encontramos. Y, además, siempre con: «Tonio, acordaos; Tonio, ¿cuándo nos vemos para ese asunto?». Hasta el punto de que cuando, mientras predica, me clava los ojos encima, casi me temo que vaya a decirme allí en público: «¡Esas veinticinco liras!». ¡Malditas sean las veinticinco liras! Y, además, tendría que devolverme el collar de oro de mi mujer, que yo lo cambiaría por mucha polenta. Pero...

—Pero, pero, si quieres hacerme un favorcito, las veinticinco liras están preparadas.

—Dime.

—¡Pero...! —dijo Renzo, llevándose un dedo a los labios.

—¿Es preciso eso? Ya me conoces.

—El señor cura anda sacando ciertas razones sin sustancia para dar largas a mi matrimonio; y yo, en cambio, quisiera despacharlo pronto. Me aseguran que, si se presentan ante él dos novios con dos testigos y yo digo: esta es mi mujer, y Lucia: este es mi marido, el matrimonio queda celebrado. ¿Me has entendido?

—¿Tú quieres que yo vaya de testigo?

—Cabalmente.

—¿Y pagarás por mí las veinticinco liras?

—Eso pienso.

—Cuenta conmigo.

—Pero hay que encontrar a otro testigo.

—Ya lo he encontrado. El simplón de mi hermano Gervaso hará lo que yo le diga. ¿Tú lo convidarás a beber?

—Y a comer —respondió Renzo—. Lo traeremos aquí, a divertirse con nosotros. Pero ¿sabrás hacerlo?

—Yo le enseñaré; ya sabes que a mí me tocó también su parte de cerebro.

—Mañana...

—Bien.

—Al anochecer...

—Estupendo.

—¡Pero...! —dijo Renzo, llevándose de nuevo un dedo a los labios.

—¡Vamos! —respondió Tonio doblando la cabeza sobre el hombro derecho y alzando la mano izquierda, con una cara que decía: «¿Por quién me tomas?».

—Pero si tu mujer te pregunta, como te preguntará, sin duda...

—En punto de mentiras, estoy en deuda yo con mi mujer, y tanto, tanto, que no sé si llegaré nunca a saldar la cuenta. Encontraré algún embuste para que se quede tranquila.

—Mañana —dijo Renzo— charlaremos sin prisas para entendernos bien sobre todo.

Con esto salieron de la hostería; Tonio se encaminó a su casa, estudiando la patraña que contaría a las mujeres, y Renzo, a dar cuenta de los acuerdos tomados.

Durante ese tiempo, Agnese se había cansado en vano para convencer a su hija. Esta oponía a cada razón ya la una, ya la otra parte de su dilema: o la

cosa es mala, y no hay que hacerla; o no lo es, y ¿por qué no decírselo al padre Cristoforo?

Renzo llegó triunfante, hizo su informe y terminó con un ¿eh?, interjección que significaba: «¿Soy o no soy un hombre? ¿Se podía encontrar algo mejor? ¿Se os habría pasado por la cabeza?», y cien cosas similares.

Lucia meneaba blandamente la cabeza; pero los otros dos, enfervorizados, le hacían poco caso, como suele hacerse con un niño del que no se espera que comprenda toda la razón de una cosa, y a quien se inducirá después, con ruegos o con autoridad, a hacer lo que se quiere de él.

—Está bien —dijo Agnese—, está bien; pero... no habéis pensado en todo.

—¿Qué nos falta? —respondió Renzo.

—¿Y Perpetua? No habéis pensado en Perpetua. A Tonio y a su hermano los dejará entrar; pero ¡a vosotros!, ¡a vosotros dos! ¡Imagináoslo!, tendrá órdenes de manteneros alejados, más que a un muchacho de un peral con la fruta madura.

—¿Cómo haremos? —dijo Renzo un poco confuso.

—Esto; lo he pensado yo. Iré con vosotros; tengo un secreto para atraerla y para fascinarla de tal manera que no se fije en vosotros y podáis entrar. Yo la llamaré y le tocaré cierta tecla...; ya veréis.

—¡Bendita seáis! —exclamó Renzo—. Siempre he dicho que sois nuestra ayuda en todo.

—Pero eso no sirve de nada —dijo Agnese— si no se convence a esta, que se empeña en decir que es pecado.

Renzo desplegó también su elocuencia; pero Lucia no mudaba de idea.

—Yo no sé qué responder a esas razones vuestras —decía—, pero veo que para hacer eso, como decís vosotros, hay que andar con engaños, mentiras, ficciones. ¡Ay, Renzo!, no hemos empezado así. Yo quiero ser vuestra mujer. —Y no había modo de que pudiera proferir esa palabra y explicar esa intención sin ponerse colorada—. Yo quiero ser vuestra mujer, pero por el camino recto, con temor de Dios, ante el altar. Dejemos obrar a Aquel de allá arriba. ¿No creéis que Él sabrá encontrar un medio para ayudarnos, mejor de lo que podemos hacer nosotros, con todas estas picardías? ¿Y por qué andarse con misterios con el padre Cristoforo?

La disputa duraba todavía, y no parecía próxima a acabar, cuando unas presurosas pisadas de sandalias y un rumor de hábitos azotados, semejante al que hacen en una vela aflojada los soplos repetidos del viento, anunciaron al

padre Cristoforo. Callaron todos, y Agnese apenas tuvo tiempo de susurrar al oído de Lucia:

—Ten buen cuidado, ¿eh?, de decirle nada.

VII

El padre Cristoforo llegaba con la actitud de un buen capitán que, perdida, sin culpa suya, una batalla importante; afligido, mas no desalentado; preocupado, mas no aturdido; a la carrera, y no en fuga, acude donde la necesidad lo requiere, a apercibir los lugares amenazados, a congregar a las tropas, a dar nuevas órdenes.

—La paz sea con vosotros —dijo, al entrar—. No hay nada que esperar del hombre; es menester confiar tanto más en Dios, y ya tengo alguna prenda de su protección.

Aunque ninguno de los tres esperase mucho de la tentativa del padre Cristoforo, ya que ver a un poderoso desistir de un abuso, sin estar obligado a ello, y por mera condescendencia a desarmadas súplicas, era cosa más inaudita que rara, no obstante la triste certeza fue un golpe para todos. Las mujeres bajaron la cabeza; pero, en el ánimo de Renzo, la ira prevaleció sobre el abatimiento. Aquel anuncio lo encontraba ya amargado por muchas sorpresas dolorosas, por muchas tentativas perdidas en el vacío, por muchas esperanzas frustradas y, además, exacerbado, en ese momento, por las repulsas de Lucia.

—¡Quisiera saber! —gritó, rechinando los dientes y levantando la voz, como nunca había hecho hasta entonces, en presencia del padre Cristoforo—, quisiera saber qué razones ha dicho ese perro, para sostener..., para sostener que mi novia no debe ser mi mujer.

—¡Pobre Renzo! —respondió el fraile, con una voz grave y compasiva, y con una mirada que recomendaba afablemente sosiego—. Si el poderoso que quiere cometer una injusticia estuviera siempre obligado a decir sus razones, las cosas no irían como van.

—¿Ha dicho, pues, ese perro, que no quiere porque no quiere?

—¡Ni siquiera ha dicho eso, pobre Renzo! Sería ya una ventaja el que, para cometer una iniquidad, hubiera que confesarla abiertamente.

—Pero algo ha debido decir: ¿qué ha dicho ese tizón del infierno?

—Sus palabras, yo las he oído, mas no te las sabría repetir. Las palabras del inicuo que es fuerte penetran y huyen. Puede enojarse cuando muestras que sospechas de él y, al mismo tiempo, darte a entender que lo que sospechas es cierto; puede insultar y decirse ofendido, escarnecer y pedir satisfacción, aterrorizar y quejarse, ser descarado e irreprochable. No preguntes más. Él no ha proferido el nombre de esta inocente, ni el tuyo; no ha aparentado siquiera conocerlos, no ha dicho que pretenda nada; pero..., pero, por desgracia, he debido comprobar que es porfiado. ¡No obstante, confianza en Dios! Vosotras, pobrecillas, no perdáis los ánimos; y tú, Renzo..., ¡oh!, puedes creer que me pongo en tu lugar, que siento lo que pasa por tu corazón. ¡Paciencia! Es una pobre palabra, una palabra amarga para quien no cree; pero tú... ¿No querrás concederle a Dios un día, dos días, el tiempo que se quiera tomar, para hacer que triunfe la justicia? El tiempo es suyo, ¡y nos ha prometido tanto! Déjale obrar a Él, Renzo; y sabe..., sabed todos que yo tengo ya en la mano un hilo para ayudarlos. Por ahora, no puedo deciros más. Mañana no vendré aquí abajo; tengo que estar en el convento todo el día, por vosotros. Tú, Renzo, procura ir allá; o si, por casualidad, no pudieras, envíame a un hombre de confianza, un mozuelo juicioso, por medio del cual yo pueda haceros saber lo que ocurre. Oscurece; es menester que yo corra al convento. Fe, valor... y adiós.

Dicho esto, salió a toda prisa y se marchó, corriendo y casi a saltos, por el sendero retorcido y pedregoso, para no llegar tarde al convento, a riesgo de ganarse una buena reprimenda, o lo que le habría pesado aún más, una penitencia que le impidiera, al día siguiente, encontrarse dispuesto y expedito para lo que pudiera requerir la necesidad de sus protegidos.

—¿Habéis oído lo que dijo de un no sé qué..., de un hilo que tiene para ayudarnos? —dijo Lucia—. Conviene confiar en él; es un hombre que cuando promete diez...

—¡Si no es más que eso...! —interrumpió Agnese—. Habría debido hablar más claro, o llamarme a mí aparte y decirme qué es ese...

—¡Palabrería! ¡Yo lo arreglaré, yo lo arreglaré! —interrumpió Renzo, esta vez yendo de un lado a otro de la estancia y con una voz, con una cara, que no cabían dudas sobre el sentido de estas palabras.

—¡Oh, Renzo! —exclamó Lucia.

—¿Qué queréis decir? —exclamó Agnese.

—¿Qué necesidad hay de decir? Yo lo arreglaré. Así tenga cien, mil diablos en el alma, a fin de cuentas es de carne y hueso también él...

—No, no, ¡por amor del cielo...! —comenzó Lucia; pero el llanto le truncó la voz.

—No son palabras esas, ni de broma —dijo Agnese.

—¿De broma? —gritó Renzo, parándose erguido frente a Agnese, sentada, y clavándole en la cara dos ojos extraviados—. ¡De broma! Ya veréis si es broma.

—¡Oh, Renzo! —dijo Lucia, a duras penas, entre sollozos—, nunca os he visto así.

—No digáis esas cosas, por amor del cielo —prosiguió todavía Agnese, apresuradamente, bajando la voz—. ¿No recordáis cuántos brazos tiene ese a sus órdenes? E incluso aunque..., ¡Dios nos libre...!, contra los pobres siempre hay justicia.

—La haré yo la justicia, ¡yo! Ya es hora. La cosa no es fácil; también lo sé. Se guarda bien ese perro asesino; sabe cómo está; pero no importa. Resolución y paciencia... Y llegará el momento. Sí, la justicia la haré yo; el país lo libraré yo... ¡Cuánta gente me bendecirá...! Y después, ¡en tres saltos...!

El horror que sintió Lucia ante estas palabras más claras contuvo su llanto y le dio fuerzas para hablar. Alzando de las palmas el rostro lacrimoso, le dijo a Renzo, con voz acongojada, pero resuelta:

—Ya no os importa, pues, tenerme por mujer. Yo me había prometido a un joven que tenía temor de Dios; pero a un hombre que hubiera... Aunque estuviera al abrigo de toda justicia y de toda venganza, aunque fuera el hijo del rey...

—¡Pues bien! —gritó Renzo, con un rostro más trastornado que nunca—, yo no os tendré; pero tampoco os tendrá él. Yo aquí sin vos, y él en el infierno...

—¡Ah, no! Por caridad, no digáis eso, no pongáis esos ojos; no, no puedo veros así —exclamó Lucia llorando, suplicando, con las manos juntas, mientras Agnese llamaba y volvía a llamar al joven por su nombre, y le palpaba los hombros, los brazos, las manos, para sosegarlo.

Quedó este inmóvil y pensativo algún tiempo, contemplando la cara suplicante de Lucia; después, de pronto, la miró torvo, retrocedió, tendió el brazo y el índice hacia ella, y gritó:

—¡A ella! ¡Sí, la quiere a ella! ¡Ha de morir!

—¿Y yo qué mal os he hecho para que me queráis muerta? —dijo Lucia arrojándose de rodillas ante él.

—¿Vos? —respondió él, con una voz que expresaba una ira muy distinta, aunque ira al fin—: ¡Vos! ¿Cuánto me queréis? ¿Qué prueba me habéis dado? ¿No os he rogado, y rogado, y rogado? Y vos: ¡no, no!

—Sí, sí —respondió precipitadamente Lucia—, iré a ver al cura, mañana, ahora, si queréis; iré. Volved a ser el de antes; iré.

—¿Me lo prometéis? —dijo Renzo con una voz y un rostro vueltos, de repente, más humanos.

—Os lo prometo.

—Me lo habéis prometido.

—¡Gracias, Señor! —exclamó Agnese, doblemente contenta.

En medio de su gran cólera, ¿había pensado Renzo en el provecho que podía sacar del espanto de Lucia? ¿Y no habría utilizado un poco de artificio para aumentarlo, para que diera su fruto? Nuestro autor manifiesta que él no sabe nada, y yo creo que ni el propio Renzo lo sabía bien. El caso es que estaba realmente furioso con don Rodrigo y que ansiaba ardientemente el consentimiento de Lucia; y, cuando dos fuertes pasiones alborotan juntas en el corazón de un hombre, ni siquiera el paciente puede distinguir siempre con claridad una voz de la otra y decir con seguridad cuál es la que predomina.

—Os lo he prometido —respondió Lucia, con un tono de reproche tímido y afectuoso—, pero también vos habéis prometido no escandalizar, remitiros al padre...

—¡Oh, vamos! ¿Por amor de quién me enfurezco? ¿Queréis echaros atrás ahora? ¿Y hacer que cometa un desatino?

—No, no —dijo Lucia, comenzando a espantarse de nuevo—. Lo he prometido y no me vuelvo atrás. Pero ya veis cómo me habéis hecho prometer. Dios no quiera...

—¿Por qué queréis hacer tristes presagios, Lucia? Dios sabe que no hacemos mal a nadie.

—Prometedme al menos que esta será la última.

—Os lo prometo, a fe mía.

—Pero esta vez mantenedlo luego —dijo Agnese.

Aquí el autor confiesa no saber otra cosa: si Lucia estaba, a fin de cuentas, descontenta de haberse visto empujada a consentir. Nosotros dejamos, como él, la cosa en duda.

Renzo habría querido prolongar la conversación y fijar, punto por punto, lo que se debía hacer al día siguiente; pero ya era de noche y las mujeres se la desearon buena, al no parecerles conveniente que a esas horas se entretuviera allí más tiempo.

La noche fue, empero, para los tres tan buena como puede ser la que sucede a un día lleno de agitación y de desdichas, y que precede a uno destinado a una empresa importante y de éxito incierto. Renzo se presentó al clarear el día y concertó con las mujeres, o más bien con Agnese, la gran operación de la noche, proponiendo y resolviendo alternativamente dificultades, previendo contratiempos y volviendo a empezar, ora el uno, ora la otra, a describir el asunto, como quien cuenta una cosa ya hecha. Lucia escuchaba; y, sin aprobar con palabras lo que no podía aprobar en el fondo de su corazón, prometía hacerlo lo mejor que pudiera.

—¿Iréis al convento para hablar con el padre Cristoforo, como os dijo ayer por la noche? —preguntó Agnese a Renzo.

—¡Y un cuerno! —respondió él—. Bien sabéis qué diablos de ojos tiene el padre; me leería en la cara, como en un libro, que hay algo en el aire; y, si comienza a hacerme preguntas, no podría yo salir con bien. Además, debo estar aquí para ocuparme del negocio. Será mejor que mandéis vos a alguien.

—Mandaré a Menico.

—Está bien —respondió Renzo, y se marchó para ocuparse del negocio, como había dicho.

Agnese fue a una casa vecina a buscar a Menico, que era un mozalbete de unos doce años, más bien despierto y que, por vía de primos y cuñados, venía a ser medio sobrino suyo. Se lo pidió prestado a sus padres todo ese día, «para cierta diligencia», dijo. Tras conseguirlo, lo llevó a su cocina, le dio de almorzar y le dijo que fuera a Pescarenico y se presentase al padre Cristoforo, el cual lo mandaría luego, con una respuesta, cuando fuese oportuno.

—El padre Cristoforo, ¿sabes?, ese buen viejo, de barba blanca, al que llaman el santo...

—Ya sé —dijo Menico—, el que nos acaricia siempre a los niños y nos da, de vez en cuando, algunas estampas.

—Eso es, Menico. Y si te dice que esperes un poco, allí junto al convento, no te alejes; mira que no te vayas con tus compañeros al lago, a ver pescar, ni a divertirte con las redes colgadas de la pared a secar, ni a hacer tu otro jueguecito de siempre...

Hay que saber que Menico era expertísimo en hacer cabrillas; y ya se sabe que todos, grandes y pequeños, hacemos de buen grado las cosas para las que tenemos habilidad; y no digo esas solas.

—Vamos, tía; ya no soy un niño.

—Bueno, ten juicio; y cuando vuelvas con la respuesta..., mira: estas dos lindas parpallas^[20] nuevas son para ti.

—Dádmelas ahora, que es lo mismo.

—No, no; las perderías. Vete y pórtate bien, que aún tendrás más.

Durante el resto de aquella larga mañana, se vieron ciertas novedades que infundieron no pocas sospechas en el ánimo ya conturbado de las mujeres. Un mendigo, ni exhausto ni harapiento como sus iguales, y con un no sé qué de oscuro y de siniestro en el semblante, entró a pedir limosna, echando aquí y allá ciertas ojeadas de espía. Le dieron un trozo de pan, que recibió y se guardó, con una indiferencia mal disimulada. Se demoró luego, con cierta desfachatez, y, al mismo tiempo, con vacilación, haciendo muchas preguntas, a las que Agnese se apresuró a responder siempre lo contrario de lo que era. Al echar a andar, como para marcharse, fingió equivocarse de puerta, entró por la que daba a la escalera y allí echó otra ojeada apresurada, como pudo. Al gritarle desde atrás: «¡Eh! ¡Eh! ¿Adónde vais, buen hombre? ¡Por aquí! ¡Por aquí!», retrocedió y salió por la parte que le indicaban, disculpándose, con una sumisión, con una humildad afectada, que no cuadraba con los rasgos duros de aquella cara. Después de este, siguieron presentándose, de vez en cuando, otras extrañas figuras. No se podría decir fácilmente qué ralea de hombres eran, pero tampoco se podía pensar que fueran los honrados viandantes que querían aparentar. Uno entraba con el pretexto de que le mostraran el camino; otros, al pasar ante la puerta, aflojaban el paso y miraban de reojo la estancia, a través del patio, como quien quiere ver sin inspirar sospechas. Finalmente, hacia el mediodía, acabó aquella fastidiosa procesión. Agnese se levantaba de vez en cuando, atravesaba el patio, se asomaba a la puerta de la calle, miraba a derecha y a izquierda y regresaba diciendo: «Nadie», palabra que profería con placer y que Lucia con placer oía, sin que la una ni la otra supieran muy claramente el porqué. Pero en las dos restó no sé cuál inquietud, que les quitó, y a la hija principalmente, gran parte del valor que guardaban en reserva para la noche.

Conviene, no obstante, que el lector sepa algo más concreto sobre aquellos misteriosos rondadores; y, para informarlo de todo, debemos retroceder un paso y encontrar a don Rodrigo, a quien dejamos ayer, solo en una sala de su castillejo, al marcharse el padre Cristoforo.

Don Rodrigo, como hemos dicho, medía de un lado a otro, a largos pasos, aquella sala, de cuyas paredes colgaban retratos de familia de varias generaciones. Cuando daba con el rostro en una pared y se volvía, veía enfrente a un antepasado suyo, un guerrero, terror de los enemigos y de sus soldados, de mirada torva, cabellos cortos e hirsutos, bigotes lisos y en punta, que sobresalían de las mejillas, mentón oblicuo; muy erguido el héroe, con

canilleras, quijotes, coraza, brazaletes, guanteletes, todo de hierro; con la diestra en el flanco y la siniestra en el pomo de la espada. Don Rodrigo lo miraba; y, cuando había llegado bajo él y se daba la vuelta, he aquí enfrente otro antepasado, magistrado, terror de los litigantes y de los abogados, sentado en una gran silla tapizada de terciopelo rojo, envuelto en una amplia toga negra; todo negro, salvo una gorguera blanca, con un ancho pechero partido en dos y las vueltas de un forro de marta (era el distintivo de los senadores, y solo lo llevaban en invierno, razón por la cual no se encontrará jamás un retrato de senador vestido de verano); macilento, con las cejas fruncidas; tenía en la mano una instancia y parecía decir: «Ya veremos». Aquí una matrona, terror de sus doncellas; allí un abad, terror de sus monjes; gente toda, en suma, que había dado terror, y lo inspiraba aún desde los lienzos. En presencia de tales memorias, don Rodrigo se irritaba todavía más, se avergonzaba, no podía resignarse a que un fraile hubiera osado enfrentarse con él con la prosopopeya de un Natán. Elaboraba un plan de venganza, lo abandonaba, pensaba en cómo satisfacer al tiempo la pasión, y lo que él llamaba honor; y a veces (¡imagináoslo!), oyendo silbar aún en sus oídos aquel exordio de profecía, se le ponía la piel de gallina, como suele decirse, y estaba casi a punto de abandonar la idea de las dos satisfacciones. Por fin, por hacer algo, llamó a un servidor y le ordenó que lo disculpara con la compañía, diciendo que lo retenía un asunto urgente. Cuando el otro regresó para referir que aquellos caballeros se habían marchado, presentándole sus respetos, don Rodrigo, sin dejar de caminar, preguntó:

—¿Y el conde Attilio?

—Ha salido con esos caballeros, ilustrísimo señor.

—Está bien: seis personas de séquito para el paseo; al momento. La espada, la capa, el sombrero; al momento.

El servidor se marchó, respondiendo con una reverencia; y, poco después, volvió trayendo la rica espada, que el amo se ciñó; la capa, que se echó por los hombros; el sombrero de grandes plumas, que se puso y encasquetó, de un manotazo, orgullosamente, en la cabeza: señal de mar de fondo. Echó a andar y, en la puerta, encontró seis truhanes armados de punta en blanco, los cuales, abriéndole paso y tras inclinarse, fueron detrás de él. Más ceñudo, más soberbio, más enojado que de costumbre, salió y fuese paseando hacia Lecco. Los campesinos, los artesanos, al verlo llegar, se retiraban, pegándose a la pared, y desde allí se destocaban y le hacían profundas reverencias, a las que no respondía. Como inferiores, se inclinaban también aquellos a quienes estos llamaban señores, pues en los contornos no había nadie que pudiese, en mil

millas, competir con él en nombre, riqueza, influencias y en ganas de servirse de todo esto para estar por encima de los demás. Y a estos les respondía con reservada condescendencia. Aquel día no ocurrió, pero, cuando ocurría que se encontrase con el señor alcaide español, la reverencia era entonces igualmente profunda por ambas partes. La cosa era entre dos potentados que no tienen ninguna relación entre sí; mas, por conveniencia, honran cada uno el grado del otro. Para disipar un poco su malhumor, y para contraponer a la imagen del fraile, que asediaba su fantasía, imágenes del todo diversas, don Rodrigo entró, ese día, en una casa a la que solía ir mucha gente y donde fue recibido con esa cordialidad atareada y respetuosa que se reserva para los hombres que se hacen amar mucho, o temer mucho; y, caída ya la noche, regresó a su palacio. El conde Attilio había regresado también en ese momento, y sirvieron la cena, durante la cual don Rodrigo estuvo siempre preocupado y habló poco.

—Primo, ¿cuándo pagáis esa apuesta? —dijo, con un tono de malicia y de befa, el conde Attilio, en cuanto levantaron los manteles y se marcharon los servidores.

—Aún no ha pasado San Martín.

—Lo mismo da que la paguéis ahora; porque pasarán todos los santos del almanaque antes de que...

—Eso habrá que verlo.

—Primo, queréis dároslas de sagaz; pero yo lo he entendido todo y estoy tan seguro de haber ganado la apuesta que estoy dispuesto a hacer otra.

—Oigamos.

—Que el padre..., el padre..., ¡qué sé yo!, ese fraile, en resumidas cuentas, os ha convertido.

—Esa es otra de las vuestras.

—Convertido, primo; convertido, os digo. Yo, por mí, disfruto. ¿Sabéis que será un lindo espectáculo veros muy compungido, con los ojos bajos? ¡Qué gloria para ese padre! ¡Qué hinchado y engreído habrá vuelto a su casa! No son peces que se pescan todos los días, ni con todas las redes. Podéis estar seguro de que os pondrá como ejemplo; y, cuando vaya a predicar una misión un poco lejos, hablará de vuestro caso. Ya me parece oírlo. —Y aquí, hablando por la nariz, acompañando las palabras con gestos exagerados, continuó en tono de sermón—: En una parte de este mundo que, por dignos respetos, no nombro, vivía, carísimos oyentes, y vive todavía, un caballero depravado, más amigo de las hembras que de los hombres de bien, el cual, habituado a hacer de su capa un sayo, había puesto los ojos...

—Basta, basta —interrumpió don Rodrigo entre risueño y enojado—. Si queréis doblar la apuesta, también yo estoy dispuesto.

—¡Diablos! ¿Es que habéis convertido vos al fraile?

—No me habléis de él; y, en cuanto a la apuesta, san Martín decidirá.

Esto picó la curiosidad del conde; no escatimó interrogaciones, pero don Rodrigo supo eludirlas todas, remitiéndose siempre al día de la decisión, sin querer comunicar a la parte contraria designios que no estaban ni encaminados ni absolutamente fijados.

A la mañana siguiente, don Rodrigo se despertó. La aprensión que aquel «llegará un día» le había metido en el cuerpo se había desvanecido del todo con los sueños de la noche; y solo le quedaba la rabia, exacerbada incluso con la vergüenza de aquella debilidad pasajera. Las imágenes más recientes del paseo triunfal, de las reverencias, de los agasajos y las chanzas de su primo habían contribuido no poco a devolverle el viejo ánimo. En cuanto se levantó, mandó llamar al Griso. «Cosas gordas», dijo para sí el servidor a quien se dio la orden; porque el hombre que llevaba ese apodo era nada menos que el jefe de los bravos, aquel a quien se imponían las empresas más arriesgadas y más inicuas, fidelísimo al amo, hombre enteramente suyo, por gratitud y por interés. Tras haber matado a alguien, de día, en la plaza, había ido a implorar la protección de don Rodrigo; y este, vistiéndolo con su librea, lo había puesto al abrigo de toda búsqueda de la justicia. Así, comprometiéndose a cualquier delito que se le ordenase, este se había asegurado la impunidad del primero. Para don Rodrigo, la adquisición no había sido de poca importancia, ya que el Griso, a más de ser, sin parangón, el más valiente de la familia, era también una prueba de cómo su amo había podido atentar felizmente contra las leyes; de modo que su poderío resultaba acrecentado, en la realidad y en la opinión.

—Griso —dijo don Rodrigo—, en esta coyuntura se verá lo que vales. Antes de mañana, esa Lucia debe encontrarse en este palacio.

—Nunca se dirá que el Griso se ha retirado ante una orden de su ilustrísimo amo y señor.

—Coge cuantos hombres puedas necesitar, ordena y dispón como mejor te parezca, con tal de que la cosa llegue a buen fin. Pero cuida, sobre todo, de que no le hagan daño.

—Señor, un poco de susto, para que no alborote demasiado...; no se podrá prescindir de eso.

—Susto... ya entiendo... es inevitable. Pero que no le toquen un pelo; y, sobre todo, que se la respete en todo y por todo. ¿Entendido?

—Señor, no se puede arrancar una flor de la planta y traerla a vuestra señoría sin tocarla. Pero no se hará sino lo puramente necesario.

—Tú sales fiador. Y... ¿cómo harás?

—Lo estaba pensando, señor. Tenemos la fortuna de que la casa está al final del pueblo. Necesitamos un sitio para irnos a apostar: y justamente hay, a poca distancia de allí, ese caserío deshabitado y solo, en medio del campo, esa casa..., vuestra señoría no sabrá nada de estas cosas..., una casa que ardió, hace unos años, y no han tenido dinero para repararla y la han abandonado, y ahora van allá las brujas; pero no es sábado, y me río de ellas. Estos villanos, que están llenos de supersticiones, no se acercarán en ninguna noche de la semana por todo el oro del mundo; de modo que podemos ir a quedarnos allí, con la seguridad de que nadie vendrá a estropear nuestros planes.

—Está bien. ¿Y después?

Aquí el Griso propuso, y don Rodrigo discutió, hasta que de común acuerdo concertaron la manera de llevar a cabo la empresa, sin que quedaran rastro de los autores, y la manera también de orientar, con falsos indicios, las sospechas a otra parte, de imponer silencio a la pobre Agnese, de infundir a Renzo tal espanto que se le pasase el dolor y la idea de recurrir a la justicia, y hasta la voluntad de quejarse; y todas las demás bribonerías necesarias para el éxito de la bribonería principal. Nos abstenemos de referir esos conciertos porque, como el lector verá, no son necesarios para la inteligencia de la historia; y nos agrada también el no entretenerlo más tiempo oyendo parlamentar a aquellos dos enfadosos truhanes. Basta con decir que, mientras el Griso se marchaba, para poner manos a la obra, don Rodrigo lo volvió a llamar y le dijo:

—Oye: si, por azar, ese patán temerario cayese en vuestras uñas esta noche, no estaría mal que se le diera anticipadamente un buen recuerdo sobre las espaldas. Así, la orden que se le impondrá mañana de estar callado surtirá más efecto. Pero no vayáis a buscarlo, para no arruinar lo que más importa. Tú ya me entiendes.

—Déjeme a mí —respondió el Griso, inclinándose con un ademán de respeto y de jactancia; y se marchó.

La mañana se gastó en vueltas para reconocer la aldea. El falso pordiosero que se había adentrado de aquel modo en la pobre casita no era sino el Griso, el cual iba a levantar a ojo su plano; los falsos viandantes eran sus secuaces, a los que, por operar bajo sus órdenes, les bastaba con un conocimiento más

superficial del lugar. Una vez hecha la descubierta, no volvieron a mostrarse, para no inspirar demasiadas sospechas.

Vueltos todos al castillejo, el Griso rindió cuentas y fijó definitivamente el plan de la empresa; asignó papeles, dio instrucciones. Todo eso no se pudo hacer sin que el viejo servidor, que estaba con los ojos muy abiertos y las orejas aguzadas, advirtiera que se maquinaba alguna gran cosa. A fuerza de estar atento y de preguntar; mendigando media noticia por aquí, media por allá, comentando para sus adentros una palabra oscura, interpretando un paso misterioso, tanto hizo que llegó a conocer lo que se debía ejecutar aquella noche. Pero, cuando lo hubo logrado, la noche ya no estaba lejos, y una pequeña vanguardia de bravos había ido a emboscarse en el caserío derruido. El pobre viejo, aun cuando se daba buena cuenta del arriesgado juego que jugaba, y también tenía miedo de llevar el socorro de Pisa^[21], no quiso fallar, empero; salió, con la disculpa de tomar un poco el aire, y se encaminó aprisa y corriendo al convento, para dar al padre Cristoforo el aviso prometido. Poco después salieron los demás bravos, y bajaron diseminados, para no parecer un grupo; el Griso marchó tras ellos, y solo quedó allá una silla de manos que debía llevarse al caserío, entrada la noche, como en efecto se hizo. Una vez congregados en aquel lugar, el Griso envió a tres de ellos a la hostería de la aldehuela; uno, para que se pusiera en la puerta, a observar lo que ocurría en la calle y a ver cuándo todos los habitantes se habían retirado; y otros dos, que se quedaran dentro, jugando y bebiendo, como desocupados, y entretanto atendieran a espiar, si es que había algo que espiar. Él, con el grueso de la tropa, se quedó al acecho, a la espera.

El pobre viejo trotaba todavía, los tres exploradores llegaban a sus puestos y el sol caía cuando Renzo entró donde las mujeres, y dijo:

—Tonio y Gervaso me esperan fuera; voy con ellos a la hostería, a tomar un bocado; y, cuando toquen el avemaría, vendremos a recogeros. ¡Ea, Lucia, valor! Todo depende de un momento.

Lucia suspiró y replicó con una voz que desmentía la palabra:

—Valor.

Cuando Renzo y sus dos compañeros llegaron a la hostería, encontraron allí a aquel sujeto plantado de centinela, que medio obstruía el vano de la puerta, apoyado de espaldas en una jamba, con los brazos cruzados sobre el pecho; y miraba y remiraba, a derecha y a izquierda, haciendo relampaguear ora el blanco, ora el negro de dos ojos rapaces. Un gorro aplastado de terciopelo carmesí, medio torcido, le cubría la mitad del tufo, que, dividiéndose sobre una frente hosca, giraba, a un lado y otro, bajo las orejas, y

terminaba en trenzas, sujetas con una peineta sobre la nuca. Un grueso garrote colgaba de su mano; armas propiamente dichas no llevaba a la vista; pero, con solo mirarlo a la cara, hasta un niño habría pensado que tenía que llevar ocultas cuantas pudiera. Cuando Renzo, que iba delante de los otros, estaba a punto de entrar, él, sin apartarse, lo miró de hito en hito; pero el joven, atento a esquivar toda disputa, como suele cualquiera que tenga entre manos una empresa ardua, simuló no advertirlo; ni siquiera dijo «Dejad paso», y, rasando la otra jamba, pasó al sesgo, adelantando la cadera, por la abertura dejada por aquella cariátide. Sus dos compañeros tuvieron que hacer la misma evolución, si querían entrar. Ya entrados, vieron a los otros, cuya voz ya habían oído, es decir, los dos bravucones que, sentados en una esquina de la mesa, jugaban a la morra, gritando los dos a un tiempo (eso, el juego así lo exige), y escanciándose ora el uno, ora el otro, de una gran alcolla que estaba entre ellos. También estos miraron con fijeza a la nueva compañía; y en especial uno de los dos, teniendo una mano en el aire, con tres dedazos tiesos y alargados, y con la boca aún abierta, para un gran «¡Seis!» que había estallado en aquel momento, miró a Renzo de pies a cabeza; después hizo del ojo a su compañero, y luego al de la puerta, que respondió con una señal de la cabeza. Renzo, receloso e inseguro, miraba a sus dos convidados, como si quisiera buscar en su aspecto una interpretación de todos aquellos signos; pero su aspecto no indicaba sino un buen apetito. El posadero lo miraba a él a la cara, como esperando órdenes; lo llamó consigo a una estancia vecina y encargó la cena.

—¿Quiénes son esos forasteros? —le preguntó luego en voz baja, cuando el otro regresó, con un mantel ordinario bajo el brazo y una alcolla en la mano.

—No los conozco —respondió el posadero, desplegando el mantel.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera a uno?

—Bien sabéis —respondió el otro, estirando con ambas manos el mantel sobre la mesa— que la primera regla de nuestro oficio es no preguntar por asuntos ajenos; hasta tal punto que ni siquiera nuestras mujeres son curiosas. Arreglados estaríamos, con tanta gente que va y viene; esto es siempre un puerto de mar; cuando las añadas son razonables, quiero decir; pero alegrémonos, que ya volverá el buen tiempo. A nosotros nos basta con que los clientes sean hombres de bien; quiénes son o no son, después, no importa nada. Y ahora os traeré un plato de albóndigas, las mejores que habéis probado nunca.

—¿Cómo podéis saber...? —reanudaba Renzo; pero el posadero, ya encaminado hacia la cocina, siguió su marcha.

Y allí, mientras cogía la cazuela de las albóndigas antedichas, se le acercó despacito el bravucón que había mirado de hito en hito a nuestro joven, y le dijo en voz baja:

—¿Quiénes son esos tipos?

—Buena gente de aquí, del pueblo —respondió el posadero, sirviendo las albóndigas en el plato.

—Está bien. Pero ¿cómo se llaman? ¿Quiénes son? —insistió el otro, con voz un tanto grosera.

—Uno se llama Renzo —respondió el posadero, también en voz baja—, un buen muchacho, ordenado; hilandero de seda, que conoce bien su oficio. El otro es un campesino que se llama Tonio; buen camarada, alegre. ¡Lástima que no tenga mucho, pues lo gastaría todo aquí! El otro es un simplón, aunque come de buena gana, cuando lo invitan. Con permiso.

Y, con un quiebro, salió entre el hornillo y el interrogador, y fue a llevar el plato a quien lo encargaba.

—¿Cómo podéis saber —reiteró Renzo cuando lo vio reaparecer— que son hombres de bien, si no los conocéis?

—Las acciones, amigo mío; el hombre se conoce por sus acciones. Los que beben el vino sin criticarlo, pagan la cuenta sin regatear, no buscan pendencia con los otros clientes, y si tienen una cuchillada destinada a alguien van a esperarlo fuera, y lejos de la hostería, para que el pobre posadero no ande por medio, esos son hombres de bien. Pero si se puede conocer a la gente buena, como nos conocemos nosotros cuatro, es mejor. ¿Y cómo diablos os dan ganas de saber tanto cuando vais a casaros y debéis tener otras cosas en la cabeza? ¿Y con esas albóndigas delante, que harían resucitar a un muerto? —Y, diciendo esto, regresó a la cocina.

Nuestro autor, observando el diverso modo que tenía este de satisfacer las preguntas, dice que era un hombre tal que en todas sus conversaciones hacía profesión de ser muy amigo de los hombres de bien en general; pero, en la práctica, se mostraba mucho más complaciente con los que tenían reputación o semblanza de bribones. ¡Qué carácter más singular!, ¿no?

La cena no fue muy alegre. Los dos convidados habrían querido disfrutar de ella a sus anchas; pero el convidante, preocupado con lo que el lector sabe, y fastidiado, e incluso un poco inquieto por el extraño porte de aquellos desconocidos, no veía llegada la hora de irse. Se hablaba en voz baja, por su culpa; y eran frases trucas y desganas.

—¡Qué buena cosa —se le escapó de repente a Gervaso— que Renzo quiera casarse y necesite...!

Renzo lo miró ceñudo.

—¿Quieres estarte callado, animal? —le dijo Tonio, acompañando el insulto con un codazo.

La conversación se enfrió cada vez más, hasta el final. Renzo, atrasado en comer y en beber, se dedicó a escanciar a los dos testigos, con discreción, con objeto de darles un poco de brío, sin que se les subiera a la cabeza. Levantados los manteles, pagada la cuenta por el que había hecho menos gasto, tuvieron los tres que pasar nuevamente ante aquellas caras, todas las cuales se volvieron hacia Renzo, como cuando había entrado. Este, cuando hubo dado unos pasos fuera de la hostería, se volvió y advirtió que los dos que había dejado sentados en la cocina lo seguían; se detuvo entonces, con sus compañeros, como si dijera: «Veamos qué quieren de mí estos». Pero los dos, cuando vieron que los observaban, se detuvieron también, se hablaron en voz baja y retrocedieron. De haber estado Renzo tan cerca como para oír sus palabras, le habrían parecido muy extrañas.

—Pues sería un gran honor, sin contar la propina —decía uno de los malandrines—, si, al regresar al palacio, pudiéramos contar que le habíamos medido las costillas aprisa y corriendo, y nosotros solos, sin que el señor Griso estuviera aquí para arreglarlo.

—¡Y estropear el negocio principal! —respondía el otro—. Mira: se ha dado cuenta de algo; se para a mirarnos. ¡Ja, si fuera más tarde! Retrocedamos, para no infundir sospechas. Ya ves que viene gente por todas partes; dejémoslos que se metan todos en el gallinero.

En efecto, había ese hormigueo, ese zumbido que se oye en una aldea al atardecer y que, tras unos momentos, deja paso a la quietud solemne de la noche. Las mujeres venían del campo, trayendo en brazos a los niños y llevando de la mano a los chicos mayorcitos, a los que hacían rezar las devociones de la tarde; venían los hombres, con palas y azadones al hombro. Al abrirse las puertas, se veían brillar aquí y allá los fuegos encendidos para las pobres cenas; se oía en la calle intercambiarse saludos y algunas frases sobre la escasez de la cosecha y sobre la miseria de la añada; y, más que las palabras, se oían los toques medidos y sonoros de la campana, que anunciaba el final del día. Cuando Renzo vio que los dos indiscretos se habían retirado, prosiguió su camino entre las crecientes tinieblas, recordando en voz baja una cosa u otra, ora a uno de los hermanos, ora al otro. Llegaron a la casita de Lucia cuando ya era de noche.

Entre el primer pensamiento de una empresa terrible y su ejecución (dijo un bárbaro que no carecía de ingenio), el intervalo es un sueño, lleno de fantasmas y de miedos. Lucia estaba, desde hacía muchas horas, en las angustias de tal sueño; y Agnese, la propia Agnese, la autora del consejo, estaba preocupada, y a duras penas encontraba palabras para animar a su hija. Pero, en el momento de despertarse, o sea, en el momento de dar principio a la obra, el ánimo se encuentra transformado del todo. Al terror y al valor que en él porfiaban, suceden otro terror y otro valor: la empresa asoma en la mente como una nueva aparición; lo que primero espantaba más parece a veces que se ha vuelto hacedero de golpe; a veces aparece grande un obstáculo en el que apenas se había reparado; la imaginación retrocede acobardada; los miembros parecen rehusar la obediencia; y el corazón falta a las promesas que había hecho con más seguridad. Ante el quedo aldabonazo de Renzo, a Lucia la asaltó un terror tan grande que decidió, en ese momento, sufrirlo todo, estar siempre apartada de él, mejor que realizar aquella resolución; pero cuando se presentó, y dijo: «Aquí estoy, vayamos», cuando todos se mostraron dispuestos a echar a andar, sin vacilación, como cosa decidida, irrevocable, Lucia no tuvo tiempo ni fuerzas para plantear dificultades y, como arrastrada, se agarró temblando de un brazo de su madre, de un brazo de su novio, y se puso en marcha con el grupo aventurero.

Callandito, entre las tinieblas, con pasos medidos, salieron de la casita y cogieron el camino por fuera del pueblo. Lo más corto habría sido atravesarlo, pues se iba en derechura a la casa de don Abbondio; pero eligieron el otro, para no ser vistos. Por senderos, entre huertos y campos, llegaron cerca de aquella casa, y allí se separaron. Los dos novios permanecieron escondidos tras una esquina; Agnese, con ellos, pero un poco más adelante, para acudir a tiempo a detener a Perpetua y a adueñarse de ella; Tonio, con el necio de Gervaso, que no sabía hacer nada por sí solo y sin el cual no se podía hacer nada, se presentaron resueltamente en la puerta y llamaron.

—¿Quién es a estas horas? —gritó una voz desde la ventana, que se abrió en ese momento; era la voz de Perpetua—. Enfermos no hay, que yo sepa. ¿Ha ocurrido acaso alguna desgracia?

—Soy yo —respondió Tonio—, con mi hermano, que necesitamos hablar con el señor cura.

—¿Son horas de cristianos estas? —dijo bruscamente Perpetua—. ¡Vaya discreción! Volved mañana.

—Escuchad: volveré o no volveré. He cobrado algunos cuartos y venía a saldar aquella deudilla que sabéis; traía aquí veinticinco lindas berlingas^[22]

nuevas; pero, si no se puede, paciencia. Estas ya sé cómo gastarlas, y volveré cuando haya juntado otras.

—Esperad, esperad; voy y vuelvo. Pero ¿por qué venir a estas horas?

—También a mí me las han dado hace poco: y pensé, como os digo, que, si me las llevo a dormir conmigo, no sé de qué opinión seré mañana. Pero, si la hora no os gusta, no sé qué decir. Lo que es yo, aquí estoy; y, si no me queréis, me marchó.

—No, no, esperad un momento; vuelvo con la respuesta.

Diciendo esto, cerró la ventana. En este momento, Agnese se apartó de los novios y, diciéndole en voz baja a Lucia: «Valor, es un momento; es como sacarse una muela», se reunió con los dos hermanos, delante de la puerta, y se puso a charlar con Tonio, de manera que Perpetua, al venir a abrir, creyese que se habían encontrado allí por casualidad y que Tonio la había retenido un momento.

VIII

«¡Carnéades! ¿Quién era este? —rumiaba don Abbondio, sentado en su sillón, en una estancia del piso superior, con un librito abierto ante sí, cuando Perpetua entró a llevarle la embajada—. ¡Carnéades! Pues este nombre me parece haberlo oído o leído; debió de ser un sabio, un gran literato de tiempos antiguos; es un nombre de esos; pero ¿quién diablos sería?». ¡Tan lejos estaba el pobre hombre de prever la borrasca que se adensaba sobre su cabeza!

Hay que saber que don Abbondio se deleitaba en leer un poquito cada día; y un cura vecino suyo, que tenía una pequeña biblioteca, le prestaba un libro tras otro, el primero que le venía a la mano. Aquel sobre el cual meditaba en ese momento don Abbondio, convaleciente de la fiebre del espanto, e incluso más curado (en cuanto a la fiebre) de lo que quería dar a entender, era un panegírico en honor de san Carlos, pronunciado con mucho énfasis, y oído con mucha admiración en la catedral de Milán, dos años antes. En él, se comparaba al santo, por su amor al estudio, con Arquímedes, y hasta aquí don Abbondio no encontraba tropiezos, porque Arquímedes hizo cosas tan curiosas, dio tanto que hablar que, para saber algo de él, no se necesitaba una erudición muy vasta. Pero, después de Arquímedes, el orador hacía un paralelismo también con Carnéades; y el lector había encallado allí. En ese momento entró Perpetua a anunciar la visita de Tonio.

—¿A estas horas? —dijo también don Abbondio, como era natural.

—¿Qué quiere vuestra merced? No tienen discreción; pero si no lo coge al vuelo...

—Claro; si no lo cojo ahora, quién sabe cuándo lo podré coger. Hacedlo entrar... ¡Eh!, ¡eh!, ¿estáis bien segura de que es él?

—¡Diablos! —respondió Perpetua, y bajó; abrió la puerta y dijo—: ¿Dónde estáis?

Tonio se presentó; y, al mismo tiempo, se adelantó también Agnese, y saludó a Perpetua por su nombre.

—Buenas noches, Agnese —dijo Perpetua—, ¿de dónde se viene a estas horas?

—Vengo de... —Y mencionó una aldehuela próxima—. Y si supierais... —continuó—, me he entretenido más precisamente por vuestra causa.

—¿Por qué? —preguntó Perpetua; y, volviéndose hacia los dos hermanos, dijo—: Entrad, que ahora voy yo.

—Porque —respondió Agnese— una mujer de esas que no saben nada y quieren hablar..., ¿lo creeréis?, se empeñaba en decir que vos no os habéis casado con Beppe Suolavecchia, ni con Anselmo Lunghigna, porque no os han querido. Yo sostenía que fuisteis vos la que los rechazó a uno y a otro...

—Así es. ¡Oh, qué embustera! ¡Qué embusterona! ¿Y quién es esa?

—No me lo preguntéis, que no me gusta malmeter.

—Me lo diréis, me lo tenéis que decir. ¡Qué embustera!

—Basta..., no os podéis figurar cómo me disgustó no saber bien toda la historia, para dejarla corrida.

—¡Mirad si se puede inventar de este modo! —exclamó de nuevo Perpetua; y prosiguió de inmediato—: En cuanto a Beppe, todos lo saben, y han podido ver... ¡Eh, Tonio!, entornad la puerta y subid, que ya voy.

Tonio desde dentro respondió que sí, y Perpetua continuó su apasionada narración.

Frente a la puerta de don Abbondio se iniciaba, entre dos casuchas, una calleja que, acabadas estas, torcía hacia un campo. Agnese se adentró por ella, como si quisiera apartarse un poco, para hablar con más libertad; y Perpetua detrás. Cuando volvieron la esquina y estuvieron en un lugar desde el que no se podía ver ya lo que ocurría ante la casa de don Abbondio, Agnese tosió con fuerza. Era la señal: Renzo la oyó, animó a Lucia con un apretón del brazo, y ambos, de puntillas, se adelantaron, rasando el muro, callandito; llegaron a la puerta, la empujaron muy despacito; silenciosos e inclinados entraron en el zaguán, donde estaban esperándolos los dos hermanos; y los cuatro subieron la escalera, sin hacer ni siquiera el ruido de uno. Llegados al rellano, los dos hermanos se acercaron a la puerta de la estancia, que estaba al lado de la escalera; los novios se pegaron a la pared.

—*Deo gratias* —dijo Tonio, con voz clara.

—Tonio, ¿eh? Entrad —respondió la voz de dentro.

El llamado abrió la puerta, solo lo preciso para poder pasar él y su hermano, de uno en uno. La franja de luz que salió de improvisó por aquella abertura, y se dibujó sobre el pavimento oscuro del rellano, hizo sobresaltarse a Lucia, como si la hubieran descubierto. Una vez que entraron los hermanos, Tonio cerró la puerta a sus espaldas; los novios quedaron inmóviles en las

tinieblas, con las orejas aguzadas, conteniendo el resuello: el ruido más fuerte era el martilleo del pobre corazón de Lucia.

Don Abbondio estaba, como hemos dicho, en una vieja silla, arrebujaado en un viejo gabán, con una vieja papalina en la cabeza, que formaba un marco en torno a su cara, a la escasa luz de un pequeño velón. Dos tupidos mechones de pelo, que se le escapaban de la papalina, dos tupidas cejas, tupidos bigotes, una tupida perilla, todos canosos y diseminados sobre aquella cara morena y rugosa, podían asemejarse a matas cubiertas de nieve, sobresaliendo de un despeñadero al claro de luna.

—¡Ah!, ¡ah! —fue su saludo, mientras se quitaba los anteojos y los dejaba en su librito.

—Dirá el señor cura que he venido tarde —dijo Tonio, inclinándose, como también hizo, aunque más torpemente, Gervaso.

—Claro que es tarde; tarde en todos los aspectos. ¿No sabéis que estoy enfermo?

—¡Oh!, lo siento.

—Lo habréis oído decir; estoy enfermo y no sé cuándo podré dejarme ver... Pero ¿para qué os habéis traído a ese... a ese muchacho?

—Bueno, por venir acompañado, señor cura.

—Está bien. Veamos.

—Son veinticinco berlingas nuevas, de esas de san Ambrosio a caballo —dijo Tonio sacando un rollito del bolsillo.

—Veamos —replicó don Abbondio; y, cogiendo el rollito, volvió a ponerse los anteojos, lo abrió, sacó las berlingas, las contó, las volvió, las revolvió, las halló sin defecto.

—Ahora, señor cura, deme vuestra merced el collar de mi Tecla.

—Es justo —respondió don Abbondio; después fue a un armario, se sacó una llave del bolsillo y, mirando alrededor, como para mantener alejados a los espectadores, abrió una hoja de la puerta, tapó la abertura con su persona, metió la cabeza para mirar, y un brazo, para coger el collar; lo cogió y, cerrando el armario, se lo entregó a Tonio, diciendo—: ¿Está bien?

—Ahora —dijo Tonio—, dígnese vuestra merced emborronar un poco de papel.

—¡También eso! —dijo don Abbondio—: Os las sabéis todas. ¡Ay, qué desconfiado se ha vuelto el mundo! ¿No os fiais de mí?

—¿Cómo, señor cura? ¡Yo sí me fío! Vuestra merced me ofende. Pero puesto que mi nombre está en su librote, en la parte del debe..., pues, ya que una vez se molestó en escribir, así... no somos eternos...

—Bien, bien —interrumpió don Abbondio, y, rezongando, tiró de un cajón de la mesita, sacó papel, pluma y tintero, y se puso a escribir, repitiendo en voz alta las palabras, a medida que salían de su pluma.

Entretanto Tonio y, a un gesto suyo, Gervaso, se plantaron de pie ante la mesita, de manera que impedían al escribiente ver la puerta; y, como para entretenerse, restregaban el suelo con los pies, para dar la señal a los que estaban fuera de que entrasen, y para cubrir al mismo tiempo el ruido de sus pisadas. Don Abbondio, inmerso en su escritura, no se ocupaba de más. Al restregar de los cuatro pies, Renzo cogió a Lucia de un brazo, se lo apretó, para darle valor, y echó a andar, arrastrándola tras sí muy temblorosa, pues por sí sola no habría podido venir. Entraron despacito, de puntillas, conteniendo la respiración, y se escondieron tras los dos hermanos. Mientras tanto, don Abbondio, tras acabar de escribir, releyó atentamente, sin alzar los ojos del papel; lo dobló en cuatro, diciendo: «Y ahora, ¿estáis contento?», y, quitándose con una mano los anteojos de la nariz, se lo tendió con la otra a Tonio, alzando el rostro. Tonio, alargando la mano para coger el papel, se retiró a un lado; Gervaso, a un gesto suyo, al otro; y en el centro, como al abrirse un telón, aparecieron Renzo y Lucia. Don Abbondio los vio confusamente, después los vio con claridad, se asustó, se asombró, se enfureció, pensó, tomó una resolución, todo ello en el tiempo que Renzo tardó en proferir las palabras:

—Señor cura, en presencia de estos testigos, esta es mi mujer.

Sus labios aún no habían vuelto a su sitio cuando don Abbondio, dejando caer el papel, había ya agarrado y alzado, a zurdas, el velón, atrapado, con la diestra, el tapete de la mesita, y tirado de él hacia sí, con fuerza, arrojando al suelo libro, papel, tintero y salvadera; y, saltando entre el sillón y la mesita, se había acercado a Lucia. La pobrecilla, con su voz suave, y entonces muy temblorosa, apenas pudo proferir: «Y este...», cuando ya don Abbondio le había lanzado groseramente el tapete sobre la cabeza y sobre el rostro, para impedirle pronunciar la fórmula completa. Y enseguida, dejando caer el velón que tenía en la otra mano, se ayudó también de esta para embozarla con el tapete, que casi la ahoga; y entretanto gritaba hasta desgañitarse:

—¡Perpetua! ¡Perpetua! ¡Traición! ¡Socorro!

El pábilo, que moría sobre el pavimento, lanzaba una luz lánguida y saltarina sobre Lucia, la cual, del todo desfallecida, ni siquiera intentaba desenvolverse, y podía parecer una estatua esbozada en arcilla, sobre la cual el artífice ha echado un paño húmedo. Al apagarse del todo la luz, don Abbondio soltó a la pobrecilla, y fue buscando a tientas la puerta que daba a

una estancia interior; la encontró, entró en ella, se encerró dentro, sin dejar de gritar:

—¡Perpetua! ¡Traición! ¡Socorro! ¡Fuera de esta casa! ¡Fuera de esta casa!

En la otra estancia, todo era confusión: Renzo, tratando de detener al cura y remando con las manos como si jugase a la gallina ciega, había llegado a la puerta y la golpeaba, gritando:

—¡Abra, abra! ¡No alborote!

Lucia llamaba a Renzo, con voz feble, y decía, suplicando:

—¡Vámonos, vámonos, por amor de Dios!

Tonio, a gatas, estaba barriendo con las manos el pavimento, para ver de hallar su recibo. Gervaso, endemoniado, gritaba y brincaba, buscando la puerta de la escalera, para ponerse a salvo.

En medio de esta batahola, no podemos dejar de detenernos un momento para hacer una reflexión. Renzo, que alborotaba de noche en casa ajena, que se había introducido en ella a hurtadillas y tenía al propio dueño asediado en una estancia, tiene todas las apariencias de un opresor; y, sin embargo, a fin de cuentas, era el oprimido. Don Abbondio, sorprendido, puesto en fuga, espantado, mientras atendía tranquilamente sus asuntos, parecería la víctima; y, sin embargo, en realidad, era él quien cometía un abuso. Así suele marchar el mundo... quiero decir, así marchaba en el siglo XVII.

El sitiado, viendo que el enemigo no daba señales de retirarse, abrió una ventana que miraba a la plaza de la iglesia, y se puso a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Había el más hermoso claro de luna; la sombra de la iglesia, y algo más lejos la sombra larga y aguda del campanario, se extendía oscura y destacada sobre la superficie herbosa y brillante de la plaza; podía distinguirse cada objeto, casi como de día. Pero, hasta donde abarcaba la vista, no aparecía indicio de alma viviente. Sin embargo, contiguo al muro lateral de la iglesia, y precisamente del lado que daba a la casa parroquial, había un pequeño chiribitil, un tabuco, donde dormía el sacristán. Este se sobresaltó con aquellos desordenados gritos, dio un salto, bajó de la cama a toda prisa, abrió el postigo de un ventanuco, sacó la cabeza, con las pestañas aún pegadas, y dijo:

—¿Qué pasa?

—¡Corred, Ambrogio! ¡Socorro! ¡Hay gente en la casa! —gritó hacia él don Abbondio.

—¡Voy ahora mismo! —respondió el otro.

Retiró la cabeza, cerró su postigo y, aun cuando medio entre sueños, y más que medio aterrado, encontró de sopetón un recurso para dar más ayuda de la que se le pedía, sin meterse en el alboroto, fuera cual fuese. Echa mano a los calzones, que tenía sobre la cama; se los mete bajo el brazo, como un sombrero de gala, y se lanza a saltos por una escalerita de madera; corre al campanario, aferra la cuerda de la mayor de dos campanitas que había y toca a rebato.

Tan, tan, tan, tan; los campesinos se sientan en la cama; los jóvenes tumbados en el henil aguzan el oído, se ponen en pie.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡Tocan a rebato! ¿Fuego? ¿Ladrones? ¿Bandidos?

Muchas mujeres aconsejan, ruegan a sus maridos que no se muevan, que dejen correr a los otros; algunos se levantan y van a la ventana; los cobardes, como si se rindieran a las súplicas, vuelven bajo las mantas; los más curiosos y más valientes bajan a coger las horquillas y las escopetas, para correr hacia el ruido; otros se quedan mirando.

Pero antes de que aquellos estuvieran en orden, antes aún de que estuvieran bien despiertos, el ruido había llegado a oídos de otras personas que velaban, no muy lejos, en pie y vestidas: los bravos en un lugar, Agnese y Perpetua en otro. Diremos primero brevemente lo que hicieron aquellos, desde el momento en que los dejamos, parte en el caserío y parte en la hostería. Estos tres, cuando vieron todas las puertas cerradas y la calle desierta, salieron deprisa, como si se hubieran dado cuenta de que se les había hecho tarde; y, diciendo que se marchaban al instante a casa, dieron una vuelta por la aldea, para enterarse de si todos se habían retirado; y, en efecto, no encontraron ni un alma, ni oyeron el menor bullicio. Pasaron también, despacito, ante nuestra pobre casita: la más callada de todas, ya que no había nadie. Fueron entonces derechos al caserío e hicieron su relato al señor Griso. De inmediato, este se puso en la cabeza un gran sombrero, sobre los hombros una esclavina de tela encerada, sembrada de conchas; cogió un bordón de peregrino y dijo:

—Ea, vamos: calladitos y atentos a las órdenes. —Y echó a andar el primero, con los otros detrás.

En un momento llegaron a la casita, por el camino opuesto a aquel por el que se había alejado nuestro grupito, en marcha también a su expedición. El Griso detuvo a la tropa a unos pasos y se adelantó él solo a explorar; en vista de que todo estaba desierto y tranquilo por fuera, mandó adelantarse a dos de aquellos malvados, les ordenó que escalaran despacito el muro que cerraba el

patio y que, dejándose caer dentro, se escondieran en un rincón, tras una tupida higuera, a la que él le había echado el ojo por la mañana. Hecho esto, llamó suavemente, con intención de presentarse como un peregrino extraviado, que pedía hospedaje hasta el día siguiente. Nadie responde; llama un poco más fuerte; nadie chista. Entonces va a buscar a un tercer malandrín, lo manda bajar al patio, como a los otros dos, con la orden de desclavar despacio el pestillo, para tener libre la entrada y la retirada. Todo se realiza con gran cautela y con próspero éxito. Va a buscar a los otros, los hace entrar con él, los manda esconderse junto a los primeros; entorna despacito la puerta de la calle, apostea dos centinelas por dentro y va en derechura hacia la puerta de la planta baja. Llama también allí, y espera: ya podía esperar... Abre muy despacio también esa puerta; nadie dice desde dentro: ¿quién va?; no se oye a nadie: mejor no puede ir. Adelante, pues: chist; llama a los dos de la higuera, entra con ellos en la habitación de la planta baja, donde, por la mañana, había mendigado pérfidamente aquel trozo de pan. Saca yesca, pedernal, eslabón y mecha, enciende un farolito, entra en otra habitación interior, para asegurarse de que no hay nadie; nadie hay. Vuelve atrás, va a la puerta de la escalera, mira, aguza las orejas: soledad y silencio. Deja otros dos centinelas en la planta baja, manda ir tras él al Grignapoco, que era un bravo de la comarca de Bérgamo, el único que debía amenazar, acallar, mandar, en suma, ser el declamador, con el fin de que su habla pudiera hacer creer a Agnese que la expedición venía de aquellas partes. Con este al lado, y los otros detrás, el Griso sube despacio, despacito, blasfemando en su interior a cada peldaño que cruje, a cada paso de aquellos belitres que hace ruido. Finalmente, está en lo alto. Aquí yace la liebre. Empuja blandamente la puerta que da a la primera estancia; la puerta cede, se abre una rendija; pasea la mirada: está oscuro; pega el oído, para sentir si alguien ronca, resuella, bulle allí dentro; nada. Adelante, pues: se pone el farol ante la cara para ver sin ser visto, abre de par en par la puerta, ve una cama; a ella: la cama está hecha y lisa, con el embozo vuelto y acomodado en la cabecera. Se encoge de hombros, se vuelve a sus compañeros, les indica que va a mirar en la otra estancia y que vayan tras él despacito; entra, hace las mismas ceremonias, encuentra lo mismo.

—¿Qué diantres es esto? —dice entonces—. ¿Algún perro traidor habrá hecho de espía?

Todos se dedican, con menos cautela, a mirar, a tantear todos los rincones, ponen la casa patas arriba. Mientras estos andan en tal asunto, los dos que montan guardia en la puerta de la calle oyen un ruido de pasitos apresurados, que se acercan deprisa; se imaginan que, sea quien sea, pasará de largo; están

inmóviles y, de todos modos, se ponen alerta. Y, en efecto, los pasos se detienen justamente en la puerta. Era Menico, que llegaba a la carrera, enviado por el padre Cristoforo a avisar a las dos mujeres de que, por amor del cielo, escaparan al instante de la casa y se refugiaran en el convento, porque..., el porqué ya lo sabéis. Coge el picaporte del pestillo para llamar, y lo nota oscilar en su mano, desclavado y suelto. «¿Qué es esto?», piensa; y empuja la puerta con miedo; esta se abre. Menico mete un pie dentro, con gran desconfianza, y se siente de pronto agarrado por los brazos, y dos voces quedas, a derecha e izquierda, que dicen, con tono amenazador:

—¡Calla!, o date por muerto.

Él, en cambio, lanza un grito; uno de los malandrines le pone una mano en la boca; otro saca un gran cuchillo para meterle miedo. El chiquillo tiembla como una hoja, y ni siquiera intenta gritar; mas, de repente, en lugar de él, y con tono muy distinto, se deja oír el primer toque de campana, y tras él una tormenta de tañidos en fila. Quien está en falta desconfía, dice un proverbio milanés; a uno y a otro truhanes les pareció oír en aquellos toques su nombre, apellido y apodo: sueltan los brazos de Menico, retiran los suyos aprisa, abren la mano y la boca, se miran a la cara y corren a la casa, donde estaba el grueso de la compañía. Menico puso pies en polvorosa por las calles, hacia el campanario, donde con seguridad alguien debía haber. A los otros truhanes que registraban la casa, de arriba a abajo, el terrible toque les hizo la misma impresión: se confunden, se trastornan, chocan entre sí; cada uno busca el camino más corto para llegar a la puerta. Y no obstante era toda gente experimentada y avezada a mostrar la cara; pero no pudieron estar firmes ante un peligro indefinido, y que no se había dejado ver un poco más lejos, antes de echárseles encima. Fue precisa toda la superioridad del Griso para mantenerlos unidos, de modo que fuese retirada y no fuga. Como el perro que escolta una piara de cerdos, y corre ora aquí, ora allí hacia los que se desbandan, muerde a uno en una oreja y lo devuelve a las filas, empuja a otro con el hocico, ladra a otro más que se descarría en ese momento, así el peregrino atrapa a uno que ya llegaba al umbral y lo arrastra hacia dentro, rechaza con el bordón a uno y otro que se encaminaban hacia allí; grita a los demás, que corren de un lado a otro, sin saber adónde; hasta que los reunió a todos en medio del patio.

—¡Rápido, rápido! Pistolas en mano, cuchillos preparados, todos juntos; y después nos marcharemos; así se hace. ¿Quién queréis que nos toque, si estamos juntos, bobalicones? Pero, si nos dejamos agarrar uno por uno, hasta los villanos nos darán. ¡Qué vergüenza! Detrás de mí, y unidos.

Tras esta breve arenga, se puso al frente y salió el primero. La casa, como hemos dicho, estaba al final del pueblo; el Griso cogió el camino que salía de él, y todos fueron detrás en perfecto orden.

Dejémoslos marchar y retrocedamos un paso para unirnos a Agnese y Perpetua, a las que hemos dejado en cierta calleja. Agnese había procurado alejar a la otra de la casa de don Abbondio, en la medida de lo posible; y la cosa había salido bien, hasta cierto punto. Pero, de repente, la criada se había acordado de la puerta, que quedaba abierta, y había querido retroceder. No había nada que hacer: Agnese, para no infundir sospechas, había tenido que regresar con ella, yéndole detrás y tratando no obstante de entretenerla, cada vez que la veía muy acalorada con el relato de aquellas bodas que se habían ido al traste. Aparentaba hacerle mucho caso y, de vez en cuando, para mostrar que estaba atenta, o para reanimar el charloteo, decía:

—Claro, ahora lo entiendo; está muy bien, la cosa es clara. ¿Y después?, ¿y él?, ¿y vos?

Pero mientras tanto mantenía otra conversación consigo misma. «¿Habrán salido a estas horas? ¿O estarán aún dentro? ¡Qué bobos hemos sido los tres al no concertar alguna señal, para avisarme cuando se hubiera logrado la cosa! ¡Buena la hemos hecho! Pero ya está; ahora lo único que queda es tener a esta a raya, lo mejor que pueda; en el peor de los casos, será un poco de tiempo perdido». Así, entre carreritas y paraditas, habían vuelto a poca distancia de la casa de don Abbondio, aunque no la veían, a causa de la esquina; y Perpetua, encontrándose en un punto importante del relato, se había dejado parar sin ofrecer resistencia, e incluso sin darse cuenta. Pero, de repente, se oyó llegar retumbando desde lo alto, en el vacío inmoto del aire, por el amplio silencio de la noche, aquel primer desquiciado grito de don Abbondio:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Válgame Dios! ¿Qué ha ocurrido? —exclamó Perpetua, y quiso echar a correr.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —dijo Agnese, sujetándola por la falda.

—¡Válgame Dios! ¿No habéis oído? —replicó la otra, soltándose.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —repitió Agnese, agarrándola de un brazo.

—¡Diablo de mujer! —exclamó Perpetua, rechazándola, para liberarse; y echó una carrera.

Entonces, más remoto, más agudo, más instantáneo, se oye el chillido de Menico.

—¡Válgame Dios! —grita también Agnese; y al galope, detrás de la otra.

Casi no habían alzado los talones cuando tocó la campana un tañido, y dos, y tres, y así sucesivamente; habrían sido espuelas, si ellas las hubieran necesitado. Perpetua llega un momento antes que la otra; mientras quiere empujar la puerta, la puerta se abre de par en par desde dentro, y en el umbral aparecen Tonio, Gervaso, Renzo, Lucia, que, encontrada la escalera, habían bajado a saltos; y, al oír luego aquel terrible campaneó, corrían a toda prisa, a ponerse a salvo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —preguntó Perpetua jadeante a los hermanos, que le respondieron con un empujón y se escabulleron—. ¿Y vosotros? ¿Cómo? ¿Qué hacéis aquí vosotros? —preguntó después a la otra pareja, cuando la hubo reconocido.

Pero también ellos salieron sin responder. Perpetua, por acudir a donde mayor era la necesidad, no preguntó más, entró deprisa en el zaguán y corrió, como podía en la oscuridad, hacia la escalera.

Los dos novios, que se habían quedado como tales, se encontraron frente a Agnese, que llegaba ansiosa.

—Ah, ¡estáis aquí! —dijo esta, pronunciando a duras penas las palabras—: ¿Cómo ha ido? ¿Qué es esa campana? Me parece haber oído...

—A casa, a casa —decía Renzo—, antes de que llegue gente.

Y echaron a andar, cuando llega Menico a la carrera, los reconoce, los detiene y, todavía tembloroso, con voz medio floja, dice:

—¿Dónde vais? ¡Atrás, atrás! ¡Por aquí, al convento!

—¿Eres tú quien...? —comenzaba Agnese.

—¿Qué más ocurre? —preguntaba Renzo.

Lucia, desfallecida, callaba y temblaba.

—Está el diablo en la casa —reanudó Menico, jadeante—. Los he visto yo: me han querido matar; lo ha dicho el padre Cristoforo; y también ha dicho que vos, Renzo, vayáis enseguida; y además los he visto yo: ¡por suerte os encuentro a todos! Luego os contaré, cuando estemos lejos.

Renzo, que era el más sereno de todos, pensó que, por aquí o por allí, convenía marcharse enseguida, antes de que la gente acudiese; y que lo más seguro era hacer lo que Menico aconsejaba, e incluso mandaba, con la fuerza de alguien asustado. Por el camino, luego, y fuera de peligro, se podría pedir al muchacho una explicación más clara.

—Camina delante —le dijo, y a las mujeres—: Vayamos con él.

Dieron media vuelta, se encaminaron deprisa hacia la iglesia, atravesaron la plaza, donde, gracias al cielo, aún no había un alma; entraron por un

sendero que había entre la iglesia y la casa de don Abbondio; al primer hueco que vieron en un seto se metieron por él, y siguieron por los campos.

Quizá aún no se habían alejado ni cincuenta pasos cuando la gente comenzó a acudir a la plaza, y se engrosaba por momentos. Se miraban a la cara unos a otros: cada uno tenía una pregunta que hacer, nadie una respuesta que dar. Los primeros en llegar corrieron a la puerta de la iglesia; estaba atrancada. Corrieron al campanario contiguo; y uno de ellos, pegando la boca a un ventanuco, una especie de tronera, lanzó al interior un «¿Qué diablos pasa?». Cuando Ambrogio oyó una voz conocida, soltó la cuerda; y, asegurado por el murmullo que había acudido mucha gente, respondió:

—Bajo a abrir.

Se puso de prisa la prenda que había llevado bajo el brazo, y fue, por la parte de dentro, a la puerta de la iglesia y la abrió.

—¿Qué es todo este alboroto?

—¿Qué ocurre?

—¿Dónde está?

—¿Quién es?

—¿Cómo que quién es? —dijo Ambrogio, sujetando con una mano una hoja de la puerta, y, con la otra, el borde de la tal prenda, que se había puesto con tanta prisa—. ¿Cómo? ¿No lo sabéis? Gente en casa del señor cura. ¡Ánimo, muchachos, a ellos!

Se vuelven todos hacia la casa, se aproximan a ella en tropel, miran hacia arriba, son todo oídos: calma total. Otros corren hacia el sitio donde estaba la puerta: está cerrada y no parece que la hayan tocado. Miran hacia arriba también ellos: no hay ninguna ventana abierta; no rechista nadie.

—¿Quién hay ahí dentro?

—¡Eh, eh!

—¡Señor cura!

—¡Señor cura!

Don Abbondio, el cual, apenas advirtió la huida de los invasores, se había retirado de la ventana y la había cerrado, y que en ese momento estaba riñendo en voz baja con Perpetua, que lo había dejado solo en aquel embrollo, tuvo que acudir de nuevo a la ventana, cuando se oyó llamar a voces por la gente; y, al ver aquel gran auxilio, se arrepintió de haberlo pedido.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué le han hecho?

—¿Quiénes son ellos?

—¿Dónde están? —le gritaban cincuenta voces a la vez.

—Ya no hay nadie; os lo agradezco, pero volved a casa.

—Pero ¿quién ha sido?

—¿Dónde se han ido?

—¿Qué ha sucedido?

—Mala gente, gente que ronda de noche; pero han escapado; volved a casa; ya no pasa nada; otra vez, hijos míos, os agradezco vuestro buen corazón.

Y, dicho esto, se retiró y cerró la ventana. Entonces unos empezaron a rezongar, otros a burlarse, otros a jurar; otros se encogían de hombros y se marchaban; en esto llega uno jadeante, que a duras penas articulaba palabra. Este vivía casi enfrente de nuestras mujeres y, al asomarse a la ventana al oír ruido, había visto en el patio aquel desbarajuste de los bravos, cuando el Griso se afanaba por reunirlos. Cuando recobró el resuello, gritó:

—¿Qué hacéis aquí, muchachos? El diablo no está aquí; está allá abajo, al final de la calle, en casa de Agnese Mondella: gente armada; están dentro; parece que quieren matar a un peregrino; ¡quién sabe qué diablos pasa!

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué?

Y comienza una consulta tumultuosa.

—Hay que ir.

—Hay que ver.

—¿Cuántos son?

—¿Cuántos somos?

—¿Quiénes son?

—¡El cónsul! ¡El cónsul!^[23]

—Estoy aquí —responde el cónsul, en medio de la multitud—, estoy aquí; pero es menester ayudarme, es menester obedecer. Pronto, ¿dónde está el sacristán? A la campana, a la campana. Pronto: alguien que corra a Lecco, a buscar ayuda. Venid todos aquí...

Unos acuden, otros se deslizan entre los hombres y toman las de Villadiego; el tumulto era grande cuando llega otro, que los había visto partir a toda prisa, y grita:

—¡Corred, muchachos! ladrones, o bandidos, que escapan con un peregrino; ya están fuera del pueblo: ¡a ellos, a ellos!

Ante este aviso, sin esperar las órdenes del capitán, echan a andar en masa, en tropel calle arriba; a medida que el ejército avanza, alguno de los de la vanguardia afloja el paso, se deja adelantar y se mete en el cuerpo de

batalla; los últimos empujan hacia delante; el confuso enjambre llega finalmente al sitio indicado. Las huellas de la invasión eran recientes y manifiestas: la puerta de par en par, la cerradura desclavada; pero los invasores habían desaparecido. Se entra en el patio, se va a la puerta de la planta baja: abierta y desclavada también; se llama:

—¡Agnese! ¡Lucia! ¡El peregrino! ¿Dónde está el peregrino? ¡Habrá soñado Stefano con el peregrino!

—¡Agnese! ¡Lucia!

Nadie responde.

—¡Se las han llevado!

—¡Se las han llevado!

Hubo entonces quienes, alzando la voz, propusieron perseguir a los raptos: era una infamia, y sería una vergüenza para el pueblo que cualquier bribón pudiera venir a mansalva y llevarse a las mujeres, como el milano los polluelos en una era desierta. Nueva consulta y más tumultuosa; pero uno (y nunca se supo bien quién había sido) lanzó entre el grupo un rumor: que Agnese y Lucia se habían puesto a salvo en una casa. El rumor corrió rápidamente, adquirió crédito; ya no se habló de dar caza a los fugitivos, y el grupo se diseminó, yéndose cada uno a su casa. Había un cuchicheo, un estrépito, un llamar a puertas y un abrirse estas, un aparecer y desaparecer de faroles, un interrogar de mujeres desde las ventanas, un responder desde la calle. Al tornarse esta desierta y silenciosa, las conversaciones continuaron en las casas, y murieron entre bostezos, para comenzar de nuevo por la mañana. Pero, en cuanto a hechos, no hubo otros; sino que, esa misma mañana, estando el cónsul en su campo, con la barbilla en una mano, y el codo apoyado en el mango de la pala semihundida en el terreno, y con un pie sobre el estribo; estando, digo, especulando para sí sobre los misterios de la noche pasada y sobre la razón compuesta de lo que le tocaba hacer, y de lo que le convenía hacer, vio venir a su encuentro dos hombres de bastante gallarda presencia, melenudos como dos reyes francos de la primera estirpe, y semejantísimos en lo demás a los dos que cinco días antes se habían encarado con don Abbondio, si es que no eran los mismos. Estos, con ademanes aún menos ceremoniosos, intimaron al cónsul que se guardase muy mucho de hacer deposición al podestá de lo acaecido, de responder con la verdad, caso de que fuese interrogado, de charlar, de fomentar las hablillas de los villanos, si es que acariciaba la esperanza de morir de enfermedad.

Nuestros fugitivos caminaron un rato a buena marcha, en silencio, volviéndose, ora uno, ora otro, a mirar si alguien los perseguía, todos

angustiados por el cansancio de la fuga, por la zozobra y la incertidumbre en que habían estado, por el dolor del mal éxito, por la confusa aprensión del nuevo y oscuro peligro. Y aún más angustiados los tenía el acoso continuo de aquellos tañidos, los cuales, aun cuando, al alejarse, llegaban más débiles y opacos, tanto más parecían adquirir un no sé qué de más lúgubre y siniestro. Finalmente cesaron. Los fugitivos, entonces, encontrándose en un campo deshabitado y no oyendo un soplo a su alrededor, aflojaron el paso; y Agnese fue la primera que, recobrado el resuello, rompió el silencio, preguntándole a Renzo cómo había ido la cosa, preguntándole a Menico qué era aquel diablo en la casa. Renzo contó brevemente su triste historia; y los tres se volvieron al chiquillo, el cual refirió más expresamente el aviso del padre, y contó lo que él mismo había visto y el peligro corrido, que por desgracia confirmaba el aviso. Los oyentes comprendieron más de lo que Menico había sabido decir; ante ese descubrimiento, sintieron un escalofrío; se detuvieron los tres de golpe, se miraron a la cara unos y otros, espantados; y de inmediato, con un movimiento unánime, los tres pusieron una mano, ya sobre la cabeza, ya sobre los hombros del muchacho, como para acariciarlo, para agradecerle tácitamente que hubiese sido para ellos un ángel tutelar, para demostrarle la compasión que sentían por la angustia que había sufrido y por el peligro corrido por su salvación; y casi como pidiéndole disculpas.

—Ahora vuelve a casa, para que los tuyos no penen más por ti —le dijo Agnese; y, acordándose de las dos parpallas prometidas, se sacó cuatro del bolsillo y se las dio, agregando—: Está bien; reza al Señor para que nos volvamos a ver pronto; y entonces...

Renzo le dio una berlinga nueva y le recomendó mucho que no dijera nada del encargo recibido del fraile; Lucia lo acarició de nuevo, lo despidió con voz acongojada; el muchacho se despidió de todos, enternecido, y volvió atrás. Los otros reanudaron su camino, muy pensativos; las mujeres delante, y Renzo detrás, como de escolta. Lucia se agarraba al brazo de su madre, y eludía suavemente, y con destreza, la ayuda que el joven le ofrecía en los parajes penosos de aquel viaje fuera de los caminos; avergonzada para sí, incluso en medio de su turbación, de haber estado ya tanto sola con él, y tan familiarmente, cuando esperaba convertirse en su mujer a los pocos instantes. Ahora, desvanecido tan dolorosamente aquel sueño, se arrepentía de haberse excedido demasiado, y, entre tantas razones de temblar, temblaba también por obra de ese pudor que no nace de la triste ciencia del mal, de ese pudor que se ignora a sí mismo, semejante al miedo del niño, que tiembla en las tinieblas sin saber por qué.

—¿Y la casa? —dijo de pronto Agnese.

Pero, aunque la pregunta era importante, nadie respondió, porque nadie podía darle una respuesta satisfactoria. Continuaron en silencio su camino y, poco después, desembocaron por fin en la plazuela, ante la iglesia del convento.

Renzo se asomó a la puerta y la empujó despacito. La puerta se abrió, en efecto; y la luna, entrando por la rendija, iluminó la cara pálida y la barba de plata del padre Cristoforo, que allí estaba en pie, a la expectativa. En vista de que no faltaba nadie dijo:

—¡Bendito sea Dios! —Y les indicó que entrasen.

A su lado estaba otro capuchino: era el lego sacristán, a quien, con súplicas y razones, había convencido para velar con él y dejar entornada la puerta, quedándose de centinela para acoger a los pobres amenazados; y se requería la autoridad del padre, y su fama de santo, para obtener del lego una condescendencia incómoda, peligrosa e irregular. Una vez entrados, el padre Cristoforo cerró la puerta con gran suavidad. Entonces el sacristán ya no pudo contenerse y, llamando aparte al padre, le susurraba al oído:

—Pero, padre, ¡padre! De noche... en la iglesia... con mujeres... cerrar... la regla... pero ¡padre! —Y meneaba la cabeza.

Mientras decía dificultosamente estas palabras, el padre Cristoforo pensaba: «¡Lo que son las cosas! Si fuese un mesnadero perseguido, fray Fazio no opondría la menor dificultad; y a una pobre inocente que escapa de las garras del lobo...».

—*Omnia munda mundis*^[24] —dijo luego, volviéndose de golpe hacia fray Fazio y olvidando que este no entendía latín.

Pero fue justamente tal olvido lo que surtió efecto. Si el padre se hubiera puesto a discutir con razones, a fray Fazio no le habrían faltado otras razones que oponer; y sabe Dios cuándo y cómo habría acabado la cosa. Pero, al oír aquellas palabras preñadas de misterioso sentido y proferidas tan resueltamente, le pareció que en ellas debía de contenerse la solución de todas sus dudas. Se tranquilizó y dijo:

—¡Está bien! Vuestra merced sabe más que yo.

—Confiad en ello —respondió el padre Cristoforo; y, al incierto claror de la lámpara que ardía ante el altar, se acercó a los refugiados, los cuales estaban en suspenso esperando, y les dijo—: ¡Hijos míos! Dad gracias al Señor, que os ha librado de un gran peligro. ¡Quizá en este momento...!

Y aquí se puso a explicar lo que había mandado insinuar al pequeño mensajero, ya que no sospechaba que ellos supieran más que él, y suponía que

Menico los había encontrado tranquilos en la casa, antes de que llegasen los malandrines. Nadie lo desengañó, ni siquiera Lucia, aunque esta sentía un secreto remordimiento por tal disimulo, con semejante hombre; pero era una noche de embrollos y subterfugios.

—Después de esto —continuó él—, ya veis, hijos míos, que ahora esta tierra no es segura para vosotros; en ella habéis nacido, no habéis hecho mal a nadie, pero así lo quiere Dios. Es una prueba, hijos míos; soportadla con paciencia, con confianza, sin odio, y podéis estar seguros de que llegará un día en que os alegraréis de lo que ahora está pasando. Yo he pensado en encontraros un refugio para estos primeros momentos. Pronto, espero, podréis regresar con seguridad a vuestra casa; de todos modos, Dios proveerá, en provecho vuestro; y yo ciertamente me las ingeniaré para no faltar a la gracia que Él me concede, eligiéndome como su ministro, al servicio de sus queridos pobres atribulados. Vosotras —continuó volviéndose hacia las dos mujeres— podréis deteneros en ***. Allí estaréis bastante a salvo de todo peligro y, al mismo tiempo, no demasiado lejos de vuestra casa. Buscad nuestro convento, haced que llamen al padre guardián, dadle esta carta; será para vosotras otro fray Cristoforo. Y también tú, Renzo mío, también tú debes ponerte por ahora a salvo de la rabia de los otros y de la tuya. Lleva esta carta al padre Bonaventura de Lodi, en nuestro convento de la Puerta Oriental de Milán. Él te servirá de padre, te guiará, te encontrará trabajo, hasta que puedas regresar a vivir aquí tranquilamente. Id a la orilla del lago, junto a la desembocadura del Bione. (Es un torrente a unos pasos de Pescarenico). Allí veréis un bote parado; diréis: «Barca»; os preguntarán para quién; responderéis: «San Francisco». La barca os acogerá, os trasladará a la otra orilla, donde encontraréis una carreta que os conducirá justamente hasta ***.

Quien preguntara cómo fray Cristoforo tenía tan de inmediato a su disposición aquellos medios de transporte, por agua y por tierra, mostraría no conocer cuál era el poder de un capuchino tenido en concepto de santo.

Quedaba pensar en la custodia de las casas. El padre recibió las llaves, encargándose de entregarlas a quienes Renzo y Agnese le indicaron. Esta última, sacándose del bolsillo la suya, lanzó un gran suspiro, pensando que, en ese momento, la casa estaba abierta, que había pasado por allí el diablo ¡y que quién sabe qué quedaba por custodiar!

—Antes de que partáis —dijo el padre—, recemos todos juntos al Señor, para que esté con vosotros en este viaje y siempre; y sobre todo os dé fuerzas, os dé amor para querer lo que Él ha querido.

Diciendo esto, se arrodilló en el medio de la iglesia; y todos hicieron lo mismo. Tras haber rezado unos instantes en silencio, el padre, con voz queda, pero clara, articuló estas palabras:

—Os rogamos también por ese pobrecillo que nos ha conducido a este paso. Seríamos indignos de Vuestra misericordia, si no os la pidiéramos de corazón para él. ¡La necesita tanto! Nosotros, en nuestra tribulación, tenemos un consuelo, el de estar en el camino en que Vos nos habéis puesto; podemos ofrecer nuestras desdichas, y se convierten en ganancia. Pero ¡él...! Es enemigo Vuestro. ¡Oh, desdichado!, ¡compite con Vos! Tened piedad de él, oh Señor, tocadle el corazón, volvedlo vuestro amigo, concededle todos los bienes que podemos desear para nosotros mismos. —Alzándose después, como con prisa, dijo—: Vamos, hijos míos, no hay tiempo que perder; Dios os guarde, su ángel os acompañe. Marchaos. —Y mientras echaban a andar, con esa emoción que no encuentra palabras y que se manifiesta sin ellas, el padre añadió, con voz alterada—: El corazón me dice que pronto nos volveremos a ver.

Cierto que el corazón, a quien le da crédito, siempre tiene algo que decir sobre lo que ocurrirá. Mas ¿qué sabe el corazón? Apenas un poco de lo que ya ha acaecido.

Sin esperar respuesta, fray Cristoforo se dirigió hacia la sacristía; los viajeros salieron de la iglesia; y fray Fazio cerró la puerta, diciéndoles adiós, con voz alterada también él. Los otros se encaminaron callandito a la orilla que se les había indicado; vieron el bote preparado, y, dado y trocado el santo y seña, entraron en él. El barquero, apoyando un remo en la orilla, se apartó de ella; agarrando luego el otro remo y bogando con los dos brazos, se internó en el lago, hacia la playa opuesta. No corría un soplo de viento; el lago yacía liso y llano, y habría parecido inmóvil de no ser por el tremolar y ondear ligero de la luna, que se reflejaba en él desde el centro del cielo. Se oían solo las olas muertas y lentas romperse sobre la grava de la orilla, el gorgoteo más lejano del agua estrellándose en los pilares del puente y la zambullida acompasada de los dos remos, que cortaban la superficie azul del lago, salían de golpe chorreantes y volvían a zambullirse. La onda serrada por la barca, reuniéndose detrás de la popa, marcaba un rastro encrespado que se iba alejando de la orilla. Los pasajeros silenciosos, con la cabeza vuelta hacia atrás, miraban los montes y el pueblo iluminado por la luna, alterado aquí y allá por grandes sombras. Se distinguían las aldeas, las casas, las cabañas; el castillejo de don Rodrigo, con su torre chata, elevado sobre las casuchas amontonadas en la falda del promontorio, parecía alguien feroz que, erguido

en las tinieblas, en medio de una compañía de durmientes, velase, meditando un delito. Lucia lo vio y se estremeció; descendió con los ojos pendiente abajo, hasta su aldehuela, miró fijamente a un extremo, descubrió su casita, descubrió la espesa copa de la higuera que sobresalía por el muro del patio, descubrió la ventana de su cuarto; y, sentada como estaba en el fondo de la barca, apoyó el brazo en el borde, apoyó en el brazo la frente, como para dormir, y lloró secretamente.

¡Adiós, montes que surgís del agua y os alzáis al cielo; cimas desiguales, conocidas por quien creció entre vosotras e impresas en su mente, como lo está el aspecto de sus familiares; torrentes, cuyo estruendo distingue, como el sonido de las voces domésticas; aldeas dispersas que blanqueáis en el declive, como rebaños de ovejas paciendo, adiós! ¡Qué triste trance el de quien, crecido entre vosotros, se aleja! En la fantasía del mismo que parte voluntariamente, atraído por la esperanza de hacer fortuna lejos, se afean, en ese momento, los sueños de riqueza; se asombra de haberse podido resolver, y regresaría entonces, si no pensara en que, un día, tornará acaudalado. Cuanto más avanza en la llanura, sus ojos se retiran, dolientes y cansados, de esa amplitud uniforme; el aire le parece pesado y muerto; se adentra afligido y desatento por las ciudades tumultuosas; las casas sumadas a casas y las calles que desembocan en calles parecen quitarle la respiración; y, ante los edificios admirados por el extranjero, piensa, con inquieto deseo, en el campito de su aldea, en la casita en la que ya ha puesto los ojos, hace tiempo, y que comprará, al regresar rico a sus montes.

Pero quien no había llegado jamás al otro lado ni siquiera con un fugitivo deseo, quien había concebido en ellos todos los planes del futuro ¡y se ve arrojado lejos, por una fuerza perversa! ¡Quien, apartado a un tiempo de sus más caros hábitos y perturbado en sus más caras esperanzas deja esos montes, para ir en busca de desconocidos que jamás ha deseado conocer, y no puede llegar con la imaginación a un momento fijado para el regreso! Adiós, casa natal, donde, sentada, con una idea oculta, se aprendió a distinguir del ruido de los pasos comunes el ruido de un paso esperado con misterioso temor. Adiós, casa aún ajena, casa mirada al soslayo tantas veces, al pasar, y no sin rubor; en la cual la mente se figuraba una estancia tranquila y perpetua de esposa. Adiós, iglesia, donde el ánimo se serenó tantas veces, cantando las alabanzas del Señor; donde estaba prometido, preparado un rito; donde el suspiro secreto del corazón debía verse solemnemente bendecido, y ordenarse el amor, y llamarse santo. ¡Adiós! Aquel que os daba tanta jocundidad está en

todas partes, y jamás perturba el gozo de sus hijos, sino para prepararles otro más seguro y mayor.

De tal género, si no precisamente tales, eran los pensamientos de Lucia, y poco distintos los pensamientos de los otros dos peregrinos, mientras la barca los iba acercando a la orilla derecha del Adda.

IX

El choque de la barca al tocar la orilla zarandeó a Lucia, la cual, tras haberse enjugado en secreto las lágrimas, alzó la cabeza, como si se despertase. Renzo salió el primero y alargó la mano a Agnese, la cual, saliendo también, se la alargó a su hija; y los tres dieron tristemente las gracias al barquero.

—¿De qué? —respondió aquel—. Estamos aquí abajo para ayudarnos unos a otros.

Y retiró la mano, casi con asco, como si le hubieran propuesto robar, cuando Renzo trató de deslizar en ella una parte de los dineros que llevaba encima y que había cogido aquella noche, con la intención de regalar generosamente a don Abbondio una vez que este lo hubiera, a su pesar, servido. La carreta estaba allí, preparada; el conductor saludó a los tres esperados, los hizo subir, dio una voz al animal, un latigazo, y en marcha.

Nuestro autor no describe aquel viaje nocturno, calla el nombre del pueblo adonde fray Cristoforo había dirigido a las dos mujeres, e incluso declara expresamente no querer decirlo. Con el avance de la historia se advierte luego la causa de las reticencias. Las aventuras de Lucia en esa residencia se encuentran envueltas en una tenebrosa intriga de una persona perteneciente a una familia, al parecer, muy poderosa, en la época en que el autor escribía. Para dar cuenta de la extraña conducta de esa persona, en este caso particular, él ha tenido que narrar de modo sucinto su vida anterior; y la familia desempeña en ella el papel que verá quien siga leyendo. Pero lo que la circunspección del pobre hombre ha querido sustraernos, nuestras diligencias nos lo han hecho encontrar en otra parte. Un historiador milanés^[25] que tuvo que mencionar a esa misma persona no la nombra, es cierto, ni a ella ni al pueblo; pero dice de este que era una villa antigua y noble, a la que de ciudad solo le faltaba el nombre; dice en otro sitio que pasa por ella el Lambro; en otro, que hay un arcipreste. Del cotejo de estos datos deducimos que era Monza, sin lugar a dudas. En el vasto tesoro de las inducciones eruditas podrá haberlas más finas, pero más seguras no creo. Podríamos también, con muy fundadas conjeturas, decir el nombre de la familia: pero, aunque extinguida

hace tiempo, nos parece mejor dejarlo en el tintero, para no correr el riesgo de perjudicar ni siquiera a los muertos, y para dejar a los eruditos algún tema de investigación.

Nuestros viajeros llegaron, pues, a Monza poco después de salir el sol; el conductor entró en una hostería y allí, como práctico del lugar y conocido del dueño, hizo que les asignaran una estancia, y los acompañó a ella. Entre agradecimientos, Renzo intentó también hacerle aceptar algún dinero; pero él, a la par que el barquero, ponía la mira en otra recompensa, más lejana, pero más abundante; retiró las manos también él y, como huyendo, corrió a cuidar de su bestia.

Después de una tarde como la que hemos descrito, y una noche como cualquiera puede imaginársela, pasada en compañía de aquellos pensamientos, con la sospecha incesante de algún encuentro desagradable, al soplo de una brisilla más que otoñal, y entre las continuas sacudidas del incómodo carruaje, que despertaban rudamente a aquel de ellos que comenzase a cerrar los ojos, les pareció mentira a los tres sentarse en un banco que estaba inmóvil, en una estancia, fuera cual fuese. Desayunaron como permitía la penuria de los tiempos y los medios escasos en proporción a las necesidades contingentes de un porvenir incierto, y el poco apetito. A los tres se les pasó por la mente el banquete que, dos días antes, esperaban darse, y cada uno lanzó un gran suspiro. Renzo habría querido detenerse allí, al menos todo ese día, ver a las mujeres colocadas, rendirles los primeros servicios; pero el padre había recomendado a estas que lo mandaran seguir su camino al instante. Adujeron, pues, ellas estas órdenes, con cien razones más: que la gente murmuraría, que retrasar la separación sería aún más doloroso, que podría venir pronto a dar noticias y a recibirlas; hasta el punto de que se resolvió a partir. Concertaron, como pudieron, la manera de volver a verse lo más pronto posible. Lucia no ocultó sus lágrimas; Renzo contuvo a duras penas las suyas, y, estrechando muy muy fuerte la mano de Agnese, dijo con voz sofocada:

—Hasta la vista. —Y partió.

Las mujeres se habrían encontrado muy apuradas de no ser por el buen carretero, que tenía órdenes de guiarlas al convento de los capuchinos y de proporcionarles cualquiera otra ayuda que pudieran necesitar. Se encaminaron pues con él hacia el convento, que, como todos saben, estaba a pocos pasos de distancia de Monza. Llegados a la puerta, el conductor tiró de la campanilla, mandó llamar al padre guardián; este vino al instante y recibió la carta en el umbral.

—¡Oh! ¡Fray Cristoforo! —dijo, reconociendo la letra.

El tono de la voz y los movimientos del rostro indicaban manifiestamente que profería el nombre de un gran amigo. Conviene además decir que nuestro buen Cristoforo había recomendado, en aquella carta, a las mujeres con mucho calor y referido su caso con mucho sentimiento, pues el guardián hacía, de vez en cuando, gestos de sorpresa y de indignación; y, alzando los ojos del papel, los fijaba en las mujeres con cierta expresión de piedad y de interés. Cuando hubo acabado de leer, se quedó un rato pensando; luego dijo:

—No hay sino la señora... Si la señora quiere tomarse este empeño...

Llevándose entonces a Agnese aparte, a la plaza de delante del convento, le hizo algunas preguntas, a las que ella satisfizo; y, volviéndose hacia Lucia, dijo a las dos:

—Señoras mías, lo intentaré; y espero poder encontraros un refugio más que seguro, más que honrado, hasta que Dios os provea de mejor manera. ¿Queréis venir conmigo?

Las mujeres indicaron respetuosamente que sí, y el fraile prosiguió:

—Está bien; os conduzco al instante al monasterio de la señora. Pero quedaos apartadas de mí unos pasos, porque la gente disfruta murmurando; y Dios sabe cuántas hablillas correrían, si vieran al padre guardián por la calle, con una hermosa joven..., quiero decir con mujeres.

Diciendo esto, marchó delante. Lucia se ruborizó; el carretero sonrió, mirando a Agnese, la cual no pudo contenerse de hacer otro tanto; y los tres echaron a andar, cuando el fraile se puso en camino; y lo siguieron, a unos diez pasos. Las mujeres entonces preguntaron al carretero lo que no se habían atrevido al padre guardián: quién era la señora.

—La señora —respondió aquel— es una monja; pero no es una monja como las otras. No es que sea la abadesa, ni la priora; pues incluso, por lo que dicen, es una de las más jóvenes; pero es de la costilla de Adán; y los suyos de tiempos antiguos eran gente grande, llegada de España, donde están los que mandan; y por eso la llaman la señora, para decir que es una gran señora; y todo el pueblo la llama por ese nombre, porque dicen que en ese monasterio nunca han tenido una persona semejante; y los suyos de ahora, allá abajo en Milán, cuentan mucho, y son de esos que siempre tienen razón; y en Monza todavía más, porque su padre, aunque no esté aquí, es el primero del pueblo; de modo que también ella puede hacer mangas y capirotos en el monasterio; y hasta la gente de fuera le tributa gran respeto; y, cuando se empeña en algo, consigue salirse con la suya; y por eso, si ese buen religioso logra ponerlos en

sus manos y ella os acepta, puedo deciros que estaréis tan seguras como en el altar.

Cuando estuvo cerca de la puerta de la villa, flanqueada entonces por un antiguo torreón arruinado y por un trozo de castillo, derruido también, que quizá diez de mis lectores pueden aún recordar haber visto en pie, el guardián se detuvo y se volvió a mirar si los otros llegaban; después entró y se dirigió al monasterio; llegado allí, se detuvo de nuevo en el umbral, esperando al pequeño grupo. Rogó al carretero que, al cabo de un par de horas, regresase a verlo, para recoger la respuesta; este lo prometió y se despidió de las mujeres, que lo cargaron de agradecimientos y de encargos para el padre Cristoforo. El guardián hizo entrar a madre e hija en el primer patio del monasterio, las introdujo en las habitaciones de la administradora y se fue solo a pedir la gracia. Tras algún tiempo, reapareció festivo, a decirles que entraran con él; y era hora, porque la hija y la madre ya no sabían cómo hacer para desenredarse de las apremiantes preguntas de la administradora. Al atravesar un segundo patio, hizo a las mujeres algunas advertencias sobre el modo de portarse con la señora.

—Está bien dispuesta hacia vosotras —dijo— y puede haceros cuanto bien quiera. Sed humildes y respetuosas, responded con sinceridad a las preguntas que le agrade haceros, y, cuando no os interroge, dejadme hacer a mí.

Entraron en una estancia de la planta baja, desde la que se pasaba al locutorio; antes de poner en él los pies, el guardián, señalando la puerta, dijo en voz baja a las mujeres: «Ahí es», como para recordarles todas sus advertencias. Lucia, que jamás había visto un monasterio, cuando estuvo en el locutorio miró alrededor en busca de la señora a la que hacer su reverencia, y, al no descubrir a nadie, estaba como fascinada; entonces, viendo al padre y a Agnese ir hacia una esquina, miró hacia aquel lado y vio una ventana de forma singular, con dos gruesas y tupidas rejas de hierro, distantes entre sí un palmo; y, detrás de ellas, una monja en pie. Su aspecto, que podía representar veinticinco años, causaba a primera vista una impresión de belleza, pero de una belleza abatida, ajada, y casi diría descompuesta. Un velo negro, colgado y estirado horizontalmente sobre la cabeza, caía a los dos lados, algo apartado del rostro; bajo el velo, una blanquísima banda de lino ceñía, hasta la mitad, una frente de distinta aunque no inferior blancura; otra banda de pliegues circundaba el rostro y terminaba bajo el mentón en un cuello que se extendía un poco sobre el pecho, cubriendo el escote de un negro hábito. Pero aquella frente se fruncía a menudo, como por una contracción dolorosa; y entonces

las negras cejas se aproximaban, con un rápido movimiento. Los ojos, negros también, se clavaban a veces en el rostro de las personas con una soberbia investigación; a veces se inclinaban deprisa, como para buscar un escondrijo; en ciertos momentos, un observador atento habría argumentado que pedían afecto, correspondencia, piedad; otras veces, habría creído sorprender en ellos la revelación instantánea de un odio inveterado y contenido, un no sé qué de amenazante y feroz; cuando permanecían inmóviles y fijos sin atención, uno se habría imaginado una orgullosa desgana, otro habría podido sospechar el pesar de un pensamiento oculto, de una preocupación familiar al ánimo, y más fuerte en él que los objetos circunstantes. Las mejillas palidísimas descendían con un contorno delicado y gracioso, pero alterado y desfallecido por una lenta extenuación. Los labios, aun cuando apenas teñidos de un rosa descolorido, se destacaban empero en aquella palidez; sus movimientos eran, como los de los ojos, súbitos, vivos, llenos de expresión y de misterio. Las proporciones bien formadas de su figura desaparecían en cierto abandono del porte, o aparecían desfiguradas en ciertos movimientos repentinos, irregulares y demasiado resueltos para una mujer, y no digamos para una monja. En el propio vestir había aquí y allá algo de estudiado o de descuidado, que anunciaba a una monja singular: la cintura estaba ajustada con cierto cuidado secular, y de la banda salía sobre una sien un mechoncito de negros cabellos; cosa que demostraba olvido o desprecio de la regla que prescribía llevarlos siempre cortos, desde que habían sido cortados, en la ceremonia solemne de la toma de hábito.

Estas cosas no les extrañaban a las dos mujeres, nada ejercitadas en distinguir monja de monja; y el padre guardián, que no veía a la señora por primera vez, estaba ya habituado, como otros muchos, a aquel no sé qué de extraño que aparecía en su persona y en sus modales.

Estaba en aquel momento, como hemos dicho, de pie junto a la reja, con una mano apoyada lánguidamente en ella y los blanquísimos dedos entrelazados en los huecos; y miraba con fijeza a Lucia, que se adelantaba vacilando.

—Reverenda madre e ilustrísima señora —dijo el guardián, con la cabeza baja y una mano en el pecho—: Esta es esa pobre joven, en favor de la cual me ha hecho vuestra merced esperar su valiosa protección; y esta es su madre.

Las dos presentadas hacían grandes reverencias; la señora les indicó con la mano que ya bastaba, y dijo, volviéndose al padre:

—Es una suerte para mí poder hacer un servicio a nuestros buenos amigos, los padres capuchinos. Pero —continuó—, dígame un poco más

detalladamente el caso de esta joven, para ver mejor qué se puede hacer por ella.

Lucia se puso colorada y bajó la cabeza.

—Ha de saber, reverenda madre... —comenzó Agnese.

Pero el guardián le truncó, con una ojeada, las palabras de la boca, y respondió:

—Esta joven, ilustrísima señora, me viene recomendada, como le he dicho, por uno de mis hermanos. Ha debido partir a escondidas de su pueblo, para sustraerse a graves peligros; y necesita, durante algún tiempo, un asilo en el que pueda vivir ignorada, y donde nadie se atreva a venir a molestarla, aun cuando...

—¿Qué peligros? —interrumpió la señora—. Por favor, padre guardián, no me cuente las cosas en enigmas. Vuestra merced sabe que a nosotras, las monjas, nos gusta oír las historias por lo menudo.

—Son peligros —respondió el guardián— que a los purísimos oídos de la reverenda madre deben insinuarse apenas ligeramente...

—Oh, ciertamente —dijo deprisa la señora, ruborizándose un poco.

¿Era verecundia? Quien hubiera observado una rápida expresión de despecho que acompañaba aquel rubor, habría podido dudarlo; y tanto más si lo hubiese comparado con el que de vez en cuando se difundía por las mejillas de Lucia.

—Bastará con decir —prosiguió el guardián— que un poderoso caballero... no todos los grandes del mundo se sirven de los dones de Dios para su gloria, y en provecho del prójimo, como vuestra señoría ilustrísima... Un poderoso caballero, tras haber perseguido algún tiempo a esta criatura con indignos halagos, viendo que eran inútiles, se atrevió a perseguirla abiertamente con la fuerza, de modo que la pobrecilla se vio reducida a huir de su casa.

—Acercaos, joven —dijo la señora a Lucia haciéndole un gesto con el dedo—. Sé que el padre guardián es la boca de la verdad; pero nadie puede estar mejor informado que vos en este negocio. A vos toca decirnos si ese caballero era un odioso perseguidor.

En cuanto al acercarse, Lucia obedeció al instante; pero responder era otro asunto. Una pregunta sobre esa materia, aun cuando hubiera sido hecha por una persona igual a ella, la habría confundido no poco; proferida por aquella señora, y con cierto aire de maligna duda, le quitó todo valor para responder.

—Señora..., madre..., reverenda... —balbució, y no daba señales de tener más que decir.

Aquí Agnese, como quien, después de ella, estaba ciertamente mejor informada, se creyó autorizada a acudir en su ayuda.

—Ilustrísima señora —dijo—, yo puedo dar testimonio de que esta hija mía odiaba a ese caballero, como el diablo el agua bendita; quiero decir, el diablo era él; pero me perdonará si hablo mal, porque somos gente sencilla. El caso es que esta pobre muchacha estaba prometida con un joven de los nuestros, temeroso de Dios y acreditado; y si el señor cura hubiera sido un poco más hombre, como yo los entiendo... sé que hablo de un religioso, pero el padre Cristoforo, amigo de aquí, el padre guardián, es un religioso como él, y ese es un hombre lleno de caridad, y si estuviera aquí podría atestiguar...

—Sois muy rápida para hablar sin que os pregunten —interrumpió la señora, con ademán altanero e iracundo, que casi la hizo parecer fea—. Estaos callada: ¡ya sé que los padres tienen siempre una respuesta que dar en nombre de sus hijos!

Agnese, mortificada, echó a Lucia una ojeada que quería decir: «Ya ves lo que me toca, por ser tú tan corta». También el guardián indicaba a la joven, dándole de ojo y meneando la cabeza, que aquel era el momento de soltarse y de no dejar encallada a su pobre madre.

—Reverenda madre —dijo Lucia—, cuanto le ha dicho mi madre es la pura verdad. El joven con el que hablaba —continuó, y se puso muy colorada— lo aceptaba yo por mi voluntad. Discúlpeme si hablo como una descarada, pero es para no dejar pensar mal de mi madre. Y, en cuanto a ese señor (¡Dios le perdone!), más quisiera morir que caer en sus manos. Y si vuestra merced hace esta caridad de ponernos en salvo, ya que nos vemos reducidas a este papel de pedir refugio, y a incomodar a las personas de bien (pero hágase la voluntad de Dios), tenga la seguridad, señora, de que nadie podrá rezar por vuestra merced más de corazón que nosotras, pobres mujeres.

—Os creo —dijo la señora, con voz dulcificada—. Pero me agrada oírlos a solas. No es que necesite más aclaraciones, ni más motivos, para servir las urgencias del padre guardián —agregó de inmediato, volviéndose a él, con estudiada finura—. Más aún —continuó—, ya lo tengo pensado, y he aquí lo que me parece mejor por ahora. La administradora del convento ha casado, hace unos días, a su última hija. Estas mujeres podrán ocupar la habitación que ha dejado libre, y suplirla en los pocos servicios que hacía. Realmente... —Y aquí indicó al padre guardián que se acercase a la reja y continuó en voz baja—: Realmente, vista la escasez de las añadidas, no se pensaba en sustituir con nadie a esa joven; pero hablaré yo con la madre abadesa, y una palabra

mía... y por una urgencia del padre guardián... En suma, doy la cosa por hecha.

El guardián comenzaba a dar las gracias, pero la señora lo interrumpió:

—No son precisas ceremonias; también yo, en un caso, en una necesidad, sabré contar con la asistencia de los padres capuchinos. A fin de cuentas — continuó, con una sonrisa en la que se traslucía no sé qué de irónico y de amargo—, a fin de cuentas, ¿no somos hermanos y hermanas?

Dicho esto, llamó a una lega (dos de estas estaban, por especial distinción, asignadas a su servicio privado) y ordenó que advirtiera de ello a la abadesa, y tomara luego las medidas oportunas con la administradora y con Agnese. Licenció a esta, se despidió del guardián y retuvo a Lucia. El guardián acompañó a Agnese hasta la puerta, dándole nuevas instrucciones, y se marchó a escribir la carta para informar a su amigo Cristoforo. «¡Qué caprichosa es esta señora! —pensaba por el camino—. ¡En verdad curiosa! Pero quien sabe secundarla le saca lo que quiere. Mi Cristoforo no se esperará, ciertamente, que yo lo haya servido tan pronto y tan bien. ¡Qué hombre! No tiene remedio: es menester que tome siempre sobre sí algún empeño; pero lo hace en pro del bien. Por suerte para él, esta vez ha encontrado un amigo que, sin tanto alboroto, sin tanto aparato, sin tantas faenas, ha llevado el asunto a buen puerto, en un abrir y cerrar de ojos. Estará contento ese buen Cristoforo y se dará cuenta que también nosotros, aquí, servimos para algo».

La señora, que en presencia de un provento capuchino había estudiado sus gestos y sus palabras, al quedarse sola con una joven campesina inexperta ya no pensaba tanto en contenerse; y su conversación se volvió poco a poco tan extraña que, en vez de referirla, creemos más oportuno contar brevemente la historia anterior de esta infeliz; es decir, ese poco que baste para dar cuenta de lo insólito y misterioso que hemos visto en ella, y para hacer comprender los motivos de su conducta, en lo que después sucedió.

Era esta la última hija del príncipe ^{***}, gran caballero milanés, que podía contarse entre los más acaudalados de la ciudad. Pero la alta opinión que de su título tenía le hacía parecer su patrimonio apenas suficiente, e incluso escaso, para sostener su decoro; y todo su pensamiento era conservarlo al menos como era, perpetuamente unido, en lo que de él dependía. La historia no dice expresamente cuántos hijos tenía; solamente da a entender que había destinado al claustro a todos los segundones de uno y otro sexo, para dejar intacto el patrimonio al primogénito, destinado a conservar la familia, esto es a procrear hijos, para atormentarse y atormentarlos de la misma manera.

Nuestra infeliz estaba aún oculta en el vientre de su madre, y ya su condición estaba irrevocablemente establecida. Solo quedaba por decidir si sería un monje o una monja, decisión para la que se necesitaba no su consenso, sino su presencia. Cuando salió a la luz, su padre, queriendo darle un nombre que despertase inmediatamente la idea del claustro, y que hubiese sido llevado por una santa de elevada cuna, la llamó Gertrude. Muñecas vestidas de monja fueron los primeros juguetes que le pusieron en las manos; después, estampas que representaban monjas; y aquellos regalos iban siempre acompañados con grandes recomendaciones de tenerlos muy en cuenta, como cosa preciosa, y con una interrogación afirmativa: «Es bonito, ¿verdad?». Cuando el príncipe o la princesa o el principito, único de los varones que se criaba en la casa, querían alabar el aspecto lozano de la niña, parecía que no encontrasen otro modo de expresar bien su idea, si no con las palabras: «¡Qué madre abadesa!». Pero nadie le dijo jamás directamente: «Debes meterte monja». Era una idea sobreentendida y tocada incidentalmente en toda conversación que se refiriese a sus destinos futuros. Si alguna vez Gertrudina se excedía en algún acto un poco arrogante e imperioso, al que su índole la inclinaba muy fácilmente, le decían: «Eres una chiquilla, esos modales no te convienen; cuando seas madre abadesa, entonces mandarás a la baqueta, harás mangas y capirotos». Alguna otra vez, el príncipe, reprendiéndola por ciertos modales demasiado libres y familiares en los que caía con igual facilidad, le decía: «¡Eh! ¡Eh! No es este el comportamiento de alguien de tu clase; si quieres que un día te respeten como es debido, aprende desde ahora a dominarte; recuerda que debes ser, en todo, la primera del monasterio, porque la sangre se lleva a donde quiera que se va».

Todas las frases de este género grababan en el cerebro de la niña la idea de que debía ser monja; pero las que salían de la boca del padre surtían más efecto que todas las otras juntas. El porte del príncipe era habitualmente el de un amo severo; pero, cuando se trataba del futuro estado de sus hijos, de su rostro y de todas sus palabras se traslucía una fijeza de resolución, un quisquilloso celo de mando, que imprimía la sensación de una necesidad fatal.

A los seis años, Gertrude fue colocada, para su educación y aún más para encaminarla a la vocación impuesta, en el monasterio donde la hemos visto; y la elección del lugar no se hizo sin intención. El buen conductor de las dos mujeres ha dicho que el padre de la señora era el primero en Monza; y, juntando este testimonio insignificante con algunas otras indicaciones que el anónimo deja escapar descuidadamente aquí y allá, podremos afirmar incluso que era el feudatario de aquel territorio. Sea como sea, disfrutaba allí de

grandísima autoridad; y pensó que allá, mejor que en otra parte, su hija sería tratada con las distinciones y con las delicadezas que más pudieran convidarla a elegir aquel monasterio como perpetua morada. Y no se engañaba: la abadesa y algunas otras monjas entremetidas, que tenían, como suele decirse, la sartén por el mango, se regocijaron al verse ofrecer la prenda de una protección tan útil en toda circunstancia, tan gloriosa en todo momento; aceptaron la propuesta con expresiones de agradecimiento, nada exageradas, aunque intensas; y correspondieron plenamente a las intenciones que el príncipe había dejado transparentarse sobre la colocación permanente de su hija, intenciones que coincidían tanto con las suyas. Gertrude, apenas entró en el monasterio, fue llamada por antonomasia la señorita; lugar distinguido en la mesa, en el dormitorio; su conducta propuesta a las otras como ejemplar; dulces y caricias sin fin, sazoados con esa familiaridad un poco respetuosa, que tanto halaga a los niños, cuando la encuentran en aquellos a quienes ven tratar a los otros niños con una conducta habitual de superioridad. No es que todas las monjas se hubieran conjurado para atraer a la pobrecilla a la trampa; había muchas sencillas y alejadas de toda intriga, a las que la idea de sacrificar una hija a miras interesadas les habría dado asco; pero estas, muy atentas a sus ocupaciones particulares, en parte no advertían bien todos aquellos manejos, en parte no distinguían cuánto había de malo en ellos, en parte se abstendían de examinarlos, en parte estaban calladas, por no dar escándalos inútiles. También alguna, recordando haberse visto, con artes similares, conducida a algo de lo que después se había arrepentido, sentía compasión por la pobre inocente y se desahogaba haciéndole caricias tiernas y melancólicas; pero esta estaba muy lejos de sospechar que debajo había algún misterio; y el asunto seguía su marcha. Quizá habría marchado así hasta el final, si Gertrude hubiera sido la única muchacha de aquel monasterio. Pero, entre sus compañeras de educación, había algunas que sabían estar destinadas al matrimonio. Gertrudina, amamantada en la idea de su superioridad, hablaba magníficamente de su futuro destino de abadesa, de princesa del monasterio, quería a toda costa ser para las demás un tema de envidia; y veía con asombro y despecho que algunas de ellas no sentían ninguna. A las imágenes majestuosas, pero circunscritas y frías, que puede suministrar la primacía en un monasterio, contraponían ellas las imágenes variadas y brillantes de bodas, comidas, conversaciones, festines, como decían entonces, de casas de campo, de vestidos, de carrozas. Estas imágenes ocasionaron en el cerebro de Gertrude ese movimiento, ese hormigueo que produciría un gran cesto de flores recién cortadas puesto delante de una colmena. Los padres y las

educadoras habían cultivado y aumentado en ella la vanidad natural, para hacerle agradable el claustro; pero, cuando esa pasión se vio excitada por ideas más afines a ella, se arrojó sobre estas, con un ardor tanto más vivo y espontáneo. Para no quedar por debajo de sus compañeras, y para ceder al mismo tiempo a su nuevo genio, respondía que, a fin de cuentas, nadie podía ponerle el velo en la cabeza sin su consentimiento, que también ella podía casarse, vivir en un palacio, disfrutar del mundo, y mejor que todas ellas; que podía, con tal de quererlo, que querría, que quería; y en realidad quería. La idea de la necesidad de su consentimiento, idea que, hasta ese momento, había estado como inadvertida y agazapada en un rincón de su mente, se desarrolló entonces y se manifestó con toda su importancia. Ella la llamaba a cada momento en su auxilio, para disfrutar con más tranquilidad de las imágenes de un grato porvenir. Sin embargo, tras esa idea aparecía siempre, infaliblemente, otra: que ese consentimiento había que negárselo al príncipe, su padre, el cual lo tenía ya, o mostraba tenerlo, por dado; y, ante esta idea, el ánimo de la hija estaba muy lejos de la seguridad que ostentaban sus palabras. Se comparaba entonces con sus compañeras, que estaban bien seguras, de muy otra manera, y experimentaba dolorosamente hacia ellas la envidia que, al principio, había pensado hacerles experimentar. Al envidiarlas, las odiaba; a veces el odio se evaporaba en desaires, en groserías, en agudezas punzantes; a veces la uniformidad de las inclinaciones y de las esperanzas lo adormecía y hacía nacer una intimidad aparente y pasajera. A veces, queriendo disfrutar mientras tanto de algo real y presente, se complacía en las preferencias que se le concedían y hacía notar a las demás su superioridad; a veces, no pudiendo tolerar más la soledad de sus temores y de sus deseos, iba, muy modosa, en su busca, como implorando benevolencia, consejos, valor. Entre estas deplorables pequeñas guerras consigo y con las otras, había salvado la puericia y se adentraba por esa edad tan crítica, en la cual parece que entra en el ánimo casi un poderío misterioso, que realza, adorna, fortalece todas las inclinaciones, todas las ideas, y algunas veces las transforma y las dirige a un curso imprevisto. Lo que Gertrude había anhelado hasta entonces más claramente, en aquellos sueños de futuro, era el esplendor externo y la pompa; un no sé qué muelle y afectuoso, que primero estaba difundido ligeramente y como en tinieblas, comenzó entonces a desplegarse y a descollar en sus fantasías. Se había hecho, en la parte más recóndita de la mente, como un espléndido retiro; allí se refugiaba de los objetos presentes, allí acogía a ciertos personajes extrañamente compuestos con confusas memorias de la puericia, con lo poco que podía ver del mundo exterior, con lo que había

aprendido de las conversaciones de sus compañeras; se entretenía con ellos, les hablaba y se respondía en su nombre; allí daba órdenes y recibía homenajes de todo género. De cuando en cuando, los pensamientos de la religión venían a importunar aquellas fiestas brillantes y fatigosas. Pero la religión, como se la habían enseñado a nuestra pobrecilla y como esta la había recibido, no proscribía el orgullo, sino que lo santificaba y lo proponía como un medio para obtener una felicidad terrena. Privada así de su esencia, no era ya la religión, sino un fantasma como los demás. En los intervalos en que ese fantasma ocupaba el primer puesto y sobresalía en la fantasía de Gertrude, la infeliz, abrumada por confusos terrores y oprimida por una confusa idea de deberes, se imaginaba que su repugnancia por el claustro, y la resistencia a la insinuación de sus mayores en la elección de estado, eran una culpa; y prometía en lo hondo de su corazón expiarla, encerrándose voluntariamente en el claustro.

Era ley que una joven no pudiera ser aceptada como monja antes de haber sido examinada por un eclesiástico, llamado el vicario de las monjas, o por algún otro delegado para ello, con el fin de tener la seguridad de que entraba por libre elección; y este examen no podía celebrarse sino un año después de que ella hubiera expuesto su deseo a aquel vicario, con una solicitud por escrito. Aquellas monjas que habían asumido el triste encargo de hacer que Gertrude se obligase para siempre, con el menor conocimiento posible de lo que hacía, aprovecharon uno de los momentos que hemos dicho para hacerle transcribir y firmar tal solicitud. Y, con el fin de inducir la a ello más fácilmente, no dejaron de decirle y repetirle que a fin de cuentas era una mera formalidad, la cual (y esto era cierto) no podía tener eficacia sin otros actos posteriores, que dependerían de su voluntad. Con todo, la solicitud aún no había llegado quizá a su destino, y ya Gertrude se había arrepentido de haberla firmado. Se arrepentía luego de haberse arrepentido, pasando así los días y los meses en una incesante alternación de sentimientos contrarios. Ocultó durante mucho tiempo a sus compañeras aquel paso, ora por temor de exponer a las contradicciones una buena resolución, ora por vergüenza de revelar un desatino. Triunfó finalmente el deseo de desahogar el ánimo, y de mendigar consejo y valor. Había otra ley: que una joven no fuese admitida a aquel examen de la vocación, sino tras haber morado al menos un mes fuera del monasterio donde se había educado. Había ya transcurrido un año desde que la solicitud se había enviado; y a Gertrude la advirtieron de que al cabo de poco la sacarían del monasterio y la conducirían a la casa paterna, a fin de quedarse allí ese mes, y dar todos los pasos necesarios para el remate de la

obra que ella había de hecho comenzado. El príncipe y el resto de la familia lo tenían todo por cierto, como si ya hubiese ocurrido; pero la joven tenía en la cabeza algo muy distinto: en vez de dar los demás pasos, pensaba en la manera de desandar el primero. En tales angustias, se resolvió a abrirse con una de sus compañeras, la más franca, dispuesta siempre a dar consejos resueltos. Esta sugirió a Gertrude que informase con una carta a su padre de la nueva resolución, ya que no se sentía con ánimos de espetarle en la cara un buen «No quiero». Y como los pareceres gratuitos son, en este mundo, muy raros, la consejera hizo pagar este a Gertrude con muchas mofas sobre su cortedad. La carta se concertó entre cuatro o cinco confidentes, se escribió a hurtadillas y se remitió por medio de artificios muy estudiados. Gertrude vivía con gran ansiedad, esperando una respuesta que jamás llegó. Mas, unos días después, la abadesa la mandó llamar a su celda y, con un porte de misterio, de disgusto y de compasión, hizo oscuras alusiones a una gran cólera del príncipe, y a una falta que ella debía de haber cometido, aunque dándole a entender que, si se portaba bien, podía esperar que todo se olvidaría. La jovencita entendió y no se atrevió a preguntar más.

Llegó finalmente el día tan temido y ansiado. Aunque Gertrude sabía que iba a un combate, no obstante, el salir del monasterio, el dejar aquellos muros en los que había estado ocho años encerrada, el correr en carroza por el campo abierto, el volver a ver la ciudad, la casa fueron sensaciones plenas de alegría tumultuosa. En cuanto al combate, la pobrecilla, con la dirección de aquellas confidentes, había tomado ya sus medidas, y trazado su plan, como ahora se diría. «O me querrán forzar —pensaba—, y yo estaré dura; seré humilde, respetuosa, pero no consentiré: no se trata sino de decir otro sí, y no lo diré. O bien me atacarán por las buenas, y yo seré más buena que ellos; lloraré, suplicaré, los moveré a compasión: a fin de cuentas no pretendo más que no verme sacrificada». Pero, como ocurre a menudo con semejantes previsiones, no sucedió ni una cosa ni otra. Pasaban los días sin que el padre ni los otros le hablasen de la solicitud, ni de la retractación, sin que se le hiciera propuesta alguna, ni con caricias ni con amenazas. Los padres estaban serios, tristes, ásperos con ella, sin jamás decir el porqué. Se veía solamente que la miraban como a una criminal, como indigna; un anatema misterioso parecía pesar sobre ella, segregándola de la familia, dejándola solo unida a ella lo preciso para hacerle notar su sumisión. Raras veces, y solo en ciertas horas establecidas, era admitida en la compañía de sus padres y del primogénito. Entre los tres parecía reinar una gran confianza, la cual volvía más sensible y doloroso el abandono en que dejaban a Gertrude. Nadie le

dirigía la palabra; y cuando ella aventuraba tímidamente alguna frase, que no fuera para una cosa necesaria, o no la escuchaban, o respondían con una mirada distraída, o despreciativa, o severa. Y si, no pudiendo sufrir más una distinción tan amarga y humillante, insistía, y trataba de familiarizarse; si imploraba un poco de amor, oía al instante tocar, de manera indirecta aunque clara, aquella tecla de la elección de estado; se le hacía notar solapadamente que era un medio para reconquistar el afecto de la familia. Entonces Gertrude, que no lo habría querido con esa condición, se veía obligada a retroceder, a rechazar casi los primeros signos de benevolencia que tanto había deseado, a recuperar por sí sola su puesto de excomulgada; y, además, permanecía en él con cierta apariencia de culpable.

Tales sensaciones de objetos presentes hacían un doloroso contraste con las risueñas visiones de las que Gertrude se había ocupado tanto, y se ocupaba todavía, en el secreto de su mente. Había esperado que, en la espléndida y frecuentada casa paterna, habría podido gozar al menos de una prueba real de las cosas imaginadas; pero se encontró del todo engañada. La clausura era estrecha y total, como en el monasterio; de salir a paseo ni siquiera se hablaba; y una tribuna que, de la casa, daba a una iglesia contigua, eliminaba también la única necesidad que habría habido de salir. La compañía era más triste, más escasa, menos variada que en el monasterio. Al anunciarse una visita, Gertrude debía subir al último piso, para encerrarse con algunas viejas criadas; y también almorzaba allí, cuando había convite. Los servidores se adaptaban, en sus maneras y sus conversaciones, al ejemplo y la intención de los amos; y Gertrude, que, por propia inclinación, habría querido tratarlos con familiaridad señorial, y que, en el estado en que se encontraba, habría agradecido que le hicieran alguna demostración de afecto, como a una de su clase, y se rebajaba incluso a mendigarla, quedaba luego humillada y cada vez más afligida, al verse correspondida con un descuido manifiesto, aunque acompañado con un leve homenaje de mera formalidad. No obstante pudo advertir que un paje, muy distinto de los otros, la trataba con respeto y sentía por ella una compasión de un género particular. La actitud de aquel mozalbete era lo que Gertrude había visto hasta entonces más semejante al orden de cosas tan contemplado en su imaginación, a la actitud de sus criaturas ideales. Poco a poco se descubrió no sé qué de nuevo en los modales de la jovencita: una tranquilidad y una inquietud distinta a la habitual, el comportamiento de quien ha encontrado algo que le interesa, que quisiera conservar a cada momento y no dejar ver a los otros. A partir de entonces no le quitaron los ojos de encima; y de repente, una mañana, la sorprendió una de aquellas

camareras mientras estaba doblando a hurtadillas un papel, en el que más le hubiera valido no escribir nada. Tras un breve forcejeo, la carta quedó en manos de la camarera, y de estas pasó a las del príncipe.

El terror de Gertrude, al rumor de los pasos de este, no se puede describir ni imaginar: era un padre como aquel, estaba irritado, y ella se sentía culpable. Pero cuando lo vio aparecer, con aquel ceño, con aquella carta en la mano, habría querido estar no solo en un convento, sino a cien codos bajo la tierra. Las palabras no fueron muchas, pero sí terribles: el castigo impuesto al instante fue solo quedarse encerrada en aquella habitación, bajo la vigilancia de la mujer que había hecho el descubrimiento; pero era solo un principio, un recurso del momento; se prometía, flotaba en el aire, otro castigo oscuro, indeterminado, y por tanto más espantoso.

El paje fue expulsado al instante, como era natural; y también a él lo amenazaron con algo terrible si, en algún momento, osaba hablar de lo ocurrido. Al hacerle esta intimidación, el príncipe le asestó dos solemnes bofetones, para asociar con la aventura un recuerdo que quitase al granuja toda tentación de vanagloriarse. Un pretexto cualquiera, para cohonestar la despedida de un paje, no era difícil de encontrar; en cuanto a la hija, se dijo que estaba indispuesta.

Quedose, pues, esta con zozobra, con vergüenza, con remordimiento, con el terror del futuro y con la única compañía de aquella mujer a la que odiaba, como testigo de su culpa y causa de su desgracia. Ella odiaba a su vez a Gertrude, por culpa de la cual se hallaba reducida, sin saber por cuánto tiempo, a la aburrida vida de carcelera, y convertida para siempre en depositaria de un secreto peligroso.

El primer tumulto confuso de aquellos sentimientos se sosegó poco a poco; pero, regresando luego uno a uno al ánimo, se agrandaban en él y se detenían para atormentarlo más claramente y con mayor comodidad. ¿Qué podría ser aquella punición amenazada con enigmas? Muchas, variadas y extrañas asomaban por la fantasía ardiente e inexperta de Gertrude. La que parecía más probable era que la devolvieran al monasterio de Monza, reaparecer en él, no ya como la señorita, sino en forma de culpable, ¡y quedarse allí encerrada quién sabe hasta cuándo! ¡Quién sabe con qué trato! Lo que tal imaginación, toda llena de dolores, tenía quizá de más doloroso para ella era la aprensión de la vergüenza. Las frases, las palabras, las comas de aquella aciaga hoja pasaban y repasaban por su memoria: las imaginaba observadas, pesadas por un lector tan imprevisto, tan distinto de aquel a quien iban destinadas; se figuraba que habían podido caer ante los ojos de su madre

o de su hermano, o de quién sabe qué otros; y, comparado con eso, todo lo restante le parecía casi una nadería. La imagen de aquel que había sido el primer origen de todo el escándalo no dejaba de acudir también a menudo a devastar a la pobre reclusa; y pensad en qué extraña aparición debía de hacer aquel fantasma, entre los otros tan distintos de él, serios, fríos, amenazadores. Pero, precisamente porque no podía separarlo de ellos, ni tornar por un momento a sus fugitivas complacencias, sin que de inmediato asomaran los dolores presentes que eran su consecuencia, comenzó poco a poco a aparecer más raramente, a rechazar la remembranza, a desaficionarse de ella. Tampoco se detenía ya a menudo, o de buena gana, en las alegres y brillantes fantasías de antaño: eran demasiado opuestas a las circunstancias reales, a cualquier posibilidad de futuro. El único castillo en el cual podía imaginar Gertrude un refugio tranquilo y honorable, y que no fuera un castillo en el aire, era el monasterio, si se decidía a entrar en él para siempre. Tal resolución (no podía dudarlo) lo arreglaría todo, saldaría todas las deudas y cambiaría en un santiamén su situación. Contra este propósito se rebelaban, cierto es, los pensamientos de toda su vida; pero los tiempos habían cambiado, y, en el abismo donde Gertrude había caído, y en comparación con lo que podía temer en ciertos momentos, la condición de monja festejada, obsequiada, obedecida le parecía un azucarillo. Dos sentimientos de muy distinto género contribuían también a intervalos a menguar su antigua aversión: a veces el remordimiento de la falta, y una ilusoria ternura de devoción; a veces, el orgullo amargado e irritado por los modales de la carcelera, la cual (con frecuencia, a decir verdad, provocada por ella) se vengaba, ora metiéndole miedo con el amenazado castigo, ora avergonzándola por su falta. Y, cuando quería mostrarse benigna, adoptaba un tono de protección más odioso aún que el insulto. En tales y diversas ocasiones, el deseo que Gertrude sentía de salir de las garras de la mujer, y de presentársele en un estado por encima de su cólera y de su piedad, este deseo habitual se volvía tan vivo y punzante que hacía parecer amable cualquier cosa que pudiera conducir a satisfacerlo.

Al cabo de cuatro o cinco largos días de prisión, una mañana, Gertrude, hastiada y envenenada en exceso por uno de los desaires de su guardiana, fue a refugiarse en un rincón del cuarto, y allí, con la cara escondida entre las manos, permaneció algún tiempo devorando su rabia. Sintió entonces una necesidad poderosa de ver otros rostros, de oír otras palabras, de ser tratada de forma distinta. Pensó en su padre, en su familia: el pensamiento retrocedía espantado. Pero pasó por su cabeza que de ella dependía el hacérselos amigos; y experimentó una repentina alegría. Tras esta, una confusión y un

arrepentimiento extraordinario por su falta, y un deseo parejo de expiarla. No es que su voluntad se detuviese en aquel propósito, pero jamás había entrado en ella con tanto ardor. Se levantó, fue hasta una mesita, tomó aquella pluma fatal y escribió a su padre una carta llena de entusiasmo y de abatimiento, de aflicción y de esperanza, implorando perdón y mostrándose indeterminadamente dispuesta a todo lo que pudiera complacer a quien debía concederlo.

X

Hay momentos en los que el ánimo, en particular el de los jóvenes, está dispuesto de manera que basta un poco de instancia para obtener cualquier cosa que tenga una apariencia de bien y de sacrificio; como una flor recién abierta, se abandona blandamente sobre su frágil tallo, dispuesta a conceder sus fragancias al primer soplo de aire que la acaricie. Estos momentos, que los demás deberían admirar con tímido respeto, son justamente aquellos que la astucia interesada espía atentamente y atrapa al vuelo, para encadenar una voluntad que no recela.

Al leer aquella carta, el príncipe *** vio al instante una rendija abierta para sus antiguas y constantes miras. Mandó decir a Gertrude que fuese a verlo; y, mientras la esperaba, se dispuso a machacar el hierro mientras estaba caliente. Gertrude apareció, y, sin alzar los ojos al rostro de su padre, se arrojó de rodillas ante él, y apenas tuvo aliento para decir:

—¡Perdón!

Él le indicó que se levantase, mas, con una voz poco adecuada para alentarla, respondió que no bastaba con desear y pedir perdón; que era algo demasiado fácil y demasiado natural en quienquiera que haya sido cogido en falta y tema el castigo; que, en suma, era menester merecerlo. Gertrude preguntó, sumisamente y temblando, qué debía hacer. El príncipe (no nos tolera el corazón darle en este momento el título de padre) no respondió directamente, sino que empezó a hablar por extenso de la falta de Gertrude; y esas palabras escocían en el ánimo de la pobrecilla, como el paso de una mano áspera sobre una herida. Continuó diciendo que, aun cuando..., en el caso de que... hubiera tenido antes alguna intención de colocarla en el siglo, ella misma había interpuesto ahora un obstáculo insuperable; ya que un hombre de honor, como era él, jamás contaría con ánimos para regalar a un caballero una señorita que tales pruebas había dado de sí. La mísera oyente estaba anonadada; entonces el príncipe, dulcificando por grados la voz y las palabras, prosiguió diciendo que para toda falta había, empero, remedio y misericordia; que la suya era de esas en las que el remedio está más

claramente indicado; que debía ver, en aquel triste accidente, una especie de aviso de que la vida del siglo estaba demasiado llena de peligros para ella...

—¡Ah, sí! —exclamó Gertrude, sacudida por el temor, preparada por la vergüenza y movida en ese punto por una ternura instantánea.

—¡Ah! ¡Vos también lo comprendéis! —reanudó incontinentemente el príncipe—. Pues bien, no se hable más de lo pasado: todo está borrado. Habéis tomado el único partido honorable, conveniente, que os quedaba; mas como lo habéis tomado de buen grado, y con buenas maneras, a mí me toca hacéroslo resultar grato en todo y por todo; a mí me toca hacer recaer todo el provecho y todo el mérito sobre vos. Yo me cuido de eso. —Diciendo esto, sacudió una campanilla que estaba sobre la mesita, y dijo al servidor que entró—: La princesa y el príncipe, ahora mismo. —Y siguió después con Gertrude—: Quiero hacerlos partícipes al instante de mi consuelo; quiero que todos comiencen al instante a trataros como os corresponde. Habéis experimentado en parte al padre severo; pero desde ahora probaréis todo el padre amoroso.

Ante estas palabras, Gertrude quedó como atolondrada. Ora reflexionaba en cómo aquel sí que se le había escapado podía significar tanto, ora buscaba si habría una manera de recobrarlo, de restringir su sentido; pero la persuasión del príncipe parecía tan total, su gozo tan vidrioso, su benignidad tan condicionada, que Gertrude no se atrevió a proferir una palabra que pudiera turbarlos mínimamente.

Unos momentos después, llegaron los dos llamados y, al ver allí a Gertrude, la miraron a la cara, inciertos y asombrados. Pero el príncipe, con un porte alegre y cariñoso, que les prescribía otro similar, dijo:

—Aquí está la oveja descarriada; que esta sea la última palabra que recuerde tristes memorias. He aquí al consuelo de la familia. Gertrude ya no necesita consejos; lo que nosotros deseábamos por su bien lo ha querido ella espontáneamente. Está resuelta, me ha dado a entender que está resuelta... — En este punto alzó ella hacia su padre una mirada entre aterrada y suplicante, como para pedirle que se interrumpiese, pero él prosiguió francamente—: Que está resuelta a tomar el velo.

—¡Bien! ¡Muy bien! —exclamaron, a una voz, la madre y el hijo, y uno tras otro abrazaron a Gertrude, la cual recibió estos agasajos con lágrimas, que fueron interpretadas como lágrimas de consuelo.

Entonces el príncipe se explayó explicando lo que haría para que fuera alegre y espléndida la suerte de su hija. Habló de las distinciones de que gozaría en el monasterio y en el pueblo; que allí sería como una princesa,

como la representante de la familia; que, en cuanto la edad lo permitiese, sería elevada a la suprema dignidad; y, mientras tanto, solo estaría sometida nominalmente. La princesa y el principito renovaban a cada momento las felicitaciones y los aplausos; Gertrude estaba como dominada por un sueño.

—Convendrá luego fijar el día para ir a Monza a hacer la petición a la abadesa —dijo el príncipe—. ¡Qué contenta estará! Os puedo decir que todo el monasterio sabrá valorar el honor que Gertrude les hace. Y... ¿por qué no vamos hoy mismo? A Gertrude le gustará tomar un poco el aire.

—Vayamos, pues —dijo la princesa.

—Voy a dar las órdenes —dijo el principito.

—Pero... —profirió quedamente Gertrude.

—Poco a poco —prosiguió el príncipe—, dejémosla decidir a ella; quizá hoy no se sienta demasiado dispuesta, y le agradaría más esperar hasta mañana. Decid: ¿queréis que vayamos hoy o mañana?

—Mañana —respondió, con voz afable, Gertrude, a la cual le parecía aún hacer algo, tomándose un poco de tiempo.

—Mañana —dijo solemnemente el príncipe—, ha decidido que se vaya mañana. Mientras tanto, voy a ver al vicario de las monjas, a fijar un día para el examen.

Dicho y hecho; el príncipe salió, y fue realmente (que no era pequeña condescendencia) a ver a dicho vicario; y concertaron que este iría dos días después.

En todo el resto de la jornada, Gertrude no tuvo un minuto de paz. Habría deseado reposar el ánimo tras tantas emociones, dejar, por así decirlo, que se aclarasen sus ideas, rendirse cuentas a sí misma de lo que había hecho, de lo que le quedaba por hacer, saber lo que quería, detener un momento aquella máquina que, apenas puesta en marcha, se movía tan precipitadamente; pero no hubo manera. Las ocupaciones se sucedían sin interrupción, se ensamblaban unas con otras. Inmediatamente después de marcharse el príncipe, la llevaron al tocador de la princesa, para ser allí, bajo la dirección de esta, peinada y vestida por su propia camarera. Aún no habían terminado de dar los últimos toques, cuando las avisaron de que la mesa estaba servida. Gertrude pasó entre las reverencias de la servidumbre, que fingía felicitarse por su curación, y encontró algunos parientes más cercanos, que habían sido invitados a toda prisa, para honrarla, y para alegrarse con ella de los dos felices acontecimientos: la salud recobrada y la desplegada vocación.

La postulante (así se llamaban las jóvenes novicias, y Gertrude, a su aparición, fue saludada por todos con ese nombre), la postulante tuvo que

hablar y que obrar respondiendo a los cumplidos que menudeaban por todas partes. Notaba a la perfección que cada una de sus respuestas era como una aceptación y una confirmación; pero ¿cómo responder de otro modo? Poco después de levantarse de la mesa, llegó la hora del paseo. Gertrude entró en la carroza con su madre y con dos tíos que habían asistido a la comida. Tras la vuelta habitual, desembocaron en la calle Marina, que entonces atravesaba el espacio ocupado ahora por los jardines públicos, y era el lugar donde los señores acudían en carroza a recrearse tras las fatigas de la jornada. Los tíos hablaron también con Gertrude, como requería la conveniencia de ese día; y uno de ellos, que parecía conocer, mejor que el otro, a cada persona, cada carroza, cada librea, y tenía a cada momento algo que decir del señor tal y de la señora cual, se volvió a ella de pronto y le dijo:

—¡Ah, picaruela! Dais una patada a todas estas necedades; sí que sois lista: nos dejáis a nosotros, los pobres mundanos, en el atolladero, os retiráis a hacer una vida beata y ganáis el paraíso como una seda.

Volvieron a casa algo tarde; y los servidores, descendiendo deprisa con las antorchas, advirtieron que muchas visitas estaban esperando. La voz había corrido, y parientes y amigos venían a cumplir con su deber. Se entró en el salón de recepciones. Y la postulanta fue el ídolo, el juguete, la víctima de la conversación. Todos la querían para sí: uno se hacía prometer dulces, otro prometía visitas, otro hablaba de la madre tal, parienta suya, otro de la madre cual, su conocida; otro alababa el cielo de Monza; otro platicaba, con gran sabor, del gran papel que ella haría allá. Otros, que no habían podido aún acercarse a Gertrude, tan asediada, acechaban la ocasión de adelantarse y sentían cierto remordimiento hasta no haber cumplido con su deber. Poco a poco la compañía se fue desvaneciendo; todos se marcharon sin remordimiento, y Gertrude se quedó sola con sus padres y su hermano.

—Por fin —dijo el príncipe— he tenido el consuelo de ver a mi hija tratada como le corresponde. Pero hay que confesar que también ella se ha comportado muy bien, y ha mostrado que no tendrá dificultades para hacer el primer papel y sostener el decoro de la familia.

Se cenó deprisa, para retirarse pronto, y estar dispuestos a la mañana siguiente.

Gertrude, contristada, despechada y, al mismo tiempo, un poco engreída con todos aquellos cumplidos, recordó en ese momento lo que había sufrido con su carcelera; y viendo a su padre tan dispuesto a complacerla en todo, salvo en una cosa, quiso aprovechar el apogeo en el que se hallaba para aquietar al menos una de las pasiones que la atormentaban. Mostró, pues, una

gran repugnancia a encontrarse con ella, quejándose grandemente de sus modales.

—¿Cómo? —dijo el príncipe—. ¿Os ha faltado al respeto? Mañana, mañana le daré un buen escarmiento. Dejadme a mí, que le demostraré quién es ella y quién sois vos. Y, de todos modos, una hija con la que yo estoy contento no debe ver a su alrededor a una persona que le desagrada.

Dicho esto, mandó llamar a otra mujer, y le ordenó que sirviera a Gertrude; la cual, entretanto, mascando y saboreando la satisfacción que había recibido, se asombraba de encontrarle tan poco jugo, en comparación con el deseo que había tenido. Lo que, a pesar suyo, se adueñaba de todo su ánimo era el sentimiento de los grandes progresos que había hecho, en ese día, por el camino del claustro, la idea de que para retroceder ahora se necesitaría mucha más fuerza y resolución de la que habría bastado pocos días antes, y que, sin embargo, no fue capaz de tener.

La mujer que fue a acompañarla a su cuarto era una vieja de la casa, aya en tiempos del principito, al que había recibido en cuanto le quitaron los pañales, y al que crio hasta la adolescencia, y en el que había puesto todas sus complacencias, sus esperanzas, su gloria. Estaba tan contenta con la decisión tomada ese día, como si de su propia fortuna se tratara; y Gertrude, como última diversión, tuvo que tragarse las felicitaciones, las alabanzas, los consejos de la vieja, y oír hablar de ciertas tías y tías abuelas suyas, que habían estado muy contentas de ser monjas, porque, al ser de aquella casa, habían gozado siempre de los mayores honores, habían sabido siempre tener una patita fuera, y desde su locutorio habían conseguido cosas que las más grandes damas, en sus salones, no habían podido obtener. Le habló de las visitas que recibiría; un día, además, iría el principito con su esposa, la cual sería ciertamente una gran señora; y entonces no solo el monasterio, sino todo el pueblo, se alborotaría. La vieja había hablado mientras desnudaba a Gertrude, cuando Gertrude estaba en la cama; seguía hablando mientras Gertrude dormía. El sueño y la fatiga habían sido más fuertes que las preocupaciones. El sueño fue afanoso, turbio, lleno de penosos ensueños, pero solo lo interrumpió la voz chillona de la vieja, que vino a despertarla, para que se preparase para la jira a Monza.

—Vamos, vamos, señora postulanta; ya es día claro; y, antes de que vuestra merced esté vestida y peinada, se necesitará al menos una hora. La señora princesa se está vistiendo; y la han despertado cuatro horas antes de lo habitual. El principito ha bajado ya a las cuadras, después ha vuelto a subir y está a la orden para partir cuando sea. ¡Vivaz como una liebre, ese diablillo!

Ha sido así desde pequeño; y yo puedo decirlo, que lo llevé en brazos. Pero cuando está preparado no hay que hacerlo esperar, porque, aunque de la mejor pasta del mundo, entonces se impacienta y alborota. ¡Pobrecillo!, hay que compadecerlo: es su natural; y además esta vez tiene algo de razón, porque se molesta por vuestra merced. ¡Ay de quien lo toca en esos momentos! No tiene consideración con nadie, salvo con el señor príncipe, aunque, a fin de cuentas, por encima solo tiene al príncipe, y un día el señor príncipe será él; aunque ojalá lo más tarde posible. ¡Rápida, rápida, señorita! ¿Por qué me mira así, fascinada? A estas horas debería estar fuera del catre.

Ante la imagen del principito impaciente, todos los demás pensamientos que se habían agolpado en la mente recién despertada de Gertrude alzaron el vuelo de inmediato, como una bandada de gorriones al aparecer el milano. Obedeció, se vistió de prisa, se dejó peinar y se presentó en la sala, donde estaban reunidos sus padres y su hermano. La hicieron sentar en una silla de brazos y le trajeron una jícara de chocolate, lo cual, en aquellos tiempos, era lo que antaño entre los romanos al dar la toga viril^[26].

Cuando vinieron a avisar que estaba enganchado, el príncipe llamó a su hija aparte y le dijo:

—Ea, Gertrude, ayer os hicisteis honor; hoy debéis superaros a vos misma. Se trata de hacer una solemne aparición en el monasterio y en el pueblo donde estáis destinada al primer papel. Os esperan... —Es inútil decir que el príncipe había expedido un aviso a la abadesa el día anterior—. Os esperan, y todos los ojos estarán sobre vos. Dignidad y desenvoltura. La abadesa os preguntará qué queréis; es una formalidad. Podéis responder que pedís ser admitida a vestir el hábito en ese monasterio, donde habéis sido educada tan cariñosamente, donde habéis recibido tantas finezas, lo cual es la pura verdad. Decid esas pocas palabras con expresión suelta; que no vayan a decir que os las han apuntado y que no sabéis hablar por vos. Esas buenas madres nada saben de lo acaecido; es un secreto que debe quedar enterrado en la familia; y, por tanto, no pongáis una cara contrita y perpleja, que pueda infundir sospechas. Mostrad de qué sangre venís: gentil, modesta; pero recordad que, en aquel lugar, nadie estará por encima de vos, salvo la familia.

Sin esperar respuesta, el príncipe echó a andar; Gertrude, la princesa y el principito lo siguieron; bajaron todas las escaleras y montaron en la carroza. Las molestias y los inconvenientes del mundo, y la beata vida del claustro, principalmente para las jóvenes de sangre nobilísima, fueron el tema de conversación durante el trayecto. A punto de acabar el viaje, el príncipe renovó las instrucciones a su hija y le repitió varias veces la fórmula de la

respuesta. Al entrar en Monza, Gertrude sintió encogersele el corazón; pero su atención fue atraída un instante por no sé qué caballeros que, haciendo detener la carroza, recitaron no sé qué cumplido. Reanudando el camino, fueron casi al paso al monasterio, entre las miradas de los curiosos, que acudían de todas partes a la calle. Al detenerse la carroza, ante aquellos muros, ante aquella puerta, a Gertrude se le encogió aún más el corazón. Se aparearon entre dos hileras de pueblo, que los criados apartaban hacia atrás. Todos aquellos ojos encima de la pobrecilla la obligaban a estudiar continuamente su porte; pero, más que todos ellos juntos, la tenían sumisa los dos de su padre, a los que, aun cuando tuviese tan gran miedo de ellos, no podía dejar de dirigir los suyos a cada momento. Y aquellos ojos gobernaban sus movimientos y su rostro, como por medio de invisibles riendas. Atravesado el primer patio, se entró en otro, y allí se vio la puerta del claustro interior, abierta de par en par y completamente ocupada por monjas. En la primera fila, la abadesa rodeada por ancianas; detrás, otras monjas agolpadas, alguna de puntillas; por último, las legas, subidas en banquetas. Se veían también aquí y allá relucir a media altura unos ojillos, asomar unas caritas entre los hábitos: eran las más diestras, las más animosas de las educandas, que, introduciéndose y penetrando entre una monja y otra, habían logrado abrirse un hueco, para ver también algo. De aquel gentío salían aclamaciones; se veían muchos brazos agitados, en señal de acogida y de gozo. Llegaron a la puerta; Gertrude se encontró cara a cara con la madre abadesa. Tras los primeros cumplidos, esta, con modales entre festivos y solemnes, le preguntó qué deseaba en aquel lugar, donde no había quien le pudiera negar nada.

—Estoy aquí... —comenzó Gertrude.

Mas, en el momento de proferir las palabras que debían decidir casi irrevocablemente su destino, vaciló un instante y se quedó con los ojos clavados en la muchedumbre que tenía delante. Vio, en ese momento, a una de sus conocidas compañeras, que la miraba con aire de compasión y de malicia al tiempo, y que parecía decir: «¡Ah! Ya cayó la valiente». Aquella visión, despertando con más viveza en el ánimo todos sus más antiguos sentimientos, le devolvió también un resto del poco valor antiguo; y ya estaba buscando una respuesta cualquiera, distinta de la que le habían dictado, cuando, alzando la mirada a la cara de su padre, como para probar sus fuerzas, descubrió en ella una inquietud tan sombría, una impaciencia tan amenazadora que, resuelta por obra del miedo, con la misma prontitud con que habría emprendido la fuga ante un objeto terrible, prosiguió:

—Estoy aquí para pedir que me admitan a vestir el hábito religioso, en este monasterio, donde me han criado tan cariñosamente.

La abadesa respondió al punto que le desagradaba mucho, en tal ocasión, que las reglas no le permitieran dar inmediatamente una respuesta, la cual tenía que venir de los votos comunes de las hermanas, y a la que debía proceder la licencia de los superiores. Aunque Gertrude, conociendo los sentimientos que por ella tenían en aquel lugar, podía prever con certeza cuál sería esa respuesta; y que mientras tanto ninguna regla prohibía a la abadesa y a las hermanas manifestar el consuelo que sentían por aquella petición. Se alzó entonces un confuso estruendo de felicitaciones y aclamaciones. Trajeron enseguida grandes azafates colmados de dulces, que presentaron primero a la postulanta y después a los padres. Mientras unas monjas intentaban acapararla, y otras felicitaban a la madre, otras al principito, la abadesa hizo rogar al príncipe que acudiera a la reja del locutorio, donde lo esperaba. Estaba acompañada por dos ancianas; y, cuando lo vio aparecer, dijo:

—Señor príncipe..., por obedecer a las reglas..., por cumplir una formalidad indispensable, si bien en este caso... no obstante debo decirle... que, cada vez que una hija pide ser admitida a vestir el hábito..., la superiora, como yo soy indignamente..., está obligada a advertir a los padres... de que si, por azar..., forzasen la voluntad de su hija, incurrirían en excomunión. Vuestra merced me excusará...

—Perfecto, perfecto, reverenda madre. Alabo su diligencia; es más que justo... Pero su reverencia no puede dudar...

—¡Oh!, figúrese, señor príncipe... He hablado por obligación concreta..., por lo demás...

—Claro, claro, madre abadesa.

Intercambiadas estas palabras, los dos interlocutores se inclinaron recíprocamente y se separaron, como si a ambos les pesara permanecer allí, frente a frente; y fueron a reunirse cada uno con su compañía, el uno fuera, la otra dentro del umbral del claustro. Tras un poco más de plática, dijo el príncipe:

—Oh, vámonos. Gertrude podrá pronto disfrutar a sus anchas de la compañía de estas madres. Por ahora ya las hemos molestado bastante.

Dicho esto, hizo una reverencia; la familia echó a andar con él; se renovaron los cumplidos y se partió.

Gertrude, al regresar, no tenía demasiadas ganas de conversación. Espantada por el paso que había dado, avergonzada por su cortedad, enojada con los demás y consigo misma, echaba tristemente la cuenta de las ocasiones

que aún le quedaban para decir no; y se prometía débil y confusamente a sí misma que, en esta, o en aquella, o en aquella otra, sería más diestra y más fuerte. Con todos estos pensamientos, no se había disipado empero el terror ante el ceño de su padre; de modo que cuando, con una ojeada que le echó a hurtadillas, pudo aclarar que en el rostro de él no quedaba ningún vestigio de cólera, cuando hasta vio que se mostraba satisfechísimo de ella, le pareció una gran cosa y estuvo, por un instante, muy contenta.

En cuanto llegaron, hubo que volver a vestirse y acicalarse; después el almuerzo, después algunas visitas, después el paseo en carroza, después la tertulia, después la cena. Al final de esta, el príncipe sacó a colación otro asunto, la elección de la madrina. Se llamaba así a una dama que, a petición de los padres, se convertía en custodia y escolta de la joven postulante, en el tiempo entre la petición y el ingreso en el monasterio; tiempo que se empleaba en visitar las iglesias, los edificios públicos, las tertulias, las villas, los santuarios; en suma, todas las cosas más notables de la ciudad y de los alrededores, con el fin de que las jóvenes, antes de proferir unos votos irrevocables, vieran bien lo que mandaban a paseo.

—Habrà que pensar en una madrina —dijo el príncipe—, porque mañana vendrà el vicario de las monjas, para la formalidad del examen, e, inmediatamente después, Gertrude será propuesta en el capítulo, para que la acepten las madres.

Al decir esto, se había vuelto hacia la princesa; y esta, creyendo que era una invitación a proponer, comenzó:

—Podría ser...

Pero el príncipe la interrumpió:

—No, no, señora princesa; la madrina debe ante todo agradar a la postulante; y, aunque el uso universal deje la elección a los padres, Gertrude es tan juiciosa, tan sensata que merece que en su caso se haga una excepción. —Y aquí, volviéndose hacia Gertrude, con el ademán de quien anuncia una gracia singular, continuó—: Cada una de las damas que han estado esta tarde en la tertulia tiene lo que se requiere para ser madrina de una hija de nuestra casa; no hay ninguna, podéis creerlo, que no se considere honrada con la preferencia. Elegid vos.

Gertrude veía perfectamente que hacer esa elección era dar un nuevo consentimiento; pero la propuesta se le hacía con tanto aparato que un rechazo, por humilde que fuera, podía parecer desprecio, o por lo menos capricho y melindre. Dio, pues, también ese paso; y nombró a la dama con quien esa tarde había congeniado más; es decir, la que le había hecho más

caricias, la había alabado más, la había tratado con esos modales familiares, cariñosos y solícitos que, en los primeros momentos de un conocimiento, son el remedo de una vieja amistad.

—Excelente elección —dijo el príncipe, que deseaba y esperaba precisamente aquella.

Fuese arte o casualidad, había ocurrido como cuando el prestidigitador hace pasar ante los ojos las cartas de un mazo, diciendo que penséis una que él os la adivinará; pero las ha hecho pasar de tal manera que solo veis una. Aquella dama había estado tan alrededor de Gertrude toda la tarde, la había entretenido tanto que esta habría necesitado un esfuerzo de la fantasía para pensar en otra. Tantas deferencias no carecían de motivos: la dama había puesto sus ojos en el principito, desde hacía mucho tiempo, para convertirlo en su yerno; de ahí que mirara las cosas de aquella casa como suyas propias; y era muy natural que se interesase por la querida Gertrude, tanto como los parientes más próximos.

Al día siguiente, Gertrude se despertó con el pensamiento del examinador que debía venir; y mientras estaba rumiando si podía aprovechar aquella ocasión tan decisiva para retroceder, y de qué manera, el príncipe la mandó llamar:

—Ea, hija mía —le dijo—, hasta ahora os habéis portado espléndidamente; hoy se trata de coronar la obra. Todo lo que se ha hecho hasta ahora se ha hecho con vuestro consentimiento. Si durante este tiempo hubiera nacido en vos alguna duda, algún arrepentimiento, antojos de juventud, habríais debido explicaros; pero, en el punto en que están ahora las cosas, ya no es hora de hacer niñerías. Ese hombre de bien que debe venir esta mañana os hará cien preguntas sobre vuestra vocación: si os metéis monja por vuestra voluntad, y por qué, y cómo, y yo qué sé. Si titubeáis al responder, os tendrá en ascuas quién sabe cuánto. Sería un fastidio, un tormento para vos; pero aún podría producirse otro contratiempo muy serio. Tras todas las demostraciones públicas que se han hecho, la más pequeña vacilación que se viese en vos pondría en entredicho mi honor, podría hacer creer que he tomado una ligereza vuestra por una resolución firme, que he precipitado la cosa, que he..., ¿yo qué sé? En este caso, me encontraría en la necesidad de elegir entre dos partidos dolorosos: o dejar que el mundo forme un triste concepto de mi conducta, partido que no concuerda en absoluto con lo que me debo a mí mismo, o desvelar el verdadero motivo de vuestra resolución, y... —Pero aquí, viendo que Gertrude se había puesto escarlata, que se arrasaban sus ojos y el rostro se le contraía, como las hojas de una flor en el bochorno

que precede a la borrasca, interrumpió aquel tema y, con aire sereno, prosiguió—: Vamos, vamos, todo depende de vos, de vuestro buen juicio. Sé que tenéis mucho, y que no sois capaz de estropear al final una cosa bien hecha; pero yo debía prever todos los casos. No se hable más; quedamos de acuerdo en que responderéis con franqueza, de modo que no nazcan dudas en la cabeza de ese hombre de bien. Así también vos os desembarazaréis de ello más pronto.

Y aquí, tras haber sugerido alguna respuesta a las interrogaciones más probables, se adentró en la consabida conversación de las dulzuras y los goces que a Gertrude se le preparaban en el monasterio; y la entretuvo con eso, hasta que llegó un servidor a anunciar al vicario. El príncipe renovó de prisa las advertencias más importantes, y dejó a su hija sola con él, como estaba prescrito.

El hombre de bien venía con cierta opinión previa de que Gertrude tenía una gran vocación para el claustro, porque así se lo había dicho el príncipe, cuando había ido a invitarlo. Es cierto que el buen sacerdote, el cual sabía que la desconfianza era una de las virtudes más necesarias en su oficio, tenía como máxima ir con cuidado al dar crédito a semejantes declaraciones, y estar en guardia contra las ideas preconcebidas; pero muy raramente ocurre que las palabras afirmativas y seguras de una persona autorizada, en cualquier cosa, no tiñan con su color la mente de quien las escucha.

Tras los primeros cumplidos, le dijo:

—Señorita, vengo a hacer el papel del diablo; vengo a poner en duda lo que, en su solicitud, vuestra merced ha dado por cierto; vengo a ponerle ante los ojos las dificultades y a averiguar si las ha considerado a fondo. Permítame que le haga algunas preguntas.

—Diga, pues —respondió Gertrude.

El buen sacerdote empezó entonces a interrogarla, en la forma prescrita por las reglas.

—¿Siente vuestra merced en su corazón una libre y espontánea resolución de hacerse monja? ¿Han sido empleadas amenazas, o halagos? ¿Se ha hecho uso de alguna autoridad para inducirla a ello? Hable sin recelo, y con sinceridad, a un hombre cuyo deber es conocer su auténtica voluntad, para impedir que se la violente en modo alguno.

La verdadera respuesta a tal pregunta asomó al instante a la mente de Gertrude con terrible evidencia. Para dar esa respuesta, había que llegar a una explicación, decir quién la había amenazado, contar una historia... La infeliz huyó espantada de esta idea; buscó a toda prisa otra respuesta; encontró una

sola que podía liberarla pronta y seguramente de aquel suplicio, la más contraria a la verdad.

—Me hago monja —dijo, ocultando su turbación—, me hago monja por mi gusto, libremente.

—¿Cuánto tiempo hace que nació en vuestra merced este pensamiento? —preguntó todavía el buen sacerdote.

—Lo he tenido siempre —respondió Gertrude, más franca ya, después de aquel primer paso, para mentir contra sí misma.

—Pero ¿cuál es el motivo principal que la induce a hacerse monja?

El buen sacerdote no sabía qué terrible tecla tocaba; y Gertrude hizo un gran esfuerzo para no dejar traslucir en su rostro el efecto que aquellas palabras producían en su ánimo.

—El motivo —dijo— es servir a Dios y huir de los peligros del mundo.

—¿No será acaso algún disgusto? ¿Algún..., discúlpeme..., capricho? A veces una causa momentánea puede provocar una impresión que parece que va a durar siempre; y cuando después la causa cesa, y el ánimo muda, entonces...

—No, no —respondió precipitadamente Gertrude—, la causa es la que le he dicho.

El vicario, más por cumplir por entero con su obligación que por la persuasión de que fuera preciso, insistió en sus preguntas; pero Gertrude estaba decidida a engañarlo. Amén de la repugnancia que le causaba la idea de dar conocimiento de su debilidad a aquel grave y bondadoso sacerdote, que parecía muy lejos de sospechar tal cosa de ella, la pobrecilla pensaba además que él podía muy bien impedir que se metiera monja; pero ahí acababa su autoridad sobre ella y su protección. Una vez hubiese partido, ella se quedaría sola con el príncipe. Y cualquier cosa que hubiera tenido que padecer luego en aquella casa el buen sacerdote la habría ignorado, o, aun sabiéndola, con toda su buena intención, no habría podido hacer más que tener compasión de ella, esa compasión tranquila y mesurada, que, en general, se concede, como por cortesía, a quien ha dado motivo o pretexto al mal que le hacen. El examinador se cansó antes de interrogar que la desventurada de mentir; y al oír aquellas respuestas siempre conformes, y al no tener ningún motivo para dudar de su sinceridad, mudó finalmente de lenguaje; la felicitó, le pidió, en cierto modo, excusas por haber tardado tanto en cumplir con su deber; agregó lo que creía más adecuado para confirmarla en su buen propósito y se despidió.

Al atravesar los salones para salir, tropezó con el príncipe, el cual parecía pasar por allí por casualidad; y también se congratuló con él por las buenas disposiciones en que había encontrado a su hija. El príncipe había estado hasta entonces en muy penosa suspensión; respiró con aquella noticia y, olvidando su gravedad habitual, fue casi corriendo a ver a Gertrude, la colmó de alabanzas, caricias y promesas, con un júbilo cordial, con una ternura en gran parte sincera; así es este batiburrillo del corazón humano.

Nosotros no seguiremos a Gertrude en aquel giro continuado de espectáculos y diversiones. Y ni siquiera describiremos, con detalle y por orden, los sentimientos de su ánimo durante todo ese tiempo: sería una historia de dolores y de fluctuaciones, demasiado monótona y demasiado semejante a las cosas ya dichas. La amenidad de los lugares, la variedad de los objetos, el recreo que pese a todo encontraba en correr de acá para allá al aire libre le hacían más odiosa la idea del lugar donde al final se apearía por última vez, para siempre. Más punzantes aún eran las impresiones que recibía en las tertulias y las fiestas. La visión de las novias a las que se daba este título en el sentido más evidente y más usado le causaba una envidia, una aflicción intolerable; y a veces el aspecto de algún otro personaje le hacía creer que, en oírse dar este título, debía hallarse el colmo de la felicidad. A veces la pompa de los palacios, el esplendor de los adornos, el bullicio y el estrépito jovial de las fiestas le comunicaban una ebriedad, un ansia tal de vivir ameno que se prometía a sí misma desdecirse, sufrirlo todo, mejor que volver a la sombra fría y muerta del claustro. Pero todas esas resoluciones se esfumaban con la consideración más reposada de las dificultades, con solo clavar los ojos en el rostro del príncipe. A veces, también, la idea de tener que abandonar para siempre aquellos goces le hacían amarga y penosa aquella pequeña muestra; como el enfermo sediento mira con rabia, y casi rechaza con despecho, la cucharada de agua que el médico le concede a duras penas. Entretanto el vicario de las monjas había otorgado la atestación necesaria, y llegó la licencia de celebrar capítulo para aceptar a Gertrude. El capítulo se celebró: concurrieron, como era de esperar, los dos tercios de los votos secretos que exigían los reglamentos, y Gertrude fue aceptada. Ella misma, cansada de aquel largo escarnio, pidió entonces entrar lo más pronto posible en el monasterio. No había, a buen seguro, quien quisiera frenar tal impaciencia. Se hizo, pues, su voluntad; y, conducida con gran pompa al monasterio, tomó el hábito. Después de doce meses de noviciado, llenos de arrepentimientos y nuevos arrepentimientos, llegó el momento de la profesión, esto es, el momento en que convenía o decir un no más extraño,

más inesperado, más escandaloso que nunca, o repetir un sí tantas veces dicho; lo repitió, y fue monja para siempre.

Es una de las facultades singulares e incommunicables de la religión cristiana el poder guiar y consolar a quienquiera que, en cualquier coyuntura, en cualquier término, acuda a ella. Si hay remedio para lo pasado, lo prescribe, lo suministra, da luces y fuerza para ponerlo en práctica a toda costa; si no lo hay, da el modo de hacer real y efectivamente lo que dice el proverbio: de necesidad virtud. Enseña a continuar con sabiduría lo que se emprendió por ligereza; pliega el ánimo a abrazar con propensión lo que impuso la violencia, y a una elección que fue temeraria, pero que es irrevocable, otorga toda la santidad, toda la cordura y, digámoslo francamente, todas las alegrías de la vocación. Es un camino tal que, sea cual sea el laberinto, el precipicio desde donde el hombre llegue a él, una vez que por él da un paso, puede a partir de entonces caminar con seguridad y buena gana, y llegar gratamente a un grato fin. Con este medio, Gertrude podría haber sido una monja santa y dichosa, sin importar cómo se había convertido en tal. Pero la infeliz se debatía en cambio bajo el yugo, y así sentía con más fuerza su peso y sus sacudidas. Una nostalgia incesante de la libertad perdida, el aborrecimiento del estado presente, un vagar fatigoso tras deseos que jamás se verían satisfechos, tales eran las principales ocupaciones de su ánimo. Rumiaba aquel amargo pasado, recomponía en su memoria todas las circunstancias por las cuales se encontraba allí y deshacía mil veces inútilmente con el pensamiento lo que había hecho con las obras; se acusaba a sí misma de cortedad, y a los otros de tiranía y de perfidia; y se consumía. Idolatraba su belleza y al tiempo la lloraba, deploraba una juventud destinada a derretirse en un lento martirio, y envidiaba, en ciertos momentos, a cualquier mujer que pudiese, en cualquier condición, con cualquiera conciencia, disfrutar libremente de esos dones en el mundo.

La vista de aquellas monjas que habían echado una mano para meterla allá dentro le resultaba odiosa. Recordaba las artes y las trampas que habían puesto en práctica, y se las pagaba con otras tantas descortesías, con otros tantos desaires y hasta con abiertos reproches. A ellas les convenía la mayoría de las veces tragar y aguantar: pues el príncipe había querido tiranizar a su hija cuanto fue necesario para empujarla al claustro, pero, conseguido su intento, no habría tolerado fácilmente que otros pretendieran someter a su sangre; y el menor alboroto que hubiesen hecho podía ser causa de que perdieran esa gran protección, o de cambiar tal vez al protector en enemigo. Parece que Gertrude habría debido sentir cierta propensión hacia las otras

hermanas que no habían participado en las intrigas y que, sin haberla deseado como compañera, la amaban como tal; y piadosas, ajetreadas y joviales le mostraban con su ejemplo que también allí dentro se podía no solo vivir, sino estar a gusto. Pero también estas le resultaban odiosas, por otro motivo. Su aire de piedad y de contento le parecía como un reproche a su inquietud y a su conducta extravagante; y no dejaba escapar oportunidad de ridiculizarlas a sus espaldas como santurronas, o de criticarlas como hipócritas. Quizá se habría mostrado menos contraria a ellas de haber sabido o adivinado que las pocas bolas negras, encontradas en la urna que decidió su aceptación, habían sido medidas precisamente por aquellas^[27].

A veces le parecía hallar algún consuelo en mandar, en ser adulada en el monasterio, en recibir visitas de cumplido de personas de fuera, en salir triunfadora en sus empeños, en emplear su protección, en oírse llamar la señora. Pero ¡qué consuelos! El corazón, encontrándose tan poco satisfecho con ellos, habría querido de cuando en cuando agregarles los consuelos de la religión y gozar con ellos; pero estos no acuden sino a quien descuida los otros: como el náufrago, si quiere aferrar la tabla que puede conducirlo a salvo a la orilla, debe abrir el puño y abandonar las algas, a las que se había agarrado con instintiva furia.

Poco después de profesar, a Gertrude la nombraron maestra de las educandas; imaginaos ahora cómo debían de estar aquellas jovencitas bajo tal disciplina. Sus antiguas confidentes se habían marchado todas; pero ella conservaba vivas todas las pasiones de aquel tiempo; y, de un modo u otro, las alumnas debían soportar su peso. Cuando se le pasaba por la cabeza que muchas de ellas estaban destinadas a vivir en aquel mundo del que ella estaba excluida para siempre, experimentaba contra aquellas pobrecitas ojeriza, un deseo casi de venganza; y las dominaba, las maltrataba, les hacía pagar por anticipado los placeres que disfrutarían un día. Quien hubiera oído, en esos momentos, el desdén magistral con que las reprendía, por la menor travesura, la habría creído mujer de espiritualidad salvaje e indiscreta. En otros momentos, el mismo horror por el claustro, por la regla, por la obediencia estallaba en accesos de un humor del todo opuesto. Entonces no solo soportaba la distracción clamorosa de sus alumnas, sino que la excitaba; se mezclaba en sus juegos y los hacía más desordenados; participaba en sus conversaciones y las llevaba más lejos de las intenciones con que las habían iniciado. Si alguna decía una frase sobre el parloteo de la madre abadesa, la maestra lo imitaba largamente y hacía con él una escena de comedia; remedaba el rostro de una monja, los andares de otra y reía entonces a

carcajadas; pero eran risas que no la dejaban más alegre que antes. Así había vivido unos años, no habiendo tenido medio ni ocasión de hacer más, cuando su desgracia quiso que se presentase una ocasión.

Entre otras distinciones y privilegios que se le habían concedido, para compensarla de no poder ser abadesa, estaba también el de vivir en habitación aparte. Aquel lado del monasterio era contiguo a una casa habitada por un joven, malvado de profesión, uno de los muchos que, en aquellos tiempos, con sus esbirros y con las alianzas de otros malvados, podía, hasta cierto punto, reírse de la fuerza pública y de las leyes. Nuestro manuscrito lo llama Egidio, sin hablar de su linaje. Este, desde un ventanuco que dominaba un patizuelo de aquel sector, había visto alguna vez a Gertrude pasar o vagabundear por allí, ociosa; y, más seducido que aterrado por los peligros y la impiedad de la empresa, un día osó dirigirle la palabra. La desventurada respondió.

En los primeros momentos experimentó un contento no puro, ciertamente, pero vivo. En el aburrido vacío de su alma había venido a introducirse una ocupación intensa, continua y casi diríamos que una vida poderosa; pero aquel contento era similar a la bebida restauradora que la ingeniosa crueldad de los antiguos escanciaba al condenado, a fin de darle fuerzas para soportar los tormentos. Se vieron, al mismo tiempo, grandes novedades en toda su conducta: se volvió, de repente, más regular, más tranquila, abandonó escarnios y barboteos, se mostró incluso cariñosa y amable, de modo que las hermanas se alegraban de aquel feliz cambio, muy lejos de imaginar su verdadero motivo, y de comprender que aquella nueva virtud no era sino hipocresía sumada a las antiguas lacras. Mas aquella apariencia, aquella encaladura exterior, por así decirlo, no duró mucho tiempo, al menos con continuidad e igualdad; muy pronto volvieron a la palestra los acostumbrados desaires y los acostumbrados caprichos, volvieron a dejarse oír las imprecaciones y los escarnios contra la prisión claustral, y expresados a veces en un lenguaje insólito en aquel lugar, y también en aquella boca. Pero a cada uno de esos deslices le sucedía un arrepentimiento, un gran cuidado por hacerlos olvidar, a fuerza de zalemas y buenas palabras. Las monjas soportaban como mejor podían todos estos altibajos, y los atribuían a la índole extravagante y ligera de la señora.

Durante cierto tiempo, no pareció que ninguna pensase algo más; pero un día que la señora, trabándose de palabras con una lega, por no sé qué chismorreos, se dejó arrastrar a insultarla en desmesura, y no acababa nunca, la lega, tras haber aguantado y haberse mordido los labios un rato, perdió

finalmente la paciencia y soltó una frase que ella sabía algo y que, en su tiempo y lugar, hablaría. A partir de ese momento la señora no tuvo paz. Pero no pasó mucho tiempo sin que una mañana esperaran en vano a la lega para sus tareas habituales: van a buscarla a su celda y no se encuentra; la llaman en alta voz, no responde; busca por aquí, busca por allá, vueltas y más vueltas, de un lado a otro: no está en ninguna parte. Quién sabe cuántas conjeturas se habrían hecho si, precisamente al buscar, no se hubiera descubierto un agujero en el muro del huerto; eso hizo pensar a todas que se había escapado por allí. Se hicieron averiguaciones en Monza y en los alrededores, y en especial en Meda, de donde era la lega; se escribió a distintas partes: jamás se tuvo la menor noticia. Quizá se habría podido saber más si, en vez de buscar lejos, se hubiera excavado cerca. Tras muchos asombros, porque nadie la había creído capaz de eso, y tras muchas conversaciones, se concluyó que debía de haberse ido lejos, muy lejos. Y, como a una hermana se le escapó decir: «Seguro que se ha refugiado en Holanda», se dijo al punto, y se creyó por un tiempo, en el monasterio, y fuera de él, que se había refugiado en Holanda. Aunque no parece que la señora fuese de este parecer. No es que mostrara no creer la opinión común, o la combatiese con sus razones particulares; si las tenía, cierto es que nunca razones fueron tan bien disimuladas; y no había cosa de la que se abstuviera de mejor grado que de remover aquella historia, cosa de la que se cuidase menos que de llegar al fondo de aquel misterio. Pero, cuanto menos hablaba de él, tanto más pensaba. ¡Cuántas veces al día la imagen de aquella mujer venía a introducirse de improviso en su mente, y se plantaba allí y no quería moverse! ¡Cuántas veces habría deseado verla ante sí viva y real, mejor que tenerla siempre clavada en el pensamiento, mejor que tener que encontrarse, día y noche, en compañía de aquella forma vana, terrible, impasible! ¡Cuántas veces habría querido oír de veras la voz aquella, cualesquiera que hubieran sido sus amenazas, mejor que tener siempre en lo íntimo del oído mental el susurro fantástico de esa misma voz, y oírle palabras repetidas con una pertinacia, con una insistencia infatigable, que jamás tuvo persona viviente!

Había transcurrido cerca de un año desde ese hecho cuando Lucia fue presentada a la señora, y tuvo con ella aquel coloquio en el cual nos quedamos en el relato. La señora multiplicaba las preguntas en torno a la persecución de don Rodrigo, y entraba en ciertos detalles con una intrepidez que resultó y debía de resultar más que nueva para Lucia, la cual jamás había pensado que la curiosidad de las monjas pudiera ejercitarse en torno a semejantes temas. No eran menos extraños, además, los juicios que ella

entremezclaba con las preguntas, o que dejaba traslucir. Parecía casi que se reía del gran asco que Lucia había sentido siempre por aquel caballero, y preguntaba si era un monstruo para dar tanto miedo; parecía casi que hubiera juzgado irracional y necia la esquivez de la joven, de no haber tenido como razón la preferencia dada a Renzo. Y sobre este también aventuraba preguntas, que dejaban estupefacta y ruborizada a la interrogada. Advirtiéndolo luego haber dejado correr en exceso la lengua tras los recreos del cerebro, trató de corregir y de interpretar para mejor aquellas charlas suyas; pero no pudo hacer que en Lucia no quedase un estupor desagradable y como un confuso espanto. Y, apenas pudo encontrarse sola con su madre, se abrió con ella; pero Agnese, como más experta, resolvió, con pocas palabras, todas aquellas dudas, y explicó todo el misterio.

—No te maravilles de eso —dijo—. Cuando hayas conocido el mundo como yo, verás que no son cosas para maravillarse. Los señores, quien más quien menos, quien por un aspecto, quien por otro, tienen todos algo de locos. Conviene dejarlos hablar, principalmente cuando se tiene necesidad de ellos; fingir escucharlos en serio, como si dijeran cosas justas. ¿Has oído cómo se me ha echado encima, como si yo hubiese dicho algún gran disparate? Yo no le he hecho ni pizca de caso. Son todos igual. Y, con todo, gracias sean dadas al cielo, pues parece que esta señora te ha cogido cariño y quiere protegernos de veras. Por lo demás, si sales de esta, hija mía, y si tienes que volver a tratar aún con señores, ya verás, ya verás, ya verás.

El deseo de obligar al padre guardián, la satisfacción de proteger, el pensamiento del buen concepto que podía rentar la protección empleada tan santamente, cierta inclinación hacia Lucia, y también cierto alivio al hacer bien a una criatura inocente, al socorrer y consolar oprimidos habían realmente dispuesto a la señora a tomarse a pecho la suerte de las dos pobres fugitivas. A petición suya y por consideración a ella, fueron alojadas en las habitaciones de la administradora, contiguas al claustro, y tratadas como si pertenecieran al servicio del monasterio. La madre y la hija se felicitaban una a otra por haber encontrado tan pronto un asilo seguro y honrado. También les habría agradado mucho permanecer ignoradas de todos; pero la cosa no era fácil en un monasterio, tanto más cuanto que había un hombre presuroso por tener noticias de una de ellas, y en el ánimo del cual, a la pasión y al pique de antes, se había sumado también el enojo de que se le hubiesen anticipado, desilusionándolo. Y nosotros, dejando a las mujeres en su refugio, volveremos al castillejo de este, en la hora en que estaba esperando el resultado de su malvada expedición.

XI

Como una jauría de sabuesos, tras haber perseguido en vano a una liebre, regresa mortificada hacia su amo, con los hocicos bajos y con las colas caídas, así, en aquella desbarajustada noche, regresaban los bravos al castillejo de don Rodrigo. Este caminaba de un lado a otro, en la oscuridad, por un cuartucho deshabitado del último piso, que daba a la explanada. De vez en cuando se detenía, aguzaba el oído, miraba por las rendijas de los postigos apolillados, lleno de impaciencia y no carente de inquietud, no solo por la incertidumbre del éxito, sino también por las consecuencias posibles; porque era la empresa más grave y más arriesgada que el buen hombre había iniciado hasta entonces. Sin embargo, se iba tranquilizando con la idea de las precauciones tomadas para destruir los indicios, si no las sospechas. «En cuanto a las sospechas —pensaba—, me río de ellas. Me gustaría saber quién será el valiente que venga aquí arriba a ver si hay o no hay una muchacha. Que venga, que venga ese palurdo, que será bien recibido. Que venga el fraile. ¿Y la vieja? Vaya la vieja a Bérgamo. ¿La justicia? ¡Bah, la justicia! El podestá no es un muchacho ni un loco. ¿Y en Milán? ¿Quién se cuida de estos en Milán? ¿Quién les haría caso? ¿Quién sabe que existen? Son como gente perdida en esta tierra; por no tener, no tienen ni un amo; gente de nadie. Vamos, vamos, nada de miedos. ¡Cómo se quedará Attilio mañana por la mañana! Ya verá, ya verá si yo me ando con charlas o con hechos. Y además..., si acaso surgiese algún enredo..., ¿qué sé yo?, si algún enemigo quisiera aprovechar la ocasión..., también Attilio sabrá aconsejarme: va en ello el honor de toda la parentela». Pero el pensamiento sobre el que se detenía más, porque en él encontraba al tiempo un apaciguamiento de las dudas y un cebo para la pasión principal, era el pensamiento de las lisonjas, de las promesas que utilizaría para amansar a Lucia. «Tendrá tanto miedo de encontrarse aquí sola, en medio de estos, de estas caras, que... el rostro más humano aquí soy yo, pardiez..., que tendrá que recurrir a mí, le tocará a ella suplicar; y si suplica...».

Mientras hace estas hermosas cuentas, oye pisadas, va a la ventana, abre un poco, se asoma; son ellos. «¿Y la silla de manos? ¡Diablo! ¿Dónde está la silla de manos? Tres, cinco, ocho; están todos; está también el Griso; la silla de manos no está. ¡Diablos! ¡Diablos! El Griso me rendirá cuentas».

Una vez entrados, el Griso dejó en un rincón de una estancia de la planta baja su bordón, dejó el sombrero y la esclavina, y, como requería su cargo, que en ese momento nadie le envidiaba, subió a rendir aquella cuenta a don Rodrigo. Este lo esperaba en lo alto de la escalera; y al verlo aparecer con la torpe y desgarrada presencia del bribón desilusionado, le dijo o le gritó:

—¿Qué? ¿Qué, señor fanfarrón, señor capitán, señor «dejemeamí»?

—Es duro —respondió el Griso, quedándose con un pie en el primer peldaño—, es duro recibir reproches tras haber trabajado fielmente y tratado de cumplir con su deber y arriesgado incluso su pellejo.

—¿Cómo ha ido? Oiremos, oiremos —dijo don Rodrigo, y se encaminó hacia su cuarto, adonde lo siguió el Griso, haciendo de inmediato la relación de lo que había dispuesto, hecho, visto y no visto, oído, temido, remediado; y la hizo con el orden y la confusión, con la incertidumbre y el aturdimiento, que por fuerza debían reinar al tiempo en sus ideas.

—No es culpa tuya y te has portado bien —dijo don Rodrigo—, has hecho lo que se podía; pero..., pero ¡que haya un espía bajo este techo! Si lo hay, si lo llego a descubrir, y lo descubriremos si lo hay, a ese lo arreglo yo; te aseguro, Griso, que le zurro la badana.

—También a mí, señor —dijo el Griso—, se me pasó por la cabeza tal sospecha; y si fuera verdad, si se llegase a descubrir un bribón de esa clase, el señor amo lo debe poner en mis manos. ¡Alguien que se hubiera tomado la diversión de hacerme pasar una noche como esta! Me tocaría a mí darle su pago. Pero por varias cosas me ha parecido poder advertir que debe haber alguna otra intriga, que por ahora no se puede entender. Mañana, señor, mañana se verá claro.

—¿No os han reconocido al menos?

El Griso respondió que esperaba que no; y la conclusión de la conversación fue que don Rodrigo le ordenó, para el día siguiente, tres cosas que el otro habría sabido pensar por sí mismo también: despachar por la mañana temprano a dos hombres para hacer al cónsul aquella intimación, que luego se hizo, como hemos visto; a otros dos al caserío a hacer la ronda, para mantener alejado a cualquier desocupado que por allí apareciese, y para sustraer a las miradas la silla de manos hasta la próxima noche, en que se enviaría a buscarla, ya que por ahora no convenía hacer otros movimientos

que infundieran sospechas; e ir luego él, y mandar también a otros, de los más desenvueltos y de mejor cabeza, a mezclarse con la gente, para descubrir algo en torno al enredo de aquella noche. Dadas tales órdenes, don Rodrigo se fue a dormir, y dejó marchar también al Griso, despidiéndolo con muchas alabanzas, de las que se traslucía evidentemente la intención de resarcirlo por los precipitados improprios con que lo había acogido.

Vete a dormir, pobre Griso, que debes de necesitarlo. ¡Pobre Griso! Ajetreado todo el día, ajetreado la mitad de la noche, sin contar el peligro de caer entre las garras de los villanos, o de buscarte una talla por raptó de mujer honesta, añadida a las que ya tienes encima, ¡y ser recibido luego de esa manera! ¡Ay!, así pagan a menudo los hombres. Sin embargo, has podido ver, en esta circunstancia, que algunas veces la justicia, si no llega a la primera, llega antes o después, también en este mundo. Vete a dormir por ahora, que un día tendrás quizá que suministrarnos otra prueba, y más notable que esta.

A la mañana siguiente, el Griso estaba de nuevo fuera, a sus tareas, cuando don Rodrigo se levantó. Este buscó al punto al conde Attilio, el cual, viéndolo asomar, puso una cara y un gesto burlón y le gritó:

—¡San Martín!

—No sé qué deciros —respondió don Rodrigo, llegando a su lado—: Pagaré la apuesta; pero no es eso lo que más me escuece. No os había dicho nada, porque, lo confieso, pensaba dejaros sorprendido esta mañana. Pero... basta, ahora os lo contaré todo.

—Ha metido la zarpa el fraile en este asunto —dijo el primo, tras haberlo oído todo, con más seriedad de la que se habría esperado de semejante cabeza de chorlito—. Ese fraile —continuó—, con sus modales de mátalas callando y con sus propuestas bobas, lo tengo yo por un perillán y un entrometido. Y vos no os habéis fiado de mí, ni me habéis nunca dicho con claridad con qué vino a engatusaros el otro día. —Don Rodrigo refirió el diálogo—. ¿Y habéis tenido tanto aguante? —exclamó el conde Attilio—. ¿Y lo habéis dejado marcharse como había venido?

—¿Qué queríais, que se me echasen encima todos los capuchinos de Italia?

—No sé —dijo el conde Attilio— si, en ese momento, me habría acordado de que existen en el mundo otros capuchinos que ese temerario bellaco; pero, vamos, aun con las reglas de la prudencia, ¿faltan modos para vengarse también de un capuchino? Es menester saber redoblar a tiempo las amabilidades con todo el cuerpo, y entonces se puede impunemente dar una tanda de palos a un miembro. Basta: ha eludido el castigo que se merecía;

pero lo tomo yo bajo mi protección, y quiero tener el consuelo de enseñarle cómo se habla con nuestros iguales.

—No lo empeoréis.

—Fiaos por una vez, que os serviré como pariente y como amigo.

—¿Qué pensáis hacer?

—No lo sé aún; pero el fraile quedará servido, con seguridad. Lo pensaré, y... mi señor tío, el conde del Consejo Secreto, es el que me debe hacer este servicio. ¡Mi querido tío, el conde! ¡Cuánto me divierto siempre que puedo hacerlo trabajar para mí, a un politicón de ese calibre! Pasado mañana estaré en Milán y, de una manera o de otra, el fraile quedará servido.

Llegó entretanto el desayuno, el cual no interrumpió la conversación sobre un negocio de aquella importancia. El conde Attilio hablaba de él con desenvoltura; y aunque tomaba en él la parte que requería su amistad con su primo, y el honor del nombre común, según las ideas que tenía de amistad y de honor, sin embargo, de cuando en cuando no podía dejar de reírse entre dientes de aquel gran éxito. Pero don Rodrigo, interesado en causa propia, y que, creyendo dar tranquilamente un gran golpe, había fracasado con estrépito, estaba agitado por pasiones más graves y distraído por pensamientos más enojosos.

—¡Buenas hablillas —decía— las de estos belitres, por los alrededores! Pero ¿qué me importa? En cuanto a la justicia, me río de ella: pruebas no hay; y, aunque las hubiera, me reiría igualmente; de todos modos, he mandado esta mañana advertir al cónsul de que se guarde de hacer deposiciones sobre lo ocurrido. No sucedería nada; pero las hablillas, cuando corren por ahí, me fastidian. Ya es demasiado el haberme visto burlado tan brutalmente.

—Habéis hecho muy bien —respondía el conde Attilio—. Este podestá vuestro..., qué terco, qué cabeza hueca, qué gran importuno de podestá..., es a fin de cuentas un hombre de bien, un hombre que sabe su deber; y precisamente, cuando hay que tratar con personas así, es menester tener más miramientos para no meterlas en líos. Si el belitre del cónsul hace una deposición, el podestá, por bien intencionado que sea, tendrá que...

—Pero vos —interrumpió, con un poco de enojo, don Rodrigo—, vos estropeáis mis negocios, con vuestro contradecirle en todo, y reconvenirlo, y hasta mofaros de él, si a mano viene. ¡Qué diablos! ¿No puede un podestá ser bestia y obstinado, si en lo restante es hombre de bien?

—¿Sabéis, primo —dijo mirándolo, asombrado, el conde Attilio—, sabéis que empiezo a creer que tenéis un poco de miedo? Me tomáis en serio hasta al podestá...

—Vamos, vamos, ¿no habéis dicho vos mismo que hay que tenerlo en cuenta?

—Lo he dicho; y, pues se trata de un asunto serio, os demostraré que no soy un chiquillo. ¿Sabéis lo que tengo el valor de hacer por vos? Soy capaz de ir en persona a visitar al señor podestá. ¡Ah! ¿Estará contento con tamaño honor? Y soy capaz de dejarlo hablar media hora del conde duque y de nuestro señor alcaide español, y de darle la razón en todo, aunque las diga de a puño. Además, le soltaré alguna frasecita sobre mi tío, el conde del Consejo Secreto; ya sabéis el efecto que surten esas frasecitas en los oídos del señor podestá. A fin de cuentas, más necesita él nuestra protección que vos su condescendencia. Lo haré en serio; iré y os lo dejaré mejor dispuesto que nunca.

Tras estas y otras palabras similares, el conde Attilio salió para ir de caza; y don Rodrigo se quedó esperando con ansiedad el regreso del Griso. Vino este finalmente, hacia la hora de la comida, a hacer su relación.

El desbarajuste de la noche había sido tan clamoroso, la desaparición de tres personas de una aldehuela constituía un acontecimiento tal que las investigaciones, por solicitud y por curiosidad, debían naturalmente ser muchas, ardorosas e insistentes; y, por otra parte, los informados de algo eran demasiados para ponerse todos de acuerdo en callar todo. Perpetua no podía dejarse ver en la puerta sin ser acosada por este o aquel, para que dijese quién había sido el que tanto miedo le metió a su amo; y Perpetua, reflexionando en todas las circunstancias del hecho, y comprendiendo finalmente que Agnese la había embaucado, sentía tanta rabia por aquella perfidia que necesitaba realmente un poco de desahogo. No es que fuera lamentándose con todo el mundo de la manera empleada para embaucarla; sobre esto no resollaba; pero la jugada hecha a su pobre amo no la podía pasar en silencio; y, sobre todo, que tal jugada hubiera sido concertada e intentada por aquel honrado joven, por aquella buena viuda, por aquella mosquita muerta. Ya podía don Abbondio ordenarle resueltamente y rogarle cordialmente que se estuviera callada; ya podía ella repetirle que no era menester sugerirle una cosa tan clara y tan natural; lo cierto es que un secreto tan grande estaba en el corazón de la pobre mujer como, en un tonel viejo y mal cinchado, un vino muy joven que fermenta y gorgotea y rebulle, y, si no lanza el espiche al aire, rezuma a su alrededor, y sale como espuma, y se filtra entre duela y duela, y gotea por aquí y por allá, tanto que uno puede catarlo y decir más o menos qué vino es. Gervaso, a quien le parecía mentira estar por una vez más informado que los demás, a quien no le parecía pequeña gloria el haber tenido un gran miedo, a

quien, por haber tenido mano en una cosa que apestaba a criminal, le parecía haberse convertido en un hombre como los demás, reventaba de ganas de presumir de ello. Y aunque Tonio, que pensaba seriamente en las indagaciones y en los posibles procesos y en las cuentas que rendir, le ordenase, con los puños en la cara, no decir nada a nadie, tampoco hubo manera de sofocarle en la boca todas las palabras. Por lo demás, el propio Tonio, tras haber estado esa noche fuera de casa a horas insólitas, regresando a ella con un paso y un semblante insólito y con una agitación de ánimo que lo disponía a la sinceridad, no pudo disimular el hecho a su mujer, la cual no era muda. Quien menos habló fue Menico; porque, en cuanto hubo contado a sus padres la historia y el motivo de su expedición, a estos les pareció una cosa terrible que un hijo suyo hubiera participado en echar a pique una empresa de don Rodrigo, y casi, casi no dejaron al muchacho acabar su relato. Inmediatamente después le dieron las más severas y amenazadoras órdenes de que se guardase bien de aludir siquiera a nada; y a la mañana siguiente, pareciéndoles que todavía no estaban bastante seguros, resolvieron tenerlo encerrado en casa, ese día y algunos más. Pero ¿para qué? Ellos mismos, después, charlando con la gente del pueblo, y sin querer demostrar que sabían más que ellos, cuando se llegaba a aquel punto oscuro de la huida de nuestros tres pobrecillos, y del cómo y del porqué, agregaban, como cosa sabida, que se habían refugiado en Pescarenico. Así, también esta circunstancia entró en las conversaciones comunes.

Con todos estos retazos de noticias, juntados luego y cosidos como suele hacerse, y con el ribete que se les pega naturalmente al coserlos, había para hacer una historia de una certeza y de una claridad tales que el intelecto más crítico se diera por satisfecho. Pero aquella invasión de los bravos, accidente demasiado grave y demasiado ruidoso para ser dejado a un lado, y del que nadie tenía un conocimiento un poco positivo, aquel accidente era lo que enredaba toda la historia. Se susurraba el nombre de don Rodrigo; en esto todos concordaban; en lo demás, todo era oscuridad y conjeturas diversas. Se hablaba mucho de los dos bravucones que habían sido vistos en el camino, al anochecer, y del otro que estaba en la puerta de la hostería; pero ¿qué luces podían sacarse de este hecho tan seco? Se preguntaba, sí, al posadero quién había estado allí la noche anterior; pero el posadero, de darle crédito, ni siquiera recordaba si había visto gente esa noche; y tenía buen cuidado de decir que la hostería es un puerto de mar. Sobre todo, confundía las cabezas y desordenaba las conjeturas aquel peregrino, visto por Stefano y Carlandrea, aquel peregrino al que los malandrines querían matar, y que se había ido con

ellos, o al que ellos se habían llevado. ¿Qué había venido a hacer? Era un alma del purgatorio, aparecida para ayudar a las mujeres; era un alma condenada de un peregrino pícaro e impostor que acudía siempre de noche a unirse a quien hiciera de las que él había hecho en vida; era un peregrino vivo y verdadero, que los otros habían querido matar, por temor de que gritase y despertase a la aldea; era (¡fijaos en qué cosas se piensan!) uno de los propios malandrines disfrazado de peregrino; era esto, era aquello, era tantas cosas que toda la sagacidad y la experiencia del Griso no habría bastado para descubrir quién era, si el Griso hubiese tenido que enterarse de esta parte de la historia por los discursos ajenos. Pero, como el lector sabe, lo que la volvía enredada para los otros era precisamente lo más claro para él; sirviéndose de ello como clave para interpretar las otras noticias recogidas directamente por él, o mediante los exploradores subordinados, pudo con todo componer para don Rodrigo una relación bastante clara. Se encerró enseguida con él, y lo informó del golpe que intentaron los propios novios, lo cual explicaba naturalmente la casa vacía y el toque de rebato, sin que fuera preciso suponer que en la casa había algún traidor, como decían aquellos dos hombres de bien. Lo informó de la fuga; y también para esta era fácil encontrar razones: el temor de los novios cogidos en falta, o algún aviso de la invasión, que se les dio cuando estaba descubierta, y toda la aldea trastornada. Dijo finalmente que se habían refugiado en Pescarenico; más allá no llegaba su ciencia. Agradó a don Rodrigo estar seguro de que nadie lo había traicionado, y ver que no quedaban rastros de su hazaña; pero fue una complacencia rápida y ligera.

—¡Huidos juntos —gritó—, juntos! ¡Y ese truhan de fraile! ¡Ese fraile! — La palabra le salía jadeante de la garganta, y entrecortada de los dientes, que mordían el dedo: su aspecto era tan feo como sus pasiones—. Ese fraile me la pagará. ¡Griso!, a fe mía... quiero saber, quiero encontrar... esta noche, quiero saber dónde están. No tengo paz. A Pescarenico, al punto, a saber, a ver, a encontrar... Cuatro escudos ahora mismo, y mi protección para siempre. Esta noche lo quiero saber. ¡Y ese bribón...! ¡Ese fraile...!

El Griso, de nuevo en campaña, y la noche de ese mismo día pudo referir a su digno amo la noticia deseada: he aquí de qué manera.

Uno de los mayores consuelos de esta vida es la amistad; y uno de los consuelos de la amistad es el tener a quien confiar un secreto. Ahora bien, los amigos no son a pares, como los matrimonios; todos, hablando en general, tienen más de uno; lo cual forma una cadena cuyo fin nadie podría hallar. Así pues, cuando un amigo se procura ese consuelo de dejar un secreto en el seno

de otro, da a este ganas de procurarse también él ese mismo consuelo. Le ruega, es cierto, que no diga nada a nadie; y tal condición, para quien la tomase en el sentido riguroso de las palabras, truncaría de inmediato el curso de los consuelos. Pero la práctica general ha querido que obligue solo a no confiar el secreto sino a un amigo también de fiar, imponiéndole la misma condición. Así, de amigo de confianza en amigo de confianza, el secreto gira y gira por esa inmensa cadena, hasta que llega a oídos de aquel o de aquellos a quien el primero que había hablado pretendía justamente no dejarlo llegar jamás. No obstante, tendría que andar mucho trecho de camino, ordinariamente, si cada uno no tuviese sino dos amigos: el que se lo dice y aquel a quien repite la cosa que hay que callar. Pero hay hombres privilegiados que los cuentan por centenares; y, cuando el secreto ha llegado a uno de estos hombres, los giros resultan tan rápidos y tan múltiples que ya no es posible seguir su rastro. Nuestro autor no pudo averiguar por cuántas bocas había pasado el secreto que el Griso tenía órdenes de descubrir: el caso es que el buen hombre que había escoltado a las mujeres hasta Monza, al regresar, hacia las veintitrés^[28], con su carreta, a Pescarenico, se topó, antes de llegar a casa, con un amigo de confianza, al cual contó, muy en secreto, la buena obra que había hecho, y el resto; y el caso es que el Griso pudo, dos horas después, correr al castillejo, a referir a don Rodrigo que Lucia y su madre se habían refugiado en un convento de Monza, y que Renzo había seguido su camino hasta Milán.

Don Rodrigo experimentó una páfida alegría con aquella separación, y sintió renacer un poco de la páfida esperanza de conseguir su propósito. Pensó en la manera gran parte de la noche; y se levantó temprano, con dos designios: uno establecido, otro esbozado. El primero era expedir incontinentemente al Griso a Monza, para tener noticias más claras de Lucia, y saber si se podría intentar algo. Mandó, pues, llamar al punto a su fiel, le puso en la mano los cuatro escudos, lo alabó de nuevo por la habilidad con que los había ganado y le dio la orden que había premeditado.

—Señor... —dijo, titubeando, el Griso.

—¿Qué? ¿No he hablado claro?

—Si pudiera vuestra merced mandar a algún otro...

—¿Cómo?

—Ilustrísimo señor, yo estoy dispuesto a dejar la piel por mi amo; es mi deber; pero sé también que vuestra merced no quiere arriesgar demasiado la vida de sus súbditos.

—¿Y qué?

—Vuestra señoría ilustrísima sabe bien las tallas que tengo encima: y... aquí estoy bajo su protección; somos un grupo; el señor podestá es amigo de la casa; los esbirros me respetan; y también yo... no es cosa que me haga mucho honor, pero para vivir tranquilo... los trato como amigos. En Milán la librea de vuestra señoría es conocida; pero en Monza... me conocen a mí, en cambio. ¿No sabe vuestra señoría que, y no hablo por hablar, quien me pudiera entregar a la justicia, o presentar mi cabeza, daría un buen golpe? Cien escudos uno encima de otro, y la facultad de librar a dos proscritos.

—¡Qué diablos! —dijo don Rodrigo—. Me resultas ahora un perro de pajar que apenas se atreve a lanzarse contra las piernas de quien pasa por la puerta, mirando hacia atrás si los de la casa lo respaldan, ¡y no es capaz de alejarse!

—Creo, señor, haber dado pruebas...

—¿Entonces?

—Entonces —reanudó francamente el Griso, puesto así en su lugar—, entonces hágase cuenta vuestra señoría de que no he hablado: corazón de león, patas de liebre y estoy dispuesto a partir.

—Y yo no he dicho que vayas solo. Lleva contigo un par de los mejores... el Sfregiato y el Tiradritto; y vete tranquilo, y sé el Griso. ¡Qué diablos! Tres tipos como vosotros y que van a lo suyo, ¿quién quieres que no esté encantado de dejarlos pasar? Tendrían los esbirros de Monza que estar muy aburridos de la vida para apostarla contra cien escudos en un juego tan arriesgado. Y además, y además, no creo ser tan desconocido en esas partes que la cualidad de servidor mío no cuente para nada.

Avergonzando así un poco al Griso, le dio después más amplias y detalladas instrucciones. El Griso cogió a sus dos compañeros y partió con cara alegre y petulante, aunque renegando en su corazón de Monza y de las tallas y las mujeres y los caprichos de los amos; y caminaba como el lobo que, impulsado por el hambre, con el vientre arrugado y las costillas que se le podrían contar, baja de sus montes, donde no hay sino nieve, se aventura recelosamente por el llano, se para de vez en cuando, con una pata en el aire, meneando la cola pelada,

alza el hocico, olfateando el viento sospechoso,

por si acaso le trae olor de hombre o de hierro, endereza las puntiagudas orejas y revuelve dos ojos sanguinolentos, de los que se trasluce al tiempo el ardor de la presa y el terror de la caza. Por lo demás, ese hermoso verso, si

alguien quiere saber de dónde sale, está sacado de una diablura inédita de cruzadas y lombardos, que pronto ya no será inédita y dará mucho que hablar; y yo lo he cogido, porque me venía de perlas; y digo dónde, para no engalanarme con plumas ajenas: que nadie piense que es una astucia mía para hacer saber que el autor de esa diablura y yo somos como hermanos, y que husmeo a placer en sus manuscritos.

La otra cosa que importaba a don Rodrigo era encontrar la manera de que Renzo no pudiese regresar junto a Lucia, ni poner los pies en el pueblo; y, con este fin, maquinaba difundir rumores de amenazas y de insidias, que, llegando a sus oídos, por medio de algún amigo, le quitaran las ganas de regresar por aquellas partes. Pensaba no obstante que lo más seguro sería si se pudiera hacer que lo desterrara el estado; y, para conseguir esto, veía que más que la fuerza le podría servir la justicia. Se podía, por ejemplo, cargar un poco las tintas en el intento hecho en la casa parroquial, pintarlo como una agresión, un acto sedicioso, y, por medio del abogado, dar a entender al podestá que estaba en el caso de despachar contra Renzo un buen auto de prisión. Pero pensó que no le convenía a él remover aquel feo asunto; y, sin devanarse más los sesos, se decidió a confiarse al abogado Azzecca-garbugli, lo necesario para hacerle comprender su deseo. «¡Son tantos los bandos! —pensaba—. Y el doctor no es un ganso; algo ajustado a mi caso sabrá encontrar, algún embrollo que armarle a ese villano; si no, le mudo de nombre». Pero (¡cómo ocurren a veces las cosas en este mundo!) mientras él pensaba en el abogado, como el hombre más hábil para servirlo, en esto, otro hombre, el hombre que nadie imaginaría, el propio Renzo, por decirlo ya, trabajaba con todo su corazón para servirlo, de un modo más seguro y más expedito que todos los que el abogado habría jamás sabido encontrar.

He visto más de una vez a un querido niño, más vivaz, a decir verdad, de lo preciso, pero que, por todos los indicios, muestra querer convertirse en un hombre de bien; lo he visto, digo, más de una vez atareado al anochecer en recoger su grey de conejillos de Indias, que había dejado correr libres de día, en un jardincillo. Habría querido meterlos todos juntos en el cubil; pero era trabajo perdido: uno se desbandaba a la derecha, y, mientras su pequeño pastor corría para meterlo en el rebaño, otro, dos, tres salían a la izquierda, por todas partes. De modo que, tras haberse impacientado un poco, se adaptaba a su humor, empujaba primero dentro a los que estaban más cerca de la puerta, después iba a coger los otros, a uno, a dos, a tres, como podía. Un juego similar nos conviene hacer con nuestros personajes: refugiada Lucia,

hemos corrido a don Rodrigo; y ahora lo tenemos que abandonar, para andar tras de Renzo, a quien habíamos perdido de vista.

Después de la dolorosa separación que hemos contado, caminaba Renzo de Monza hacia Milán, en ese estado de ánimo que cualquiera puede imaginar fácilmente. Abandonar su casa, dejar el oficio y, lo que aún era más, alejarse de Lucia, encontrarse en un camino, sin saber adónde iría a parar: ¡y todo por culpa de aquel bribón! Cuando se demoraba con el pensamiento en una u otra de estas cosas, se engolfaba en la rabia y en el deseo de venganza; pero tornaba después a su mente la oración que había recitado también él con el buen fraile en la iglesia de Pescarenico, y se arrepentía; volvía a despertarse su ira, pero al ver una imagen en el muro se quitaba el sombrero y se detenía un instante a rezar de nuevo: hasta el punto de que, en ese viaje, mató en su fuero interno a don Rodrigo y lo resucitó al menos veinte veces. El camino discurría entonces enterrado entre dos altos ribazos, fangoso, pedregoso, surcado por profundas rodadas, que, tras una lluvia, se convertían en arroyuelos; y en ciertas partes más bajas se anegaba del todo, y se habría podido hacerlo en barca. En aquellos pasajes, un senderillo empinado, con peldaños, en el ribazo, indicaba que otros viandantes se habían abierto un camino entre los campos. Renzo, subiendo por uno de aquellos pasos al terreno más elevado, vio la gran máquina de la catedral sola en la llanura, como si se alzara, no en el centro de la ciudad, sino en un desierto; y se detuvo de sopetón, olvidando todas sus desgracias, a contemplar aunque fuera de lejos aquella octava maravilla, de la que tanto había oído hablar desde niño. Pero tras un momento, volviéndose hacia atrás, vio en el horizonte aquella recortada cresta de montañas, vio distinto y alto entre ellas su Resegone, se le encendió la sangre, se quedó allí un rato mirando tristemente hacia aquella parte, después tristemente se volvió y siguió su camino. Poco a poco comenzó luego a descubrir campanarios y torres y cúpulas y tejados; bajó entonces al camino, anduvo algún tiempo, y, cuando advirtió que estaba muy cerca de la ciudad, se acercó a un transeúnte y, haciéndole una reverencia, con la mayor gracia que pudo, le dijo:

—Por favor, caballero...

—¿Qué queréis, buen joven?

—¿Sabríais indicarme el camino más corto para ir al convento de capuchinos donde está el padre Bonaventura?

El hombre a quien Renzo se dirigía era un acomodado habitante de los alrededores que, habiendo ido esa mañana a Milán, a sus negocios, regresaba, sin haber hecho nada, a toda prisa, pues no veía la hora de encontrarse en su

casa, y habría prescindido muy a gusto de aquella parada. Con todo, sin dar signos de impaciencia, respondió muy amablemente:

—Hijo mío, conventos en Milán hay más de uno; sería menester que me pudierais decir más claro cuál es el que buscáis.

Renzo entonces se sacó del pecho la carta del padre Cristoforo y se la mostró al caballero, el cual, leyendo «Puerta Oriental», se la devolvió diciendo:

—Estáis de suerte, buen joven; el convento que buscáis no se halla muy lejos de aquí. Tomad ese sendero a mano izquierda: es un atajo; en pocos minutos llegaréis a la esquina de un edificio largo y bajo: es el lazareto; bordead el foso que lo rodea y saldréis a la Puerta Oriental. Entrad y, trescientos o cuatrocientos pasos después, veréis una plazuela con hermosos olmos: allí está el convento; no podéis equivocaros. Que Dios os asista, buen joven.

Y, acompañando las últimas palabras con un gracioso gesto de la mano, se marchó. Renzo se quedó estupefacto y edificado de los buenos modales de los ciudadanos con la gente del campo; y no sabía que era un día fuera de lo normal, un día en el que las capas se inclinaban ante las chupas. Recorrió el camino que le había indicado, y se encontró con la Puerta Oriental. Pero no es preciso que, ante este nombre, el lector deje correr su fantasía por las imágenes que hoy están asociadas con ella. Cuando Renzo entró por aquella puerta, el camino exterior solo seguía recto a lo largo del lazareto; después discurría serpenteante y estrecho, entre dos setos. La puerta consistía en dos pilastras, con un tejadillo encima para proteger los batientes, y a un lado, una caseta para los consumidores. Los bastiones descendían en irregular pendiente, y el terreno era una superficie áspera y desigual de escombros y cascotes arrojados allí al azar. La calle que se abría ante quien entraba por aquella puerta podría parangonarse con la que ahora se presenta ante quien entre por la Puerta Tosa. Una zanja recorría su centro, hasta poca distancia de la puerta, y la dividía así en dos callecitas tortuosas, cubiertas de polvo o de barro, según la estación. En el punto donde estaba, y donde aún hoy está, esa calleja llamada de Borghetto, la zanja se perdía en un albañal. Allí había una columna, coronada por una cruz, llamada de San Dionisio; a derecha e izquierda, había huertos ceñidos por setos, y, a intervalos, casuchas habitadas en su mayoría por lavanderos. Renzo entra, pasa; ninguno de los consumidores le hace caso, lo cual le parece extraño, ya que, a los pocos de su aldea que podían presumir de haber estado en Milán, les había oído contar cosas garrafales de los registros y las preguntas a que se veían sometidos los que

llegaban del campo. La calle estaba desierta, de modo que, si no hubiera oído un zumbido lejano que indicaba un gran movimiento, le habría parecido entrar en una ciudad deshabitada. Prosiguiendo, sin saber qué pensar, vio en el suelo ciertas listas blancas y blandas, como de nieve; pero nieve no podía ser, pues no cae en listas, ni, habitualmente, en aquella estación. Se inclinó sobre una de ellas, miró, tocó, y halló que era harina. «Gran abundancia —dijo para sí— debe de haber en Milán, si derrochan de esta manera los dones de Dios. Y eso que nos hacían creer que hay carestía en todas partes. Eso es lo que hacen para que no alborote la pobre gente del campo». Pero tras otros pocos pasos, llegado al lado de la columna, vio, al pie de esta, algo más extraño: vio en los peldaños del pedestal ciertas cosas diseminadas, que ciertamente no eran guijarros, y que, si hubieran estado en el mostrador de un panadero, nadie habría dudado un momento en llamarles panes. Pero Renzo no se atrevía a dar crédito tan pronto a sus ojos; porque, ¡diablos!, no era lugar para panes aquel. «Veamos qué asunto es este —volvió a decir para sí; fue hacia la columna, se inclinó, recogió uno: era verdaderamente un pan redondo, blanquísimo, de esos que Renzo solo acostumbraba comer en las solemnidades—. ¡Es pan de verdad! —dijo en voz alta, tal era su asombro—. ¿Así lo siembran en este país? ¿Este año? ¿Y ni siquiera se molestan en recogerlo, cuando cae? ¿Si será este el país de Jauja?». Tras diez millas de camino, en el aire fresco de la mañana, aquel pan, junto con el asombro, le despertó el apetito. «¿Lo cojo? —deliberaba para sí—. ¡Bah! Lo han dejado aquí a la discreción de los perros; tanto da que lo disfrute un cristiano. Al final, si aparece el dueño, se lo pagaré». Pensando esto, se metió en el bolsillo el que tenía en la mano, cogió un segundo y se lo metió en el otro; un tercero, y comenzó a comer; y reanudó su camino, más perplejo que nunca, y deseoso de aclarar qué era aquella historia. En cuanto echó a andar, vio asomar gente que venía del interior de la ciudad, y miró atentamente los que primero aparecieron. Eran un hombre, una mujer y, unos pasos detrás, un mozalbete; los tres, con una carga encima, que parecía superior a sus fuerzas, y los tres con extrañas figuras. Las ropas o los andrajos enharinados; enharinados los rostros, y además agitados y acalorados; y caminaban no solo encorvados por el peso, sino doloridos, como si les hubieran molido los huesos. El hombre sujetaba a duras penas sobre los hombros un gran saco de harina, el cual, agujereado aquí y allá, iba sembrando un poco, a cada tropiezo, a cada movimiento desequilibrado. Pero más ruin era la figura de la mujer: un barrigón desmesurado que parecía sostenido con trabajo por dos brazos doblados: como una gran olla con dos asas, y bajo aquel barrigón salían dos

piernas, desnudas hasta la rodilla, que se adelantaban tambaleando. Renzo miró más atentamente y vio que aquel corpachón era la falda que la mujer sujetaba por el borde, con tanta harina dentro como podía caber, y un poco más; de modo que, casi a cada paso, volaba fuera una ráfaga. El mozalbete sostenía con ambas manos sobre la cabeza una banasta rebosante de panes; pero, por tener las piernas más cortas que sus padres, se quedaba poco a poco rezagado, y, alargando luego el paso de vez en cuando, para alcanzarlos, la banasta perdía el equilibrio y caía algún pan.

—¡Tira aún otro más, que no sirves para nada! —dijo la madre, rechinando los dientes hacia el muchacho.

—¡Si no los tiro; se caen! ¿Qué voy a hacer? —respondió él.

—¡Ah! Suerte para ti que tengo las manos ocupadas —prosiguió la mujer, agitando los puños, como si diera una buena sacudida al pobre muchacho; y, con ese movimiento, hizo volar más harina de la que se necesitaría para hacer los dos panes que el muchacho había dejado caer entonces.

—Vamos, vamos —dijo el hombre—, regresaremos a recogerlos, o alguien los recogerá. ¡Hace tanto tiempo que penamos! Ahora que viene un poco de abundancia, disfrutémosla en santa paz.

Entretanto llegaba otra gente desde la puerta; y uno, acercándose a la mujer, le preguntó:

—¿Adónde se va a buscar el pan?

—Más adelante —respondió ella; y, cuando se hubieron alejado diez pasos, agregó refunfuñando—: Estos bribones de campesinos vendrán a barrer todos los hornos y todos los almacenes, y no quedará nada más para nosotros.

—Un poco para cada uno, no seas pelma —dijo el marido—. ¡Abundancia, abundancia!

Por estas y otras cosas tales que veía y oía, Renzo empezó a comprender que había llegado a una ciudad sublevada, y que era día de conquista, es decir, que cada uno pillaba en proporción a su voluntad y su fuerza, dando palos en pago. Aunque deseamos que nuestro pobre montañés haga un buen papel, la sinceridad histórica nos obliga a decir que su primer sentimiento fue de placer. Tenía tan poco que alabarse de la marcha ordinaria de las cosas que se encontraba inclinado a aprobar lo que la mudase en cualquier manera. Y por lo demás, al no ser en nada un hombre superior a su siglo, vivía también con la opinión o la pasión común de que la escasez del pan estaba ocasionada por los acaparadores y los panaderos; y estaba dispuesto a encontrar justo cualquier medio de arrancarles de las manos el alimento que ellos, según la

opinión, negaban cruelmente al hambre de todo un pueblo. Sin embargo, se propuso mantenerse al margen del tumulto, y se alegró de ir dirigido a un capuchino que le encontraría un refugio y le haría de padre. Pensando esto, y mirando entretanto a los nuevos conquistadores que llegaban cargados de botín, recorrió el poco camino que le quedaba hasta el convento.

Donde hoy se alza un hermoso palacio, con una alta galería, había entonces, y todavía existía no hace muchos años, una plazuela, y al fondo de ella la iglesia y el convento de los capuchinos, con cuatro grandes olmos delante. Nos alegramos, no sin envidia, por aquellos lectores nuestros que no hayan visto las cosas en ese estado: eso significa que son muy jóvenes, y no han tenido tiempo de hacer muchos disparates. Renzo fue derecho a la puerta, se guardó en el pecho el medio pan que le quedaba, sacó y tuvo preparada en la mano la carta, y tiró de la campanilla. Se abrió una mirilla que tenía una reja, y apareció en ella la cara del fraile portero a preguntar quién era.

—Uno del campo, que trae al padre Bonaventura una carta urgente del padre Cristoforo.

—Dádmela —dijo el portero, metiendo una mano por la reja.

—No, no —dijo Renzo—, se la tengo que entregar en propia mano.

—No está en el convento.

—Déjeme entrar, que lo esperaré.

—Haced lo que os digo —respondió el fraile—: Id a esperar a la iglesia, que mientras tanto podéis hacer un poco de bien. En el convento, por ahora, no se entra.

Y, dicho esto, cerró la mirilla. Renzo se quedó allí con su carta en la mano. Dio diez pasos hacia la puerta de la iglesia, para seguir el consejo del portero; pero después pensó echar otra ojeada al tumulto. Atravesó la plazuela, se llegó al borde de la calle y se detuvo, con los brazos cruzados sobre el pecho, a mirar a la izquierda, hacia el interior de la ciudad, donde el bullicio era más denso y más ruidoso. El torbellino atrajo al espectador. «Vayamos a ver», dijo para sí; sacó su medio pan y, mordisqueándolo, echó a andar hacia aquel lado. Mientras se encamina, contaremos, lo más brevemente que sea posible, las causas y los principios de aquel trastorno.

XII

Era aquel el segundo año de cosecha escasa. En el precedente, las provisiones que restaban de años atrás habían suplido, hasta cierto punto, la carencia; y la población había llegado, ni saciada ni hambrienta, mas desde luego tampoco desprovista, hasta la recolección de 1628, en el cual estamos con nuestra historia. Ahora bien, esta cosecha tan deseada resultó aún más mísera que la anterior, en parte por el mayor rigor de las estaciones (y esto no solo en el Milanesado, sino en un buen trecho de la región circunvecina); en parte por culpa de los hombres. Los destrozos y el despilfarro de la guerra, de aquella hermosa guerra que antes hemos mencionado, eran tales que, en la parte del estado más próxima a ella, muchas más fincas que de ordinario quedaban incultas y abandonadas por los campesinos, los cuales, en vez de procurarse con su trabajo pan para sí y para los demás, se veían obligados a salir a mendigarlo por caridad. He dicho más que de ordinario, pues los insoportables gravámenes, impuestos con una codicia y una insensatez igualmente desaforadas, la conducta habitual, aun en plena paz, de las tropas alojadas en los pueblos, conducta que los dolorosos documentos de la época comparan con la de un enemigo invasor, y otras razones que no es aquí el lugar de mentar, estaban ya desde hacía tiempo produciendo lentamente ese triste efecto en todo el Milanesado; las circunstancias particulares de las que ahora hablamos eran como una repentina exacerbación de un mal crónico. Aquella insignificante cosecha todavía no había terminado de almacenarse, cuando las provisiones para el ejército y el derroche que siempre las acompaña hicieron tal hueco en ella que de inmediato se dejó sentir la penuria, y con la penuria su doloroso, aunque saludable e inevitable efecto, el encarecimiento.

Pero cuando este llega a cierto punto, nace siempre (o al menos ha nacido siempre hasta ahora; y si hoy lo hace, tras tantos escritos de excelentes hombres, ¡figuraos en aquel tiempo!), nace una opinión en la mayoría, la de que su causa no está en la escasez. Se olvida que esta se ha temido, previsto; se supone de repente que hay bastante trigo y que el mal viene de que no se

vende el suficiente para el consumo: suposiciones que no se tienen en pie, pero que lisonjean a un tiempo la cólera y la esperanza. Los acaparadores de trigo, reales o imaginarios, los propietarios de tierras, que no lo vendían todo en un día, los tahoneros que lo compraban, en suma, todos aquellos que tuvieran un poco o bastante, o fama de tenerlo, a ellos se les echaba la culpa de la penuria y del encarecimiento, ellos eran el blanco del lamento universal, la abominación de la multitud mal y bien vestida. Se decía con seguridad dónde estaban los almacenes, los graneros, repletos, desbordantes, apuntalados; se indicaba el número de sacos, disparatado; se hablaba con certeza de la inmensa cantidad de cereales que era expedida en secreto a los demás países, en los cuales probablemente se gritaba, con idéntica seguridad y con igual arrebató, que los cereales de allí venían a Milán. Se imploraban de los magistrados aquellas providencias que a la multitud le parecían siempre, o al menos le han parecido siempre hasta ahora, justas, sencillas y adecuadas para que aparezca el trigo, escondido, emparedado, sepultado, como decían, y para que retorne la abundancia. Los magistrados algo hacían: como establecer el precio máximo de algunos géneros, amenazar con castigos a quien se negase a vender y otros edictos de la misma especie. Pero como todas las providencias de este mundo, por enérgicas que sean, no tienen la virtud de disminuir la necesidad de alimentos, ni de hacer brotar géneros fuera de temporada; y como estas en especial no tenían ciertamente la de atraerlos de donde pudiera haberlos en abundancia, el mal duraba y crecía. La multitud atribuía tal efecto a la escasez y a la debilidad de los remedios, y solicitaba a grandes voces otros más generosos y decisivos. Y, para desgracia suya, encontró al hombre a medida de sus deseos.

En ausencia del gobernador, don Gonzalo Fernández de Córdoba, que dirigía el asedio de Casale en el Monferrato, hacía sus veces en Milán el gran canciller Antonio Ferrer, también español. Este vio, ¿y quién no lo habría visto?, que el estar el pan a un precio justo era en sí cosa muy deseable; y pensó, y ahí estuvo la equivocación, que una orden suya podía bastar para lograrlo. Fijó la *meta* (así llaman aquí a la tarifa en materia de comestibles), fijó la meta del pan al precio que habría sido justo, si el trigo se hubiera vendido normalmente a treinta y tres liras el almud, pero se vendía hasta a ochenta. Hizo como una mujer antaño joven, que creyese rejuvenecer alterando su partida de bautismo.

Órdenes menos insensatas y menos inicuas habían quedado, más de una vez, por la resistencia misma de las cosas, incumplidas; pero por la ejecución de esta velaba la multitud, que, viendo finalmente convertido en ley su deseo,

no habría soportado que se tomase a broma. Acudió al punto de los hornos, a pedir pan al precio tasado, y lo pidió con esos modales de resolución y de amenaza que dan la pasión, la fuerza y la ley unidas. No preguntéis si los panaderos pusieron el grito en el cielo. Amasar, leudar, enhornar, desenhornar sin tregua, porque el pueblo, sintiendo confusamente que la cosa era forzada, asediaba los hornos de continuo para disfrutar de aquella ganga mientras durase; reventarse, digo, y ajetrearse más que de costumbre, para salir perdiendo, cualquiera ve qué placer debía de ser. Pero, por una parte, los magistrados amenazaban con castigos; por la otra, el pueblo quería ser servido, y, en el momento que algún panadero vacilaba, urgía y refunfuñaba, con su vozarrón, y amenazaba con una de sus justicias, que son las peores de cuantas se hacen en este mundo, no había remedio, era menester amasar, enhornar, desenhornar y vender. Sin embargo, para proseguir con aquella tarea, no bastaba con que se lo mandasen, ni con que tuvieran mucho miedo; había que poder y, si duraba un poco más la cosa, no habrían podido. Hacían presente a los magistrados la iniquidad de la carga impuesta y la imposibilidad de soportarla, protestaban que arrojarían la pala al horno y se marcharían; y entretanto iban tirando como mejor podían, esperando, esperando que, un día u otro, el gran canciller comprendería sus razones. Pero Antonio Ferrer, el cual era lo que hoy se llamaría un hombre de carácter, respondía que los panaderos se habían beneficiado mucho y muy mucho en el pasado, y que se beneficiarían mucho y muy mucho cuando retornara la abundancia; que ya se vería, se pensaría quizá en resarcirlos de algún modo; y que mientras tanto siguieran adelante. Estuviera verdaderamente convencido de estas razones que alegaba ante los otros, o bien, conociendo por los efectos la imposibilidad de mantener su edicto, quisiera dejar a otros la odiosidad de revocarlo, ya que ¿quién puede meterse ahora en la cabeza de Antonio Ferrer?, el caso es que se mantuvo firme en su decisión. Finalmente, los decuriones (una magistratura municipal compuesta por nobles, que duró hasta el año noventa y seis del pasado siglo) informaron por carta al gobernador del estado en que se encontraban las cosas: que hallase él algún arbitrio para solucionarlas.

Don Gonzalo, engolfado hasta la raíz del cabello en los asuntos de la guerra, hizo lo que ciertamente el lector se imagina: nombró una junta, a la que confirió autoridad para establecer un precio del pan que pudiera correr, una cosa con la cual pudieran vivir una y otra parte. Los delegados se reunieron o, como se decía españolescamente en la jerga secretarial de entonces, se juntaron; y tras mil reverencias, cumplidos, preámbulos,

suspiros, dilaciones, propuestas en el aire, contemporizaciones, arrastrados todos hacia una deliberación por una necesidad sentida por todos, sabiendo bien que jugaban una gran carta, mas convencidos de que no podían hacer otra cosa, llegaron a la conclusión de encarecer el pan. Los panaderos respiraron, pero el pueblo se enfureció.

La noche antes de aquel día que Renzo llegó a Milán, las calles y las plazas hormigueaban de hombres que, arrebatados por una rabia común, dominados por una idea común, conocidos o extraños, se reunían en corrillos, sin haberse concertado y casi sin advertirlo, como gotas dispersas por la misma pendiente. Cada discurso aumentaba la persuasión y la pasión de los oyentes, y las de quien lo había proferido. Entre tantos apasionados, había también algunos con sangre fría, los cuales observaban con mucho placer que el agua se iba enturbiando; y se las ingeniaban para enturbiarla aún más, con aquellos razonamientos y con aquellas historias que los truhanes saben componer y que los ánimos alterados saben creer; y se proponían no dejarla posar, aquella agua, sin hacer en ella alguna pesca. Miles de hombres se fueron a la cama con la sensación indeterminada de que era preciso hacer algo, que algo se haría. Antes del día, las calles estaban de nuevo sembradas de corrillos: muchachos, mujeres, hombres, viejos, operarios, pobres se congregaban al azar: aquí había un confuso susurro de muchas voces; allá alguien predicaba y los otros le aplaudían; este hacía al más próximo la misma pregunta que le habían hecho a él; aquel repetía la exclamación que había oído resonar en sus oídos; por doquier quejas, amenazas, asombros: un pequeño número de vocablos era el material de tantos discursos.

No faltaba sino una ocasión, un impulso, un arranque cualquiera para convertir las palabras en hechos: y no tardó mucho. Salían de las panaderías al amanecer los mozos que, con un cuévano cargado de pan, iban a llevarlo a las casas de costumbre. La primera aparición de uno de aquellos malaventurados muchachos donde había un corrillo de gente fue como la caída de un buscapié encendido en un polvorín.

—¡Mirad si hay pan! —gritaron cien voces a un tiempo.

—Sí, para los tiranos, que nadan en la abundancia, y quieren matarnos a nosotros de hambre —exclama uno; se acerca al chiquillo, echa mano al borde del cuévano, da un tirón y dice—: Déjame ver.

El chiquillo se pone rojo, pálido, tiembla, quisiera decir: «Dejadme ir»; pero la palabra muere en su boca; afloja los brazos y trata de librarlos a toda prisa de las correas.

—¡Abajo ese cuévano! —gritan mientras tanto.

Muchas manos lo agarran al tiempo; está en el suelo; vuela por los aires el trapo que lo cubre; una tibia fragancia se difunde a su alrededor.

—También nosotros somos cristianos; también nosotros tenemos que comer pan —dice el primero.

Coge una hogaza, la alza, mostrándola al gentío, le hinca el diente; manos al cuévano, panes por los aires; en menos de lo que se tarda en decirlo, quedó vacío. Aquellos a quienes no les había tocado nada, irritados ante la vista del provecho ajeno y animados por la facilidad de la empresa, echaron a andar en tropel, en busca de otros cuévanos; cuantos encontraban desvalijaban. Y ni siquiera era necesario asaltar a los portadores; los que, para desgracia suya, encontraban al paso, olido el poste, posaban voluntariamente la carga y ponían pies en polvorosa. A pesar de todo, los que se quedaban sin probar bocado eran sin comparación los más; tampoco los conquistadores se contentaban con presas tan pequeñas, y, mezclados con unos y otros, se hallaban aquellos que habían contado con un desorden de padre y muy señor mío.

—¡Al horno! ¡Al horno! —se grita.

En la calle llamada la Corsia dei Servi había, y todavía hay, un horno que conserva su antiguo nombre; nombre que en toscano quiere decir «el horno de las muletas», y en milanés está compuesto por palabras tan heteróclitas, tan enrevesadas, tan salvajes que el alfabeto de la lengua no tiene signos para indicar su sonido^[29]. Hacia esa parte se lanzó la gente. Los de la panadería estaban interrogando al mozo, vuelto sin carga, el cual, aterrado y trastornado, refería balbuciendo su triste aventura; cuando se oye un rumor de pasos y un griterío unidos; crece y se aproxima; aparecen los precursores de la mesnada.

Cierra, cierra; pronto, pronto; uno corre a pedir ayuda al capitán de justicia; los otros cierran a toda prisa la tienda y apuntalan los batientes. La gente comienza a agolparse en el exterior, y a gritar:

—¡Pan!, ¡pan! ¡Abrid!, ¡abrid!

Pocos instantes después llega el capitán de justicia, con una escolta de alabarderos.

—Paso, paso, hijos míos; a casa, a casa; abrid paso al capitán de justicia —gritan él y los alabarderos.

La gente, que aún no era demasiado nutrida, abre paso, de modo que pudieron llegar y apostarse, juntos, aunque no en orden, ante la puerta de la tienda.

—Pero, hijos míos —predicaba desde allí el capitán—, ¿qué hacéis aquí? A casa, a casa. ¿Dónde está el temor de Dios? ¿Qué dirá el rey nuestro señor?

No queremos haceros daño; pero idos a casa. ¡Portaos bien! ¿Qué diablos queréis hacer aquí, así agolpados? Nada bueno, ni para el alma, ni para el cuerpo. A casa, a casa.

Pero los que veían la cara del orador y oían sus palabras, aun cuando hubieran querido obedecer, decidme de qué modo habrían podido, empujados como estaban y apretados por los de detrás, empujados a su vez por otros, como unas olas por otras, hasta el extremo de la muchedumbre que iba creciendo. Al capitán comenzaba ya a faltarle el aliento.

—Echadlos para atrás, que yo pueda respirar —decía a los alabarderos—. Pero no hagáis daño a nadie. Tratemos de entrar en la tienda; llamad; haced que se retiren.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritan los alabarderos, arrojándose todos juntos encima de los primeros y rechazándolos con las astas de las alabardas.

Los otros chillan, se echan para atrás, como pueden; dan con las espaldas en los pechos, con los codos en las barrigas, con los talones sobre las puntas de los pies de quienes están detrás de ellos: se forma un agolpamiento, un gentío que los que se hallaban en medio habrían dado cualquier cosa por estar en otro lugar. Entretanto, algo de hueco se ha hecho ante la puerta; el capitán llama, vuelve a llamar, grita que le abran; los de dentro lo ven por las ventanas, bajan a la carrera, abren; el capitán entra, llama a los alabarderos, que se cuelan dentro también uno detrás de otro, mientras los últimos contienen a la multitud con las alabardas. Cuando han entrado todos, se echa el cerrojo, se atranca de nuevo; el capitán sube a la carrera y se asoma a una ventana. ¡Huy, qué hormiguero!

—¡Hijos míos! —grita; muchos se vuelven hacia arriba—; ¡hijos míos, marchaos a casa! Perdón general para quien regrese de inmediato a casa.

—¡Pan!, ¡pan! ¡Abrid!, ¡abrid!

Esas eran las palabras más claras en el horrible griterío que la multitud lanzaba en respuesta.

—¡Juicio, hijos míos! ¡Tened cuidado! Aún estáis a tiempo. Vamos, marchaos, volved a casa. El pan lo tendréis, pero esta no es manera... ¡Eh...!, ¡eh! ¿Qué hacéis ahí abajo? ¡Eh!, ¡en esa puerta! ¡Vaya, vaya! Ya veo, ya veo, ¡juicio! ¡Tened cuidado!, es un delito grave. Ahora mismo bajo. ¡Eh!, ¡eh!, soltad esas herramientas; abajo las manos. ¡Qué vergüenza! Vosotros, los milaneses, ¡reputados por su bondad en todo el mundo! Oíd, oíd, siempre habéis sido buenos chi... ¡Ah, canalla!

Esta rápida mutación de estilo fue provocada por una piedra que, salida de la mano de uno de aquellos buenos chicos, fue a dar en la frente del capitán,

en la protuberancia izquierda de la profundidad metafísica.

—¡Canalla! ¡Canalla! —seguía gritando, mientras cerraba a toda prisa la ventana y se retiraba.

Pero, aunque había gritado cuanto tenía en el gáznate, sus palabras, buenas y malas, se habían disipado y deshecho todas en el aire, en medio de la tempestad de gritos de debajo. Lo que dijo que veía era un gran ajeteo con piedras, con herramientas (las primeras que habían podido procurarse por el camino), que se desplegaba ante la puerta, para hundirla, y en las ventanas, para arrancar las rejas; y ya el trabajo estaba muy avanzado.

Mientras tanto, amos y mozos del horno, que estaban en las ventanas de los pisos altos, con una munición de piedras (probablemente habían desempedrado un patio), gritaban y hacían muecas a los de abajo, para que se detuvieran; mostraban las piedras, amenazaban con tirarlas. En vista de que era tiempo perdido, empezaron a tirarlas de verdad. Ni una fallaba al caer, ya que el gentío era tal que ni un grano de mijo, como suele decirse, habría caído en el suelo.

—¡Ah, bribones! ¡Ah, tunantes! ¿Es este el pan que dais a la pobre gente? ¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Oh! ¡Ahora, ahora! —gritaban abajo.

Más de uno quedó malparado; dos muchachos murieron. El furor acrecentó las fuerzas de la multitud; la puerta fue derribada; las rejas, arrancadas, y el torrente penetró por todos los pasos. Los de dentro, oído el poste, escaparon al desván: el capitán, los alabarderos y algunos de la casa se quedaron allí acurrucados en los rincones; otros, saliendo por los tragaluces, andaban por los tejados, como los gatos.

La vista de la presa hizo olvidar a los vencedores sus designios de sangrientas venganzas. Se lanzan a los arcones, saquean el pan. Alguno, en cambio, corre al mostrador, fuerza la cerradura, echa mano a las monedas, las coge a puñados y sale cargado de dinero, para regresar después a robar pan, si es que queda. La muchedumbre se disemina por el almacén. Agarran los sacos, los desgarran, los derriban; alguien se mete uno entre las piernas, le abre la boca y, para reducirlo a una carga que se pudiera llevar, tira parte de la harina; otro, gritando: «¡Espera, espera!», se inclina para preparar el delantal, un pañuelo, el sombrero, para recibir aquel bien de Dios; uno corre a una artesa y coge un trozo de masa que se alarga y se le escapa por todas partes; otro, que ha conquistado un cedazo, se lo lleva en alto; unos van y otros vienen: hombres, mujeres, niños, empujones, tropezones, chillidos, y una blanca polvareda que se posa en todas partes se alza por todas partes y todo lo vela y nubla. En el exterior, un gentío compuesto por dos procesiones

opuestas, que se rompen y entrecruzan alternativamente, de quien sale con su presa y quien quiere entrar a hacerla.

Mientras aquel horno era puesto así patas arriba, ningún otro de la ciudad estaba tranquilo y sin peligro. Pero a ninguno acudió la gente en tal número que pudiera emprenderlo todo; en algunos, los dueños habían reunido auxilios y estaban en guardia; en otros, al verse en minoría, llegaban en cierto modo a pactos: distribuían pan a los que habían empezado a agolparse ante las tiendas, con tal de que se fueran. Y los otros se iban, no porque estuvieran satisfechos, sino porque los alabarderos y las cuadrillas de esbirros, que se mantenían alejados de aquel tremendo horno de las muletas, se dejaban ver en otros lugares, en bastante número para poner en su lugar a los míseros que no fueran una multitud. Y así el desbarajuste seguía creciendo en aquel desdichado horno; porque todos aquellos con ganas de gresca y de una buena hazaña corrían allá, donde los amigos eran los más fuertes, y la impunidad, segura.

Así estaban las cosas cuando Renzo, habiendo ya comido su pan, avanzaba por el arrabal de la Puerta Oriental y se encaminaba, sin saberlo, justamente al punto central del tumulto. Andaba ora rápido, ora rezagado de la muchedumbre; y, mientras andaba, miraba y tendía el oído para sacar de aquel ruido confuso de charlas alguna noticia más positiva sobre el estado de las cosas. He aquí más o menos las palabras que consiguió recoger por el camino que siguió.

—¡Ya está descubierta —gritaba uno— la infame impostura de estos bribones, que decían que no había ni pan, ni harina, ni trigo! Ahora se ve la cosa clara y evidente; y ya no podrán jugárnosla. ¡Viva la abundancia!

—Os digo que todo esto no sirve de nada —decía otro—, es perder el tiempo; y aún será peor si no se hace un buen escarmiento. El pan se venderá barato, pero le echarán veneno, para matar a los pobres como moscas. Ya dicen que somos demasiados; lo han dicho en la junta; y lo sé de cierto, por haberlo oído decir, con estos oídos, a una comadre mía, que es amiga de un pariente de un marmitón de uno de esos señores.

Palabras imposibles de repetir decía, con espuma en la boca, otro que sujetaba con una mano un jirón de pañuelo sobre el pelo enmarañado y ensangrentado. Y alguno que estaba cerca, como para consolarlo, le hacía eco.

—Paso, paso, señores, por favor; dejen pasar a un pobre padre de familia que lleva de comer a cinco hijos.

Así decía uno que llegaba tambaleándose bajo un gran saco de harina; y cada uno se las arreglaba para retirarse, para abrirle paso.

—¿Yo? —decía otro, casi en voz baja, a su compañero—, yo tomo las de Villadiego. Soy hombre de mundo, y sé lo que pasa. Estos incautos que ahora arman tanto alboroto mañana o pasado mañana se quedarán en sus casas, llenos de miedo. Ya he visto ciertas caras, ciertos pajarracos que andan por ahí, haciéndose los desentendidos, y que anotan quién está y quién no está; cuando todo haya acabado se ajustarán cuentas, y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga.

—¡El que protege a los panaderos —gritaba una voz sonora, que atrajo la atención de Renzo— es el vicario de la Provisión!

—Son todos unos bribones —decía uno a su lado.

—Sí, pero el jefe es él —replicaba el primero.

El vicario de la Provisión, elegido cada año por el gobernador entre seis nobles propuestos por el Consejo de los Decuriones, era el presidente de este y del Tribunal de la Provisión; este, compuesto por doce, también nobles, tenía, entre otras atribuciones, principalmente la de la anona. Quien ocupaba tal puesto debía necesariamente, en tiempos de hambre y de ignorancia, ser considerado el autor de los males, salvo que hubiera hecho lo que hizo Ferrer, cosa que no estaba en sus facultades, aun cuando hubiera estado en sus ideas.

—¡Desalmados! —exclamaba otro—, ¿puede obrarse peor? Han llegado a decir que el gran canciller es un viejo chocho, para desacreditarlo y mandar ellos solos. Habría que hacer una gran jaula y meterlos dentro, alimentados con arvejas y cizaña, como querían tratarnos a nosotros.

—Pan, ¿eh? —decía uno que trataba de marcharse aprisa—. Pedradas de a libra: piedras de este porte, que caían como granizo. ¡Cuántas costillas rotas! No veo la hora de estar en mi casa.

Entre estos discursos, con los que yo no podría decir si quedaba más informado o asustado, y entre empujones, llegó por fin Renzo ante aquel horno. La gente ya había clareado mucho, de modo que pudo contemplar el feo y reciente desbarajuste. Las paredes, desconchadas y machacadas por piedras, por ladrillos; las ventanas, desquiciadas; derribada la puerta.

«Esto no está bien —dijo Renzo para sí—, si desbaratan así los hornos, ¿dónde quieren cocer el pan? ¿En los pozos?».

De vez en cuando salía de la tienda alguno que llevaba un trozo de arcón, o de artesa, o de criba, el mango de una amasadera, un banco, una banasta, un libro de cuentas, algo en suma de aquel pobre horno; y gritando: «¡Paso, paso!», se abría camino entre la gente. Todos se dirigían hacia la misma parte, un lugar convenido, estaba visto. «¿Qué será esta otra historia?», pensó de nuevo Renzo; y marchó detrás de uno que, tras hacer un haz con tablas rotas y

astillas, se lo echó al hombro, encaminándose, como los demás, por la calle que flanquea el lado septentrional de la catedral, y ha tomado su nombre de los escalones que allí había y que desde hace poco ya no hay. Las ganas de observar los acontecimientos no pudieron evitar que el montañés, cuando se halló ante la gran mole, se detuviera a mirar hacia arriba, con la boca abierta. Apretó después el paso, para alcanzar al que había tomado como guía; dobló la esquina, echó también un vistazo a la fachada de la catedral, tosca entonces en gran parte y muy lejos de estar rematada; y siempre detrás del otro, que iba hacia el centro de la plaza. La gente estaba más apiñada cuanto más se avanzaba, pero abrían paso al portador; este hendía la ola del pueblo, y Renzo, siempre pegado a él, llegó con él al centro de la muchedumbre. Allí había un espacio vacío, y en el medio, un montón de brasas, reliquias de los enseres antes mencionados. A su alrededor había aplausos y pataleos, un estrépito de mil gritos de triunfo y de imprecaciones.

El hombre del haz lo arrojó sobre el montón; otro, con un trozo de pala medio achicharrado, hurga en el fuego; el humo crece y se adensa; la llama se reaviva; con ella los gritos surgen más fuertes: «¡Viva la abundancia! ¡Mueran los logreros! ¡Muera la carestía! ¡Que reviente la Provisión! ¡Que reviente la junta! ¡Viva el pan!».

Verdaderamente, la destrucción de cribas y artesas, la devastación de los hornos y el desbarajuste de los panaderos no son los métodos más expeditos para hacer vivir el pan; pero esta es una de esas sutilezas metafísicas a las que una multitud no llega. Sin embargo, sin ser un gran metafísico, un hombre llega a veces a esa sutileza, mientras es nuevo en el asunto; y solo a fuerza de hablar de él, y de oír hablar, se volverá incapaz también de entenderlo. A Renzo en realidad esa idea se le había ocurrido desde el principio y le volvía, como hemos visto, a cada momento. Aunque se la guardó para sí, porque, entre tantas caras, no había una que pareciera decir: «Hermano, si fallo, corrígeme, que te lo agradeceré».

Ya se había extinguido de nuevo la llama; no se veía venir a nadie más con otro material, y la gente empezaba a aburrirse, cuando se esparció la voz de que en el Cordusio (una plazuela o encrucijada no muy distante de allí) se había puesto sitio a un horno. A menudo, en semejantes circunstancias, el anuncio de una cosa la hace ser. Junto con el rumor, se difundió entre la multitud las ganas de correr allí: «Yo voy; ¿tú vienes?; voy; vayamos», se oía por todas partes; el gentío se rompe y se convierte en una procesión. Renzo se quedaba rezagado, casi sin moverse, salvo cuando lo arrastraba el torrente; y deliberaba mientras tanto en su fuero interno si debía salir de la batahola y

regresar al convento, en busca del padre Bonaventura, o ir a ver también esto otro. Predominó de nuevo la curiosidad. Pero resolvió no meterse en lo más áspero de la bulla, para no salir con los huesos molidos, o sacar algo peor, sino mantenerse a cierta distancia, observando. Y, encontrándose ya un poco al margen, sacó del bolsillo el segundo pan y, dándole un mordisco, echó a andar a la cola del tumultuoso ejército.

Este, desde la plaza, había entrado ya en la calle corta y estrecha de la Pescadería Vieja, y desde allí, por aquel arco oblicuo, en la plaza de los Mercaderes. Y allí eran muy pocos los que, al pasar ante el nicho que corta a la mitad el pórtico del edificio llamado entonces el colegio de los doctores, no echaran una ojeadita a la gran estatua que allí campeaba, al rostro serio, ceñudo, arisco, y no digo bastante, de don Felipe II, que, incluso desde el mármol, imponía un no sé qué de respeto, y, con su brazo tendido, parecía a punto de decir: «Ahora voy yo, gentuza».

Aquella estatua ya no está, por un caso singular. Unos ciento setenta años después de lo que estamos contando, un día le cambiaron la cabeza, le quitaron de la mano el cetro y lo sustituyeron por un puñal; y a la estatua le dieron el nombre de Marco Bruto. Así arreglada estuvo quizá un par de años; pero, una mañana, unos que no simpatizaban con Marco Bruto, e incluso debían de tener contra él un resentimiento secreto, echaron una soga en torno a la estatua, la derribaron, la sometieron a mil vejaciones; y, mutilada y reducida a un torso informe, la arrastraron, con los ojos fuera de las órbitas y las lenguas fuera, por las calles, y, cuando estuvieron bien fatigados, la despeñaron no sé dónde. ¿Quién se lo iba a decir a Andrea Biffi, cuando la esculpía?

Desde la plaza de los Mercaderes, la gentuza se metió, por aquel otro arco, en la calle de los fustaneros, y desde allí se diseminó por el Cordusio. Todos, en cuanto desembocaban, miraban al instante hacia el horno que les habían indicado. Pero, en vez de la multitud de amigos que esperaban encontrar allí ya manos a la obra, vieron solo algunos que permanecían, como vacilando, a cierta distancia de la tienda, la cual estaba cerrada, y en las ventanas gente armada, con aspecto de dispuestos a defenderse. Ante aquella vista, unos se asombraban, otros juraban, otros se reían, alguno daba media vuelta para informar a los que iban llegando; unos se detenían, otros querían retroceder, otros decían: «Adelante, adelante». Había un empujar y un retener, como un embalse, un titubeo, un moscardeo confuso de discusiones y consultas. En estas, estalló en medio de la muchedumbre una maldita voz:

—Ahí al lado está la casa del vicario de la Provisión: vayamos a hacer justicia, a entrar a saco.

Pareció el recuerdo común de una decisión tomada, más que la aceptación de una propuesta. «¡A casa del vicario! ¡A casa del vicario!», es el único grito que se puede oír. La turba echa a andar, toda junta, hacia la calle donde estaba la casa nombrada en tan mal punto.

XIII

El desventurado vicario estaba, en ese momento, echando una siesta agria y desganada tras una comida sin apetito, y sin pan fresco, y esperaba, con gran ansiedad, el resultado de aquella borrasca, aunque lejos de sospechar que iba a caerle tan espantosamente encima. Algún hombre de bien se adelantó al galope a la muchedumbre, para advertirlo de lo que le amenazaba. Los servidores, atraídos ya por el ruido a la puerta, miraban atemorizados la calle, hacia la parte donde el ruido iba aproximándose. Mientras oyen el aviso, ven aparecer a la vanguardia: aprisa y corriendo llevan el aviso a su amo; mientras este piensa en escapar, y en cómo escapar, otro viene a decirle que ya no hay tiempo. Apenas lo tienen los servidores para cerrar la puerta. Ponen la tranca, la apuntalan, corren a cerrar las ventanas, como cuando se ve avanzar un tiempo negro y se espera el granizo de un momento a otro. El griterío creciente, descendiendo desde lo alto como un trueno, retumba en el vacío patio; cada hueco de la casa retruena con él, y, en medio del vasto y confuso estrépito, se oyen fuertes y continuadas pedradas en la puerta.

—¡El vicario! ¡El tirano! ¡El logrero! ¡Lo queremos, vivo o muerto!

El infeliz vagaba de una estancia a otra, pálido, sin resuello, dando palmadas, encomendándose a Dios, y a sus servidores, que resistieran, que hallasen el modo de hacerlo escapar. Pero ¿cómo y por dónde? Subió al desván; por un agujero miró ansiosamente a la calle y la vio abarrotada de energúmenos; oyó las voces que pedían su muerte; y, más asustado que nunca, se retiró y fue en busca de más seguro y oculto escondrijo. Acurrucado allí, estaba atento, atento, por si el funesto ruido se debilitaba, si el tumulto se aquietaba un poco; pero oyendo en vez de eso que el bramido se alzaba más feroz y ruidoso, y se redoblaban los golpes, asaltado por una nueva zozobra, se tapaba a toda prisa los oídos. Después, como fuera de sí, rechinando los dientes y frunciendo el ceño, estiraba los brazos y clavaba los puños, como si quisiera sujetar la puerta... Por lo demás, no puede saberse concretamente lo que hacía, ya que estaba solo; y la historia se ve obligada a adivinarlo. Por suerte, está acostumbrada.

Renzo, esta vez, se encontraba en lo más recio del tumulto, ya no arrastrado por el torrente, sino metido deliberadamente en él. Ante aquella primera propuesta de sangre, había sentido revolvérsele la suya; en cuanto al saqueo, no habría podido decir si estaba bien o mal en aquel caso; pero la idea del homicidio le causó un horror puro e inmediato. Y aun cuando, por esa funesta debilidad de los ánimos apasionados ante el afirmar apasionado de muchos, estuviera convencidísimo de que el vicario era la causa principal del hambre, el enemigo de los pobres, sin embargo, habiendo oído al azar, en el primer movimiento de la turba, alguna palabra que indicaba la voluntad de hacer cualquier esfuerzo para salvarlo, se había propuesto al instante ayudar también él a esa obra; y con esta intención se había metido casi hasta la puerta, que era atacada de mil modos. Unos, con guijarros, golpeaban los clavos de la cerradura, para arrancarla; otros, con palos y escoplos y martillos, procuraban trabajar más en regla; otros más, con piedras, con cuchillos despuntados, con clavos, con bastones, con las uñas, si no tenían otra cosa, desconchaban y agrietaban el muro, y se las industriaban para quitar los ladrillos, y al mismo tiempo, al estar allí empujando, estorbaban aún más el trabajo, ya estorbado por la desordenada competición de los trabajadores; ya que, por gracia del cielo, sucede a veces también en el mal una cosa demasiado frecuente en el bien, que sus más ardientes favorecedores resultan un impedimento.

Los magistrados que primero recibieron aviso de lo que ocurría enviaron de inmediato a pedir auxilio al comandante del castillo, que entonces se llamaba de Puerta Giovia, el cual mandó a algunos soldados. Pero entre el aviso, y la orden, y el congregarse, y el ponerse en marcha, y el camino, llegaron a la casa cuando ya estaba ceñida por un vasto asedio; e hicieron alto lejos de ella, en un extremo de la muchedumbre. El oficial que los mandaba no sabía qué partido tomar. Allí no había sino una garulla, permítaseme decirlo, de gente de variada edad y sexo, que estaba mirando. A las intimidaciones que se les hacían, de dispersarse y de abrir paso, respondían con un sombrío y largo murmullo; nadie se movía. Hacer fuego sobre aquella chusma parecía al oficial no solo cosa cruel, sino llena de peligro; cosa que, ofendiendo a los menos terribles, habría irritado a los muchos violentos; y, por lo demás, no tenía tales instrucciones. Abrir aquella primera muchedumbre, arrollarla a derecha e izquierda y proseguir para llevar la guerra a quien la hacía habría sido lo mejor; pero conseguirlo, esa era la cuestión. ¿Quién sabía si los soldados habrían podido avanzar unidos y en orden? Pues si, en vez de romper la muchedumbre, se diseminaban entre ella,

se encontrarían a su merced, tras haberla azuzado. La irresolución del comandante y la inmovilidad de los soldados pareció, con razón o sin ella, miedo. La gente que se encontraba cerca de ellos se contentaba con mirarlos a la cara, con un aire, como suele decirse, de importársele un comino; los que estaban un poco más lejos no paraban de provocarlos, con visajes y gritos de befa; los gastadores seguían derruyendo el muro, sin otra idea que concluir pronto su empresa; los espectadores no cesaban de animarla con gritos.

Destacaba entre estos, y era en sí un espectáculo, un viejo de mala traza que, abriendo mucho los ojos hundidos y encandilados, contrayendo las arrugas en una carcajada de diabólica complacencia, con las manos alzadas sobre una canicie oprobiosa, agitaba en el aire un martillo, una cuerda, cuatro grandes clavos, con los que decía que había de clavar al vicario a una hoja de su puerta, una vez muerto.

—¡Oh! ¡Qué vergüenza! —se le escapó a Renzo, horrorizado por aquellas palabras, por la visión de tantos otros rostros que daban signos de aprobarlas, y animado al ver a otros en los que, aunque mudos, se traslucía el mismo horror que a él lo oprimía—. ¡Qué vergüenza! ¿Vamos a robarle su oficio al verdugo? ¡Asesinar a un cristiano! ¿Cómo queréis que Dios nos dé pan, si hacemos estas atrocidades? ¡Nos mandará rayos, y no pan!

—¡Ah, perro! ¡Ah, traidor a la patria! —gritó, volviéndose hacia Renzo, con cara de endemoniado, uno de los que habían podido oír entre el estruendo aquellas santas palabras—. ¡Espera, espera! ¡Es un criado del vicario, disfrazado de campesino! ¡Es un espía! ¡Dale, dale!

Mil rumores se difunden a su alrededor: «¿Qué pasa? ¿Dónde está? ¿Quién es? Un criado del vicario. Un espía. El vicario disfrazado de campesino, que se escapa. ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Dale, dale!».

Renzo enmudece, se vuelve pequeño, pequeño, quisiera desaparecer; algunos de sus vecinos lo rodean y con gritos altos y distintos tratan de confundir las voces enemigas y homicidas. Pero lo que le valió más que nada fue un «Paso, paso», que se oyó gritar allí al lado: «¡Paso! Aquí está el remedio: ¡eh!, ¡paso!».

¿Qué era? Era una larga escalera de mano, que traían algunos, para apoyarla en la casa y entrar por una ventana. Mas por fortuna aquel medio, que habría hecho fácil la cosa, no era fácil de poner en práctica. Los portadores, en uno y en otro extremo, y a un lado y otro del utensilio, empujados, enredados, divididos por el gentío, avanzaban ondulantes: uno, con la cabeza entre dos travesaños, y los largueros sobre los hombros, oprimido como bajo un yugo sacudido, berreaba; otro era apartado de su

carga por un empujón; la escalera abandonada golpeaba hombros, brazos, costillas: imaginaos lo que debían de decir sus dueños. Otros alzan con las manos el peso muerto, se meten debajo, se lo echan encima, gritando:

«¡Ánimo! ¡Vamos!».

La máquina fatal avanza a saltos y serpenteando. Llegó a tiempo de distraer y desordenar a los enemigos de Renzo, el cual aprovechó la confusión nacida de la confusión; y paso a paso al principio, después manejando los codos a más no poder, se alejó de aquel lugar, con la intención también de salir, lo más pronto posible, del tumulto, y de ir de veras a buscar o a esperar al padre Bonaventura.

De repente, un movimiento extraordinario, iniciado en un extremo, se propaga entre la muchedumbre, corre una voz, avanza de boca en boca:

—¡Ferrer! ¡Ferrer!

Asombro, alegría, rabia, inclinación, repugnancia estallan dondequiera que llega ese nombre: unos lo gritan, otros quieren sofocarlo; unos afirman, otros niegan; unos bendicen, otros blasfeman.

—¡Está aquí Ferrer!

—¡No es cierto, no es cierto!

—Sí, sí, ¡viva Ferrer, el que ha abaratado el pan!

—¡No, no!

—Está aquí, llega en coche.

—¿Qué importa? ¿Qué tiene que hacer? ¡No queremos a nadie!

—¡Ferrer! ¡Viva Ferrer, el amigo de los pobres! ¡Viene a llevarse al vicario a la cárcel!

—No, no, queremos hacer justicia nosotros; ¡atrás, atrás!

—Sí, sí, Ferrer, ¡que venga Ferrer! ¡A la cárcel el vicario!

Y todos, poniéndose de puntillas, se vuelven a mirar hacia la parte donde se anunciaba la inesperada llegada. Al levantarse todos, no veían ni más ni menos que si todos hubieran estado con las plantas en el suelo; pero daba igual, todos se levantaban.

En efecto, en el extremo de la multitud, por la parte opuesta a donde estaban los soldados, había llegado en coche Antonio Ferrer, el gran canciller, el cual, remordiéndole probablemente la conciencia por haber sido, con sus disparates y su obstinación, la causa o al menos la ocasión de aquel motín, venía ahora a tratar de apaciguarlo y de impedir al menos su más terrible e irreparable efecto: venía a gastar bien una popularidad mal adquirida.

En los tumultos populares hay siempre cierto número de hombres que, por un acaloramiento de pasión, o por persuasión fanática, o por un malvado designio, o por una maldita afición al desorden, hacen de todo para empeorar

las cosas; proponen o promueven los más despiadados consejos, soplan el fuego cada vez que empieza a languidecer; nada es demasiado para ellos, no quisieran que el tumulto tuviera fin ni medida. Pero, en compensación, hay siempre cierto número de otros hombres que, con parejo ardor e insistencia pareja, se afanan por conseguir el efecto contrario, movidos unos por amistad o por parcialidad en favor de las personas amenazadas; otros, sin más impulso que un piadoso y espontáneo horror por la sangre y las atrocidades. El cielo los bendiga. En cada una de estas dos partes opuestas, aun cuando no haya un acuerdo anterior, la uniformidad de los deseos crea un acuerdo instantáneo en las operaciones. Lo que luego compone la masa, y casi el material del tumulto, es una mezcla accidental de hombres que, más o menos, con gradaciones indefinidas, tienen algo de uno y otro extremo: en parte acalorados, en parte bribones, en parte deseosos de ver una buena, dispuestos a la ferocidad y a la misericordia, a detestar y a adorar, según se presente la ocasión de experimentar con plenitud uno u otro sentimiento; ávidos en todo momento de saber, de creer en algún gran suceso, necesitados de gritar, de aplaudir a alguien, o de chillar detrás de él. «Viva y muera» son las palabras que más a gusto les salen; y quien ha logrado persuadirlos de que alguien no merece ser descuartizado no necesita gastar más palabras para convencerlos de que es digno de ser llevado en triunfo: actores, espectadores, instrumentos, obstáculos, según sople el viento; dispuestos a enmudecer cuando no se oyen más gritos que repetir, a acabar cuando faltan los instigadores, a dispersarse cuando muchas voces concordes y no contradichas han dicho: vámonos; y a volverse a casa, preguntándose unos a otros: «¿qué ha pasado?». Pero como esta masa, al tener la mayor fuerza, la puede dar a quien quiere, así cada una de las dos partes activas utiliza todas las artes para atraerla hacia sí, para adueñarse de ella: son como dos almas enemigas que luchan por entrar en ese corpachón, para moverlo. Compiten en saber difundir las voces más adecuadas para excitar las pasiones, en dirigir los movimientos en favor de uno y otro intento; en encontrar las nuevas más a propósito que aticen la indignación, o la debiliten, que despierten las esperanzas o los terrores; y en saber encontrar el grito que, repetido por la mayoría y los más fuertes, exprese, atestigüe y cree al mismo tiempo los votos de la pluralidad, por una o por otra parte.

Toda esta plática se ha hecho para venir a decir que, en la lucha entre las dos partes que se disputaban el voto de la gente agolpada ante la casa del vicario, la aparición de Antonio Ferrer dio, casi en un momento, una gran ventaja a la parte de los humanos, la cual estaba en manifiesta inferioridad y,

con un poco más que hubiera tardado aquel socorro, no habría tenido ni fuerzas, ni motivos para luchar. El hombre era grato a la multitud, por aquella tarifa de su invención tan favorable a los compradores, y por su heroica resistencia contra los razonamientos en contra. Los ánimos ya propensos quedaban ahora aún más prendados de la animosa confianza del viejo que, sin guardias, sin aparato, venía así a encontrarse con una multitud irritada y procelosa, a enfrentarse con ella. Además, surtía un admirable efecto el oír que venía a llevarse a la cárcel al vicario; así, el furor contra este, que se habría desencadenado con más fuerza si lo hubieran tomado por las malas y

no se le hubiese querido conceder nada, ahora, con aquella promesa de satisfacción, con aquel hueso en la boca, se apaciguaba un poco y dejaba su lugar a otros sentimientos contrarios, que surgían en gran parte de los ánimos.

Los partidarios de la paz, recobrando el resuello, secundaban a Ferrer de mil maneras: los que se encontraban cerca de él, excitando y volviendo a excitar con su aplauso el del público, e intentando al tiempo que se retirase la gente, para abrir paso al coche; los otros, aplaudiendo, repitiendo y transmitiendo sus palabras, o las que les parecían las mejores que podía decir, reconviniendo a los furiosos obstinados y revolviendo contra ellos la nueva pasión de la inconstante asamblea. «¿Quién no quiere que se diga viva Ferrer? Tú no querías, ¿eh?, que el pan fuera barato. Hay bribones que no quieren una justicia de cristianos; y los hay que alborotan más que los otros, para dejar escapar al vicario. ¡Viva Ferrer! ¡Paso a Ferrer!». Y al ir aumentando los que hablaban así disminuía en proporción la jactancia de la parte contraria; de manera que los primeros que así predicaban llegaron a las manos con los que seguían demoliendo, los obligaron a retroceder, les quitaron los utensilios. Estos rugían, hasta amenazaban, trataban de rehacerse; pero la causa de la

sangre estaba perdida, el grito que predominaba era: «¡Prisión, justicia, Ferrer!» Tras un leve forcejeo, fueron rechazados; los otros se apoderaron de la puerta, para defenderla de nuevos asaltos, y para preparar la entrada de

Ferrer; y alguno de ellos, dando una voz a los de la casa (rendijas no faltaban), les avisó de que llegaban auxilios, y que hicieran que el vicario se preparase para ir enseguida... a la cárcel: «¿Eh?, ¿habéis entendido?».

—¿Es ese el Ferrer que ayuda a hacer los bandos? —preguntó a un nuevo vecino nuestro Renzo, que se acordó del «*vidit Ferrer*» que el abogado le había gritado al oído, enseñándoselo al pie de aquel tal.

—Claro: el gran canciller —le respondieron.

—Y es un hombre de bien, ¿verdad?

—¿Que si es hombre de bien? Es el que abarató el pan; y los otros no quisieron; y ahora viene a llevarse a la cárcel al vicario, que no ha hecho lo que debía.

No es preciso decir que Renzo estuvo al punto a favor de Ferrer. Y hasta quiso ir a su encuentro; la cosa no era fácil, pero, con ciertos empujones y codazos de montañés, consiguió abrirse paso y llegar a la primera fila, justamente al lado del coche.

Este ya se había adentrado un poco entre la muchedumbre; y en ese momento estaba parado por una de esas encalladuras inevitables y frecuentes en un avance de aquella índole. El viejo Ferrer presentaba ora en una ora en otra portezuela un rostro muy humilde, muy risueño, muy cariñoso, un rostro que había tenido siempre en reserva para cuando se encontrara en presencia de don Felipe IV; pero se vio obligado a gastarlo en esta ocasión. Hablaba también; pero el bullicio y el zumbido de tantas voces, los propios vivas dirigidos a él, permitían oír muy poco de sus palabras, y a muy pocos. Se ayudaba, pues, con gestos, ora llevándose a los labios la punta de las manos, para coger un beso que las manos, separándose de inmediato, distribuían a diestra y siniestra en agradecimiento por la pública benevolencia; ora extendiéndolas y moviéndolas lentamente por una portezuela, para pedir un poco de sitio; ora bajándolas garbosamente, para pedir un poco de silencio. Cuando había conseguido un poco, los más cercanos oían y repetían sus palabras: «Pan, abundancia; vengo a hacer justicia; un poco de sitio, por favor». Abrumado después y como sofocado por el estruendo de tantas voces, por la visión de tantos rostros juntos, de tantos ojos clavados en él, se echaba hacia atrás un momento, henchía las mejillas, lanzaba un gran resoplido y decía para sí: «¡*Por mi vida, qué de gente!*»^[30].

—¡Viva Ferrer! ¡No tenga miedo! ¡Vuestra merced es hombre de bien! ¡Pan, pan!

—Sí, pan, pan —respondía Ferrer—: Abundancia; lo prometo yo. —Y se ponía la mano en el pecho—. Un poco de sitio —agregaba al instante—, vengo para llevarlo a la cárcel, para darle el justo castigo que se merece. —Y añadía en voz baja—: *Si es culpable*. —E, inclinándose después hacia el cochero, le decía deprisa—: *Adelante, Pedro, si puedes*.

El cochero sonreía también a la multitud, con una gracia afectuosa, como si fuera un gran personaje; y, con inefable garbo, movía despacito el látigo, a derecha e izquierda, para pedir a los incómodos vecinos que se apartasen y se retirasen un poco. «Por favor —decía también él—, señores míos, un poco de sitio, un poquito; apenas, apenas para poder pasar».

Mientras tanto los benévolos más activos se afanaban por dejar el paso pedido tan amablemente. Algunos, delante de los caballos, hacían retirarse a las personas, con buenas palabras, poniéndoles la mano en el pecho, con ciertos empujones suaves: «Fuera, paso, un poco de sitio, señores»; algunos hacían lo mismo a los dos lados del coche, para que pudiera pasar sin aplastar pies, ni magullar mostachos, pues, aparte el daño a las personas, habría sido poner en gran riesgo el auge de Antonio Ferrer.

Renzo, tras haberse quedado unos instantes admirando aquella decorosa vejez, conturbada un poco por la angustia, oprimida por la fatiga, mas animada por la solicitud, embellecida, por así decirlo, por la esperanza de liberar a un hombre de sus congojas mortales, Renzo, digo, descartó todo pensamiento de marcharse; y se resolvió a ayudar a Ferrer y a no abandonarlo hasta que hubiera logrado su intento. Dicho y hecho, se puso con los otros a abrir paso; y no era de los menos activos, por cierto. El paso se abrió.

—Avanzad ya —decía más de uno al cochero, retirándose o yendo a abrirle un poco de camino más adelante.

—*Adelante, presto, con juicio* —le dijo también su amo; y el coche echó a andar.

Ferrer, en medio de los saludos que derrochaba entre la masa del público, hacía unos especiales de agradecimiento, con una sonrisa de inteligencia, a quienes veía afanarse por él; y más de una de estas sonrisas le tocó a Renzo, el cual en verdad se las merecía, y servía en ese día al gran canciller mejor de lo que habría podido hacer el más diligente de sus secretarios. Al joven montañés, seducido por aquella afabilidad, le parecía casi haber trabado amistad con Antonio Ferrer.

El coche, una vez encaminado, prosiguió después, más o menos despacio, y no sin alguna paradita. El trayecto no era quizá mayor que un tiro de fusil; pero, respecto al tiempo empleado, habría podido parecer un viajecito, incluso a quien no tuviese la santa prisa de Ferrer. La gente se movía, delante y detrás, a derecha e izquierda del coche, a guisa de olas embravecidas en torno a una nave que avanza en lo más fuerte de la tormenta. Más agudo, más discordante, más ensordecedor que el de la tormenta era el estruendo. Ferrer, mirando ora a un lado, ora a otro, componiendo el rostro y gesticulando al tiempo, trataba de entender algo, para acomodar las respuestas a las necesidades; quería de buena gana entablar algún diálogo con aquel grupo de amigos; pero la cosa era difícil, la más difícil que le había tocado nunca, en tantos años de gran cancellería. De vez en cuando, empero, alguna palabra, alguna frase, repetida por un corrillo a su paso, se dejaba oír, como el

estallido de un cohete más fuerte se deja oír en el inmenso chisporroteo de los fuegos artificiales. Y él, ora ingeniándose por responder de modo satisfactorio a esos gritos, ora diciendo de cualquier manera las palabras que sabía que serían más gratas, o que una necesidad instantánea parecía requerir, habló también durante todo el camino.

—Sí, señores, pan, abundancia. Lo llevaré a la cárcel: será castigado... *si es culpable*. Sí, sí, mandaré yo: el pan barato. *Así es...* quiero decir, así es: el rey nuestro señor no quiere que estos fidelísimos vasallos padezcan hambre. ¡Ox!, ¡ox!, *guardaos*: no se hagan daño, señores. *Pedro, adelante, con juicio*. Abundancia, abundancia. Un poco de sitio, por favor. Pan, pan. A la cárcel, a la cárcel. ¿Qué? —preguntaba después a uno que medio se había metido por la portezuela, a gritarle algún consejo o ruego o aprobación.

Pero el otro, sin poder siquiera recibir el «¿Qué?», había sido arrastrado hacia atrás por uno que lo veía a punto de ser aplastado por una rueda. Con estos dimes y diretes, entre incesantes aclamaciones, también entre algún arrebatado de oposición, que se dejaba oír aquí y allá, pero que era ahogado al punto, por fin Ferrer había llegado a la casa, gracias principalmente a sus buenos auxiliares.

Los otros que, como hemos dicho, estaban ya allí con las mismas buenas intenciones, habían trabajado mientras tanto para hacer y rehacer un poco de espacio. Ruega, exhorta, amenaza; empuja, vuelve a empujar, arremete por aquí y por allá, con esas ganas redobladas y esa renovación de fuerzas que proceden de ver próximo el fin deseado; finalmente habían conseguido dividir el gentío en dos, y después empujar hacia atrás los dos gentíos, de modo que, entre la puerta y el coche, que se detuvo delante, había un pequeño espacio vacío. Renzo, que, haciendo un poco de batidor, un poco de escolta, había llegado con el coche, pudo colocarse en una de las dos fronteras de benévolo, que formaban, al mismo tiempo, una hilera para el coche y un dique contra las dos pujantes olas de pueblo. Y, ayudando a contener una con sus poderosas espaldas, se encontró también en un buen sitio para ver.

Respiró Ferrer cuando vio aquella plazuela libre y la puerta aún cerrada. Cerrada significa aquí no abierta; por lo demás, los goznes estaban casi arrancados de las pilastras; las hojas astilladas, aplastadas, forzadas y separadas en el medio dejaban ver por una lumbrera un trozo de cerrojo retorcido, aflojado y casi arrancado, que, si queremos hablar así, las mantenía unidas. Un buen hombre se había asomado a aquella rendija a gritar que abrieran; otro abrió a toda prisa la portezuela del coche; el anciano sacó la

cabeza, se levantó y, agarrando con la derecha el brazo de aquel buen hombre, salió y bajó al estribo.

La multitud, a un lado y a otro, estaba de puntillas para ver: mil rostros, mil barbillas hacia arriba: la curiosidad y la atención general crearon un momento de general silencio. Ferrer, parado un instante en el estribo, echó un vistazo a su alrededor, saludó con una reverencia a la multitud, como desde un púlpito, y, poniéndose la mano izquierda en el pecho, gritó: «¡Pan y justicia!», y franco, erguido, togado, se apeó, entre aclamaciones que llegaban a las estrellas.

Entretanto los de dentro habían abierto, mejor dicho habían acabado de abrir, quitando el cerrojo con las abrazaderas ya medio arrancadas, y ensanchando la lumbrera lo necesario para dejar entrar al deseadísimos huésped.

—Pronto, pronto —decía este—, abrid bien, que yo pueda entrar; y vosotros, portaos bien, alejad a la gente; que no se me eche encima... ¡por amor del cielo! Conservad algo de paso para dentro de poco... ¡Eh!, ¡eh!, señores, un momento —decía después a los de dentro—. Despacio con esa hoja, dejadme pasar; ¡ay!, mis costillas; cuidado con mis costillas. Cerrad ahora; no; ¡ay! ¡La toga!, ¡la toga!

Esta habría quedado cogida entre las hojas si Ferrer no hubiera retirado con mucha desenvoltura la cola, que desapareció como la de una sierpe, que se oculta perseguida.

Vueltas a cerrar las hojas, las apuntalaron también como mejor pudieron. Fuera, los que se habían constituido en guardias de corps de Ferrer, trabajaban con los hombros, los brazos y los gritos para mantener la plaza vacía, rogando en su fuero interno al Señor que lo hiciera acabar pronto.

—Rápido, rápido —decía Ferrer dentro, bajo el pórtico, a los servidores, que lo habían rodeado jadeantes, gritando:

—¡Bendita sea vuestra merced! ¡Ay, excelencia! ¡Oh, excelencia! ¡Huy, excelencia!

—Rápido, rápido —repetía Ferrer—, ¿dónde está ese bendito hombre?

El vicario bajaba por las escaleras, arrastrado y medio llevado por otros criados, blanco como un paño recién lavado. Cuando vio aquel auxilio, lanzó un gran suspiro; le volvió el pulso, pasó un poco de vida por sus piernas, un poco de color por sus mejillas y corrió como pudo hacia Ferrer, diciendo:

—Estoy en manos de Dios y de vuestra excelencia. Pero ¿cómo salir de aquí? Por todas partes hay gente que me quiere muerto.

—*Venga usted conmigo, y ármese de valor: ahí fuera está mi coche; pronto, pronto.*

Lo cogió de la mano y lo llevó hacia la puerta, dándole todavía ánimos; pero entretanto decía para sí: «*Aquí está el busilis; ¡Dios nos valga!*».

La puerta se abre; Ferrer sale primero; el otro detrás, encogido, agarrado, pegado a la toga salvadora, como un niño a las faldas de su madre. Los que habían mantenido la plaza vacía forman ahora, con un alzar de manos, de sombreros, como una red, una nube, para sustraer a la peligrosa vista de la multitud el vicario, el cual entra el primero en el coche y se agazapa en un rincón. Ferrer sube después; cierran la portezuela. La multitud vio confusamente, supo de oídas, adivinó lo que había ocurrido; y lanzó un griterío de aplausos e imprecaciones.

La parte de camino que quedaba por hacer podía parecer la más difícil y la más peligrosa. Pero los votos del público se habían declarado bastante para permitir que el vicario fuera a la cárcel; y, en el tiempo de la parada, muchos de los que habían facilitado la llegada de Ferrer se las habían ingeniado muy bien para preparar y mantener como una avenida en medio de la muchedumbre, con lo que el coche pudo, esta segunda vez, ir un poco más aprisa y más seguido. A medida que avanzaba, las dos muchedumbres retenidas a los lados se juntaban y se volvían a mezclar detrás de él.

Ferrer, en cuanto se sentó, se inclinó para advertir al vicario de que se estuviese bien agazapado en el fondo y no se dejase ver, por amor del cielo; pero la advertencia era superflua. Él, en cambio, era menester que se dejase ver, para ocupar y atraer hacia sí toda la atención del público. Y durante todo el viaje, como en el primero, hizo al mudable auditorio el discurso más continuo en el tiempo y más inconexo de sentido que nunca se oyó; interrumpiéndolo empero de cuando en cuando con alguna palabrita española, que aprisa y corriendo se volvía a susurrar en el oído de su escondido compañero.

—Sí, señores, pan y justicia; al castillo, a la cárcel, bajo mi custodia. Gracias, gracias, muchas gracias. No, no, no se escapará. *Por ablandarlos.* Es más que justo: se examinará, se verá. También yo os aprecio, señores. Un castigo severo. *Esto lo digo por su bien.* Una tasa justa, una tasa honrada, y castigo para los logreros. Haceos a un lado, por favor. Sí, sí, soy un hombre de bien, amigo del pueblo. Será castigado; es cierto, es un tunante, un criminal. *Perdone, usted.* Lo pasará mal, lo pasará mal... *si es culpable.* Sí, sí, tendremos a raya a los panaderos. ¡Viva el rey, y los buenos milaneses, sus fidelísimos vasallos! Está aviado, está aviado. *Ánimo; estamos ya casi fuera.*

En efecto, habían atravesado ya el mayor gentío, y ya estaban próximos a salir del todo. Allí Ferrer, mientras comenzaba a dar un poco de descanso a sus pulmones, vio el socorro tardío, los soldados españoles, que al final no habían resultado del todo inútiles, ya que, sostenidos y dirigidos por algún ciudadano, habían cooperado a tranquilizar a alguna gente y a mantener el paso libre para la salida definitiva. Al llegar el coche, formaron en hilera y presentaron armas al gran canciller, el cual hizo también un saludo a la derecha, un saludo a la izquierda; y al oficial, que se acercó más a hacerle el suyo, le dijo, acompañando las palabras con un gesto de la diestra: «*Beso a usted las manos*», palabras que el oficial entendió como lo que realmente significaban, o sea: «*¡Buena ayuda me habéis prestado!*». En respuesta hizo otro saludo y se encogió de hombros. Era verdaderamente el caso de decir: *cedant arma togae*^[31], pero Ferrer no tenía en ese momento la cabeza para citas; y por lo demás habrían sido palabras desperdiciadas, porque el oficial no entendía el latín.

A Pedro, al pasar entre aquellas dos filas de miqueletes, entre aquellos mosquetes tan respetuosamente alzados, le volvió el viejo corazón al pecho. Se recobró por entero del susto, se acordó de quién era y de a quién llevaba; y gritando «¡Hale, hale!» sin ceremonias a la gente que ya raleaba tanto para poder ser tratada así, y azotando los caballos, los hizo salir a la carrera hacia el castillo.

—*Levántese, levántese; estamos ya fuera* —dijo Ferrer al vicario; el cual, tranquilizado por el cesar de los gritos, y por el rápido movimiento de la carroza, y por esas palabras, se volvió, se desencogió, se levantó; y recobrado un poco, empezó a dar las gracias, gracias y más gracias a su libertador.

Este, tras haberse condolido con él del peligro y alegrado por la salvación:

—¡Ay! —exclamó, golpeándose con la mano en la chola monda—, *¿qué dirá de esto su excelencia*, que ya está que toca el cielo con las manos por ese maldito Casale que no quiere rendirse? *¿Qué dirá el conde duque*, que recela si una hoja hace más rumor del acostumbrado? *¿Qué dirá el rey nuestro señor*, pues al cabo acabará enterándose de un alboroto tal? *¿Y habrá acabado? Dios lo sabe.*

—¡Ah!, lo que es yo, no quiero inmiscuirme —decía el vicario—, me lavo las manos; resigno mi cargo en vuestra excelencia, y me voy a vivir a una gruta, a una montaña, a ser ermitaño, lejos, lejos de esta gente bestial.

—*Usted* hará lo que sea más conveniente *por el servicio de su majestad* —respondió gravemente el gran canciller.

—Su majestad no querrá mi muerte —replicaba el vicario—, a una gruta, a una gruta; lejos de estos.

Lo que ocurrió después con esta resolución no lo dice nuestro autor, el cual, tras haber acompañado al pobre hombre al castillo, no vuelve a hacer mención de sus asuntos.

XIV

La multitud que había quedado rezagada comenzó a dispersarse, a ramificarse a derecha e izquierda, por esta o aquella calle. Unos iban a sus casas, a ocuparse también de sus asuntos; otros se alejaban, para respirar un poco, tras tantas horas de apreturas; otros, en busca de amigos, para charlar sobre los grandes hechos del día. Se iba despejando también el otro extremo de la calle, donde la gente raleó lo bastante para que aquel pelotón de españoles pudiera, sin encontrar resistencia, avanzar y apostarse ante la casa del vicario. Pegado a esta estaba condensado aún el poso, por así decirlo, del tumulto: un hato de bribones que, descontentos con el final tan frío y tan imperfecto de tan gran aparato, en parte refunfuñaban, en parte blasfemaban, en parte se consultaban, para ver si aún se podía emprender algo; y, como por probar, estaban golpeando y empujando aquella pobre puerta, que había sido de nuevo apuntalada lo mejor posible. Al llegar el pelotón, todos ellos, unos en derechura, otros demorándose y como a regañadientes, se marcharon por la parte opuesta, dejando el campo libre a los soldados, que lo tomaron y se apostaron allí, para custodia de la casa y de la calle. Pero todas las calles del contorno estaban sembradas de corrillos: donde había dos o tres personas paradas, se paraban tres, cuatro, veinte más; de aquí se apartaba alguno; allá todo un corrillo se movía junto: era como esa masa de nubes que a veces queda dispersa y vaga por el azul del cielo después de una borrasca; y hace decir a quien mira hacia arriba: «El tiempo no se ha arreglado». Imaginaos qué Babel de discursos. Uno contaba con énfasis los casos particulares que había visto; otro contaba lo que él había hecho; otro se alegraba de que la cosa hubiera acabado bien y alababa a Ferrer y pronosticaba serios disgustos al vicario; otro, riendo burlonamente, decía: «No tengáis miedo, que no lo matarán: son lobos de la misma camada»; otro murmuraba más airado que no se habían hechos las cosas como Dios manda, que era un engaño y que había sido locura armar tanto alboroto para dejarse después burlar de aquella manera.

Entretanto el sol se había puesto, las cosas se volvían todas de un mismo color; y muchos, cansados del día y aburridos de charlar a oscuras, regresaban a casa. Nuestro joven, tras haber contribuido al paso del coche, mientras había sido precisa ayuda, y haber pasado también detrás de él, entre las filas de soldados, como en triunfo, se alegró cuando lo vio correr libremente y fuera de peligro; recorrió un poco de camino con la muchedumbre y se salió, en la primera esquina, para respirar también él un poco libremente. En cuanto hubo dado unos pasos, en medio de la agitación de tantos sentimientos, de tantas imágenes, recientes y confusas, sintió una gran necesidad de comer y descansar; y comenzó a mirar hacia arriba, a un lado y a otro, buscando una muestra de hostería; ya que, para ir al convento de los capuchinos, era demasiado tarde. Caminando así con la cabeza alzada, se encontró a espaldas de un corrillo; y, deteniéndose, oyó que en él se hablaba de conjeturas, de designios para el día siguiente. Tras quedarse un momento oyendo, no pudo contenerse de echar su cuarto a espaldas, pareciéndolo que podía sin presunción proponer algo quien había hecho tanto. Y persuadido, por todo lo que había visto ese día, de que ya, para poner en práctica una cosa, bastaba con que agradase a quienes vagaban por las calles, gritó en torno de exordio:

—¡Señores míos!, ¿debo decir también yo mi humilde opinión? Mi humilde opinión es esta: que no solo en el asunto del pan se hacen bribonadas; y ya que hoy se ha visto claro que, haciéndose oír, se consigue lo que es justo, es preciso continuar así, hasta que se haya puesto remedio a todas esas otras infamias, y el mundo ande un poco más derecho. ¿No es cierto, señores míos, que hay una gavilla de tiranos que obran justamente al revés de los diez mandamientos, y van a buscar a la gente pacífica, que no se ocupa de ellos, para hacerles toda clase de daño, y luego siempre tienen razón? Más aún, cuando han hecho una más gorda de lo normal, andan con la cabeza más alta, que parece que les debemos algo. También en Milán debe de haber buena parte de estos.

—Por desgracia —dijo una voz.

—Ya lo decía yo —prosiguió Renzo—, esas historias se cuentan también entre nosotros. Y, además, la cosa habla por sí sola. Supongamos, por ejemplo, que uno de esos que digo viva un poco en el campo, un poco en Milán; si allá es un diablo, no va a ser un ángel aquí, me parece. De modo que decidme, señores míos, si habéis visto nunca a uno de esos entre rejas. Y lo que es peor (y eso lo puedo decir yo con seguridad) es que bandos hay, impresos, para castigarlos; y no bandos sin sustancia: hechos perfectamente, que no podríamos encontrar nada mejor; enumeran las bribonadas con

claridad, tal y como suceden; y para cada una, su buen castigo. Y dicen: sea quien sea, viles y plebeyos, y yo qué sé. Pues bien, id a decirles a los doctores, escribas y fariseos que os hagan justicia, según canta el bando: os oyen como quien oye llover; cosas para sacar de quicio a cualquier hombre de bien. Se ve, pues, claramente que el rey, y los que mandan, quisieran que los bribones fueran castigados; pero no se hace nada, porque hay una liga. De modo que habrá que romperla; hay que ir mañana por la mañana a ver a Ferrer, que es un hombre de bien, un señor campechano; hoy se ha podido ver qué contento estaba de encontrarse con los pobres, y cómo trataba de oír las razones que se le decían y respondía con buenos modos. Hay que ir a ver a Ferrer y decirle cómo están las cosas; y yo, por mi parte, se las puedo contar de a puño; pues yo he visto, con mis propios ojos, un bando con muchas armas en lo alto, y había sido hecho por tres de los que pueden, y abajo estaba el nombre de cada uno bien grabado, y uno de esos nombres era Ferrer, visto por mí, con mis propios ojos; pues ese bando decía exactamente las cosas justas para mí; y un abogado al que dije que me hiciera rendir justicia, como era la intención de aquellos tres señores, entre los cuales estaba también Ferrer, este señor abogado, que me había enseñado el bando él mismo, que es lo mejor, ¡ja, ja!, parecía que yo estaba diciendo locuras. Estoy seguro de que, cuando ese buen viejo oiga estas cosas, pues él no las puede saber todas, especialmente las de fuera, no querrá que el mundo vaya así y pondrá buen remedio. Y, además, también a ellos, si hacen los bandos, debe de gustarles que se obedezca; que hasta es desprecio no hacer el menor caso de un pitafio^[32] con sus nombres. Y, si los poderosos no quieren bajar la cabeza y hacen el loco, aquí estamos nosotros para ayudarlo, como hemos hecho hoy. No digo que tenga que andar él dando vueltas, en coche, para atrapar a todos los bribones, prepotentes y tiranos; sí, se necesitaría el arca de Noé. Es preciso que mande a quien corresponda, y no solo en Milán, sino en todas partes, que se hagan las cosas conforme dicen los bandos; y hacer un buen proceso a todos los que han cometido bribonadas; y donde dice prisión, prisión; donde dice galeras, galeras; y decir a los podestás que obren de verdad; y, si no, mandarlos a paseo y poner otros mejores; y además, como digo, estaremos nosotros para echar una mano. Y ordenar a los abogados que presten oídos a los pobres y hablen en defensa de la razón. ¿No digo bien, señores míos?

Renzo había hablado con tanto corazón que, desde el exordio, gran parte de los congregados, interrumpiendo otros discursos, se habían vuelto hacia él; y, en cierto momento, todos se habían convertido en sus oyentes. Un rumor

confuso de aplausos, de «Muy bien; claro; tiene razón; es más que cierto», fue como la respuesta del auditorio. Aunque no faltaron los críticos.

—Sí, claro —decía uno—, haced caso de los montañeses; todos son letrados. —Y se marchaba.

—Ahora —murmuraba otro—, cualquier pelanas querrá echar su cuarto a espadas; y, a fuerza de echar leña al fuego, no tendremos pan barato, que es por lo que nos hemos movido.

Pero Renzo no oyó más que los cumplidos; unos le cogían una mano, otros, la otra.

—Nos veremos mañana.

—¿Dónde?

—En la plaza de la catedral.

—Está bien.

—Está bien.

—Y algo se hará.

—Y algo se hará.

—¿Quién de estos señores quiere indicarme una hostería, para tomar un bocado y encontrar una cama? —dijo Renzo.

—Aquí estoy para servirlos, buen joven —dijo uno, que había escuchado atentamente la prédica y aún no había dicho nada—. Conozco justamente una hostería que os irá al pelo; y os recomendaré al dueño, que es amigo mío y hombre de bien.

—¿Cerca de aquí? —preguntó Renzo.

—No muy lejos —respondió el otro.

La reunión se disolvió; y Renzo, tras muchos apretones de manos desconocidas, echó a andar con el desconocido, agradeciéndole su cortesía.

—¿Por qué? —decía el otro—. Hoy por ti y mañana por mí. ¿No estamos obligados a hacer bien al prójimo? —Y mientras caminaban hacía a Renzo, con aire de charla, ora una, ora otra pregunta—. No es por enterarme de vuestros asuntos; pero me parecéis rendido: ¿de qué pueblo venís?

—Vengo —respondió Renzo— desde..., desde Lecco.

—¿Desde Lecco? ¿Sois de Lecco?

—De Lecco... es decir, de esa zona.

—¡Pobre joven! Por lo que he podido deducir de vuestras palabras, os han hecho alguna buena.

—¡Ay, mi querido señor! He tenido que hablar con un poco de política, para no decir en público mis cosas; pero... basta, algún día se sabrá; y

entonces... Mas ahí veo una muestra de hostería; y, a fe mía, no tengo ganas de ir más lejos.

—¡No, no! Venid donde os he dicho, que queda poco —dijo el guía—: Aquí no estaríais a gusto.

—Oh, sí —respondió el joven—, no soy un señorito acostumbrado a vivir entre algodones; una cosa sencilla para llenar la panza, y un jergón, eso me basta; lo que me urge es encontrar una y otro. ¡Dios proveerá!

Y entró por una puerta de mala muerte, sobre la que colgaba una muestra con la luna llena.

—Está bien, os acompañaré aquí, ya que así os place —dijo el desconocido y fue detrás de él.

—No hace falta que os molestéis más —respondió Renzo—. Pero —agregó—, si pasáis a tomar un vaso conmigo, tendré mucho gusto.

—Acepto la invitación —respondió el otro; y echó a andar, como más práctico del sitio, delante de Renzo, por un patizuelo; se acercó a la puerta que daba a la cocina, alzó el picaporte, abrió y entró con su compañero.

Dos faroles, colgados de dos pértigas sujetas a la viga del techo, difundían una media luz. Había mucha gente sentada, aunque no ociosa, en dos bancos, a un lado y otro de una mesa estrecha y larga que ocupaba casi toda una parte de la estancia: a intervalos, manteles y platos; a intervalos, cartas cubiertas y descubiertas, dados tirados y recogidos; garrafas y vasos por doquier. Se veían también correr berlingas, reales y parpallas, que, si hubieran podido hablar, habrían dicho probablemente: «Estábamos esta mañana en la escudilla de un panadero, o en los bolsillos de algún espectador del tumulto que, muy atento a ver cómo marchaban los negocios públicos, se olvidaba de vigilar sus asuntillos privados». El alboroto era grande. Un mozo daba vueltas de un lado a otro, a todo correr, al servicio de aquella mesa y tablero al tiempo; el posadero estaba sentado en una banqueta, bajo la campana de la chimenea, ocupado, en apariencia, con ciertas figuras que hacía y deshacía en las cenizas con las tenazas; pero en realidad atento a todo cuanto ocurría en torno a él. Se levantó, al oír el picaporte, y fue al encuentro de los recién llegados. En cuanto vio al guía: «¡Maldito! —dijo para sí—, ¡siempre has de meter el cuevo, cuando menos te necesito!». Echando luego una ojeada a Renzo dijo, también para sí: «No te conozco; pero, viniendo con semejante cazador, serás perro o liebre; cuando hayas dicho dos palabras, te conoceré». Pero nada se traslucía de estas reflexiones en la cara del posadero, la cual estaba inmóvil como un retrato: una cara rolliza y brillante, con una barbita espesa, rojiza, y ojillos claros y penetrantes.

—¿Qué desean los señores? —dijo en voz alta.

—Ante todo, un buen jarro de vino sin bautizar —dijo Renzo—, y también algo de comer.

Diciendo esto se dejó caer en un banco, hacia la cabecera de la mesa, y lanzó un «¡Ah!» sonoro, como si quisiera decir: «Qué bien encontrar un banco, tras haber estado tanto tiempo de pie y ajetreado». Pero le vino al instante a la mente el banco y la mesa a los que se había sentado la última vez con Lucia y Agnese; y lanzó un suspiro. Sacudió después la cabeza, como para expulsar aquella idea y vio venir al posadero con el vino. Su compañero se había sentado frente a Renzo. Este le sirvió al punto de beber, diciendo:

—Para mojar los labios.

Y llenando el otro vaso lo apuró de un trago.

—¿Qué me daréis de comer? —dijo después al posadero.

—Tengo estofado; ¿os gusta?

—Sí, muy bien, estofado.

—Seréis servido —dijo el posadero a Renzo; y al mozo—: Servid a este forastero. —Y se dirigió hacia la chimenea—. Pero... —Prosiguió después, regresando hacia Renzo—, pero hoy no tengo pan.

—En el pan —dijo Renzo, en voz alta y riendo— ha pensado la Providencia. —Y sacando el tercero y último de los panes recogidos bajo la cruz de san Dionisio, lo alzó en el aire gritando—: ¡Aquí está el pan de la Providencia!

Ante esa exclamación, muchos se volvieron; y, al ver aquel trofeo en el aire, uno gritó:

—¡Viva el pan barato!

—¿Barato? —dijo Renzo—: *Gratis et amore*.

—Mejor, mejor.

—Pero —agregó enseguida Renzo— no quisiera que los señores pensaran mal. No es que lo haya birlado, como suele decirse. Lo encontré en el suelo; y, si pudiera también encontrar a su dueño, estoy dispuesto a pagárselo.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —gritaron, riéndose a carcajadas, los compañeros, a ninguno de los cuales se le pasó por la cabeza que aquellas palabras fueran dichas en serio.

—Se creen que bromeo, pero es así —dijo Renzo a su guía; y, dándole vueltas al pan entre las manos, añadió—: Mirad cómo lo han dejado; parece una torta; ¡había tanta gente! Si se encontraba allí alguien con los huesos un poco blandos, aviado estaba. —Y enseguida, devorados tres o cuatro bocados de pan, les echó encima un segundo vaso de vino; y añadió—: Este pan no

quiere bajar solo. Nunca he tenido la garganta tan seca. Se han dado muchos gritos.

—Preparad una buena cama para este honrado joven —dijo el guía—, porque tiene intención de dormir aquí.

—¿Queréis dormir aquí? —preguntó el posadero a Renzo, acercándose a la mesa.

—Claro —respondió Renzo—, una cama sencilla; basta con que las sábanas estén limpias; porque soy pobre, pero estoy acostumbrado a la limpieza.

—¡Oh, si es solo eso! —dijo el posadero.

Este fue al mostrador, que estaba en un rincón de la cocina, y regresó con un tintero y un trocito de papel blanco en una mano, y una pluma en la otra.

—¿Qué significa esto? —exclamó Renzo, engullendo un bocado del estofado que el mozo le había puesto delante; y, sonriendo después con asombro, agregó—: ¿Es esta la sábana limpia?

El posadero, sin responder, dejó sobre la mesa el tintero y el papel; después apoyó en la mesa el brazo izquierdo y el codo derecho; y, con la pluma en el aire y el rostro alzado hacia Renzo, le dijo:

—Hacedme el favor de decirme vuestro nombre, apellido y patria.

—¿Qué? —dijo Renzo—. ¿Qué tienen que ver esas historias con la cama?

—Cumpló con mi deber —dijo el posadero, mirando de hito en hito al guía—: Estamos obligados a dar cuenta de todas las personas que vienen a alojarse en nuestra casa: «Apellido y nombre y de qué nación es, a qué negocio viene, si lleva consigo armas... cuánto tiempo va a quedarse en esta ciudad...». Son palabras del bando.

Antes de responder, Renzo vació otro vaso; era el tercero; y a partir de ahora me temo que ya no los podremos contar. Después dijo:

—¡Ah, ah! ¡Tenéis un bando! Pues me hago cuenta que soy doctor en leyes, y ya sé el caso que se hace de los bandos.

—Hablo en serio —dijo el posadero, sin dejar de mirar al mudo compañero de Renzo; y, yendo de nuevo al mostrador, sacó del cajón un gran pliego, justamente un ejemplar de los bandos, y fue a desplegarlo ante los ojos de Renzo.

—¡Ah! ¡Ahí está! —exclamó este, alzando con una mano el vaso lleno de nuevo y vaciándolo enseguida; extendió después la otra mano, con un dedo estirado hacia el bando—: Ahí está esa hermosa hoja de misal. Me alegro muchísimo. Conozco esas armas; sé qué significa esa cara de arriano con la cuerda al cuello. —En lo alto de los bandos se ponían entonces las armas del

gobernador; y en las de don Gonzalo Fernández de Córdoba destacaba un rey moro encadenado por la garganta—. Esa cara significa: manda quien puede, y obedece quien quiere. Cuando esa cara haya mandado a galeras al señor don..., basta, yo me lo sé, como dice otra hoja de misal, compañera de esta; cuando haya hecho de modo que un joven honrado pueda casarse con una joven honrada que está contenta de casarse, entonces le diré mi nombre a esa cara; y además hasta le daré un beso. Puedo tener buenas razones para no decirlo, mi nombre. ¡Esta sí que es buena! Y si un truhan, que tuviera a su mando una gavilla de truhanes, porque si estuviera solo... —y aquí acabó la frase con un gesto—, si un truhan quisiera saber dónde estoy, para jugarme una mala pasada, pregunto yo si esa cara se movería para ayudarme. ¡Declarar mis asuntos! También esto es nuevo. He venido a Milán para confesarme, supongamos; pero quiero confesarme con un padre capuchino, por decirlo así, y no con un posadero.

El posadero estaba callado y seguía mirando al guía, el cual no hacía demostraciones de ninguna suerte. Renzo, sentimos decirlo, apuró otro vaso y prosiguió:

—Te daré otra razón, mi querido posadero, que te tranquilizará. Si los bandos que hablan bien, en favor de los buenos cristianos, no cuentan, tanto menos deben contar los que hablan mal. De modo que quita de ahí todos esos enredos y trae en cambio otro jarro; porque este está rajado. —Diciendo esto, lo golpeó ligeramente con los nudillos y agregó—: Oye, oye, posadero, cómo suena a hueco.

También esta vez Renzo había, poco a poco, atraído la atención de los que estaban a su alrededor; y también esta vez fue aplaudido por su auditorio.

—¿Qué debo hacer? —dijo el posadero, mirando al desconocido, que no era tal para él.

—¡Vamos, vamos! —gritaron muchos de los compañeros—, el joven tiene razón: todo son molestias, trampas, pejugueras; ley nueva hoy, ley nueva.

En medio de estos gritos, el desconocido, echando al posadero una ojeada de reproche, por aquella interrogación demasiado clara, dijo:

—Dejadle obrar a su manera; no hagáis escenas.

—He cumplido con mi deber —dijo el posadero en voz alta; y después, para sí: «Ya tengo las espaldas cubiertas».

Y cogió el papel, la pluma, el tintero, el bando y el jarro vacío, para entregarlo al mozo.

—Trae del mismo —dijo Renzo—, que lo encuentro bueno; y lo meteremos en la cama con el otro, sin preguntarle nombre y apellidos, y de qué nación es, y qué viene a hacer, y si va a quedarse mucho en esta ciudad.

—Del mismo —dijo el posadero al mozo, dándole el jarro; y regresó a sentarse bajo la campana de la chimenea.

«¡Liebre y más que liebre! —pensaba, dibujando de nuevo en las cenizas—. ¡Y en qué manos has ido a caer! ¡Pedazo de asno! Si quieres ahogarte, ahógate; pero el posadero de la Luna Llena no piensa mezclarse en tus locuras».

Renzo dio las gracias a su guía y a todos los demás que habían tomado su partido.

—¡Buenos amigos! —dijo—, ahora veo claramente que los hombres de bien se echan una mano y se apoyan. —Después, desplegando la diestra en el aire sobre la mesa y poniéndose de nuevo en actitud de predicador, exclamó—: ¡Gran cosa que todos los que regulan el mundo quieran meter en todo papel, pluma y tintero! ¡Siempre la pluma alzada! ¡Qué manía tienen esos señores de utilizar la pluma!

—¡Eh!, forastero, ¿queréis saber la razón? —dijo riendo uno de los jugadores, que iba ganando.

—Oigámosla —respondió Renzo.

—La razón es esta —dijo aquel—: Que los señores son los que comen ocas, y les quedan tantas plumas, tantas plumas, que algo tienen que hacer con ellas.

Todos se echaron a reír, salvo el compañero que estaba perdiendo.

—¡To...! —dijo Renzo—, este es un poeta. También aquí hay poetas: nacen ya por todas partes. También yo tengo una veta, y a veces digo cosas curiosas... pero cuando todo marcha bien.

Para entender esta sandez del pobre Renzo, es preciso saber que, entre el vulgo de Milán, y aún más en la región, poeta no significa ya, como entre la gente normal, un ingenio sublime, un habitante del Pindo, un discípulo de las Musas: significa un cerebro extravagante y un poco chusco que, en sus frases y hechos, tiene más de agudo y de singular que de razonable. ¡Hasta tal punto ese chapucero del vulgo se atreve a maltratar las palabras y a hacerles decir las cosas más alejadas de su legítimo significado! Porque, os pregunto, ¿qué tiene que ver poeta con cabeza loca?

—Pero la verdadera razón la diré yo —agregó Renzo—: Es porque la pluma la tienen ellos; y, así, las palabras que ellos dicen vuelan y desaparecen; las palabras que dice un pobre muchacho, están muy atentos, y

enseguidita las ensartan en el aire, con esa pluma, y te las clavan en un papel, para servirse de ellas, en su tiempo y lugar. Tienen además otra malicia: que, cuando quieren enredar a un pobre muchacho, que no haya estudiado, pero que tenga un poco de... yo me sé lo que quiero decir... —prosiguió, y, para hacerse entender se golpeaba la frente con la punta del índice, como con un ariete—; y se dan cuenta de que empieza a advertir el enredo, paf, meten en la conversación alguna palabra de latín, para hacerle perder el hilo, para confundirle la cabeza. Y ya basta: hay que abandonar tales costumbres. Hoy, de todas maneras, todo se ha hecho en vulgar, y sin papel, pluma ni tintero; y mañana, si la gente sabe conducirse, se hará incluso mejor; aunque sin tocar un pelo a nadie; todo por caminos justos.

Entretanto algunos de aquellos compañeros se habían puesto de nuevo a jugar, otros a comer, muchos a chillar; algunos se marchaban; otra gente llegaba; el posadero se ocupaba de unos y otros, cosas todas que tienen poco que ver con nuestra historia. También el desconocido guía no veía la hora de irse; no tenía, al parecer, ningún asunto en aquel lugar; no obstante, no quería partir antes de haber charlado otro poco a solas con Renzo. Se volvió hacia él, reanudó la conversación del pan, y tras algunas de aquellas frases que, desde hacía algún tiempo, corrían de boca en boca, acabó exponiendo un proyecto:

—¡Ah!, si yo mandase —dijo—, encontraría el modo de hacer las cosas bien.

—¿Qué haríais? —preguntó Renzo, mirándolo con dos ojillos más brillantes de lo normal, y torciendo un poco la boca, como para estar más atento.

—¿Qué haría? —dijo el otro—. Haría que hubiese pan para todos; tanto para los pobres como para los ricos.

—¡Ah! Eso está bien —dijo Renzo.

—He aquí lo que haría. Una tasa justa, para que todos pudieran vivir. Y, además, distribuir el pan en proporción a las bocas; porque hay voraces indiscretos que todo lo quisieran para sí, y andan a la rebatiña, se apoderan de él de cualquier manera y luego falta el pan para los pobres. De modo que repartir el pan. ¿Cómo se hace? Así: se da una tarjeta a cada familia, en proporción a las bocas, para ir a recoger el pan al horno. A mí, por ejemplo, tendrían que entregarme una tarjeta así: Ambrogio Fusella, de profesión espadero, con mujer y cuatro hijos, todos en edad de comer pan (fijaos bien): désele tanto pan y pague tantos sueldos. Pero hacer las cosas en justicia, siempre en proporción a las bocas. A vos, por ejemplo, tendrían que haceros una tarjeta para... ¿vuestro nombre?

—Lorenzo Tramaglino —dijo el joven; el cual, enamorado del proyecto, no prestó atención a que se basaba en papel, pluma y tintero; y a que, para ponerlo en práctica, lo primero había que recoger los nombres de las personas.

—Perfectamente —dijo el desconocido—. Pero ¿tenéis mujer e hijos?

—Tendría que tener, si... hijos no... demasiado pronto... pero mujer... si el mundo marchara como debería marchar...

—¡Ah, sois solo! Pues resignaos, una porción más pequeña.

—Es justo; pero si pronto, como espero... y con la ayuda de Dios... Basta; ¿y si yo me casara?

—Entonces se cambia la tarjeta y aumenta la porción. Como os he dicho, siempre en proporción a las bocas —dijo el desconocido, levantándose.

—¡Así está muy bien! —gritó Renzo; y continuó, gritando y golpeando la mesa con el puño—. ¿Por qué no hacen una ley así?

—¿Qué queréis que os diga? De momento os deseo buenas noches y me voy, pues creo que mi mujer y mis hijos me esperan desde hace rato.

—¡Otra gotita, otra gotita! —gritaba Renzo, llenando a toda prisa el vaso del otro; y, levantándose al punto y agarrándole una faldilla de la chupa, tiraba con fuerza, para hacerlo sentar de nuevo—. Otra gotita; no me hagáis ese desaire.

Pero el amigo se liberó de un tirón y, dejando a Renzo hacer un revoltijo de instancias y reproches, dijo de nuevo:

—Buenas noches. —Y se marchó.

Renzo seguía aún sermoneando cuando el otro ya estaba en la calle; y después volvió a caer en el banco. Clavó los ojos en el vaso que había llenado y, viendo pasar al mozo ante la mesa, le indicó que se detuviera, como si tuviese algún asunto que comunicarle; después le indicó el vaso y, con una pronunciación lenta y solemne, marcando las palabras de un modo especial, dijo:

—Mirad: lo había preparado para ese buen hombre, ya lo veis: lleno hasta el borde, como de amigo; pero no lo ha querido. A veces la gente tiene ideas curiosas. La culpa no es mía: yo he demostrado mi buen corazón. Ahora, ya que la cosa está hecha, no habrá que dejarlo perderse.

Dicho esto, lo cogió y lo vació de un trago.

—Ya entiendo —dijo el mozo, marchándose.

—¡Ah! ¿También vos habéis entendido? —prosiguió Renzo—, de modo que es cierto. ¡Cuando las razones son justas...!

Aquí es necesario todo el amor que sentimos por la verdad para hacernos proseguir fielmente un relato que tan poco honra a personaje tan importante, podría decirse casi que al principal hombre de nuestra historia. Por esa misma razón de imparcialidad debemos advertir, empero, que era la primera vez que a Renzo le ocurría semejante cosa: y precisamente el no estar acostumbrado a excesos fue causa en gran parte de que el primero le resultara tan fatal. Los pocos vasos que había tomado al principio, uno tras otro, contra lo que solía, en parte por el ardor que sentía, en parte por cierta alteración de ánimo que no le dejaba hacer nada con mesura, se le subieron de inmediato a la cabeza; a un bebedor más avezado no habrían hecho sino quitarle la sed. Sobre esto nuestro anónimo hace una observación, que repetiremos: y cuente lo que puede contar. Los hábitos templados y honestos, dice, tienen también la ventaja de que, cuanto más inveterados son y más arraigados están en un hombre, tanto más fácilmente este se resiente cuando se aparta de ellos; de modo que después se acuerda durante mucho tiempo, y hasta un disparate le sirve de lección.

Sea como sea, cuando aquellos primeros humos se le subieron a la cabeza a Renzo, vino y palabras continuaron andando, el uno hacia abajo y las otras hacia arriba, sin medida ni regla; y, en el punto en que lo hemos dejado, estaba ya como podía. Se sentía con grandes ganas de hablar: oyentes, o al menos hombres presentes que pudiera tomar por tales, no le faltaban; y durante algún tiempo también las palabras le habían salido sin hacerse rogar y se habían dejado colocar en cierto orden. Pero, poco a poco, la tarea de acabar las frases empezó a resultarle ferozmente difícil. La idea, que se había presentado viva y resuelta en su mente, se nublaba y desvanecía de repente; y la palabra, tras haberse hecho esperar un rato, no era la que venía a cuento. En estas angustias, por uno de esos falsos instintos que en tantas cosas arruinan a los hombres, recurría al bendito jarro. Mas diga quien tenga una pizca de cordura qué ayuda podía prestarle el jarro, en tal circunstancia.

Referiremos solo algunas de las muchísimas frases que soltó aquella aciaga noche: las muchas más que omitimos disonarían demasiado; porque no solo carecían de sentido, sino de la apariencia de tenerlo, condición necesaria en un libro impreso.

—¡Ah, posadero, posadero! —volvió a empezar, siguiéndolo con la vista en torno a la mesa, o bajo la campana de la chimenea; a veces mirando a donde no estaba, y hablando siempre en medio del alboroto de la compañía—. ¡Cómo eres, posadero! No puedo tragarla... esa jugada del nombre, apellido y negocios. ¡A un muchacho como yo...! No te has portado bien. ¿Qué

satisfacción, qué jugo, qué gusto... poner en el papel a un pobre muchacho? ¿Digo bien, señores? Los posaderos tendrían que estar de parte de los buenos muchachos... Oye, oye, posadero: quiero hacerte una comparación... por la razón... ¿Se ríen, eh? Estoy un poco alegre, sí... pero mis razones son justas. Dime, ¿quién te saca adelante la casa? La pobre gente, ¿verdad? ¿Tengo razón? Mira si esos señores de los bandos vienen aquí alguna vez a tomar un vasito.

—Gente toda que bebe agua —dijo un vecino de Renzo.

—Quieren estar serenos —agregó otro—, para poder decir mentiras a conciencia.

—¡Ah! —gritó Renzo—, ahora es el poeta quien ha hablado. De modo que también vosotros comprendéis mis razones. Responde, pues, posadero: ¿Ferrer, que es el mejor de todos, ha venido aquí alguna vez a hacer un brindis, a gastarse un cuarto? ¿Y ese perro asesino de don...? Callo, porque estoy demasiado en vena. Ferrer y el padre Crrr..., yo me sé quién, son dos hombres de bien; pero hay pocos hombres de bien. Los viejos peor que los jóvenes; y los jóvenes... peor aún que los viejos. Pero estoy contento de que no haya habido sangre; ¡quita allá!; barbaries que hay que dejar para el verdugo. Pan, eso sí. ¡Qué de empujones he recibido; pero... también los he dado! ¡Paso! ¡Abundancia! ¡Viva...! Y sin embargo, también Ferrer... alguna palabrita en latín... *siés baraòs trapolorum*...^[33] ¡Maldito vicio! ¡Viva! ¡Justicia! ¡Pan! ¡Ah, esas son las palabras justas...! Allí habría querido verlos a esos bribones... cuando empezó aquel maldito din, don, din, don, y más din, don, din, don. No habrían escapado entonces. Tener allí a ese señor cura... ¡Yo me sé en quién pienso!

Tras esta frase, bajó la cabeza y quedó algún tiempo como absorto en un pensamiento; después lanzó un gran suspiro y alzó el rostro, con dos ojos humedecidos y lucientes, con una pesadumbre tan remilgada, tan descomedida que ¡ay si hubiera podido verlo por un instante quien era su objeto! Pero aquellos hombretones que ya habían empezado a tomar a broma la elocuencia apasionada y embrollada de Renzo se burlaron todavía más de su aire compungido; los más próximos decían a los otros: «Mirad»; y todos se volvían hacia él, de modo que se convirtió en el hazmerreír de la compañía. No es que todos estuvieran en su juicio, o en el que fuera su juicio ordinario; pero, a decir verdad, ninguno lo había perdido tanto como el pobre Renzo, que además era un campesino. Se pusieron ora uno ora otro a provocarlo con preguntas bobas y groseras, con burlonas ceremonias. Renzo ora daba señales de llevarlo a mal, ora tomaba las cosas a broma, ora, sin hacer caso de

aquellas voces, hablaba de algo muy distinto, ora respondía, ora interrogaba; siempre a saltos y fuera de lugar. Por suerte, en aquel desvarío le había quedado como una atención instintiva para eludir nombres de personas; de modo que incluso lo que tenía que estar más clavado en su memoria no fue proferido, pues mucho nos desagradaría que ese nombre, por el cual sentimos también nosotros un poco de afecto y reverencia, se hubiera visto arrastrado por aquellas bocazas, se hubiera convertido en juguete de aquellas lenguas infames.

XV

El posadero, viendo que el juego iba para largo, se había acercado a Renzo; y rogando, con buenos modos, a los otros que lo dejaran en paz, lo sacudía de un brazo e intentaba hacerlo entrar en razón y persuadirlo de que se fuera a dormir. Mas Renzo volvía siempre con su tema del nombre, del apellido y los bandos, y los buenos muchachos. Pero aquellas palabras, cama y dormir, le entraron finalmente en la cabeza; le hicieron sentir un poco más claramente la necesidad de lo que significaban y produjeron un momento de lúcido intervalo. El poco juicio que le tornó le hizo en cierto modo entender que los más se habían marchado: más o menos como la última vela que queda encendida de una iluminación muestra las otras apagadas. Se armó de valor; extendió las manos y las apuntaló sobre la mesa; intentó, una o dos veces, levantarse; suspiró, se bamboleó; a la tercera, sostenido por el posadero, se puso en pie. El otro, sujetándolo todavía, lo ayudó a salir entre la mesa y el banco; y, cogiendo con una mano una luz, con la otra en parte lo condujo, en parte tiró de él, como mejor pudo, hacia la puerta de la escalera. Allí Renzo, con el alboroto de las despedidas que los otros gritaban a sus espaldas, se volvió de repente; y, si su sostenedor no hubiera estado listo en sujetarlo por un brazo, la vuelta hubiera sido una caída; se volvió, pues, y con el brazo que le quedaba libre cortaba el aire con las manos, escribiendo en él ciertos saludos, a guisa de nudo de Salomón^[34].

—Vamos a la cama, a la cama —dijo el posadero, arrastrándolo.

Lo metió por la puerta, y, con más trabajo aún, lo subió hasta lo alto de aquella escalerita, y después lo llevó a la habitación que le había destinado. Renzo, viendo la cama que le aguardaba, se alegró; miró cariñosamente al posadero, con dos ojillos que ora centelleaban más que nunca, ora se eclipsaban, como dos luciérnagas; trató de equilibrarse sobre las piernas y estiró la mano hacia el rostro del posadero, para acariciarle el carrillo, en señal de amistad y agradecimiento; pero no lo logró.

—¡Bravo, posadero! —consiguió decir—; ahora veo que eres hombre de bien; esta es una buena obra, dar una cama a un buen muchacho; pero la

jugada que me has hecho, sobre el nombre y el apellido, esa no era de hombre de bien. Por suerte, yo también tengo mi parte de astuto...

El posadero, que no creía que el otro pudiera aún razonar mucho; el posadero, que, por su larga experiencia, sabía que los hombres en aquel estado están más sujetos de lo normal a cambiar de parecer, quiso aprovechar aquel lúcido intervalo para hacer otro intento.

—Amigo mío —dijo, con voz y ademán muy amables—, no lo hice por fastidiaros, ni para enterarme de vuestros asuntos. ¿Qué queréis? Es la ley: también nosotros hemos de obedecerla, pues si no somos los primeros en pagar la pena. Es mejor contentarlos, y... ¿De qué se trata, a fin de cuentas? ¡Gran cosa!, decir dos palabras. No es por ellos, sino por darme gusto a mí: vamos, aquí, entre nosotros, cara a cara, arreglemos nuestro negocio; decidme vuestro nombre, y... después idos a la cama con el corazón tranquilo.

—¡Ah, bribón! —exclamó Renzo—, ¡tunante! ¡Vuelves a atacarme con esa infamia del nombre, apellido y nación!

—Cállate, bufón; métete en la cama —decía el posadero.

Pero Renzo continuaba más alto:

—Ya entiendo; también tú eres de la liga. Espera, espera, que te voy a arreglar. —Y, volviendo la cabeza hacia la escalerita, empezaba a gritar aún con más fuerza—: ¡Amigos! El posadero es de la...

—¡Lo he dicho en broma! —gritó el otro sobre la cara de Renzo, empujándolo hacia la cama—; en broma; ¿no ves que lo he dicho en broma?

—Ah, en broma: ahora hablas bien. Si ha sido en broma... bromas, eso es lo que son. —Y cayó de bruces sobre la cama.

—Ánimo; desnudaos; presto —dijo el posadero, y al consejo sumó la ayuda, que bien necesaria era.

Cuando Renzo se hubo quitado la chupa (y necesitó tiempo), el posadero la agarró al punto y corrió con las manos a los bolsillos, para ver si estaba el gato. Lo encontró; y pensando que al día siguiente su huésped tendría que ajustar cuentas con otros muy distintos de él, y que aquel gato caería probablemente en manos de las que un posadero no habría podido sacarlo, quiso probar si al menos lograba concluir este otro negocio.

—Sois un buen muchacho, un hombre de bien ¿verdad? —dijo.

—Buen muchacho, hombre de bien —respondió Renzo, con los dedos peleando todavía con los botones de las ropas que no se había podido quitar.

—Está bien —replicó el posadero—, pues saldad ahora vuestra pequeña cuenta, porque mañana tengo que salir para unos asuntos míos...

—Es muy justo —dijo Renzo—. Soy astuto, pero hombre de bien... Pero ¿y el dinero? ¡Buscar dinero ahora!

—Aquí está —dijo el posadero; y poniendo en práctica toda su experiencia, toda su paciencia, toda su destreza, consiguió echar la cuenta con Renzo, y cobrarse.

—Échame una mano, posadero, para que acabe de desnudarme —dijo Renzo—. También yo lo veo, mira, que tengo mucho sueño.

El posadero le prestó la ayuda requerida; además, le extendió una manta encima, y le dijo groseramente «Buenas noches», cuando ya el otro roncaba. Después, por esa especie de atracción que a veces nos hace considerar un objeto de ira como si fuera un objeto de amor, y que quizá no es sino el deseo de conocer lo que obra intensamente sobre nuestro ánimo, se detuvo un momento a contemplar al huésped tan molesto para él, alzando el farol sobre su cara y haciendo, con la mano extendida, que cayera sobre él la luz; en ese ademán más o menos con que pintan a Psique, cuando está espiando furtivamente las formas del consorte desconocido. «¡Pedazo de asno! —dijo en su fuero interno al pobre durmiente—. Te la has buscado. Mañana ya me dirás cuánto disfrutas. Palurdos, que queréis andar por el mundo, sin saber por dónde sale el sol, para meteros en líos vosotros y al prójimo».

Esto dicho o pensado, retiró el farol, echó a andar, salió de la habitación y cerró la puerta con llave. En el rellano de la escalera, llamó a la posadera, a la cual dijo que dejase a los niños al cuidado de una criadita y bajara a la cocina, a hacer sus veces.

—Es preciso que yo salga, por culpa de un forastero llegado aquí no sé cómo diablos, para mi desgracia —agregó; y le contó en resumen el molesto incidente. Después añadió aún—: ¡Ojo a todo! Y sobre todo prudencia en este maldito día. Tenemos ahí abajo una gavilla de disolutos que, entre la bebida y que por naturaleza son deslenguados, las dicen de todos los colores. Bueno, si algún temerario...

—¡Oh! No soy una niña, y sé también lo que hay que hacer. Hasta ahora, me parece que no se puede decir...

—Bien, bien; y ocúpate de que paguen; y todos esos discursos que sueltan, sobre el vicario de la Provisión y el gobernador y Ferrer y los decuriones y los caballeros y España y Francia, y otros despropósitos por el estilo, finge que no los oyes; porque, si se les lleva la contraria, la cosa puede ponerse fea ahora mismo; y, si se les da la razón, puede ponerse fea en el futuro; y ya sabes tú también que a veces los que las dicen más gordas... Basta: cuando se oyen ciertas frases, hay que volver la cabeza y decir: «Ya

voy», como si alguien llamara desde otro lado. Yo trataré de regresar lo antes posible.

Dicho esto, bajó con ella a la cocina, echó un vistazo alrededor, para ver si había novedad de importancia; descolgó de un clavo el sombrero y la capa, cogió un garrote en un rincón, recapituló, con otra ojeada a su mujer, las instrucciones que le había dado, y salió. Pero ya al hacer aquellas operaciones había reanudado, en su interior, el hilo del apóstrofe iniciado en la cama del pobre Renzo; y lo proseguía, andando por la calle.

«¡Qué montañés más testarudo!». Pues, aunque Renzo había querido ocultar su condición, esta cualidad se manifestaba por sí sola, en las palabras, en la pronunciación, en el aspecto y en los actos. «De un día como este, a fuerza de política, a fuerza de tener juicio, yo salía limpio; y has tenido que llegar tú al final, a echarlo todo a rodar. ¿Es que faltan hosterías en Milán, para que vinieras a tropezar con la mía? Y, si al menos hubieras llegado solo, yo habría cerrado los ojos, por esta noche; y mañana te habría hecho atender a razones. Pero no, señor: vienes en compañía; ¡y en compañía de un corchete, para acabar de arreglarlo!».

A cada paso, el posadero encontraba transeúntes solos, o parejas, o grupos de gente, que vagaban susurrando. En este punto de su muda alocución, vio venir una patrulla de soldados; y echándose hacia un lado, para dejarlos pasar, los miró con el rabillo del ojo y continuó para sí: «Ahí van los castigadores. Y a ti, pedazo de asno, por haber visto un poco de gente alborotando por ahí, se te ha metido en la cabeza que el mundo tiene que cambiar. Y, con tan buen fundamento, te has buscado la ruina, y querías también arruinarme a mí; eso no es justo. Yo hacía de todo por salvarte; y tú, animal, en pago, poco ha faltado para que me desbarajustaras la hostería. Ahora te tocará a ti salir del lío; que lo que es yo, pienso en mí. ¡Como si quisiera saber tu nombre por curiosidad! ¿Qué me importa a mí que te llames Taddeo o Bartolomeo? ¡Pues sí que me gusta coger la pluma! Pero no sois vosotros solos los que queréis las cosas a vuestro modo. También yo sé que hay bandos que no cuentan para nada: ¡gran novedad, como para venir a contárnosla un montañés! Pero tú no sabes que los bandos contra los posaderos cuentan. Y pretendes andar por el mundo y hablar; y no sabes que, para obrar a tu antojo y dársete un ardite de los bandos, lo primero es hablar de ellos con gran consideración. Y a un pobre posadero que fuese de tu parecer y no preguntase el nombre de quien llega a honrar su casa, ¿sabes, animal, lo que le espera? “Bajo pena a cualesquiera de dichos posaderos, taberneros y otros, como arriba, de trescientos escudos”; sí, como si trescientos escudos nacieran del suelo; y para gastarlos tan bien “que

serán aplicados, en dos tercios a la regia Cámara, y el otro al acusador, o delator”. ¡Ese gran tipo! “Y, en caso de insolvencia, cinco años de galeras, y mayor pena, pecuniaria o corporal, al arbitrio de su excelencia”. ¡Obligadísimo a sus favores!».

Con estas palabras, el posadero llegaba al umbral del palacio de Justicia.

Allí, como en todas las demás oficinas, había un gran ajeteo: en todas partes se atendía a dar las órdenes que parecían más oportunas para preparar el día siguiente, para quitar pretextos y atrevimiento a los ánimos deseosos de nuevos tumultos, para asegurar la fuerza en las manos acostumbradas a emplearla. Se aumentó la soldadesca en la casa del vicario; las entradas de la calle fueron obstruidas con vigas, atrincheradas con carros. Se ordenó a todos los tahoneros que hicieran pan sin interrupción; se expidieron estafetas a los pueblos circunvecinos con órdenes de enviar trigo a la ciudad; se destinaron nobles a cada horno, para que acudiesen al clarear el día, vigilasen la distribución y tuvieran a raya a los inquietos, con la autoridad de su presencia y con buenas palabras. Pero para dar, como suele decirse, una de cal y otra de arena, y hacer más eficaces los consejos con un poco de espanto, se pensó también en encontrar la manera de echar mano a algún sedicioso; y este era principalmente el papel del capitán de Justicia, cuyos sentimientos respecto a las sublevaciones y los sublevados cualquiera puede figurarse con un parche de agua vulneraria sobre uno de los órganos de la profundidad metafísica. Sus sabuesos estaban en campaña desde el principio del tumulto; y el sedicente Ambrogio Fusella era, como dijo el posadero, un corchete disfrazado, enviado a la calle precisamente para coger in fraganti a alguno que pudiera identificar, y guardarlo en la memoria, y seguirlo, y atraparlo luego, en el sosiego de la noche, o a la mañana siguiente. Oídas cuatro palabras de la prédica de Renzo, lo señaló de inmediato, pareciéndole un reo buena persona, exactamente lo que se necesitaba. Al ver después que estaba recién llegado del pueblo, había intentado el golpe maestro de conducirlo en caliente a la cárcel, como la posada más segura de la ciudad; pero le falló, como habéis visto. Pudo empero llevar noticias seguras de su nombre, apellido y patria, amén de otras mil hermosas noticias conjeturales; de modo que, cuando el posadero apareció por allí, a decir lo que sabía sobre Renzo, ya sabían más que él. Entró en la estancia de costumbre e hizo su deposición: cómo había llegado a alojarse en su casa un forastero que no había querido declarar su nombre.

—Habéis cumplido con vuestro deber al informar a la justicia —dijo un escribano, soltando la pluma—, pero ya lo sabíamos.

«¡Gran secreto! —pensó el posadero—. ¡Se necesita mucho talento!».

—Y sabemos también —continuó el escribano— ese famoso nombre.

«¡Diablos! ¡También el nombre! ¿Cómo habrán hecho?», pensó el posadero esta vez.

—Pero vos —prosiguió el otro, con rostro severo—, vos no decís todo sinceramente.

—¿Qué más debo decir?

—¡Ah!, ¡ah!, sabemos perfectamente que llevó a vuestra posada una gran cantidad de pan robado, y robado con violencia, por medio de saqueo y sedición.

—Llega alguien con un pan en el bolsillo; sé bastante bien de dónde lo ha sacado. Porque, hablando como en trance de muerte, puedo decir que no le vi más que un solo pan.

—Claro; siempre disculpáis, defendéis: para quien os oye, todos son hombres de bien. ¿Cómo podéis probar que ese pan era bien adquirido?

—¿Qué tengo que probar yo? Yo no me meto: soy posadero.

—Pero no podréis negar que ese cliente vuestro ha tenido la temeridad de proferir frases injuriosas contra los bandos, y de cometer actos malos e indecentes contra las armas de su excelencia.

—Por favor, señoría, ¿cómo puede ser mi cliente, si lo veo por primera vez? Es el diablo, con todos los respetos, el que me lo mandó a casa; si lo conociera, comprenderá vuestra señoría que no hubiera necesitado preguntarle su nombre.

—Pero en vuestra hostería, en vuestra presencia, se han dicho cosas espeluznantes: palabras temerarias, propuestas sediciosas, murmuraciones, gritos, clamores.

—¿Cómo quiere vuestra señoría que me ocupe de los disparates que pueden decir tantos gritones, que hablan todos a la vez? Yo debo atender a mis intereses, soy un pobre. Y, además, vuestra señoría bien sabe que quien tiene la lengua suelta suele ser también ligero de manos, tanto más estando en grupo, y...

—Sí, sí, dejadles hacer y decir; mañana, mañana veréis si se les ha pasado el antojo. ¿Qué os creíais?

—Yo no creo nada.

—¿Que la canalla había tomado el poder en Milán?

—¡Qué disparate!

—Ya veréis, ya veréis.

—Entiendo perfectamente: el rey siempre será el rey; pero quien tenga que cobrar cobrará; y, naturalmente, un pobre padre de familia no tiene ganas

de cobrar. Sus señorías tienen la fuerza; a sus señorías toca.

—¿Tenéis aún mucha gente en casa?

—Un montón.

—Y ese cliente vuestro, ¿qué hace? ¿Sigue alborotando, excitando a la gente, preparando tumultos para mañana?

—Ese forastero, querrá decir su señoría, se ha ido a la cama.

—De modo que tenéis mucha gente... Bueno: cuidado de que no escape.

«¿Tengo que hacer también de esbirro?», pensó el posadero; pero no dijo ni que sí ni que no.

—Volved a casa, pues; y tened cordura —prosiguió el escribano.

—Siempre he tenido cordura. Vuestra señoría puede decir si he dado algún trabajo a la justicia.

—Y no creáis que la justicia ha perdido su fuerza.

—¿Yo? ¡Por favor! Yo no creo nada: atiendo a mi posada.

—La canción de siempre; nunca sabéis decir otra cosa.

—¿Qué más voy a decir? La verdad es una sola.

—Ya basta: por ahora nos quedamos con lo que habéis declarado; si después llega el caso, informaréis más detalladamente a la justicia, sobre lo que se os pueda preguntar.

—¿Qué tengo que informar? Yo no sé nada; casi, casi, ni cabeza tengo para atender a mis asuntos.

—Cuidad de no dejarlo marchar.

—Espero que el ilustrísimo señor capitán sepa que he venido a cumplir con mi deber. Beso las manos a vuestra señoría.

Al despuntar el día, Renzo roncaba hacía unas siete horas, y aún estaba, ¡pobrecillo!, en lo mejor, cuando dos fuertes sacudidas en los brazos, y una voz que desde los pies de la cama gritaba «¡Lorenzo Tramaglino!» lo hicieron volver en sí. Se despertó, retiró los brazos, abrió los ojos trabajosamente y vio, erguido a los pies de la cama, a un hombre vestido de negro, y a dos armados, uno a cada lado de la cabecera. Y entre la sorpresa, y el no estar bien despierto, y el dolor de cabeza del vino que ya sabéis, se quedó un momento como embrujado; creía soñar, y, no gustándole aquel sueño, se agitaba como para despertarse de verdad.

—¡Ah! ¿No habéis oído una vez, Lorenzo Tramaglino? —dijo el hombre de la capa negra, el mismo escribano de la noche anterior—. Ánimo, pues; levantaos y venid con nosotros.

—¡Lorenzo Tramaglino! —dijo Renzo Tramaglino—. ¿Qué significa esto? ¿Qué queréis de mí? ¿Quién os ha dicho mi nombre?

—Menos charlas y daos prisa —dijo uno de los esbirros que estaban a su lado, cogiéndolo de nuevo del brazo.

—¡Oh! ¿Qué abuso es este? —gritó Renzo, retirando el brazo—. ¡Posadero!, ¡posadero!

—¿Nos lo llevamos en camisa? —dijo aquel mismo esbirro, volviéndose al escribano.

—¿Habéis oído? —dijo este a Renzo—. Haremos eso, si no os levantáis al punto para venir con nosotros.

—¿Y por qué? —preguntó Renzo.

—El porqué lo oiréis de labios del señor capitán de Justicia.

—¿Yo? Soy un hombre de bien: nada he hecho; y me asombra...

—Mejor para vos, mejor para vos; así, en dos palabras quedaréis despachado, y podréis marcharos a vuestros asuntos.

—Déjenme marchar ahora —dijo Renzo—. No tengo nada que ver con la justicia.

—¡Ea, acabemos! —dijo un esbirro.

—¿Nos lo llevamos de verdad? —dijo el otro.

—¡Lorenzo Tramaglino! —dijo el escribano.

—¿Cómo sabe mi nombre vuestra señoría?

—Cumplid con vuestro deber —dijo el escribano a los esbirros; los cuales pusieron de inmediato las manos sobre Renzo, para sacarlo de la cama.

—¡Eh! ¡No hay que tocar a un hombre de bien, que...! Me sé vestir solo.

—Pues vestíos al punto —dijo el escribano.

—Ya me visto —respondió Renzo; y de hecho ya estaba recogiendo aquí y allá las ropas diseminadas sobre la cama, como los restos de un naufragio en la playa. Y, empezando a ponérselas, proseguía diciendo—: Pero yo no quiero ir al capitán de Justicia. No tengo nada que ver con él. Ya que se me hace esta afrenta injusta, quiero que me lleven a ver a Ferrer. A este le conozco; sé que es hombre de bien; y me debe algunos favores.

—Sí, sí, hijo mío, os llevarán a Ferrer —respondió el escribano.

En otras circunstancias, se habría reído con ganas ante tal petición; pero no era momento para risas. Ya al venir había visto por las calles cierto movimiento, que no podía definir bien si eran restos de una sublevación no del todo aplacada, o principios de una nueva: repentinas apariciones de gente, hacinamientos, grupos que caminaban, corrillos. Y ahora, sin mostrarlo, o al menos tratando de no hacerlo, aguzaba las orejas y le parecía que el ruido iba creciendo. Deseaba darse prisa, pues; pero habría querido también llevarse a Renzo por las buenas; ya que, si le declaraba una guerra abierta, no estaba

seguro, una vez en la calle, de que fueran tres contra uno. Por eso hacía del ojo a los esbirros, que tuvieran paciencia y no exasperaran al joven; y, por su parte, trataba de convencerlo con buenas palabras. El joven, entretanto, mientras se vestía despacio, despacito, trayendo como podía a la memoria los acontecimientos del día anterior, adivinaba casi, más o menos, que los bandos y el nombre y el apellido debían de ser la causa de todo; pero ¿cómo diantres sabía el otro su nombre? ¿Y qué diantres había ocurrido durante la noche, para que la justicia hubiera cobrado tantos ánimos para venir tan segura a echar mano a uno de aquellos buenos muchachos que, el día anterior, llevaban la voz cantante? Y no todos debían de estar dormidos, pues también Renzo advertía un ruido creciente en la calle. Mirando además a la cara del escribano, descubría un titubeo a punto de estallar que el otro se esforzaba en vano por mantener oculto. De modo que, para aclarar conjeturas, y dar un tiento, así como para sacar algo en limpio y también por probar, dijo:

—Ya veo cuál es el origen de todo esto: es por culpa del nombre y del apellido. Ayer por la noche yo estaba, verdaderamente, un poco alegre: estos posaderos tienen a veces vinos traidores; y a veces, como digo, ya se sabe, cuando corre el vino, es él el que habla. Pero, si no se trata de más, estoy dispuesto a darle toda clase de satisfacciones. Y, además, vuestra merced ya sabe mi nombre. ¿Quién diantres se lo ha dicho?

—¡Bien, amigo, muy bien! —respondió el escribano, muy amable—. Veo que tenéis juicio; y, creedme a mí que soy del oficio, sois más listo que otros muchos. Es la mejor manera de acabar pronto y bien: con estas buenas disposiciones, en dos palabras estáis despachado y en libertad. Pero yo, ya lo estáis viendo, hijo mío, tengo las manos atadas, no puedo soltaros aquí, como quisiera. Vamos, daos prisa, y venid sin temor que cuando veamos quién sois; y además yo diré... Dejadme a mí... Basta; apresuraos, hijo.

—¡Ah!, vuestra merced no puede; ya entiendo —dijo Renzo; y seguía vistiéndose, rechazando los gestos que los esbirros hacían para ponerle las manos encima, para que se apresurase—. ¿Pasaremos por la plaza de la catedral? —preguntó después al escribano.

—Por donde queráis; por el camino más corto, para dejaros más pronto en libertad —dijo el otro, consumiéndose en su interior, por tener que dejar perderse en el vacío aquella misteriosa pregunta de Renzo, que podía convertirse en tema de mil interrogaciones.

«Cuando uno nace desgraciado —pensaba—, aquí está: me cae entre las manos alguien que, se ve, está pidiendo a voces cantar, y, con un poco de respiro que tuviéramos, así, *extra formam*^[35], académicamente, a guisa de

discurso amistoso, se le haría confesar, sin tormento, lo que uno quisiese; un hombre al que meter en la cárcel ya bien examinado, sin que se diera cuenta; ¡y va a tocarme un hombre así en un momento tan angustioso! ¡Ay, no hay remedio! —seguía pensando, aguzando las orejas y doblando la cabeza hacia atrás—: No hay remedio; el día amenaza con ser peor que el de ayer». Lo que le hizo pensar esto fue un extraordinario ruido que se oyó en la calle; y no pudo resistirse a abrir una ventana, para echar un vistazo. Vio que había un corrillo de ciudadanos que, ante la orden de dispersarse dada por una patrulla, habían respondido al principio con malas palabras, y por último se separaban mientras seguían rezongando; y, lo cual le pareció al escribano una señal mortal, los soldados se mostraban muy cordiales. Cerró el postigo y se quedó un momento indeciso sobre si debía llevar a cabo su tarea o dejar a Renzo custodiado por los dos esbirros y correr al capitán de Justicia a informar de lo que ocurría. «Pero —pensó de inmediato— me dirán que no valgo para nada, que soy un pusilánime y que debía cumplir mis órdenes. Estamos en danza, y hay que bailar. ¡Malditas prisas! ¡Maldito oficio!».

Renzo estaba en pie, con los dos satélites a sus costados. El escribano indicó a estos que no lo forzaran demasiado, y le dijo:

—Pórtate bien, hijo; y vosotros, daos prisa.

También Renzo oía, veía y pensaba. Ya estaba completamente vestido, salvo la chupa, que tenía en una mano, registrando con la otra los bolsillos.

—¡Eh! —dijo, mirando al escribano, con una cara muy significativa—, aquí había dinero y una carta. ¡Señor mío!

—Se os devolverá todo puntualmente —dijo el escribano— después de que cumpláis unas pocas formalidades. Vámonos, vámonos.

—No, no, no —dijo Renzo, meneando la cabeza—, eso no me conviene. Quiero mis cosas, señor mío. Rendiré cuentas de mis acciones, pero quiero mis cosas.

—Quiero demostraros que confío en vos; tened y daos prisa —dijo el escribano, sacándose del pecho, con un suspiro, las cosas secuestradas y entregándoselas a Renzo.

Este, volviéndolas a guardar en su sitio, murmuraba entre dientes:

—¡Quita allá! Tratáis tanto con ladrones que habéis aprendido el oficio.

Los esbirros ya no podían contenerse, pero el escribano los frenaba con los ojos y decía entretanto para sí: «Si llegas a poner los pies en aquel umbral, lo pagarás con creces, lo pagarás».

Mientras Renzo se ponía la chupa y cogía el sombrero, el escribano hizo un gesto a uno de los esbirros de que echara a andar escaleras abajo; mandó

detrás al prisionero, y después al otro amigo y, por último, se puso en marcha él. Una vez en la cocina, mientras Renzo dice: «¿Y dónde se ha metido ese bendito posadero?», el escribano hace otro gesto a los esbirros; estos agarran uno la izquierda y otro la derecha del joven, y de prisa y corriendo le atan las muñecas con ciertos trastos llamados, con esa hipócrita figura del eufemismo, bocamangas. Consistían estos (nos disgusta tener que descender a detalles indignos de la gravedad histórica, pero la claridad así lo exige), consistían en un cordel un poco más largo que el contorno de una muñeca normal, que tenía en los extremos dos trocitos de madera, como dos barritas. El cordel rodeaba la muñeca del paciente; las maderitas, pasadas entre el medio y el anular del prendedor, quedaban encerradas en su puño, de modo que, girándolas, apretaba el lazo a voluntad; y con eso podía no solo asegurar su presa, sino martirizar a un recalcitrante; para este fin, el cordel estaba lleno de nudos.

Renzo se debate, grita:

—¿Qué traición es esta? ¡A un hombre de bien...!

Pero el escribano, que contaba con buenas palabras para cada lamentable hecho, decía:

—Tened paciencia, están cumpliendo con su deber. ¿Qué queréis? Meras formalidades; tampoco nosotros podemos tratar a la gente como nos dicta el corazón. Si no hiciéramos lo que nos mandan, aviados estaríamos, peor que vos. Tened paciencia.

Mientras hablaba, los dos que tenían que actuar retorcieron las maderitas. Renzo se tranquilizó, como un caballo brioso que nota el belfo apretado por el arial y exclamó:

—¡Paciencia!

—¡Buen chico! —dijo el escribano—, esa es la verdadera forma de salir con bien. ¿Qué queréis? Es un fastidio, yo mismo me doy cuenta; pero, si os portáis bien, en un momento habréis acabado. Y ya que veo que estáis en buena disposición, y me siento inclinado a ayudaros, quiero daros también otro consejo, por vuestro bien. Hacedme caso, que tengo experiencia en estas cosas: caminad derecho, sin mirar a un lado y a otro, sin llamar la atención; así nadie se fijará en vos, nadie se dará cuenta de lo que pasa; y conservaréis vuestro honor. De aquí a una hora estaréis en libertad; hay tanto que hacer que ellos mismos tendrán prisa por despacharos; y además yo les hablaré... Os iréis a lo vuestro, y nadie sabrá que habéis estado en manos de la justicia. Y vosotros —continuó luego, volviéndose a los esbirros, con rostro severo—, tened buen cuidado de no hacerle daño, porque lo protejo yo; tenéis que cumplir con vuestro deber, pero recordad que es un hombre de bien, un joven

educado, que dentro de poco estará en libertad; y que debe velar por su honor. Caminad de manera que nadie advierta nada, como si fueseis tres amigos que van de paseo. —Y con tono imperativo y ceño amenazador, concluyó—: ¿Habéis entendido? —Volviéndose después a Renzo, desarrugó el ceño, y con un rostro que de pronto se había puesto risueño, como diciendo: «Oh, nosotros somos amigos», le susurró de nuevo—: Juicio; haced lo que os digo: caminad tranquilo y sereno; fíaos de quien bien os aprecia. Vamos.

Y la comitiva echó a andar.

Sin embargo, de tantas hermosas palabras, Renzo no creyó ni una: ni que el escribano lo apreciara más a él que a los esbirros, ni que se tomase tanto interés por su reputación, ni que tuviera intención de ayudarlo. Comprendió perfectamente que el hombre, temiendo que se le presentase por la calle alguna buena ocasión de escaparse de sus manos, alegaba aquellos hermosos motivos para disuadirlo a él de estar atento y aprovecharse. De modo que todas aquellas exhortaciones no sirvieron sino para confirmarlo en el plan que ya tenía en la cabeza, de hacer todo lo contrario.

Nadie deduzca de esto que el escribano fuera un pillo inexperto y novel, porque se engañaría. Era un pillo redomado, dice nuestro historiador, que parece que no se contaba entre el grupo de sus amigos; pero en ese momento se encontraba con el ánimo agitado. A sangre fría, os puedo decir cómo se habría burlado de quien, para inducir a otro a hacer una cosa de suyo sospechosa, se la habría ido sugiriendo e inculcando cálidamente, con el mísero fingimiento de darle un consejo desinteresado, de amigo. Pero es tendencia general de los hombres, cuando están agitados y angustiados, y ven lo que otro podría hacer para sacarlos del apuro, pedírselo con instancia y repetidamente y con toda clase de pretextos; y los más astutos, cuando están angustiados y agitados, caen también bajo esta ley común. De modo que, en semejantes circunstancias, suelen hacer mezquina figura. Los hallazgos maestros, las hermosas malicias con que están habituados a triunfar, que se han convertido para ellos casi en una segunda naturaleza, y que, puestos en práctica a tiempo, y llevados con la tranquilidad de ánimo, con la serenidad mental necesarias, consiguen su fin perfecta y ocultamente, e incluso conocidos después del éxito, se granjean el aplauso universal, los pobrecillos, cuando están en aprietos, los emplean a toda prisa, a tontas y a locas, sin garbo ni gracia. De manera que a quien los vea ingeniarse y apañarse de ese modo dan pena y mueven a risa, y el hombre a quien pretenden entonces engañar, aunque menos avisado que ellos, descubre perfectamente todo su juego, y de esos artificios saca luz para sí y en contra de ellos. Por eso nunca

se recomendará bastante a los astutos de profesión que conserven siempre su sangre fría, o que sean siempre los más fuertes, que es aún más seguro.

Renzo, pues, apenas estuvieron en la calle, comenzó a volver los ojos de un lado a otro, a estirar la cabeza a derecha e izquierda, a aguzar los oídos. Mas no había una concurrencia extraordinaria; y, aunque en el rostro de algún transeúnte podía leerse un no sé qué de sedicioso, cada uno seguía su camino; y sedición propiamente dicha no la había.

—¡Juicio! ¡Juicio! —le susurraba el escribano a sus espaldas—. Vuestro honor; el honor, hijo mío.

Pero cuando Renzo, mirando atentamente a tres que llegaban con los rostros encendidos, oyó que hablaban de un horno, de harina escondida, de justicia, empezó a hacerles gestos con la cara, a toser de ese modo que indica cualquier cosa salvo un resfriado. Los otros miraron más atentamente a la comitiva y se detuvieron; con ellos se detuvieron otros que llegaban; otros, que habían pasado de largo, oído el cuchicheo regresaban y hacían cola.

—Tened cuidado; juicio, hijo; es peor para vos, ya lo veis; no arruinéis vuestros asuntos; el honor, la reputación —continuaba susurrando el escribano.

Renzo empeoraba las cosas. Los esbirros, tras haberse consultado con los ojos, creyendo actuar bien (cualquiera está sujeto a errar), le apretaron las bocamangas.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —gritó el torturado.

Al grito, la gente se agolpa a su alrededor; acuden de todas las partes de la calle; la comitiva se encuentra encallada.

—Es un malhechor —cuchicheaba el escribano a los que tenía a las espaldas—, es un ladrón cogido con las manos en la masa. Retírense, dejen paso a la justicia.

Pero Renzo, en vista del buen momento, en vista de que los esbirros se ponían blancos, o por lo menos pálidos, pensó: «Si no me ayudo ahora, estoy perdido», y al punto alzó la voz:

—¡Amigos! Me llevan a la cárcel porque ayer grité: ¡pan y justicia! No he hecho nada; soy un hombre de bien. ¡Ayudadme, no me abandonéis, amigos!

Un murmullo favorable, voces más claras de protección se alzan en respuesta: los esbirros al principio ordenan, después piden, por último ruegan a los más próximos que se vayan y que abran paso; la muchedumbre, en cambio, acosa y empuja cada vez más. Los otros, oído el poste, sueltan las bocamangas y no se cuidan más que de meterse entre la muchedumbre, para salir inadvertidos. El escribano deseaba ardientemente hacer lo mismo, pero

tenía problemas, por mor de la capa negra. El pobre hombre, pálido, asustado, trataba de empequeñecerse, se iba retorciendo, para escabullirse entre la muchedumbre; pero no podía alzar los ojos sin ver veinte encima. Estudiaba todas las maneras de parecer un extraño que, pasando por casualidad por allí, se hubiera hallado metido en el gentío, como una brizna de paja en el hielo, y encontrándose cara a cara con uno que lo miraba fijamente, con un ceño peor que el de los otros, él, componiendo la boca en una sonrisa, con un gesto bobo, le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—¡Un cuervo! —respondió el otro—. ¡Cuervo! ¡Más que cuervo! —resonó a su alrededor.

A los gritos se sumaron empujones, de manera que, en poco tiempo, en parte con sus propias piernas y en parte con los codos ajenos, consiguió lo que le interesaba en aquel momento, encontrarse fuera de aquellas apreturas.

XVI

—¡Escapa, escapa, buen hombre! Allí hay un convento, allá una iglesia; por aquí, por allá —gritan a Renzo por todas partes.

En cuanto a escapar, figuraos si necesitaba consejos. Desde el primer momento que había relampagueado en su mente la esperanza de salir de aquellas garras, había empezado a echar sus cuentas, y decidido, si le resultaba, a caminar sin detenerse, hasta que estuviera fuera no solo de la ciudad, sino del ducado. «Porque —había pensado— mi nombre lo tienen en sus libracos, sea como sea que lo hayan conseguido; y con el nombre y el apellido vendrán a buscarme cuando quieran». Y, en cuanto a un asilo, solo se habría metido en él al tener los esbirros a sus talones. «Porque, si puedo ser pájaro de bosque —había pensado también—, no quiero convertirme en pájaro de jaula». Había planeado, pues, como refugio aquel pueblo del territorio de Bérgamo, donde estaba asentado su primo Bortolo, ya recordáis, que más de una vez lo había invitado a ir allá. Pero encontrar el camino: ahí estaba lo malo. Dejado en una parte desconocida de una ciudad también desconocida, puede decirse, Renzo no sabía siquiera por qué puerta se salía para ir a Bérgamo; y, aun cuando lo hubiera sabido, no sabía ir a esa puerta. Estuvo en un tris de hacerse enseñar el camino por alguno de sus libertadores; mas, como en el poco tiempo que había tenido para meditar sobre sus asuntos, le habían pasado por la cabeza ciertas ideas sobre aquel espadero tan servicial, padre de cuatro hijos, no quiso, con cuenta y razón, manifestar sus planes a un grupo, donde podía haber algún otro del mismo cuño; y decidió al punto alejarse de allí a toda prisa; el camino ya lo preguntaría, en un lugar donde nadie supiera quién era, ni por qué lo preguntaba. Dijo a sus libertadores: «Muchas gracias, amigos; benditos seáis», y, saliendo por el paso que inmediatamente le abrieron, tomó carrerilla y se marchó; se internó por una calleja, bajó por una callecita, galopó un trecho sin saber por dónde. Cuando le pareció haberse alejado lo bastante, aflojó el paso para no infundir sospechas; y empezó a mirar a un lado y otro, para escoger la persona a la que hacer su pregunta, una cara que inspirase confianza. Pero también en esto

había dificultades. La pregunta en sí era sospechosa; el tiempo apremiaba; los esbirros, una vez liberados de aquel pequeño tropiezo, debían de haberse puesto sin duda tras las huellas de su fugitivo; la voz de la fuga podía haber llegado hasta allí; y, en tales aprietos, Renzo tuvo que hacer quizá diez juicios fisionómicos, antes de encontrar a la persona que le pareciese a propósito. Aquel regordete, que estaba de pie en el umbral de su tienda, espatarrado, con las manos a la espalda, con la barriga sacada, con la barbilla en alto, de la que colgaba una gran papada, y que, no teniendo otra cosa que hacer, levantaba alternativamente sobre las puntas de los pies su masa temblona y la dejaba caer de nuevo sobre los talones, tenía un rostro de correveidile curioso que, en vez de dar respuestas, habría hecho preguntas. Aquel otro que se acercaba, con los ojos fijos y con el labio sacado, más que enseñar pronto y bien el camino a otro, parecía apenas conocer el suyo. Aquel mozalbete que, a decir verdad, aparentaba ser muy despierto, también aparentaba ser aún más malicioso; y probablemente habría disfrutado como un loco mandando a un pobre campesino a la parte contraria a la que deseaba. ¡Tan cierto es que al hombre enredado casi cada nueva cosa le parece un nuevo enredo! Viendo por fin a uno que llegaba deprisa, pensó que este, teniendo probablemente algún negocio urgente, le respondería enseguida, sin más charlas; y, oyéndolo hablar para sí, juzgó que debía de ser hombre sincero. Se le acercó y dijo:

—Por favor, señor, ¿por dónde se sale para ir a Bérgamo?

—¿Para ir a Bérgamo? Por la Puerta Oriental.

—Muchas gracias; y ¿para ir a la Puerta Oriental?

—Coged esa calle a la izquierda; os encontraréis en la plaza de la catedral; después...

—Basta, señor; el resto ya lo sé. Dios se lo pague.

Y se encaminó en derechura a la parte que le habían indicado. El otro lo siguió con la vista un momento, y, juntando en su pensamiento aquella manera de andar con la pregunta, se dijo: «O ha hecho una, o alguien se la quiere hacer a él».

Renzo llega a la plaza de la catedral; la atraviesa, pasa al lado de un montón de cenizas y de carbones apagados, y reconoce los restos de la hoguera cuyo espectador había sido el día anterior; bordea las escalinatas de la catedral, vuelve a ver el horno de las muletas, medio desmantelado y custodiado por soldados; y tira recto por la calle por la que había venido con la muchedumbre; llega al convento de los capuchinos; echa una ojeada a la plaza y a la puerta de la iglesia, y dice para sí, suspirando: «Pues me había

dado un buen consejo el fraile de ayer: que me quedase en la iglesia esperando y haciendo un poco de bien».

Allí, habiéndose detenido un momento a mirar atentamente la puerta por la que debía pasar, vio, así, desde lejos, mucha gente de guardia; y, teniendo la fantasía un poco calenturienta (hay que compadecerlo; tenía sus motivos), experimentó cierta repugnancia a enfrentarse con aquel paso. Se encontraba tan a mano un lugar de asilo, y donde, con aquella carta, estaría bien recomendado, que se sintió grandemente tentado de entrar en él. Pero, recobrados al punto los ánimos, pensó: «Pájaro de bosque, mientras se pueda. ¿Quién me conoce? La verdad, los esbirros no se habrán partido en trozos para ir a esperarme a todas las puertas». Se volvió, para ver si venían por aquella parte; no vio ni a ellos, ni a otros que parecieran ocuparse de él. Avanza; afloja el paso de aquellas benditas piernas, que querían seguir corriendo, cuando convenía solo caminar; y muy despacito, silbando en semitono, llega a la puerta.

Había, exactamente en el paso, un montón de consumeros, y, de refuerzo, también miqueletes españoles; pero estaban todos atentos hacia afuera, para no dejar entrar a los que, a la noticia de un motín, acuden, como cuervos al campo donde se ha celebrado una batalla; de manera que Renzo, con aire indiferente, con los ojos bajos y con un modo de andar entre de viandante y de alguien que va de paseo, salió sin que nadie le dijera nada; aunque el corazón le latía velozmente. Viendo a la derecha un sendero, entró en él, para evitar el camino real; y anduvo un buen trecho antes de volver siquiera la cabeza.

Camina, camina: encuentra alquerías, encuentra aldeas, sigue adelante sin preguntar los nombres; está seguro de que se aleja de Milán, espera ir hacia Bérgamo; por ahora le basta con eso. De vez en cuando volvía la cabeza; de vez en cuando se miraba también y se restregaba una u otra muñeca, todavía algo doloridas y marcadas alrededor por una franja rojiza, vestigio del cordel. Sus pensamientos eran, como cualquiera puede imaginarse, un batiburrillo de arrepentimientos, inquietudes, rabias, ternuras; ponía un cuidado trabajoso en recordar las cosas dichas y hechas la noche anterior, en descubrir la parte secreta de su dolorosa historia y sobre todo cómo habían podido enterarse de su nombre. Sus sospechas recaían naturalmente sobre el espadero, a quien recordaba bien que se lo había espetado. Y reflexionando sobre la manera en que se lo había arrancado de la boca, y en toda la actuación del otro, y en todas aquellas exhibiciones que se resumían siempre en querer saber algo, la sospecha se volvía casi certeza. Salvo que recordaba también, confusamente,

haber continuado parloteando tras la marcha del espadero; con quién, averígüelo Vargas; de qué, la memoria, por mucho que la examinaba, no se lo podía decir: no sabía decirle sino que en ese momento hallábase fuera de casa. El pobrecillo se perdía en esa búsqueda: era como un hombre que ha firmado muchas hojas en blanco y las ha confiado a alguien que tenía por la flor y nata de la honradez; y, descubriendo luego que es un embrollón, quisiera conocer el estado de sus negocios: ¿conocer qué? Es un caos. Otro cuidado penoso era el hacer sobre el futuro un plan que pudiera agradarle: los que no eran castillos en el aire eran todos melancólicos.

Pero muy pronto el cuidado más penoso fue el de encontrar el camino. Tras haber andado un trecho a la ventura, puede decirse, vio que por sí solo no podría encontrarlo. Experimentaba, empero, cierta repugnancia a pronunciar la palabra Bérghamo, como si tuviera un no sé qué de sospechoso, de atrevido; pero no podía prescindir de ella. Decidió, pues, dirigirse, como había hecho ya en Milán, al primer viandante cuya fisionomía le inspirase confianza; y así lo hizo.

—Vais descaminado —le respondió aquel, y, pensándolo un poco, le indicó, en parte con palabras, en parte con gestos, el rodeo que tenía que dar para volver al camino real.

Renzo le dio las gracias, fingió hacer lo que le habían dicho, y en realidad tomó hacia aquella parte, aunque con la intención de acercarse a aquel bendito camino real, de no perderlo de vista, de bordearlo lo más posible, pero sin atreverse a poner los pies en él. El plan era más fácil de concebir que de realizar. La conclusión fue que, marchando así de derecha a izquierda y, como suele decirse, en zigzag, en parte siguiendo las otras indicaciones que armándose de valor conseguía pescar aquí y allá, en parte corrigiéndolas según sus luces y adaptándolas a su intención, en parte dejándose guiar por los caminos en los que se encontraba, nuestro fugitivo había recorrido quizá doce millas, y no distaba más de seis de Milán; y, en cuanto a Bérghamo, ya era mucho si no se había alejado. Comenzó a persuadirse de que de aquella manera no saldría con bien; y pensó en hallar algún otro recurso. Lo que se le pasó por la cabeza fue averiguar, con alguna astucia, el nombre de algún pueblo próximo al límite, al que se pudiera ir por caminos vecinales: y, preguntando por él, se haría enseñar el camino, sin sembrar aquí y allá aquella pregunta de Bérghamo, que le parecía oler mucho a fuga, a destierro, a criminal.

Mientras busca la manera de pescar todas esas noticias, sin infundir sospechas, ve una rama colgando en una casucha solitaria^[36], a la entrada de

una aldehuela. Hacía algún tiempo que sentía también crecer la necesidad de restaurar sus fuerzas; pensó que aquel sería el lugar para matar dos pájaros de un tiro; entró. No había sino una vieja, con la rueca en la cintura y el huso en la mano. Pidió algo de comer; le ofrecieron un poco de queso y buen vino; aceptó el queso, rechazó el vino (le había tomado ojeriza, por la broma que le había gastado la noche anterior); y se sentó, rogando a la mujer que se diera prisa. Esta puso en un instante la mesa; e inmediatamente después comenzó a acosar a preguntas a su huésped, sobre su condición y sobre los grandes sucesos de Milán, pues el rumor había llegado hasta allí. Renzo no solo supo esquivar las preguntas con gran desenvoltura, sino que, aprovechándose de la propia dificultad, se sirvió para su intento de la curiosidad de la vieja, que le preguntaba hacia dónde se encaminaba.

—Tengo que ir a muchos sitios —respondió—, y, si me queda tiempo, quisiera también pasar un momento por ese pueblo, más bien grande, en el camino de Bérgamo, junto a la raya, pero del Estado de Milán... ¿Cómo se llama?

«Alguno habrá», pensaba entretanto para sí.

—Gorgonzola, queréis decir —respondió la vieja.

—¡Gorgonzola! —repitió Renzo, como para meterse mejor en la cabeza la palabra—. ¿Está muy lejos de aquí? —prosiguió.

—No lo sé exactamente: habrá diez, habrá doce millas. Si estuviera alguno de mis hijos, él sabría deciros.

—¿Y creéis que se podrá ir por estas hermosas sendas, sin tomar el camino real? ¡Hay en él tanto polvo, tanto polvo! ¡Hace tanto tiempo que no llueve!

—Yo diría que sí; podéis preguntar en el primer pueblo que encontréis según vais, a la derecha. —Y se lo nombró.

—Está bien —dijo Renzo.

Se levantó; cogió un pedazo de pan que le había sobrado de la escasa colación, un pan muy diferente del que había encontrado, el día anterior, al pie de la cruz de San Dionisio; pagó la cuenta, salió y tomó a la derecha. Y, para no alargarnos más de lo preciso, con el nombre de Gorgonzola en la boca, pueblo tras pueblo, llegó allá cerca de una hora antes de anocheecer.

Por el camino había planeado hacer allí otra paradita, para hacer una comida algo más sustanciosa. Su cuerpo habría agradecido también un rato de cama; pero, antes de contentarlo en esto, Renzo lo habría dejado caer agotado en el camino. Su propósito era informarse en la hostería sobre la distancia al Adda, obtener hábilmente noticias de algún atajo, que llevase allá, y volver a

encaminarse hacia aquella parte, inmediatamente después de tomar un refrigerio. Nacido y criado en la segunda fuente, por así decirlo, del río, había oído decir más de una vez que, en cierto punto y durante cierto trecho, formaba el límite entre el estado milanés y el veneciano; del punto y del trecho no tenía una idea concreta; pero, en ese momento, el asunto más urgente era pasarlo, por donde fuese. Si no lo conseguía ese día, estaba resuelto a caminar hasta que la hora y el aliento se lo permitiesen; y esperar después al alba, en un campo, en un desierto; donde a Dios pluguiese, con tal de que no fuera en una hostería.

Dados unos pasos por Gorgonzola, vio una muestra y entró; y al posadero, que acudió a su encuentro, le pidió algo de comer y un cuartillo de vino; las millas de más, y el tiempo, habían disipado la ojeriza tremenda y fanática.

—Os ruego que os deis prisa —agregó—, pues necesito ponerme al punto en camino.

Y esto lo dijo no solo porque era cierto, sino temeroso de que el posadero, imaginándose que iba a dormir allí, le saliera con preguntas sobre el nombre y el apellido, y de dónde venía y para qué negocio... ¡Nada de eso!

El posadero respondió a Renzo que sería servido; y este se sentó al fondo de la mesa, junto a la puerta: el puesto de los apocados.

Había en la estancia algunos desocupados del pueblo, los cuales, tras haber discutido y comentado las grandes noticias del día antes en Milán, se desvivían por saber qué había pasado ese día; tanto más que las primeras eran más adecuadas para picar la curiosidad que para satisfacerla: una sublevación ni dominada ni triunfante, suspendida más que terminada por la noche; una cosa trunca, el final de un acto más bien que de un drama. Uno de ellos se apartó del grupo, se acercó al recién llegado y le preguntó si venía de Milán.

—¿Yo? —dijo Renzo sorprendido, para ganar tiempo antes de contestar.

—Vos, si se me permite la pregunta.

Renzo, meneando la cabeza, apretando los labios y dejando salir un sonido inarticulado, dijo:

—Milán, por lo que he oído contar..., no debe de ser lugar para ir en estos momentos, salvo por una gran necesidad.

—¿Continúa aún hoy el alboroto, pues? —preguntó con más insistencia el curioso.

—Habría que estar allá para saberlo —dijo Renzo.

—Pero vos ¿no venís de Milán?

—Vengo de Liscate —respondió rápido el joven, que mientras tanto había pensado su respuesta.

Venía de allí, en efecto, en rigor, pues por allí había pasado; y el nombre lo había sabido, en cierto punto del camino, por un viandante que le había indicado aquel pueblo como el primero que debía cruzar para llegar a Gorgonzola.

—¡Oh! —dijo el amigo, como si quisiera decir: «Mejor haríais en venir de Milán, pero qué le vamos a hacer»—. Y en Liscate —agregó—, ¿no se sabía nada de Milán?

—Muy bien podría ser que alguien supiera algo —respondió el montañés—, pero yo no oí contar nada.

Y estas palabras las profirió de esa forma especial que parece decir: «He acabado». El curioso regresó a su sitio; y un instante después llegó el posadero a poner la cena.

—¿Cuánto hay de aquí al Adda? —le dijo Renzo, medio entre dientes, con una actitud de dormido, que ya le hemos visto alguna otra vez.

—¿Al Adda? ¿Para pasar? —dijo el posadero.

—Bueno... sí... Al Adda.

—¿Queréis pasar por el puente de Cassano o en el lanchón de Canonica?

—Por donde sea... Pregunto por curiosidad.

—Ah, lo digo porque esos son los sitios por donde pasan los hombres de bien, la gente que puede dar cuenta de sí.

—Está bien; ¿y cuánto hay?

—Contad con que, tanto a un sitio como a otro, habrá, más o menos, seis millas.

—¡Seis millas! No creía que hubiese tanto —dijo Renzo—. Claro —prosiguió después, con un aire de indiferencia, llevado hasta la afectación—, claro, y, para quien necesitara tomar un atajo, ¿habrá otros sitios para pasar?

—Los hay, con seguridad —respondió el posadero, clavándole en el rostro unos ojos llenos de curiosidad maliciosa.

Bastó esto para hacer morir entre los dientes del joven las otras preguntas que tenía preparadas. Se acercó el plato; y, mirando el cuartillo que el posadero había dejado, con él, sobre la mesa, dijo:

—¿El vino es de ley?

—Como el oro —dijo el posadero—; preguntad a toda la gente del pueblo y del contorno, que algo entiende; y, además, ya lo probaréis.

Y, diciendo esto, regresó hacia el grupo.

«¡Malditos posaderos! —exclamó Renzo para sí—. Cuantos más conozco, peores me parecen». No obstante, se puso a comer con gran apetito, estando, al mismo tiempo, alerta, sin aparentarlo, para tratar de sondear algo, de

enterarse de lo que se pensaba allí del gran acontecimiento en el que había tenido no pequeño papel, y de observar especialmente si entre aquellos pobladores había algún hombre de bien en quien pudiera confiar un pobre muchacho para preguntar el camino, sin temor a verse en aprietos y forzado a hablar de sus asuntos.

—¡Cómo! —decía uno—: Esta vez parece que los milaneses han querido hacer las cosas en serio. Bueno, mañana, lo más tarde, se sabrá algo.

—Me arrepiento de no haber ido a Milán esta mañana —decía otro.

—Si vas mañana, voy yo también —dijo un tercero; y después otro, y otro más.

—Lo que quisiera saber —prosiguió el primero— es si esos señores de Milán pensarán también en los pobres del campo, o si harán buenas leyes solo para sí. Ya sabéis cómo son, ¿no? Ciudadanos soberbios, todo para ellos; los demás, como si no existieran.

—Nosotros también tenemos boca, ya sea para comer, ya para exponer nuestras razones —dijo otro, con voz tanto más modesta cuanto más atrevida era la proposición— y una vez la cosa encaminada...

Pero consideró mejor no acabar la frase.

—Trigo escondido no lo hay solamente en Milán —comenzaba otro, con un aire sombrío y malicioso.

Entonces oyen un caballo. Corren todos a la puerta; y, reconociendo al que llega, van a su encuentro. Era un comerciante de Milán que, yendo varias veces al año a Bérgamo, para sus tratos, solía pasar la noche en aquella hostería; y, como allí encontraba casi siempre la misma compañía, los conocía a todos. Se agolpan a su alrededor; uno coge las riendas, otro el estribo.

—¡Bienvenido, bienvenido!

—Bien hallados.

—¿Habéis hecho buen viaje?

—Muy bueno; y vosotros, ¿cómo estáis?

—Bien, muy bien. ¿Qué nuevas nos traéis de Milán?

—¡Ah!, siempre en busca de novedades —dijo el comerciante, apeándose y dejando el caballo en manos de un mozo—. Y además, además —continuó, entrando con la compañía—, a estas horas las sabréis quizá mejor que yo.

—No sabemos nada, de veras —dijo más de uno, llevándose la mano al pecho.

—¿Es posible? —dijo el comerciante—. Pues las oiréis buenas... o malas. Eh, posadero, ¿está libre mi cama de siempre? Bien; un vaso de vino y mi cena acostumbrada, presto; porque quiero irme temprano a la cama, para

marcharme temprano mañana y llegar a Bérghamo a la hora de almorzar. Y vosotros —continuó, sentándose frente a donde estaba Renzo, callado y atento—, ¿vosotros no sabéis nada de todas las diabluras de ayer?

—De las de ayer, sí.

—Ya veis, pues —prosiguió el comerciante—, que sabéis las novedades. Ya lo decía yo que, estando siempre aquí de guardia, para sonsacar a los que pasan...

—Pero hoy, ¿qué ha ocurrido hoy?

—Ah, hoy. ¿No sabéis nada de hoy?

—Nada de nada; no ha pasado nadie.

—Pues dejadme mojar los labios, y luego os contaré las cosas de hoy. Vais a ver. —Llenó el vaso, lo cogió con una mano, después con los dos primeros dedos de la otra se alzó los bigotes, después se atusó la barba, bebió y prosiguió—: Hoy, amigos míos, poco faltó para que fuese una jornada tan difícil como la de ayer, o aún peor. Y casi me parece mentira estar aquí charlando con vosotros; porque ya había descartado toda idea de viaje, para quedarme a guardar mi pobre tienda.

—¿Qué diablos pasaba? —dijo uno de los oyentes.

—Justamente el diablo; vais a ver.

Y trinchando la vianda que le habían puesto delante, y después comiendo, continuó su relato. Sus acompañantes, de pie a un lado y otro de la mesa, lo oían con la boca abierta; Renzo, en su sitio, sin parecer interesado, estaba atento, quizá más que nadie, masticando despacio, muy despacio, sus últimos bocados.

—Esta mañana, pues, los bribones que ayer armaron tan horrible alboroto, se encontraron en los lugares convenidos (había un acuerdo, todo estaba preparado); se reunieron y volvieron a empezar con esa historia de vagar de calle en calle, gritando para atraer más gente. Sabéis lo que ocurre cuando se barre, con perdón, la casa: el montón de basura aumenta conforme se adelanta. Cuando les pareció que se había juntado bastante gente, se encaminaron hacia la casa del señor vicario de la Provisión, ¡como si no bastaran las tropelías que le hicieron ayer a un caballero de ese rango! ¡Qué bribones! ¡Y cuántas cosas decían contra él! Todas invenciones: un señor muy bueno, cumplidor; yo puedo decirlo, que casi soy de su casa, y le sirvo paño para las libreas de su servidumbre. Se encaminaron, pues, hacia la casa: había que ver qué gentuza, qué caras; figuraos que pasaron ante mi tienda: caras que... ¡peores que las de los judíos del vía crucis! ¡Y qué cosas salían de

aquellas bocas! Como para taparse los oídos, de no ser porque no convenía llamar la atención. Iban, pues, con la buena intención de saquear, pero...

Y aquí, alzando la mano izquierda y extendiéndola, se llevó la yema del pulgar a la punta de la nariz.

—Pero ¿qué? —dijeron en voz alta todos los oyentes.

—Pero —continuó el comerciante— encontraron la calle cerrada con vigas y carros, y, detrás de la barricada, una buena fila de miqueletes, con los arcabuces apuntados, para recibirlos como se merecían. Cuando vieron todo aquel aparato... ¿Qué habríais hecho vosotros?

—Retroceder.

—De seguro; eso hicieron. Pero fijaos si no era el demonio el que los guiaba. Están en el Cordusio, ven allí el horno que ya ayer quisieron saquear, y ¿qué se hacía en esa tienda? Se distribuía pan a los clientes; había unos caballeros, la flor y nata, para vigilar que todo marchase bien; pues ellos (os digo que tenían el diablo en el cuerpo y había quien los azuzaba), ellos, dentro como desesperados: coge tú, que también cojo yo; en un abrir y cerrar de ojos, caballeros, panaderos, clientes, panes, mostrador, bancos, artesas, cajas, sacos, cribas, salvado, harina, masa, todo patas arriba.

—¿Y los miqueletes?

—Los miqueletes tenían que custodiar la casa del vicario; no se puede repicar y andar en la procesión. Os digo que fue en un abrir y cerrar de ojos; coge que te cogerás, todo lo que servía para algo se lo llevaron. Y después vuelve el bonito hallazgo de ayer, llevar el resto a la plaza y hacer una fogata. Y ya empezaban, los pícaros, a sacar cosas, cuando uno, más pícaro que los otros, ¿a que no adivináis con qué propuesta salió?

—¿Con qué?

—Hacer un montón con todo en la tienda y prender fuego al montón y a la casa juntos. Dicho y hecho...

—¿Le prendieron fuego?

—Esperad. Un buen hombre de la vecindad tuvo una inspiración del cielo. Subió a las habitaciones, buscó un crucifijo, lo encontró, lo colgó del arco de una ventana, cogió de la cabecera de una cama dos velas benditas, las encendió y las puso en el alféizar, a derecha e izquierda del crucifijo. La gente mira hacia arriba. En Milán, hay que decirlo, todavía queda temor de Dios; todos volvieron sobre sí. La mayoría, quiero decir, pues había diablos que, por robar, habrían prendido fuego al mismo paraíso; pero, en vista de que la gente no era de su opinión, tuvieron que dejarlo y estarse quietos. Adivinad ahora quién llegó de improviso. Todos los monseñores de la catedral, en

procesión, con la cruz alzada y ropas de coro; y el arcipreste, monseñor Mazenta, empezó a predicar por una parte, y monseñor Settala, el penitenciario, por otra, y también los demás: «¡Buena gente! ¿Qué vais a hacer? ¿Es este el ejemplo que dais a vuestros hijos? Volved a casa, ¿no sabéis que el pan está barato, más que antes? Id a verlo, que está el aviso en todas las esquinas».

—¿Era cierto?

—¡Diablos! ¿Creéis que los monseñores de la catedral salen con capa pluvial a contar patrañas?

—¿Y qué hizo la gente?

—Poco a poco se marcharon; corrieron a las esquinas; y, para quien sabía leer, allí estaba la tasa. Adivinadla: un pan de ocho onzas, por un sueldo.

—¡Qué ganga!

—Buena es la bicoca, con tal de que dure. ¿Sabéis cuánta harina han malgastado entre ayer y esta mañana? ¡Como para mantener el ducado durante dos meses!

—¿Y no se ha hecho alguna buena ley para fuera de Milán?

—Lo hecho en Milán es todo a expensas de la ciudad. No sé qué deciros; para vosotros será lo que Dios quiera. De cualquier manera, los alborotos han acabado. Y aún no os he dicho todo; ahora viene lo bueno.

—¿Qué más hay?

—Hay que, ayer por la noche o esta mañana, han agarrado a muchos; y se ha sabido enseguida que los jefes serán ahorcados. En cuanto comenzó a difundirse el rumor, cada uno se iba a su casa por el camino más corto, para no arriesgarse a estar entre ellos. Milán, cuando he salido, parecía un convento de frailes.

—¿Los ahorcarán de veras?

—¡Claro que sí! ¡Y pronto! —respondió el comerciante.

—Y ¿qué hará la gente? —preguntó de nuevo el que ya había hecho la otra pregunta.

—¿La gente? Irá a verlos —dijo el comerciante—. Tenían tantas ganas de ver morir a un cristiano al aire libre que querían, ¡bribones!, quitar de en medio al señor vicario de la Provisión. En vez de él, tendrán a cuatro miserables, servidos con todas las formalidades, acompañados por capuchinos y por cofrades de la buena muerte; es gente que se la ha merecido. Es una providencia, ya veis: era muy necesario. Empezaba ya a arraigar el vicio de entrar en las tiendas y de servirse sin echar mano a la bolsa; si los dejábamos, después del pan habría venido el vino, y así, poco a poco... Figuraos si

querrían abandonar, por su espontánea voluntad, una costumbre tan cómoda. Os puedo decir que, para un hombre de bien con tienda abierta, era una idea poco alegre.

—Es cierto —dijo uno de los oyentes.

—Es cierto —repitieron los otros, al unísono.

—Y —continuó el comerciante, secándose la barba con la servilleta— estaba urdido hacía tiempo; había una liga, ¿sabéis?

—¿Había una liga?

—Había una liga. Intrigas todas urdidas por los navarrinos, por ese cardenal de Francia, ya sabéis a quién me refiero, que tiene un nombre medio turco y que cada día inventa una para contrariar a la corona de España. Pero, sobre todo, tiende a jugar malas pasadas en Milán; porque bien sabe, el muy taimado, que aquí está la fuerza del rey.

—Claro.

—¿Queréis una prueba? Quienes más alborotaban eran forasteros, andaban por allí caras que nunca se habían visto en Milán. Más aún, olvidaba contaros una cosa que me han dicho como muy cierta. La justicia había atrapado a uno en una hostería... —Renzo, que no perdía una jota de aquel discurso, al oír tocar esta cuerda se estremeció y dio un brinco, antes de que pudiera pensar en contenerse. Pero nadie lo advirtió y el orador, sin interrumpir el hilo de la narración, siguió—: Alguien que aún no se sabe bien de dónde había llegado ni quién lo enviaba, ni qué clase de hombre era; pero con seguridad era uno de los jefes. Ya ayer, en lo más recio de la bulla, había hecho de las suyas; y después, no contento con eso, se había puesto a predicar, a proponer, así como una gracia, que mataran a todos los señores. ¡Granuja! ¿De qué vivirían los pobres si matan a los señores? La justicia, que lo había espiado, le echó la mano; le encontraron un fajo de cartas. Y se lo llevaban a la cárcel cuando hete aquí que sus compañeros, que andaban rondando la hostería, llegaron en gran número y liberaron al truhan.

—¿Y qué ha pasado?

—No se sabe; habrá escapado, o estará oculto en Milán; es gente que no tiene casa, ni techo, y en todas partes encuentra donde alojarse y esconderse; pero solo mientras el diablo puede, y quiere, ayudarles; después caen cuando menos lo esperan, porque a cada cerdo le llega su San Martín. Por ahora se sabe con certeza que las cartas han quedado en manos de la justicia, y que describen toda la intriga; y se dice que está mezclada mucha gente. Peor para ellos, que han desbarajustado medio Milán, y aún querían hacer cosas peores. Dicen que los panaderos son unos bribones. Yo también lo sé, pero hay que

ahorcarlos por vías legales. Hay trigo escondido. ¿Quién no lo sabe? Pero a quien manda toca tener buenos espías, e ir a desenterrarlo, y mandar también a los acaparadores a dar patadas al aire^[37], en compañía de los panaderos. Y, si quien manda no hace nada, toca a la ciudad pedir justicia; y, si no hacen caso a la primera, volver a pedirla; pues a fuerza de pedir se obtiene; y no azuzar esa costumbre tan criminal de entrar en tiendas y almacenes y coger el género a mansalva.

A Renzo lo poco que había comido se le estaba volviendo veneno. Le parecía tardar mil años en encontrarse fuera y lejos de aquella hostería, de aquel pueblo; más de diez veces había dicho para sí: «Vámonos, vámonos». Mas el miedo a infundir sospechas, aumentado entonces sobremanera y convertido en tirano de todos sus pensamientos, lo había mantenido clavado al banco. En aquella perplejidad, pensó que el charlatán tenía que acabar de una vez de hablar de él; y concluyó para sí que se movería en cuanto le oyera entablar otra conversación.

—Por eso —dijo uno del grupo— yo, que sé cómo ocurren estas cosas y que los hombres de bien no ganan nada en los tumultos, no me dejé vencer por la curiosidad y me quedé en mi casa.

—¿Es que yo me he movido? —dijo otro.

—¿Y yo? —añadió un tercero—. Si me hubiera encontrado por casualidad en Milán, habría dejado sin concluir cualquier negocio y habría regresado al punto a mi casa. Tengo mujer e hijos; y, además, si he de decir la verdad, los alborotos no me gustan.

En este momento, el posadero, que también había estado oyendo, fue a la otra punta de la mesa para ver qué hacía el forastero. Renzo aprovechó la ocasión, llamó al posadero con un gesto, le pidió la cuenta, la pagó sin regatear, aunque ya andaba con el agua al cuello; y, sin más conversaciones, se encaminó en derechura a la puerta, cruzó el umbral y, con la Providencia por guía, echó a andar por el lado opuesto a aquel por donde había llegado.

XVII

Basta a menudo un deseo para atormentar a un hombre; conque imaginaos dos a la vez, uno en lucha con otro. El pobre Renzo tenía, desde hacía muchas horas, dos de estos en el cuerpo, como sabéis: el deseo de correr y el de permanecer oculto; y las aciagas palabras del comerciante habían aumentado sobremanera uno y otro de golpe. De modo que su aventura había metido ruido; de modo que lo querían a cualquier precio; ¡quién sabe cuántos esbirros habían salido a darle caza! ¡Qué órdenes se habrían expedido de registrar pueblos, hosterías, caminos! Pensaba, eso sí, que a fin de cuentas los esbirros que lo conocían eran solo dos, y que no llevaba el nombre escrito en la frente; pero volvían a su mente ciertas historias que había oído contar de fugitivos cogidos y descubiertos por extrañas combinaciones, reconocidos por su modo de andar, por su aire sospechoso, por otras señales impensadas: todo le daba miedo. Aun cuando, en el momento de salir de Gorgonzola, daban las veinticuatro, y las tinieblas que avanzaban disminuían cada vez más aquellos peligros, a pesar de ello tomó a regañadientes el camino real y se propuso meterse por el primer sendero que le pareciese llevar al lugar donde le interesaba salir. Al principio, se topaba con algún viandante; pero, llena su fantasía de feas aprensiones, no se atrevió a abordar a ninguno para informarse del camino. «Aquel dijo seis millas —pensaba— y, si andando fuera del camino tuvieran que convertirse en ocho o diez, las piernas que hicieron las otras harán también estas. Hacia Milán no voy, con seguridad; de modo que voy hacia el Adda. Camina, camina, tarde o temprano llegaré. El Adda tiene buena voz; y cuando esté cerca de él no necesitaré ya quien me lo enseñe. Si hay alguna barca para poder pasar, pasaré enseguida; si no, me detendré hasta la mañana en un campo, sobre un árbol, como los gorrones: mejor en un árbol que en la cárcel».

Muy pronto vio abrirse una vereda a la izquierda y se adentró por ella. A esas horas, si hubiera tropezado con alguien, no se habría andado con muchas ceremonias para preguntar el camino; pero no se veía un alma. Iba, pues, por donde el camino lo llevaba; y pensaba:

«¿Hacer el diablo yo? ¿Matar yo a todos los señores? ¿Un fajo de cartas yo? ¡Y mis compañeros que estaban en guardia! Daría cualquier cosa por encontrarme cara a cara con ese comerciante, al otro lado del Adda (¡ay, cuándo pasará este bendito Adda!), y pararlo, y preguntarle sin prisas de dónde ha sacado tan lindas noticias. Sabed pues, señor mío, que la cosa fue así y así, y que las diabluras que he hecho han sido ayudar a Ferrer, como si hubiera sido mi hermano; sabed que aquellos bribones que, según vos, eran mis amigos, en cierto momento, y porque dije una frase de buen cristiano, quisieron jugarme una mala pasada; sabed que, mientras vos estabais guardando vuestra tienda, a mí me estaban aplastando las costillas por salvar a vuestro señor vicario de la Provisión, a quien nunca he visto ni conocido. Ya podéis esperar a que me mueva otra vez para ayudar a señores... Es verdad que hay que hacerlo por el alma; también ellos son prójimo. Y aquel gran fajo de cartas, donde estaba toda la intriga, y que ahora está en manos de la justicia, como vos sabéis con toda seguridad, ¿apostamos a que lo hago aparecer aquí sin ayuda del diablo? ¿Tendríais curiosidad por ver ese fajo? Aquí está... ¿Una sola carta...? Sí, señor, una sola carta; y esta carta, por si queréis saberlo, la ha escrito un religioso que os puede enseñar la doctrina cuando sea; un religioso que, dicho sin querer agraviaros, un pelo de su barba vale más que toda la vuestra; y está escrita, esta carta, como veis, a otro religioso, también todo un hombre... Ya veis cuáles son los belitres de mis amigos. Y la próxima vez aprended a hablar sobre todo cuando se trata del prójimo».

Mas, pasado algún tiempo, estos pensamientos y otros semejantes cedieron del todo: las circunstancias presentes ocupaban todas las facultades del pobre peregrino. El temor a ser perseguido o descubierto, que tanto había amargado el viaje en pleno día, ya no le inquietaba; pero ¡cuántas cosas hacían este mucho más enojoso! Las tinieblas, la soledad, el creciente cansancio, ya penoso; soplaban una brisilla sorda, pareja, sutil, que poco servicio debía de prestar a quien se encontraba aún con la misma ropa que se había puesto para ir a la boda en dos trancos y regresar de inmediato triunfante a su casa; y, lo que era más grave de todo: aquel andar a la ventura y, por así decirlo, a ciegas, buscando un lugar de descanso y de confianza.

Cuando se topaba con algún pueblo, andaba despacio, aunque mirando si había aún alguna puerta abierta; pero nunca vio más señal de gente despierta que alguna lucecita que se traslucía por algún postigo. En el camino fuera de poblado, se detenía de vez en cuando; aplicaba el oído para ver si sentía la bendita voz del Adda; pero en vano. No oía más voces que un gañido de

perros que llegaba de alguna alquería aislada, vagando por el aire, quejoso y amenazador al tiempo. Cuando se acercaba a alguna de ellas, el gañido se mudaba en un ladrar presuroso y rabioso; al pasar ante la puerta sentía, casi veía, al animal redoblar sus aullidos, con el hocico en la rendija de la puerta, lo cual disipaba la tentación de llamar y de pedir hospedaje. Y quizá, aun sin perros, no se habría decidido. «¿Quién está ahí? —pensaba—, ¿qué queréis a estas horas? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? Daos a conocer. ¿No hay hosterías para alojarse? Eso, en el mejor de los casos, es lo que me dirán si llamo; siempre que no duerma ahí algún miedoso que empiece a gritar: ¡Socorro! ¡Ladrones! Es preciso tener a punto algo muy claro que contestar; ¿y qué voy a contestar yo? A quien de noche oye ruido, solo se le pasan por la cabeza ladrones, malhechores, trampas; nunca piensa que un hombre de bien puede encontrarse en camino de noche, si no es un caballero en carroza». Entonces reservaba aquel partido para una suma necesidad, y seguía adelante, con la esperanza de por lo menos descubrir el Adda, si no pasarlo, esa noche, y de no tener que andar en su busca a la luz del día.

Camina, camina, llegó a donde el campo cultivado moría en un erial con helechos y retamas diseminados. Le pareció, si no indicio seguro, al menos probable de que el río estaba cerca, y se adentró por él, siguiendo un sendero que lo atravesaba. Dados unos pasos, se detuvo a escuchar, mas todavía en vano. Aumentaba el fastidio del viaje la aridez del lugar, el no ver ya una morera, una vid, ni otros signos de cultivos humanos, que antes casi parecían hacerle algo de compañía. A pesar de ello siguió adelante; y como en su mente empezaban a suscitarse ciertas imágenes, ciertas apariciones, que aún conservaba de las consejas que le habían contado de niño, para apartarlas, o para aplacarlas, recitaba, caminando, la oración de difuntos.

Poco a poco se encontró entre arbustos más altos, espinos, chaparros, majuelos. Al seguir adelante y apretar el paso, con más impaciencia que ganas, empezó a ver entre los arbustos algún árbol suelto; y al seguir andando, siempre por el mismo sendero, advirtió que entraba en un bosque. Sentía cierta repugnancia a adentrarse en él, pero la venció, y prosiguió de mala gana; cuanto más se adentraba, más crecía la repugnancia, más le molestaba todo. Los árboles que veía en lontananza se le figuraban imágenes extrañas, deformes, monstruosas; le fastidiaba la sombra de las copas ligeramente agitadas, que temblaba sobre el sendero iluminado aquí y allá por la luna; el propio crujir de las hojas secas que pisaba o movía al caminar tenía a sus oídos un no sé qué de odioso. Las piernas experimentaban como un ansia, un impulso de correr, y al mismo tiempo parecía que les costaba trabajo

sostenerlo. Sentía la brisa nocturna soplar más maligna y rígida sobre su frente y sus mejillas; la sentía correr entre sus ropas y la carne, y entorpecerlo, y penetrar con más agudeza en los huesos rotos de cansancio, y apagar el último resto de vigor. En cierto momento, aquel hastío, aquel horror indefinido contra los que luchaba su ánimo desde hacía algún tiempo parecieron dominarlo de pronto. Estaba a punto de acobardarse del todo, pero, más aterrorizado por su terror que por cualquier otra cosa, convocó a sus antiguos bríos y ordenó a su corazón que aguantase. Así reanimado un momento, se detuvo a deliberar; y decidió salir al punto de allí por el camino ya recorrido, ir en derechura al último pueblo por el que había pasado, regresar entre los hombres y buscar hospedaje, aunque fuera en la hostería. Y al estar así parado, interrumpido el crujido de los pies en el follaje, todo callado a su alrededor, empezó a oír un ruido, un murmullo, un murmullo de agua corriente. Aguza los oídos; está seguro; exclama: «¡Es el Adda!». Fue como descubrir a un amigo, un hermano, un salvador. El cansancio casi desapareció, volvió el pulso, sintió la sangre correr libre y tibia por todas las venas, sintió crecer la confianza de sus pensamientos y desvanecerse en gran parte la incertidumbre y la gravedad de las cosas; y no vaciló en internarse cada vez más en el bosque, en pos del rumor amigo.

Llegó al cabo de unos instantes al extremo de la llanura, al borde de una orilla profunda; y, mirando hacia abajo entre los arbustos que la cubrían por entero, vio el agua centellear y correr. Alzando después la mirada, vio la vasta llanura de la otra orilla, sembrada de pueblos, y al otro lado de las colinas, y sobre una de ellas, una gran mancha blanquecina que le pareció una ciudad, seguramente Bérghamo. Bajó un poco por el declive y abriendo y separando, con las manos y con los brazos, las zarzas, miró hacia abajo, por si algún bote se movía en el río, escuchó por si oía ruido de remos; pero no vio ni oyó nada. Si se hubiera tratado de algo menos que del Adda, Renzo habría bajado de inmediato, para intentar vadearlo, pero sabía muy bien que el Adda no era río para tomarse confianzas.

Se puso, pues, a consultar consigo mismo, con gran sangre fría, el partido que podía tomar. Trepas a un árbol y permanecer en él a esperar la aurora, durante las casi seis horas que podía aún tardar, con aquella brisa, con aquella escarcha, así vestido, era más de lo preciso para quedarse de verdad aterido. Pasear de un lado a otro todo ese tiempo, amén de que habría sido poca eficaz ayuda contra el rigor del sereno, era exigir demasiado de aquellas pobres piernas, que ya habían hecho más de lo debido. Recordó haber visto, en uno de los campos próximos al erial, una de esas chozas cubiertas con paja,

construidas con troncos y ramas, enlucidas después con barro, donde los campesinos del Milanésado suelen, en verano, depositar la cosecha y recogerse por la noche para custodiarla; en las otras estaciones, quedan abandonadas. La eligió enseguida por refugio; tomó de nuevo el sendero, volvió a pasar por el bosque, los arbustos, el erial y fue hacia la choza. Una puerta apolillada y desvencijada estaba entornada, sin llave ni cerrojo; Renzo la abrió, entró; vio colgado en el aire, sostenido por ramas entrelazadas, un cañizo, a guisa de hamaca, pero no pensó en encaramarse a él. Vio en el suelo un poco de paja, y juzgó que aun allí dormiría a pierna suelta.

Pero, antes de tenderse en aquel lecho que la Providencia le había preparado, se arrodilló para darle gracias por aquel beneficio y por toda la asistencia que de ella había recibido en aquel terrible día. Después rezó sus oraciones acostumbradas, y pidió además perdón a Dios por no haberlas rezado la noche anterior; más aún, por decirlo con sus palabras, por haberse ido a dormir como un perro, y peor. «Por eso —agregó para sí, apoyando las manos en la paja y cambiando de posición, de arrodillado a acostado—, por eso me ha tocado, esta mañana, ese hermoso despertar». Recogió después toda la paja que quedaba a su alrededor y se la acomodó encima, haciendo, como mejor pudo, una especie de manta, para mitigar el frío, que también allí dentro se dejaba sentir; y se acurrucó bajo ella, con la intención de echar un buen sueño, pareciéndole que lo había comprado aún más caro de lo justo.

Mas apenas cerró los ojos comenzó en su memoria o en su fantasía (el lugar concreto no os lo sabría decir), comenzó, digo, un ir y venir de gente, tan denso, tan incesante que adiós sueño. El comerciante, el escribano, los esbirros, el espadero, el posadero, Ferrer, el vicario, el grupo de la hostería, toda aquella turba de las calles, después don Abbondio, después don Rodrigo: gente toda con la que Renzo tenía que altercar.

Tres únicas imágenes se le presentaban sin ir acompañadas por algún recuerdo amargo, limpias de toda sospecha, amables en todo; y principalmente dos, muy diferentes con seguridad, pero estrechamente unidas en el corazón del joven: una trenza negra y una barba blanca. Pero aun el consuelo que experimentaba al detener en ellas sus pensamientos estaba muy lejos de ser puro y tranquilo. Pensando en el buen fraile, sentía más vivamente la vergüenza de sus deslices, de su torpe intemperancia, del poco caso que había hecho de sus paternales consejos; y, contemplando la imagen de Lucia, no intentaremos decir lo que experimentaba; el lector conoce las circunstancias; figúreselo. Y la pobre Agnese, ¿cómo habría podido olvidarla? Aquella Agnese, que lo había elegido, que lo había considerado ya como una

misma cosa con su única hija, y que antes de recibir de él el título de madre había adoptado el lenguaje y el corazón de tal, y mostrado con hechos su solicitud. Pero era un dolor más, y no el menos punzante, el pensamiento de que, por culpa de tan cariñosas intenciones, de lo mucho que lo quería, la pobre mujer se hallaba ahora lejos de su nido, errante, insegura sobre el futuro, y recogía desdichas y tribulaciones precisamente de aquellas cosas de las que había esperado el reposo y el regocijo de sus últimos años. ¡Qué noche! ¡Pobre Renzo! ¡La que debía ser la quinta después de su boda! ¡Qué habitación! ¡Qué cama matrimonial! ¡Y después de qué día! ¡Y para llegar a qué mañana, a qué serie de días! «Sea lo que Dios quiera —respondía a los pensamientos que más le importunaban—. Lo que Dios quiera. Él sabe lo que hace, hay Dios también para nosotros. Vaya todo en pago de mis pecados. ¡Lucia es tan buena! ¡No querrá hacerla padecer demasiado, demasiado, demasiado!».

Con estos pensamientos, desesperando ya de pegar ojo y dejándose sentir cada vez más el frío, hasta el punto de que de vez en cuando temblaba y le castañeteaban los dientes, suspiraba por la llegada del día y medía con impaciencia el lento discurrir de las horas. Digo medía porque cada media hora oía en aquel vasto silencio resonar los toques de un reloj; imagino que debía de ser el de Trezzo. Y la primera vez que hirió sus oídos aquel toque, tan inesperado, sin que pudiera tener ni idea de dónde procedía, tuvo una sensación misteriosa y solemne, como una advertencia que llegase de una persona oculta, con voz desconocida.

Cuando finalmente aquel martillo dio once golpes, que era la hora señalada por Renzo para alzarse, se levantó medio aterido, se puso de rodillas, rezó, y con más fervor del acostumbrado, sus oraciones de la mañana, se puso de pie, se estiró a lo ancho y a lo largo, sacudió la cintura y los hombros, como para reunir todos sus miembros que parecían obrar cada uno por su cuenta, se sopló una mano, después la otra, se las restregó; abrió la puerta de la choza y, primero de todo, echó una ojeada a un lado y otro, por ver si había alguien. Y, no viendo a nadie, buscó con los ojos el sendero de la noche anterior; lo reconoció al instante y echó a andar por él.

El cielo prometía un hermoso día: la luna, en un rincón, pálida y sin halo, se destacaba en el campo inmenso de un gris cerúleo, que allá abajo, hacia oriente, se iba difuminando levemente en un amarillo rosado. Más lejos, en el horizonte, se extendían, en largas capas desiguales, unas cuantas nubes, entre azules y pardas, orladas las más bajas con una franja como de fuego que cada vez se volvía más viva y recortada; por el mediodía, otras nubes agrupadas,

ligeras y suaves, por así decirlo, se iban iluminando con mil colores indescriptibles: el cielo de Lombardía, tan hermoso cuando está hermoso, tan espléndido, tan sereno... Si Renzo se hubiera encontrado allí de paseo, con seguridad habría mirado hacia lo alto y admirado aquel amanecer tan distinto del que solía ver en sus montes; pero solo se cuidaba de su camino, y avanzaba a largos pasos, para entrar en calor y llegar pronto. Pasa los campos, pasa el erial, pasa los arbustos, atraviesa el bosque, mirando a un lado y otro, y riéndose y avergonzándose al mismo tiempo de la repugnancia que había experimentado unas horas antes; desde el borde de la orilla mira hacia abajo y ve, entre las ramas, una barca de pescador que llegaba despacio, contra la corriente, pegada a la ribera. Baja por el camino más corto, entre los espinos, y ya en la orilla da una voz queda, muy queda, al pescador; y con la intención de obrar como si pidiera un servicio de poca importancia, pero de una manera medio suplicante, sin darse cuenta, le indica que atraque. El pescador pasea los ojos por la orilla, mira atentamente aguas arriba, se vuelve a mirar hacia atrás, aguas abajo, y después endereza la proa hacia Renzo y atraca. Renzo, que estaba en el borde de la orilla, casi con un pie en el agua, agarra la punta del bote, salta a él, y dice:

—¿Me haríais el favor, pagando lo que sea, de cruzarme al otro lado?

El pescador lo había adivinado y giraba ya hacia aquella parte. Renzo, viendo en el fondo de la barca otro remo, se inclina y lo aferra.

—¡Poco a poco, poco a poco! —dijo el dueño; pero al ver luego con qué pericia había cogido el joven el instrumento y se disponía a manejarlo—: ¡Ah, ah! —prosiguió—, sois del oficio.

—Un poquito —respondió Renzo, y se puso a ello con un vigor y una maestría más que de aficionado.

Y, sin aflojar la boga, echaba de vez en cuando un vistazo receloso a la orilla de la que se alejaban, y después uno impaciente a aquella a la que se dirigían, y se reconcomía por no poder ir por el camino más corto, pues la corriente era, en aquel lugar, demasiado rápida para cortarla en derechura, y la barca, en parte rompiendo en parte secundando el agua, tenía que hacer un trayecto diagonal. Como ocurre en todos los asuntos un poco enredados, en los que las dificultades al principio se presentan juntas, y al proseguir aparecen minuto a minuto, a Renzo, ahora que el Adda estaba atravesado, por así decirlo, le molestaba no saber con seguridad si allí marcaba el confín, o si, superado aquel obstáculo, le quedaban otros por superar. De ahí que, llamando al pescador y señalando con la cabeza la mancha blanquecina que había visto la noche antes y que ahora se le presentaba mucho más clara, dijo:

—Ese pueblo ¿es Bérghamo?

—La ciudad de Bérghamo —respondió el pescador.

—Y esa orilla de ahí ¿es bergamasca?

—Tierra de san Marcos.

—¡Viva san Marcos! —exclamó Renzo.

El pescador no dijo nada.

Tocan finalmente la orilla; Renzo se lanza a ella, da las gracias a Dios en su interior, y después al barquero con los labios; mete las manos en el bolsillo, saca una berlinga que, dadas las circunstancias, no fue pequeño desembolso, y se la tiende al buen hombre; el cual, echando un nuevo vistazo a la orilla milanese, y al río hacia arriba y hacia abajo, extendió la mano, cogió la propina, la guardó, después frunció los labios, cruzándolos además con el dedo, y acompañó aquel gesto con una ojeada expresiva; luego dijo:

—¡Buen viaje! —Y volvió atrás.

Para que la pronta y discreta cortesía del hombre con un desconocido no asombre en demasía al lector, debemos informarlo de que él, a quien contrabandistas y bandidos pedían con frecuencia tal favor, estaba acostumbrado a hacerlo; no tanto por amor a la escasa e insegura ganancia que pudiera resultarle, como por no hacerse enemigos entre aquella gente. Lo hacía, digo, siempre que podía estar seguro de que no lo veían consumidores, ni esbirros, ni patrullas. Así, sin querer mejor a los primeros que a los segundos, trataba de satisfacerlos a todos, con esa imparcialidad que es la dote ordinaria de quien se ve obligado a tratar con los unos y está sujeto a rendir cuenta a los otros.

Renzo se detuvo un momentito en la orilla a contemplar la orilla opuesta, aquella tierra que poco antes le quemaba los pies. «¡Ah! ¡Por fin he salido!», fue su primer pensamiento. «Ahí te quedas, maldito país», fue el segundo adiós a la patria. Pero el tercero corrió hacia quien dejaba en aquella tierra. Entonces cruzó los brazos sobre el pecho, lanzó un suspiro, bajó los ojos hacia el agua que corría a sus pies y pensó: «¡Ha pasado bajo el puente!». Así llamaba por antonomasia, según usanza de su tierra, al de Lecco. «¡Ah, mundo infame! Basta; sea lo que Dios quiera».

Volvió las espaldas a tan tristes objetos y echó a andar, tomando como punto de mira la mancha blanquecina sobre el declive del monte, hasta encontrar alguien que le enseñara el camino exacto. Y había que ver con qué desenvoltura se acercaba a los viandantes y, sin ningún rodeo, mencionaba el pueblo donde vivía su primo. Por el primero a quien se dirigió supo que aún le quedaban nueve millas por recorrer.

El viaje no fue alegre. Sin hablar de las desdichas que Renzo llevaba consigo, sus ojos se entristecían a cada momento con cosas dolorosas, por las que debió de notar que encontraría en la tierra por la que se adentraba la penuria que había dejado en la suya. En todo el camino, y más aún en pueblos y aldeas, encontraba a cada paso pobres, que no eran pobres de oficio, y mostraban la miseria más en el rostro que en el vestido: campesinos, montañeses, artesanos, familias enteras; un mezclado zumbido de ruegos, lamentos y vagidos. Aquella visión, amén de despertar lástima y melancolía, le hacía preocuparse por sus asuntos.

«¿Quién sabe —meditaba— si encontraré en qué ocuparme? ¿Si habrá trabajo, como en años pasados? Bueno: Bortolo me quería mucho, es un buen muchacho, ha hecho dinero, me ha invitado muchas veces; no me abandonará. Y, además, la Providencia me ha ayudado hasta ahora; me ayudará también en el futuro».

Entretanto el apetito, despierto ya hacía un tiempo, iba creciendo milla a milla; y aunque Renzo, cuando empezó a hacerle caso, notaba que podía aguantar, sin gran molestia, las dos o tres millas que podían quedarle, pensó, por otra parte, que no sería bonito presentarse ante su primo como un pordiosero y decirle como primer saludo: «Dame de comer». Sacó del bolsillo todas sus riquezas, se las pasó de una a otra mano, echó la cuenta. No era una suma que exigiese mucha aritmética, pero tenía más que suficiente para una comidita. Entró en una hostería a confortar el estómago y, en efecto, una vez pagado, le quedaron aún unos sueldos.

Al salir vio, junto a la puerta, y casi tropieza con ellas, a dos mujeres tumbadas en el suelo, más que sentadas, una entrada en años, otra más joven, con un niño que, tras haber chupado en vano una y otra teta, lloraba y lloraba; todos del color de la muerte; y de pie, cerca de ellas, un hombre en cuyo rostro y miembros se podían aún ver las señales de una antigua robustez, domada y casi extinguida por las prolongadas estrecheces. Los tres extendieron la mano hacia el que salía con paso firme y con aspecto reanimado; ninguno habló; ¿qué más podía decir una súplica?

—¡Aquí está la Providencia! —dijo Renzo; y, metiendo al punto la mano en el bolsillo, lo vació de aquellos pocos sueldos; los dejó en la mano que encontró más cerca y reanudó su camino.

La refacción y la buena obra (pues estamos compuestos de alma y cuerpo) habían reconfortado y alegrado todos sus pensamientos. Ciertamente, al haberse desprendido así de sus últimos dineros, le había entrado mayor confianza en el futuro de la que le habría dado el encontrar diez veces más.

Pues si la Providencia había reservado los últimos cuartos de un extranjero, fugitivo, incierto sobre cómo viviría, para sostener ese día a aquellos pobrecillos que desfallecían en el camino, ¿quién podía creer que iba después a dejar sin recursos al mismo de quien se había servido, y a quien había inspirado una sensación tan viva, tan eficaz, tan resuelta de sí misma? Estos eran, más o menos, los pensamientos del joven, aunque menos claros aún de como yo lo haya sabido expresar. En el resto del camino, al reflexionar sobre sus asuntos, todo le parecía llano. Algún día acabaría la carestía; todos los años se siega; mientras tanto tenía a su primo Bortolo y su propia habilidad; tenía, además, un poco de dinero en casa, que enviaría a pedir de inmediato. Con eso, en el peor de los casos, iría tirando, día a día, hasta que volviese la abundancia. «Una vez vuelta finalmente la abundancia —proseguía Renzo en su fantasía—, renace la fuerza de los trabajos: los patronos rivalizan por tener obreros milaneses, que saben bien su oficio; los obreros milaneses se engallan; quien quiera gente hábil tendrá que pagarla; se gana para vivir más de uno y para ahorrar algo, y se manda a decir a las mujeres que vengan... Y, además, ¿para qué esperar tanto? ¿No es cierto que con lo poco que tenemos ahorrado habríamos vivido allá este invierno? Lo mismo viviremos aquí. Curas los hay en todas partes. Vendrán esas dos queridas mujeres; pondremos casa. ¡Qué placer ir paseando todos juntos por este mismo camino! Y llegar hasta el Adda en carreta, merendar a la orilla, exactamente a la orilla, y enseñar a las mujeres el sitio donde embarqué, las zarzas por las que bajé, el lugar donde estuve mirando si había una barca...».

Llega al pueblo de su primo; a la entrada, antes aún de poner en él los pies, distingue una casa muy alta, con varias filas de ventanas muy anchas; reconoce una hilandería, entra, pregunta en voz alta, entre el ruido del agua que cae y de las ruedas, si está allí un tal Bortolo Castagneri.

—¿El señor Bortolo? Allí está.

«¿Señor? ¡Buena señal!», piensa Renzo; ve a su primo, corre a su encuentro. El otro se vuelve, reconoce al joven, que le dice: «Aquí estoy». Un «¡Oh!» de sorpresa, un abrir los brazos, un mutuo estrecharse. Después de este primer recibimiento, Bortolo se lleva a nuestro joven lejos del estrépito de los mecanismos y de los ojos de los curiosos a otra estancia y le dice:

—Me da gusto verte, pero eres un bendito. Te he invitado muchas veces y nunca quisiste venir; ahora llegas en un momento un poco crítico.

—Si quieres que sea franco, no he venido por mi voluntad —dijo Renzo; y con la mayor brevedad, aunque no sin mucha emoción, le contó la dolorosa historia.

—Eso es harina de otro costal —dijo Bortolo—. ¡Pobre Renzo! Pero has contado conmigo y no te abandonaré. Verdaderamente, ahora nadie busca operarios; más aún, apenas conserva cada uno los suyos, para no perderlos y mantener el negocio; pero el dueño me quiere mucho y tiene posibles. Por decirte la verdad, en gran parte me lo debe a mí, sin presunción: él tiene el capital, y yo, la habilidad. Soy el primer oficial, ¿sabes?, y además, por decirte la verdad, soy el factótum. ¡Pobre Lucia Mondella! Me acuerdo de ella como si fuera ayer: ¡una buena muchacha!, siempre la más modesta en la iglesia; y cuando se pasaba delante de su casita... Me parece verla, esa casita, un poco fuera del pueblo, con una hermosa higuera que asomaba por la tapia...

—No, no; no hablemos de eso.

—Quería decir que cuando se pasaba por su casita siempre se oía la devanadera que giraba, giraba, giraba. ¡Y ese don Rodrigo! Sí, también en mi tiempo iba por ese camino; pero ahora es un verdadero diablo, por lo que veo, hasta que Dios le haga entrar en vereda. Conque, como te decía, también aquí se deja sentir el hambre... A propósito, ¿cómo estás de apetito?

—He comido hace poco, durante el viaje.

—Y de dinero, ¿cómo estamos?

Renzo extendió la mano, la acercó a la boca y dio en ella un leve soplo.

—No importa —dijo Bortolo—, yo tengo; y no te preocupes, que muy pronto, cuando cambien las cosas, si Dios quiere, me lo devolverás y te sobrará también para ti.

—Tengo alguna cosilla en casa y haré que me la manden.

—Está bien; y, mientras tanto, cuenta conmigo. Dios me ha dado bienes para que haga el bien; y, si no se lo hago a parientes y amigos, ¿a quién se lo voy a hacer?

—¡Ya dije yo que la Providencia...! —exclamó Renzo, apretando afectuosamente la mano a su buen primo.

—De modo que —prosiguió este— en Milán han armado alboroto. Me parecen un poco locos. Sí, también aquí ha corrido el rumor, pero quiero que después me cuentes la cosa más por menudo. ¡Ah!, tenemos mucho que hablar. Pero aquí, ya lo ves, hay más sosiego y se hacen las cosas con un poco más de juicio. La ciudad ha comprado dos mil cargas de trigo a un comerciante de Venecia; trigo que viene de Turquía, pero, cuando se trata de comer, no hay que hilar demasiado fino. Pues mira ahora lo que ocurre: ocurre que las autoridades de Verona y Brescia cierran los pasos y dicen: «Por aquí no pasa trigo». ¿Qué hacen los bergamascos? Despachan a Venecia a

Lorenzo Torre, un doctor, pero ¡qué doctor! Partió a toda prisa, se presentó al dux y dijo: «¿Qué idea se les ha ocurrido a esas autoridades?». ¡Qué discurso!, dicen que es un discurso para darlo a la estampa. ¡Lo que vale tener un hombre que sepa hablar! Al punto una orden de que se deje pasar el trigo; y las autoridades no solo tienen que dejarlo pasar, sino que es menester que lo hagan escoltar; y está en camino. Y se ha pensado también en la comarca. Giovanbatista Biava, nuncio de Bérgamo en Venecia (¡qué hombre también él!), ha hecho presente al Senado que también en el campo se padecía hambre; y el Senado ha concedido cuatro mil fanegas de mijo. También este sirve para hacer pan. Y además, por si quieres saberlo, si no hay pan comeremos compango. El Señor me ha dado bienes, como te digo. Ahora te llevaré a ver al patrono; le he hablado de ti muchas veces, y te hará una excelente acogida. Es un buen bergamasco chapado a la antigua, un hombre de gran corazón. Verdaderamente, ahora no te esperaba, pero cuando oiga la historia... Y, además, sabe tener en cuenta a los artesanos, porque la carestía pasa y el negocio queda. Pero ante todo es preciso que te advierta algo. ¿Sabes cómo nos llaman en esta tierra a nosotros, los del Estado de Milán?

—¿Cómo nos llaman?

—Nos llaman pánfilos.

—No es un bonito nombre.

—Da igual; quien haya nacido en el Milanesado y quiera vivir en territorio de Bérgamo, ha de tomárselo con calma. Para esta gente llamar pánfilo a un milanés es como tratar de usía a un caballero.

—Se lo llamarán, me imagino, a quien se lo deje llamar.

—Hijo mío, si no estás dispuesto a tragarte el pánfilo a todo pasto, no cuentes con vivir aquí. Tendrías que estar siempre navaja en mano; y cuando, supongamos, hubieras matado a dos, tres, cuatro, llegaría uno que te mataría a ti. ¡Buena gana entonces de comparecer ante el tribunal de Dios con tres o cuatro homicidios sobre el alma!

—¿Y un milanés que tenga un poco de...? —Y aquí se tocó la frente con el dedo, como había hecho en la hostería de la Luna Llena—. Quiero decir, ¿uno que sepa bien su oficio?

—Es lo mismo; aquí también ese es un pánfilo. ¿Sabes lo que dice el patrono cuando habla de mí con sus amigos? «Ese pánfilo ha sido la mano de Dios para mi negocio; si no tuviese a ese pánfilo, estaría aviado». Es la costumbre.

—Es una costumbre boba. Y viendo lo que sabemos hacer (pues a fin de cuentas quien ha traído aquí este arte, y quien lo hace marchar, somos

nosotros), ¿es posible que no se hayan enmendado?

—Hasta ahora no; con el tiempo, puede ser; los muchachos que van creciendo; pero los hombres hechos, no hay remedio: han cogido ese vicio y no lo sueltan. Y, además, ¿qué importa? Muy distintas eran las gracias que te han hecho, y más que te querían hacer, nuestros queridos compatriotas.

—Sí, es cierto; si no hay otro mal...

—Ahora que te has convencido de eso, todo irá bien. Vamos a ver al patrono, y ánimo.

En efecto, todo marchó bien, y tan conforme con las promesas de Bortolo que creemos inútil hacer una relación detallada. Y fue una verdadera providencia, porque las cosas y los cuartos que Renzo había dejado en su casa veremos ahora mismo cuán poco podía contar con ellos.

XVIII

Ese mismo día, 13 de noviembre, llega un mensajero urgente al señor podestá de Lecco, y le presenta un despacho del señor capitán de Justicia, con una orden de hacer toda posible y más oportuna averiguación para descubrir si cierto joven llamado Lorenzo Tramaglino, hilador de seda, escapado de las fuerzas *praedicti egregii domini capitanei*, ha regresado, *palam vel clam*^[38], a su pueblo, *ignotum*, siendo justamente *verum in territorio Leuci: quod si compertum fuerit sic esse*, trate el señor podestá, *quanta maxima diligentia fieri poterit*, de echarle mano; y bien atado, *videlizet* con buenas manillas, vista la declarada insuficiencia de las bocamangas para el mencionado sujeto, hágalo conducir a la cárcel y reténgalo allí, bajo buena custodia, para hacer entrega de él a quien se envíe a buscarlo; y tanto en el caso del sí, como en el caso del no, *accedatis ad domum praedicti Laurentii Tramaliini; et, facta debita diligentia, quidquid ad rem repertum fuerit auferatis; et informationes de illius prava qualitate, vita, et complicibus sumatis*; y de todo lo dicho y lo hecho, lo hallado y lo no hallado, lo cogido y lo dejado, *diligenter referatis*. El señor podestá, tras haberse humanamente cerciorado de que el sujeto no había regresado al país, manda llamar al cónsul del pueblo, y se hace conducir por él a la casa indicada, con gran séquito de escribanos y esbirros. La casa está cerrada; quien tiene las llaves no está, o no se deja encontrar. Se derriba la puerta; se practica la debida diligencia, es decir, se procede como en una ciudad tomada por asalto. La voz de esa expedición se difunde inmediatamente por todo el contorno; llega a oídos del padre Cristoforo, el cual, no menos atónito que afligido, pregunta a unos y a otros, para tener alguna luz sobre la causa de un hecho tan inesperado; pero no recoge sino conjeturas en el vacío, y escribe al punto al padre Bonaventura, de quien espera recibir alguna noticia más concreta. Entretanto los parientes y amigos de Renzo son citados para declarar lo que puedan saber de su prava calidad: llamarse Tramaglino es una desgracia, una vergüenza, un delito; el pueblo está alborotado. Poco a poco, se acaba sabiendo que Renzo ha huido de la justicia, en pleno centro de Milán, y después ha desaparecido; corre la voz de

que ha hecho algo grave, pero nadie sabe decir qué, o se cuenta de mil maneras. Cuanto más grave sea, menos crédito le dan en el pueblo, donde conocen a Renzo como mozo honrado; la mayoría presume, y se lo susurran unos a otros al oído, que es una maquinación movida por el poderoso don Rodrigo para arruinar a su pobre rival. Pues es muy cierto que, juzgando por inducciones, y sin el necesario conocimiento de los hechos, se hace a veces gran agravio a los propios truhanes.

Pero nosotros, con los hechos en la mano, como suele decirse, podemos afirmar que aquel, si no tuvo parte en la desgracia de Renzo, disfrutó como si fuera obra suya, y la celebró con sus leales, y principalmente con el conde Attilio. Este, según sus primeros planes, tendría que encontrarse a esas horas en Milán; pero ante las primeras noticias del tumulto, y de la chusma que vagaba por las calles, en actitud muy otra que la de recibir palos, había considerado oportuno demorarse en el campo, hasta que se calmaran las cosas. Tanto más cuanto que, habiendo ofendido a muchos, tenía razones para temer que alguno de esos muchos, que solo por impotencia estaban tranquilos, animado por las circunstancias, juzgase llegado el momento de vengarse en nombre de todos. Esta incertidumbre no fue de gran duración: la orden llegada de Milán del embargo contra Renzo era ya un indicio de que las cosas habían reanudado su curso ordinario; y casi al mismo tiempo se tuvo la certeza positiva. El conde Attilio partió inmediatamente, animando a su primo a persistir en su empresa, a salirse con la suya, y prometiéndole que, por su parte, pondría enseguida manos a la obra para librarlo del fraile; en tal asunto, el afortunado incidente del abyecto rival daría un admirable juego. Apenas partido Attilio, llegó de Monza el Griso sano y salvo, y refirió a su amo cuanto había podido recoger: que Lucia estaba refugiada en tal convento, bajo la protección de tal señora; y que vivía siempre escondida, como si fuera monja ella misma, sin poner nunca los pies fuera de la puerta, y asistiendo a las funciones de iglesia desde una ventanita con rejas; cosa que desagradaba a muchos, que, habiendo oído hablar no sé qué de sus aventuras y decir grandes cosas de su rostro, habrían querido ver cómo era.

Esta relación metió el diablo en el cuerpo de don Rodrigo, o, mejor dicho, empeoró el que ya tenía encima. Tantas circunstancias favorables a su designio inflamaban cada vez más su pasión, es decir, esa mezcla de puntillo, rabia e infame capricho que componían su pasión. Renzo ausente, expatriado, proscrito, de manera que todo resultaba lícito contra él, y su propia novia podía ser considerada, en cierto modo, como propiedad de un rebelde; el único hombre del mundo que quería y podía ponerse de su parte, y hacer un

ruido que se oyera incluso lejos y por personas eminentes, el airado fraile, dentro de poco no estaría probablemente en condiciones de perjudicar. Y he aquí que un nuevo impedimento no solo contrabalanceaba todas esas ventajas, sino que las volvía, por así decirlo, inútiles. Un monasterio de Monza, aun cuando no hubiera en él una princesa, era un hueso demasiado duro para los dientes de don Rodrigo; y, por mucho que su fantasía revoloteara en torno a aquel refugio, no podía imaginar camino ni medio de expugnarlo, ni con la fuerza, ni con insidias. Estuvo casi a punto de abandonar la empresa; estuvo a punto de decidirse a marchar a Milán, alargando incluso el camino, para ni siquiera pasar por Monza; y, en Milán, entregarse a las diversiones con sus amigos, para expulsar con pensamientos alegres aquel pensamiento, convertido ya en angustioso. Pero, pero, pero, los amigos; más despacio con estos amigos. En vez de una distracción, podía esperarse encontrar en su compañía nuevos disgustos; porque Attilio seguramente habría cogido ya la trompeta, poniéndolos a todos a la expectativa. En todas partes le pedirían noticias de la montañesa; tendría que explicarse. Si había querido, si había intentado... ¿qué había conseguido? Había asumido un compromiso: un compromiso un poco innoble, a decir verdad, pero, vamos, uno no puede a veces regular sus caprichos; la cosa está en satisfacerlos; y ¿cómo salir de este compromiso? ¡Dándose por vencido ante un villano y un fraile! ¡Uf! Y cuando una buena suerte inesperada, sin el menor trabajo del incapaz, había quitado del medio a uno, y un hábil amigo al otro, el incapaz no había sabido valerse de la coyuntura y se retiraba cobardemente de la empresa. Había más de lo necesario para no volver a levantar la cara entre los hombres de bien, o para estar a cada momento con la espada en la mano. Y, después, ¿cómo regresar, o cómo quedarse en aquella aldea, en aquella comarca donde, dejando a un lado los recuerdos incesantes y punzantes de la pasión, llevaría el baldón de un intento fallido? ¿Donde, al mismo tiempo, aumentaría el odio público y menguaría la reputación del poder? ¿Donde en la cara de cada bellaco, incluso en medio de las reverencias, podría leerse un amargo: «Te la has tragado, me alegro»? El camino de la iniquidad, dice aquí el manuscrito, es ancho, pero esto no significa que sea cómodo: tiene sus buenos obstáculos, sus pasajes escabrosos; es enojoso en parte, y trabajoso, aunque sea cuesta abajo.

A don Rodrigo, que no quería salir de él, ni retroceder, ni detenerse, y no podía proseguir por sí solo, se le pasó por la cabeza un medio con el que podría: y era pedir ayuda a cierta persona, cuyas manos llegaban con frecuencia a donde no llegaban otros con la vista: un hombre o un diablo, para

quien las dificultades de una empresa servían a menudo de estímulo para tomarla sobre sí. Pero este partido tenía también sus inconvenientes y sus riesgos, tanto más graves cuanto menos se podían calcular de antemano; ya que nadie podía prever hasta dónde iría, una vez embarcado con aquel hombre, poderoso auxiliar, sí, mas no menos absoluto y peligroso caudillo.

Tales pensamientos tuvieron varios días a don Rodrigo entre el sí y el no, uno y otro más que molestos. Entretanto llegó una carta del primo, en la que decía que la trama iba por buen camino. Poco después del relámpago, estalló el trueno: es decir que, una buena mañana, se oyó que el padre Cristoforo se había marchado del convento de Pescarenico. Este éxito tan rápido, la carta de Attilio que le daba muchos ánimos, y amenazaba con grandes burlas, hicieron inclinarse cada vez más a don Rodrigo al partido arriesgado; lo que le dio el último impulso fue la inesperada noticia de que Agnese había regresado a su casa: un impedimento menos al lado de Lucia. Demos cuenta de estos dos acontecimientos, empezando por el último.

Apenas las dos pobres mujeres se habían instalado en su refugio, cuando se difundió por Monza, y por consiguiente también por el monasterio, la noticia del gran alboroto de Milán; y, tras la noticia grande, una serie infinita de detalles, que iban creciendo y variando a cada momento. La administradora, que desde su casa podía tener un oído en la calle y otro en el monasterio, recogía noticias de aquí, noticias de allá, y las comunicaba a las huéspedes.

—A dos, seis, ocho, cuatro, siete han metido en la cárcel; los ahorcarán, en parte delante del horno de las mulas, en parte al fondo de la calle donde está la casa del vicario de la Provisión... Eh, oíd esto: se ha escapado uno, que es de Lecco, o de esa zona. El nombre no lo sé; pero ya llegará alguien que me lo sepa decir, para ver si lo conocéis.

Este anuncio, y la circunstancia de haber llegado Renzo a Milán precisamente el día fatal, inquietaron un poco a las mujeres, y principalmente a Lucia; e imaginaos lo que fue cuando la administradora les dijo:

—El que ha salido a escape para no ser ahorcado es de vuestro pueblo: un hilador de seda que se llama Tramaglino. ¿Lo conocéis?

A Lucia, que estaba sentada hilvanando no sé qué, se le cayó la labor de las manos; palideció, se inmutó toda, de manera que, si la administradora hubiera estado más cerca, se habría dado cuenta ciertamente. Pero estaba de pie en el umbral, con Agnese; la cual, turbada también, pero no tanto, pudo aguantar impávida; y, por contestar algo, dijo que en un pueblo pequeño se conocen todos, y que lo conocía; pero que no podía imaginarse cómo le había

ocurrido semejante cosa, pues era un joven serio. Preguntó después si con seguridad había escapado y adónde.

—Que ha escapado, lo dicen todos; adónde, no se sabe; puede ser que aún le echen mano, puede ser que esté a salvo; pero si cae en sus garras vuestro joven serio...

Aquí, por fortuna, llamaron a la administradora, y esta se marchó; figuraos cómo se quedaron madre e hija. Más de un día estuvieron la pobre mujer y la desolada muchacha en tal incertidumbre, cavilando sobre el cómo, el porqué y las consecuencias de aquel doloroso hecho, comentando, cada una en su interior o en voz baja entre sí, cuando podían, aquellas terribles palabras.

Un jueves apareció por fin en el monasterio un hombre en busca de Agnese. Era un pescadero de Pescarenico que iba a Milán, según su costumbre, a vender su mercancía; y el buen padre Cristoforo le había rogado que, al pasar por Monza, hiciera una escapada al monasterio, saludara a las mujeres de su parte, les contase lo que se sabía del triste caso de Renzo, les recomendase que tuvieran paciencia y que confiaran en Dios; que él, pobre fraile, no se olvidaría de ellas, y acecharía la ocasión de poderlas ayudar; entretanto no dejaría, cada semana, de darles noticias, por aquel medio o por otro. Sobre Renzo, el mensajero no pudo decir nada nuevo y seguro, salvo la visita hecha a su casa, y las averiguaciones para echarle mano; pero, al mismo tiempo, que todas habían caído en el vacío, y se sabía con seguridad que se había puesto a salvo en tierras de Bérgamo. Tal certeza, no es preciso decirlo, fue un gran bálsamo para Lucia; a partir de entonces sus lágrimas corrieron más fáciles y dulces; experimentó mayor consuelo en sus desahogos secretos con su madre, y en todas sus plegarias se incluía una acción de gracias.

Gertrude la llamaba a menudo a su locutorio privado, y conversaba a veces largamente con ella, complaciéndose en la ingenuidad y la dulzura de la pobrecilla, y al oírse dar las gracias y bendecir a cada momento. Le contaba también, en confianza, una parte (la parte limpia) de su historia, de lo que había padecido, para seguir padeciendo allí; y el primer asombro desconfiado de Lucia se iba mudando en compasión. Encontraba en aquella historia razones más que suficientes para explicar lo que de extraño había en los modales de su benefactora, y tanto más con la ayuda de la doctrina de Agnese sobre las rarezas de los señores. Aunque se sentía inclinada a corresponder a la confianza que Gertrude le demostraba, ni siquiera se le pasó por la cabeza hablarle de sus nuevas inquietudes, de su nueva desgracia, decirle quién era el hilador escapado, para no correr el riesgo de difundir una voz tan llena de

dolor y de escándalo. Incluso eludía, en la medida de lo posible, responder a las preguntas curiosas de la otra sobre la historia anterior al compromiso; pero en esto no eran razones de prudencia. Era porque a la pobre inocente aquella historia le parecía más espinosa, más difícil de contar que todas las que había oído, y que pensaba poder aún oír a la señora. En estas había tiranía, insidias, padecimientos; cosas feas y dolorosas, más que podían nombrarse; en la suya estaba mezclado en todo un sentimiento, una palabra, que le parecía imposible proferir hablando de sí misma, para la que nunca habría encontrado una perífrasis que la sustituyera y no le pareciese descarada: ¡el amor!

Algunas veces Gertrude casi se enojaba con tanto estar en guardia; pero ¡se traslucía en ella tanto cariño, tanto respeto, tanto agradecimiento y también tanta confianza! A veces, quizá, aquel pudor tan delicado, tan asustadizo le desagradaba aún más por otro aspecto; pero todo se diluía en la suavidad de un pensamiento que la embargaba a cada momento, al mirar a Lucia: «A esta le hago bien». Y era cierto, porque, amén del asilo, aquellas charlas, aquellas caricias familiares eran de no poco consuelo para Lucia. Encontraba otro en trabajar de continuo, y rogaba siempre que le dieran algo que hacer; incluso al locutorio llevaba siempre una labor para tener las manos en ejercicio; pero, como los pensamientos dolorosos se meten en todas partes, al coser y coser, que era un oficio casi nuevo para ella, a cada rato se acordaba de su aspa, y detrás del aspa, ¡de tantas cosas!

Al segundo jueves regresó el pescadero o algún otro mensajero, con saludos del padre Cristoforo y con la confirmación de la feliz fuga de Renzo. Noticias más positivas en torno a sus dificultades, ninguna; porque, como hemos dicho al lector, el capuchino había esperado recibirlas de su colega de Milán, a quien lo había recomendado, y este respondió que no había visto ni a la persona, ni la carta; que alguien del campo había ido al convento en su busca, pero que, al no haberlo encontrado, se había marchado y no había vuelto a aparecer.

El tercer jueves no se presentó nadie; y para las pobres mujeres no solo fue la privación de un consuelo deseado y esperado, sino, como le ocurre con cada pequeña cosa a quien está afligido y apurado, una causa de inquietud, de mil molestas sospechas. Ya antes de entonces Agnese había pensado en hacer una escapada a su casa; esta novedad de no ver al prometido embajador la hizo decidirse. Para Lucia era un asunto serio estar apartada de las faldas de su madre; pero la ansiedad de saber algo, y la seguridad que encontraba en aquel asilo tan custodiado y sagrado, vencieron su repugnancia. Decidieron ambas que Agnese iría al día siguiente a esperar en el camino al pescadero,

que tenía que pasar por allí de regreso de Milán, y le pediría por favor un sitio en la carreta, para ir a sus montes. Lo encontró, en efecto, le preguntó si el padre Cristoforo le había dado algún recado para ella; el pescadero había estado pescando durante todo el día anterior a su marcha, y no había sabido nada del padre. La mujer no necesitó rogar para obtener el favor que deseaba: se despidió de la señora y de su hija, no sin lágrimas, prometiendo enviar al punto noticias y regresar pronto, y se marchó.

En el viaje no ocurrió nada de particular. Descansaron parte de la noche en una hostería, como de costumbre; volvieron a partir antes del alba, y llegaron temprano a Pescarenico. Agnese se apeó en la plazuela del convento, dejó marcharse a su conductor con muchos «Dios se lo pague» y, ya que estaba allí, antes de ir a casa quiso ver a su bienhechor. Tocó la campanilla; quien acudió a abrir fue fray Galdino, el de las nueces:

—¡Oh!, señora mía, ¿qué viento os ha traído?

—Vengo a buscar al padre Cristoforo.

—¿Al padre Cristoforo? No está.

—¡Oh! ¿Tardará mucho en volver?

—¿Cómo...? —dijo el fraile encogiéndose de hombros y hundiendo en la capucha la cabeza rapada.

—¿Adónde ha ido?

—A Rímini.

—¿Adónde?

—A Rímini.

—¿Dónde está ese pueblo?

—¡Uh, uh, uh! —respondió el fraile, cortando verticalmente el aire con la mano extendida, para indicar una gran distancia.

—¡Oh, pobre de mí! Pero ¿por qué se ha marchado tan de repente?

—Porque así lo ha querido el padre provincial.

—Y ¿por qué mandarlo fuera? ¡Si hacía tanto bien aquí! ¡Oh, Señor!

—Si los superiores tuvieran que rendir cuentas de las órdenes que dan, ¿dónde quedaría la obediencia, señora mía?

—Sí; pero eso es mi ruina.

—¿Sabéis qué habrá pasado? Que en Rímini habrán necesitado a un buen predicador (los tenemos en todas partes, pero a veces hace falta un hombre a propósito); el padre provincial de allí habrá escrito al padre provincial de aquí por si tenía un sujeto así y así; y el padre provincial habrá dicho: «Aquí hace falta el padre Cristoforo». Habrá sido eso, veréis.

—¡Oh, pobres de nosotros! ¿Cuándo se ha marchado?

—Antes de ayer.

—¡Eso es! ¡Si hubiera hecho caso a mi inspiración de venir unos días antes! ¿Y no se sabe cuándo volverá? Así, más o menos...

—¡Ay, señora mía! Lo sabe el padre provincial, si es que lo sabe. Cuando un predicador nuestro ha levantado el vuelo, no se puede prever en qué rama irá a posarse. Lo buscan de aquí, lo buscan de allá; y tenemos conventos en las cuatro partes del mundo. Suponeos que, en Rímini, el padre Cristoforo meta mucho ruido con sus sermones de Cuaresma; porque no siempre improvisa, como hacía aquí, para los pescadores y los campesinos: para los púlpitos de las ciudades tiene sus hermosos sermones escritos. ¡Y de lo mejor! Corre la voz, por esa zona, de este gran predicador y pueden pedirlo de... ¿qué sé yo? Y entonces es menester mandarlo, porque vivimos de la caridad de todos, y es justo que sirvamos a todos.

—¡Oh, Señor! ¡Señor! —exclamó de nuevo Agnese, casi llorando—. ¿Qué voy a hacer sin ese hombre? ¡Era el que nos servía de padre! ¡Para nosotros es una ruina!

—Oíd, buena mujer: el padre Cristoforo era ciertamente un buen hombre. Pero tenemos otros, ¿sabéis?, llenos de caridad y de talento, y que saben tratar por igual con los señores y con los pobres. ¿Queréis al padre Atanasio? ¿Queréis al padre Girolamo? ¿Queréis al padre Zaccaria? Es un hombre de mérito, ya veis, el padre Zaccaria. Y no reparéis, como hacen algunos ignorantes, en que sea tan flaco, con una vocecita quebrada y una barbita tan escasa; no digo para predicar, porque cada uno tiene sus dotes, pero para dar consejos es el hombre adecuado, ¿sabéis?

—¡Oh, por caridad! —exclamó Agnese, con esa mezcla de gratitud e impaciencia que se experimenta ante una exhibición en la que se encuentra más la buena voluntad ajena que la conveniencia propia—. ¿Qué me importa a mí qué clase de hombre sea, cuando ese pobre hombre ya no está? ¡Era el que sabía nuestros asuntos, y lo había preparado todo para ayudarnos!

—Entonces, hay que tener paciencia.

—Eso ya lo sé —respondió Agnese—, perdonad por la molestia.

—No hay de qué, señora mía; lo siento por vos. Y, si os decidís a buscar a alguno de nuestros padres, el convento aquí está, y de aquí no se mueve. ¡Eh!, pronto nos veremos, para la colecta del aceite.

—Quedad con Dios —dijo Agnese; y se encaminó hacia su aldehuela, desolada, confusa, desconcertada, como un pobre ciego que hubiese perdido su bastón.

Un poco mejor informados que fray Galdino, podemos decir cómo ocurrieron verdaderamente las cosas. Attilio, en cuanto llegó a Milán, fue, como había prometido a don Rodrigo, a visitar a su común tío, el del Consejo Secreto. (Era un cuerpo consultivo, compuesto entonces por trece personajes de toga y espada, a quienes el gobernador pedía consejo y que, al morir este, o al ser cambiado, asumía temporalmente el Gobierno). El conde tío, togado, y uno de los ancianos del consejo, gozaba en él de cierto crédito; no tenía igual en hacerlo valer, y en ostentarlo con los demás. Un hablar ambiguo, un callar significativo, un quedarse a medias, un guiñar de ojos que expresaba: «No puedo hablar»; un halagar sin prometer, un amenazar ceremonioso; todo se encaminaba a ese fin; y todo, más o menos, tornaba en su provecho. Hasta el punto de que incluso un «Nada puedo en este negocio», dicho a veces en pura verdad, pero dicho de tal modo que no se le creyese, servía para aumentar el concepto y, por tanto, la realidad de su poder. Como esas cajas que se ven aún en alguna botica, con ciertas palabras árabes por fuera y nada dentro; pero sirven para mantener el crédito de la casa. El del conde tío, que desde hacía mucho tiempo iba creciendo por lentísimos grados, últimamente había dado de una sola vez un paso de gigante, como suele decirse, a causa de una ocasión extraordinaria, un viaje a Madrid, con una misión ante la corte; la acogida que le habían hecho allí había que oírse la contar a él. Por no decir más, el conde duque lo había tratado con particular consideración, y admitido en su intimidad, hasta el punto de haberle preguntado una vez en presencia, puede decirse, de media corte, si le gustaba Madrid, y de haberle dicho otra vez a solas, en el vano de una ventana, que la catedral de Milán era el templo más grande que había en los estados del rey.

Hechos sus cumplimientos al conde tío, y presentados los de su primo, Attilio, con un porte serio que sabía adoptar llegado el caso, dijo:

—Creo cumplir con mi deber, sin faltar a la confianza de Rodrigo, advirtiéndole a mi señor tío de un asunto que, si usía no lo remedia, puede ser de gravedad y acarrear consecuencias...

—Alguna de las tuyas, me imagino.

—En justicia, debo decir que la culpa no es de mi primo. Pero está excitado; y, como digo, solo mi señor tío puede...

—Veamos, veamos.

—Hay allí un fraile capuchino que la tiene tomada con Rodrigo; y la cosa ha llegado a un punto que...

—¿Cuántas veces os he dicho, a uno y a otro, que hay que dejar en paz a los frailes? Basta con el quehacer que dan a quien debe... a quien le toca... —

Y aquí resopló—. Pero vosotros, ¡que podéis evitarlos!...

—Mi señor tío, es mi deber decir a usía que Rodrigo lo habría evitado, de haber podido. Es el fraile quien la ha tomado con él, quien ha empezado a provocarlo de todas las maneras...

—¿Qué diablos tiene ese fraile contra mi sobrino?

—Ante todo, es un revoltoso, conocido por tal, y que alardea de tenerla tomada con los caballeros. Él protege, dirige, ¿yo que sé?, a una campesinota de allá; y tiene con esa criatura una caridad, una caridad... no digo interesada, pero una caridad muy celosa, sospechosa, quisquillosa.

—Entiendo —dijo el conde tío; y sobre cierto fondo de grosería, pintado en su rostro por la naturaleza, y velado luego y recubierto, con varias manos, por la política, resplandeció un rayo de malicia, que resultaba hermosísimo de ver.

—Ahora bien, desde hace algún tiempo —continuó Attilio— se le ha metido en la cabeza al fraile que Rodrigo tenía no sé qué planes sobre ella...

—¡Se le ha metido en la cabeza, se le ha metido en la cabeza! También yo conozco al señor don Rodrigo, y se necesita otro abogado que vuestra señoría para justificarlo en estas materias.

—Mi señor tío, que Rodrigo pueda haber gastado alguna broma a esa criatura, encontrándola en su camino, no estoy lejos de creerlo: es joven, y a fin de cuentas no es capuchino; pero son bagatelas con las que no habría que molestar a usía. Lo grave es que el fraile se ha puesto a hablar de Rodrigo como si fuera un bellaco, trata de azuzar contra él a todo el pueblo...

—¿Y los otros frailes?

—No se meten, porque saben que es un exaltado, y sienten un gran respeto por Rodrigo; pero, por otra parte, este fraile tiene un gran crédito entre los villanos, porque además se hace el santo y...

—Me imagino que no sabe que Rodrigo es sobrino mío.

—¡Vaya si lo sabe! Y eso es lo que más le mete el diablo en el cuerpo.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Porque, y lo va diciendo él, disfruta más viéndoselas con Rodrigo precisamente porque tiene un protector natural de tanta autoridad como vuestra señoría; y que él se ríe de los grandes y de los políticos, pues el cordón de san Francisco tiene atadas incluso las espadas, y que...

—¡Fraile insolente! ¿Y cómo se llama?

—Fray Cristoforo de *** —dijo Attilio; y el conde tío, cogiendo de un cajón de su mesa un librito de apuntes, escribió, soplando y resoplando, aquel desgraciado nombre. Mientras tanto Attilio proseguía—: Y siempre ha sido de

esa índole, ese; se conoce su vida. Era un plebeyo que, encontrándose con cuatro cuartos, quería competir con los caballeros de su pueblo; y, furioso por no poderlos superar a todos, mató a uno; y después, para eludir la horca, se metió fraile.

—¡Muy bien! ¡Qué bonito! Ya veremos, ya veremos —decía el conde tío, sin dejar de resoplar.

—Y ahora, además —continuaba Attilio—, está más furioso que nunca, porque se ha ido a paseo un plan que le interesaba mucho, mucho: y por él comprenderá mi señor tío qué clase de hombre es. Quería casar a aquella criatura: ya fuese para quitarla de los peligros del mundo, usía ya me entiende, o por lo que fuera, quería casarla a toda costa; y había encontrado al... al hombre: otra criatura suya, un sujeto al que quizá, y sin quizá, conocerá de nombre mi señor tío; porque estoy seguro de que el Consejo Secreto habrá tenido que ocuparse de tan digno sujeto.

—¿Quién es?

—Un hilador de seda, Lorenzo Tramaglino, el que...

—¡Lorenzo Tramaglino! —exclamó el conde tío—. ¡Muy bien! ¡Estupendo, padre! Claro... en realidad... tenía una carta para un... Lástima que... Pero no importa; está bien. ¿Y por qué el señor don Rodrigo no me dice nada de todo esto? ¿Por qué deja que las cosas vayan tan lejos y no se dirige a quien puede y quiere dirigirlo y sostenerlo?

—Diré la verdad también en esto —proseguía Attilio—. Por una parte, sabiendo cuántos asuntos enojosos, cuántas cosas tiene en la cabeza mi señor tío... —decía, y este, resoplando, se llevó la mano a ella, como para indicar el gran trabajo que le costaba retenerlos todos—, sentía escrúpulos en darle una preocupación más. Y, además, lo diré todo: por lo que he podido entender, está tan irritado, tan fuera de sus casillas, tan harto de las villanías de ese fraile que tiene ganas de tomarse la justicia por su mano, de una forma sumaria, más que obtenerla por un procedimiento regular, de la prudencia y del brazo de mi señor tío. Yo he tratado de aplacarlo, pero viendo que la cosa iba por las malas he creído mi deber advertir de todo a mi señor tío, que a fin de cuentas es la cabeza y el pilar de la casa...

—Mejor hubieras hecho en hablar un poco antes.

—Es cierto; pero esperaba que la cosa se desvanecería por sí, o que el fraile entraría finalmente en razón, o que se marcharía de aquel convento, como ocurre con estos frailes, que ora están aquí, ora están allá; y entonces todo habría acabado. Pero...

—Ahora me toca a mí arreglarlo.

—Eso he pensado también yo. Dije para mí: el tío, con su sagacidad, con su autoridad, sabrá evitar un escándalo, y al mismo tiempo salvar el honor de Rodrigo, que también es el suyo. Este fraile, decía yo, siempre anda a vueltas con el cordón de san Francisco; pero para emplearlo a propósito, el cordón de san Francisco, no es necesario llevarlo alrededor de la barriga. Mi señor tío tiene cien medios que yo no conozco; sé que el padre provincial le tiene, como es justo, una gran deferencia; y, si mi señor tío cree que en este caso el mejor remedio es hacer que el fraile cambie de aires, con dos palabras...

—Vuestra señoría deje pensar a quien le toca —dijo, un poco ásperamente, el conde tío.

—¡Ah, es cierto! —exclamó Attilio, con un leve movimiento de cabeza y una sonrisa de compasión por sí mismo—. ¡No soy quién para dar consejos a mi señor tío! Pero es el afán que tengo por la reputación del linaje lo que me hace hablar. Y también temo haber hecho otro daño —agregó con aire pensativo—, temo haber perjudicado a Rodrigo en el concepto de mi señor tío. No estaría tranquilo si fuera yo la causa de que usía pensara que Rodrigo no tiene toda la fe en vuestra señoría, toda la sumisión que debe tener. Crea, señor tío, que en este caso es precisamente...

—Vamos, vamos: ¿qué perjuicio, qué perjuicio entre vosotros dos? ¡Siempre seréis amigos, hasta que uno siente la cabeza! ¡Disolutos!, ¡disolutos!, que siempre hacéis alguna; y a mí me toca remendarla; pues... me haréis decir un disparate, pero me preocupáis más vosotros dos que... —añadió, e imaginaos aquí el resoplido que soltó— todos estos benditos asuntos de Estado.

Attilio pronunció aún algunas disculpas, algunas promesas, algún cumplido; después pidió licencia y se marchó, acompañado por un «Y tengamos juicio» que era la fórmula de despedida del conde tío a sus sobrinos.

XIX

El que viendo, en un campo mal cultivado, un hierbajo, por ejemplo un buen lampazo, quisiera saber exactamente si ha nacido de una semilla madurada en el propio campo, o traída por el viento, o dejada caer por un pájaro, por mucho que pensase en ello jamás llegaría a una conclusión. Así, tampoco sabremos nosotros decir si la resolución de servirse del padre provincial para cortar de la mejor manera aquel nudo enredado le vino al conde tío del fondo natural de su cerebro, o de la insinuación de Attilio. Lo cierto es que Attilio no había dicho al azar aquella frase; y aun cuando debiera esperarse que, ante sugerencia tan descubierta, se rebelaría la recelosa vanidad del conde tío, de todos modos quiso hacer relampaguear ante sus ojos la idea de aquel recurso, y encaminarlo hacia donde deseaba que fuese. Por otra parte, el recurso se acomodaba tan bien al humor del conde tío, estaba tan indicado por las circunstancias que, sin sugerencias de nadie, puede apostarse a que lo habría encontrado por sí solo. Se trataba de que, en una guerra tan declarada, alguien de su nombre, un sobrino, no quedase debajo, punto esencialísimo para la reputación de poder que tanto anhelaba. La satisfacción que el sobrino podía tomarse por su mano habría sido un remedio peor que la enfermedad, una sementera de males; y había que impedirla, de cualquier manera y sin pérdida de tiempo. Si le mandaba que partiera en ese momento de su casa, no le obedecería; y, aun cuando lo hiciera, era abandonar el campo, una retirada del linaje ante un convento. Órdenes, fuerza legal, espantajos de este género de nada valían contra un adversario de aquella condición: el clero regular y secular era totalmente inmune a toda jurisdicción laical; y no solo las personas, sino los lugares en que habitaba, como debe saber incluso quien no hubiera leído más historia que la presente, que aviado estaría. Todo lo que se podía contra semejante adversario era tratar de alejarlo, y el medio para ello era el padre provincial, de cuyo arbitrio dependía el irse o el quedarse de aquel.

Ahora bien, entre el padre provincial y el conde existía una antigua relación; se habían visto raramente, pero siempre con grandes demostraciones

de amistad y con exageradas exhibiciones de servicios. Y, a veces, es mejor tener que habérselas con alguien que está por encima de muchos individuos que con uno solo de estos, el cual no ve sino su causa, no siente sino su pasión, no se cuida sino de su caso; mientras que el otro ve de repente cien relaciones, cien consecuencias, cien intereses, cien cosas que eludir, cien cosas que salvar, y se puede por lo tanto cogerlo por cien lados.

Ponderado bien todo, el conde invitó un día a almorzar al padre provincial, y le hizo encontrar una guirnalda de comensales elegidos con una intención sutil. Algún pariente de los más titulados, de aquellos cuya mera familia era ya un gran título; y que, con su solo porte, con cierta seguridad innata, con una soltura señorial, hablando de cosas grandes con términos familiares, conseguían, incluso sin hacerlo adrede, imprimir y refrescar, a cada momento, la idea de la superioridad y del poderío; y algunos clientes ligados a la casa por una dependencia hereditaria, y al personaje por una servidumbre de toda la vida, los cuales, empezado ya desde la sopa a decir que sí, con la boca, con los ojos, con las orejas, con toda la cabeza, con todo el cuerpo, con toda el alma, al llegar a la fruta habían reducido a un hombre a no acordarse ya de cómo se decía que no.

En la mesa, el conde dueño de la casa hizo recaer pronto la conversación sobre el tema de Madrid. Por todos los caminos se va a Roma; a Madrid él iba por todos. Habló de la corte, del conde duque, de los ministros, de la familia del gobernador; de las corridas de toros, que podía describir muy bien, por haber disfrutado de ellas desde un sitio distinguido; del Escorial, sobre el que podía informar con detalle, por haberlo llevado hasta el último rincón un criado del conde duque. Durante algún tiempo toda la compañía estuvo, como un auditorio, atenta a él solo, después se distribuyó en coloquios particulares; y entonces él continuó contando otras hermosas cosas, como en confianza, al padre provincial, que estaba a su lado, y que lo dejó hablar, hablar y hablar. Pero en cierto momento este dio un giro a la conversación, la apartó de Madrid, y, de corte en corte, de dignidad en dignidad, la llevó al cardenal Barberini, que era capuchino y hermano del papa entonces reinante, Urbano VIII: nada menos. El conde tuvo a su vez que dejarlo hablar un poco, y limitarse a oír y recordar que, a fin de cuentas, en este mundo no existían solamente los personajes que contaban para él. Poco después, levantados de la mesa, rogó al padre provincial que pasara con él a otra estancia.

Dos potestades, dos canicies, dos experiencias consumadas se encontraban frente a frente. El magnífico señor pidió al reverendísimo padre que se sentase, se sentó también él y comenzó:

—Dada la amistad que existe entre nosotros, he creído tener que mencionar a vuestra paternidad un asunto de común interés, para zanjarlo entre nosotros, sin ir por otros caminos, que podrían... Y, por eso, sin cumplidos, con el corazón en la mano, le diré de qué se trata; y estoy seguro de que con dos palabras nos pondremos de acuerdo. Dígame: ¿en su convento de Pescarenico hay un padre Cristoforo de ***?

El provincial hizo un gesto de que sí.

—Dígame vuestra paternidad, con franqueza, entre amigos... ese sujeto... ese padre... No lo conozco personalmente, y eso que padres capuchinos conozco muchos: hombres de oro, celosos, prudentes, humildes; desde muchacho he sido amigo de la orden... Pero en todas las familias algo numerosas... hay siempre algún individuo, alguna cabeza... Y este padre Cristoforo, sé por ciertos informes que es un hombre... un poco amigo de choques... que no tiene esa prudencia, esos miramientos... Apostaría que más de una vez ha dado que pensar a vuestra paternidad.

«Ya entiendo: hay un compromiso —pensaba mientras tanto el provincial—. La culpa es mía; sabía que ese bendito Cristoforo era un sujeto para mandarlo de púlpito en púlpito, y no dejarlo detenerse seis meses en un lugar, en especial en conventos de aldea».

—¡Oh! —dijo después—. Siento de veras oír que vuestra señoría tiene en tal concepto al padre Cristoforo, cuando, por lo que sé, es un religioso... ejemplar en el convento, y tenido en mucha estima también fuera de él.

—Comprendo muy bien: vuestra paternidad debe... Pero, pero, como amigo sincero, quiero advertirle de algo que le será útil saber: y, aunque estuviera ya informado, puedo, sin faltar a mis deberes, poner ante sus ojos ciertas consecuencias... posibles: no digo más. Este padre Cristoforo sabemos que protegía a un hombre de esa zona, a un hombre... vuestra paternidad habrá oído hablar de él: el que con tanto escándalo escapó de manos de la justicia, tras haber hecho, ese terrible día de San Martín, cosas, cosas... ¡Lorenzo Tramaglino!

«¡Ay!», pensó el provincial.

Y dijo:

—Esta circunstancia me resulta nueva; pero vuestra señoría sabe perfectamente que una parte de nuestro oficio es justamente ir en busca de descarriados, para reducirlos...

—Está bien; pero ¡la protección de descarriados de cierta especie...! Son cosas espinosas, asuntos delicados... —Y aquí, en vez de hinchar las mejillas y resoplar, frunció los labios y absorbió tanto aire cuanto solía expulsar

resoplando. Y prosiguió—: He creído conveniente hacer alusión a esta circunstancia, pues acaso su excelencia... Podría dar algún paso en Roma... no sé nada... y de Roma venirle...

—Agradezco mucho a vuestra señoría este aviso; pero estoy seguro de que, si toman informes sobre este particular, resultará que el padre Cristoforo no habrá tenido que ver con el hombre que usía dice, salvo para que siente cabeza. Conozco al padre Cristoforo.

—Vuestra reverencia sabe mejor que yo qué clase de sujeto era en el siglo, las cosillas que hizo en su juventud.

—Esa es la gloria del hábito, señor conde, que un hombre que ha podido dar que hablar en el siglo, al vestirlo, se convierte en otro. Y desde que el padre Cristoforo lleva ese hábito...

—Quisiera creerlo; lo digo de corazón: quisiera creerlo; pero a veces, como dice el proverbio... el hábito no hace al monje.

El proverbio no venía exactamente a cuento; pero el conde había sustituido con él a toda prisa otro que le había venido a la punta de la lengua: muda el lobo los dientes, mas no las mientes.

—Tengo noticias —continuaba—, tengo pruebas...

—Si vuestra señoría sabe positivamente —dijo el provincial— que este religioso ha cometido algún error (cualquiera puede fallar), consideraré como un verdadero favor que me informe de ello. Soy su superior, aunque indigno; pero lo soy justamente para corregir, para remediar.

—Le diré: junto a la desagradable circunstancia de la abierta protección de ese padre a quien le he dicho, hay otra cosa enojosa y que podría... Pero, entre nosotros, lo arreglaremos todo de una vez. Hay, digo, que ese mismo padre Cristoforo ha empezado a chocar con mi sobrino, don Rodrigo ***.

—¡Oh! Lo siento, lo siento, lo siento de veras.

—Mi sobrino es joven, vivo, sabe quién es; no está acostumbrado a que lo provoquen...

—Considero mi deber informarme bien de semejante hecho. Como ya he dicho a vuestra señoría, y hablo con un señor que no tiene menos justicia que práctica de este mundo, todos somos de carne y hueso, estamos sujetos a equivocarnos... tanto por una parte como por la otra; y si el padre Cristoforo ha errado...

—Repare vuestra paternidad en que son cosas, como le decía, para concluirse entre nosotros, para quedar sepultadas aquí, cosas que si se remueven mucho... será peor. Vuestra reverencia sabe lo que sucede: estos choques, estos piques empiezan a veces por una bagatela y siguen adelante,

siguen adelante... Si se quiere llegar al fondo, o no se consigue, o aparecen otros mil enredos. Calmar, truncar, reverendísimo padre: truncar, calmar. Mi sobrino es joven; el religioso, por lo que he oído, tiene aún todo el espíritu, las... inclinaciones de un joven; y toca a nosotros, que tenemos nuestros años... por desgracia, ¿eh?, reverendísimo padre...

Si alguien hubiera estado allí viéndolos, en aquel punto fue como cuando, en el medio de una obra seria, se alza, por equivocación, un telón antes de tiempo y se ve a un cantante que, sin pensar, en ese momento, que existe un público en el mundo, conversa a la buena de Dios con un compañero. El rostro, el gesto, la voz del conde, al decir aquel «por desgracia», fueron del todo naturales; allí no había política; era muy cierto que le molestaba tener sus años. No es que añorase los pasatiempos, el brío, la belleza de la juventud: ¡frivolidades, bobadas, miserias! La razón de su disgusto era mucho más sólida e importante: que esperaba cierto puesto más alto, cuando estuviera vacante, y temía no llegar a tiempo. Una vez obtenido, se podía tener la seguridad de que no se preocuparía ya por los años, no desearía más y moriría contento, como todos los que desean mucho una cosa aseguran que harán cuando hayan logrado obtenerla.

Pero dejémosle hablar a él.

—Toca a nosotros —continuó— tener juicio por los jóvenes y arreglar sus deslices. Por fortuna aún estamos a tiempo: la cosa no ha metido ruido; aún viene al caso un buen *principiis obsta*^[39]. Alejar el fuego de la paja. A veces un sujeto que, en un lugar, no obra bien y que puede ser causa de algún inconveniente, resulta de maravilla en otro. Vuestra paternidad sabrá encontrar sin duda el destino que conviene a ese religioso. Justamente, está también la otra circunstancia, que puede haber inspirado sospechas a quien... podría desear que fuera apartado; y, colocándolo en un sitio algo retirado, matamos dos pájaros de un tiro; todo se arregla por sí solo, o, mejor dicho, no se pierde nada.

Esta conclusión, el padre provincial se la esperaba desde el principio del discurso. «¡Claro! —pensaba para sí—, ya veo dónde quieres ir a parar: como de costumbre; cuando un pobre fraile os molesta a vosotros, o a uno de vosotros, o despierta vuestras sospechas, al punto, sin averiguar si tiene o no razón, el superior debe quitarlo de en medio».

Y cuando el conde hubo acabado y lanzado un largo resoplido, que equivalía a un punto final, el provincial dijo:

—Comprendo perfectamente lo que el señor conde quiere decir; pero antes de dar un paso...

—Es un paso y no es un paso, reverendísimo padre; es una cosa natural, una cosa ordinaria: y si no se toma ese remedio, y enseguida, preveo un montón de desórdenes, una iliada de males. Un disparate... mi sobrino no creo... para eso estoy yo... Pero, la cosa ha llegado a un punto que, si no la cortamos nosotros, sin perder tiempo, de un golpe neto, no es posible que se detenga, que permanezca secreta... y entonces no será ya solamente mi sobrino... Se hurga en un avispero, reverendísimo padre. Vuestra paternidad ya entiende: somos una familia, tenemos relaciones...

—Ilustres.

—Ya me entiende: toda gente con sangre en las venas, y que, en este mundo... es alguien. Entra en ello el puntillo; se convierte en asunto común; y entonces... incluso para quien es amigo de la paz... Sería una verdadera congoja para mí tener que... encontrarme... ¡yo, que siempre he tenido tanta predilección por los padres capuchinos...! Sus frailes, para hacer el bien, como hacen con tanta edificación del público, necesitan paz, no tener litigios, estar en buena armonía con quien... Y, además, tienen parientes en el siglo... y estos enrevesados asuntos de puntillo, por poco que se prolonguen, se extienden, se ramifican, complican... a medio mundo. Yo me encuentro en este bendito cargo, que me obliga a sostener cierto decoro... Su excelencia... mis señores colegas... todo se convierte en un asunto de cuerpo... y tanto más con esa otra circunstancia... Vuestra reverencia sabe cómo son estas cosas.

—En verdad —dijo el padre provincial—, el padre Cristoforo es predicador, y ya tenía yo el pensamiento... Justamente me piden... Pero en este momento, en tales circunstancias, podría parecer un castigo; y un castigo antes de haber puesto bien en claro...

—Castigo no, no: una medida prudencial, un remedio de común conveniencia, para impedir las desgracias que podrían... ya me he explicado.

—Entre el señor conde y yo, la cosa queda en estos términos; lo entiendo. Pero, dado cómo le han referido a vuestra señoría el hecho, es imposible, me parece, que en el pueblo no se haya traslucido algo. En todas partes hay instigadores, correveidiles, o al menos curiosos malignos que, si pueden ver pelearse a caballeros y religiosos, experimentan un gusto loco; y husmean, interpretan, charlan... Cada uno tiene su decoro que conservar; y yo además, como superior (indigno), tengo el expreso deber... El honor del hábito... no es cosa mía... es un depósito del cual... Su señor sobrino, ya que está tan alterado como vuestra señoría dice, podría tomar la cosa como una satisfacción que se le había dado, y... no digo jactarse, exultar, pero...

—¿Cree eso, reverendísimo padre? Mi sobrino es un caballero que en el mundo es considerado... según su calidad y según se debe; pero ante mí es un muchacho, y no hará ni más ni menos que lo que yo prescriba. Le diré más: mi sobrino no sabrá nada de esto. ¿Qué necesidad tenemos de rendir cuentas? Son cosas que hacemos entre nosotros, entre amigos; y entre nosotros han de quedar. No se preocupe por eso. Estoy acostumbrado a no hablar. —Y resopló—. En cuanto a los chismosos —prosiguió—, ¿qué quiere que digan? ¡Un religioso que marcha a predicar a otra región es algo tan normal! Y, además, a nosotros que vemos... a nosotros que prevemos... a nosotros que toca... no hemos de preocuparnos por las hablillas.

—Mas, con el fin de prevenirlas, convendría que, en esta ocasión, su señor sobrino hiciera alguna demostración, diese alguna señal evidente de amistad, de consideración... no hacia nosotros, sino hacia el hábito...

—Seguro, seguro... es muy justo... Pero no es menester: sé que los capuchinos son siempre acogidos como se debe por mi sobrino. Lo hace por inclinación natural: es una tendencia de familia; y además sabe que eso me agrada. Por lo demás, en este caso... algo extraordinario... es más que justo. Déjeme a mí, reverendísimo padre, que mandaré a mi sobrino... Habrá que insinuárselo con prudencia, con el fin de que no se dé cuenta de lo que ha pasado entre nosotros. Porque no quisiera poner tal vez un emplasto donde no hay herida. Y, en cuanto a lo que hemos decidido, cuanto más presto sea, mejor. Y si se encontrase algún destino algo alejado... para quitar toda ocasión...

—Me piden de Rímini, precisamente, un predicador; y quizá, sin otro motivo, habría podido poner mis ojos...

—Muy a propósito, muy a propósito. ¿Y cuándo...?

—Ya que la cosa se debe hacer, se hará pronto.

—Pronto, pronto, reverendísimo padre: mejor hoy que mañana. Y —continuaba, alzándose de su asiento—, si puedo algo, tanto yo, como mi familia, por nuestros buenos padres capuchinos...

—Conocemos con pruebas la bondad de la casa —dijo el padre provincial, levantándose también y encaminándose hacia la puerta, detrás de su vencedor.

—Hemos apagado una chispa —dijo este, deteniéndose—, una chispa, reverendísimo padre, que podía provocar un gran incendio. Entre buenos amigos, con dos palabras se arreglan grandes cosas.

Llegado a la puerta, la abrió de par en par y se empeñó en que el padre provincial pasara el primero; entraron en la otra estancia y se reunieron con el

resto de la compañía.

Un gran esmero, un gran arte, grandes palabras ponía aquel señor en el manejo de un asunto; pero producía además los efectos correspondientes. Y de hecho, con el coloquio que hemos referido, logró hacer marchar a fray Cristoforo a pie desde Pescarenico hasta Rímini, que es un buen paseo.

Una noche llega a Pescarenico un capuchino de Milán, con un pliego para el padre guardián. En su interior viene la obediencia para fray Cristoforo, para que vaya a Rímini a predicar la Cuaresma. La carta para el guardián incluye la instrucción de insinuar a dicho fraile que abandone toda idea de asuntos que pudiera tener iniciados en el pueblo del que debe marcharse, y que no mantenga correspondencia sobre ellos; el fraile portador debe ser su compañero de viaje. El guardián no dice nada esa noche; por la mañana, manda llamar a fray Cristoforo, le muestra la obediencia, le dice que vaya a recoger el capacho, el bastón, el escapulario y el cinturón, y que, con el fraile compañero que le presenta, se ponga al punto en viaje.

Os dejo figuraros qué golpe fue para nuestro fraile. Renzo, Lucia, Agnese acudieron enseguida a su mente; y exclamó, por así decirlo, en su fuero interno: «¡Dios mío! ¿Qué harán esos infelices, cuando yo ya no esté aquí?». Pero alzó los ojos al cielo, y se acusó de haber carecido de confianza, de haberse creído necesario para algo. Puso las manos en cruz sobre el pecho, en señal de obediencia, e inclinó la cabeza ante el padre guardián, el cual lo llevó luego aparte y le dio el otro aviso, con palabras de consejo y con significación de precepto. Fray Cristoforo fue a su celda, cogió el capacho, metió en él el breviario, su cuaresmal y el pan del perdón, se ciñó la túnica con su cinturón de piel, se despidió de sus hermanos que se encontraban en el convento, fue por último a recibir la bendición del guardián, y con su compañero emprendió el camino que se le había prescrito.

Hemos dicho que don Rodrigo, más obstinado que nunca en llevar a cabo su bonita hazaña, se había decidido a buscar el auxilio de un hombre terrible. De este no podemos dar ni el nombre, ni el apellido, ni un título, y ni siquiera una conjetura sobre nada de eso: cosa tanto más extraña cuanto que del personaje encontramos memoria en más de un libro (libros impresos, digo) de la época. Que el personaje es el mismo la identidad de los hechos no permite dudarlo; pero por doquier hay un gran cuidado en eludir su nombre, como si fuera a quemar la pluma, la mano del escritor. Francesco Rivola, en la vida del cardenal Federigo Borromeo, cuando tiene que hablar de ese hombre le llama «un señor tan poderoso por sus riquezas cuanto noble por su nacimiento», y ahí se para. Giuseppe Ripamonti, que, en el quinto libro de la

quinta década de su *Storia Patria*, lo menciona más por extenso, le llama uno, este, aquel, este hombre, aquel personaje. «Referiré —dice, en su hermoso latín, del que traducimos como mejor podemos— el caso de un tal que, siendo de los primeros entre los grandes de la ciudad, había establecido su morada en el campo, junto al confín; y allí, asegurándose a fuerza de delitos, se le daba un ardite de juicios, jueces, cualquier magistratura, la soberanía; llevaba una vida totalmente independiente; encubridor de proscritos, proscrito en tiempos también él, y después regresado, como si nada ocurriera...». De este escritor tomaremos algún otro pasaje que venga a cuento para confirmar o para dilucidar el relato de nuestro anónimo, con el cual seguimos adelante.

Hacer lo que prohibían las leyes o impedía una fuerza cualquiera; ser árbitro y dueño en los asuntos ajenos, sin otro interés que la afición a mandar; ser temido por todos, tener mano con aquellos que solían tenerla con los demás; tales habían sido en todos los tiempos las pasiones principales de este. Desde su adolescencia, ante el espectáculo y el rumor de tantos abusos, de tantas rivalidades, a la vista de tantos tiranos, experimentaba un sentimiento que era una mezcla de desdén y de impaciente envidia. De joven, y viviendo en la ciudad, no perdía ocasión, más aún, iba en su busca, de altercar con los más famosos de aquella profesión, de contrariarlos, para probarse con ellos y tenerlos a raya, o inducirlos a buscar su amistad. Superior en riquezas y séquito a la mayoría, y quizá a todos en atrevimiento y constancia, redujo a muchos a retirarse de toda rivalidad, a muchos dejó malparados, a muchos se los hizo amigos; no amigos iguales, sino, como solo podían agradarle a él, amigos subordinados, que se reconocieran inferiores a él, que estuvieran a su izquierda. Sin embargo, de hecho también él acababa siendo el dependiente, el instrumento de todos ellos: no dejaban de requerir en sus empeños la obra de tan poderoso auxiliar; para él, echarse atrás habría sido desmentir su reputación, faltar a su compromiso. De manera que, por propia cuenta, y por cuenta ajena, tantas hizo que, no bastando el nombre, ni la parentela, ni sus amigos, ni su audacia, para defenderlo de los edictos públicos, y de tantas animosidades poderosas, tuvo que abandonar el campo y salir del estado. Creo que a esta circunstancia se refiere un notable rasgo narrado por Ripamonti: «Cuando este tuvo que abandonar el país, el secreto que usó, el respeto, la timidez fueron estos: cruzó la ciudad a caballo, con un séquito de perros, al son de trompetas; y, al pasar ante el palacio del Gobierno, dejó a la guardia una embajada de impertinencias para el gobernador».

En su ausencia no interrumpió sus prácticas, ni descuidó la correspondencia con aquellos amigos suyos, los cuales permanecieron unidos

con él, por traducir literalmente de Ripamonti, «en oculta liga de consejos atroces y de cosas funestas». Parece incluso que entonces contrajo con personas más altas ciertas nuevas y terribles obligaciones, de las que el aludido historiador habla con una brevedad misteriosa. «También algunos príncipes extranjeros —dice— se valieron varias veces de su obra, para algún importante homicidio, y a menudo tuvieron que enviarle de lejos refuerzos de gente que sirviera bajo sus órdenes».

Finalmente (no se sabe después de cuánto tiempo), ya porque fuese levantada la proscripción, por alguna intercesión poderosa, ya porque la audacia de aquel hombre le sirviese de inmunidad, decidió volver a su patria, y volvió, en efecto; aunque no a Milán, sino a un castillo confinante con el territorio bergamasco, que entonces era, como todos saben, estado véneto. «Aquella casa —cito de nuevo a Ripamonti— era como una oficina de mandatos sangrientos: servidores a cuya cabeza estaba puesto precio, y que tenían por oficio cortar cabezas; ni cocineros ni marmitones estaban dispensados del homicidio; hasta las manos de los muchachos, ensangrentadas». Amén de esta hermosa familia doméstica, tenía, como afirma el mismo historiador, otra de sujetos similares, diseminados y como acuartelados en varios lugares de los dos estados en cuyos bordes vivía, y dispuestos siempre a ejecutar sus órdenes.

Todos los tiranos de un buen trecho del país a su alrededor habían tenido, quién en una ocasión y quién en otra, que elegir entre la amistad y la enemistad de aquel tirano extraordinario. Mas a los primeros que habían querido intentar resistirle les había ido tan mal que nadie se sentía con ganas de probar de nuevo. Y ni siquiera ocupándose de los propios asuntos, metiéndose en su concha, podía uno ser independiente de él. Llegaba un mensajero suyo a conminarle que abandonara tal empresa, que dejase de molestar a tal deudor, y cosas semejantes; había que responder sí o no. Cuando una parte, con un homenaje servil, había ido a poner en sus manos un negocio cualquiera, la otra parte se encontraba ante una dura elección: o atenerse a su sentencia, o declararse su enemiga, lo cual equivalía a estar, como se decía antaño, tísico en tercer grado. Muchos, sin tener razón, recurrían a él para tenerla en la práctica; otros muchos, que tenían razón, para asegurarse tan gran patrocinio y cerrar el paso al adversario: unos y otros se convertían muy especialmente en dependientes suyos. Ocurrió alguna vez que un débil oprimido, vejado por un poderoso, se dirigió a él; y él, tomando partido por el débil, forzó al poderoso a acabar, a reparar el daño hecho, a pedir excusas; o, si se resistía, entabló con él tal lucha que lo obligó a

desalojar los lugares que había tiranizado, o incluso le hizo pagar un más rápido y más terrible tributo. Y en esos casos aquel nombre tan temido y aborrecido había sido bendecido por un momento; porque, no diré aquella justicia, pero aquel remedio, aquella compensación, no se habría podido, en la época, esperarlo de ninguna otra fuerza, ni privada, ni pública. Más a menudo, e incluso de ordinario, la suya había sido y era ejecutora de deseos inicuos, de satisfacciones atroces, de caprichos soberbios. Pero los usos tan diversos de esa fuerza producían siempre idéntico efecto: el imprimir en los ánimos una gran idea de cuánto él podía querer y realizar contra la equidad y la iniquidad, esas dos cosas que ponen tantos obstáculos a la voluntad de los hombres y los hacen tan a menudo retroceder. La fama de los tiranos ordinarios solía quedar restringida a la pequeña porción de país donde eran los más ricos y los más fuertes: cada distrito tenía los suyos; y se parecían tanto que no había motivo para que la gente se ocupase de los que no tenía encima. Pero la fama del nuestro se había difundido ya desde hacía tiempo por todas las partes del Milanesado: por doquier su vida era tema de relatos populares, y su nombre significaba algo irresistible, extraño, fabuloso. La sospecha de que por doquier tenía coligados y sicarios contribuía también a mantener vivo en todas partes su recuerdo. No eran sino sospechas, pues, ¿quién habría confesado abiertamente tal dependencia?; pero cada tirano podía ser un coligado suyo, cada malandrín, uno de los suyos; y la propia incertidumbre volvía más amplia esa opinión, y más sombrío el terror de la cosa. Y cada vez que en alguna parte se veían aparecer figuras de bravos desconocidas y peor encaradas que de ordinario, a cada hecho desmedido del que no se supiese a la primera indicar o adivinar el autor, se profería, se murmuraba el nombre de aquel a quien nosotros, gracias a esta bendita, por no decir otra cosa, circunspección de nuestros autores, nos veremos obligados a llamar el Innominado.

Desde el castillo de este a la morada de don Rodrigo no había más de siete millas; y este último, apenas convertido en dueño y tirano, había tenido que ver que, a tan escasa distancia de tal personaje, no era posible desempeñar aquel oficio sin pelearse con él, o ponerse de acuerdo. Por tanto se le había ofrecido y se había convertido en amigo suyo, al modo de todos los demás, se entiende; le había rendido más de un servicio (el manuscrito no dice más), y había recibido cada vez promesas de reciprocidad y de ayuda, en cualquier ocasión. Pero ponía sumo cuidado en ocultar tal amistad, o al menos en no dejar descubrir cuán estrecha era y de qué naturaleza. Don Rodrigo quería ser un tirano, sí, mas no un tirano salvaje; la profesión era para él un medio, no

un fin: aspiraba a morar libremente en la ciudad, a disfrutar de las comodidades, las diversiones, los honores de la vida civil; y para eso era menester que se anduviera con ciertos miramientos, tuviera en cuenta a los parientes, cultivase la amistad de personas de condición, posara una mano sobre la balanza de la justicia, para hacerla en caso de necesidad inclinarse de su lado, o para hacerla desaparecer, o aun para dar con ella en la cabeza, en determinada ocasión, de alguien a quien dejar servido así más fácilmente que con las armas de la violencia privada. Ahora bien, la intimidación o, por mejor decir, una alianza con un hombre de aquella especie, con un abierto enemigo de la fuerza pública, ciertamente no le habría hecho el juego para eso, en especial ante el conde tío. Aquel poco de semejante amistad que era imposible ocultar podía pasar por una relación indispensable con un hombre cuya enemistad resultaba demasiado peligrosa, disculpándose así con la necesidad; pues quien tiene la obligación de proveer, y no tiene la voluntad, o no encuentra la manera, a la larga consiente que otros provean por su cuenta, hasta cierto punto, a sus asuntos; y, si no lo consiente expresamente, cierra un ojo.

Una mañana, don Rodrigo salió a caballo, como de caza, con una pequeña escolta de bravos a pie; el Griso al estribo, y otros cuatro detrás; y se encaminó al castillo del Innominado.

XX

El castillo del Innominado dominaba un valle angosto y sombrío, sobre la cima de un collado que sobresale de una áspera cordillera, unido o separado de ella, no se sabría decir, por un montón de peñascos y de precipicios, y por un laberinto de guaridas y simas que se prolongan por los dos lados. El que da al valle es el único practicable: un declive bastante pino, más parejo y continuado, con prados en lo alto, campos en las faldas y algunas casuchas diseminadas aquí y allá. El fondo es un lecho de guijarros, por donde corre un arroyuelo o un torrente, según la estación: entonces servía de frontera a los dos estados. Las cumbres opuestas, que forman, por así decirlo, la otra pared del valle, tienen también una falda en parte cultivada; el resto es aristas y rocas, escarpadas pendientes, sin caminos y desnudas, salvo alguna mata en las grietas y en las crestas.

Desde lo alto del castillejo, como el águila desde su nido ensangrentado, el salvaje caballero dominaba a su alrededor todo el espacio donde pudiera posarse pie humano, y nunca veía a nadie por encima de sí, ni más arriba. Echando una ojeada en torno, recorría todo aquel recinto, los declives, el fondo, los caminos practicados allí dentro. El que, con recodos y revueltas, subía al terrible domicilio, se desplegaba ante quien mirase desde allí arriba como una cinta serpenteante; desde las ventanas, desde las troneras, podía el caballero contar a sus anchas los pasos de quien llegaba y apuntar contra él las armas, mil veces. Y, con la guarnición de bravos que allá tenía, habría podido incluso con un nutrido grupo, dejando tendidos en el sendero o despeñando a muchos, antes de que alguno llegase a alcanzar la cima. Por lo demás, no ya allá arriba, mas ni siquiera en el valle, y ni siquiera de paso, se atrevía a poner el pie nadie que no estuviera bien visto por el dueño del castillo. El esbirro que se hubiera dejado ver habría sido tratado como un espía enemigo apresado en un campamento. Se contaban trágicas historias de los últimos que habían querido intentar tal empresa; pero eran ya historias antiguas; y ninguno de los jóvenes recordaba haber visto en el valle a uno de esa ralea, ni vivo, ni muerto.

Tal es la descripción que del lugar hace el anónimo; sobre su nombre, nada; más aún, para no ponernos en camino de descubrirlo, nada dice del viaje de don Rodrigo, y lo lleva al medio del valle, al pie del collado, a la entrada del empinado y tortuoso sendero. Allí había una taberna que también se habría podido llamar un cuerpo de guardia. En una vieja muestra que colgaba sobre la puerta estaba pintado por ambos lados un sol radiante; pero la voz pública, que a veces repite los nombres como se los han enseñado, a veces los desfigura a su antojo, solo llamaba a aquella taberna con el nombre de la Malanoche.

Al ruido de una cabalgadura que se aproximaba, apareció en el umbral un mocetón, armado como un sarraceno; tras echar un vistazo, entró a informar a tres sicarios que estaban jugando con unas cartas sucias y dobladas en forma de teja. El que parecía el jefe se levantó, se asomó a la puerta y, reconociendo a un amigo de su amo, lo saludó respetuosamente. Don Rodrigo, devolviéndole con mucha gracia el saludo, preguntó si el caballero se encontraba en el castillo; al responderle aquel jefecillo que creía que sí, se apeó del caballo y tiró la brida al Tiradritto, uno de su séquito. Se quitó la escopeta y se la entregó al Montanarolo^[40], como para descargarse de un peso inútil y subir más ligero; pero en realidad porque sabía muy bien que por aquella cuesta no estaba permitido subir con escopeta. Sacó después del bolsillo unas berlingas y se las dio al Tanabuso, diciéndole:

—Vosotros quedaos esperándome; y mientras tanto divertíos con esta buena gente.

Sacó finalmente unos escudos de oro y se los metió en la mano al jefecillo, asignándole la mitad a él y la mitad para repartir entre sus hombres. Finalmente, con el Griso, que también había dejado la escopeta, inició la subida a pie. Entretanto los tres bravos mencionados y el Squinternotto, que era el cuarto (¡oh!, ya veis qué lindos nombres, como para conservárnoslos con tanto cuidado), se quedaron con los tres del Innominado, y con el muchacho criado para la horca, a jugar, a beber y a contarse sus respectivas proezas.

Otro bravucón del Innominado, que subía, alcanzó poco después a don Rodrigo; lo miró, lo reconoció y se emparejó con él, ahorrándole así la molestia de decir su nombre y de rendir otra cuenta de sí a cuantos fuera encontrando y que no lo conocieran. Llegado al castillo, e introducido en él (aunque dejando al Griso en la puerta), lo hicieron pasar por un laberinto de corredores oscuros y por varias salas tapizadas con mosquetes, sables y

partesanas, en cada una de las cuales estaba de guardia algún bravo; y, tras haber esperado un poco, fue admitido en la que se encontraba el Innominado.

Este fue a su encuentro, devolviéndole el saludo y mirándole al tiempo las manos y la cara, como hacía por costumbre, y ahora ya casi involuntariamente, con cualquiera que se presentase, aunque fuera de sus más viejos y probados amigos. Era grande, moreno, calvo; blancos los pocos cabellos que le quedaban; arrugada la cara; a primera vista, se le habrían echado más de los sesenta años que tenía; pero su porte, sus movimientos, la dureza reflejada en sus rasgos, el relampaguear siniestro pero vivo de sus ojos indicaban una fuerza de cuerpo y de alma que habría sido extraordinaria hasta en un joven.

Don Rodrigo dijo que venía en busca de consejo y ayuda; que, hallándose en un trance difícil, del que su honor no le permitía retirarse, se había acordado de las promesas de un hombre que nunca prometía demasiado, ni en vano; y se puso a exponer su criminal enredo. El Innominado, que ya sabía algo, aunque confusamente, lo escuchó con atención, como curioso de semejantes historias, y por estar mezclado en esta un nombre para él conocido y odiosísimo, el de fray Cristoforo, enemigo declarado de tiranos, con palabras y, cuando podía, con obras. Don Rodrigo, sabiendo con quién hablaba, se puso después a exagerar las dificultades de la empresa: ¡la distancia del lugar, un monasterio, la señora!... Ante esto, el Innominado, como si un demonio oculto en su corazón se lo hubiese mandado, lo interrumpió de súbito, diciendo que tomaba a su cargo la empresa. Se anotó el nombre de nuestra pobre Lucia, y despidió a don Rodrigo, diciendo:

—Dentro de poco recibiréis aviso de lo que debéis hacer.

Si el lector se acuerda de aquel infame Egidio que vivía al lado del monasterio donde la pobre Lucia estaba refugiada, ha de saber ahora que era uno de los más estrechos e íntimos camaradas de iniquidades que el Innominado tenía; por eso este había empeñado tan pronta y resueltamente su palabra. Mas en cuanto quedó solo se encontró, no diré arrepentido, pero sí despedido por haberla dado. Ya hacía algún tiempo que comenzaba a experimentar, si no un remordimiento, sí cierto hastío de sus atrocidades. Las muchas que se habían ido hacinando, si no sobre su conciencia, al menos en su memoria, se despertaban cada vez que cometía una nueva y se presentaban en su ánimo como feas y excesivas: era como el crecer y crecer de un peso ya incómodo. Cierta repugnancia experimentada en los primeros delitos, y, después vencida y desaparecida casi del todo, volvía ahora a dejarse sentir. Pero, en los primeros tiempos, la imagen de un futuro largo, indeterminado, el

sentimiento de una vitalidad vigorosa llenaban su ánimo de una despreocupada confianza; ahora, al contrario, los pensamientos del futuro eran los que hacían más importuno el pasado. «¡Envejecer! ¡Morir! ¿Y después?». Y, cosa notable, la imagen de la muerte, que en un peligro inmediato, frente a un enemigo, solía redoblar los bríos de aquel hombre, e infundirle una ira llena de valor, esa misma imagen, apareciéndosele en el silencio de la noche, en la seguridad de su castillo, lo abrumaba con una consternación repentina. No era la muerte con la que amenazaba un adversario también mortal; no se la podía rechazar con armas mejores y con un brazo más rápido; llegaba sola, nacía de dentro; quizá estaba aún lejos, pero daba un paso a cada momento; y, mientras la mente luchaba dolorosamente por alejar ese pensamiento, ella se acercaba. En los primeros tiempos, los ejemplos frecuentes, el espectáculo continuo, por así decirlo, de la violencia, de la venganza, del homicidio, al inspirarle una emulación feroz, le habían servido también como una especie de autoridad contra la conciencia; ahora, renacía de vez en cuando en su ánimo la idea confusa, pero terrible, de un juicio individual, de una razón independiente del ejemplo; ahora, el haber salido de la turba vulgar de los malvados, el estar por encima de todos le daban a veces la sensación de una tremenda soledad. Aquel Dios del que había oído hablar, pero al que, desde hacía mucho tiempo, no se preocupaba de negar ni de reconocer, dedicado solo a vivir como si no existiese, ahora, en ciertos momentos de abatimiento sin motivo, de terror sin peligro, le parecía oírlo gritar dentro de sí: «Existo, empero». En el primer hervor de las pasiones, la ley que había oído, ya que no otra cosa, anunciar en nombre de Él, le había parecido odiosa; ahora, cuando volvía de improviso a su mente, la mente, a pesar suyo, la concebía como algo que tiene su cumplimiento. Sin embargo, en lugar de abrirse con alguien sobre esta nueva inquietud, la encubría profundamente y la enmascaraba con las apariencias de una ferocidad más sombría; y con este medio trataba también de ocultársela a sí mismo, o de sofocarla. Envidiando (¡ya que no podía aniquilarlos ni olvidarlos!) los tiempos en que solía cometer iniquidades sin remordimiento, sin otra preocupación que el éxito, hacía toda clase de esfuerzos para que tornaran, para retener o volver a aferrar aquella antigua voluntad, resuelta, soberbia, imperturbable, para convencerse a sí mismo de que aún era el de siempre.

Así, en esta ocasión, había empeñado al punto su palabra con don Rodrigo, para cerrar el camino a toda vacilación. Pero apenas partió este, sintiendo menguar la firmeza de que se había provisto para prometer,

sintiendo poco a poco abrirse paso en su mente pensamientos que lo tentaban para que faltase a esa palabra, exponiéndolo a un mal papel con un amigo, con un cómplice secundario, para truncar de golpe esa penosa lucha, llamó al Nibbio^[41], uno de los más diestros y osados ejecutores de sus enormidades, de quien solía servirse para la correspondencia con Egidio. Con aire resuelto, le ordenó que montase al instante a caballo, marchase en derechura a Monza, informase a Egidio del compromiso contraído y requiriera su ayuda para cumplirlo.

El perverso mensajero volvió más pronto de lo que su amo esperaba, con la respuesta de Egidio: que la empresa era fácil y segura; que le mandase al punto un coche con dos o tres bravos bien disfrazados, y él se ocuparía del resto y dirigiría la cosa. Ante este anuncio, el Innominado, pasara lo que pasase en su interior, dio a toda prisa órdenes al propio Nibbio, para que dispusiera todo según había dicho Egidio, y se marchase con otros dos, que le nombró, a la expedición.

Si para prestar el horrible servicio que le habían pedido, Egidio hubiera tenido que contar solo con sus medios ordinarios, no habría hecho tan pronto una promesa tan decidida. Pero en aquel mismo asilo, donde parecía que todo debía constituir un obstáculo, tenía el cruel joven un medio conocido solo por él; y lo que para otros habría sido la mayor dificultad, para él era instrumento. Hemos referido cómo la desdichada señora hizo caso una vez de sus palabras; y el lector puede haber comprendido que aquella vez no fue la última, no fue sino un primer paso por un camino de abominación y de sangre. Esa misma voz, que había adquirido fuerza y casi autoridad, diría yo, con el delito, le impuso ahora el sacrificio de la inocente que tenía bajo su custodia.

La propuesta resultó espantosa para Gertrude. Perder a Lucia por un azar imprevisto, sin culpa, le habría parecido una desgracia, un amargo castigo; pero le mandaban que se privase de ella con una infame perfidia, que mudara en un nuevo remordimiento un medio de expiación. La desventurada intentó todos los caminos para eximirse del horrible mandato; todos, salvo el único que era seguro y que tenía siempre abierto ante sí. El delito es un amo rígido e inflexible, contra el que solo se hace fuerte el que se rebela por entero. Gertrude no quería resolverse a esto y obedeció.

Era el día establecido; la hora convenida se acercaba; Gertrude, retirada con Lucia en su locutorio privado, le hacía más caricias que de ordinario, y Lucia las recibía y las intercambiaba con creciente ternura; como la oveja, temblando sin temor bajo la mano del pastor que la palpa y la arrastra

blandamente, se vuelve a lamer esa mano; y no sabe que, fuera del redil, la espera el carnicero, a quien el pastor la ha vendido un momento antes.

—Necesito un gran favor, y solo vos podéis hacérmelo. Tengo mucha gente a mis órdenes, mas nadie en quien confíe. Para un negocio de gran importancia, que luego os diré, necesito hablar enseguida con el padre guardián de los capuchinos, el que os trajo aquí, conmigo, mi pobre Lucia; pero también es necesario que nadie sepa que lo he mandado llamar yo. Solo os tengo a vos para hacer en secreto esta embajada.

Lucia quedó aterrada con tal petición; y sumisa, mas sin ocultar un gran asombro, adujo al punto, para excusarse, las razones que la señora debía entender, que habría debido prever: sin su madre, sin nadie, por un camino solitario, en un país desconocido... Pero Gertrude, adiestrada en una escuela infernal, mostró también asombro y disgusto de hallar tan reacia a la persona con la que creía poder contar más, aparentó encontrar vanas las disculpas: ¡a plena luz, cuatro pasos, un camino que Lucia había hecho unos días antes, y que, aunque nunca lo hubiera visto, no podría equivocarse cuando se lo enseñara...! Tanto dijo que la pobrecilla, conmovida y picada a un tiempo, dejó escapar de su boca:

—Y bien, ¿qué debo hacer?

—Id al convento de los capuchinos —dijo, y le describió el camino de nuevo—, mandad llamar al padre guardián y decidle, a solas, que venga a verme enseguida; pero que no diga a nadie que lo mando llamar yo.

—Pero ¿qué diré a la administradora, que nunca me ha visto salir y me preguntará adónde voy?

—Tratad de pasar sin ser vista; y, si no lo lográis, decidle que vais a tal iglesia, donde habéis prometido rezar una oración.

Nueva dificultad para la pobre joven: decir una mentira; pero la señora se mostró de nuevo tan afligida por las negativas, le afeó tanto que antepusiera un vano escrúpulo al agradecimiento que Lucia, más aturdida que convencida, y sobre todo más conmovida que nunca, respondió:

—Está bien, iré. ¡Dios me ayude! —Y echó a andar.

Cuando Gertrude, que desde la reja la seguía con ojos fijos y turbios, la vio poner el pie en el umbral, como arrollada por un sentimiento irresistible, abrió la boca y dijo:

—¡Oíd, Lucia!

Esta se volvió y regresó hacia la reja. Pero ya otro pensamiento, un pensamiento habituado a predominar, había triunfado de nuevo en la desventurada mente de Gertrude. Fingiendo no estar satisfecha con las

instrucciones ya dadas, explicó de nuevo a Lucia el camino que debía seguir y la despidió diciendo:

—Hacedlo todo como os he dicho, y volved pronto.

Lucia partió.

Pasó inadvertida la puerta del claustro, tomó el camino, con los ojos bajos, pegada al muro; encontró, con las indicaciones recibidas y con sus propios recuerdos, la puerta del arrabal, salió por ella, anduvo muy recogida y algo temblorosa por el camino real, llegó en pocos momentos al que conducía al convento y lo reconoció. Aquel camino estaba, y aún está, hundido, a guisa de un lecho de río, entre dos altas orillas bordeadas de árboles, que forman sobre él una especie de bóveda. Lucia, al entrar en él y verlo totalmente solitario, sintió crecer su miedo y apretaba el paso; pero poco después se animó un poco al ver un coche de viaje parado y, junto a él, ante la portezuela abierta, dos viajeros que miraban a un lado y otro, como inseguros sobre el camino. Al adelantarse, oyó que uno de los dos decía:

—Aquí llega una joven que nos enseñará el camino.

Y, en efecto, cuando llegó junto al coche, él mismo, con modales más amables que su aspecto, se volvió y dijo:

—Joven, ¿sabríais indicarnos el camino de Monza?

—Yendo hacia allá van al contrario —respondía la pobrecilla—. Monza está por allí...

Y se volvía, para señalar con el dedo, cuando el otro compañero (era el Nibbio), agarrándola de improviso por la cintura, la alzó del suelo. Lucia volvió la cabeza aterrada y lanzó un grito; el malandrín la metió a la fuerza en el coche; uno que estaba sentado delante la cogió y la obligó, por mucho que ella se debatiese y chillase, a sentarse frente a él; otro, metiéndole un pañuelo en la boca, ahogó el grito en la garganta. Mientras tanto el Nibbio entró con rapidez en el coche; la portezuela se cerró y el coche partió a la carrera. El otro que le había hecho la pregunta traidora se quedó en el camino, echó una ojeada a un lado y otro, por ver si había acudido alguien a los gritos de Lucia: no había nadie; saltó sobre una de las orillas, agarrándose a un árbol, y desapareció. Este era un sicario de Egidio; había estado haciéndose el desentendido, en la puerta de su amo, para ver cuándo salía Lucia del monasterio; la había observado bien, para poder reconocerla, y había corrido, por un atajo, a esperarla en el sitio convenido.

¿Quién podrá ahora describir el terror, la angustia de ella, expresar lo que pasaba en su ánimo? Abría unos ojos espantados, con la ansiedad de conocer su horrible situación, y los volvía a cerrar al punto, con asco y terror ante

aquellas cataduras; se retorció, pero la sujetaban por todos los lados; reunía todas sus fuerzas y daba tirones, para arrojarle hacia la portezuela; pero dos brazos musculosos la tenían como clavada en el fondo del coche; otras cuatro manazas la apuntalaban. Cada vez que abría la boca para lanzar un grito, el pañuelo se le ahogaba en la garganta. Mientras tanto, tres bocas de infierno, con la voz más humana que podían articular, le repetían: «Callad, callad, no tengáis miedo, no queremos haceros daño». Después de unos momentos de tan angustiosa lucha, pareció tranquilizarse; aflojó los brazos, dejó caer la cabeza hacia atrás, alzó a duras penas los párpados, con los ojos inmóviles; y aquellas horrendas cataduras que tenía delante le parecieron confundirse y ondear juntas en una mezcla monstruosa: el color huyó de su cara, un sudor frío la cubrió; se abandonó y perdió el sentido.

—Ea, ea, valor —decía el Nibbio.

—Valor, valor —repetían los otros dos bribones.

Pero la pérdida de todos los sentidos preservaba en ese momento a Lucia de oír los consuelos de aquellas horribles voces.

—¡Diablos! ¡Parece muerta! —dijo uno de ellos—. ¿Estará muerta de veras?

—¡Oh, muerta! —dijo el otro—. Es uno de esos desmayos que les dan a las mujeres. Sé bien que, cuando he querido mandar a alguien al otro mundo, fuese hombre o mujer, se ha necesitado más que esto.

—¡Vamos! —dijo el Nibbio—. Atentos a vuestro deber y no busquéis más explicaciones. Sacad del cajón los trabucos y tenedlos preparados, que en este bosque donde ahora entramos hay siempre bribones anidados. ¡No en la mano, diablos! Ponedlos detrás de la espalda, tumbados; ¿no veis que esta es un pollito asustado que se desmaya con nada? Si ve armas es capaz de morir de veras. Y, cuando haya vuelto en sí, tened cuidado de no meterle miedo; no la toquéis, si no os hago una seña, para sujetarla me basto yo. Y callaos: dejadme hablar a mí.

Entretanto el coche, marchando siempre a la carrera, se había adentrado en el bosque.

Tras algún tiempo, la pobre Lucia comenzó a recobrarse, como de un sueño profundo y angustioso, y abrió los ojos. Le costó algo distinguir los espantosos objetos que la circundaban y juntar sus pensamientos: al final comprendió de nuevo su terrible situación. El primer uso que hizo de las pocas fuerzas recobradas fue arrojarle de nuevo hacia la portezuela, para lanzarse fuera, pero la retuvieron, y solo pudo ver por un momento la soledad

salvaje del lugar por donde pasaba. Lanzó de nuevo un grito; pero el Nibbio, alzando la manaza con el pañuelo:

—Vamos —le dijo, lo más dulcemente que pudo—, estaos callada, que será mejor para vos; no queremos haceros daño, pero, si no estáis callada, os callaremos nosotros.

—¡Dejadme marchar! ¿Quiénes sois? ¿Adónde me lleváis? ¿Por qué me habéis cogido? ¡Dejadme marchar, dejadme marchar!

—Os digo que no tengáis miedo: no sois una niña, y habéis de comprender que no queremos haceros daño. ¿No veis que habríamos podido mataros mil veces, si tuviéramos malas intenciones? De modo que estaos quieta.

—No, no, dejadme continuar mi camino; yo no os conozco.

—Os conocemos nosotros.

—¡Oh, Virgen Santísima! ¿Cómo me conocéis? Dejadme marchar, por caridad. ¿Quiénes sois? ¿Por qué me habéis cogido?

—Porque nos lo han mandado.

—¿Quién? ¿Quién? ¿Quién os lo puede haber mandado?

—¡Callad! —dijo con rostro severo el Nibbio—. A nosotros no se nos preguntan esas cosas.

Lucia intentó otra vez arrojarle de improviso a la portezuela; pero, viendo que era inútil, recurrió de nuevo a las súplicas, y con la cabeza gacha, con las mejillas bañadas en lágrimas, con la voz entrecortada por el llanto, con las manos juntas delante de los labios, decía:

—¡Oh!, ¡por amor de Dios y de la Santísima Virgen, dejadme marchar! ¿Qué mal os he hecho yo? Soy una pobre criatura que no os ha hecho nada. Lo que me habéis hecho os lo perdono de corazón; y rezaré a Dios por vosotros. Si tenéis una hija, una esposa, una madre, pensad en lo que sufrirían, si estuvieran en esta situación. Recordad que todos hemos de morir, y que un día desearíais que Dios os tenga misericordia. Dejadme marchar, dejadme aquí: el Señor me hará encontrar mi camino.

—No podemos.

—¿No podéis? ¡Oh, Señor! ¿Por qué no podéis? ¿Dónde queréis llevarme? ¿Por qué...?

—No podemos, es inútil: no tengáis miedo, que no queremos haceros daño; estaos quieta y nadie os tocará.

Acongojada, jadeante, cada vez más aterrada al ver que sus palabras no surtían ningún efecto, Lucia se dirigió a Aquel que tiene en su mano el corazón de los hombres, y puede, cuando quiere, enternecer a los más

endurecidos. Se encogió lo más que pudo, en el rincón del coche, puso los brazos en cruz sobre el pecho y rezó algún tiempo en su interior; después, sacando el rosario, comenzó a rezarlo con más fe y más sentimiento que nunca en su vida. De vez en cuando, esperando haber alcanzado la misericordia que imploraba, se volvía a rogar de nuevo a los otros; mas siempre inútilmente. Perdía de nuevo el uso de los sentidos, se recobraba de nuevo, para revivir nuevas angustias. Pero nuestro corazón ya no soporta describirlas más tiempo: una piedad demasiado dolorosa nos apresura a llegar al final del viaje, que duró más de cuatro horas, y después del cual tendremos que pasar otras horas angustiosas. Trasladémonos al castillo donde esperaban a la infeliz.

La esperaba el Innominado, con una inquietud, con una suspensión de ánimo insólita. ¡Qué extraño! ¡Aquel hombre, que había dispuesto a sangre fría de tantas vidas, que en tantos hechos nunca tuvo en cuenta los dolores causados por él, salvo a veces para saborear en ellos una salvaje voluptuosidad de venganza, ahora, al apoderarse de aquella desconocida, de aquella pobre campesina, sentía como un asco, yo diría casi que un terror! Desde una alta ventana de su castillo, contemplaba hacía algún tiempo una entrada del valle; y he aquí que asoma el coche y avanza lentamente, pues la primera marcha a la carrera había consumido la fogosidad y domado las fuerzas de los caballos. Y aunque, desde el punto donde estaba mirando, no parecía sino uno de esos cochecitos de juguete que se dan a los niños, lo reconoció enseguida y sintió que su corazón latía con más fuerza.

«¿Estará en él? —pensó al punto; y continuaba para sí—: ¡Cómo me fastidia este asunto! Librémonos de él».

Y quería llamar a uno de sus sicarios y enviarlo enseguida al encuentro del coche, para ordenar al Nibbio que diera media vuelta y la llevase al castillo de don Rodrigo. Pero un no imperioso que resonó en su mente hizo que ese plan se desvaneciera. Sin embargo, atormentado por la necesidad de dar alguna orden, al resultarle intolerable esperar ociosamente el coche que avanzaba poco a poco, como una traición, ¿qué sé yo?, como un castigo, mandó llamar a una vieja de su casa.

Esta había nacido en aquel mismo castillo, hija de un antiguo portero, y allí había pasado toda su vida. Lo que había visto y oído desde los pañales había impreso en su mente un concepto magnífico y terrible del poder de sus amos; y la máxima principal que había sacado de la instrucción y de los ejemplos era que había que obedecerlos en todo, porque podían hacer mucho mal y mucho bien. La idea del deber, depositada como una semilla en el

corazón de todos los hombres, al desarrollarse en el suyo, junto con los sentimientos de respeto, de terror, de codicia servil, se había asociado y adaptado a aquellos. Cuando el Innominado, convertido en el amo, comenzó a hacer aquel espantoso uso de su fuerza, ella experimentó al principio cierta repugnancia, unida a un sentimiento más profundo de sumisión. Con el tiempo, se había habituado a lo que tenía todo el día ante sus ojos y sus oídos: la voluntad poderosa y desenfrenada de tan gran señor era para ella como una especie de justicia fatal. Muchacha ya hecha, se había casado con un criado de la casa, el cual, poco después, habiéndose marchado a una expedición peligrosa, dejó la piel en un camino, y a ella viuda en el castillo. La venganza que el señor tomó al punto le dio un feroz consuelo y acrecentó el orgullo de encontrarse bajo tal protección. A partir de entonces no puso los pies fuera del castillo, salvo muy raramente; y poco a poco casi no le quedaron del vivir humano otras ideas que las que recibía en aquel lugar. No estaba destinada a ningún servicio particular, pero, en aquella mesnada de sicarios, ora uno ora otro le daban trabajo a cada instante; y esa era su cruz. Bien tenía harapos que remendar, bien que preparar a toda prisa comida para quien regresaba de una expedición, bien heridos que curar. Las órdenes de aquellos, además, los reproches, las expresiones de agradecimiento estaban sazonados de burlas e improperios: «vieja» era el apelativo usual, y los añadidos que casi siempre unían a él variaban según las circunstancias y el humor del amigo. Y ella, estorbada en su pereza y provocada en su ira, que eran dos de sus pasiones dominantes, correspondía a veces a aquellos cumplidos con palabras en las que Satanás habría encontrado más rasgos de su ingenio que en las de los provocadores.

—¿Ves allá abajo aquel coche? —le dijo el caballero.

—Lo veo —respondió la vieja, sacando la barbilla puntiaguda y aguzando los ojos hundidos, como si tratara de hacerlos salir de los cercos de las ojeras.

—Di que preparen enseguida una litera, métete en ella y que te lleven a la Malanoche. Rápido, rápido, que llegues antes que ese coche, que avanza con paso de muerte. En ese coche viene... debe venir... una joven. Si está, dile al Nibbio, de mi parte, que la meta en la litera y que él venga a verme al punto. Tú te quedarás en la litera con esa... joven; y, cuando lleguéis aquí arriba, la conducirás a tu cuarto. Si te pregunta adónde la llevas, de quién es el castillo, cuidado con...

—¡Oh! —dijo la vieja.

—Pero —prosiguió el Innominado— dale ánimos.

—¿Qué debo decirle?

—¿Qué debes decirle? Te digo que le des ánimos. ¿Has llegado a tu edad sin saber cómo se dan ánimos a una criatura, cuando se quiere? ¿Nunca has sentido pesadumbres? ¿Nunca has tenido miedo? ¿No sabes las palabras que agradan en esos momentos? Dile esas palabras; encuéntralas, ¡maldita sea! Y vete.

En cuanto ella se hubo ido, quedó inmóvil en la ventana, con los ojos clavados en el coche, que ya parecía mucho mayor. Después los alzó al sol, que en ese momento se ocultaba detrás de la montaña, después miró las nubes diseminadas por encima, que de pardas se volvieron, casi de golpe, color de fuego. Se retiró, cerró la ventana y se puso a andar de un lado a otro de la estancia, con un paso de viajero presuroso.

XXI

La vieja había corrido a obedecer y a mandar, con la autoridad de aquel nombre que, pronunciado por cualquiera en aquel lugar, hacía apresurarse a todos, pues a nadie se le pasaba por la cabeza que alguien se atreviese a usarlo falsamente. Y, en efecto, se encontró en la Malanoche un poco antes de que el coche llegase; viéndolo venir, salió de la litera, hizo señas al cochero de que parase, se acercó a la portezuela; y al Nibbio, que sacó la cabeza, le refirió en voz baja las órdenes del amo.

Lucia, al pararse el coche, se agitó y volvió en sí de una especie de letargo. Sintió otra vez que se le revolvía la sangre, abrió la boca y los ojos y miró. El Nibbio se había echado hacia atrás; y la vieja, con la barbilla en la portezuela, mirando a Lucia, decía:

—Venid, jovencita; venid, pobrecilla; venid conmigo, que tengo órdenes de trataros bien y de daros ánimos.

Al sonido de una voz de mujer, la pobrecilla experimentó un consuelo, un valor momentáneo; pero volvió a caer enseguida en un espanto más sombrío.

—¿Quién sois? —dijo con voz trémula, clavando la mirada atónita en el rostro de la vieja.

—Venid, venid, pobrecilla —seguía repitiendo esta.

El Nibbio y los otros dos, infiriendo de las palabras y de la voz extraordinariamente dulcificada de ella las intenciones del caballero, trataban de convencer por las buenas a la oprimida de que obedeciera. Pero ella seguía mirando hacia fuera; y, aun cuando el lugar salvaje y desconocido y la firmeza de sus guardianes no le dejasen concebir esperanzas de socorro, abría la boca para gritar; pero, al ver al Nibbio poner ojos de pañuelo^[42], retuvo el grito, tembló, forcejeó; la agarraron y la metieron en la litera. Después, entró la vieja; el Nibbio dijo a los otros dos bribones que fueran detrás, y emprendió rápidamente la subida, para acudir a las órdenes de su amo.

—¿Quién sois? —preguntaba con ansiedad Lucia a aquella jeta desconocida y deforme—. ¿Por qué estoy con vos?, ¿dónde estoy?, ¿adónde me lleváis?

—Con quien quiere haceros bien —respondía la vieja—, con un gran... ¡Dichosos aquellos a quienes quiere hacer bien! ¡Qué suerte para vos, qué suerte para vos! No tengáis miedo, alegraos, que me ha mandado que os dé ánimos. Se lo diréis, ¿eh?, que os he dado ánimos...

—¿Quién es?, ¿por qué?, ¿qué quiere de mí? Yo no soy suya. Decidme dónde estoy; dejadme marchar; decid a esos que me dejen marchar, que me lleven a alguna iglesia. ¡Oh!, vos que sois una mujer, ¡en nombre de la Virgen María...!

Aquel nombre santo y dulce, repetido con veneración en sus primeros años, y después no invocado durante mucho tiempo, ni acaso oído proferir, producía en la mente de la desdichada que lo oía en ese momento una impresión confusa, extraña, lenta, como el recuerdo de la luz en un vejancón ciego desde la infancia.

Entretanto el Innominado, de pie en la puerta del castillo, miraba hacia abajo; veía la litera avanzar paso a paso, como antes el coche, y delante, a una distancia que aumentaba a cada momento, subir a la carrera al Nibbio. Cuando este llegó a lo alto, el caballero le indicó que lo siguiese y fue con él a una estancia del castillo.

—¿Y bien? —dijo parándose en ella.

—Todo a las mil maravillas —respondió, haciendo una reverencia, el Nibbio—. El aviso a tiempo, la mujer a tiempo, nadie en el lugar, un solo grito, nadie apareció, el cochero listo, los caballos excelentes, ningún encuentro; pero...

—Pero ¿qué?

—Pero... si he de decir la verdad, más me habría gustado que la orden fuera dispararle un tiro por la espalda, sin oírla hablar, sin verle la cara.

—¿Cómo?, ¿cómo?, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que todo ese tiempo, todo ese tiempo... Me ha dado demasiada compasión.

—¿Compasión? ¿Qué sabes tú de compasión? ¿Qué es la compasión?

—Nunca lo he entendido tan bien como esta vez: la compasión es una historia como el miedo; si uno deja que se apodere de él, ya no es hombre.

—Oigamos un poco cómo ha hecho para moverte a compasión.

—¡Oh, ilustrísimo señor! ¡Tanto tiempo...! Llorar, suplicar y poner unos ojos, y quedarse blanca, blanca como muerta, y después sollozar, y suplicar de nuevo, y unas palabras...

«No la quiero en mi casa —pensaba entretanto el Innominado—. He sido un animal al comprometerme; pero he prometido, he prometido. Cuando esté

lejos...». Y alzando la cabeza, con gesto de mando, hacia el Nibbio, le dijo:

—Ahora deja a un lado la compasión: monta a caballo, llévate a un compañero o dos si quieres y ve a la carrera a casa de ese don Rodrigo, ya sabes. Dile que mande... pero inmediatamente, porque si no...

Pero otro no interior más imperioso que el primero le impidió concluir.

—No —dijo con voz resuelta, como para expresarse a sí mismo la orden de aquella voz secreta—, no: vete a descansar; y mañana... ¡harás lo que te diga!

«Esta tiene a algún demonio de su parte —pensaba después, cuando se quedó solo, erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho y con la mirada inmóvil en una parte del pavimento, donde el rayo de luna, que entraba por una ventana alta, dibujaba un cuadrado de luz pálida, cortada en casillas por las gruesas rejas y recortada más menudamente por los pequeños compartimentos de los vidrios—. Algún demonio, o... algún ángel que la protege... ¡Compasión el Nibbio...! Mañana, mañana a primera hora, fuera de aquí; a su destino, y que no se hable más de ella, y —proseguía para sí, con el ánimo con el que se ordena a un muchacho indócil, sabiendo que no obedecerá—, y no se piense más en ella. Que ese bruto de don Rodrigo no me venga a romper la cabeza con agradecimientos, pues... no quiero volver a oír hablar de ella. Lo he servido porque... porque lo prometí; y prometí porque... es mi destino. Pero quiero que me pague bien caro este servicio. Veamos...».

Y quería cavilar qué ardua cosa habría podido pedirle, en compensación, y casi como castigo; pero se atravesaron de nuevo en su mente aquellas palabras: ¡compasión el Nibbio! «¿Qué puede haber hecho ella? —continuaba, arrastrado por aquel pensamiento—. Quiero verla... ¡Ah!, no... Sí, quiero verla».

Y, de una estancia en otra, encontró una escalerilla, subió a tientas, fue al cuarto de la vieja y llamó a la puerta con una patada.

—¿Quién es?

—Abre.

Ante aquella voz, la vieja dio tres brincos, y enseguida se oyó correr el pestillo en las anillas, y la puerta se abrió de par en par. El Innominado, desde el umbral, echó un vistazo en torno; y, a la luz de un velón que ardía sobre una mesita, vio a Lucia acurrucada en el suelo, en el rincón más alejado de la puerta.

—¿Quién te ha dicho que la tirases ahí como un saco de trapos, desdichada? —dijo a la vieja, con ceño iracundo.

—Se puso donde quiso —respondió humildemente ella—. Yo hice de todo para darle ánimos; puede decirlo ella misma; pero no ha habido manera.

—Levantaos —dijo el Innominado a Lucia, yendo a su lado.

Pero Lucia, a quien el llamar, el abrir, la aparición de aquel hombre, sus palabras habían causado un nuevo espanto en el ánimo ya espantado, se acurrucaba más que antes en su rincón, con el rostro oculto entre las manos y sin moverse, aunque temblando toda.

—Levantaos, que no quiero haceros daño... y puedo haceros bien —repitió el caballero—. ¡Levantaos! —retumbó después aquella voz, airada por haber dos veces ordenado en vano.

Como fortalecida por el espanto, la infeliz se puso al punto de rodillas, y juntando las manos, como habría hecho ante una imagen, alzó los ojos al rostro del Innominado y, bajándolos al punto, dijo:

—Aquí estoy; máteme vuestra señoría.

—Os he dicho que no quiero haceros daño —respondió, con voz amansada, el Innominado, mirando fijamente aquel rostro turbado por la congoja y el terror.

—Ánimo, ánimo —decía la vieja—, si os lo dice él, que no quiere haceros daño...

—¿Y por qué —prosiguió Lucia, con una voz en la cual, con el temblor del miedo, se sentía cierta seguridad, la de la indignación desesperada—, por qué me hace padecer las penas del infierno? ¿Qué le he hecho yo...?

—¿Os han maltratado acaso? Hablad.

—¡Oh, maltratado! Me han cogido a traición, ¡a la fuerza! ¿Por qué?, ¿por qué me han cogido?, ¿por qué estoy aquí?, ¿dónde estoy? Soy una pobre criatura: ¿qué le he hecho? En nombre de Dios...

—Dios, Dios —interrumpió el Innominado—, siempre Dios: los que no pueden defenderse por sí solos, que no tienen fuerza, siempre sacan a este Dios, como si les hubiera hablado. ¿Qué pretendéis con esa palabra? Hacerme... —Y dejó la frase a medias.

—¡Oh, Señor! ¡Pretender! ¿Qué puedo pretender yo, infeliz, sino que vuestra señoría use conmigo de misericordia? ¡Dios perdona tantas cosas por una obra de misericordia! Déjeme marchar; por caridad, ¡déjeme marchar! A quien un día ha de morir no le aprovecha el hacer padecer tanto a una pobre criatura. ¡Oh!, vuestra señoría, que puede mandar, ¡diga que me dejen marchar! Me han traído aquí a la fuerza. Mándeme con esta mujer a ***, donde está mi madre. ¡Oh, Virgen Santísima!, ¡mi madre!, mi madre, por caridad, ¡mi madre! Quizá no esté lejos de aquí... ¡he visto mis montes! ¿Por

qué me hace padecer vuestra merced? Mande que me lleven a una iglesia. Rezaré por vuestra merced, toda mi vida: diga una palabra, dígala. ¡Dios perdona tantas cosas por una obra de misericordia!

«¡Oh! ¿Por qué no será hija de uno de esos perros que me han desterrado? —pensaba el Innominado—, ¿de uno de esos cobardes que me quieren muerto! Disfrutaría ahora con sus gritos; y en cambio...».

—¡No deseche una buena inspiración! —proseguía fervorosamente Lucia, reanimada al ver cierto aire de vacilación en el rostro y el porte de su tirano—. Si vuestra merced no me hace esa caridad, me la hará el Señor: hará que muera, y para mí todo habrá acabado; pero ¡vuestra merced...! Quizá un día también vuestra merced... Pero no, no; rogaré siempre al Señor para que lo preserve de todo mal. ¿Qué le cuesta decir una palabra? Si probase vuestra merced a sufrir estas penas...

—Vamos, vamos, tened ánimo —interrumpió el Innominado, con una dulzura que dejó pasmada a la vieja—. ¿Os he hecho algún daño? ¿Os he amenazado?

—¡Oh, no! Veo que vuestra merced tiene buen corazón y que siente piedad por esta pobre criatura. Si vuestra merced quisiese, podría darme más miedo que todos los otros, podría mandarme matar; y en vez de eso me ha... ensanchado un poco el corazón. Dios se lo pagará. Concluya la obra de misericordia: libéreme, libéreme.

—Mañana...

—Oh, libéreme ahora, enseguida...

—Mañana volveremos a vernos, os digo. Vamos, y entretanto tened ánimo. Descansad. Debéis tener necesidad de alimento. Ahora os lo traerán.

—No, no; me muero si alguien entra aquí; me muero. Lléveme vuestra merced a la iglesia...; esos pasos Dios se los tendrá en cuenta.

—Vendrá una mujer a traeros de comer —dijo el Innominado; y, tras haberlo dicho, él mismo se quedó asombrado de que se le hubiera ocurrido tal recurso, y que hubiera sentido la necesidad de buscar uno, para tranquilizar a una mujercilla—. Y tú —prosiguió al punto, volviéndose a la vieja—, anímalas a que coma; métela en esa cama para que duerma; si te quiere en su compañía, bien; si no, una noche bien puedes dormir en el suelo. Dale ánimos, te digo, tenla contenta. ¡Y que no tenga quejas de ti!

Dicho esto, echó a andar rápidamente hacia la puerta. Lucia se levantó y corrió para detenerlo y renovar sus súplicas; pero había desaparecido.

—¡Oh, pobre de mí! Cerrad, cerrad enseguida. —Y, cuando hubo oído ajustarse las hojas y correr el pestillo, volvió a acurrucarse en su rincón—.

¡Oh, pobre de mí! —exclamó de nuevo, sollozando—. ¿A quién suplicaré ahora? ¿Dónde estoy? Decidme, decidme por caridad, ¿quién es ese señor..., el que me ha hablado?

—¿Quién es, eh? ¿Quién es? Queréis que os lo diga. Pues no lo esperéis. Como os protege, habéis criado soberbia; y queréis quedar satisfecha y complicarme a mí. Preguntádselo a él. Si yo os contentara en esto, no me tocarían esas buenas palabras que habéis oído vos.

«Yo soy vieja, soy vieja, —continuó murmurando entre dientes—. Malditas jóvenes, que siempre están guapas llorando y riendo, y tienen siempre razón».

Pero al oír sollozar a Lucia, y volviendo amenazadora a su mente la orden de su amo, se inclinó hacia la pobre acurrucada, y, con voz dulcificada, prosiguió:

—Vamos, no os he dicho nada malo; alegraos. No me preguntéis cosas que no os puedo decir; y, por lo demás, tened buen ánimo. ¡Oh, si supierais cuánta gente estaría contenta al oírlo hablar como os ha hablado a vos! Alegraos, que ahora mismo traerán comida; y yo, que entiendo... por la manera en que os ha hablado, serán cosas buenas. Y después os meteréis en la cama, y... me dejaréis un ladito también a mí, espero —agregó con una voz, a pesar suyo, enojada.

—No quiero comer, no quiero dormir. Dejadme en paz; no os acerquéis, ¡no os marchéis de aquí!

—No, no, vamos —dijo la vieja, retirándose y sentándose en una mala silla, desde donde echaba a la pobrecilla unas ojeadas de terror y de fastidio al mismo tiempo; y después miraba su cama, rabiando por verse quizá excluida de ella toda la noche y rezongando contra el frío.

Pero se alegraba con el pensamiento de la cena y con la esperanza de que también habría para ella. Lucia no advertía el frío, no sentía hambre, y, como aturdida, no tenía de sus dolores, de sus propios terrores sino una sensación confusa, similar a las imágenes soñadas por un calenturiento.

Se recobró cuando oyó llamar; y, alzando un rostro aterrado, gritó:

—¿Quién es? ¿Quién es? ¡Que no entre nadie!

—Nada, nada; buenas noticias —dijo la vieja—. Es Marta, que trae comida.

—¡Cerrad, cerrad! —gritaba Lucia.

—¡Hola! Ahora mismo, ahora mismo —respondía la vieja; y, cogiendo un cesto de manos de aquella Marta, la despidió, volvió a cerrar, y fue a dejar el cesto sobre una mesa en el centro del cuarto. Invitó después varias veces a

Lucia a disfrutar de aquellas buenas cosas. Empleaba las palabras más eficaces, en su opinión, para despertar el apetito de la pobrecilla, prorrumpía en exclamaciones sobre la exquisitez de los manjares—: ¡De esos bocados que, cuando las personas como nosotros pueden llegar a probarlos, tardan mucho en olvidarlos! Del vino que bebe el amo con sus amigos... ¡cuando llega uno de ellos...! ¡Y quieren estar alegres! ¡Hummm! —Pero, viendo que todos los halagos resultaban inútiles, dijo—: Sois vos la que no queréis. No vayáis después a decirle mañana que no os he animado. Comeré yo; y quedará más que de sobra para vos, cuando tengáis juicio, y queráis obedecer.

Dicho esto, se puso a comer ávidamente. Cuando estuvo saciada, se levantó, fue hacia el rincón e, inclinándose sobre Lucia, la invitó de nuevo a comer, para meterse después en la cama.

—No, no, no quiero nada —respondió esta, con voz débil y como soñolienta. Después, con más resolución, prosiguió—: ¿Está cerrada la puerta?, ¿está bien cerrada?

Y, tras haber mirado alrededor por el cuarto, se levantó y, con las manos adelante, con paso desconfiado, iba hacia aquel lado.

La vieja corrió antes que ella, extendió la mano al pestillo, lo sacudió y dijo:

—¿Oís? ¿Veis? ¿Está bien cerrada? ¿Estáis contenta ahora?

—¡Oh, contenta! ¡Contenta yo, aquí! —dijo Lucia, volviendo a acurrucarse en su rincón—. Pero ¡el Señor sabe quién soy!

—Venid a la cama; ¿qué queréis hacer ahí, echada como un perro? ¿Alguien ha visto rechazar las comodidades, cuando pueden tenerse?

—No, no; dejadme en paz.

—Sois vos la que lo queréis. Mirad, os dejo un buen sitio: me pongo en el borde; estaré incómoda por vos. Si queréis venir a la cama, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Recordad que os lo he rogado varias veces.

Diciendo esto, se metió en la cama vestida; y todo calló.

Lucia estaba inmóvil en el rincón, hecha un ovillo, con las rodillas levantadas, las manos apoyadas en las rodillas y el rostro escondido entre las manos. El suyo no era ni sueño ni vigilia, sino una rápida sucesión, una turbia alternación de pensamientos, imaginaciones, espantos. Ora, con más conciencia de sí, y recordando más claramente los horrores vistos y sufridos aquel día, se aplicaba dolorosamente a las circunstancias de la oscura y formidable realidad en la que se encontraba envuelta; ora su mente, transportada a una región más oscura aún, se debatía contra los fantasmas nacidos de la incertidumbre y del terror. Permaneció un rato con aquella

angustia; por fin, más cansada y abatida que nunca, extendió los entorpecidos miembros, se tumbó, o cayó tumbada, y quedó algún tiempo en un estado más semejante a un sueño de verdad. Pero de repente volvió en sí, como ante una llamada interior, y experimentó la necesidad de recobrase por entero, de reavivar todas sus ideas, de saber dónde estaba, cómo, por qué. Aguzó el oído ante un sonido: era el roncar lento, con estertores, de la vieja; abrió los ojos y vio una débil claridad que aparecía y desaparecía alternativamente: era la mecha del velón que, próxima a apagarse, arrojaba una luz trémula y al punto la retiraba, por así decirlo, como el ir y venir de la ola sobre la orilla; y aquella luz, huyendo de los objetos antes de que recibieran de ella relieve y color, presentaba a la vista solo una sucesión de batiburrillos. Pero muy pronto las recientes impresiones, reapareciendo en su mente, la ayudaron a distinguir lo que parecía confuso a los sentidos. La infeliz, despierta, reconoció su prisión: todas las memorias del horrible día transcurrido, todos los terrores por el futuro la asaltaron de una vez: aquella nueva quietud después de tantas agitaciones, aquella especie de reposo, aquel abandono en que la dejaban le infundían un nuevo espanto; la sobrecogió tal angustia que deseó morir. Mas en ese momento recordó que podía al menos rezar y, junto con este pensamiento, despuntó en su corazón una repentina esperanza. Cogió de nuevo su rosario y empezó a rezarlo; y, a medida que la oración salía de sus trémulos labios, el corazón sentía crecer una confianza indeterminada. De repente le pasó por la cabeza otro pensamiento: que su oración sería más grata y más favorablemente oída si, en su desolación, hacía alguna oferta. Se acordó de lo que más amaba, o de lo que más había amado, ya que, en ese momento, su ánimo no podía sentir otro afecto que el espanto, ni concebir otro deseo que la liberación; se acordó y decidió al punto hacer un sacrificio. Se levantó y se puso de rodillas, y, uniendo sobre el pecho las manos, de las que colgaba el rosario, alzó el rostro y las pupilas al cielo, y dijo:

—¡Oh, Virgen Santísima! ¡Vos, a quien me he encomendado tantas veces y que tantas veces me habéis consolado! ¡Vos, que habéis padecido tantos dolores y ahora sois tan gloriosa, y habéis hecho tantos milagros por los pobres atribulados! ¡Ayudadme! ¡Haced que salga de ese peligro, haced que vuelva salva con mi madre, Madre del Señor!, y hago voto de permanecer virgen; renuncio para siempre a ese pobrecillo, para no ser jamás sino vuestra.

Proferidas estas palabras, bajó la cabeza y se puso el rosario en torno al cuello, casi como una señal de consagración, y una salvaguardia al mismo tiempo, como una armadura de la nueva milicia a la que se había adscrito.

Sentándose otra vez en el suelo, sintió que entraba en su ánimo cierta

tranquilidad, una mayor confianza. Le vino a la memoria aquel «Mañana» repetido por el poderoso desconocido, y le pareció oír en aquella palabra una promesa de salvación. Los sentidos, fatigados de tanta lucha, se aplacaron poco a poco en aquel apaciguamiento de sus ideas; y finalmente, ya cerca del amanecer, con el nombre de su protectora trunco entre sus labios, Lucia se adormeció con un sueño perfecto y continuo.

Pero había algún otro en el mismo castillo que habría deseado hacer otro tanto, y no pudo. Tras partir, o casi escapar, del lado de Lucia, tras dar la orden para su cena, tras hacer la visita acostumbrada a ciertos lugares del castillo, siempre con aquella imagen viva en su mente y con aquellas palabras que resonaban en sus oídos, el caballero había ido a refugiarse en su cuarto, se había cerrado aprisa y corriendo, como si tuviera que atrincherarse contra una escuadra de enemigos, y desvestiéndose, también deprisa, se había metido en la cama. Pero aquella imagen, más presente que nunca, pareció decirle en ese momento: «Tú no dormirás». «¿Qué necia curiosidad de mujercilla —pensaba— me ha entrado por verla? Tiene razón ese animalote de Nibbio: uno ya no es hombre; es cierto, ¡ya no es hombre...! ¿Yo...? ¿No soy ya hombre, yo? ¿Qué ha ocurrido?, ¿qué diablo se me ha metido en el cuerpo?, ¿qué hay de nuevo? ¿No sabía yo antes de ahora que las mujeres chillan? Chillan también los hombres a veces, cuando no pueden rebelarse. ¡Qué diablos! ¿No he oído nunca gimotear a las mujeres?».

Y aquí, sin que se cansase mucho de rebuscar en la memoria, la memoria le presentó por sí sola más de un caso en el que ni plegarias ni lamentos lo habían disuadido de cumplir sus resoluciones. Pero el recuerdo de tales empresas no le devolvía la firme voluntad, que ya le faltaba, de cumplir esta, no apagaba en su ánimo aquella molesta piedad; despertaba en cambio una especie de terror, no sé qué rabia de arrepentimiento. De manera que le pareció un alivio volver a la primera imagen de Lucia, contra la cual había tratado de recobrar su valor. «Ella está viva —pensaba—, está aquí; estoy a tiempo; puedo decirle: “Marchaos, alegraos”, puedo ver ese rostro mudarse, le puedo decir incluso: “Perdonadme...”. ¿Perdonadme? ¿Yo pedir perdón?, ¿a una mujer? ¡Yo...! ¡Ah, sin embargo!, si una palabra, una palabra tal pudiera hacerme bien, quitarme de encima estos diablos, la diría, sí, siento que la diría. ¡A qué me he reducido! ¡No soy ya hombre, no soy ya hombre...! ¡Vamos! —dijo después, revolviéndose furiosamente en el lecho, que se había vuelto duro, muy duro, bajo las mantas pesadas, muy pesadas—. ¡Vamos!, son boberías que ya se me han metido en la cabeza otras veces. Pasará también esta».

Y, para hacerla pasar, estuvo buscando con el pensamiento alguna cosa importante, alguna de las que solían ocuparlo por entero, a la que aplicarlo todo; mas no halló ninguna. Todo le parecía cambiado: lo que antaño estimulaba más intensamente sus deseos ahora no tenía nada de deseable; la pasión, como un caballo repropio de golpe ante una sombra, no quería seguir adelante. Pensando en las empresas iniciadas y no acabadas, en lugar de animarse a su cumplimiento, en lugar de irritarse con los obstáculos (pues la ira en ese momento le habría parecido dulce), sentía una tristeza, casi un espanto de los pasos ya dados. El tiempo asomó ante él vacío de todo intento, de toda ocupación, de todo deseo, lleno solo de memorias intolerables; todas las horas, semejantes a aquella, que pasaba tan lenta, tan pesada sobre su cabeza... Alineaba en su fantasía a todos sus malandrines, y no encontraba una sola cosa que le importase mandarle a ninguno de ellos; más aún, la idea de volver a verlos, de encontrarse entre ellos, era un nuevo peso, una idea de asco y embarazo. Y cuando quiso encontrar una ocupación para el día siguiente, una obra factible, tuvo que pensar que al día siguiente podía dejar en libertad a aquella pobrecilla.

«La liberaré, sí; apenas despunte el día, correré a verla y le diré: “Marchaos, marchaos”. Haré que la acompañen... ¿Y la promesa?, ¿y el compromiso?, ¿y don Rodrigo?... ¿Quién es don Rodrigo?».

A guisa de quien se ve cogido por una pregunta inesperada y embarazosa de un superior, el Innominado pensó de inmediato en responder a esta que se había hecho él mismo, o más bien aquel nuevo «él» que, crecido terriblemente de golpe, surgía como para juzgar al antiguo. Estaba buscando, pues, las razones por las que, antes casi de que se lo rogaran, había podido resolverse a asumir el compromiso de hacer penar tanto, sin odio, sin temor, a una infeliz desconocida, para servir al otro; mas no conseguía encontrar razones que en aquel momento le pareciesen buenas para excusar el hecho, y no sabía casi explicarse a sí mismo cómo se había visto inducido a él. Aquella voluntad, más que una deliberación, había sido un movimiento instantáneo del ánimo, obediente a sentimientos antiguos, habituales, una consecuencia de mil hechos antecedentes; y el atormentado examinador de sí mismo se encontró engolfado, para darse razón de un solo hecho, en el examen de toda su vida. Muy hacia atrás, muy hacia atrás, de año en año, de empeño en empeño, de sangre en sangre, de atrocidad en atrocidad; cada una comparecía ante el ánimo consciente y nuevo, separada de los sentimientos que la habían hecho desear y cometer; comparecía con una monstruosidad que aquellos sentimientos no habían dejado entonces descubrir en ella. Eran todas suyas,

eran él: el horror de este pensamiento, que renacía con cada una de aquellas imágenes, pegado a todas, creció hasta la desesperación. Se sentó de golpe en la cama, echó de golpe mano a la pared junto al lecho, agarró una pistola, la descolgó y... en el momento de acabar con una vida convertida en insoportable, su pensamiento, sorprendido por un terror, por una inquietud superviviente, por así decirlo, se lanzó sobre el tiempo, que a pesar de todo continuaría transcurriendo después de su fin. Se imaginaba con pavor su cadáver deformado, inmóvil, a merced del más cobarde superviviente; la sorpresa, la confusión en el castillo, al día siguiente; todo en desbarajuste; él, sin fuerza, sin voz, arrojado quién sabe dónde. Imaginaba las conversaciones que se habrían tenido allí, en los alrededores, lejos; la alegría de sus enemigos. Incluso las tinieblas, incluso el silencio, le hacían ver en la muerte algo muy triste, espantoso; le parecía que no habría vacilado, si fuese de día, al aire libre, frente a la gente: lanzarse a un río y desaparecer. Y, absorto en estas contemplaciones tormentosas, alzaba y volvía a bajar, con una fuerza convulsiva del pulgar, el gatillo de la pistola, cuando relampagueó en su mente otro pensamiento. «Y si esa otra vida de la que me hablaron cuando era un muchacho, de la que hablan siempre, como si fuera una cosa segura; si esa vida no existe, si es una invención de los curas, ¿qué hago?, ¿por qué morir?, ¿qué importa lo que he hecho?, ¿qué importa?; lo mío es una locura... ¡Y si existe esa otra vida...!».

Ante tal duda, ante tal riesgo, lo abrumó una desesperación más negra, más grave, de la que no se podía escapar, ni siquiera con la muerte. Dejó caer el arma, y se llevaba las manos a la cabeza, entrechocando los dientes, temblando. De repente tornaron a su memoria palabras que había oído y vuelto a oír, unas horas antes: «¡Dios perdona tantas cosas por una obra de misericordia!». Y no tornaban ya con el acento de humilde súplica con que habían sido proferidas, sino con un sonido lleno de autoridad y que al mismo tiempo conducía a una remota esperanza. Fue aquel un momento de alivio: se quitó las manos de las sienes, y, con actitud más compuesta, clavó los ojos de la mente en aquella que había dicho esas palabras: y la veía no como su prisionera, sino como una suplicante, como quien dispensa gracias y consuelos. Esperaba ansiosamente el día, para correr a liberarla, a oír de su boca otras palabras de alivio y vida; se imaginaba que la llevaba él mismo con su madre. «¿Y después?, ¿qué haré mañana, el resto del día?, ¿qué haré pasado mañana?, ¿qué haré después de pasado mañana? ¿Y por la noche?, la noche, ¡que volverá dentro de doce horas! ¡Oh, la noche!, no, no, la noche». Y, volviendo a caer en el vacío penoso del futuro, buscaba en vano un empleo

del tiempo, una manera de pasar los días, las noches. Ora se proponía abandonar el castillo y marchar a países lejanos, donde nadie lo conociese, ni de nombre; pero sentía que él, él iría siempre consigo; ora renacía una hosca esperanza de recobrar el antiguo ánimo, los antiguos deseos; y que aquel era un delirio pasajero; ora temía el día, que debía mostrarlo a los suyos tan miserablemente mudado; ora suspiraba por él, como si tuviera que traer la luz también a sus pensamientos. Y he aquí que, justamente al alborar, pocos instantes después de que Lucia se hubiera dormido, he aquí que, así sentado e inmóvil, oyó llegar a sus oídos como una onda de sonidos no muy claros, mas que tenían no sé qué de alegre. Prestó atención, y reconoció un lejano campaneó de fiesta; y unos momentos después oyó también el eco del monte, que de vez en cuando repetía lánguidamente el concento y se confundía con él. Poco después oyó otro campaneó más próximo, también de fiesta; y después otro más. «¿Qué alegría hay? ¿Qué celebran todos estos?». Saltó de aquel lecho de espinas y semivestido corrió a abrir una ventana, y miró. Las montañas estaban semiveladas por la niebla; el cielo, más nuboso, era toda una nube cenicienta; pero, con la claridad que iba aumentando poco a poco, se distinguía, por el camino del fondo del valle, gente que pasaba, otra que salía de las casas y se encaminaban todos por la misma parte, hacia la salida, a la derecha del castillo, todos vestidos de fiesta y con una prontitud extraordinaria.

«¿Qué diablos les pasa a esos? ¿Qué hay de alegre en este maldito país? ¿Adónde va toda esa chusma?». Y, dando una voz a un bravo de confianza que dormía en una estancia contigua, le preguntó cuál era la razón de aquel movimiento. El otro, que sabía tanto como él, respondió que iría al punto a informarse. El caballero se quedó apoyado en la ventana, muy atento al movido espectáculo. Eran hombres, mujeres, niños, en grupos, por parejas, solos; uno, alcanzando a quien iba delante, se emparejaba con él; otro, saliendo de casa, se unía al primero que encontraba; y proseguían juntos, como amigos en un viaje convenido. Los ademanes indicaban manifiestamente una prisa y una alegría comunes; y aquel repique no concertado, pero simultáneo, de las diversas campanas, unas más próximas, otras menos, parecía, por así decirlo, la voz de aquellos gestos, y suplía las palabras que no podían llegar allá arriba. Miraba, miraba, y crecía en su corazón algo más que curiosidad por saber qué podía comunicar un transporte igual a tanta gente distinta.

XXII

Poco después, el bravo vino a informar de que, el día antes, el cardenal Federigo Borromeo, arzobispo de Milán, había llegado a ***, donde permanecería todo ese día; y que la noticia de su llegada, difundida por la noche en los pueblos del contorno, había animado a todos a ir a ver a aquel hombre; y se repicaba más por alegría que para advertir a la gente. El caballero, al quedarse solo, continuó mirando al valle, aún más pensativo. «¡Por un hombre! Todos presurosos, todos alegres, ¡por ver a un hombre! Y, sin embargo, cada uno de ellos tendrá su diablo que lo atormente. Pero nadie, nadie tendrá uno como el mío, ¡nadie habrá pasado una noche como la mía! ¿Qué tiene ese hombre para alegrar a tanta gente? Algunas monedas que distribuirá a la ventura... Pero no todos irán por la limosna. Bueno, algún gesto en el aire, alguna palabra... ¡Oh, si tuviese para mí palabras que pueden consolar!, ¡sí...! ¿Por qué no voy también yo? ¿Por qué no...? Iré, iré; quiero hablar con él; quiero hablarle a solas. ¿Qué le diré? Pues bien, lo que, lo que... ¡Oiré lo que pueda decirme ese hombre!».

Tomada confusamente esta resolución, acabó de vestirse aprisa, poniéndose una casaca de un corte que tenía algo de militar; cogió la pistola que había quedado sobre la cama y se la sujetó a un lado del cinto; en el otro, otra que descolgó de un clavo en la pared; puso también en el cinto su puñal; y, descolgando también de la pared una carabina casi tan famosa como él, se la puso en bandolera; cogió el sombrero, salió del cuarto y se dirigió antes de nada a aquel donde había dejado a Lucia. Puso la carabina en un rincón junto a la puerta y llamó, dejando oír al tiempo su voz. La vieja bajó de la cama de un salto y corrió a abrir. El caballero entró y, echando un vistazo al cuarto, vio a Lucia acurrucada en su rincón, inmóvil.

—¿Duerme? —preguntó en voz baja a la vieja—, ¿duerme allí? ¿Eran esas mis órdenes, desgraciada?

—Yo he hecho de todo —respondió ella—, pero no ha querido comer, no ha querido venir...

—Déjala dormir en paz; cuida de no molestarla; y cuando se despierte... Marta vendrá a la estancia contigua; y tú mandarás a buscar cualquier cosa que ella te pida. Cuando se despierte..., dile que yo..., que el amo ha salido por poco tiempo, que regresará y que... hará todo lo que ella quiera.

La vieja se quedó estupefacta, pensando para sus adentros: «¿Será esta alguna princesa?».

El caballero salió, recogió su carabina, mandó a Marta a hacer antesala, mandó al primer bravo que encontró a hacer guardia, para que nadie salvo aquella mujer pusiera el pie en el cuarto; y después salió del castillo y empezó a bajar la cuesta, a escape.

El manuscrito no dice cuánto había del castillo al pueblo donde estaba el cardenal; pero de los hechos que estamos a punto de narrar se deduce que no debía de haber más de un largo paseo. Eso no podría inferirse solo por la afluencia de los habitantes del valle, e incluso de gente más lejana, a aquel pueblo, ya que en las memorias de aquellos tiempos hallamos que desde veinte o más millas llegaban gente en tropel, para ver a Federigo.

Los bravos con quienes tropezaba en la cuesta se detenían respetuosamente al pasar el caballero, esperando por si tenía órdenes que darles, o si quería llevarlos consigo, para alguna expedición; y no sabían qué pensar de su aspecto, y de las ojeadas que les echaba en respuesta a sus reverencias.

Cuando estuvo en el camino público, lo que dejaba asombrados a los transeúntes era verlo sin séquito. Por lo demás, todos le hacían sitio, abriéndole un paso que habría bastado también para el séquito, y quitándose respetuosamente el sombrero. Llegado al pueblo, encontró una gran muchedumbre; pero su nombre pasó al punto de boca en boca, y la muchedumbre se abría. Se acercó a uno y le preguntó dónde estaba el cardenal. «En casa del cura», respondió, inclinándose, y le indicó dónde era. El caballero se dirigió hacia allí, entró en un patizuelo donde había muchos sacerdotes, que lo miraron todos con una atención asombrada y desconfiada. Vio enfrente una puerta de par en par que daba a una salita, donde estaban congregados otros muchos sacerdotes. Se quitó la carabina y la apoyó en un rincón del patio; después entró en la salita; y también allí, ojeadas, susurros, un nombre repetido, y silencio. Él, volviéndose a uno de ellos, le preguntó dónde estaba el cardenal, pues quería hablarle.

—Yo soy forastero —respondió el interrogado y, echando una ojeada alrededor, llamó al capellán crucífero, que en un rincón de la salita estaba justamente diciendo en voz baja a un compañero suyo:

—¿Ese?, ¿el famoso? ¿Qué vendrá a hacer aquí? ¡Dios nos libre!

Pero ante la llamada, que resonó en el silencio general, tuvo que acudir; hizo una reverencia al Innominado, escuchó lo que deseaba, y, alzando con inquieta curiosidad los ojos hacia aquel rostro y volviéndolos a bajar de inmediato, se quedó suspenso un poco, y después dijo, o balbució:

—No sé si su ilustrísima... en este momento... se encuentra... está... puede... Bueno, voy a ver.

Y se fue de mal grado a llevar la embajada a la estancia contigua, donde se encontraba el cardenal.

En este punto de nuestra historia, no podemos dejar de entretenernos un poco, como el viandante, rendido y triste tras mucho caminar por un terreno árido y salvaje, se demora y pierde un poco de tiempo a la sombra de un hermoso árbol, sobre la hierba, junto a una fuente de agua viva. Hemos tropezado con un personaje cuyo nombre y memoria, al asomar en cualquier momento a la mente, la recrean con una plácida emoción de reverencia y con una jovial sensación de simpatía, ¡cuánto más después de tantas imágenes de dolor, después de la contemplación de una múltiple y enojosa perversidad! Es absolutamente preciso que gastemos cuatro palabras en torno a este personaje; a quien no interese oírlas, y tenga ganas de proseguir con la historia, salte sin más al capítulo siguiente.

Federigo Borromeo, nacido en 1564, fue uno de esos hombres, raros en todos los tiempos, que han empleado un ingenio egregio, todos los medios de una gran opulencia, todas las ventajas de una condición privilegiada, un continuo intento, en la búsqueda y el ejercicio de lo mejor. Su vida es como un arroyo que, brotando límpido de la roca, sin estancarse ni enturbiarse nunca, en una larga carrera por diversos terrenos, va límpido a desembocar en el río. Entre comodidades y pompas, escuchó desde la puericia esas palabras de abnegación y humildad, esas máximas sobre la vanidad de los placeres, sobre la injusticia del orgullo, sobre la verdadera dignidad y los verdaderos bienes, que, sentidas o no sentidas en los corazones, se transmiten de una generación a otra, en la más elemental enseñanza de la religión. Escuchó, digo, esas palabras, esas máximas, las tomó en serio, las apreció, las encontró verdaderas; vio que no podían ser verdaderas otras palabras y otras máximas opuestas, que también se transmiten de generación en generación, con la misma seguridad y a veces por los mismos labios; y se propuso tomar por norma de las acciones y de los pensamientos las que eran verdad. Persuadido de que la vida no está destinada a ser un peso para muchos, y una fiesta para

algunos, sino para todos un empleo, del que cada uno tendrá que dar cuenta, comenzó desde niño a pensar en cómo podía hacer útil y santa la suya.

En 1580 manifestó la resolución de consagrarse al ministerio eclesiástico, y tomó el hábito de manos de su primo Carlo, a quien una fama ya desde entonces antigua y universal alababa como santo. Entró poco después en el colegio fundado por este en Pavía, y que lleva aún el nombre de la familia; y allí, aplicándose asiduamente a las ocupaciones que encontró prescritas, asumió otras dos por su voluntad: fueron enseñar la doctrina cristiana a los más rudos y desvalidos del pueblo, y visitar, servir, consolar y socorrer a los enfermos. Se valió de la autoridad que todo le conciliaba en aquel lugar para atraer a sus compañeros a secundarlo en dichas obras; y en toda cosa honesta y provechosa ejerció una primacía de ejemplo, una primacía que sus dotes personales habrían bastado acaso para procurarles, aunque hubiera sido el ínfimo por su condición. Las ventajas de otro género que la suya habría podido proporcionarle no solo no las buscó, sino que puso toda su industria en esquivarlas. Quiso una mesa más bien pobre que frugal, usó un vestuario más bien pobre que sencillo; y, en conformidad con esto, todo su tenor de vida y su conducta. Y nunca creyó que debía cambiarlos, aun cuando algunos allegados lo reprendieran y se lamentasen de que envilecía así la dignidad de la casa. Tuvo que sostener otra guerra con los maestros, los cuales, furtivamente y como por sorpresa, trataban de ponerle delante, encima, alrededor algunos objetos más señoriales, algo que lo hiciera distinguirse de los demás y figurar como el príncipe del lugar; ya porque creyesen resultar a la larga bienquistos con esto, ya porque los moviera esa fuerza servil que se envanece y recrea con el esplendor ajeno, ya porque fueran de esos prudentes que recelan tanto de la virtud como de los vicios, predicán siempre que la perfección está en el medio, y el medio lo fijan justamente en el punto al que ellos han llegado y donde se encuentran cómodos. Federigo, en lugar de dejarse vencer por estos intentos, reprendió a quienes los hacían; y esto entre la pubertad y la juventud.

Ciertamente no es de admirar que, mientras vivió el cardenal Carlo, veintiséis años mayor que él, ante aquella presencia grave, solemne, que expresaba tan a lo vivo la santidad y recordaba sus obras, y a la cual, de haber sido necesario, se habría añadido a cada momento la autoridad de la veneración manifiesta y espontánea de los circunstantes, fueran quienes fuesen en número y calidad, el Federigo niño y jovencito intentase amoldarse a la conducta y a las ideas de tal superior; pero es mucho más notable que, después de la muerte de este, nadie hubiera podido advertir que a Federigo,

entonces de veinte años, le faltaba un guía y un censor. La creciente fama de su ingenio, de su doctrina y de su piedad, el parentesco y los empeños de más de un poderoso cardenal, el crédito de su familia, su propio apellido, al que Carlo había unido casi en las mentes una idea de santidad y preeminencia, todo lo que debe, y todo lo que puede conducir a los hombres a las dignidades eclesiásticas, concurría a pronosticárselas. Pero él, persuadido de corazón de lo que nadie que profese el cristianismo puede negar con los labios, de que no es justa la superioridad de un hombre sobre los hombres, sino en su servicio, temía las dignidades y trataba de eludirlas; no, ciertamente, porque huyese de servir al prójimo, pues pocas vidas se gastaron en esto como la suya; sino porque no se consideraba bastante digno ni capaz de tan alto y peligroso servicio. Por ello, cuando en 1595 Clemente VIII le propuso el arzobispado de Milán, se mostró fuertemente turbado, y lo rechazó sin vacilar. Después cedió ante el mandato expreso del papa.

Semejantes demostraciones no son, ¿quién lo ignora?, difíciles ni raras; y la hipocresía no necesita mayor esfuerzo de ingenio para hacerlas que la sátira para ridiculizarlas, en cualquier caso. Pero ¿dejan quizá por eso de ser expresión natural de un sentimiento virtuoso y sabio? La vida es la piedra de toque de las palabras; y las palabras que expresan ese sentimiento, aunque hubieran pasado por los labios de todos los impostores y de todos los burlones del mundo, serán siempre hermosas, cuando van precedidas o seguidas por una vida de desinterés y de sacrificio.

En Federigo arzobispo apareció un singular y continuo esmero en no tomar para sí, de riquezas, de tiempo, de cuidados, de todo él en suma, sino lo rigurosamente necesario. Decía, como todos dicen, que las rentas eclesiásticas son patrimonio de los pobres; cómo entendía semejante máxima, se verá por lo siguiente. Quiso que se calculase a cuánto podía ascender su manutención y la de su servidumbre; y, habiéndosele dicho que seiscientos escudos (se llamaba entonces escudo a esa moneda de oro que, manteniendo siempre el mismo peso y valor, se llamó después cequí), dio orden de que cada año se pagara otro tanto de su caja particular a la arzobispal, pues no creía que, siendo él riquísimo, fuera lícito vivir de otro patrimonio. Y lo suyo lo medía de manera tan parca y sutil que cuidaba de no desechar un vestido antes de que estuviera raído; aunque uniendo, como observaron los escritores contemporáneos, al genio de la sencillez el de una exquisita limpieza, dos hábitos verdaderamente notables en aquella época sucia y fastuosa. De la misma manera, para que nada se desperdiciase de las sobras de su frugal mesa, las destinó a un hospicio de pobres; y uno de ellos, por orden suya,

entraba todos los días en el comedor a recoger lo que hubiera quedado. Estos cuidados podrían acaso inducir a la idea de una virtud sórdida, miserable, angustiosa, de una mente enredada en minucias e incapaz de designios elevados, si no estuviera en pie la biblioteca ambrosiana, que Federigo ideó, con animosa magnificencia, y erigió, con grandes dispendios, desde sus cimientos; para proveerla de libros y de manuscritos, amén de la donación de los ya reunidos con gran diligencia y gasto por él, envió a ocho hombres, de los más cultos y expertos que pudo disponer, a hacer acopio de ellos en Italia, en Francia, en España, en Alemania, en Flandes, en Grecia, en el Líbano, en Jerusalén. Consiguió así reunir cerca de treinta mil volúmenes impresos y catorce mil manuscritos. Unió a la biblioteca un colegio de doctores (fueron nueve, pensionados por él mientras vivió; después, al no bastar para ese gasto las entradas ordinarias, se redujeron a dos); y su oficio era cultivar varios estudios: teología, historia, letras, antigüedades eclesiásticas, lenguas orientales, con la obligación cada uno de publicar algún trabajo sobre la materia que tenía asignada; unió a él otro colegio llamado por él trilingüe, para el estudio de las lenguas griega, latina e italiana; y un colegio de alumnos que serían instruidos en esas facultades y lenguas, para enseñarlas un día; le unió una imprenta de lenguas orientales, es decir, de la hebrea, la caldea, la arábica, la persiana y la armenia; una galería de cuadros, otra de estatuas, y una escuela de las tres principales artes del dibujo. Para estas pudo encontrar profesores ya formados; para el resto, hemos visto qué quehacer le dio la recogida de libros y manuscritos; ciertamente, más difíciles de encontrar debían de ser los tipos de aquellas lenguas, mucho menos cultivadas entonces en Europa que en el presente; y, más aún que los tipos, los hombres. Bastará con decir que, de nueve doctores, cogió ocho entre los jóvenes alumnos del seminario; y de esto se puede inferir qué juicio le merecían los estudios consumados y las reputaciones hechas de la época, juicio conforme al que parece haber dado la posteridad, olvidando unos y otras. En las reglas que estableció para el uso y el gobierno de la biblioteca, se ve un intento de utilidad perpetua, no solo hermoso en sí, sino en muchas partes sabio y delicado, muy por encima de las ideas y de los hábitos comunes en la época. Prescribió al bibliotecario que mantuviese trato con los hombres más doctos de Europa, para recibir de ellos noticias sobre el estado de las ciencias y aviso de los libros mejores que aparecieran en cada género, y comprarlos; le prescribió que indicase a los estudiosos los libros que no conocieran y que pudieran serles útiles; ordenó que a todos, fueran naturales o forasteros, se diesen facilidades y tiempo para servirse de ellos, según las necesidades. Tal

intención parecerá hoy más que natural e identificada con la fundación de una biblioteca; entonces no era así. Y en una historia de la ambrosiana, escrita (con la construcción y elegancia comunes del siglo) por cierto Pierpaolo Bosca, que fue bibliotecario tras la muerte de Federigo, se anota expresamente, como cosa singular, que en esta librería, erigida por un particular, casi toda a sus expensas, los libros habían de estar expuestos a la vista del público, habían de darse a cualquiera que los pidiese, dándole también asiento, y papel, pluma y tintero, para tomar los apuntes que pudiera necesitar; mientras que, en cualquier otra insigne biblioteca pública de Italia, los libros ni siquiera eran visibles, sino que estaban encerrados en armarios, de donde no salían sino por gentileza de los bibliotecarios, cuando accedían a dejarlos ver un momento; en cuanto a dar a los concurrentes la comodidad de estudiar, ni se le pasaba a nadie por la cabeza. De modo que enriquecer tales bibliotecas equivalía a sustraer libros al uso común: uno de esos cultivos, de los que existían y existen todavía muchos, que esterilizan el campo.

No preguntéis cuáles han sido los efectos de esta fundación de Borromeo sobre la cultura pública; resultaría fácil demostrar con dos frases, en el modo con que suele demostrarse, que fueron milagrosos, o que no fueron nada; buscar y explicar, hasta cierto punto, cuáles han sido realmente, sería algo muy trabajoso, de poca sustancia y fuera de lugar. Pero pensad cuán generoso, cuán juicioso, cuán benévolo, cuán perseverante debió de ser quien quiso tal cosa, la quiso de esa manera y la realizó, en medio de la ignorancia, la inercia, la antipatía general por toda aplicación a los estudios; y por consiguiente en medio de los «¿Qué importa?» y «¿No hay otras cosas en qué pensar?» y «¡Qué gran invento!», «Lo que faltaba», y similares, que habrán sido ciertamente más que los escudos gastados por él en aquella empresa, que fueron ciento cinco mil, la mayoría suyos.

Para llamar a tal hombre sumamente beneficioso y liberal, puede parecer que no sea preciso saber si gastó otros muchos en el socorro inmediato de los necesitados; y acaso hay todavía quien piensa que los gastos de esta clase, y casi diría yo todos los gastos, son la mejor y más útil limosna. Pero Federigo consideraba la limosna propiamente dicha como un deber principalísimo; y en esto, como en lo demás, sus hechos fueron concordes con su opinión. Su vida fue un continuo prodigarse a los pobres; y, a propósito de esta misma carestía de la que ya ha hablado nuestra historia, tendremos ocasión dentro de poco de referir algunos rasgos, por los que se verá cuánta sabiduría y cuánta amabilidad supo poner también en esta liberalidad. De los muchos ejemplos singulares que de tal virtud han anotado sus biógrafos, citaremos aquí uno

solo. Habiéndose enterado de que un noble empleaba artificios y vejámenes para que se metiera monja una hija suya, la cual deseaba casarse, mandó llamar al padre; y arrancándole de la boca que el verdadero motivo de aquella vejación era el no disponer de cuatro mil escudos que, según él, habrían sido necesarios para casar a su hija convenientemente, Federigo la dotó con cuatro mil escudos. Quizá a alguien le parecerá una largueza excesiva, no bien ponderada, demasiado condescendiente con los necios caprichos de un soberbio; y que cuatro mil escudos podían emplearse mejor de otras mil maneras. A esto nada tenemos que responder, salvo que sería de desear que se vieran con frecuencia excesos de una virtud tan libre de las opiniones dominantes (cada época tiene las suyas), tan independiente de la tendencia general, como fue en este caso la que movió a un hombre a dar cuatro mil escudos, para que a una joven no la metieran monja.

La caridad inagotable de este hombre, tanto como en el dar, se destacaba en todo su comportamiento. Afable con todos, creía deber especialmente a quienes se llaman de baja condición un rostro jovial, una cortesía afectuosa; tanto más, cuanto menos encuentran en el mundo. Y también en esto tuvo que luchar con los caballeros del *ne quid nimis*^[43], los cuales, en todo, habrían querido mantenerlo en sus límites, es decir, en los límites de ellos. Uno de estos, una vez que, durante la visita a un pueblo montañoso y salvaje, Federigo instruía a unos niños pobres, y entre las preguntas y la enseñanza, los acariciaba amorosamente, le advirtió que usase de más cautela al hacer tantas caricias a aquellos muchachos, porque eran demasiado sucios y repugnantes; como si supusiera, el buen hombre, que Federigo no tenía bastante sentido para hacer tal descubrimiento, ni la bastante perspicacia para hallar por sí solo aquel recurso tan fino. Tal es, en ciertas condiciones de tiempos y de cosas, la desventura de los hombres elegidos para ciertas dignidades: que, mientras muy raramente encuentran quien les advierta sus fallos, nunca falta gente animosa que los reprenda cuando obran bien. Mas el buen obispo, no sin cierto enojo, respondió:

—Son mis almas, y quizá no volverán a verme nunca la cara, ¿y no queréis que los abrace?

Muy raro era empero el enojo en él, admirado por la suavidad de sus modales, por una calma imperturbable que podría atribuirse a una extraordinaria felicidad de temperamento, cuando era el efecto de una constante disciplina sobre una índole viva y enojadiza. Si alguna vez se mostró severo, e incluso brusco, fue con los pastores subordinados a él a quienes descubría culpables de avaricia o negligencia o de otras tachas

especialmente opuestas al espíritu de su noble ministerio. En todo lo que podía tocar a su interés, o a su gloria temporal, nunca daba señales de gozo, ni de disgusto, ni de ardor, ni de agitación: admirable si estos movimientos no se despertaban en su ánimo; más admirable si se despertaban. En los muchos cónclaves a los que asistió, alcanzó el concepto de no haber aspirado jamás a ese puesto tan deseable para la ambición, y tan terrible para la piedad; y, una vez que un colega, que contaba mucho, vino a ofrecerle su voto y los de su facción (fea palabra, mas era la que usaban), Federigo rechazó la propuesta de un modo tal que aquel abandonó la idea y se dirigió a otro. Esta misma modestia, esta aversión a predominar, aparecía igualmente en las ocasiones más comunes de la vida. Atento e infatigable para disponer y gobernar, donde consideraba que era su deber hacerlo, siempre huyó de mezclarse en los asuntos ajenos; más aún, si lo buscaban, se excusaba cuanto podía de ingerirse en ellos; discreción y reserva nada comunes, como todos saben, en los hombres celosos del bien, como era Federigo.

Si quisiéramos abandonarnos al placer de reunir los rasgos notables de su carácter, resultaría ciertamente un conjunto singular de méritos en apariencia opuestos y de seguro difíciles de encontrar unidos. Mas no omitiremos señalar otra singularidad de aquella hermosa vida, que, llena como estuvo de actividad, de gobierno, de funciones, de enseñanza, de audiencias, de visitas diocesanas, de viajes, de contrastes, el estudio no solo tuvo en ella una parte, sino que esta fue tanta que habría bastado para un literato de profesión. Y, en efecto, entre otros diversos títulos de alabanza, Federigo alcanzó también, entre sus contemporáneos, el de hombre docto.

No debemos, sin embargo, disimular que sostuvo con firme persuasión y defendió en la práctica, con larga constancia, opiniones que en el día de hoy parecerían más bien extrañas que mal fundadas; y digo incluso a aquellos que tendrían muchas ganas de encontrarlas justas. Quien quisiera defenderlo en esto alegaría esa excusa tan corriente y aceptada que eran errores de su tiempo más que suyos; excusa que, en ciertas cosas, y cuando resulta del examen particular de los hechos, puede tener algún valor, y hasta mucho; pero que, aplicada así desnuda y a ciegas, como de ordinario se hace, no significa nada. Por ello, no queriendo resolver con fórmulas simples cuestiones complicadas, ni alargar en exceso un episodio, omitimos exponerlas; bastándonos con haber aludido de pasada a que, hombre tan admirable en conjunto, no pretendemos que lo fuera igualmente en todo, para que no parezca que hemos querido escribir una oración fúnebre.

No es sin duda agraviar a nuestros lectores el suponer que alguno de ellos pregunte si este hombre dejó algún monumento de tanto ingenio y de tanto estudio. ¡Que si dejó! Unas cien son las obras que de él quedan, entre grandes y pequeñas, entre latinas e italianas, entre impresas y manuscritas, que se conservan en la biblioteca por él fundada: tratados de moral, oraciones, disertaciones de historia, de antigüedad sagrada y profana, de literatura, de arte y otras.

«¿Y cómo es —dirá ese lector— que tantas obras se han olvidado, o al menos se conocen tan poco, se buscan tan poco? ¿Cómo es que, con tanto ingenio, con tanto estudio, con tanto conocimiento de los hombres y de las cosas, con tanto meditar, con tanta pasión por lo bueno y lo bello, con tanta pureza de ánimo, con tantas otras de las cualidades que hacen un gran escritor, este, en cien obras, no nos ha dejado ni siquiera una de esas que tienen por insignes incluso quienes no las aprueban del todo, y cuyo título conoce incluso quien no las lee? ¿Cómo es que, todas juntas, no han bastado para procurar a su nombre, al menos con su número, una fama literaria entre la posteridad?».

La pregunta es razonable, sin duda, y la cuestión, muy interesante; porque las razones de este fenómeno se encontrarían observando muchos hechos generales; y, una vez encontradas, llevarían a la explicación de otros muchos fenómenos semejantes. Pero serían muchas y prolijas, y quizá no os hicieran gracia, o torcierais la nariz con ellas. De modo que mejor será que reanudemos el hilo de la historia, y que, en vez de parlotear por más tiempo en torno a este hombre, vayamos a verlo en acción con la guía de nuestro autor.

XXIII

El cardenal Federigo, mientras esperaba la hora de ir a la iglesia para celebrar los divinos oficios, estaba estudiando, como solía hacer en todos los ratos perdidos, cuando entró el capellán crucífero, con rostro alterado.

—¡Una extraña visita, verdaderamente extraña, monseñor ilustrísimo!

—¿Quién es? —preguntó el cardenal.

—Nada menos que el caballero de... —prosiguió el capellán; y, recalcando las sílabas con gran significación, pronunció aquel nombre que no podemos escribir para nuestros lectores. Después agregó—: Está ahí fuera en persona; y pide nada menos que ser introducido donde usía ilustrísima.

—¡Él! —dijo el cardenal, con rostro animado, cerrando el libro y levantándose de su asiento—: ¡Que entre!, ¡que entre al instante!

—Pero... —replicó el capellán, sin moverse— vuestra señoría ilustrísima debe saber quién es: el proscrito, el famoso...

—¿Y no es una fortuna para un obispo que en semejante hombre haya nacido el deseo de venir a verlo?

—Pero... —insistió el capellán—, nosotros no podemos nunca hablar de ciertas cosas, porque monseñor dice que son chismes; mas, llegado el caso, me parece que es un deber... El cielo granjea enemigos, monseñor; y sabemos positivamente que más de un truhan ha osado jactarse de que un día u otro...

—¿Y qué han hecho? —interrumpió el cardenal.

—Digo que este es un concertador de delitos, un desesperado que tiene relaciones con los desesperados más furiosos, y que pudiera ser enviado...

—¡Oh!, ¿qué disciplina es esta —interrumpió de nuevo Federigo, sonriendo— de que los soldados exhorten al general a tener miedo? —Después, serio y pensativo, continuó—: San Carlos no se habría hallado en el caso de debatir si recibía o no a tal hombre: habría ido a buscarlo. Hacedlo entrar al instante: ha esperado ya demasiado.

El capellán echó a andar, diciendo entre sí: «No hay remedio: todos estos santos son obstinados».

Abierta la puerta y asomándose a la estancia donde se hallaban el caballero y la compañía, vio que esta se había agolpado a un lado, cuchicheando y mirando de reojo a aquel, al que habían dejado solo en un rincón. Se dirigió hacia él; y mientras lo miraba de arriba a abajo, como mejor podía, con el rabillo del ojo, pensaba qué diablo de armería podía estar oculta bajo la casaca; y que, verdaderamente, antes de hacerlo entrar, habría debido proponerle al menos... pero no supo decidirse. Se le acercó, y dijo:

—Monseñor espera a vuestra señoría. Sírvasse venir conmigo.

Y precediéndolo entre aquella pequeña muchedumbre, que al punto se abrió, echaba a diestra y siniestra ojeadas que significaban: «¿Qué queréis?, ¿no sabéis también vosotros que siempre obra a su manera?».

Apenas introducido el Innominado, Federigo fue a su encuentro, con rostro solícito y sereno, y con los brazos abiertos, como con una persona deseada; e hizo al instante un gesto al capellán para que saliese, el cual obedeció.

Los dos que se habían quedado permanecieron un poco sin hablar, y de diverso modo suspensos. El Innominado, que se había visto como arrastrado allí por la fuerza de un frenesí inexplicable, más que conducido por un plan determinado, estaba como a la fuerza, desgarrado por dos pasiones contrarias, el deseo y la esperanza confusa de encontrar un alivio para su tormento interior, y por otra parte una ira, una vergüenza de acudir allí como un arrepentido, como un sometido, como un miserable, a confesarse culpable, a implorar a un hombre; y no encontraba palabras, ni casi las buscaba. Sin embargo, alzando los ojos hacia el rostro de aquel hombre, se sentía penetrado cada vez más por un sentimiento de veneración imperioso y suave a la par, que, aumentando su confianza, mitigaba su despecho, y, sin atacar al orgullo de frente, lo abatía y le imponía silencio, por así decirlo.

La presencia de Federigo era, en efecto, una de esas que anuncian una superioridad, y la hacen amar. Su porte era naturalmente modesto, y casi involuntariamente majestuoso, nada encorvado ni entorpecido por los años; ojos graves y vivos, frente serena y pensativa; con la canicie, en la palidez, entre las señales de la abstinencia, de la meditación, de la fatiga, una especie de virginal lozanía; todos los rasgos del rostro indicaban que, en otras épocas, había tenido lo que propiamente se llama belleza; el hábito de pensamientos solemnes y benévolos, la paz interior de una larga vida, el amor a los hombres, la alegría continua de una inefable esperanza la habían sustituido por una belleza senil, me atrevería a decir, que sobresalía aún más con la magnífica sencillez de la púrpura.

Él también tuvo, unos momentos, clavada en el aspecto del Innominado su mirada penetrante, ejercitada desde hacía tiempo en colegir por los semblantes los pensamientos; y, bajo aquella hosquedad y aquella turbación, le pareció descubrir cada vez más alguna cosa conforme con la esperanza que concibió ante el anuncio de tal visita. Dijo, muy animado:

—¡Oh! ¡Qué valiosa visita es esta! ¡Y cuánto debo agradecerlos una resolución tan buena, aunque para mí tenga algo de reproche!

—¡Reproche! —exclamó el caballero asombrado, pero dulcificado por aquellas palabras y aquellos modales, y contento de que el cardenal hubiera roto el hielo e iniciado una conversación.

—Cierto, es un reproche —prosiguió aquel—, pues he dejado que os anticiparais, cuando, hace mucho tiempo, en muchas ocasiones, habría yo debido ir a veros.

—¿A verme, vos? ¿Sabéis quién soy? ¿Os han dicho bien mi nombre?

—Y este consuelo que siento y que, con seguridad, se manifiesta en mi aspecto, ¿os parece que iba a experimentarlo ante el anuncio, ante la vista de un desconocido? Sois vos quien me lo hacéis experimentar; vos, digo, a quien habría debido buscar; vos, a quien al menos he amado tanto, por quien tanto he llorado y rogado; vos, aquel de mis hijos, y los amo de corazón a todos, a quien más habría deseado acoger y abrazar, si hubiera podido esperarlo. Pero Dios sabe obrar Él solo maravillas, y suple la debilidad, la lentitud de sus pobres siervos.

El Innominado estaba atónito ante aquel modo de hablar tan inflamado, ante aquellas palabras, que respondían tan resueltamente a lo que no había dicho aún, ni estaba muy decidido a decir; y conmovido, aunque aturdido, guardaba silencio.

—¿Y qué? —prosiguió, aún más afectuosamente, Federigo—. ¿Tenéis una buena noticia que darme, y me hacéis suspirar tanto por ella?

—¿Una buena noticia, yo? Tengo el infierno en el corazón, ¿cómo os daría una buena noticia? Decidme vos, si lo sabéis, cuál es la buena noticia que esperáis de alguien como yo.

—Que Dios os ha tocado el corazón y quiere haceros suyo —respondió pacíficamente el cardenal.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Si yo lo viera! ¡Si lo sintiera! ¿Dónde está ese Dios?

—¿Y me lo preguntáis? ¿Vos? ¿Quién lo tiene más cerca que vos? ¿No lo sentís en vuestro corazón, que os oprime, que os agita, que no os deja en paz, y al mismo tiempo os atrae, os hace presentir una esperanza de tranquilidad,

de consuelo, de un consuelo que será pleno, inmenso, en cuanto vos lo reconozcáis, lo confeséis, le imploréis?

—¡Oh, sí!, tengo algo que me oprime, que me consume. Pero ¡Dios! Si existe ese Dios, si es lo que dicen, ¿qué queréis que haga conmigo?

Estas palabras fueron dichas con un acento desesperado; mas Federigo, con un tono solemne, como de plácida inspiración, respondió:

—¿Qué puede hacer Dios con vos?, ¿qué quiere hacer? Una muestra de su poder y de su bondad; quiere sacar de vos una gloria que nadie más podría darle. De que el mundo clame desde hace tanto tiempo contra vos, de que mil y mil voces detesten vuestras obras... —dijo, y el Innominado se conmovió y se quedó estupefacto un momento al oír aquel lenguaje tan insólito, más estupefacto aún al no experimentar enfado, sino casi un alivio—, ¿qué gloria —proseguía Federigo— resulta a Dios? Son voces de terror, son voces de interés; acaso también voces de justicia, ¡mas de una justicia tan fácil, tan natural!; algunas acaso, por desgracia, de envidia de vuestro aciago poder, de vuestra deplorable, hasta hoy, firmeza de ánimo. Pero cuando vos mismo os alcéis para condenar vuestra vida, para acusaros a vos mismo, entonces, ¡entonces Dios será glorificado! ¿Y preguntáis qué puede hacer Dios con vos? ¿Quién soy yo, un pobre hombre, para deciros de antemano el provecho que pueda obtener de vos semejante Señor?, ¿lo que Él pueda hacer con esa voluntad impetuosa, con esa imperturbable constancia, cuando la haya animado, inflamado de amor, de esperanza, de arrepentimiento? ¿Quién sois vos, pobre hombre, para pensar que habéis sabido imaginar y hacer cosas más grandes en el mal, de las que Dios puede haceros querer y obrar en el bien? ¿Qué puede Dios hacer con vos? ¿Y perdonaros?, ¿y salvaros?, ¿y cumplir en vos la obra redentora? ¿No son cosas magníficas y dignas de Él? Oh, pensad que si yo, un gusano, un miserable, y al mismo tiempo tan engreído, yo tal cual soy, me aflijo tanto ahora por vuestra salvación, que por ella daría con gaudio (Él es testigo) los pocos días que me quedan, ¡oh, pensad cuánta, cuál, debe de ser la caridad de Aquel que infunde en mí esta tan imperfecta, mas tan viva! ¡Cómo os ama, cómo os quiere Aquel que me manda y me inspira un amor por vos que me devora!

A medida que estas palabras salían de sus labios, el rostro, la mirada, cada movimiento, exhalaba su sentido. La cara de su oyente, antes trastornada y convulsa, se quedó al principio atónita y atenta; después se compuso en una emoción más honda y menos angustiosa; sus ojos, que desde la infancia no conocían las lágrimas, se arrasaron; cuando las palabras hubieron cesado, se

cubrió el rostro con las manos y prorrumpió en un copioso llanto que fue como la última y más clara respuesta.

—¡Dios grande y bueno! —exclamó Federigo, alzando los ojos y las manos al cielo—, ¿qué he hecho yo, siervo inútil, pastor soñoliento, para que Vos me llamaseis a este convite de gracia, para que me hicierais digno de asistir a tan jocundo prodigio?

Y, diciendo esto, extendió la mano para coger la del Innominado.

—¡No! —gritó este—, ¡no!, apartaos de mí, apartaos: no ensuciéis esa mano inocente y benéfica. No sabéis todo lo que ha hecho esta que queréis estrechar.

—Dejadme —dijo Federigo, cogiéndosela con amorosa violencia—, dejadme que estreche esta mano que reparará tantos yerros, que derramará tantos beneficios, que aliviará a tantos afligidos, que se extenderá desarmada, pacífica, humilde, a tantos enemigos.

—¡Es demasiado! —dijo, sollozando, el Innominado—. Dejadme, monseñor; buen Federigo, dejadme. Una multitud de gente os espera: tantas almas buenas, tantos inocentes, tantos llegados de lejos, para veros una vez, para oíros, ¿y vos os entretenéis...? ¡Y con quién!

—Dejemos a las noventa y nueve ovejas —respondió el cardenal—; están seguras en el monte; quiero ahora estar con la que se había extraviado. Esas almas están acaso ahora más contentas que si vieran a este pobre obispo. Quizá Dios, que ha obrado en vos el prodigio de la misericordia, difunde entre ellas una alegría cuya razón aún no conocen. Ese pueblo está acaso unido a nosotros sin saberlo: quizá el Espíritu infunde en sus corazones un indistinto ardor de caridad, una plegaria por vos a la que da oídos, una acción de gracias cuyo objeto, aún desconocido, sois vos.

Y, diciendo esto, echó los brazos al cuello del Innominado, el cual, tras haber intentado sustraerse y resistido por un momento, cedió, como vencido por aquel ímpetu de caridad, abrazó también al cardenal y abandonó sobre su hombro el rostro trémulo y mudado. Sus lágrimas ardientes caían sobre la incontaminada púrpura de Federigo; y las manos sin culpa de este estrechaban afectuosamente aquellos miembros, estrujaban aquella casaca, habituada a llevar las armas de la violencia y de la traición.

El Innominado, desenlazándose de aquel abrazo, se cubrió de nuevo los ojos con una mano, y, alzando al tiempo la cara, exclamó:

—¡Dios verdaderamente grande! ¡Dios verdaderamente bueno! Ahora me conozco, comprendo quién soy; mis iniquidades están ante mí, tengo asco de

mí mismo; y sin embargo..., y sin embargo siento un alivio, un gozo, sí, ¡un gozo como no he sentido jamás en toda mi horrible vida!

—Es una muestra —dijo Federigo— que Dios os da para atraeros a su servicio, para animaros a entrar resueltamente en una nueva vida, ¡en la que tanto tendréis que deshacer, tanto que reparar, tanto que llorar!

—¡Desventurado de mí! —exclamó el caballero—. ¡Cuántas, cuántas cosas, que solo podré llorar! Pero al menos tengo otras emprendidas, apenas iniciadas, que puedo, si no otra cosa, truncar en el medio; tengo una que puedo truncar al punto, deshacer, reparar.

Federigo prestó atención, y el Innominado narró brevemente, aunque con palabras de execración aún más fuertes que las que hemos utilizado nosotros, el abuso cometido con Lucia, los terrores, los padecimientos de la pobrecilla, y cómo había implorado, y la angustia que aquel implorar había producido en él, y cómo estaba aún en el castillo...

—¡Ah, no perdamos tiempo! —exclamó Federigo, anhelante de piedad y solicitud—. ¡Feliz vos! ¡Esa es la prenda del perdón de Dios!, hacer que podáis convertirlos en instrumento de salvación para quien queráis serlo de ruina. ¡Dios os bendiga! ¡Dios os ha bendecido! ¿Sabéis de dónde es nuestra pobre atormentada?

El caballero nombró el pueblo de Lucia.

—No está lejos de aquí —dijo el cardenal—, alabado sea Dios; y probablemente...

Y, diciendo esto, corrió hacia una mesita y agitó una campanilla. Al instante entró con ansiedad el capellán crucífero, y lo primero que hizo fue mirar al Innominado; al ver aquella cara mudada y aquellos ojos rojos de llanto, miró al cardenal; y, bajo su inalterable compostura, descubrió en su rostro como un grave contento y una premura casi impaciente; estaba a punto de quedarse estático, con la boca abierta, cuando el cardenal lo despertó al punto de aquella contemplación, preguntándole si, entre los párrocos allí congregados, se encontraba el de ***.

—Está, monseñor ilustrísimo —respondió el capellán.

—Hacedlo venir al punto —dijo Federigo—, y con él, al párroco de esta iglesia.

El capellán salió y fue a la estancia donde estaban reunidos los sacerdotes; todos los ojos se volvieron hacia él. Él, con la boca todavía abierta, con un rostro en el que aún se pintaba el arrobamiento, alzando las manos y moviéndolas en el aire, dijo:

—¡Señores! ¡Señores!, *haec mutatio dexteræ Excelsi*^[44]—Y se quedó un momento sin decir más. Después, recobrado el tono y la voz de su cargo, agregó—: Su ilustrísima y reverendísima señoría llama al señor cura de la parroquia y al señor cura de ***.

El primer llamado se adelantó al punto, y al mismo tiempo salió del medio de la multitud un «¿Yo?» arrastrado, con entonación de asombro.

—¿No es vuestra merced el señor cura de ***? —prosiguió el capellán.

—Justamente, pero...

—Su ilustrísima y reverendísima señoría lo llama.

—¿A mí? —dijo la misma voz, indicando claramente en ese monosílabo: «¿Yo qué tengo que ver?».

Pero esta vez, junto con la voz, apareció el hombre, don Abbondio en persona, con un paso forzado y con un rostro entre atónito y disgustado. El capellán le hizo un gesto con la mano, que quería decir: «Vamos, venga con nosotros; ¿se necesita tanto?». Y, precediendo a los dos curas, fue hacia la puerta, la abrió y los introdujo.

El cardenal soltó la mano del Innominado, con quien entretanto había concertado lo que debían hacer; se apartó un poco y llamó con un gesto al cura de la iglesia. Le dijo en breve de qué se trataba; y si podría encontrar enseguida a una buena mujer que quisiera ir con una litera al castillo, a buscar a Lucia: una mujer de corazón y con cabeza, que supiera comportarse bien en una expedición tan nueva y usar los modales más a propósito, encontrar las palabras más adecuadas para animar, tranquilizar a aquella pobrecilla, a la cual, tras tantas angustias y en medio de tanta turbación, la misma liberación podía causar una nueva confusión de ánimo. Tras reflexionar un momento, el cura dijo que tenía la persona a propósito y salió. El cardenal llamó con otro gesto al capellán, al que ordenó que hiciera preparar al instante la litera y los mozos y ensillar dos mulas. Cuando el capellán hubo salido también, se volvió hacia don Abbondio.

Este, que ya estaba cerca de él, para mantenerse alejado del otro caballero, y que entretanto echaba ojeadas de arriba abajo ora a uno, ora a otro, y seguía cavilando entre sí acerca de qué podía significar todo aquel vaivén de gente, se acercó más, hizo una reverencia y dijo:

—Me han indicado que vuestra ilustrísima señoría preguntaba por mí; pero creo que se han equivocado.

—No se han equivocado —respondió Federigo—. Tengo una buena noticia que daros, y un consolador y dulcísimo encargo. Una feligresa vuestra, a la que habréis llorado por perdida, Lucia Mondella, ha sido hallada, y aquí

cerca, en casa de este querido amigo mío; y vos iréis ahora con él y con una mujer que el señor cura de aquí ha ido a buscar, iréis, digo, a buscar a esa criatura y la acompañaréis aquí.

Don Abbondio hizo de todo por ocultar el fastidio, ¿qué digo?, el pesar y la amarulencia que le causaba tal propuesta o mandato; y, no estando ya a tiempo de borrar y deshacer una mueca ya formada en su cara, la ocultó, inclinando profundamente la cabeza, en señal de obediencia. Y no la alzó sino para hacer otra profunda reverencia al Innominado, con una mirada lastimera que decía: «Estoy en vuestras manos; tened misericordia: *parcere subjectis*»^[45].

Le preguntó después el cardenal qué parientes tenía Lucia.

—Cercanos, con los que viva, o vivía, no tiene más que a su madre —respondió don Abbondio.

—¿Y esta se encuentra en su pueblo?

—Sí, monseñor.

—Ya que —prosiguió Federigo— esa pobre joven no podrá ser devuelta tan pronto a su casa, será para ella un gran consuelo ver enseguida a su madre; de modo que, si el señor cura de aquí no regresa antes de que yo vaya a la iglesia, hacedme el favor de decirle que busque un carro o una caballería, y despache a un hombre juicioso a buscar a esa mujer, para traerla aquí.

—¿Y si fuera yo? —dijo don Abbondio.

—No, no; a vos ya os he encargado otra cosa —respondió el cardenal.

—Lo decía —replicó don Abbondio— para preparar a esa pobre madre. Es una mujer muy sensible, y se necesita a alguien que la conozca, y sepa seguirle la corriente, para no hacerle daño en lugar de bien.

—Por eso os ruego que advirtáis al señor cura de que elija a un hombre formal; vos sois mucho más necesario en otra parte —respondió el cardenal.

Y habría querido decir: «Esa pobre joven tiene mucha mayor necesidad de ver enseguida una cara conocida, a una persona de confianza, en ese castillo, después de tantas horas de aflicción y en una terrible oscuridad sobre su futuro». Pero no era razón esta para decirla tan claramente, delante de aquel tercero. Pareció, empero, extraño al cardenal que don Abbondio no la hubiera entendido al vuelo, e incluso pensado por sí solo; y la propuesta y la insistencia le parecieron tan fuera de lugar que pensó que encubrían algo. Lo miró a la cara y descubrió con facilidad en ella el miedo de viajar con aquel hombre tremendo, de ir a aquella casa, aunque fuera unos momentos. Queriendo, pues, disipar aquellas sombras cobardes y no agradándole llevarse aparte al cura y cuchichear con él en secreto, mientras su nuevo amigo estaba

allí aislado, pensó que el medio más oportuno sería hacer lo que habría hecho también sin este motivo, hablar con el propio Innominado; por sus respuestas don Abbondio comprendería finalmente que ya no era hombre al que tener miedo. Se acercó, pues, al Innominado, y, con ese aire de espontánea confianza que se encuentra en un nuevo y poderoso afecto, o en una antigua intimidad, le dijo:

—No creáis que me contento con esta visita por hoy. ¿Volveréis, verdad? ¿En compañía de este buen eclesiástico?

—¿No he de volver? —replicó el Innominado—. Aunque me rechazaseis, me quedaría porfiado a vuestra puerta, como un pobre. ¡Necesito hablaros! ¡Necesito oíros, veros! ¡Os necesito!

Federigo le cogió la mano, se la estrechó y dijo:

—Tened a bien, pues, almorzar con nosotros. Os espero. Entretanto, yo voy a rezar, a dar gracias con el pueblo; y vos, a recoger los primeros frutos de la misericordia.

Don Abbondio, ante semejantes demostraciones, estaba como un muchacho miedoso que ve a alguien acariciar con confianza un perrazo grande, gruñón, con los ojos rojos, con un nombre famoso por sus mordiscos y sus sustos, y oye decir al amo que su perro es un buen animal, muy tranquilo; mira al amo, sin llevarle la contraria ni asentir; mira al perro y no se atreve a acercarse a él, por miedo a que el buen animalito enseñe los dientes, aunque sea para hacerle fiestas; no se atreve a alejarse, por no llamar la atención, y dice en su fuero interno: «¡Oh, quién me diera en mi casa!».

El cardenal, que había echado a andar para salir, llevando siempre de la mano y conduciendo consigo al Innominado, se fijó de nuevo en el pobre hombre, que se quedaba rezagado, mortificado, descontento, poniendo morro sin querer. Y pensando que quizá aquel desagrado podía venir de que se consideraba descuidado, y como dejado a un lado, comparado con un facineroso tan bien acogido, tan mimado, se volvió hacia él al pasar, se detuvo un momento, y con una amorosa sonrisa le dijo:

—Señor cura, vos estáis conmigo en la casa de nuestro buen Padre; pero este... este *perierat, et inventus est*^[46].

—¡Oh, cuánto me alegro! —dijo don Abbondio, haciendo una gran reverencia común a los dos.

El arzobispo siguió adelante, empujó la puerta, que abrieron al instante desde fuera dos servidores, que estaban a un lado y otro de ella; y la admirable pareja apareció ante las miradas ansiosas del clero congregado en la estancia. Se vieron aquellos dos rostros en los que estaba pintada una

emoción distinta, pero igualmente honda: una ternura agradecida, una humilde alegría en el semblante venerable de Federigo; en el del Innominado, una confusión templada por el consuelo, un nuevo pudor, una compunción de la que aún se traslucía el vigor de aquella salvaje y enérgica naturaleza. Y se supo después que a la mente de más de uno de los presentes vino aquel dicho de Isaías: «Morará el lobo con el cordero; el león y el buey pacerán juntos». Detrás venía don Abbondio, en quien nadie reparó.

Cuando estuvieron en el centro de la estancia, entró por el otro lado el camarero del cardenal y se le acercó, para decirle que había cumplido las órdenes transmitidas por el capellán; que la litera y las dos mulas estaban preparadas, y esperaban solo a la mujer que traería el cura. El cardenal le dijo que, en cuanto llegara este, lo hiciera hablar enseguida con don Abbondio; y que todo se hiciese después a las órdenes de este y del Innominado, al cual estrechó de nuevo la mano, como despedida, diciendo: «Os espero». Se volvió a saludar a don Abbondio y se encaminó hacia la parte que llevaba a la iglesia. El clero fue tras él, entre agolpado y en procesión; los dos compañeros de viaje se quedaron solos en la estancia.

Estaba el Innominado muy absorto, pensativo, impaciente por que llegase el momento de ir a sacar de penas y de la cárcel a su Lucia; suya ahora en un sentido muy distinto de como lo era el día antes; y su rostro expresaba una agitación concentrada que a los ojos recelosos de don Abbondio podía fácilmente parecer algo peor. Lo miraba al soslayo, habría querido entablar una conversación amistosa; pero: «¿Qué debo decirle? —pensaba—, ¿debo decirle de nuevo: me alegro? Me alegro ¿de qué? ¿De que, habiendo sido hasta ahora un demonio, os hayáis decidido finalmente a convertirlos en un hombre de bien como los demás? ¡Buen cumplido! ¡Ay, ay, ay!, por muchas vueltas que les dé, los parabienes no querrían decir otra cosa que esta. ¿Y será además cierto que se ha convertido en hombre de bien? ¡Así, de repente! ¡Se hacen tantas demostraciones en este mundo, y por tantas razones! ¿Qué sé yo? A veces... Y en tanto me toca ir con él ¡a ese castillo! ¡Oh, qué historia!, ¡qué historia!, ¡qué historia! ¡Quién me lo hubiera dicho esta mañana! Ay, si salgo bien de esta, me va a oír la señora Perpetua, por haberme empujado aquí a la fuerza, cuando no había necesidad, fuera de mi parroquia: y que todos los párrocos de alrededor venían, incluso desde más lejos; y que no iba yo a ser menos; y que esto, y que aquello; ¡embarcarme en un asunto de esta clase! ¡Oh, pobre de mí! Sin embargo, algo habrá que decirle a este». Y, piensa que te pensarás, ya había encontrado lo que podía decirle: «Nunca habría esperado tener la fortuna de hallarme en tan respetable compañía»; y, ya estaba a punto

de abrir la boca, cuando entró el camarero, con el cura del pueblo, el cual anunció que la mujer estaba preparada en la litera; y después se volvió a don Abbondio, para recibir el otro encargo del cardenal. Don Abbondio se despachó como pudo, en la confusión de su mente; y, acercándose después al camarero, le dijo:

—Deme al menos una bestia mansa; porque, digo la verdad, soy un mal jinete.

—Figúrese —respondió el camarero, con media sonrisa—. Es la mula del secretario, que es un literato.

—Con eso basta... —replicó don Abbondio, y continuó pensando: «¡Dios me la depare buena!».

El caballero había echado a andar deprisa, al primer aviso; llegado a la puerta, se acordó de don Abbondio, que quedaba atrás. Se detuvo a esperarlo; y cuando este llegó presuroso, con aire de pedir perdón, le hizo una reverencia y le cedió el paso, con humilde cortesía, cosa que acomodó un poco el estómago del pobre atribulado. Mas, en cuanto puso un pie en el patizuelo, vio otra novedad que le estropeó aquel consuelo; vio al Innominado ir hacia un rincón, coger por el cañón, con una mano, su carabina, después la correa con la otra, y con un movimiento expedito, como si hiciera ejercicio, ponérsela en bandolera.

«¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! —pensó don Abbondio—, ¿qué quiere hacer con ese trasto? ¡Buen cilicio, buenas disciplinas de convertido! ¿Y si se le antoja...? ¡Oh, qué expedición!, ¡oh, qué expedición!».

Si el caballero hubiera podido sospechar qué clase de pensamientos pasaban por la cabeza de su compañero, no se puede decir qué habría hecho para tranquilizarlo; pero estaba a mil millas de semejante sospecha; y don Abbondio tenía buen cuidado de hacer ningún acto que significase claramente: «No me fío de vuestra señoría». Llegados a la puerta de la calle, encontraron las dos caballerías en regla: el Innominado saltó a la que le presentaba un palafrenero.

—¿Tiene resabios? —dijo al camarero don Abbondio, volviendo a poner en el suelo el pie que ya había alzado hacia el estribo.

—Monte sin miedo; es un cordero.

Don Abbondio, trepando a la silla, sostenido por el camarero, ¡ea, ea, ea!, ya está a caballo.

La litera, que estaba unos pasos más adelante, llevada por dos mulas, echó a andar, a una voz del mozo; y la comitiva partió.

Había que pasar ante la iglesia atestada de gente, por una plazuela también llena de otra gente del pueblo y de forasteros, que no habían podido entrar. Ya había corrido la gran noticia; y al aparecer la comitiva, al aparecer aquel hombre, objeto pocas horas antes de terror y de execración, ahora de alegre asombro, se alzó en la muchedumbre un murmullo como de aplauso; y, abriendo paso, al mismo tiempo se daban empujones para verlo de cerca. La litera pasó, el Innominado pasó; y ante la puerta de la iglesia, abierta de par en par, se quitó el sombrero e inclinó aquella frente tan temida hasta las crines de su mula, entre el susurro de cien voces que decían: «¡Dios le bendiga!». Don Abbondio se quitó también el sombrero, se inclinó, se encomendó al cielo; pero, oyendo el solemne concierto de sus hermanos que cantaban, experimentó una envidia, una doliente ternura, una congoja tal que a duras penas contuvo las lágrimas.

Fuera ya de poblado, en campo abierto, por los recovecos a veces totalmente desiertos de la carretera, un velo más negro se extendió sobre sus pensamientos. No tenía otro objeto sobre el que descansar con confianza la mirada sino el mozo de la litera, el cual, estando al servicio del cardenal, debía de ser ciertamente un hombre honrado, y al mismo tiempo no tenía aire de cobarde. De vez en cuando aparecían viandantes, incluso en comitiva, que acudían a ver al cardenal; y eran un alivio para don Abbondio, pero pasajero, pues ellos se dirigían hacia aquel valle tremendo, donde no encontrarían sino a súbditos del amigo, ¡y qué súbditos! Con el amigo habría deseado ahora más que nunca entablar conversación, tanto para tantearlo algo más como para congraciárselo; pero, viéndolo tan distraído, se le pasaban las ganas. Tuvo, pues, que hablar consigo mismo: y he aquí parte de lo que el pobre hombre se dijo durante el trayecto, pues, para escribirlo todo, sería necesario un libro.

«Es muy cierto que tanto los santos como los bribones tienen azogue en el cuerpo y no se contentan con estar siempre en movimiento ellos, sino que quisieran meter en danza, si pudieran, a todo el género humano; y que los que más bullen hayan de venirme a buscar a mí, que no busco a nadie, y meterme a la fuerza en sus negocios, ¡a mí, que no pido sino que me dejen vivir! ¡Ese loco bribón de don Rodrigo! ¿Qué le faltaba para ser el hombre más feliz de este mundo, si tuviera un poquito de juicio? Rico, joven, respetado, halagado; le fastidia estar a gusto, y tiene que buscar conflictos para sí y para los demás. Podría tumbarse a la bartola; pues no, señor: quiere hacer el oficio de molestar a las mujeres, el más loco, el más endiablado, el más airado oficio de este mundo; podría ir al paraíso en carroza, y quiere ir a la casa del diablo a la

pata coja. ¡Y este otro...! —proseguía, y lo miraba, como si temiera que oyese sus pensamientos—, este, tras haber desbarajustado el mundo con sus perversidades, ahora lo desbarajusta con su conversión... si es que es cierta. Entretanto, ¡a mí me toca hacer la experiencia! No hay modo: cuando han nacido con esa manía en el cuerpo, siempre tienen que armar alboroto. ¿Tanto es menester para ser un hombre de bien toda la vida, como he sido yo? No, señor: hay que descuartizar, asesinar, hacer el diablo... ¡Oh, pobre de mí...! y después un barullo, también para hacer penitencia. La penitencia, cuando uno tiene buena voluntad, puede hacerla en su casa, tranquilamente, sin tanto aparato, sin incomodar al prójimo. Y su señoría ilustrísima, enseguida, enseguida, mi querido amigo, mi querido amigo, con los brazos abiertos; asentir a todo lo que le dice este, como si lo hubiera visto hacer milagros; e incluso tomar una resolución, lanzarse a ella de cabeza, presto aquí, presto allá; eso en mi casa se llama precipitación. Y, sin tener una mínima garantía, ¡poner en sus manos a un pobre cura!, eso se llama jugarse a un hombre a pares y nones. Un santo obispo, como él, debería mirar por sus curas, como por las niñas de sus ojos. Un poquito de flema, un poquito de prudencia, un poquito de caridad, me parece que pueden acompañar a la virtud... ¿Y si fuese todo una apariencia? ¿Quién puede conocer todas las intenciones de los hombres? ¡Y no digo de hombres como este! ¡Pensar que me toca ir con él, a su casa! Puede haber debajo algún diablo: ¡oh, pobre de mí!, mejor no pensarlo. ¿Qué enredo es este de Lucia? ¿Habría un acuerdo con don Rodrigo? ¡Qué gente!, pero al menos la cosa estaría clara. Pero ¿cómo habrá caído en las garras de este? ¿Quién lo sabe? Es un secreto con monseñor; y a mí, que me hacen trotar de esta manera, no me dicen nada. Yo no me ocupo de saber los asuntos ajenos; pero, cuando uno ha de arriesgar la piel, tiene motivos para saber. ¡Si fuera solo para ir a buscar a esa pobre criatura, paciencia! Aunque bien habría podido traerla consigo. Y además, si se ha convertido, si se ha vuelto un santo padre, ¿qué necesidad tenía de mí? ¡Oh, qué caos! Bueno, quiera el cielo que así sea; habrá sido una gran incomodidad, pero ¡paciencia! También me alegraré por esa pobre Lucia: también ella se ha librado de buena; el cielo sabe cuánto habrá padecido; la compadezco; pero ha nacido para mi ruina... Si al menos pudiera ver el corazón de este, cómo piensa. ¿Quién puede conocerlo? Ahí está: ora parece san Antonio en el desierto, ora parece Holofernes en persona. ¡Oh, pobre de mí!, ¡pobre de mí! Bueno: el cielo tiene la obligación de ayudarme, pues no me he metido en esto por capricho mío».

En efecto, por el rostro del Innominado se veían pasar, por así decirlo, los pensamientos, al igual que, en una hora borrascosa, las nubes corren ante la cara del sol, alternando a cada momento una luz cruda y una fría oscuridad. Su ánimo, aún embriagado con las dulces palabras de Federigo, y como renovado y rejuvenecido por la nueva vida, se alzaba a ideas de misericordia, de perdón y de amor; después recaía bajo el peso del terrible pasado. Corría con ansiedad a buscar cuáles eran las iniquidades reparables, qué podía truncar a la mitad, cuáles los remedios más expeditos y seguros, cómo desatar tantos nudos, qué hacer con tantos cómplices: lo aturdí pensarlos. A aquella misma expedición, que era la más fácil y la más próxima a su término, iba con una impaciencia mezclada de angustia, pensando que mientras tanto aquella criatura padecía, Dios sabe cuánto, y que él, que se desvivía por liberarla, era quien mientras tanto la tenía sufriendo. Donde había dos caminos, el mozo se volvía para saber cuál tenía que tomar; el Innominado se lo indicaba con la mano, y al mismo tiempo le hacía señas de que se diera prisa.

Entran en el valle. ¡Cómo estaba entonces el pobre don Abbondio! Aquel famoso valle, del que había oído contar tantas historias horribles, ¡y estaba dentro de él! Aquellos famosos hombres, la flor y nata de los bravos de Italia, aquellos hombres sin miedo y sin piedad, ¡verlos en carne y hueso!, ¡encontrarse con uno o dos o tres en cada recodo del camino! Se inclinaban sumisamente ante el caballero, mas con unos rostros curtidos, con unos bigotes erizados, con unos ojos que a don Abbondio le parecían decir: «¿Degollamos al cura?». Hasta tal punto que, en un momento de suma consternación, dijo para sí: «¡Si los hubiera casado! Peor no me habría ido». Entretanto avanzaban por un sendero pedregoso, a lo largo del torrente; al otro lado, una vista de peñas ásperas, oscuras, deshabitadas; al lado de aquí, una población que hacía parecer deseable el desierto: no estaba peor Dante en el medio de las Malasbolsas.

Pasan ante la Malanoche: bravucones en la puerta, reverencias al señor, ojeadas a su compañero y a la litera. No sabían qué pensar: ya la marcha del Innominado solo, por la mañana, tenía algo de extraordinario; el regreso no lo era menos. ¿Era una presa lo que conducía? ¿Y cómo la habría hecho solo? ¿Y cómo una litera ajena? ¿Y de quién podía ser aquella litera? Miraban, miraban, pero ninguno se movía, porque esa era la orden que el amo les daba con sus ojeadas.

Suben la cuesta, están en lo alto. Los bravos que se encuentran en la explanada y en la puerta se retiran a un lado y otro, para dejar libre el paso: el Innominado hace señas de que no se muevan más; espolea y pasa delante de

la litera; indica al mozo y a don Abbondio que lo sigan; entra en un primer patio, y desde ese en un segundo; va hacia una puerta, hace retroceder con un gesto a un bravo que acudía a tenerle el estribo, y le dice:

—Quédate ahí, y que no venga nadie.

Se apea, ata deprisa la mula a una reja, va hacia la litera, se acerca a la mujer, que había corrido la cortina y le dice en voz baja:

—Consoladla enseguida; hacedle comprender enseguida que está libre, en manos de amigos. Dios os lo pagará.

Después indica al mozo que abra; después se acerca a don Abbondio, y, con un semblante sereno, como este nunca lo había visto, ni creía que lo pudiera tener, con la alegría de la buena obra que por fin estaba a punto de realizar pintada en él, le dice, también en voz baja:

—Señor cura, no pido a vuestra merced disculpas por las molestias que se ha tomado por mi culpa; vuestra merced lo hace por Uno que paga bien, y por esa pobrecilla.

Dicho esto, cogió con una mano el bocado, con la otra el estribo, para ayudar a don Abbondio a bajar.

Aquel rostro, aquellas palabras, aquel acto, le devolvieron la vida. Lanzó un suspiro que desde hacía una hora vagaba en su interior, sin encontrar salida; se inclinó hacia el Innominado, respondió en voz baja, muy baja:

—¿Cree vuestra señoría? ¡Pero, pero, pero, pero...! —Y se deslizó como mejor pudo de su cabalgadura.

El Innominado la ató también, y, diciendo al mozo de la litera que se quedara esperando allí, se sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta, entró, hizo entrar al cura y a la mujer, y echó a andar delante de ellos por la escalerita; y los tres subieron en silencio.

XXIV

Lucia se había despertado hacía poco tiempo; y, de ese tiempo, una parte había penado por despabilarse del todo, por separar las turbias visiones del sueño de las memorias y las imágenes de aquella realidad demasiado semejante a una funesta visión de enfermo. La vieja se le había acercado enseguida, y, con aquella voz forzosamente humilde, le había dicho:

—¡Ah!, ¿habéis dormido? Habríais podido dormir en la cama: os lo he dicho muchas veces ayer por la noche. —Y, al no recibir respuesta, había continuado, siempre con un tono de irritada súplica—: Comed algo, tened juicio. ¡Huy, qué fea estáis! Necesitáis comer. Y además, ¿y si cuando vuelva la toma conmigo?

—No, no; quiero marcharme, quiero irme con mi madre. El amo me lo prometió, dijo: «Mañana». ¿Dónde está el amo?

—Ha salido; me dijo que volverá pronto y que hará todo lo que queráis.

—¿Ha dicho eso?, ¿ha dicho eso? Pues bien: quiero irme con mi madre; enseguida, enseguida...

Y he aquí que oye un ruido de pasos en la estancia contigua; después, un golpe en la puerta. La vieja acude, pregunta:

—¿Quién es?

—Abre —responde quedo la conocida voz.

La vieja descorre el pestillo; el Innominado, empujando ligeramente las hojas, abre una rendija; ordena a la vieja que salga y hace entrar a don Abbondio con la buena mujer. Entorna después de nuevo la puerta, se detiene detrás de ella y manda a la vieja a una parte alejada del castillo, al igual que había despachado también a la otra mujer que estaba fuera, de guardia.

Todo este movimiento, aquel momento de espera, la primera aparición de personas nuevas, causaron un agitado sobresalto en Lucia, para la cual, aunque su presente estado fuera intolerable, cualquier cambio era motivo de sospecha y de nuevo espanto. Miró, vio a un sacerdote, a una mujer; se tranquilizó algo; mira con más atención: ¿es él o no es él? Reconoce a don Abbondio y se queda con los ojos clavados, como fascinada. La mujer, yendo

a su lado, se inclinó sobre ella y, mirándola compasivamente y cogiéndola de las manos, como para acariciarla y levantarla al tiempo, le dijo:

—¡Oh, pobrecilla!, ¡venid, venid con nosotros!

—¿Quién sois? —le preguntó Lucia; pero, sin esperar respuesta, se volvió de nuevo hacia don Abbondio, que se había mantenido a dos pasos de distancia, con un rostro igualmente compasivo; lo miró fijamente de nuevo y exclamó—: ¡Vuestra merced! ¿Es vuestra merced? ¿El señor cura? ¿Dónde estamos...? ¡Oh, pobre de mí! ¿Habré perdido los sentidos?

—No, no —respondió don Abbondio—, soy yo de verdad; tened ánimo. ¿Veis?, estamos aquí para llevaros. Soy vuestro propio párroco, llegado aquí aposta, a caballo...

Lucia, como recobradas de golpe todas las fuerzas, se puso precipitadamente en pie; después clavó de nuevo la mirada en aquellos dos rostros, y dijo:

—Conque la Virgen os ha enviado...

—Creo que sí —dijo la buena mujer.

—Pero ¿podemos marcharnos, podemos marcharnos de veras? —prosiguió Lucia, bajando la voz y con una mirada tímida y desconfiada—. ¿Y toda esa gente...? —continuó, con los labios contraídos y temblando de espanto y de horror—. ¿Y ese señor...? ¡Ese hombre...! Sí, me lo había prometido...

—Aquí está él también, en persona, ha venido aposta con nosotros —dijo don Abbondio—; está esperando fuera. Démonos prisa, no hagamos esperar a alguien de su clase.

Entonces, aquel de quien se hablaba empujó la puerta y se dejó ver; Lucia, que poco antes deseaba verlo, más aún, al no tener esperanza en nadie, deseaba solo verlo a él, ahora, tras haber visto rostros y oído voces amigas, no pudo reprimir una repentina repugnancia; se estremeció, contuvo la respiración, se apretó contra la buena mujer y escondió el rostro en su seno. El Innominado, a la vista de aquel semblante sobre el cual ya la noche antes no había podido fijar la vista, de aquel semblante ahora más macilento, abatido, angustiado por el prolongado padecer y el ayuno, se había quedado parado, casi en la puerta; al ver además aquel gesto de terror, bajó los ojos y se estuvo aún un instante inmóvil y mudo; después, respondiendo a lo que la pobrecilla no había dicho, exclamó:

—Es cierto, ¡perdonadme!

—Viene a liberaros; ya no es el de antes; se ha vuelto bueno: ¿no oís que os pide perdón? —decía la buena mujer al oído de Lucia.

—¿Puede decirse más? Vamos, arriba esa cabeza; no hagáis la niña, tenemos que irnos pronto —le decía don Abbondio.

Lucia alzó la cabeza, miró al Innominado y al ver aquella frente gacha, aquella mirada humillada y confusa, presa de un sentimiento en el que se mezclaban el consuelo, el agradecimiento y la piedad, dijo:

—¡Oh, señor! ¡Dios le pague su misericordia!

—Y a vos, cien veces, el bien que me hacen estas palabras.

Dicho esto dio media vuelta, fue hacia la puerta y salió el primero. Lucia, muy reanimada, con la mujer que la llevaba del brazo, fue tras él; y don Abbondio a la cola. Bajaron la escalera, llegaron a la puerta que daba al patio. El Innominado la abrió de par en par, fue hacia la litera, abrió la portezuela y, con cierta cortesía casi tímida (dos cosas nuevas en él), ayudó a entrar en ella a Lucia, sosteniéndola del brazo, y después a la buena mujer. Desató luego la mula de don Abbondio y lo ayudó a montar también.

—¡Oh, cuánto honor! —dijo este; y montó con mucha mayor ligereza que la primera vez.

La comitiva se puso en marcha cuando el Innominado estuvo también a caballo. Su frente había vuelto a alzarse; su mirada había recobrado su habitual expresión de mando. Los bravos que encontraba veían en su rostro señales de un grave pensamiento, de una preocupación extraordinaria; pero no comprendían, ni podían comprender, más allá. En el castillo, nada se sabía aún de la gran mudanza de aquel hombre; y, con seguridad, ninguno habría llegado a ella por conjeturas.

La buena mujer había corrido enseguida las cortinas de la litera; cogió después las manos de Lucia y se puso a consolarla, con palabras de piedad, de congratulación y de ternura. Y al ver cómo, amén de la fatiga de tantas tribulaciones, la confusión y la oscuridad de los acontecimientos impedían a la pobrecilla sentir plenamente el contento de su liberación, le dijo cuanto pudo hallar de más adecuado para desembrollar, para ordenar, por así decirlo, sus pobres pensamientos. Le nombró el pueblo al que iban.

—¿Sí? —dijo Lucia, que sabía que no estaba muy apartado del suyo—. ¡Ay, Virgen Santísima, os doy las gracias! ¡Mi madre!, ¡mi madre!

—Enviaremos a buscarla enseguida —dijo la buena mujer, que no sabía que ya estaba hecho.

—Sí, sí; que Dios os lo pague... Y vos, ¿quién sois? ¿Cómo habéis venido...?

—Me ha enviado nuestro cura —dijo la buena mujer—, porque a este señor le ha tocado el corazón Dios (¡alabado sea!), y ha venido a nuestro

pueblo para hablar con el señor cardenal arzobispo (lo tenemos allí de visita, a ese santo varón), y se ha arrepentido de sus feos pecados y quiere cambiar de vida; y le dijo al cardenal cómo había mandado robar a una pobre inocente, que sois vos, de acuerdo con otro hombre sin temor de Dios, que el cura no me ha dicho quién puede ser.

Lucia alzó los ojos al cielo.

—Acaso lo sepáis vos —continuó la buena mujer—, pero basta; conqu el señor cardenal ha pensado que, tratándose de una joven, era preciso una mujer para hacerle compañía y le dijo al cura que buscara una; y el cura, en su bondad, vino a verme...

—¡Oh! ¡El Señor recompensará vuestra caridad!

—¿Qué decís, hija mía? Y el señor cura me dijo que os diera ánimos y tratara de consolaros enseguida y haceros comprender que el Señor os ha salvado milagrosamente...

—¡Oh, sí!, milagrosamente, eso es; por intercesión de la Virgen.

—Buen ánimo, pues, y perdonad a quien os ha hecho mal, y estad contenta con que Dios haya tenido misericordia de él y hasta rezad por él; porque, amén de granjearos méritos, sentiréis también ensancharse vuestro corazón.

Lucia respondió con una mirada que decía que sí, tan claramente como habría podido hacerlo con palabras, y con una dulzura que las palabras no habrían sabido expresar.

—¡Buena muchacha! —continuó la mujer—. Y como se hallaba en nuestro pueblo también vuestro párroco (hay tantos, tantos, de todo el contorno, que se podrían celebrar cuatro solemnes funerales), ha pensado el señor cardenal en enviarlo también a acompañarnos; pero no ha sido de gran ayuda. Ya había oído decir que era hombre para poco; pero en esta ocasión he podido ver con mis propios ojos que nunca le llega la camisa al cuerpo.

—¿Y este...? —preguntó Lucia—, este que se ha vuelto bueno, ¿quién es?

—¿Cómo? ¿No lo sabéis? —dijo la buena mujer, y lo nombró.

—¡Oh, misericordia! —exclamó Lucia.

¡Cuántas veces había oído repetir con horror ese nombre en más de una historia, en la que figuraba siempre como en otras historias el ogro! Y ahora, al pensar que había estado en su terrible poder y que estaba bajo su compasiva custodia; al pensar en tan horrenda desgracia y en tan repentina redención; al considerar de quién era aquel rostro, que había visto ceñudo, y después

conmovido, y después humillado, se quedaba como extática, diciendo solo, de vez en cuando:

—¡Oh, misericordia!

—¡Es una gran misericordia, de verdad! —decía la buena mujer—. Será un gran alivio para medio mundo. Al pensar en cuánta gente traía revuelta; y, ahora, según me ha dicho nuestro cura... y, además, solo con mirarlo a la cara, ¡se ha convertido en un santo! Y ya lo dicen sus obras.

Decir que esta buena mujer no sintiera curiosidad por conocer algo más claramente la gran aventura en la que se hallaba desempeñando un papel no sería la verdad. Pero hay que decir en su honor que, contenida por una respetuosa compasión por Lucia, sintiendo en cierto modo la gravedad y la dignidad del encargo que se le había confiado, no pensó ni por un momento en hacerle una pregunta indiscreta, ni ociosa; todas sus palabras, durante el trayecto, fueron de consuelo y de solicitud con la pobre joven.

—¡Sabe Dios cuánto hace que no habéis comido!

—Ya ni me acuerdo... Hace mucho.

—¡Pobrecilla! Necesitaréis reponeros.

—Sí —respondió Lucia con voz feble.

—En mi casa, gracias a Dios, encontraremos enseguida alguna cosa. Animaos, que ya falta poco.

Lucia se dejaba caer con languidez en el fondo de la litera, como amodorrada; y entonces la buena mujer la dejaba descansar.

Para don Abbondio este regreso no era, desde luego, tan angustioso como la ida de poco antes; mas tampoco fue un viaje de placer. Al cesar aquel terrible miedo, se había sentido al principio muy aliviado, pero pronto empezaron a brotar en su corazón otros mil sinsabores, al igual que, cuando se ha arrancado un gran árbol, el terreno queda por algún tiempo desembarazado, mas después se cubre todo de hierbajos. Se había vuelto más sensible a todo lo demás; y no le faltaba materia para atormentarse ni en el presente ni en los pensamientos del futuro. Sentía ahora, mucho más que a la ida, las incomodidades de aquel modo de viajar, al que no estaba muy habituado; y en especial al principio, en la bajada desde el castillo al fondo del valle. El mozo de la litera, estimulado por los gestos del Innominado, hacía marchar a buen paso a sus animales; las dos caballerías caminaban detrás, al mismo paso, por lo que sucedía que, en ciertos lugares más empinados, el pobre don Abbondio, como apalancado por detrás, perdía el equilibrio hacia delante y, para sostenerse, tenía que apuntalarse con las manos en el arzón; sin embargo, no se atrevía a pedir que fueran más

despacio, y por otra parte habría querido salir cuanto antes de aquella tierra. Amén de esto, allí donde el camino estaba sobre una elevación, sobre un talud, la mula, según la costumbre de todas ellas, parecía andar a propósito por la parte de afuera y poner las patas en el mismo borde; y don Abbondio veía debajo de sí un corte, casi perpendicular, o, como él pensaba, un precipicio. «También tú —decía en su interior al animal— tienes esa maldita afición de ir en busca de peligros, ¡cuando hay tanto sendero!». Y tiraba de las riendas hacia el otro lado, pero inútilmente. De modo que, como de costumbre, consumiéndose de ira y de miedo, se dejaba llevar al gusto ajeno. Los bravos ya no le causaban tanto espanto, ahora que sabía con más certeza cómo pensaba su amo. «Pero —reflexionaba—, sin embargo, si la noticia de esta gran conversión se difunde aquí dentro, mientras aún estamos nosotros, ¿quién sabe cómo se la tomarán? ¿Quién sabe lo que ocurrirá? ¿Y si se imaginan que yo he venido a hacer de misionero? ¡Pobre de mí!, ¡me martirizan!». El ceño del Innominado no le molestaba. «Para tener a raya esas caras —pensaba—, no se necesita menos; me hago cargo; pero ¿por qué me habrá tocado a mí encontrarme entre ellos?».

Ya basta; llegaron al final de la cuesta y, por fin, salieron también del valle. La frente del Innominado se fue desarrugando. También don Abbondio puso una cara más natural, sacó un poco la cabeza de entre los hombros, estiró brazos y piernas, enderezó un poco más la cintura, que parecía otro, respiró más a fondo y, con ánimo más sosegado, se puso a considerar otros remotos peligros. «¿Qué dirá ese zopenco de don Rodrigo? Quedarse con un palmo de narices, cornudo y apaleado, figurémonos si le debe parecer amargo. Ahora es cuando hará diabluras de verdad. Y ya veremos si no la toma también conmigo, porque me han metido en esta función. Si se atrevió entonces a mandar a aquellos dos demonios a que me jugaran aquella mala pasada en el camino, ahora, quién sabe qué hará. Con su señoría ilustrísima no la puede tomar, pues es un pez mucho más gordo que él; tendrá que tascar el freno. Y mientras tanto tendrá el veneno en el cuerpo, y querrá desahogarse con alguien. ¿Cómo acaban estos asuntos? Los golpes van siempre al de abajo; los pobres pagan el pato. A Lucia, con razón, su señoría ilustrísima se ocupará de ponerla a salvo; el otro pobre malaventurado está fuera de su alcance, y ya se ha llevado lo suyo; de modo que quien pagará el pato soy yo. Ruda cosa sería que, después de tantas agitaciones, después de tantas molestias, y sin adquirir méritos, hubiera de pagar yo la pena. ¿Qué hará ahora su señoría ilustrísima para defenderme, después de haberme metido en danza? ¿Puede garantizarme que aquel condenado no me juegue una pasada

peor que la primera? Y, además, ¡tiene tantos asuntos en la cabeza!, ¡emprende tantas cosas! ¿Cómo puede uno ocuparse de todo? Después se dejan las cosas más enredadas que antes. Los que hacen el bien lo hacen a lo grande; en cuanto han experimentado esa satisfacción, ya tienen bastante y no piensan en fastidiarse y seguir todas las consecuencias; pero los aficionados a hacer el mal ponen más diligencia, lo persiguen hasta el final, nunca se toman una tregua, porque tienen ese cancro que los roe. ¿Tengo que ir yo a decir que he venido aquí por mandato expreso de su señoría ilustrísima y no por mi voluntad? Parecería que quisiera ponerme de parte de la iniquidad. ¡Oh, cielo santo! ¡De parte de la iniquidad, yo! ¡Para el placer que me da! Ya basta: lo mejor será contarle a Perpetua la cosa como es; deja después que Perpetua la ponga en circulación. Con tal de que a monseñor no se le antoje hacer alguna publicidad, alguna escena inútil y meterme a mí también. De cualquier manera, en cuanto lleguemos, si se ha salido de la iglesia, voy a presentarle mis respetos aprisa y corriendo; si no, dejo mis disculpas y me voy derecho a mi casa. Lucia está bien apoyada; ya no me necesita; y, después de tantas molestias, también puedo pretender yo irme a descansar. Además... si a monseñor le entra curiosidad por saber toda la historia, ¡me tocaría rendir cuentas del asunto de la boda! ¡Solo faltaba esa! ¿Y si viene de visita también a mi parroquia...? ¡Oh!, será lo que Dios quiera. No voy a perder el tino antes de tiempo; ya tengo bastantes problemas. Por ahora voy a encerrarme en casa. Mientras monseñor se encuentre por estas tierras, don Rodrigo no tendrá el descaro de hacer locuras. Y después... ¿Y después? ¡Ay!, ¡veo que voy a pasar mal mis últimos años!».

La comitiva llegó cuando la función de la iglesia aún no había terminado; pasó entre la misma multitud, no menos conmovida que la primera vez; y después se separó. Los dos de a caballo doblaron hacia una plazuela contigua, al fondo de la cual estaba la casa del párroco; la litera prosiguió hacia la de la buena mujer.

Don Abbondio hizo lo que había pensado; en cuanto se apeó, presentó los más desafortunados cumplidos al Innominado, y le rogó que tuviera a bien disculparlo con el cardenal, pues él debía regresar a su parroquia ese mismo instante por asuntos urgentes. Fue a buscar lo que llamaba su caballo, es decir, el bastón que había dejado en un rincón de la sala, y echó a andar. El Innominado se quedó esperando a que el cardenal regresase de la iglesia.

La buena mujer, tras haber sentado a Lucia en el mejor sitio de su cocina, se ajetreaba preparando algo para confortarla, rechazando, con cierta cordial

tosquedad, las acciones de gracias y las excusas que ella renovaba de vez en cuando.

Con presteza, metiendo hornija bajo una caldereta, donde nadaba un buen capón, hizo subir el hervor del caldo y, llenando una escudilla ya guarnecida de rebanadas de pan, pudo por fin ofrecérsela a Lucia. Y, al ver a la pobrecilla reanimarse a cada cucharada, se felicitaba en voz alta a sí misma de que la cosa hubiera ocurrido un día en el que, como ella decía, no estaba el gato en el fogón.

—Todos se las ingenian hoy para hacer alguna cosita —añadía—, menos los pobres de solemnidad, que apenas tienen pan de arvejas y polenta de sorgo; aunque hoy, de un señor tan caritativo, todos esperan algún socorro. No, gracias al cielo, no estamos en ese caso: entre el oficio de mi marido y cuatro terrones que tenemos, vamos tirando. Conque comed sin cuidado mientras tanto; pronto el capón estará listo y podréis confortaros un poco mejor.

Dicho esto, volvió a ocuparse del almuerzo y de poner la mesa.

Lucia, recobradas en parte las fuerzas, y con el ánimo cada vez más calmado, empezó entretanto a acicalarse, por hábito, por instinto de limpieza y de vergüenza: rehacía y sujetaba las trenzas sueltas y enredadas, se ajustaba el pañuelo sobre el seno y en torno al cuello. Al hacerlo, sus dedos se enredaron en el rosario que se había puesto la noche anterior; la mirada cayó sobre él; en su mente se produjo una agitación instantánea; el recuerdo del voto, oprimido hasta entonces y sofocado por tantas sensaciones presentes, se suscitó de improviso y apareció claro y nítido. Entonces todas las potencias de su ánimo, apenas recobradas, se vieron abrumadas de nuevo, de repente; y si ese ánimo no hubiera estado tan bien preparado por una vida de inocencia, de resignación y de confianza, la consternación que experimentó en ese momento habría sido desesperación. Tras un arrebato de esos pensamientos que no se expresan con palabras, las primeras que se formaron en su mente fueron: «¡Oh, pobre de mí! ¿Qué he hecho?».

Mas apenas las hubo pensado, sintió una especie de espanto. Volvieron a su mente todas las circunstancias del voto, la intolerable angustia, el carecer de una esperanza de socorro, el fervor de la plegaria, la plenitud de sentimientos con que había hecho la promesa. Y arrepentirse de la promesa, una vez obtenida la gracia, le pareció una sacrílega ingratitud, una perfidia con Dios y la Virgen; le pareció que semejante infidelidad le atraería nuevas y más terribles desventuras, en medio de las cuales ni siquiera podría confiar en la plegaria, y se apresuró a renegar de aquel momentáneo arrepentimiento. Se

sacó con devoción el rosario del cuello y, sosteniéndolo en la mano trémula, confirmó, renovó el voto, pidiendo al mismo tiempo, con acongojada súplica, que se le concediera la fuerza para cumplirlo, que se le evitaran los pensamientos y ocasiones que habrían podido, si no disuadirla de su intención, agitarla demasiado. El alejamiento de Renzo, sin ninguna posibilidad de regreso, aquel alejamiento que hasta entonces le había parecido tan amargo, le resultó ahora una disposición de la Providencia que había reunido los dos acontecimientos para un solo fin; y procuraba encontrar en uno la razón para estar contenta con el otro. Después de ese pensamiento, se figuraba igualmente que esa misma Providencia, para cumplir su obra, sabría encontrar el modo de que Renzo se resignase también, no pensara más... Pero tal idea, apenas hallada, alborotó la mente que había ido a buscarla. La pobre Lucia, sintiendo que el corazón estaba a punto de arrepentirse, volvió a sus plegarias, a sus confirmaciones, a la lucha, de la que se alzó, si se me permite esta expresión, como el vencedor cansado y herido, sobre su enemigo derribado; y no digo muerto.

De repente se oyó un ruido de pasos y un bullicio de voces alegres. Era la gente menuda, que volvía de la iglesia. Dos chiquillas y un niño entran saltando; se detienen un momento a echar a Lucia una ojeada curiosa, después corren hacia su madre y se agrupan a su alrededor: uno pregunta el nombre de la desconocida huésped, el cómo y el porqué; otro quiere contar las maravillas vistas; la buena mujer responde a todo y a todos con un «Callad, callad». Entra después, con un paso más quedo, pero con una cordial solicitud pintada en el rostro, el amo de casa. Era, si no lo hemos aún dicho, el sastre del pueblo y del contorno; un hombre que sabía leer y que de hecho había leído más de una vez el *Leggendario* de los Santos, el *Guerrin Meschino* y los *Reali di Francia*, y pasaba, en aquellas tierras, por hombre de talento y de ciencia, alabanza que rechazaba modestamente, diciendo solo que había errado su vocación; ¡y que si hubiera tenido estudios, en vez de tantos otros...! Por lo demás, era de la mejor pasta del mundo. Encontrándose presente cuando el cura había rogado a su mujer que emprendiera el caritativo viaje, no solo había dado su aprobación, sino que la habría animado, de ser necesario. Y ahora que la función, la pompa, la concurrencia y sobre todo el sermón del cardenal habían exaltado, como suele decirse, todos sus buenos sentimientos, volvía a casa con una expectativa, con un ansioso deseo de saber cómo había salido la cosa y de encontrar salvada a la pobre inocente.

—Mirad quién está aquí —le dijo, al entrar, la buena mujer, señalando a Lucia.

Esta se ruborizó, se levantó y comenzaba ya a balbucir una excusa. Pero él, acercándosele, la interrumpió agasajándola mucho y exclamando:

—¡Bienvenida, bienvenida! Sois la bendición del cielo en esta casa. ¡Qué contento estoy de veros aquí! Ya estaba seguro de que llegaríais a buen puerto, pues nunca he visto que el Señor comience un milagro sin acabarlo bien; pero estoy contento de veros aquí. ¡Pobre joven! ¡Aunque es una gran cosa haber recibido un milagro!

No se crea que era el único en calificar así el acontecimiento, porque había leído el *Leggendario*: en todo el pueblo y en todo el contorno no se habló de ello en otros términos, mientras perduró en la memoria. Y, a decir verdad, con los ribetes que le añadieron, no podía convenirle otro nombre.

Acercándose después poco a poco a su mujer, que estaba descolgando la caldereta de la cadena, le dijo en voz baja:

—¿Todo ha ido bien?

—Muy bien; luego te lo contaré todo.

—Sí, sí, con tranquilidad.

Servida la mesa, el ama fue a buscar a Lucia, la acompañó a ella, la hizo sentarse; y cortando un ala del capón se lo puso delante; se sentaron también ella y su marido, animando ambos a la huéspeda, abatida y vergonzosa, a que comiera. El sastre comenzó, con los primeros bocados, a conversar con gran énfasis, en medio de las interrupciones de los muchachos, que comían de pie alrededor de la mesa, y que en verdad habían visto demasiadas cosas extraordinarias para hacer a la larga el papel de meros oyentes. Describía las ceremonias solemnes, después saltaba a hablar de la milagrosa conversión. Pero lo que más lo había impresionado, y sobre lo que volvía más a menudo, era el sermón del cardenal.

—Al verlo allí delante del altar —decía—, a un señor de su clase, como un cura...

—Y aquella cosa de oro que llevaba en la cabeza... —decía una chiquilla.

—Cállate. Al pensar, digo, que un señor de esa clase, y hombre tan sabio, pues, por lo que dicen, ha leído todos los libros que existen, cosa a la que no ha llegado ningún otro, ni siquiera en Milán; al pensar que sabe adaptarse a decir las cosas de forma que todos lo entiendan...

—Hasta yo lo entendí —dijo la otra parlanchina.

—¡Cállate! ¿Qué quieres haber entendido tú?

—He entendido que explicaba el Evangelio en vez del señor cura.

—Cállate. No digo el que algo sabe, pues entonces uno está obligado a entender; pero hasta los más duros de mollera, los más ignorantes, seguían el

hilo del discurso. Id ahora a preguntarles si sabrían repetir las palabras que decía; sí, sí, no encontrarían ni una; pero el sentimiento lo llevan dentro. Y, sin nombrar nunca a ese caballero, ¡cómo se comprendía que quería hablar de él! Y además, para comprenderlo, bastaba observar cuando tenía lágrimas en los ojos. Y entonces toda la gente lloraba...

—¡Es muy cierto! —se le escapó al niño—, pero ¿por qué lloraban todos así, como niños?

—Cállate. Y eso que hay corazones duros en esta tierra. E hizo ver que, a pesar de la carestía, es preciso dar gracias al Señor y estar contentos; hacer lo que se pueda, industriarse, ayudarse y después estar contentos. Y no son solo buenas palabras, porque se sabe que también él vive como un pobre y se quita el pan de la boca para dárselo a los hambrientos, cuando podía llevar una vida regalada, mejor que cualquiera. ¡Ah!, es un hombre que da gusto oírlo hablar; no como tantos otros, haced lo que digo, y no lo que hago. Y además ha hecho ver que incluso los que no son señores, si tienen más de lo necesario, están obligados a repartirlo con quien sufre.

Aquí interrumpió la charla por sí solo, como asaltado por un pensamiento. Quedó suspenso un momento; después preparó un plato con los manjares que había sobre la mesa, añadió un pan, metió el plato en una servilleta y, cogiéndola de las cuatro puntas, dijo a la mayor de las niñas:

—Toma. —Le dio en la otra mano una alcolla de vino y añadió—: Vete a casa de Maria, la viuda; déjale estas cosas y dile que es para que lo celebre con sus niños. Pero con buenos modales, ¡eh!, que no parezca que le das limosna. Y no digas nada, si te encuentras con alguien; y cuidado con romperlo.

A Lucia se le pusieron rojos los ojos, y sintió en su corazón una deleitosa ternura; ya de la conversación anterior había recibido un alivio que un discurso hecho adrede no habría podido darle. Su ánimo, atraído por aquellas descripciones, por aquellas imágenes de pompa, por aquellas emociones de piedad y asombro, se alejaba de los pensamientos dolorosos; e, incluso volviendo a ellos, se encontraba con más fuerzas. El propio pensamiento del gran sacrificio no había perdido su amargura, pero con ella tenía un no sé qué de gozo austero y solemne.

Poco después entró el cura del pueblo, y dijo que lo enviaba el cardenal a informarse sobre Lucia, a advertirla de que monseñor quería verla ese mismo día y a dar las gracias en su nombre al sastre y a su mujer. Estos y aquella, emocionados y confusos, no encontraban palabras para corresponder a semejantes demostraciones de tal personaje.

—Y vuestra madre, ¿no ha llegado aún? —dijo el cura a Lucia.

—¡Mi madre! —exclamó esta.

Al decirle después el cura que había mandado a buscarla, por orden del arzobispo, se llevó el delantal a los ojos y prorrumpió en un copioso llanto que duró un rato después de la marcha del cura. Cuando por fin los tumultuosos afectos que se habían suscitado con aquel anuncio comenzaron a dejar paso a pensamientos más sosegados, la pobrecilla recordó que aquel consuelo ahora tan próximo, de volver a ver a su madre, un consuelo tan inesperado unas horas antes, había sido expresamente implorado por ella durante aquellas horas terribles y puesto casi como condición del voto.

«Haced que vuelva salva con mi madre», había dicho; y estas palabras reaparecían ahora con claridad en su memoria. Se confirmó más que nunca en el propósito de mantener la promesa, y sintió de nuevo, y más amargamente, escrúpulos por aquel «¡Pobre de mí!» que se le había escapado en su interior, en el primer momento.

En efecto, cuando se hablaba de ella, Agnese ya no estaba muy lejos. Es fácil imaginar cómo se había quedado la pobre mujer ante aquella invitación tan inesperada, ante aquella noticia, necesariamente incompleta y confusa, de un peligro desvanecido, podía decirse, pero espantoso; de un suceso terrible que el mensajero no sabía ni detallar ni explicar; y ella no tenía a qué agarrarse para explicarlo por sí sola. Tras haberse llevado las manos a la cabeza, tras haber gritado varias veces: «¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Virgen Santísima!», tras haber hecho varias preguntas al mensajero, a las cuales este no sabía qué responder, había subido aprisa y corriendo al carro, continuando por el camino con sus exclamaciones y preguntas, sin el menor provecho. Pero, en cierto punto, se había encontrado con don Abbondio, que avanzaba despacito, adelantando, a cada paso, su bastón. Tras un «¡Oh!» por ambas partes, él se había parado, ella había mandado parar y se había apeado; se retiraron a un castañar que bordeaba el camino. Don Abbondio le enteró de lo que había podido saber y debido ver. La cosa no estaba clara, pero al menos Agnese tuvo la seguridad de que Lucia estaba totalmente a salvo; y respiró.

Después, don Abbondio había querido entrar en otra materia y darle una larga instrucción sobre la manera de comportarse con el arzobispo, si este, como era probable, deseaba hablar con ella y con su hija; y sobre todo que no convenía decir palabra de la boda... Pero Agnese, dándose cuenta de que el pobre hombre solo hablaba en propio interés, lo había dejado plantado, sin prometerle, e incluso sin decidir nada, pues tenía otras cosas en qué pensar. Y se había puesto de nuevo en camino.

Por fin llega el carro, y se para ante la casa del sastre. Lucia se levanta atropelladamente; Agnese baja y entra a toda prisa; están en brazos una de otra. La mujer del sastre, que era la única que se hallaba presente, las anima a ambas, las tranquiliza, se felicita con ellas y, después, siempre discreta, las deja solas, diciendo que iba a preparar una cama para ellas; tenía el modo, sin molestarse; pero, en cualquier caso, tanto ella como su marido habrían preferido dormir en el suelo que dejarlas ir en busca de hospedaje a otra parte.

Pasado el primer desahogo de abrazos y sollozos, Agnese quiso saber lo sucedido a Lucia, y esta se puso afanosamente a contárselo. Pero, como el lector sabe, era una historia que nadie conocía totalmente; y para la propia Lucia había partes oscuras, por entero inexplicables. Y principalmente aquella fatal combinación de haberse encontrado el terrible coche en el camino, cuando justo Lucia pasaba por él por un extraño azar; sobre ello, madre e hija hacían cien conjeturas, sin dar nunca en el blanco, más aún, sin siquiera acercarse.

En cuanto al autor principal de la trama, una y otra no podían dejar de pensar que era don Rodrigo.

—¡Ah, qué alma más negra! ¡Ah, tizón del infierno! —exclamaba Agnese —; pero también a él le llegará su hora. Dios nuestro Señor le dará su merecido; y entonces experimentará también él...

—No, no, madre, ¡no! —interrumpió Lucia—, no le deseéis que sufra, ¡no se lo deseéis a nadie! ¡Si supierais lo que es sufrir! ¡Si lo hubierais experimentado! ¡No, no! Roguemos más bien a Dios y a la Virgen por él; que Dios le toque el corazón, como ha hecho con este otro pobre caballero, que era peor que él, y ahora es un santo.

La repugnancia que Lucia experimentaba al volver sobre recuerdos tan recientes y crueles la hizo más de una vez quedarse a medias; más de una vez dijo que le faltaba el ánimo para continuar y, después de muchas lágrimas, reanudó sus palabras a duras penas. Pero un sentimiento distinto la tuvo en suspenso, en cierto punto del relato: cuando llegó al voto. El temor de que su madre la tachara de imprudente y precipitada, y de que, como había hecho en el asunto de la boda, sacase a relucir alguna ancha regla de conciencia y se la quisiera imponer como justa a la fuerza; o de que, pobre mujer, contara la cosa a alguien en confianza, aunque solo fuera para pedir luces y consejo, y así se hiciera pública, con lo que Lucia, solo de pensarlo, se sentía ruborizar; y también cierta vergüenza con su propia madre, una inexplicable repugnancia a entrar en esa materia; todas estas cosas juntas hicieron que ocultase aquella importante circunstancia, proponiéndose hacer primero la

confidencia al padre Cristoforo. Mas ¡cómo se quedó cuando, preguntando por él, oyó que ya no estaba, que lo habían mandado a un país lejano, muy lejano, a un país de nombre complicado!

—¿Y Renzo? —dijo Agnese.

—Está a salvo, ¿verdad? —dijo ansiosamente Lucia.

—Eso es seguro, porque todos lo dicen; se da por cierto que se ha refugiado en tierras de Bérgamo; pero el sitio exacto nadie lo sabe; y él hasta ahora no ha dado razón. ¿No habrá encontrado la manera?

—Ah, si está a salvo, ¡alabado sea el Señor! —dijo Lucia; y trataba de cambiar de tema cuando la charla se vio interrumpida por una inesperada novedad: la aparición del cardenal arzobispo.

Este, tras regresar de la iglesia, donde lo habíamos dejado, y saber por el Innominado que Lucia había llegado, sana y salva, se había sentado a la mesa con él, poniéndolo a su derecha, en medio de un círculo de sacerdotes, que no se saciaban de echar ojeadas a aquel semblante tan manso sin debilidad, tan humilde sin flaqueza, y de compararlo con la idea que desde hacía tiempo se habían hecho del personaje.

Acabado el almuerzo, los dos se retiraron juntos de nuevo. Tras un coloquio que duró mucho más que el primero, el Innominado se había marchado a su castillo en la misma mula de la mañana; y el cardenal, mandando llamar al cura, le había dicho que deseaba ir a la casa donde se hospedaba Lucia.

—¡Oh!, monseñor —respondió el cura—, no se moleste; mandaré a avisar al punto de que venga aquí la joven, la madre, si ha llegado, y también los huéspedes, si monseñor lo desea, todos los que quiera usía ilustrísima.

—Deseo ir yo a verlos —había replicado Federigo.

—Usía ilustrísima no debe molestarse; los mandaré llamar al punto; es cosa de un momento —había insistido el entrometido cura (buen hombre, por otra parte), sin comprender que el cardenal quería con aquella visita honrar la desventura, la inocencia, la hospitalidad y, al mismo tiempo, su propio ministerio.

Pero, cuando el superior expresó de nuevo el mismo deseo, el inferior se sometió y se puso en marcha.

Cuando se vio a los dos personajes asomar a la calle, toda la gente que allí estaba fue hacia ellos; y en pocos momentos acudió de todas partes, caminando a su lado quien podía, y los otros detrás, en tropel. El cura se cuidaba de decir: «Vamos, atrás, retiraos; ¡pero vamos!, ¡pero vamos!», Federigo le decía: «Dejadlos», y seguía adelante, ya levantando la mano para

bendecir a la gente, ya bajándola para acariciar a los chiquillos que se le metían entre los pies. Así llegaron a la casa y entraron en ella; la multitud quedó agolpada fuera. Pero entre la multitud se encontraba también el sastre, el cual había ido detrás como los otros, con ojos vigilantes y la boca abierta, sin saber dónde acabarían. Cuando vio aquel dónde inesperado, se abrió paso, figuraos con qué estrépito, gritando y volviendo a gritar:

—¡Dejad pasar a quien corresponde! —Y entró.

Agnese y Lucia oían un zumbido creciente en la calle; mientras pensaban qué podría ser, vieron abrirse la puerta de par en par y aparecer al purpurado con el párroco.

—¿Es esta? —preguntó el primero al segundo; y, ante un gesto afirmativo, se dirigió hacia Lucia, que se había quedado con su madre, ambas inmóviles y mudas de sorpresa y vergüenza.

Pero el tono de la voz, el semblante, el porte y, sobre todo, las palabras de Federigo las reanimaron al instante.

—Pobre joven —comenzó—, Dios ha permitido que fuerais sometida a una gran prueba; mas también os ha hecho ver que no había apartado su mirada de vos, que no os había olvidado. Os ha puesto a salvo, y se ha servido de vos para una gran obra, para hacer una gran misericordia a uno y para aliviar a muchos al mismo tiempo.

En esto apareció en la estancia el ama, la cual, al rumor, se había asomado también a la ventana, y, al ver quién entraba en su casa, había bajado las escaleras corriendo, tras haberse arreglado como pudo; y casi al mismo tiempo entró el sastre por otra puerta. Viendo la conversación ya iniciada, se juntaron en un rincón, donde permanecieron con gran respeto. El cardenal, tras saludarlos cortésmente, siguió hablando con las mujeres, mezclando con los consuelos alguna pregunta, para ver si en las respuestas podía encontrar una ocasión de hacer el bien a quien tanto había padecido.

—Sería menester que todos los sacerdotes fueran como vuestra señoría, que se pusieran de parte de los pobres y no ayudaran a meterlos en embrollos, para salvarse ellos —dijo Agnese, animada por la actitud familiar y amorosa de Federigo, y enojada al pensar que el señor don Abbondio, tras haber sacrificado siempre a los demás, pretendiera también impedirles un pequeño desahogo, una queja a quien estaba por encima de él, cuando, por rara casualidad, se había presentado la ocasión.

—Decid todo lo que pensáis —dijo el cardenal—, hablad libremente.

—Quiero decir que, si nuestro señor cura hubiera cumplido con su deber, las cosas no habrían sido así.

Pero, cuando el cardenal la instó de nuevo a que se explicara mejor, empezó a encontrarse apurada al tener que contar una historia en la que ella tenía un papel que no le interesaba que se conociese, especialmente por tal personaje. Sin embargo, encontró la manera de arreglarla con una pequeña poda: contó la boda concertada, la negativa de don Abbondio, no omitió el pretexto de los superiores que este había alegado (¡ay, Agnese!) y saltó al atentado de don Rodrigo y a cómo, advertidos, habían podido escapar.

—Pues sí —agregó, y concluyó—: Escapar para tropezar de nuevo. Y si el cura, en cambio, nos hubiera dicho sinceramente todo y hubiera casado enseguida a mis pobres jóvenes, nos habríamos marchado al punto, todos juntos, a escondidas, lejos, a un lugar que ni el aire hubiera sabido. Así se perdió el tiempo, y ocurrió lo que ocurrió.

—El señor cura me dará cuentas de este hecho —dijo el cardenal.

—No, señor; no, señor —dijo enseguida Agnese—; no he hablado para eso; no le regañe, porque lo que pasó, pasó; y además no servirá de nada: el hombre es así; de repetirse la cosa, haría lo mismo.

Pero Lucia, nada contenta con aquella manera de contar la historia, agregó:

—También nosotros hemos obrado mal; se ve que no era voluntad del Señor que la cosa saliera.

—¿Qué mal habéis podido hacer, hija mía? —dijo Federigo.

Lucia, a pesar de las miradas de desaprobación que su madre le echaba a hurtadillas, contó la historia de la tentativa hecha en casa de don Abbondio; y concluyó diciendo:

—Hemos obrado mal, y Dios nos ha castigado.

—Recibid de su mano los padecimientos sufridos y tened buen ánimo —dijo Federigo—, pues ¿quién tendrá motivos para alegrarse y esperar, sino quien ha padecido y piensa en acusarse a sí mismo?

Preguntó entonces dónde estaba el novio y, oyendo por boca de Agnese (Lucia estaba callada, con la cabeza y los ojos bajos) que había escapado de su tierra, experimentó y demostró asombro y desagrado; y quiso saber la razón.

Agnese contó como pudo lo poco que sabía de la historia de Renzo.

—He oído hablar de ese joven —dijo el cardenal—, pero ¿cómo alguien que se halló mezclado en esta clase de asuntos podía estar en tratos de casamiento con una muchacha así?

—Era un buen muchacho —dijo Lucia, ruborizándose, pero con voz firme.

—Era un joven tranquilo, incluso demasiado —agregó Agnese—, y esto puede preguntárselo a quien sea, incluso al señor cura. ¿Quién sabe el enredo que habrán urdido por allá, qué intrigas? A los pobres, se necesita poco para presentarlos como bribones.

—Por desgracia, es cierto —dijo el cardenal—; me informaré sobre él, no os quepa duda.

Y, haciéndose decir el nombre y apellido del joven, lo apuntó en un librito de notas. Agregó luego que pensaba dirigirse a su pueblo dentro de unos días, que entonces Lucia podría ir allá sin temor y que, entretanto, él se ocuparía de proporcionarle un sitio donde pudiera estar segura, hasta que todo se arreglase de la mejor manera.

Se volvió después hacia los amos de la casa, que se adelantaron al instante. Renovó las gracias que les había dado por conducto del párroco y preguntó si accederían a albergar, por unos días, a las huéspedes que Dios les había enviado.

—¡Oh!, sí, señor —respondió la mujer, con un tono de voz y un rostro que expresaba mucho más que la seca respuesta, ahogada por la vergüenza.

Pero su marido, excitado por la presencia de tal interlocutor, por el deseo de lucirse en ocasión de tanta importancia, buscaba ansiosamente una hermosa respuesta. Arrugó la frente, retorció los ojos, frunció los labios, tensó con todas sus fuerzas el arco del intelecto, buscó, hurgó, sintió en su interior un entrechocar de ideas trucas y de medias palabras; pero el tiempo apremiaba; el cardenal indicaba ya que había interpretado el silencio; el pobre hombre abrió la boca y dijo:

—¡Figúrese!

No le salió otra cosa, por lo que no solo quedó corrido en ese momento, sino que en adelante aquel recuerdo importuno le estropeaba siempre la complacencia del gran honor recibido. ¡Cuántas veces, al volver a pensarlo y poniéndose con el pensamiento en las mismas circunstancias, pasaban por su cabeza, como para contrariarlo, frases que habrían estado todas mejor que aquel insulso «Figúrese»! Pero, como dice un antiguo proverbio, el conejo ido, el consejo venido.

El cardenal se marchó, diciendo:

—Que la bendición del Señor sea sobre esta casa.

Después por la noche preguntó al cura cómo se podría recompensar de modo conveniente a aquel hombre, que no debía de ser rico, por la gravosa hospitalidad, en especial en aquellos tiempos. El cura respondió que, a la verdad, ni las ganancias de su profesión, ni las rentas de unos campitos que el

buen sastre tenía, habrían bastado ese año para ponerlo en estado de ser liberal con los otros; pero que, teniendo unos ahorros de años anteriores, se encontraba entre los más acomodados del contorno y podía hacer algún gasto de más, sin quebranto, como desde luego hacía este; y que, por lo demás, no habría manera de hacerle aceptar ninguna recompensa.

—Tendrá probablemente —dijo el cardenal— créditos con gente que no puede pagar.

—Imagínese, monseñor ilustrísimo: esta pobre gente paga con lo que le sobra de la cosecha: el año pasado, nada sobró; este, todos tienen menos de lo necesario.

—Pues bien —dijo Federigo—, me hago cargo de todas esas deudas; y vos me haréis el favor de pedirle la nota de las partidas y de saldarlas.

—Será una suma considerable.

—Mejor; y tendréis también algunos aún más necesitados, que no tienen deudas porque no encuentran quien les fíe...

—¡Sí, por desgracia! Uno hace lo que puede, pero ¿cómo atender a todo en estos tiempos?

—Haced que él los vista por mi cuenta y pagadlo bien. Verdaderamente, este año todo lo que no se gaste en pan me parece robado; pero este es un caso especial.

No queremos acabar la historia de ese día sin contar brevemente cómo terminó para el Innominado.

Esta vez, la noticia de su conversión lo había precedido en el valle; se había difundido enseguida y había causado estupor, ansiedad, disgusto, murmuraciones. A los primeros bravos, o servidores (eran todo uno) que vio, les indicó que lo siguiesen; y así sucesivamente. Todos iban tras él, con una incertidumbre nueva y con la sumisión de costumbre; hasta que, con un séquito creciente, llegó al castillo. Indicó a los que se encontraban a la puerta que lo siguieran como los demás; entró en el primer patio, se dirigió hacia el centro y allí, aún a caballo, lanzó un grito retumbante: era la señal acostumbrada, a la que acudían todos los suyos que la habían oído. En un momento, los que estaban dispersos por el castillo atendieron a la voz y se unieron a los ya congregados, mirando todos al amo.

—Id a esperarme a la sala grande —les dijo; y desde lo alto de su cabalgadura los veía marchar.

Se apeó después, la llevó él mismo al establo y se dirigió a donde lo esperaban. Al aparecer, cesó al instante un gran murmullo que había; todos se

apiñaron a un lado, dejando libre un gran espacio de la sala; podían ser unos treinta.

El Innominado alzó la mano, como para mantener aquel silencio repentino; alzó la cabeza, que sobresalía entre todas las del grupo, y dijo:

—Escuchad todos, y que nadie hable si no se le pregunta. ¡Hijos!, el camino que seguíamos hasta ahora conduce al fondo del infierno. No es un reproche lo que quiero haceros, yo que soy el primero de todos, el peor de todos; pero oíd lo que tengo que deciros. La misericordia de Dios me ha llamado a cambiar de vida, y la cambiaré, la he cambiado ya; ojalá haga lo mismo con todos vosotros. Sabed, pues, y tened por seguro, que antes estoy resuelto a morir que a hacer nada contra su santa ley. Revoco las órdenes criminales que he dado a cada uno de vosotros; ya me entendéis; más aún, os mando no hacer nada de lo que se os había ordenado. Y tened por seguro igualmente que nadie, a partir de ahora, podrá hacer el mal con mi protección, a mi servicio. Quien quiera quedarse con estas condiciones será para mí como un hijo; y me tendré por feliz si al final de un día yo no hubiera comido para saciar al último de vosotros, con el último pan que quedara en la casa. Al que no quiera, se le dará lo que se le debe de salario, y además un regalo; podrá marcharse; pero que no ponga aquí los pies sino para mudar de vida; para eso se le recibirá siempre con los brazos abiertos. Pensadlo esta noche; mañana os llamaré, uno por uno, para que me deis una respuesta; y entonces os daré nuevas órdenes. Por ahora, retiraos, cada cual a su puesto. Y que Dios, que ha usado conmigo tanta misericordia, os ilumine.

Aquí acabó, y todos quedaron en silencio. Por distintos y tumultuosos que fueran los pensamientos que hervían en aquellos cerebros, no se traslució al exterior ningún signo. Estaban habituados a tomar la voz de su señor como manifestación de una voluntad a la que no había que replicar; y esa voz, al anunciar que la voluntad había mudado, no daba el menor indicio de que se hubiese debilitado. A ninguno de ellos se le pasó por la cabeza siquiera que, al haberse convertido, podían imponerse a él, responderle como a un hombre cualquiera. Veían en él a un santo, mas uno de esos santos que pintan con la cabeza muy alta y con la espada empuñada. Amén del temor, sentían también por él (principalmente los que habían nacido en sus dominios, que eran la mayor parte) un afecto de vasallos; sentían además todos un cariño fundado en admiración; y en su presencia experimentaban una especie de vergüenza, por decirlo así, que hasta los ánimos más toscos y petulantes sienten ante una superioridad reconocida. Las cosas que acababan de oír de sus labios eran, sí, odiosas para sus oídos, pero no falsas ni extrañas para sus intelectos; si se

habían burlado de ellas mil veces, no era porque no las creyeran, sino para prevenir con burlas el miedo que les habría entrado de pensar en ellas en serio. Y ahora, al ver el efecto de aquel miedo en un ánimo como el de su amo, no hubo uno en quien más o menos no hiciera mella, por lo menos durante algún tiempo. Agréguese a todo esto que aquellos que se encontraban esa mañana fuera del valle, y se habían enterado los primeros de la gran noticia, habían visto al tiempo, y habían referido también, la alegría y el orgullo de la población, el amor y la veneración al Innominado, que habían aparecido en lugar del viejo odio y del viejo terror. De manera que, en el hombre al que siempre habían mirado, por así decirlo, desde muy abajo, aun cuando ellos mismos eran gran parte de su fuerza, veían ahora al asombro, al ídolo de una multitud; lo veían por encima de los demás, de forma muy distinta a la de antes, pero no menos alto; siempre fuera de la tropa común, siempre jefe.

Estaban, pues, pasmados, inseguros unos de otros, y cada cual de sí. Unos rabiaban, otros hacían planes sobre dónde irían a buscar refugio y empleo; este se examinaba por si podría acostumbrarse a ser hombre de bien; aquel, tocado por aquellas palabras, sentía cierta inclinación a ello; otro, sin decidir nada, se proponía prometer lo que fuera por el momento y quedarse mientras tanto a comer el pan ofrecido tan de corazón y entonces tan escaso, y ganar tiempo; nadie resolló. Y cuando el Innominado, al final de sus palabras, alzó de nuevo aquella mano imperiosa para indicar que se retiraran, despacito, como un rebaño de ovejas, se marcharon todos juntos. Salió él también, detrás de ellos, y plantado en medio del patio se quedó mirando, al vislumbre, cómo se disgregaban y cada uno se encaminaba a su puesto. Subió después a coger una linterna y vagó de nuevo por los patios, los corredores, las salas, visitó todas las entradas, y, cuando vio que todo estaba tranquilo, se fue por fin a dormir. Sí, a dormir, porque tenía sueño. Asuntos enredados, y al tiempo urgentes, por mucho que siempre hubiera ido en su busca, jamás había tenido tantos encima, en ninguna coyuntura, como ahora; y, sin embargo, tenía sueño. Los remordimientos que se lo habían quitado la noche antes, en vez de apaciguarse, lanzaban gritos más altos, más severos, más absolutos; y, sin embargo, tenía sueño. El orden, la especie de Gobierno establecido allá dentro por él en tantos años, con tanto cuidado, con tan singular acoplamiento de audacia y perseverancia, ahora él mismo lo había puesto en peligro con unas palabras; la dependencia ilimitada de los suyos, su estar dispuestos a todo, aquella fidelidad de mesnaderos, en la que estaba habituado a confiar desde hacía tiempo, la había excluido ahora él mismo; había convertido sus recursos

en un montón de enredos, había introducido la confusión y la incertidumbre en su casa; y, sin embargo, tenía sueño.

Se fue, pues, a su cuarto, se acercó al lecho en donde la noche antes había encontrado tantas espinas y se arrodilló junto a él, con intención de rezar. En efecto, encontró en un rincón escondido y profundo de su mente las oraciones que le habían enseñado a recitar de niño; comenzó a recitarlas; y aquellas palabras, que habían permanecido tanto tiempo revueltas, salían una tras otra como desgranándose. Experimentaba con ello una mezcla de sentimientos indefinibles: cierta dulzura en el retorno material a los hábitos de la inocencia; una exacerbación del dolor ante la idea del abismo que había abierto entre aquella época y esta; un ardor por llegar, con obras de expiación, a una conciencia nueva, a un estado más próximo a la inocencia, a la que no podía tornar; un agradecimiento, una confianza en la misericordia que lo podía conducir a ese estado y que le había ya dado tantos signos de quererlo. Se levantó después, se metió en la cama y se durmió inmediatamente.

Así finalizó ese día, tan célebre aún cuando escribía nuestro anónimo; y hoy, si no fuera por él, nada se sabría al respecto, al menos con detalles, ya que Ripamonti y Rivola, citados antes, no dicen sino que aquel señalado tirano, tras una conversación con Federigo, mudó admirablemente de vida y para siempre. ¿Y cuántos son los que han leído los libros de estos dos? Aún menos de los que leerán el nuestro. ¿Y quién sabe si, en el propio valle, habrá quedado alguna débil y confusa tradición del hecho, para quien tuviera ganas de buscarla, y la habilidad de encontrarla? ¡Han pasado tantas cosas desde ese tiempo!

XXV

Al día siguiente, en el pueblecito de Lucia y en todo el territorio de Lecco, no se hablaba más que de ella, del Innominado, del arzobispo y de otro sujeto que, aun cuando le placía mucho andar en bocas de los hombres, habría, en aquella coyuntura, prescindido de buen grado de ello: queremos decir el señor don Rodrigo.

No es que antes no se hablase de sus asuntos; pero eran conversaciones entrecortadas, en secreto; era preciso que dos personas se conocieran bien, muy bien, para abrirse sobre tal tema. E, incluso entonces, no ponían todo el sentimiento de que habrían sido capaces, pues los hombres, hablando en general, cuando no pueden desahogar su indignación sin grave peligro, no solo la demuestran menos, o guardan del todo para sí la que sienten, sino que de hecho sienten menos. Pero, ahora, ¿quién iba a contenerse de preguntar, y de hablar, de un hecho tan estrepitoso, en el que se había visto la mano del cielo, y donde hacían buen papel dos personajes tales?: el uno, en quien un animoso amor a la justicia iba unido a una gran autoridad; el otro, en quien parecía que la prepotencia en persona se había humillado, que la flor y nata de los bravos acudía, por así decirlo, a rendir las armas y a pedir reposo. Con tales parangones el señor don Rodrigo quedaba un poco empequeñecido. En ese momento todos comprendían qué significaba atormentar a la inocencia para poder deshonorarla, perseguirla con insistencia tan descarada, con tan atroz violencia, con tan abominables insidias. Se pasaba revista, en esa ocasión, a otras muchas proezas de aquel caballero; y decían lo que sentían sobre todo ello, animado cada cual al encontrarse de acuerdo con todos. Era un susurro, un arrebató general; aunque de lejos, a causa de todos los bravos que aquel tenía a su alrededor.

Buena parte de este odio público recaía también sobre sus amigos y cortesanos. Desollaban a gusto al señor podestá, siempre sordo y ciego y mudo acerca de los hechos de aquel tirano; pero de lejos, también con él, porque, si no tenía bravos, tenía esbirros. Con el doctor Azzecca-garbugli, que no tenía sino palabrería e intrigas, y con otros cortesanelos semejantes a él,

se guardaban menos consideraciones: los señalaban con el dedo y los miraban de través, de manera que, durante cierto tiempo, consideraron conveniente no dejarse ver en las calles.

Don Rodrigo, fulminado por aquella noticia tan impensada, tan distinta del aviso que esperaba día tras día, de un momento a otro, se quedó escondido en su castillejo, solo con sus bravos, rabiando, durante unos días; al tercero, partió hacia Milán. Si no hubiera habido más que las murmuraciones de la gente, quizá, pues las cosas habían ido tan lejos, se habría quedado aposta para afrontarlas, e incluso para buscar la ocasión de dar un escarmiento a todos en la persona de alguno de los más atrevidos; pero lo que lo hizo salir fue el haberse sabido con certeza que el cardenal vendría también por aquellas partes. El conde, su tío, el cual no sabía de la historia sino lo que le había dicho Attilio, habría pretendido ciertamente que, en semejante coyuntura, don Rodrigo hiciera un gran papel y recibiese en público del cardenal las mayores distinciones; ahora bien, cualquiera puede ver lo encaminado que estaba. Lo habría pretendido y se habría hecho rendir minuciosas cuentas, pues era una ocasión importante de demostrar en qué estimación se tenía a la familia de una primera autoridad. Para librarse de tan enojoso compromiso, don Rodrigo, levantándose una mañana antes que el sol, se metió en un coche, con el Griso y otros bravos en el exterior, por delante y por detrás, y, dejando la orden de que el resto de la servidumbre los siguiera, partió como un fugitivo, como (permítasenos realzar a nuestros personajes con algún ilustre parangón), como Catilina de Roma, bufando y jurando que volvería pronto, de muy otro modo, para vengarse.

Entretanto, el cardenal iba visitando, una cada día, las parroquias del territorio de Lecco. El día que tenía que llegar a la de Lucia, una gran parte de los habitantes salieron al camino a su encuentro. A la entrada del pueblo, al lado mismo de la casita de nuestras dos mujeres, había un arco triunfal, construido con toscas columnas verticales y con palos atravesados, revestido de paja y de musgo, y adornado con ramas verdes de brusco y acebo, con bayas escarlatas; la fachada de la iglesia estaba engalanada con tapices; de los alféizares de las ventanas colgaban colchas y sábanas extendidas, fajas de niño dispuestas a guisa de colgaduras: todo lo poco necesario que estuviera en condiciones de hacer, bien que mal, figura de superfluo. Hacia las veintidós, que era la hora en que se esperaba al cardenal, los que se habían quedado en sus casas, viejos, mujeres y niños en su mayoría, salieron también a su encuentro, en parte en fila, en parte en tropel, precedidos por don Abbondio, hastiado en medio de tanta fiesta, por el estruendo que lo aturdía y por el

bullir de la gente de un lado a otro, que lo mareaba, según repetía, y también por el reconcomio secreto de que las mujeres hubieran podido parlotear y tuviese que rendir cuentas de la boda.

En esto se ve asomar al cardenal, o, mejor dicho, la turba en medio de la cual se encontraba su litera, con el séquito alrededor; porque de todo ello no se veía sino un indicio en el aire, sobre todas las cabezas, un trozo de la cruz llevada por el capellán, que montaba una mula. La gente que iba con don Abbondio se apresuró en tropel a unirse con la otra; y él, tras haber dicho tres o cuatro veces: «Despacio; en fila; ¿qué hacéis?», dio media vuelta despechado; y mientras seguía rezongando: «Qué babel, qué babel», entró en la iglesia, que aún estaba vacía; y allí se quedó esperando.

El cardenal avanzaba dando bendiciones con la mano y recibíéndolas de labios de la gente, mientras los de su séquito se ajetreaban para conseguir contenerla. Por ser del pueblo de Lucia, aquella gente había querido hacer al arzobispo demostraciones extraordinarias; pero no era nada fácil, pues era costumbre que, allí donde llegaba, todos hacían más de lo que podían. Ya en el mismo comienzo de su pontificado, con ocasión de su primera entrada en la catedral, el gentío y el ímpetu de la gente que se agolpaba sobre él habían sido tales que hicieron temer por su vida; y algunos gentileshombres que estaban más próximos habían desenvainado las espadas, para asustar a la muchedumbre y rechazarla. Tan descompuestas y violentas eran las costumbres de aquellos tiempos que, aun para hacer demostraciones de benevolencia a un obispo en la iglesia, y para moderarlas, se andaba muy cerca de matar. Y quizá no habría bastado con aquella defensa, si el maestro y el vicemaestro de ceremonias, un Clerici y un Picozzi, jóvenes sacerdotes en buenas condiciones de cuerpo y de ánimo, no lo hubieran cogido en sus brazos y llevado en vilo desde la puerta hasta el altar mayor. A partir de entonces, en las muchas visitas episcopales que tuvo que hacer, la primera entrada en la iglesia puede contarse sin chanza entre sus trabajos pastorales, y a veces entre los peligros que corrió.

Entró también en esta como pudo; fue al altar y, tras haber orado un poco, dirigió, según solía, un pequeño discurso al pueblo, sobre su amor por ellos y el deseo de su salvación, y cómo debían disponerse para las funciones del día siguiente. Se retiró después a la casa del párroco, y, en medio de la conversación, le pidió informes sobre Renzo. Don Abbondio dijo que era un joven algo vivo, algo testarudo, algo colérico. Mas, ante más particulares y concretas preguntas, tuvo que responder que era hombre de bien y que

tampoco él podía comprender cómo, en Milán, había podido hacer todas las diabluras que habían dicho.

—En cuanto a la joven —prosiguió el cardenal—, ¿os parece que puede venir sin riesgo a vivir a su casa?

—Por ahora —respondió don Abbondio— puede venir a vivir, como quiera; digo por ahora; pero —agregó después con un suspiro— sería menester que usía ilustrísima estuviera siempre aquí, o al menos cerca.

—El Señor está siempre cerca —dijo el cardenal—; por lo demás, yo me ocuparé de ponerla a salvo.

Y dio al instante órdenes de que al día siguiente, muy temprano, se despachara la litera, con una escolta, para recoger a las dos mujeres.

Don Abbondio salió de allí muy contento de que el cardenal le hubiera hablado de los dos jóvenes, sin pedirle cuentas de su negativa a casarlos. «Conque nada sabe —decía para sí—, Agnese ha callado: ¡milagro! Es cierto que tienen que volver a verse; pero le daremos otras instrucciones, se las daremos». Y no sabía, el pobre hombre, que Federigo no había tocado el tema justamente porque pretendía hablarle de él por extenso, con más tiempo; y, antes de darle su merecido, quería oír también sus razones.

Pero los afanes del buen prelado por poner a Lucia a buen recaudo eran ya inútiles; desde que la había dejado habían ocurrido cosas que debemos contar.

Las dos mujeres, en los pocos días que tuvieron que pasar en la hospitalaria casita del sastre, habían reanudado, en la medida posible, su viejo tenor de vida. Lucia había pedido trabajo enseguida; y, como había hecho en el monasterio, cosía y cosía, retirada en un cuartito, lejos de las miradas de la gente. Agnese salía algunas veces, y otras trabajaba en compañía de su hija.

Sus charlas eran tanto más tristes cuanto más cariñosas: ambas estaban preparadas para una separación, ya que la oveja no podía vivir tan cerca de la guarida del lobo; y ¿cuándo, cuál sería el término de esa separación? El futuro era oscuro, enredado, principalmente para una de ellas. Sin embargo, Agnese

hacía sobre él alegres conjeturas: que Renzo, finalmente, si no le había ocurrido nada malo, tendría que dar pronto noticias; y si había encontrado trabajo y donde establecerse, si (y ¿cómo dudarlo?) seguía firme en sus promesas, ¿por qué no iban a marcharse con él? Sobre tales esperanzas hablaba y volvía a hablar con su hija, a la que yo no sabría decir si le causaba mayor dolor oírlo, o pena responderle. Su gran secreto había seguido guardándolo para sí; y, aunque inquieta por el disgusto de andarse con subterfugios, y ya no era el primero, con una madre tan buena, pero retenida como invenciblemente por la vergüenza y por los diversos temores que hemos

mencionado antes, lo iba dejando de un día para otro, sin decir nada. Sus planes eran muy distintos de los de su madre o, mejor dicho, no los tenía: se había abandonado a la Providencia. Trataba, pues, de cambiar de conversación, o de desviarla; o decía, en términos generales, que ya no tenía esperanzas, ni deseaba nada en este mundo, salvo poder reunirse pronto con su madre; la mayoría de las veces, el llanto acudía oportunamente a truncar las palabras.

—¿Sabes por qué te figuras eso? —decía Agnese—. Porque has sufrido mucho, y te parece mentira que las cosas acaben bien. Pero deja obrar al Señor; y si... Deja que se vea un vislumbre, solo un vislumbre de esperanza; y entonces me dirás si no piensas en nada.

Lucia besaba a su madre y lloraba.

Por lo demás, entre ellas y sus huéspedes había nacido enseguida una gran amistad. ¿Cómo no iba a nacer, entre beneficiarios y bienhechores, cuando unos y otros son gente buena? Agnese, en especial, tenía grandes charlas con el ama. El sastre las entretenía un poco con historias y discursos morales; y, sobre todo a la hora de almorzar, tenía siempre algo que contar de Bovo d'Antona o de los Padres del Desierto.

No muy lejos de aquel pueblecito pasaba el verano una pareja de alto copete: don Ferrante y doña Prassede; su linaje, como de costumbre, se quedó en el tintero del anónimo. Era doña Prassede una anciana señora muy inclinada a hacer el bien, oficio seguramente el más digno que el hombre pueda ejercer, pero que por desgracia puede también molestar, como todos los demás. Para hacer el bien, es preciso conocerlo; y, al igual que cualquier otra cosa, no podemos conocerlo sino en medio de nuestras pasiones, por medio de nuestros juicios, con nuestras ideas; las cuales muy a menudo no son las mejores. Con las ideas, doña Prassede se gobernaba como dicen que se debe hacer con los amigos: tenía pocas, pero estaba muy apegada a esas pocas. Entre las pocas, había por desgracia muchas erradas; y no eran esas las que menos amaba. Le ocurría, pues, o que se proponía como bien lo que no lo era, o que tomaba por medios cosas que podían más bien resultar en sentido contrario, o que creía lícitos los medios que en nada lo eran, a causa de cierta confusa suposición de que quien hace más de su deber puede hacer más de a lo que tendría derecho; le ocurría no ver en un hecho lo que tenía de real, o ver en él más de lo que había; y otras muchas cosas semejantes, que pueden ocurrir, y que les ocurren a todos, sin exceptuar a los mejores; pero a doña Prassede, demasiado a menudo y nada raramente, le ocurrían todas de una vez.

Al oír el gran suceso de Lucia, y todo lo que, en esa ocasión, se decía de la joven, le entró curiosidad por verla; y envió una carroza, con un viejo bracero, a buscar a madre e hija. Esta se encogía de hombros y rogaba al sastre, que les había ido con la embajada, que encontrase el modo de excusarla. Mientras se había tratado de gente sencilla que pretendía conocer a la joven del milagro, el sastre les había hecho de buen grado tal favor; pero, en este caso, la negativa le parecía una especie de rebelión. Hizo tantos visajes, tantas exclamaciones, dijo tantas cosas: que no podía hacerse, que era una gran casa, que a los señores no se les dice que no, que podía ser su fortuna y que la señora doña Prassede, amén del resto, era también una santa; tantas cosas, en suma, que Lucia tuvo que rendirse, tanto más cuanto que Agnese confirmaba todas aquellas razones con otros tantos «Claro, claro».

Llegadas ante la señora, esta les tributó una gran acogida y muchas felicitaciones; interrogó, aconsejó; todo ello con cierta superioridad casi innata, pero corregida por tantas expresiones humildes, atemperada por tanta solicitud, sazónada con tanta espiritualidad que Agnese casi al punto, y Lucia poco después, empezaron a sentirse aliviadas del opresor respeto que al principio les había infundido aquella señorial presencia; e incluso encontraron en ella cierto atractivo. En resumidas cuentas, doña Prassede, enterada de que el cardenal se había encargado de buscar un refugio para Lucia, acuciada por el deseo de secundar esa buena intención y al tiempo de adelantarse a ella, se ofreció a recibir a la joven en su casa, donde, sin estar destinada a ningún servicio particular, podría a su gusto ayudar a las otras mujeres en sus trabajos. Y agregó que ella se ocuparía de participárselo a monseñor.

Además del bien claro e inmediato que había en tal obra, doña Prassede veía y se proponía otro, quizá más considerable, en su opinión: enmendar un cerebro, poner en el buen camino a quien tanto lo necesitaba. Porque, desde que oyó hablar de Lucia por primera vez, se había convencido al instante de que una joven que había podido prometerse con un granuja, con un sedicioso, carne de horca, en suma, alguna lacra, algún defecto oculto debía de tener. Dime con quién andas y te diré quién eres. La visión de Lucia había confirmado ese convencimiento. No es que, en el fondo, como suele decirse, no le pareciese una buena muchacha; pero había mucho que hablar. Aquella cabecita baja, con la barbilla clavada en la garganta, aquel no responder, o responder muy secamente, como a la fuerza, podían indicar vergüenza, pero denotaban seguramente mucha terquedad; no hacía falta mucho para adivinar que aquella cabecita tenía sus ideas. Y aquel ruborizarse a cada momento, y aquel contener los suspiros... Dos ojazos, además, que a doña Prassede no le

gustaban nada. Tenía ella por cierto, como si lo supiera de buena fuente, que todas las desgracias de Lucia eran un castigo del cielo por su amistad con aquel granuja, y un aviso para hacer que se apartase totalmente de él; en vista de ello, se proponía cooperar a tan buen fin. Ya que, como decía a menudo a los demás y a sí misma, todo su afán era secundar los deseos del cielo; aunque cometía a menudo una grave equivocación, y era confundir su cerebro con el cielo. Pero se guardó bien de dar el menor indicio de su segunda intención, como hemos dicho. Una de sus máximas era que, para conseguir hacer el bien a la gente, lo primero, en la mayoría de los casos, era no participarles su plan.

La madre y la hija se miraron a la cara. En la dolorosa necesidad de separarse, a ambas les pareció que había que aceptar el ofrecimiento, aunque solo fuera porque la quinta estaba muy vecina a su pueblo, por lo que, en el peor de los casos, estarían cerca y podrían reunirse el verano siguiente. Viendo el consentimiento la una en los ojos de la otra, se volvieron ambas hacia doña Prassede dándole las gracias como quien acepta. Ella renovó sus amabilidades y sus promesas, y dijo que mandaría enseguida una carta para presentársela a monseñor.

Así que se fueron las mujeres, hizo que le redactara la carta don Ferrante, del cual, por ser literato, como diremos con más detalle, se servía como secretario en las ocasiones de importancia. Tratándose de una de esta suerte, don Ferrante puso en ella todo su saber, y, al entregar el borrador a su consorte para que lo copiase, le recomendó cálidamente la ortografía, que era una de las muchas cosas que había estudiado y de las pocas sobre las que tenía mando en la casa. Doña Prassede copió diligentísimamente y despachó la carta a casa del sastre. Esto fue dos o tres días antes de que el cardenal mandase la litera para llevar a las mujeres de nuevo al pueblo.

Una vez llegadas, se apearon en la casa parroquial, donde se hallaba el cardenal. Había orden de introducir las enseguida: el capellán, que fue el primero en verlas, la cumplió, entreteniéndolas solo lo necesario para darles, aprisa y corriendo, unas instrucciones sobre el ceremonial que había que seguir con monseñor y sobre los títulos que había que darle. Para el pobre hombre era un continuo tormento ver el poco orden que reinaba en torno al cardenal, sobre ese particular. «Todo —decía a los demás de la familia— por la excesiva bondad de ese bendito hombre; por su gran familiaridad». Y contaba que incluso había oído más de una vez, con sus propias orejas, contestarle: «Sí, señor; no, señor».

Estaba en ese momento el cardenal conversando con don Abbondio sobre los asuntos de la parroquia, de modo que este no tuvo oportunidad de dar,

como habría deseado, instrucciones a las mujeres. Solamente, al pasar a su lado, mientras salía y ellas se adelantaban, pudo hacerles del ojo, para indicarles que estaba satisfecho de ellas, y que siguieran, como buenas personas, sin decir nada.

Tras los primeros agasajos de una parte y las primeras reverencias de otra, Agnese se sacó del seno la carta y se la presentó al cardenal, diciendo:

—Es de la señora doña Prassede, que dice que conoce mucho a usía ilustrísima, monseñor, como naturalmente deben de conocerse todos los grandes señores. Cuando haya leído, verá.

—Está bien —dijo Federigo, una vez que la leyó y sacó el jugo del sentido de las flores de don Ferrante.

Conocía bastante aquella casa para estar seguro de que invitaban a Lucia con buena intención, y que allí estaría a salvo de las insidias y la violencia de su perseguidor. No sabemos a ciencia cierta qué concepto tenía de la cabeza de doña Prassede. Probablemente no era la persona que habría elegido para semejante intento; pero, como hemos dicho y dado a entender en otro lugar, no solía deshacer las cosas que no le tocaban, para volver a hacerlas mejor.

—Tomad con paciencia también esta separación y la incertidumbre en que os halláis —agregó después—. Confiad en que acabará pronto, y en que el Señor querrá conducir las cosas a ese término al que parecía haberlas encaminado, mas tened por cierto que lo que Él quiera será lo mejor para vosotras.

Dedicó a Lucia en particular algún otro cariñoso recuerdo; algún otro consuelo a ambas; las bendijo y las dejó marchar. En cuanto estuvieron fuera, se encontraron encima un enjambre de amigos y amigas, todo el municipio, puede decirse, que las esperaba y las llevó a su casa, como en triunfo. Entre todas aquellas mujeres había una competición de felicitaciones, de condolencias, de preguntas; y todas lanzaban exclamaciones de disgusto al oír que Lucia se marcharía al día siguiente. Los hombres rivalizaban en ofrecer sus servicios; cada uno quería quedarse esa noche de guardia en la casita. Sobre este hecho, nuestro anónimo creyó oportuno formular un proverbio: ¿queréis que os ayuden muchos? Tratad de no necesitarlo.

Tantos agasajos confundían y aturdían a Lucia; Agnese no se enredaba con tan poco. Pero en sustancia también a Lucia le hicieron bien, distrayéndola algo de los pensamientos y de los recuerdos que, por desgracia, incluso en medio del bullicio, se le despertaban en aquella puerta, en aquellos cuartitos, con la vista de cada objeto.

Al toque de la campana, que anunciaba que iba a empezar la función, todos echaron a andar hacia la iglesia, y fue para nuestras mujeres otro paseo triunfal.

Terminada la función, don Abbondio, que había corrido a ver si Perpetua lo había dispuesto todo bien para el almuerzo, fue llamado por el cardenal. Acudió enseguida junto a su ilustre huésped, el cual, dejándolo aproximarse, comenzó:

—Señor cura —y esas palabras fueron dichas de manera que tuvo que entender que eran el principio de una conversación larga y seria—, señor cura, ¿por qué no habéis unido en matrimonio a esa pobre Lucia con su novio?

«Esas se han desahogado esta mañana», pensó don Abbondio; y respondió rezongando:

—Su ilustrísima habrá oído hablar del desbarajuste provocado por este asunto; ha habido una confusión tal que no se puede, ni siquiera hoy, verlo claro; usía ilustrísima puede deducirlo viendo que la joven, tras tantos accidentes, está aquí por milagro; y el joven, tras otros accidentes, no se sabe dónde está.

—Pregunto —prosiguió el cardenal— si es cierto que, antes de todos estos sucesos, os negasteis a celebrar la boda, cuando se os pidió, el día fijado; y por qué.

—Verdaderamente..., si usía ilustrísima supiera... qué amenazas..., qué terribles órdenes recibí de no hablar... —Y se quedó sin terminar, con cierto ademán, como para dar respetuosamente a entender que sería indiscreción querer saber más.

—¿Cómo? —dijo el cardenal, con voz y aire graves, fuera de lo ordinario—. Es vuestro obispo el que, por su obligación y para justificación vuestra, quiere saber por vos la razón de que no hayáis hecho lo que, por conducto regular, era obligación vuestra hacer.

—Monseñor —dijo don Abbondio, volviéndose pequeño, muy pequeño—, no he querido decir... Pero me pareció que, siendo cosas enmarañadas, cosas viejas y sin remedio, era inútil revolver... Pero, pero, digo..., sé que usía ilustrísima no querrá traicionar a un pobre párroco. Porque ya ve, monseñor; usía ilustrísima no puede estar en todo; y yo me quedo aquí expuesto... Pero si usía me lo manda, diré, lo diré todo.

—Decid: yo no quisiera más que hallaros sin culpa.

Entonces don Abbondio se puso a contar la dolorosa historia, aunque calló el nombre principal, o lo sustituyó por «un gran señor», dando así a la

prudencia lo poco que era posible en semejante aprieto.

—¿Y no habéis tenido otro motivo? —preguntó el cardenal, cuando don Abbondio acabó.

—Quizá no me he explicado lo bastante —respondió este—, me ordenaron bajo pena de la vida que no hiciera ese casamiento.

—¿Y os parece razón bastante para dejar de cumplir con un deber concreto?

—Yo siempre he tratado de cumplirlo, mi deber, incluso con graves incomodidades, pero cuando se trata de la vida...

—¿Y cuando os presentasteis a la Iglesia —dijo con acento aún más grave Federigo—, para haceros cargo de este ministerio, os aseguró la vida? ¿Os dijo que los deberes anejos al ministerio estaban libres de obstáculos, inmunes a todo peligro? ¿Os dijo, acaso, que donde empezaba el peligro cesaba el poder? ¿No os advirtió expresamente lo contrario? ¿No os advirtió de que os enviaba como un cordero entre lobos? ¿No sabíais que existían violentos a quienes podría desagradar lo que a vos se os ordenara? Aquel de Quien recibimos la doctrina y el ejemplo, a imitación del Cual nos dejamos llamar y nos llamamos pastores, ¿puso acaso como condición salvar su vida al venir a la tierra a ejercer este oficio? Y para salvarla, para conservarla, digo, unos días más en esta tierra, a costa de la caridad y del deber, ¿era menester la unción santa, la imposición de manos, la gracia del sacerdocio? Basta el mundo para dar esa virtud, para enseñar esta doctrina. ¿Qué digo?, ¡qué vergüenza!, el mismo mundo la rechaza: el mundo hace también sus leyes, que prescriben el bien y el mal; tiene también su evangelio, un evangelio de soberbia y de odio; y no permite que se diga que el amor a la vida es una razón para transgredir sus mandamientos. No lo quiere, y se le obedece. ¡Y nosotros!, ¡nosotros, hijos y anunciadores de la promesa! ¿Qué sería la Iglesia, si este lenguaje vuestro fuera el de todos vuestros hermanos? ¿Dónde estaría, si hubiera aparecido en el mundo con estas doctrinas?

Don Abbondio estaba con la cabeza gacha; su espíritu se encontraba entre aquellos argumentos como un pollito en las garras del halcón, que lo tienen elevado en una región desconocida, en un aire que jamás ha respirado. Viendo que algo era preciso responder, dijo, con cierta forzada sumisión:

—Ilustrísimo señor, estaré equivocado. Si la vida no debe contar, ya no sé qué decir. Pero cuando hay que habérselas con cierta gente, con gente que tiene la fuerza y que no quiere atender a razones, no sé qué se podría ganar, aun queriendo ser valiente. Aquel es un señor con quien no se puede ni ganar ni empatar.

—¿Y no sabéis que nuestra victoria está en sufrir por la justicia? Y, si no sabéis esto, ¿qué es lo que predicáis? ¿De qué sois maestro? ¿Cuál es la buena nueva que anunciáis a los pobres? ¿Quién pretende de vos que venzáis la fuerza con la fuerza? Ciertamente no os preguntarán, un día, si habéis sabido tener a raya a los poderosos; para esto no se os dio ni misión, ni medios. Pero os preguntarán si habéis empleado los medios que estaban en vuestra mano para hacer lo que teníais prescrito, aun cuando alguien tuviera la temeridad de prohibíroslo.

«También estos santos son curiosos —pensaba entretanto don Abbondio —, en sustancia, sacándole el jugo, le interesan más los amores de dos jóvenes que la vida de un pobre sacerdote». Y, por su parte, se habría contentado de buena gana con que la conversación terminara allí; pero veía que el cardenal, a cada pausa, se quedaba en la actitud de quien aguarda una respuesta: una confesión, o una apología, algo, en suma.

—Vuelvo a decir, monseñor —respondió, pues—, que estaré equivocado... Uno no puede infundirse valor.

—¿Y por qué, pues, podría deciros, os habéis comprometido a un ministerio que os impone estar en guerra con las pasiones del siglo? ¿Cómo, os diré más bien, cómo no pensáis que si en este ministerio, sea cual sea el modo en que lo abrazasteis, os es necesario el valor para cumplir vuestras obligaciones, hay Quien os lo dará infaliblemente, con tal de que se lo pidáis? ¿Creéis que todos los millones de mártires tuvieron valor natural? ¿Que no tenían naturalmente en cuenta la vida? ¿Tantos jovencitos que empezaban a disfrutar de ella, tantos viejos habituados a lamentarse de que ya estaba próxima a terminar, tantas doncellas, tantas novias, tantas madres? Todos tuvieron valor, porque el valor era necesario, y ellos tenían confianza. Conociendo vuestra debilidad y vuestros deberes, ¿habéis pensado entonces en prepararos para los pasos difíciles en que pudierais encontraros, en que os habéis encontrado en efecto? Ah, si durante tantos años de oficio pastoral, habéis amado a vuestra grey (¿y cómo no ibais a amarla?), si habéis puesto en ella vuestro corazón, vuestros cuidados, vuestras delicias, no debía faltáros el valor en caso de necesidad: el amor es intrépido. Pues bien, si amabais a los que están confiados a vuestros cuidados espirituales, a los que llamáis hijos, cuando visteis a dos de ellos amenazados, junto a vos, ¡ah, sí!, al igual que la debilidad de la carne os hizo temblar por vos, la caridad os habrá hecho temblar por ellos. Os habréis humillado con ese primer temor, porque era un efecto de vuestra miseria; habréis implorado la fuerza para vencerlo, para expulsarlo, porque era una tentación; pero el amor santo y noble por los otros,

por vuestros hijos, ese lo habréis escuchado, ese no os habrá dejado en paz, ese os habrá excitado, obligado a pensar, a hacer lo que se pudiera para protegerlos del peligro que los amenazaba... ¿Qué os ha inspirado el temor, el amor? ¿Qué habéis hecho por ellos? ¿Qué habéis pensado?

Y calló en actitud de quien espera.

XXVI

A semejante pregunta, don Abbondio, que se las había ingeniado para responder algo a las menos concretas, se quedó sin articular palabra. Y, por decir verdad, también nosotros, con este manuscrito delante, con una pluma en la mano, sin tener que luchar más que con las frases, ni otra cosa que temer sino las críticas de nuestros lectores, también nosotros, digo, sentimos cierta repugnancia a proseguir; encontramos un no sé qué de extraño en este traer a colación, con tan poco trabajo, tan hermosos preceptos de fortaleza y de caridad, de diligencia activa por los otros, de sacrificio ilimitado de sí mismo. Mas, pensando que quien decía esas cosas era alguien que después las hacía, seguiremos adelante con valor.

—¿No respondéis? —prosiguió el cardenal—. ¡Ah!, si hubierais hecho, por vuestra parte, lo que la caridad, lo que el deber exigían, no os faltaría ahora una respuesta, cualquiera que hubiera sido luego el resultado. Veis, pues, vos mismo lo que habéis hecho. Habéis obedecido a la iniquidad, sin cuidaros de lo que el deber os prescribía. La habéis obedecido puntualmente; se había mostrado a vos, para imponeros su deseo; mas quería quedar oculta ante quien podría defenderse de ella y ponerse en guardia; no quería que se hiciera ruido, quería el secreto para madurar a sus anchas sus planes de insidias o de fuerza; os ordenó la transgresión y el silencio: vos habéis transgredido y no hablabais. Os pregunto ahora si no habéis hecho más; vos me diréis si es cierto que mendigasteis pretextos para vuestra negativa, para no revelar su motivo.

Y se quedó así un rato, esperando de nuevo una respuesta.

«Hasta eso le han chismorreado aquellas cotorras», pensaba don Abbondio; pero no dio señales de tener nada que decir, por lo cual el cardenal continuó:

—Conque es cierto que dijisteis a esos pobrecillos lo que no era, para mantenerlos en la ignorancia, en la oscuridad, en que la iniquidad los quería... De modo que debo creerlo; de modo que no me queda sino sonrojarme con vos y esperar que vos lloraréis conmigo. Ya veis a lo que os

ha conducido (¡Dios santo!, y ahora la aducíais como excusa) esa solicitud por una vida que no es eterna. Os ha conducido... rebatid libremente estas palabras si os parecen injustas, tomadlas como saludable humillación, si no lo son... os ha conducido a engañar a los débiles, a mentir a vuestros hijos.

«Así son las cosas —seguía diciendo para sí don Abbondio—. A aquel Satanás —y pensaba en el Innominado—, los brazos al cuello; y a mí, por una media mentira, dicha con el único fin de salvar el pellejo, tanto alboroto. Pero son superiores; siempre tienen razón. Es mi estrella que todos me maltraten, hasta los santos». Y dijo en alta voz:

—He faltado; comprendo que he faltado; mas ¿qué debía hacer en semejante trance?

—¿Y aún lo preguntáis? ¿No os lo he dicho? ¿Y tenía que decíroslo? Amar, hijo, amar y rezar. Entonces habríais visto que la iniquidad puede tener amenazas que hacer, golpes que dar, sí, pero no órdenes; habríais unido, según la ley de Dios, lo que el hombre quería separar; habríais prestado a aquellos infelices inocentes el ministerio que tenían motivos para requerir de vos; de las consecuencias habría salido fiador Dios, pues se habría seguido su camino; al haber tomado otro, el fiador sois vos, ¡y de qué consecuencias! ¿Acaso os faltaban todos los amparos humanos? ¿Acaso no estaba abierta ninguna salida, si hubierais querido mirar a vuestro alrededor, pensarlo, buscarla? Ahora vos podéis saber que vuestros pobrecillos habían pensado por su cuenta en salvarse; una vez casados, estaban dispuestos a huir de las garras del poderoso, habían planeado ya un lugar donde refugiarse. Pero incluso sin eso, ¿no se os pasó por la cabeza que teníais un superior? ¿Cómo tendría este la autoridad para reprenderos por haber faltado a vuestra misión, si no tuviera también la obligación de ayudaros a cumplirla? ¿Por qué no pensasteis en informar a vuestro obispo del impedimento que una infame violencia ponía al ejercicio de vuestro ministerio?

«¡El parecer de Perpetua!», pensaba airadamente don Abbondio, que, en medio de aquellos discursos, lo que tenía más vivamente ante sí era la imagen de los bravos y el pensamiento de que don Rodrigo estaba vivo y sano, y, un día u otro, regresaría glorioso y triunfante, y enfurecido. Y aunque aquella dignidad presente, aquel aspecto y aquel lenguaje, lo hicieran estar confuso y le infundieran cierto temor, era un temor que no lo sojuzgaba del todo, ni impedía que su pensamiento se rebelase, porque en el fondo de aquel pensamiento estaba el hecho de que, en resumidas cuentas, el cardenal no utilizaba escopetas, ni espada, ni bravos.

—¿Cómo no pensasteis —proseguía este— que si esos inocentes acechados no tenían otro refugio, estaba yo, para acogerlos, para ponerlos a salvo, si vos me los hubierais enviado, enviado unos desvalidos a un obispo, como cosa suya, como parte preciosa no digo de su cargo, sino de sus riquezas? Y, en cuanto a vos, yo, yo me habría preocupado por vos; yo, yo no habría dormido hasta estar seguro de que no os tocarían un pelo. ¿Es que no iba yo a tener cómo, dónde, poner a salvo vuestra vida? Y a aquel hombre que se mostró tan osado, ¿creéis que no le habría menguado la osadía cuando hubiera sabido que sus tramas se conocían fuera de aquí, las conocía yo, que yo velaba y estaba resuelto a usar en vuestra defensa todos los medios que estuvieran en mi mano? ¿No sabíais que, si el hombre promete a menudo más de lo que puede mantener, también con frecuencia amenaza con más de lo que se atreve luego a cometer? ¿No sabíais que la iniquidad no se basa solo en sus fuerzas, sino también en la credulidad y el espanto ajenos?

«Exactamente las razones de Perpetua», pensó también ahora don Abbondio, sin reflexionar en que aquel concordar su sirvienta y Federigo Borromeo sobre lo que se habría podido y debido hacer quería decir mucho en contra de él.

—Pero vos —prosiguió y concluyó el cardenal— no visteis, no quisisteis ver más que vuestro peligro temporal; ¿cómo asombrarse de que os haya parecido tan grande que os hiciera olvidar todo lo demás?

—Es porque aquellas caras las vi yo —se le escapó a don Abbondio—, aquellas palabras las oí yo. Usía ilustrísima habla muy bien; pero era preciso haberse hallado en el lugar de un pobre cura, y haberse visto en aquel trance.

Apenas hubo proferido estas palabras se mordió la lengua; se dio cuenta de que se había dejado vencer en exceso por la ira, y dijo para sí: «Ahora viene la granizada». Pero, al levantar una mirada dudosa, quedó asombrado al ver el semblante de aquel hombre, a quien no conseguía nunca adivinar ni entender, al verlo, digo, pasar de aquella gravedad autorizada y reprensora a una gravedad compungida y pensativa.

—¡Por desgracia —dijo Federigo—, tal es nuestra mísera y terrible condición! Debemos exigir rigurosamente de los otros lo que Dios sabe si nosotros estaríamos dispuestos a dar: debemos juzgar, corregir, reprender; ¡y sabe Dios lo que haríamos en el mismo caso, lo que hemos hecho en casos semejantes! Pero ¡ay, si yo tuviera que tomar mi debilidad como medida del deber ajeno, como norma de mi enseñanza! Y sin embargo es muy cierto que, junto con las doctrinas, yo debo dar ejemplo a los demás, no asemejarme al doctor de la ley, que carga a los otros con pesos que no pueden llevar y que él

no tocaría con un dedo. Pues bien, hijo y hermano: como los errores de quienes gobiernan son a menudo mejor conocidos por los otros que por ellos mismos, si vos sabéis que yo he descuidado alguna obligación, por pusilanimidad, por algún respeto humano, decídmelo francamente, haced que me arrepienta; con el fin de que, donde ha faltado el ejemplo, lo supla al menos la confesión. Reprochadme libremente mis debilidades; y entonces las palabras adquirirán más valor en mi boca, pues sentiréis más vivamente que no son mías, sino de Quien puede darnos a vos y a mí la fuerza necesaria para hacer lo que prescriben.

«¡Oh!, ¡qué hombre tan santo!, pero ¡qué incordio! —pensaba don Abbondio—. Hasta consigo mismo: con tal de hurgar, remover, criticar, indagar, hasta consigo mismo». Dijo después en voz alta:

—¡Oh, monseñor!, ¿por qué se burla de mí? ¿Quién no conoce la fortaleza de ánimo, el impertérrito celo de usía ilustrísima?

Y agregó para su coleteo: «Hasta demasiado».

—No os pedía una alabanza que me hace temblar —dijo Federigo—, porque Dios conoce mis faltas, y lo que conozco también yo basta para confundirme. Pero habría querido, quisiera que nos confundiésemos juntos ante Él, para confiar juntos. Quisiera, por amor a vos, que comprendierais cuán opuesta ha sido vuestra conducta, cuán opuesto es vuestro lenguaje a la ley que predicáis, y según la cual seréis juzgado.

—Todo cae sobre mí —dijo don Abbondio—, pero esas personas que vinieron a chismorrear no le han dicho que se introdujeron en mi casa, a traición, para sorprenderme y para hacer un casamiento contra las reglas.

—Me lo han dicho, hijo; y lo que me acongoja, lo que me aterra es que deseéis aún disculparos; que penséis en disculparos acusando; y que saquéis materia de acusación de lo que debería ser parte de vuestra confesión. ¿Quién los ha puesto, no digo en la necesidad, pero en la tentación de hacer lo que hicieron? ¿Habrían buscado esa vía irregular, si no se les hubiera cerrado la legítima?, ¿pensado en acechar a su pastor si hubieran sido acogidos en sus brazos, ayudados, aconsejados por él?, ¿en sorprenderlo, si no se hubiera escondido?, ¿y les hacéis cargos a ellos?, ¿y os enojáis porque, tras tantas desventuras, qué digo, en medio de la desventura, han dicho unas palabras de desahogo a su pastor, al vuestro? Que la reclamación del oprimido, la queja del afligido sean odiosos al mundo, así es el mundo; pero ¡nosotros! ¿Qué provecho tendríais vos, si hubieran callado? ¿Os traía cuenta que su causa fuera íntegra al juicio de Dios? ¿No es para vos una nueva razón de amar a estas personas (y ya tenéis muchas razones) el que os hayan dado ocasión de

oír la voz sincera de vuestro obispo, que os hayan dado un medio para conocer mejor y para pagar en parte la gran deuda que con ellas tenéis? ¡Ah!, si os hubieran provocado, ofendido, atormentado, os diría (¿y tendría que decíroslo?) que los amarais justamente por eso. Amadlos porque han sufrido, porque sufren, porque son débiles, porque necesitáis un perdón y, para obtenéroslo, imaginaos cuánta fuerza tienen sus plegarias.

Don Abbondio callaba; mas ya no era un silencio forzado e impaciente; callaba como quien tiene más cosas en qué pensar que cosas que decir. Las palabras que oía eran consecuencias inesperadas, aplicaciones nuevas de una doctrina antigua en su mente y no discutida. El mal ajeno, de cuya consideración lo había distraído siempre el miedo del propio, le causaba ahora una impresión nueva. Y, si no sentía todo el remordimiento que la reprimenda quería producir (pues ese mismo miedo seguía allí, haciendo el oficio de defensor), algo sentía, empero; sentía cierto desagrado de sí mismo, una compasión por los otros, una mezcla de ternura y confusión. Era, si se nos permite esta comparación, como el pábilo húmedo y aplastado de una vela que, acercado a la llama de una gran antorcha, al principio humea, chispea, crepita, pero no quiere saber nada; pero al final se enciende y, bien o mal, arde. Se habría acusado abiertamente, habría llorado, de no ser por el pensamiento de don Rodrigo; mas, sin embargo, se mostraba bastante conmovido, y el cardenal tuvo que advertir que sus palabras habían surtido algún efecto.

—Ahora —prosiguió este—, el uno está huido de su casa, la otra a punto de abandonarla, ambos con motivos más que fuertes para mantenerse lejos de ella, sin probabilidad de reunirse jamás aquí, y contentos de esperar que Dios los reúna en otro lugar; ahora, por desgracia, no os necesitan; por desgracia, no tenéis ocasión de hacerles bien; ni nuestra corta previsión puede descubrir ninguna en el futuro. Mas ¿quién sabe si la misericordia de Dios no os la prepara? ¡Ah, no la dejéis escapar!, buscadla, estad en guardia, rogadle que la haga surgir.

—No dejaré de hacerlo, monseñor, no dejaré, de veras —respondió don Abbondio, con una voz que, en ese momento, le salía del corazón.

—¡Ah, sí, hijo, sí! —exclamó Federigo; y con una dignidad llena de afecto, concluyó—: Bien sabe el cielo que habría deseado tener con vos muy distinta conversación. Los dos hemos ya vivido mucho: el cielo sabe que me ha sido muy duro tener que contristar con reproches vuestra canicie; cuánto más me habría gustado consolarnos juntos de nuestros cuidados comunes, de nuestros contratiempos, hablando de la feliz esperanza de la que tan cerca nos

hallamos. Plegue a Dios que las palabras que he debido usar con vos nos sirvan a entrambos. No hagáis que tenga que pedirme cuentas, en ese día, de haberos mantenido en un ministerio al que habéis faltado tan infelizmente. Redimamos el tiempo: la medianoche está próxima; el Esposo no puede tardar; conservemos encendidas nuestras lámparas. Presentemos a Dios nuestros corazones miserables, vacíos, para que Se complazca en llenarlos con esa caridad que enmienda el pasado, que asegura el porvenir, que teme y confía, llora y se alegra, con sabiduría; y que en todos los casos se convierte en la virtud que necesitamos.

Dicho esto, echó a andar; y don Abbondio marchó tras él.

Aquí el anónimo nos advierte de que no fue esta la única plática de los dos personajes, ni Lucia el único tema de sus pláticas; pero que él se ha limitado a esta, para no alejarse del argumento principal de su relato. Y que, por el mismo motivo, no mencionará otras cosas notables, dichas por Federigo en todo el curso de la visita, ni sus liberalidades, ni las discordias aplacadas, los viejos odios entre personas, familias y pueblos enteros, extinguidos o apaciguados (cosa por desgracia más frecuente), ni algún bravucón o tiranuelo amansado, para toda la vida o por algún tiempo; todas estas cosas siempre se daban, más o menos, en cualquier lugar de la diócesis donde aquel excelente hombre parase algún tiempo.

Dice después que, a la mañana siguiente, llegó doña Prassede, según lo convenido, a buscar a Lucia, y a cumplimentar al cardenal, el cual se la alabó y recomendó calurosamente. Podéis figuraros con qué llantos se separó Lucia de su madre y salió de su casita; dijo por segunda vez adiós a su pueblo, con esa sensación de redoblada amargura que se experimenta al dejar un lugar que fue el único querido y que ya no puede serlo. Pero la despedida de su madre no era la última, porque doña Prassede había dicho que estarían aún unos días en la quinta, la cual no estaba muy lejos; y Agnese prometió a su hija ir a verla allí, para dar y recibir un más doloroso adiós.

El cardenal estaba también a punto de marcharse para continuar su visita, cuando llegó y pidió hablarle el cura de la parroquia donde estaba el castillo del Innominado. Introducido, le presentó un rollo y una carta de aquel caballero, en la que le rogaba que hiciera aceptar a la madre de Lucia cien escudos de oro que había en el rollo, para servir de dote a la joven, o para el uso que a ellas mejor les pareciera; le rogaba al tiempo que les dijera que, si alguna vez, en cualquier momento, creían que podía prestarles algún servicio, la pobre joven sabía demasiado dónde estaba su morada; y que para él sería una de las más deseadas fortunas. El cardenal mandó llamar al punto a

Agnese, le refirió la comisión, que fue oída con tanta satisfacción como asombro, y le presentó el rollo, que ella cogió sin andarse con cumplidos.

—Dios se lo pague a ese caballero —dijo—, y usía ilustrísima dele las gracias, muchas gracias. Y no diga nada a nadie, porque este es un pueblo... Mire, discúlpeme; sé perfectamente que una persona de su clase no va a hablar de estas cosas; pero... vuestra ilustrísima ya me entiende.

Se fue a su casa callandito; se encerró en su cuarto, desenvolvió el rollo y, aunque preparada, vio con admiración, todos en un montoncito y suyos, tantos cequíes de aquellos, de los cuales quizá no había visto más de uno a la vez, y no con frecuencia: los contó, trabajó bastante para apilarlos de nuevo, para sujetarlos todos, pues a cada momento hacían panza y se escurrían de sus manos inexpertas; tras recomponer finalmente un rollo como pudo, lo metió en un trapo, hizo un envoltorio, un atadijo y, sujetándolo bien alrededor con un cordel, fue a meterlo en un rinconcito de su jergón. El resto del día no hizo sino cavilar, hacer planes para el futuro y suspirar por el día siguiente. Cuando se fue a la cama estuvo despierta un rato, con el pensamiento en compañía de los cien que tenía debajo; cuando se durmió, los vio en sueños. Con el alba, se levantó y se encaminó al instante hacia la quinta, donde estaba Lucia.

Esta, por su parte, aun cuando no hubiera disminuido aquella gran repugnancia a hablar del voto, también se había decidido a violentarse y a abrirse a su madre en aquella plática, que durante mucho tiempo tenía que considerarse la última.

En cuanto pudieron estar solas, Agnese, con una cara muy animada, y al tiempo en voz baja, como si estuviera presente alguien y no quisiera que la oyeran, comenzó:

—Tengo que decirte una gran cosa. —Y le contó la inesperada suerte.

—Dios bendiga a ese señor —dijo Lucia—. Así tendréis para vivir vos y podréis también hacer bien a algún otro.

—¿Cómo? —respondió Agnese—. ¿No ves cuántas cosas podemos hacer con tanto dinero? Oye: yo no tengo sino a ti, a vosotros dos, puedo decir; porque a Renzo, desde que empezó a hablar contigo, lo he mirado siempre como a un hijo. Todo está en que no le haya ocurrido alguna desgracia, ya que no ha dado señales de vida; pero ¿cómo? ¿Iba todo a salir mal? Esperemos que no, esperemos. A mí me habría gustado dejar los huesos en mi pueblo; pero ahora que tú no puedes vivir allí, por culpa de ese bribón, a mí también, con solo pensar en tenerlo cerca, me ha entrado odio por el pueblo; y con vosotros estoy bien en cualquier parte. Estaba dispuesta, ya entonces, a ir con

vosotros hasta el fin del mundo; y siempre he sido de esa opinión; pero, sin dinero, ¿cómo hacer? ¿Entiendes ahora? Los cuatro cuartos que aquel pobrecillo había juntado, con tantas privaciones y tanto ahorro, llegó la justicia y lo barrió todo; pero en recompensa el Señor nos ha mandado la fortuna a nosotras. Conque cuando haya dado en la tecla de indicarnos que está vivo, y dónde está, y qué intenciones tiene, te voy a buscar a Milán; yo te voy a buscar. Otras veces me habría parecido una gran cosa, pero las desgracias la avivan a una; he ido hasta Monza, y sé lo que es viajar. Me llevo conmigo a un hombre formal, un pariente, como por ejemplo Alessio, el de Maggianico, porque, lo que es en el pueblo, un hombre formal no lo hay; voy con él; el gasto lo haremos nosotras, y... ¿entiendes?

Pero viendo que, en vez de animarse, Lucia se iba afligiendo y no mostraba más que una ternura sin alegría, dejó el discurso a medias y dijo:

—Pero ¿qué te pasa? ¿No estás de acuerdo?

—¡Pobre madre! —exclamó Lucia echándole un brazo al cuello y ocultando el rostro en el seno de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo ansiosamente su madre.

—Debía habérselo dicho antes —respondió Lucia, alzando el rostro y enjugándose las lágrimas—, pero me ha faltado el valor: perdonadme.

—Pero dime, vamos.

—¡Ya no puedo ser la mujer de ese pobrecillo!

—¿Cómo? ¿Cómo?

Lucia, con la cabeza gacha, con el pecho jadeante, llorando sin sollozar, como quien cuenta algo que por desagradable que sea no se puede cambiar, reveló el voto; y al tiempo, uniendo las manos, pidió de nuevo perdón a su madre por no haberle hablado hasta entonces; le rogó que no repitiera la cosa a nadie y que la ayudase a cumplir lo que había prometido.

Agnese se había quedado estupefacta y consternada. Quería enfadarse por el silencio mantenido con ella; pero los graves pensamientos del caso ahogaban aquel desagrado propio; quería decirle: «¿Qué has hecho?», pero le parecía que sería como tomarla con el cielo, tanto más cuanto que Lucia volvía a pintar con vivos colores aquella noche, la negra desolación y la liberación tan imprevista, entre las cuales se había formulado la promesa, tan expresa, tan solemne. Y, entretanto, a Agnese se le pasaba por la cabeza también este y aquel ejemplo, que había oído contar más de una vez, que ella misma había contado a su hija, de castigos extraños y terribles, ocurridos por la violación de algún voto. Tras haberse quedado un rato como fascinada, dijo:

—¿Qué harás ahora?

—Ahora —respondió Lucia— toca al Señor pensarlo; al Señor y a la Virgen. Me he puesto en sus manos; no me abandonarán ahora que... La gracia que para mí pido al Señor, la única gracia, después de la salvación de mi alma, es que me haga volver con vos; y me la concederá, sí, me la concederá. Aquel día... en aquel coche... ¡ay, Virgen Santísima...! ¡Aquellos hombres...!, ¿quién me iba a decir que me llevaban con aquel que me debía llevar a encontrarme con vos, al día siguiente?

—Pero ¡no hablar de eso enseguida con tu madre! —dijo Agnese con cierto enojo, templado por el cariño y la piedad.

—Perdonadme: no tenía valor... ¿y de qué habría servido afligiros algún tiempo antes?

—¿Y Renzo? —dijo Agnese, meneando la cabeza.

—¡Ah! —exclamó Lucia estremeciéndose—, yo no debo volver a pensar en ese pobrecillo. Se ve que no estaba destinado... Ya veis que parece que el Señor haya querido tenernos separados. ¿Y quién sabe...?, pero no, no; lo habrá preservado Él de los peligros, y lo hará ser incluso más afortunado, sin mí.

—Por el momento —prosiguió su madre—, si no fuera porque te has ligado para siempre, yo habría encontrado remedio para todo lo demás, si a Renzo no le ha ocurrido una desgracia, con este dinero.

—Pero ese dinero —replicó Lucia— ¿nos habría llegado si no hubiera pasado yo aquella noche? El Señor ha querido que todo fuera así: hágase su voluntad.

Y la frase se ahogó en llanto.

Ante aquel argumento inesperado, Agnese se quedó pensativa. Tras unos momentos, Lucia, conteniendo los sollozos, prosiguió:

—Ahora que la cosa está hecha, es preciso acomodarse con sinceridad; y vos, mi pobre madre, vos me podéis ayudar, primero rezando al Señor por vuestra pobre hija, y después... es menester que ese pobrecillo lo sepa. Ocupaos de ello vos, hacedme también esa caridad, que podéis ocuparos. Cuando sepáis dónde está, haced que le escriban, buscad un hombre... justamente vuestro primo Alessio, que es hombre prudente y caritativo, y siempre nos ha querido y no hablará; haced que él le escriba cómo ha sucedido la cosa, dónde me he encontrado, cuánto he padecido y que Dios lo ha querido así, y que se resigne sinceramente y que yo nunca más, nunca más puedo ser de nadie. Y hacédselo entender con buenos modos, explicadle que he prometido, que he hecho un voto. Cuando sepa que se lo he prometido a la

Virgen... Siempre ha tenido temor de Dios. Y vos, la primera vez que recibáis noticias suyas, haced que me escriban, mandadme a decir que está sano; y después... no volváis a hablarme de él.

Agnese, muy enternecida, aseguró a su hija que todo se haría como deseaba.

—Quisiera deciros otra cosa —prosiguió esta—, si ese pobrecillo no hubiera tenido la desgracia de pensar en mí, no le habría ocurrido lo que le ha ocurrido. Anda por el mundo; le han quitado su modo de vida, le han arrebatado sus cosas, aquellos ahorros que había hecho, pobrecillo, bien sabéis para qué... ¡Y nosotras tenemos tanto dinero! ¡Madre!, ya que el Señor nos ha mandado esta bendición, y es muy cierto que a ese pobrecillo lo mirabais como vuestro... sí, como un hijo, ¡oh!, repartidlo mitad por mitad; que Dios no nos abandonará, por seguro. Buscad alguien de confianza y enviádselo, ¡qué sabe el cielo cuánto lo necesitará!

—Pues ¿qué te figuras? —respondió Agnese—. Se lo mandaré, de veras. ¡Pobre joven! ¿Por qué piensas que estaba yo tan contenta con ese dinero? ¿Cómo...?, yo, que había venido tan contenta... En fin, se lo mandaré, ¡pobre Renzo!, pero también él... sé lo que me digo; cierto que el dinero agrada a quien lo necesita; pero este no le regocijará mucho.

Lucia agradeció a su madre aquella pronta y liberal condescendencia, con una gratitud, con un cariño que podía dar a entender a quien la hubiera observado que su corazón aún pertenecía a Renzo, acaso más de lo que ella misma creía.

—Y sin ti, ¿qué haré yo, pobre de mí? —dijo Agnese, llorando también.

—¿Y yo sin vos, pobre madre? ¿Y en casa ajena? ¡Y allá en ese Milán...! Pero el Señor estará con las dos; y después nos hará reunirnos. Dentro de ocho o nueve meses nos volveremos a ver; y de aquí a entonces, e incluso antes, espero, Él habrá arreglado las cosas para juntarnos. Dejémosle obrar a Él. Siempre, siempre le pediré a la Virgen esta gracia. Si tuviera alguna otra cosa que ofrecerle, lo haría; pero es tan misericordiosa que me lo concederá por nada.

Con estas y otras semejantes, varias veces repetidas, palabras de queja y de consuelo, de pesar y de resignación, con muchas recomendaciones y promesas de no decir nada, con muchas lágrimas, tras largos y renovados abrazos, las mujeres se separaron, prometiéndose recíprocamente volver a verse el otoño siguiente, a lo más tarde; como si el mantenerlo dependiera de ellas, y como se hace siempre en semejantes casos.

Entretanto, empezó a pasar mucho tiempo sin que Agnese pudiera saber nada de Renzo. No llegaban ni cartas ni embajadas de su parte; entre todos los del pueblo, o del contorno, a los que pudo preguntar, nadie sabía de él.

Y no era la única que hacía en vano semejante búsqueda: el cardenal Federigo, que no se había ofrecido por mero cumplido a las pobres mujeres a informarse sobre el pobre joven, había escrito enseguida para hacer averiguaciones. Al regresar a Milán después de la visita, había recibido la respuesta, en la que se le decía que no se había podido encontrar el paradero del sujeto indicado; que efectivamente había estado algún tiempo en casa de un pariente suyo, en el pueblo tal, donde nada dio que hablar; pero que, una mañana, desapareció de improviso, y su mismo pariente ignoraba qué había sido de él, y solo podía repetir ciertos rumores vagos y contradictorios que corrían, que el joven se había enrolado para Levante, que había pasado a Alemania, que había perecido al vadear un río; y que no dejarían de estar sobre aviso, por si se podía saber algo más concreto, para dar parte al punto a su ilustrísima y reverendísima señoría.

Más adelante, esos y otros rumores se difundieron también por el territorio de Lecco, y llegaron por consiguiente a oídos de Agnese. La pobre mujer hacía de todo para poner en claro cuál era el verdadero, para llegar a la fuente de este o de aquel, mas nunca conseguía encontrar más de ese «dicen» que, aún hoy en día, basta por sí solo para certificar muchas cosas. A veces, apenas acababan de contarle un rumor, llegaba alguien y le decía que no era cierto; pero para darle a cambio otro, igualmente extraño o siniestro. Todo hablillas: he aquí la verdad.

El gobernador de Milán y capitán general de Italia, don Gonzalo Fernández de Córdoba, había dado grandes quejas al señor residente^[47] de Venecia en Milán, porque un malandrín, un ladrón público, un promotor de saqueos y homicidios, el famoso Lorenzo Tramaglino, que en las propias manos de la justicia había provocado un motín para escapar, fuese acogido y hospedado en territorio bergamasco. El residente había respondido que la cosa era nueva para él y que escribiría a Venecia, para poder dar a su excelencia la explicación que el caso requiriera.

En Venecia tenían como máxima secundar y cultivar la inclinación de los operarios de seda milaneses a trasladarse al territorio de Bérgamo, y hacer, por tanto, que allí encontraran muchas ventajas, y sobre todo aquella sin la que nada valen las otras: la seguridad. Y como entre dos ricos litigantes siempre saca algo, por poco que sea, el tercero en discordia, así avisaron a Bortolo en confianza, no se sabe quién, de que Renzo no estaba bien en aquel

pueblo y que mejor haría en entrar en cualquiera otra fábrica, cambiando también de nombre por algún tiempo. Bortolo comprendió al vuelo, no preguntó más, corrió a contárselo a su primo, lo metió en un calesín, lo llevó a otra hilandería, distante unas quince millas de la suya, y se lo presentó, con el nombre de Antonio Rivolta, al dueño, natural también del Estado de Milán y viejo conocido suyo. Este, aunque los tiempos eran malos, no se hizo rogar para admitir a un operario que le recomendaba como honrado y hábil un hombre de bien, ducho en la materia. En la prueba, después, no pudo sino felicitarse por la adquisición, salvo que, al principio, le pareció que el joven era algo atolondrado, porque, cuando llamaban «¡Antonio!», las más de las veces no respondía.

Poco después llegó una orden de Venecia, de estilo sosegado, para el capitán de Bérgamo, que averiguase y diese cuenta si en su jurisdicción, y particularmente en el pueblo tal, se encontraba aquel sujeto. El capitán, hechas sus diligencias tal y como había comprendido que se le pedían, transmitió una respuesta negativa, la cual fue transmitida al residente de Milán para que la transmitiese al gran canceller, que podría transmitirla a don Gonzalo Fernández de Córdoba.

Tampoco faltaban curiosos que querían saber de Bortolo por qué el joven ya no estaba allí y adónde había ido. A la primera pregunta, Bortolo respondía: «¡No sé! ¡Ha desaparecido!». Para tranquilizar después a los más insistentes, sin infundirles sospechas sobre lo que de verdad había, le pareció conveniente regalarles, ya a unos, ya a otros, las noticias recogidas antes por nosotros, pero como cosas inciertas, que había oído contar también él, sin comprobación positiva.

Pero cuando se le hizo la pregunta por encargo del cardenal, sin nombrarlo, y con cierto aparato de importancia y misterio, dando a entender que era en nombre de un gran personaje, Bortolo desconfió mucho más y creyó necesario responder según su costumbre: más aún, por tratarse de un gran personaje, dio de una vez todas las noticias que había acuñado una a una, en diversas ocasiones.

No ha de creerse, empero, que don Gonzalo, un personaje de sus circunstancias, la hubiera tomado de veras con el pobre hilador montañés; ni que, informado acaso del poco respeto demostrado y de las feas frases dichas por él sobre su rey moro encadenado por el cuello, quisiera hacérselo pagar; o que lo creyese un sujeto tan peligroso para perseguirlo en su fuga, para no dejarlo vivir ni en un país lejano, como el Senado romano con Aníbal. Don Gonzalo tenía demasiadas cosas en la cabeza, y demasiado grandes, para

preocuparse tanto por los asuntos de Renzo; y, si pareció que se preocupaba, fue por un singular concurso de circunstancias por las que el infeliz, sin quererlo, y sin saberlo ni entonces ni nunca, se encontró, con un sutilísimo e invisible hilo, ligado a aquellas cosas demasiado grandes y demasiadas.

XXVII

Ya más de una vez se nos ha ofrecido hacer mención de la guerra que entonces fermentaba, por la sucesión de los estados del duque Vincenzo Gonzaga, segundo de este nombre; pero se nos ha ofrecido siempre en momentos de gran prisa, por lo que nunca hemos podido hacer más que una alusión de pasada. Ahora, sin embargo, para la comprensión de nuestro relato se requiere tener de ella noticias más circunstanciadas. Son cosas que quien conoce la historia debe saber; mas como, por un justo conocimiento de nosotros mismos, hemos de suponer que esta obra solo puede ser leída por ignorantes, no vendrá mal que digamos aquí lo bastante para dar un barniz a quien lo necesite.

Hemos dicho que, a la muerte de aquel duque, el primero de la línea de sucesión, Carlo Gonzaga, jefe de una rama menor trasladada a Francia, donde poseía los ducados de Nevers y de Rhétel, había tomado posesión de Mantua; y añadimos ahora que del Monferrato, pues las prisas nos lo habían hecho dejar en el tintero. La corte de Madrid, que quería a toda costa (hemos dicho también eso) excluir de esos dos feudos al nuevo príncipe, y para excluirlo necesitaba una razón (porque las guerras hechas sin una razón serían injustas), se había declarado sostenedora de los derechos que pretendían tener, sobre Mantua, otro Gonzaga, Ferrante, príncipe de Guastalla, y sobre el Monferrato Carlo Emanuele I, duque de Saboya, y Margherita Gonzaga, duquesa viuda de Lorena. Don Gonzalo, que era de la casa del Gran Capitán, y llevaba su nombre, y que había guerreado ya en Flandes, deseaba sobremanera guerrear en Italia, y quizá era quien echaba más leña al fuego para declarar la guerra; y mientras tanto, interpretando las intenciones y anticipándose a las órdenes de la antedicha corte, había firmado con el duque de Saboya un tratado de invasión y de división del Monferrato; y después había obtenido fácilmente la ratificación del conde duque, haciéndole creer que era muy fácil la toma de Casale, el punto más defendido de la parte pactada para el rey de España. Protestaba empero, en nombre de este, que no quería ocupar país alguno, salvo en calidad de depósito, hasta la sentencia del emperador; este, en parte

por oficiosidades ajenas, en parte por sus propios motivos, había entretanto negado la investidura al nuevo duque, intimándole a que le dejase en secuestro los estados en controversia; él, después, oídas las partes, los entregaría a quien correspondiese. El de Nevers no había querido doblegarse a tal cosa.

Tenía también él amigos de importancia: el cardenal Richelieu, los señores venecianos y el papa, que era, como hemos dicho, Urbano VIII. Pero el primero, ocupado entonces en el asedio de La Rochelle y en una guerra con Inglaterra, obstaculizado por el partido de la reina madre, María de Médicis, contraria, por ciertos motivos suyos, a la casa de Nevers, no podía dar sino esperanzas. Los venecianos no querían moverse, y ni siquiera declararse, si antes no bajaba a Italia un ejército francés; y al paso que ayudaban al duque bajo mano, como podían, con la corte de Madrid y con el gobernador de Milán se andaban con protestas, propuestas, exhortaciones, plácidas o amenazadoras, según los momentos. El papa recomendaba a Nevers a sus amigos, intercedía en su favor ante los adversarios, hacía proyectos de arreglo; pero de poner gente en campaña no quería saber nada.

Así los dos aliados para la ofensiva pudieron, con toda seguridad, comenzar la empresa concertada. El duque de Saboya había entrado, por su parte, en el Monferrato; don Gonzalo había puesto, con muchas ganas, sitio a Casale; pero no encontraba en ello toda la satisfacción que se había imaginado, pues no creáis que en la guerra todo son rosas. La corte no lo ayudaba en la medida de sus deseos, más aún, lo dejaba falto de los medios más necesarios; el aliado lo ayudaba en demasía; quiero decir que, tras haber tomado su porción, iba pellizcando en la asignada al rey de España. Don Gonzalo rabiaba lo indecible; pero temiendo, si metía un poco de ruido, que aquel Carlo Emanuele, tan activo en los manejos y voluble en los tratados como valiente con las armas, se volviese a Francia, tenía que cerrar los ojos, tragar y estar callado. El asedio además iba mal, se prolongaba, de vez en cuando retrocedía, tanto por la actitud firme, vigilante y resuelta de los sitiados, como porque él disponía de poca gente y, según algún historiador, por los muchos disparates que cometía. Sobre esto nosotros dejamos la verdad en su lugar, dispuestos incluso, si la cosa fue realmente así, a encontrarla excelente, si fue causa de que en la empresa murieran o quedaran mutilados o lisiados algunos hombres menos y, *ceteris paribus*^[48], quedaran también un poco menos destrozadas las tejas de Casale. En este trance recibió la noticia de la sedición de Milán, y acudió allá en persona.

Allí, en el informe que se le hizo, se mencionó también la fuga rebelde y clamorosa de Renzo, y los hechos verdaderos y supuestos que habían causado su detención; pudieron también decirle que el sujeto se había refugiado en tierras de Bérgamo. Esta circunstancia llamó la atención de don Gonzalo. Estaba informado por otras fuentes de que en Venecia se habían ensoberbecido con el motín de Milán; que al principio habían creído que se vería obligado a levantar el sitio de Casale, y pensaban aún que estaba todavía sorprendido y muy preocupado; tanto más cuanto, enseguida de aquel acontecimiento, había llegado la noticia, suspirada por aquellos señores y temida por él, de la rendición de La Rochelle. Muy ofendido, como hombre y como político, de que aquellos señores tuvieran tal concepto de sus asuntos, aguardaba con ansia la ocasión de persuadirlos, por vía de inducción, de que nada había perdido de su antigua seguridad; ya que decir expresamente «No tengo miedo» es lo mismo que no decir nada. Y un buen medio era mostrarse disgustado, quejarse, reclamar; y por eso, cuando el residente de Venecia acudió a cumplimentarlo, y a explorar al tiempo, en su cara y en su actitud, cómo estaba en su interior (fijaos en todo, pues esta es política añeja y fina), don Gonzalo, tras haber hablado del tumulto, ligeramente y como hombre que ya ha puesto remedio a todo, armó aquel alboroto que ya conocéis a propósito de Renzo; sabéis también las consecuencias que tuvo. Después, no volvió a ocuparse de asunto tan menudo y, en lo que a él tocaba, concluido; y cuando luego, al cabo de bastante tiempo, le llegó la respuesta en el campamento junto a Casale, al que había regresado y donde tenía muy otras preocupaciones, levantó y meneó la cabeza, como un gusano de seda que busca la hoja; se quedó así un momento, para traer con viveza a su memoria aquel hecho, del que no le quedaba sino una sombra; recordó la cosa, tuvo una idea fugaz y confusa del personaje; pasó a otro asunto y no volvió a pensar en ello.

Pero Renzo, el cual, por lo poco que se le había indicado al vuelo, debía suponer algo muy distinto de tan benigna despreocupación, estuvo mucho tiempo sin otra idea, o mejor dicho sin otro cuidado, que vivir escondido. Figuraos si se desvivía por mandar noticias suyas a las mujeres y por recibir las de ellas; pero había dos grandes dificultades. Una, que habría debido confiarse a un secretario, porque el pobrecillo no sabía escribir, tampoco leer, en el sentido amplio de la palabra; y si, interrogado sobre ello, como acaso recordaréis, por el abogado Azzecca-garbugli, había respondido que sí, no fue jactancia, una fanfarronada, como suele decirse; era verdad que sabía leer lo impreso, llevándole su tiempo; pero lo manuscrito era harina de otro costal.

Estaba obligado, pues, a poner a un tercero al tanto de sus intereses, de un secreto tan vidrioso; y un hombre que supiese manejar la pluma, y en el que uno pudiera confiar, no se encontraba tan fácilmente en aquellos tiempos; tanto más en un país donde no se tuviera algún viejo conocido. La otra dificultad era disponer también de un correo; un hombre que fuera hacia aquellas partes, que quisiera encargarse de la carta y preocuparse de verdad por entregarla; cosas todas, también en este caso, difíciles de encontrar en un solo hombre.

Finalmente, busca que te busca, encontró quien escribiese por él. Pero al no saber si las mujeres estaban todavía en Monza, o dónde, creyó conveniente incluir la carta para Agnese en otra dirigida al padre Cristoforo. El escribiente se encargó también de remitir el pliego; se lo entregó a alguien que tenía que pasar no muy lejos de Pescarenico; este lo dejó, con muchas recomendaciones, en una hostería del camino, en el punto más próximo; tratándose de un pliego dirigido a un convento, llegó a él; pero nunca se supo lo que ocurrió después. Renzo, al no recibir respuesta, hizo redactar otra carta, más o menos como la primera, e incluirla en otra a un amigo o pariente suyo de Lecco. Se buscó otro dador, se encontró; esta vez la carta llegó a quien iba dirigida. Agnese corrió a Maggianico, se la hizo leer y explicar por su primo Alessio; concertó con él una respuesta que él mismo extendió; se encontró el modo de mandarla a Antonio Rivolta al lugar de su domicilio; pero todo esto no tan presto como nosotros lo contamos. Renzo recibió la respuesta e hizo que volvieran a escribir. En resumen, se inició entre las dos partes un carteo ni rápido ni regular aunque, con saltos e intervalos, continuado.

Para tener una idea de semejante carteo es preciso saber un poco cómo iban entonces tales cosas, e incluso cómo van hoy; porque, en este particular, creo que poco o nada ha cambiado.

El campesino que no sabe escribir, y que necesita escribir, se dirige a alguien que conozca ese arte, eligiéndolo, en la medida de lo posible, entre los de su condición, pues con los otros no se atreve o se fía poco; lo informa, con más o menos orden y claridad, de los antecedentes, y le expone, de la misma manera, lo que debe poner en el papel. El letrado, en parte entiende, en parte cree entender, da algún consejo, propone algún cambio, dice «Dejadme a mí»; coge la pluma, pone como puede en forma literaria los pensamientos del otro, los corrige, los mejora, carga la mano, o bien suaviza, omite algo, según le parezca que resulte mejor la cosa; porque, no hay remedio, el que sabe más que los otros no quiere ser instrumento material en sus manos y, cuando entra en asuntos ajenos, quiere también que marchen un poco a su antojo. Con todo

esto, el antedicho letrado no siempre dice todo lo que quisiera; a veces ocurre que dice lo contrario; nos ocurre incluso a nosotros, que escribimos para la imprenta. Cuando la carta así pergeñada llega a manos del corresponsal, que tampoco es muy ducho en el alfabeto, la lleva a otro sabio del mismo jaez, que se la lee y se la explica. Surgen discusiones sobre el modo de entenderla, porque el interesado, fundándose en el conocimiento de los hechos anteriores, pretende que ciertas palabras quieren decir una cosa; el lector, por la práctica que de la composición tiene, pretende que quieren decir otra. Finalmente, es preciso que quien no sabe se ponga en manos de quien sabe y le encargue la respuesta, la cual, hecha por el estilo de la primera, es sometida luego a una interpretación semejante. Y si, además, el tema de la correspondencia es un poco vidrioso; si se tratan en ella asuntos secretos, que no se querría que un tercero entendiese, en el caso de que la carta se perdiera; si, por esta causa, existe una firme intención de no decir las cosas claras; entonces, por poco que la correspondencia dure, las partes acaban entendiéndose entre sí como antaño dos escolásticos que disputaran durante cuatro horas sobre la enteleguia, por no tomar una comparación de cosas vivas y exponernos a un coscorrón.

Ahora bien, el caso de nuestros dos corresponsales era justamente el que hemos expuesto. La primera carta escrita en nombre de Renzo contenía muchas materias. Al principio, amén de un relato de la fuga, mucho más conciso, pero también más enredado del que habéis leído, una relación de sus circunstancias actuales; tanto Agnese como su trujimán estuvieron muy lejos de sacar de ella una sustancia clara y completa: aviso secreto, cambio de nombre, estar a salvo, aunque teniendo que ocultarse, cosas en sí no muy familiares para sus intelectos, y dichas también en la carta un poco en cifra. Después venían preguntas ansiosas, apasionadas, sobre Lucia, con alusiones oscuras y afligidas a los rumores que habían llegado hasta Renzo. Había finalmente esperanzas inciertas y lejanas, planes tocantes al futuro, y, entretanto promesas y ruegos de mantener la palabra dada, de no perder la paciencia ni los ánimos, de esperar mejores circunstancias.

Pasado algún tiempo, Agnese encontró un medio seguro para enviar a manos de Renzo una respuesta, con los cincuenta escudos asignados por Lucia. Al ver tanto oro, Renzo no sabía qué pensar; y, con el ánimo agitado por un asombro y una incertidumbre que no daban lugar a la alegría, corrió en busca del secretario para que le interpretase la carta y tener así la clave de tan extraño misterio.

En la carta, el secretario de Agnese, tras alguna queja sobre la poca claridad de la carta de Renzo, pasaba a describir, con claridad más o menos

pareja, la tremenda historia de aquella persona (eso decía); y aquí informaba sobre los cincuenta escudos; pasaba luego a hablar del voto, pero por medio de perífrasis, agregando, con palabras más directas y abiertas, el consejo de resignarse sinceramente y de no volver a pensar en ella.

Poco faltó para que Renzo la tomase con el lector intérprete: temblaba, se horrorizaba, se enfurecía por lo que había entendido y por lo que no había podido entender. Tres o cuatro veces se hizo releer el terrible escrito, ya pareciéndole que lo entendía mejor, ya oscureciéndosele lo que primero le había parecido claro. Y, con esa fiebre de pasiones, quiso que el secretario echase mano de la pluma al punto y que respondiese. Tras las más fuertes expresiones que imaginarse puedan de piedad y de terror por los sucesos de Lucia, proseguía dictando: «Escribid que no quiero resignarme sinceramente, ni me resignaré jamás; y que estos no son consejos que deben darse a un hombre como yo; y que el dinero no lo tocaré; que lo guardo y lo tendré en depósito para la dote de la joven; que la joven ha de ser mía; que no entiendo de promesas; y que siempre he oído decir que la Virgen se ocupa de ayudar a los atribulados y de obtener gracias, pero de dar disgustos y de faltar a la palabra jamás lo oí; y que eso no puede ser; y que, con este dinero, hemos de poner casa aquí; y que si ahora estoy un poco enredado es una borrasca que pasará presto», y cosas semejantes.

Agnese recibió aquella carta e hizo contestar; y el carteo prosiguió de la manera que hemos dicho.

Lucia, cuando su madre pudo, no sé por qué medio, hacerle saber que aquel tal estaba vivo y a salvo, y avisado, sintió un gran alivio y no deseaba sino que se olvidase de ella; o, por decirlo más exactamente, que pensara en olvidarla. Por su parte, cien veces al día tomaba semejante resolución respecto a él; y ponía también todos los medios para llevarla a cabo. Se aplicaba con asiduidad al trabajo, intentaba ocuparse del todo con él; y, cuando se le presentaba la imagen de Renzo, decía o cantaba oraciones en su mente. Pero aquella imagen, como si tuviera malicia, no solía presentarse al descubierto; se introducía a hurtadillas detrás de otras, de modo que la mente no advirtiera que la había recibido hasta pasado un tiempo de estar allí. Los pensamientos de Lucia estaban a menudo con su madre, ¿y cómo no iban a estarlo?, y el Renzo ideal venía poco a poco a meterse en medio, como el real había hecho tantas veces. Y lo mismo con todas las personas, en todos los lugares, en todos los recuerdos del pasado, él venía a introducirse. Y, si la pobrecilla se permitía alguna vez fantasear sobre el futuro, también allí aparecía él, aunque solo fuera para decir: «De cualquier modo yo no estaré». Sin embargo,

aunque el no pensar en él fuera empresa desesperada, Lucia conseguía hasta cierto punto pensar menos en él y con menos intensidad de lo que su corazón habría querido; y lo habría conseguido mejor de haber sido la única en quererlo. Pero estaba doña Prassede que, muy empeñada por su parte en quitárselo de la cabeza, no había encontrado mejor recurso que hablarle con frecuencia de él.

—¿Qué? —le decía—. ¿Ya no pensamos en ese?

—Yo no pienso en nadie —respondía Lucia.

Doña Prassede no se daba por satisfecha con esta respuesta; replicaba que obras son amores y no buenas razones; se extendía hablando sobre la costumbre de las jóvenes, las cuales, decía:

—Cuando han puesto su corazón en un calavera (y se inclinan siempre a eso), nunca lo olvidan. Tratándose de un partido honrado, razonable, un hombre de bien, juicioso, que, por algún accidente, se haya malogrado, se resignan enseguida; pero un tarambana es una llaga incurable.

Y entonces empezaba el panegírico del pobre ausente, del tunante llegado a Milán para robar y asesinar; y quería hacer confesar a Lucia todas las bribonadas que debía de haber hecho, seguramente, también en su pueblo.

Lucia, con voz trémula por la vergüenza, el dolor y la indignación que podía caber en su carácter dulce y su humilde condición, aseguraba y certificaba que, en su pueblo, aquel pobrecillo nunca había dado que hablar, salvo para bien; le habría gustado, decía, que estuviera presente alguien de allá para que diera testimonio. Aun sobre las aventuras de Milán, de las que no estaba bien informada, lo defendía solo por el conocimiento que tenía de él y de su comportamiento desde la niñez. Lo defendía, o se proponía defenderlo, por puro deber de caridad, por amor a la verdad y, por decir la misma palabra con la que se explicaba a sí misma su sentimiento, como prójimo. Pero de estas apologías doña Prassede sacaba nuevos argumentos para convencer a Lucia de que su corazón aún estaba perdido detrás de él. Y en verdad, en esos momentos, yo no sabría decir cómo estaba la cosa. El indigno retrato que la vieja hacía del pobrecillo despertaba, por oposición, con más viveza y claridad que nunca, en la mente de la joven, la idea que se había formado en ella con tan largo trato; los recuerdos, oprimidos a la fuerza, se desplegaban en tropel; la aversión y el desprecio evocaban muchos antiguos motivos de estima; el odio ciego y violento hacía surgir con más fuerza la piedad; y, junto a estos afectos, quién sabe cuánto podía haber o no haber de ese otro que tras ellos se introduce tan fácilmente en los ánimos, conque figurémonos en aquellos de los que se trata de expulsarlo a la fuerza. Sea

como sea, la conversación por parte de Lucia nunca se prolongaba mucho, pues las palabras acababan pronto en llanto.

Si doña Prassede la hubiera tratado de aquella manera por algún odio inveterado contra ella, quizá las lágrimas la habrían enternecido y hecho enmudecer; pero, como hablaba con buen fin, seguía adelante, sin dejarse conmover: al igual que los gemidos, los gritos suplicantes podrán detener las armas de un enemigo, pero no el hierro de un cirujano. Una vez cumplido su deber por aquella vez, de los pinchazos y regaños pasaba a las exhortaciones, a los consejos, sazonados también con alguna alabanza, para templar lo agrio con lo dulce, y conseguir mejor su efecto, obrando sobre el ánimo en todos los sentidos. Es cierto que aquellas grescas (que tenían siempre más o menos el mismo principio, medio y final) no dejaban en la buena Lucia ojeriza contra la acerba predicadora, que en lo demás la trataba con mucha dulzura; y también en esto se veía una buena intención. Pero sí le quedaba un hervidero, una exaltación de ideas y de afectos tal que necesitaba mucho tiempo y mucho trabajo para volver a la calma de antes.

Por suerte para ella no era la única a quien doña Prassede tenía que hacer el bien, de modo que las grescas no podían ser muy frecuentes. Amén del resto de la servidumbre, cabezas todas que necesitaban, más o menos, ser enderezadas y guiadas; amén de todas las otras ocasiones de prestar el mismo servicio, por buen corazón, a muchos con los que a nada estaba obligada, ocasiones que buscaba si no se presentaban por sí solas, tenía también cinco hijas; ninguna en casa, pero que le daban más que pensar que si hubieran estado. Tres eran monjas, dos casadas; así que doña Prassede tenía naturalmente que dirigir tres monasterios y dos casas; empresa vasta y complicada, tanto más fatigosa cuanto que dos maridos, respaldados por padres, madres y hermanos, y tres abadesas, secundadas por otras dignidades y por muchas monjas, no querían aceptar su dirección. Era una guerra, mejor dicho cinco guerras, disimuladas y amables hasta cierto punto, pero vivas y sin tregua; en todos esos lugares ponían una atención continua en esquivar su solicitud, en cerrar el paso a sus pareceres, en eludir sus preguntas, en hacer que estuviera lo más a oscuras posible de todos los negocios. No hablo de los obstáculos, de las dificultades que encontraba en el manejo de otros asuntos aún más ajenos; ya se sabe que a los hombres las más de las veces es preciso hacerles el bien a la fuerza. Donde su celo podía ejercerse libremente era en su casa; allí cada persona estaba sometida, en todo y por todo, a su autoridad, salvo don Ferrante, con el cual las cosas andaban de un modo enteramente especial.

Hombre de letras, no le gustaba ni mandar ni obedecer. En buena hora que en todas las cosas de la casa fuera la señora el ama absoluta; pero siervo él, no. Y si, solicitado, le prestaba en ciertas ocasiones el oficio de su pluma, era porque le cuadraba; por lo demás, también a esto sabía negarse si no estaba persuadido de lo que ella quería hacerle escribir. «Ingéniese vuestra merced —decía en esos casos—, hágalo por sí sola, ya que la cosa le parece tan clara». Doña Prassede, tras haber tratado durante algún tiempo, e inútilmente, de llevarlo del dejar hacer al hacer, se había reducido a refunfuñar a menudo contra él, a llamarlo indolente, hombre fijo en sus ideas, literato, título en el cual, junto con el enojo, había también un poco de complacencia.

Don Ferrante pasaba muchas horas en su estudio, donde tenía una colección de libros considerable, poco menos de trescientos volúmenes: todos selectos, todas obras de las más reputadas, de diversas materias, en cada una de las cuales estaba más o menos versado. En astrología se le tenía, y con razón, por más que aficionado; porque no poseía solo esas nociones genéricas y ese vocabulario común de influjos, de aspectos, de conjunciones, sino que sabía hablar con acierto y como ex cátedra de las doce casas celestes, de los círculos máximos, de los grados lúcidos y tenebrosos, de exaltación y declinación, de tránsitos y revoluciones, en suma, de los principios más ciertos y más recónditos de la ciencia. Y hacía quizá veinte años que, en disputas frecuentes y largas, defendía la domificación de Cardano contra otro erudito ferozmente apegado a la de Alcabizio, por mera obstinación, decía don Ferrante; el cual, aunque reconocía de buen grado la superioridad de los antiguos, no podía sufrir el que no se quisiera dar la razón a los modernos, incluso cuando la tienen con tanta claridad que cualquiera puede verla. Conocía también, más que medianamente, la historia de esa ciencia; sabía, llegado el caso, citar las más célebres predicciones verificadas, y razonar sutil y eruditamente sobre otras célebres predicciones que no se realizaron, para demostrar que la culpa no era de la ciencia, sino de quien no había sabido aplicarla bien.

De la filosofía antigua había aprendido lo suficiente, y seguía aprendiendo más de continuo, con la lectura de Diógenes Laercio. Mas como esos sistemas, por hermosos que sean, no se pueden adoptar todos y, si se quiere ser filósofo, es preciso elegir un autor, don Ferrante había elegido a Aristóteles, el cual, como él decía, no es ni antiguo ni moderno: es el filósofo. Tenía también varias obras de sus seguidores más sabios y sutiles, entre los modernos; las de sus impugnadores jamás había querido leerlas, para no perder el tiempo, decía; ni comprarlas, para no tirar el dinero. Sin embargo,

por excepción, reservaba un lugar en su librería para los célebres veintidós libros de *De subtilitate*, y alguna obra antiperipatética de Cardano, en honor a su valor en astrología, diciendo que quien había podido escribir el tratado *De restitutione temporum et motuum coelestium* y el libro *Duodecim geniturarum* merecía ser escuchado, incluso cuando disparataba; y que el gran defecto de aquel hombre era haber tenido demasiado ingenio; y que nadie puede imaginarse dónde habría llegado, también en filosofía, de haberse mantenido siempre en el camino recto. Por lo demás, aun cuando en la opinión de los eruditos don Ferrante pasaba por peripatético consumado, él no creía saber lo bastante; y más de una vez dijo, con gran modestia, que la esencia, los universales, el alma del mundo y la naturaleza de las cosas no eran cosas tan claras como podría creerse.

En cuanto a la filosofía natural, era para él más un pasatiempo que un estudio; las propias obras de Aristóteles sobre la materia, y las de Plinio, las había leído más que estudiado; no obstante, con esta lectura, con las noticias recogidas incidentalmente en los tratados de filosofía general, con la ojeada dada a la *Magia natural* de Porta, a las tres historias *lapidum*, *animalium*, *plantarum* de Cardano, al *Tratado de las hierbas, de las plantas, de los animales* de Alberto Magno, a alguna otra obra de menos importancia, sabía a su tiempo mantener una conversación razonando sobre las virtudes más admirables y las curiosidades más singulares de muchos simples; describiendo exactamente las formas y costumbres de las sirenas y del ave fénix; explicando cómo la salamandra aguanta el fuego sin quemarse; cómo la rémora, ese pececillo, tiene fuerza y habilidad para detener en seco, en alta mar, una gran nave; cómo las gotitas del rocío se convierten en perlas en el seno de las conchas; cómo el camaleón se sustenta de aire; cómo el hielo, endureciéndose lentamente en el transcurso de los siglos, se transforma en cristal, y otros de los más maravillosos secretos de la naturaleza.

En los de la magia y la brujería se había internado más, por tratarse, dice nuestro anónimo, de ciencia mucho más en boga y más necesaria, y en la cual los hechos tienen mucha mayor importancia y son más fáciles de comprobar. No es preciso decir que, en semejante estudio, no había tenido nunca otra mira que instruirse y conocer a fondo las pésimas artes de los hechiceros, para poder guardarse y defenderse de ellas. Y con la guía principal del gran Martín del Río (el hombre de tal ciencia), estaba en condiciones de tratar ex profeso del maleficio amatorio, del maleficio somnífero, del maleficio hostil y de las infinitas especies que, por desgracia, dice también el anónimo, se ven practicadas cada día de estos tres géneros capitales de encantamientos, con

efectos tan dolorosos. Igualmente vastos y fundados eran los saberes de don Ferrante en materia de historia, especialmente la universal: en ella sus autores eran Tarcagnola, Dolce, Bugatti, Campana, Guazzo, los más reputados, en suma.

Mas ¿qué es la historia, decía a menudo don Ferrante, sin la política? Un guía que camina, camina, sin nadie detrás al que enseñarle la ruta, y por consiguiente desperdicia sus pasos; así como la política sin la historia es alguien que camina sin guía. Había, pues, en sus estantes, un anaquel destinado a los estadistas, donde, entre muchos de escasa talla y de fama secundaria, sobresalían Bodin, Cavalcanti, Sansovino, Paruta, Boccalini. Dos, empero, eran los libros que don Ferrante anteponía a todos, y con mucho, en esta materia; dos que, hasta cierto momento, solía llamar los primeros, aunque sin poder decidir nunca a cuál de los dos convenía únicamente aquel grado: uno, el *Príncipe* y los *Discursos* del célebre secretario florentino, bribón, sí, decía don Ferrante, pero profundo; otro, la *Razón de Estado* del no menos célebre Giovanni Botero, hombre de bien, sí, decía también, pero agudo. Mas, poco antes del tiempo al que se circunscribe nuestra historia, había aparecido el libro que terminó con la cuestión de la primacía, pasando incluso por encima de las obras de aquellos dos primeros espadas, decía don Ferrante; el libro en el que se encontraban encerradas, y como destiladas, todas las malicias, para poder conocer, y todas las virtudes, para poder practicarlas; en una palabra, el *Estadista Reinante* de don Valeriano Castiglione, hombre celeberrimo, de quien puede decirse que los mayores literatos lo ensalzaban a porfía, y los más grandes personajes competían por atraerlo; de ese hombre a quien el papa Urbano VIII honró, como es sabido, con magníficas alabanzas; a quien el cardenal Borghese y el virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo, solicitaron que describiera, el primero los hechos del papa Pablo V, el otro las guerras del rey católico en Italia, uno y otro en vano; de ese hombre a quien Luis XIII, rey de Francia, nombró, por sugerencia del cardenal Richelieu, su historiógrafo; a quien el duque Carlo Emanuele de Saboya confirió el mismo cargo; en alabanza del cual, por dejar a un lado otros gloriosos testimonios, la duquesa Cristina, hija del cristianísimo rey Enrique IV, pudo en un diploma, con otros muchos títulos, enumerar «la certeza de la fama que obtiene en Italia, como primer escritor de nuestros tiempos».

Pero si, en todas las ciencias indicadas, don Ferrante podía considerarse instruido, había una en la que merecía y gozaba del título de profesor: la ciencia caballeresca. No solo discurría sobre ella con profundo dominio, sino que, solicitado con frecuencia para intervenir en asuntos de honor, daba

siempre una sentencia. Tenía en su librería, y puede decirse que en la cabeza, las obras de los escritores más reputados en tal materia: Paride del Pozzo, Fausto da Longiano, Urrea, Muzio, Romei, Albergato, el Forno primero y el Forno segundo de Torcuato Tasso, de quien también tenía preparados, y en caso de necesidad sabía citarlos de memoria, todos los pasajes, tanto de la Jerusalén Liberada como de la Conquistada, que pueden ser autoridad en materia de caballería. Sin embargo, el autor de los autores, en su concepto, era nuestro célebre Francesco Birago, con quien coincidió también, más de una vez, en emitir juicio sobre casos de honor; y el cual, por su parte, hablaba de don Ferrante en términos de particular estimación. Y desde que aparecieron los *Discursos Caballerescos* de este insigne escritor, don Ferrante pronosticó, sin vacilación, que la obra arruinaría la autoridad de Olevano, y perduraría, con sus otras notables hermanas, como código de primaria autoridad entre la posteridad; profecía, dice el anónimo, que cualquiera puede ver cómo se ha realizado.

De esto pasa después a las bellas letras; pero nosotros comenzamos a dudar de si verdaderamente el lector tiene muchos deseos de seguir adelante con él en esta reseña, e incluso a temer que nos hemos ganado ya el título de copista servil, y el de importuno a medias con el anónimo antes nombrado, por haberlo seguido de buena fe hasta aquí, en cosa ajena al relato principal, y en la cual probablemente solo se extendió tanto para alardear de doctrina y mostrar que no estaba atrasado respecto a su siglo. Por eso, dejando escrito lo que está escrito, para no perder nuestro trabajo, omitiremos lo restante, para ponernos de nuevo en camino; tanto más cuanto aún nos queda un buen trecho por recorrer, sin encontrar a alguno de nuestros personajes, y otro todavía más largo, antes de hallar a aquellos por cuyos hechos ciertamente más se interesa el lector, si es que en algo se interesa de todo esto.

Hasta el otoño del siguiente año de 1629 todos permanecieron, unos por su voluntad, otros a la fuerza, en el estado más o menos en que los hemos dejado, sin que a ninguno acaeciese ni ningún otro pudiera hacer cosa digna de referirse. Llegó el otoño, en el que Agnese y Lucia habían contado con reunirse; pero un gran acontecimiento público echó a perder sus cuentas: y ciertamente fue este uno de sus menores efectos. Después siguieron otros grandes acontecimientos, que no produjeron ningún cambio notable en la suerte de nuestros personajes. Por fin nuevos sucesos, más generales, más duros, más extremados los alcanzaron también a ellos, hasta a los más ínfimos de ellos, según la escala del mundo; al igual que un ciclón vasto, pujante, vagabundo, derribando y arrancando árboles, descomponiendo tejados,

destechando campanarios, abatiendo murallas y arrojando aquí y allá los escombros, levanta también las briznas de paja escondidas entre la hierba, busca en los rincones las hojas marchitas y ligeras, que un viento menor había confinado allí, y se las lleva envueltas en sus estragos.

Ahora, para que los asuntos privados que nos quedan por contar resulten claros, tenemos forzosamente que anteponer un relato por las buenas de los públicos, partiendo incluso de un poco lejos.

XXVIII

Después de la sedición del día de San Martín y del siguiente, pareció que la abundancia había vuelto a Milán, como por milagro: pan en gran cantidad en todos los hornos; el precio, como en los mejores años; las harinas en proporción. Los que, en aquellos dos días, se habían dedicado a gritar o a hacer incluso algo más tenían ahora (menos los pocos que fueron a la cárcel) de qué alabarse; y no creáis que se detuvieron, una vez pasado el primer susto de las capturas. En las plazas, en las esquinas, en las tabernas, había un alborozo evidente, un congratularse y un jactarse entre dientes por haber encontrado la manera de abaratar el pan. Sin embargo, en medio de la fiesta y la jactancia había (¿cómo no iba a haberla?) cierta inquietud, cierto presentimiento de que la cosa no podía durar. Sitiaban a los panaderos y los hornos, como ya habían hecho en aquella otra facticia y pasajera abundancia producida por la primera tasa de Antonio Ferrer; todos consumían con profusión; quien tenía unos cuartos ahorrados los invertía en pan y en harinas; convertían en almacenes las arcas, los barriles, las calderas. Así, compitiendo en disfrutar de la baratura presente, hacían, no diré que imposible su larga duración, que ya lo era en sí, sino cada vez más difícil su momentánea continuación. Y he aquí que, el 15 de noviembre, Antonio Ferrer, *De orden de su Excelencia*^[49], publicó un bando por el cual, a quienquiera que tuviera granos o harinas en casa, se le prohibía comprar ni poco ni mucho, y a todos comprar más pan del necesario para dos días, «bajo penas pecuniarias y corporales, al arbitrio de su Excelencia»; intimación a quien tocaba por oficio, y a cualquiera persona, de denunciar a los transgresores; orden a los jueces de hacer pesquisas en las casas que pudieran señalarles; y al mismo tiempo, empero, nueva orden a los panaderos de tener sus tiendas bien abastecidas de pan, «bajo pena, en caso de falta, de cinco años de galeras, o mayor, al arbitrio de S. E». Quien pueda imaginarse cumplido semejante bando buena imaginación debe de tener; y en verdad, si todos los que se publicaban en aquel tiempo se hubieran cumplido, el ducado de Milán habría tenido tanta gente en la mar cuanta puede tener ahora la Gran Bretaña.

Séase como se quiera, al ordenar a los panaderos que hicieran tanto pan, era preciso también hacer de modo que la materia del pan no les faltase. Se había pensado (como siempre, en tiempos de carestía renace un proyecto para convertir en pan productos que de ordinario se consumen bajo otra forma), se había pensado, digo, en hacer entrar el arroz en la composición del pan llamado «de mezcla». El 23 de noviembre, bando que secuestra, a disposición del vicario y de los doce de la Provisión, la mitad del arroz sin limpiar («palay» le decían, y le dicen aún) que cada uno posea; pena a quienquiera que disponga de él sin permiso de dichos señores con la pérdida del género, y una multa de tres escudos por almud. Es, como cualquiera ve, de lo más justo.

Pero este arroz había que pagarlo, y a un precio demasiado desproporcionado con respecto al pan. La carga de suplir esa enorme diferencia se le había impuesto a la ciudad; pero el Consejo de los Decuriones, que la asumió en nombre de ella, resolvió, ese mismo día 23 de noviembre, hacer presente al gobernador la imposibilidad de soportarla durante más tiempo. Y el gobernador, con un bando del 7 de diciembre, fijó el precio de dicho arroz en doce liras el almud; a quien pidiera más, y a quien se negara a venderlo, lo amenazó con la pérdida del género y con una multa de otro tanto valor, «y mayor pena pecuniaria y aun corporal hasta la galera, al arbitrio de S. E., según la calidad de los casos y de las personas».

Al arroz limpio ya se le había fijado precio antes del motín, así como probablemente se habrá fijado con otros bandos, que no hemos conseguido ver, la tasa, o, por usar una denominación celeberrima en los anales modernos, el máximo del trigo y de otros cereales más comunes.

Mantenidos así el pan y la harina baratos en Milán, la consecuencia era que del campo acudía gente en procesión a comprarlos. Don Gonzalo, para evitar este inconveniente, como él dice, prohibió, con otro bando del 15 de diciembre, que se sacara de la ciudad más pan que por valor de veinte sueldos, bajo pena de la pérdida del propio pan y veinticinco escudos, «y en caso de insolvencia, tortura de la cuerda en público, y mayor pena aún, como de costumbre, al arbitrio de S. E.». El 22 de ese mismo mes (y no se entiende por qué tan tarde) publicó una orden semejante para las harinas y los granos.

La multitud había querido engendrar la abundancia con el saqueo y con el incendio; el Gobierno quería mantenerla con las galeras y con la cuerda. Los medios eran concordes entre sí; pero qué tenían que ver con el fin, ya lo ve el lector; cómo servían en realidad para obtenerlo, lo verá dentro de poco. Sin embargo es fácil ver, y no inútil observar, que entre esas extrañas providencias había una conexión necesaria; cada una era una consecuencia

inevitable de la anterior, y todas de la primera, que fijaba para el pan un precio tan alejado del precio real, es decir, del que habría resultado naturalmente de la proporción entre la necesidad y la cantidad. A la multitud tal expediente le ha parecido siempre, y siempre ha tenido que parecerle, como conforme a la equidad, igualmente sencillo y fácil de poner en ejecución; es por lo tanto muy natural que, en las estrecheces y los padecimientos de la carestía, lo desee, lo implore y, si puede, lo imponga. Después, a medida que se dejan sentir sus consecuencias, conviene que aquellos a quienes toca acudan a remediar cada una, con una ley que prohíba a los hombres hacer aquello a que se veían llevados por la antecedente. Permítasenos observar aquí de pasada una coincidencia singular. En un país y en una época próxima, en la época más clamorosa y más notable de la historia moderna, se recurrió, en circunstancias similares, a similares expedientes (los mismos, casi podría decirse, en sustancia, con la sola diferencia de proporción, y más o menos por el mismo orden), a pesar de los tiempos tan cambiados y de los conocimientos adquiridos en Europa, y en ese país quizá más que en otros; y ello principalmente porque la gran masa popular, a la cual esos conocimientos aún no habían llegado, pudo hacer predominar a la larga su juicio y forzar la mano, como allá se dice, a quienes hacían la ley.

Volviendo a lo nuestro, dos habían sido, a fin de cuentas, los frutos principales del motín: desperdicio y pérdida efectiva de víveres, en el mismo motín; consumo, mientras duró la tasa, amplio, despreocupado, sin medida, a expensas de aquel poco trigo que sin embargo debía bastar hasta la nueva cosecha. A estos efectos generales añádanse cuatro desventurados, ahorcados como jefes del tumulto: dos ante el horno de las muletas, dos en el extremo de la calle donde estaba la casa del vicario de la Provisión.

Por lo demás, las relaciones históricas de aquellos tiempos están hechas tan al azar que ni siquiera se encuentra la noticia de cómo y cuándo cesó aquella tasa violenta. Si, a falta de noticias positivas, es lícito proponer conjeturas, nos inclinamos a creer que fue abolida poco antes o poco después del 24 de diciembre, que fue el día de aquella ejecución. Y en cuanto a los bandos, después del último que hemos citado del 22 del mismo mes, no encontramos otros en materia de abastos, ya porque hayan perecido o hayan escapado a nuestras investigaciones, ya, finalmente, porque el Gobierno, desalentado, o instruido por la ineficacia de sus remedios, y arrollado por las cosas, las abandonó a su curso. Encontramos, sí, en la relación de más de un historiador (inclinados, como estaban, más a describir grandes acontecimientos que a anotar sus causas y su progreso) el retrato del país, y

principalmente de la ciudad, ya avanzado el invierno y en la primavera, cuando la causa del mal, o sea, la desproporción entre los víveres y las necesidades, no destruida, sino acrecentada por los remedios que interrumpieron temporalmente sus efectos, sin siquiera una introducción suficiente de cereales extranjeros, a la que se oponían la insuficiencia de los medios públicos y privados, la penuria de los países circunvecinos, la escasez, la lentitud y las trabas del comercio, y las leyes tendentes a producir y a mantener el precio bajo, cuando, digo, la verdadera causa de la carestía, o mejor dicho la propia carestía, operaba sin moderación y con toda su fuerza. He aquí la copia de aquel doloroso retrato.

A cada paso, tiendas cerradas; las fábricas en gran parte desiertas; las calles, un indecible espectáculo, un curso incesante de miserias, una morada perpetua de padecimientos. Los mendigos de profesión, convertidos ahora en el menor número, confundidos y perdidos entre una nueva multitud, reducidos a disputar la limosna a aquellos de quien quizá en otros días la habían recibido. Mancebos de tiendas y jóvenes despedidos por los tenderos, que, menguada o nula del todo la ganancia diaria, vivían a duras penas de sus economías y del capital; los propios tenderos, para quienes la cesación de los negocios había sido quiebra y ruina; operarios, e incluso maestros de todas las manufacturas y de todas las artes, desde las más comunes hasta las más refinadas, de las más necesarias a las de lujo, vagando de puerta en puerta, de calle en calle, apoyados en las esquinas, acurrucados sobre las losas, a lo largo de casas e iglesias, pidiendo lastimosamente limosna, o dudando entre la necesidad y una vergüenza todavía no domada, demacrados, agotados, estremecidos de frío y de hambre, con ropas raídas y escasas, que en muchos conservaban aún señales de un antiguo desahogo, al igual que en la apatía y el envilecimiento aparecía no sé qué indicio de hábitos laboriosos y francos. Mezclados con la deplorable turba, y no pequeña parte de ella, servidores despedidos por amos caídos ahora de la medianía en la estrechez, o que, aunque adineradísimos, se encontraban incapaces, en semejante año, de mantener la acostumbrada pompa de su séquito. Y a todos estos diversos indigentes añádase un número de otros, habituados en parte a vivir de las ganancias de aquellos: niños, mujeres, viejos, agrupados con sus antiguos sostenedores, o dispersos en otras partes a mendigar.

Había también, y se distinguían por los tufos enmarañados, por los andrajos lujosos, o también por cierto no sé qué del porte y del gesto, por ese sello que las costumbres estampan en los rostros, tanto más notable y claro cuanto más extrañas son, muchos de aquella ralea de bravos que, perdido, por

la condición común, el pan de sus iniquidades, lo iban pidiendo por caridad. Domados por el hambre, sin competir con los otros más que en súplicas, asustados, atontados, se arrastraban por las calles que habían paseado durante tanto tiempo con la cabeza alta, con mirada desconfiada y feroz, vestidos con libreas ricas y extravagantes, con grandes plumas, guarnecidos con ricas armas, acicalados, perfumados; y tendían humildemente la mano, que tantas veces habían alzado insolente para amenazar, o traidora para herir.

Pero quizá el más feo y al tiempo más lastimero espectáculo eran los campesinos, solos, en parejas, familias enteras; maridos, mujeres, con los niños en brazos, o sujetos a la espalda, con muchachos de la mano, con viejos detrás. Algunos, invadidas y saqueadas sus casas por la soldadesca, alojada allí o de paso, habían huido a la desesperada; y entre estos los había que, para despertar más compasión, y como para distinguirse en su miseria, mostraban los cardenales y las cicatrices de los golpes recibidos al defender sus escasas últimas provisiones, o al escapar de un desenfreno ciego y brutal. Otros, aunque exentos de aquel azote particular, pero empujados por los otros dos a los que ningún rincón había quedado inmune, la esterilidad y los impuestos, más exorbitantes que nunca para satisfacer lo que se llamaba las necesidades de la guerra, habían llegado, llegaban a la ciudad, como antiguo asiento y último asilo de riqueza y de pía munificencia. Se podían distinguir los recién llegados, más aún que por su andar incierto y su aire nuevo, por una expresión asombrada y despechada al encontrar tal concurrencia, tal rivalidad de miseria, allí donde habían creído aparecer como único objeto de compasión y atraer hacia sí las miradas y los socorros. Los otros que desde hacía más o menos tiempo vagaban por las calles de la ciudad y las poblaban, manteniéndose en pie con los subsidios obtenidos o tocados en suerte, con tanta desproporción entre los medios y la necesidad, llevaban pintada en rostros y ademanes una más sombría y cansada consternación. Vestidos diferentemente, los que aún se podían llamar vestidos, y diferentes también por su aspecto: caras descoloridas de las tierras bajas, curtidas de la llanura central y de las colinas, sanguíneas de los montañeses; pero todas afiladas y pasmadas, todas con ojos hundidos, con miradas fijas, entre torvas e insensatas; enmarañado el pelo, largas e hirsutas las barbas; cuerpos criados en el trabajo y endurecidos por él, exhaustos ahora por las privaciones; arrugada la piel en los brazos tostados y en las canillas y en los pechos flacos, que se veían entre los descompuestos andrajos. Y, aunque distinto, no era menos doloroso que este aspecto de vigor abatido el aspecto de una naturaleza

más pronto vencida, de una languidez y de un agotamiento más abandonado, en el sexo y en la edad más débiles.

Aquí y allá en las calles, junto a los muros de las casas, un poco de paja pisoteada, triturada y mezclada con inmundos desechos. Y tal porquería era empero una dádiva y un recurso de la caridad: eran camastros preparados para algunos de aquellos infelices, para posar la cabeza por la noche. De vez en cuando se veía, también de día, yacer o tenderse a alguien a quien el cansancio o el ayuno había dejado sin fuerzas, con las piernas rotas; alguna vez aquel mísero lecho tenía un cadáver; alguna vez se veía a alguien caer como un trapo de repente y quedar cadáver sobre el empedrado.

Al lado de alguno de aquellos camastros, se veía también inclinado a un transeúnte o vecino, atraído por una compasión repentina. En algún lugar aparecía un socorro ordenado con más previsión, promovido por una mano rica en medios y habituada a auxiliar en grande; era la mano del buen Federigo. Había elegido seis sacerdotes en quienes una caridad viva y perseverante iba acompañada y servida por una robusta complexión; los había distribuido en parejas, asignando a cada una la tercera parte de la ciudad para que la recorrieran, con mozos cargados con diversos alimentos, con otros más ligeros y más restaurativos, y con ropas. Cada mañana, las tres parejas salían a la calle por distintos puntos, se acercaban a los que veían abandonados en el suelo, y a cada cual le daban la ayuda necesaria. Alguno, ya agonizante y no en situación de recibir alimento, recibía los últimos auxilios y los consuelos de la religión. A los hambrientos dispensaban sopa, huevos, pan, vino; a otros, extenuados por más largo ayuno, les ofrecían caldos sustanciosos, destilados, vino más generoso, reanimándolos antes, si era necesario, con sales y cordiales. Al mismo tiempo distribuían ropas para las desnudeces más indecentes y dolorosas.

No acababa aquí su asistencia: el buen pastor había querido que, al menos hasta donde aquella pudiera llegar, sirviera de alivio eficaz y no momentáneo. A los pobrecillos a quienes aquella primera confortación había dado fuerzas bastantes para sostenerse en pie y caminar, les daban un poco de dinero, con el fin de que la necesidad renaciente y la falta de otro socorro no los pusieran pronto en el estado de antes; para los otros buscaban asilo y manutención en alguna casa de la vecindad. En las de los acomodados, solían recibirlos por caridad y como recomendados del cardenal; en otras, donde la buena voluntad carecía de medios, aquellos sacerdotes pedían que el pobrecito fuera recibido en pensión, fijaban el precio y desembolsaban al punto una parte a cuenta. De

estos hospedados, daban luego una nota a los párrocos, a fin de que los visitaran; y ellos mismos regresaban a visitarlos.

No es preciso decir que Federigo no limitaba sus cuidados a estos padecimientos tan extremados, ni los había esperado para conmoverse. Su caridad ardiente y ágil debía sentirlo todo, en todo ocuparse, acudir donde no había podido prevenir, tomar, por así decirlo, tantas formas cuantas eran variadas las necesidades. En efecto, reuniendo todos sus medios, haciendo más riguroso el ahorro, echando mano de los ahorros destinados a otras liberalidades, ahora de importancia demasiado secundaria, había buscado todas las maneras de juntar dinero, para emplearlo todo en socorro de los hambrientos. Hizo grandes compras de cereales y expidió buena parte a los lugares de la diócesis que andaban más escasos; y, siendo el socorro demasiado inferior a la necesidad, mandó también sal, «con la que —dice, al contar la cosa, Ripamonti^[50]— las hierbas del prado y las cortezas de los árboles se convierten en alimento». Cereales y dinero distribuyó también entre los párrocos de la ciudad; él mismo la visitaba, barrio a barrio, dispensando limosnas; socorría en secreto a muchas familias pobres; en el palacio arzobispal, como atestigua un escritor contemporáneo, el médico Alessandro Tadino, en un *Informe*^[51] que tendremos a menudo ocasión de citar más adelante, se distribuían todas las mañanas dos mil escudillas de potaje de arroz.

Pero estos efectos de la caridad, que ciertamente podemos llamar grandiosos, si se considera que procedían de un solo hombre y de sus solos medios (pues Federigo se negaba, por sistema, a convertirse en dispensador de liberalidades ajenas); estos, junto con la liberalidad de otras manos privadas, también numerosas si no tan fecundas; junto con las subvenciones que el Consejo de los Decuriones había decretado, confiando al Tribunal de la Provisión el encargo de distribuir las, eran aún poca cosa en comparación con las necesidades. Al paso que a algunos montañeses a punto de morir de hambre les prolongaba la vida la caridad del cardenal, otros llegaban a aquel extremo; los primeros, acabado aquel medido socorro, volvían a caer; en otras partes, no olvidadas, sino pospuestas, como menos angustiadas, por una caridad forzada a elegir, las angustias resultaban mortales; por doquier se perecía, de todas partes se acudía a la ciudad. Aquí, dos millares de hambrientos, supongamos, más robustos y expertos en superar la competencia y en abrirse paso, habían conseguido un potaje, lo bastante para no morir ese día; mas otros muchos miles se quedaban atrás, envidiando a los otros, ¿diríamos que más afortunados cuando entre los que atrás quedaban estaban a

menudo sus mujeres, sus hijos, sus padres? Y, mientras en algunas partes de la ciudad, algunos de los más abandonados y reducidos al extremo eran alzados del suelo, reanimados, albergados y provistos durante algún tiempo, en otras cien partes, otros caían, languidecían o incluso espiraban, sin ayuda, sin refrigerio.

Todo el día se oía por las calles un murmullo confuso de voces suplicantes; por la noche, un susurro de gemidos, roto de vez en cuando por grandes lamentos que estallaban de improviso, por gritos, por profundos acentos de invocación, que terminaban en agudos chillidos.

Es notable que, en tal exceso de penas, en tanta variedad de quejas, no se viera jamás una tentativa, no escapase jamás un grito de tumulto; al menos no se encuentra el mínimo indicio. Y sin embargo, entre los que vivían y morían de esa manera, había buen número de hombres nada educados para tolerar; los había a cientos, los mismos que, el día de San Martín, armaron tanto alboroto. Y no puede pensarse que el ejemplo de los cuatro desgraciados que habían pagado las penas de todos fuera lo que ahora los frenaba; ¿qué fuerza podía tener, no la presencia, sino la memoria de los suplicios en los ánimos de una multitud vagabunda y reunida que se veía condenada a un lento suplicio, que ya lo padecía? Pero los hombres en general somos así: nos rebelamos airados y furiosos contra los males mediocres, y nos doblegamos en silencio bajo los extremados; soportamos, no resignados sino atónitos, el colmo de lo que al principio habíamos llamado insoportable.

El vacío que la mortandad dejaba cada día en aquella deplorable multitud se llenaba con creces cada día; era una concurrencia continua, primero de los pueblos circunvecinos, después de toda la comarca, después de las ciudades del estado, al final también de otras. Y, entretanto, también de esta partían cada día antiguos habitantes; algunos para sustraerse a la vista de tantas plagas; otros, viéndose arrebatarse el puesto, por así decirlo, por nuevos competidores en las limosnas, salían en una última y desesperada prueba a mendigar socorros en otro lugar, donde fuese, donde al menos no fuera tan densa y tan apremiante la muchedumbre y la rivalidad en el pedir. Se encontraban en el viaje contrario estos y aquellos peregrinos, espectáculo de horror unos para otros, y muestra dolorosa, augurio siniestro del término hacia el que unos y otros se encaminaban. Pero cada cual seguía su camino, si no con la esperanza de cambiar de suerte, al menos para no regresar bajo un cielo odioso, para no volver a ver los lugares donde se habían desesperado. Menos alguno que, falto totalmente de fuerzas, caía en el camino y allí quedaba muerto: espectáculo aún más funesto para sus compañeros de miseria, objeto

de horror, acaso de reproche, para los otros transeúntes. «Yo vi —escribe Ripamonti—, en el camino que rodea las murallas, el cadáver de una mujer... Salían de su boca unas hierbas medio roídas, y los labios hacían aún como un gesto de rabioso esfuerzo... Llevaba un fardito al hombro, y sujeto al pecho con la faja un niño que llorando pedía la teta... Y habían llegado unas personas compasivas que, recogiendo al infeliz del suelo, se lo llevaban, cumpliendo así entretanto el primer oficio materno».

La contraposición de galas y de andrajos, de superfluidad y de miseria, espectáculo ordinario de los tiempos ordinarios, había cesado entonces. Los andrajos y la miseria estaban casi por doquier; y lo que se diferenciaba de ellos era apenas una apariencia de frugal medianía. Se veía a los nobles andar con trajes sencillos y modestos, y hasta raídos y toscos; unos, porque las causas comunes de miseria habían cambiado hasta ese punto su fortuna, o dado el golpe de gracia a patrimonios ya desbaratados; otros, porque temían provocar con el fasto la desesperación pública, o porque se avergonzaban de insultar la pública calamidad. Los poderosos odiados y respetados, que solían salir con un séquito de bravos, iban ahora casi solos, con la cabeza gacha, con rostros que parecían ofrecer y pedir paz. Otros que, incluso en la prosperidad, habían sido de pensamientos más humanos y de porte más modesto parecían también confusos, consternados, y como abrumados por la visión continua de una miseria que superaba no solo las posibilidades de socorro, sino casi diría que las fuerzas de la compasión. Quien tenía medios de dar alguna limosna debía hacer una triste elección entre hambre y hambre, entre urgencias y urgencias. Y, apenas se veía una mano piadosa acercarse a la mano de un infeliz, nacía en torno una porfía de otros infelices; aquellos a quienes les quedaba más vigor se adelantaban a pedir con más insistencia; los extenuados, los viejos, los muchachos alzaban las manos flacas; las madres alzaban y enseñaban desde lejos niños llorosos, mal envueltos en andrajosos pañales y doblados de inanición en sus manos.

Así pasó el invierno y la primavera; y ya de tiempo el Tribunal de la Sanidad hacía presente al de la Provisión el peligro del contagio, que amenazaba a la ciudad, de resultas de tanta miseria hacinada en todas partes; y proponía que los pordioseros fueran recogidos en diversos hospicios. Mientras se discute esta propuesta, mientras se aprueba, mientras se piensa en los medios, en los modos, en los lugares para ponerla en práctica, los cadáveres aumentan cada día más en las calles; y, en proporción a ello, aumenta toda la otra masa de miserias. En el Tribunal de la Provisión se propone, como más fácil y más expedito, otro remedio: congregar a todos los

pordioseros, sanos y enfermos, en un solo lugar, en el lazareto, donde fueran mantenidos y cuidados a expensas del público; y así se acuerda, contra el parecer de la Sanidad, que oponía que, en una reunión tan grande, aumentaría el peligro al que se quería poner remedio.

El lazareto de Milán (por si acaso esta historia cayera en manos de alguien que no lo conociera, ni de vista ni por descripción) es un recinto cuadrilátero y casi cuadrado, extramuros de la ciudad, a la izquierda de la puerta llamada Oriental, que dista de las murallas el espacio del foso, una calle de circunvalación y un canal que rodea el propio recinto. Los dos lados mayores miden más o menos quinientos pasos; los otros dos, quizá quince menos; todos están divididos, por la parte exterior, en pequeñas habitaciones de un solo piso; por dentro gira en torno a tres de ellos un pórtico abovedado continuo, sostenido por pequeñas y delgadas columnas.

Los cuartitos eran doscientos ochenta y ocho, o poco más; en nuestros días, una gran abertura hecha en el medio, y otra pequeña, en una esquina de la fachada del lado que linda con el camino real, han eliminado no sé cuántos. En la época de nuestra historia no había más que dos entradas: una en el centro del lado que da a las murallas de la ciudad, y otra frontera en el opuesto. En el centro del espacio interior había, y hay todavía, una pequeña iglesia octogonal.

El destino inicial de todo el edificio, comenzado en el año 1489, con el dinero de una manda particular, y continuado después con legados del público y de otros testadores y donantes, fue, como indica su propio nombre, albergar, llegado el caso, a los enfermos de peste; esta, ya mucho antes de aquella época, solía aparecer, y siguió apareciendo mucho tiempo después, dos, cuatro, seis, ocho veces cada siglo, ora en este, ora en aquel país de Europa, afectando a veces una gran parte, o incluso recorriéndola toda, a lo ancho y a lo largo. En el momento de que hablamos, el lazareto servía solo de depósito de las mercancías sujetas a cuarentena.

Ahora bien, para dejarlo libre, no se respetó el rigor de las leyes sanitarias y, hechos aprisa y corriendo las desinfecciones y los experimentos prescritos, se despacharon todas las mercancías de una vez. Se mandó extender paja en todas las habitaciones, se hicieron provisiones de víveres, de la calidad y en la cantidad que se pudo, y se invitó, mediante un edicto público, a todos los pordioseros a refugiarse allí.

Muchos acudieron voluntariamente; todos los que yacían enfermos en calles y plazas fueron trasladados allí; en pocos días hubo, entre unos y otros, más de tres mil. Pero fueron muchos más los que permanecieron fuera. Bien

porque cada uno esperaba ver a los otros marcharse y quedarse en menor número a disfrutar de las limosnas de la ciudad, bien por el natural rechazo a la clausura, bien por la desconfianza de los pobres ante todo lo que les propone quien posee las riquezas y el poder (desconfianza siempre proporcionada a la ignorancia común de quien la siente y quien la inspira, al número de los pobres, y al poco juicio de las leyes), bien por saber de hecho cuál era en realidad el beneficio ofrecido, fuera todo esto junto, o alguna otra cosa, el caso es que la mayoría, sin tener en cuenta la invitación, seguía arrastrándose penosamente por las calles. En vista de ello, se creyó oportuno pasar de la invitación a la fuerza. Se mandaron rondas de esbirros para que metieran a los pordioseros en el lazareto, conduciendo atados a los que se resistían; por cada uno de ellos se les asignó una recompensa de diez sueldos, ya que, incluso en las mayores estrecheces, siempre se encuentran caudales del público para emplearlos en disparates. Y aunque, como se había conjeturado, o mejor dicho intentado expresamente por la Provisión, cierto número de pordioseros abandonase la ciudad, para ir a vivir o a morir en otro lugar, por lo menos en libertad, sin embargo la caza fue tal que en poco tiempo el número de asilados, entre huéspedes y prisioneros, se aproximó a diez mil.

Queremos suponer que las mujeres y los niños fueron metidos en sectores separados, aunque las memorias de la época nada dicen. Ciertamente tampoco faltarían reglas y disposiciones para el buen orden; mas figúrese cada cual qué orden podía establecerse y mantenerse, especialmente en esos tiempos y en esas circunstancias, en tan vasta y variada reunión, donde con los voluntarios se hallaban los forzados; con aquellos para quienes mendigar era una necesidad, un dolor, una vergüenza, otros para quienes era un oficio; con muchos criados en la honrada actividad de campos y obradores, otros muchos educados en las plazas, en las tabernas, en los palacios de los poderosos, en el ocio, el fraude, el escarnio, la violencia.

Cómo estaban todos juntos de alojamiento y comida podríamos tristemente conjeturarlo, aun cuando no tuviéramos noticias positivas; pero las tenemos. Dormían amontonados veinte o treinta en cada una de las celdillas, o acurrucados bajo los pórticos, sobre un poco de paja pútrida y apestosa, o en el duro suelo; pues se había ordenado, sí, que la paja fuera reciente y no escasa, y que se cambiara con frecuencia; pero en realidad era mala, insuficiente y no se cambiaba. Se había ordenado igualmente que el pan fuese de buena calidad, porque ¿qué administrador ha dicho jamás que se haga o entregue género malo?, pero lo que no se habría conseguido en

circunstancias normales y para un servicio más reducido ¿cómo conseguirlo en aquel caso y para aquella multitud? Se dijo entonces, como encontramos en las memorias, que el pan del lazareto estaba alterado con sustancias pesadas y no nutritivas; y por desgracia puede creerse que no era una queja vana. Hasta había escasez de agua; quiero decir, de agua viva y saludable; el pozo común debía de ser el canal que rodeaba las murallas del recinto, bajo, lento y, por tanto, cenagoso, y además convertido en lo que podía volverlo el uso y la vecindad de tanta y tal multitud.

A todas estas causas de mortandad, tanto más activas cuanto que obraban sobre cuerpos enfermos o enfermizos, agréguese una gran maldad de la estación: lluvias obstinadas, seguidas por una sequía más obstinada aún, y con ella un calor anticipado y violento. Agréguese a los males el sentimiento de los males, el fastidio y el desasosiego de la prisión, el recuerdo de los antiguos hábitos, el dolor por los allegados perdidos, el recuerdo inquieto de los familiares ausentes, el tormento y la repugnancia recíproca, y tantas otras pasiones de abatimiento o de rabia, llevadas o nacidas allí dentro; y además la aprensión y el espectáculo continuo de la muerte, frecuente por tantas razones y convertida ella misma en nueva y poderosa razón. No es de admirar que la mortandad creciese y reinase en aquel recinto hasta el punto de tomar la apariencia, y para muchos el nombre, de pestilencia; ya porque la reunión y el aumento de todas aquellas causas no hiciera sino aumentar la actividad de una influencia puramente epidémica; ya porque (como parece que ocurre en las carestías, incluso en las menos graves y menos prolongadas que aquella) se produjese allí cierto contagio, el cual en los cuerpos afectados y preparados por las privaciones y la mala calidad de los alimentos, por la intemperie, por la suciedad, por las penalidades y el envilecimiento, encuentra, por así decirlo, el terreno y la estación propia, las condiciones necesarias, en suma, para nacer, alimentarse y multiplicarse (si le es lícito a un ignorante usar de estas palabras, según la hipótesis propuesta por algunos físicos y vuelta a proponer hace poco, con muchas razones y con mucha reserva, por un médico tan diligente como perspicaz)^[52]; ya porque el contagio estallase desde el principio en el propio lazareto, como parecen pensar los médicos de la Sanidad, en una oscura e inexacta relación; ya porque existiese y estuviera incubándose antes de entonces (lo cual parece acaso más verosímil, si se piensa que el mal era ya antiguo y general, y la mortandad ya frecuente), y que, llevado entre aquella multitud permanente, se propagase en ella con nueva y terrible rapidez. Sea cual sea la verdadera de estas conjeturas, el número diario de muertos del lazareto sobrepasó en poco tiempo el centenar.

Mientras en aquel lugar todo era debilidad, angustia, espanto, quejumbre, temblor, en la Provisión era vergüenza, aturdimiento, incertidumbre. Se discutió, se oyó el parecer de la Sanidad; no se encontró otro recurso que deshacer lo hecho con tanto aparato, con tanto gasto, con tantas vejaciones. Se abrió el lazareto, se licenció a todos los pobres no enfermos que allí quedaban y que escaparon con un gozo furibundo. La ciudad volvió a resonar con el viejo lamento, pero más débil y entrecortado; volvió a ver aquella turba más escasa y más lastimosa, dice Ripamonti, ante la idea de cómo había mermado tanto. Los enfermos fueron trasladados a Santa María de la Estrella, entonces hospicio de pobres, donde la mayor parte pereció.

Empezaban entretanto a enrubiarse aquellos benditos campos. Los pordioseros llegados de la comarca se marcharon, cada uno por su lado, a la tan ansiada siega. El buen Federigo los despidió con un último esfuerzo y un nuevo hallazgo de caridad: mandó dar a cada campesino que se presentase en el arzobispado un julio^[53] y una hoz.

Con la cosecha cesó finalmente la carestía; la mortandad, epidémica o contagiosa, que iba menguando día tras día, se prolongó empero hasta el otoño. Y estaba a punto de acabar cuando sobrevino un nuevo azote.

Muchas cosas importantes, de esas a las que se da más en especial el título de históricas, habían ocurrido entretanto. El cardenal Richelieu, tomada, como se ha dicho, La Rochelle, chapuceada como pudo una paz con el rey de Inglaterra, había propuesto y persuadido, con su poderosa palabra, al Consejo de Francia, que se socorriese eficazmente al duque de Nevers; y al mismo tiempo había decidido al propio rey a dirigir en persona la expedición. Mientras se hacían los preparativos, el conde de Nassau, comisario imperial, intimaba en Mantua al nuevo duque que entregase los estados en manos de Fernando, o este mandaría un ejército a ocuparlos. El duque, que en condiciones más desesperadas había eludido aceptar una condición tan dura y tan sospechosa, alentado ahora por el próximo auxilio de Francia la eludía mucho más; aunque con términos en los que el «no» se disfrazaba y alargaba cuanto podía, y con propuestas de sumisión, tanto más aparente cuanto menos costosa. El comisario se había marchado, declarando que vendrían por la fuerza. En marzo, el cardenal Richelieu había llegado en efecto con el rey, a la cabeza de un ejército; había pedido paso al duque de Saboya; se entablaron negociaciones sin concluir nada; tras un choque, ventajoso para los franceses, se negoció de nuevo y se concluyó un acuerdo, en el que el duque estipuló, entre otras cosas, que el de Córdoba levantaría el sitio de Casale, obligándose, si este se negaba, a unirse a los franceses para invadir el ducado de Milán.

Don Gonzalo, pareciéndole que salía bien librado, levantó el asedio de Casale, donde entró al punto un cuerpo de franceses para reforzar la guarnición.

Fue en esta ocasión cuando Achillini escribió aquel famoso soneto al rey Luis:

Sudate, o fochi, a preparar metalli^[54]

y otro en el que lo exhortaba a ir al punto a liberar la Tierra Santa. Pero es destino de los poetas que sus opiniones no sean escuchadas; y, si encontráis en la historia hechos concordes con alguna sugerencia suya, decid francamente que eran cosas decididas antes. El cardenal Richelieu había determinado en cambio regresar a Francia, por asuntos que le parecían más urgentes. Por más que Girolamo Soranzo, enviado por los venecianos, adujo razones para luchar contra esa resolución, el rey y el cardenal, haciendo tanto caso de su prosa como de los versos de Achillini, regresaron con el grueso del ejército, dejando solo seis mil hombres en Susa, para mantener el paso y como prenda del tratado.

Mientras aquel ejército se marchaba por un lado, el de Fernando se acercaba por el otro; había invadido el país de los Grisones y la Valtellina; se disponía a bajar al Milanesado. Amén de todos los daños que se podían temer de semejante paso, habían llegado expresos avisos al Tribunal de la Sanidad de que en aquel ejército se incubaba la peste, de la que entonces en las tropas alemanas había siempre brotes, como dice Varchi, hablando de la que, un siglo antes, habían llevado a Florencia. Alessandro Tadino, uno de los facultativos de la Sanidad (eran seis, a más del presidente: cuatro magistrados y dos médicos) fue encargado por el tribunal, como cuenta él mismo, en su informe ya citado^[55], de hacer presente al gobernador el espantoso peligro que amenazaba al país, si aquella gente pasaba por él, para ir a sitiar Mantua, como había corrido la voz. En toda la conducta de don Gonzalo parece que había un gran afán por conquistar un puesto en la historia, la cual de hecho no pudo dejar de ocuparse de él; pero (como a menudo ocurre) no supo, o no se preocupó de registrar el acto suyo más digno de memoria, la respuesta que dio a Tadino en esa circunstancia. Respondió que no sabía qué hacer, que los motivos de interés y de reputación por los cuales se había puesto en marcha aquel ejército pesaban más que el peligro indicado, que se intentase remediarlo lo mejor posible y que se confiase en la Providencia.

Para remediarlo lo mejor posible, pues, los dos médicos de la Sanidad (el expresado Tadino y Senatore Settala, hijo del célebre Lodovico) propusieron en el tribunal que se prohibiera bajo severísimas penas comprar ninguna clase de cosas a los soldados que iban a pasar; pero no fue posible hacer comprender la necesidad de tal orden al presidente, «hombre —dice Tadino— de gran bondad, que no podía creer que pudieran producirse riesgos de muerte de tantos miles de personas por el trato con aquella gente y con sus cosas». Citamos este trozo como uno de los singulares de aquel tiempo, pues con certeza, desde que existen tribunales de Sanidad, jamás ocurrió que otro presidente de tal cuerpo hiciera un razonamiento similar; si razonamiento se le puede llamar.

En cuanto a don Gonzalo, poco después de aquella respuesta se marchó de Milán; y la partida fue triste para él, como lo era la causa. Se veía removido por el mal éxito de la guerra, de la que había sido promotor y capitán; y el pueblo lo culpaba del hambre padecida bajo su gobierno (lo que había hecho con la peste, o no se sabía o nadie se inquietaba por ello, como veremos más adelante, salvo el Tribunal de la Sanidad, y en especial los dos médicos). Al salir, pues, en carroza de viaje, del palacio, en medio de una guardia de alabarderos, con dos trompeteros a caballo delante y con otras carrozas de nobles que formaban su séquito, fue recibido con grandes silbidos por los muchachos que se habían congregado en la plaza de la catedral y que fueron tras él en tropel. Al entrar la comitiva en la calle que conduce a la puerta de Tesino, por donde debía salir, empezó a encontrarse en medio de una multitud de gente, que en parte estaba allí esperando, en parte acudía, tanto más cuanto que los trompeteros, hombres serios, no dejaron de tocar desde el palacio del Gobierno hasta la puerta. Y, en el proceso que después se hizo sobre aquel alboroto, uno de ellos, al reprenderlo porque con su trompeteo había sido causa de que aumentara, respondió: «Señor mío, esta es nuestra profesión; y, si a S. E. no le hubiera agradado que tocáramos, debía mandarnos callar». Pero don Gonzalo o porque le repugnase hacer algo que mostrase temor, o por miedo a que la multitud se atreviese a más con eso, o porque en efecto estuviese atolondrado, no daba ninguna orden. La multitud, a la que los guardias habían intentado en vano rechazar, precedía, rodeaba, seguía a las carrozas, gritando: «Ahí se marcha la carestía, se marcha la sangre de los pobres», y aún peor. Cuando estuvieron cerca de la puerta, empezaron también a tirar piedras, ladrillos, tronchos, cáscaras de todo tipo, en suma, la munición acostumbrada en tales expediciones; una parte corrió a las murallas,

y desde allí encima hicieron una última descarga sobre las carrozas que salían. Inmediatamente después se desbandaron.

En lugar de don Gonzalo enviaron al marqués Ambrosio de Espínola, cuyo nombre había ya adquirido, en las guerras de Flandes, la celebridad militar que aún conserva.

Entretanto el ejército alemán, bajo el mando supremo del conde Rambaldo de Collalto, otro caudillo italiano, de menor pero no ínfima fama, había recibido la orden definitiva de dirigirse a la empresa de Mantua; y en el mes de septiembre entró en el ducado de Milán.

La milicia, en aquellos tiempos, estaba compuesta aún en gran parte por soldados de ventura alistados por caudillos de profesión, por encargo de este o de aquel príncipe, y a veces también por propia cuenta, para venderse luego todos juntos. Más que las pagas, atraía a los hombres a aquel oficio la esperanza del saqueo y todos los alicientes del desenfreno. Disciplina estable y general no la había; ni habría podido conciliarse fácilmente con la autoridad en parte independiente de los diversos caudillos. Estos, además, en particular, ni eran muy refinados en materia de disciplina ni, aun queriendo, se ve cómo habrían podido lograr establecerla y mantenerla; pues soldados de aquella calaña o bien se habrían rebelado contra un caudillo innovador a quien se le pasara por la cabeza abolir el saqueo, o por lo menos lo habrían dejado solo, mirando sus banderas. Además de esto, como los príncipes, al alquilar, por así decirlo, aquellas bandas, miraban más a tener gente en abundancia, para asegurar las empresas, que a proporcionar el número a sus facultades de pagarla, normalmente muy escasas, las pagas solían llegar tarde, a plazos, poco a poco; y los despojos de los países a los que les tocaba se convertían en un suplemento tácitamente convenido. Es célebre, tanto al menos como el nombre de Wallenstein, aquella sentencia suya de que era más fácil mantener un ejército de cien mil hombres que uno de doce mil. Y este del que hablamos se componía en gran parte de la gente que, bajo su mando, había devastado Alemania, en aquella guerra célebre entre las guerras, por sí y por sus efectos, que recibió después el nombre de los Treinta Años por su duración; y entonces corría el onceno. Estaba también, mandado por un lugarteniente suyo, su propio regimiento; de los otros caudillos, la mayoría habían servido a sus órdenes, y se encontraba más de uno de los que, cuatro años después, debían contribuir a que tuviera el desgraciado fin que todos saben^[56].

Eran veintiocho mil infantes y siete mil caballos; y, al bajar de la Valtellina para dirigirse a tierras de Mantua, tenían que seguir todo el curso que traza el Adda en los dos ramales del lago, y después de nuevo como río

hasta desembocar en el Po, y luego tenían que bordear un buen trecho de este: en total, ocho días en el ducado de Milán.

Gran parte de los habitantes se refugiaban en las montañas, llevándose lo mejor que poseían y empujando delante de sí a los animales; otros se quedaban o por no abandonar a algún enfermo, o por preservar las casas del incendio, o para vigilar cosas valiosas escondidas, enterradas; otros porque no tenían nada que perder, y hasta se hacían cuentas de adquirir. Cuando la primera escuadra llegaba al pueblo de la parada, se diseminaba al punto por él y por los circunvecinos, y los saqueaba por completo; lo que podía disfrutarse o era fácil de llevar desaparecía; el resto lo destruían o estropeaban; los muebles se convertían en leña, las casas, en establos; por no hablar de las palizas, de las heridas, de los estupros. Todos los hallazgos, todas las astucias para salvar las cosas solían resultar inútiles, y a veces acarreaban daños mayores. Los soldados, gente muy ducha también en las estratagemas de esta guerra, registraban todos los agujeros de las casas, derribaban paredes, demolían; reconocían con facilidad en los huertos la tierra recién removida; hasta subieron a los montes a robar el ganado; fueron a las cuevas, guiados por algún bribón del pueblo, en busca de algún rico que se hubiera escondido allí; lo arrastraban a su casa y, torturándolo con amenazas y golpes, lo obligaban a indicar el tesoro escondido.

Por fin se marchaban; se habían marchado; se oía a lo lejos morir el sonido de tambores y trompetas; se sucedían unas horas de asustada quietud; y, después, otro maldito sonar de bombo, otro maldito tañer de trompetas, anunciaba otra escuadra. Estos, al no encontrar más botín que hacer, destrozaban con mucha más furia lo restante, quemaban los toneles vaciados por los otros, las puertas de las estancias donde ya no quedaba nada, prendían fuego también a las casas; y con mucha más rabia, claro, maltrataban a las personas; y así cada vez peor, durante veinte días, que en otras tantas escuadras estaba dividido el ejército.

Colico fue la primera tierra del ducado que invadieron estos demonios; se arrojaron después sobre Bellano; de allí entraron en la Valsassina y se diseminaron por ella, desde donde desembocaron en el territorio de Lecco.

XXIX

Aquí, entre los pobres atemorizados hallamos personas conocidas nuestras.

Quien no haya visto a don Abbondio, el día que se difundieron todas de una vez las noticias de la entrada del ejército, de su acercamiento y de su conducta, no sabe bien lo que es apuro y espanto. Llegan; son treinta, son cuarenta, son cincuenta mil; son diablos, son arrianos, son anticristos; han saqueado Cortenuova; han prendido fuego a Primaluna; devastan Introbbio, Pasturo, Barsio; han llegado a Balabbio; mañana están aquí. Estas eran las voces que pasaban de boca en boca; y con ellas un correr, un detenerse unos a otros, un consultar tumultuoso, una vacilación entre huir y quedarse, un congregarse de mujeres, un echarse las manos a la cabeza. Don Abbondio, resuelto a huir, resuelto antes que todos y más que todos, veía, empero, en cada camino que había que tomar, en cada lugar donde refugiarse, obstáculos insuperables y peligros espantosos. «¿Qué hacer? —exclamaba—, ¿adónde ir?». Los montes, dejando a un lado la dificultad del camino, no eran seguros; ya se había sabido que los lansquenets trepaban por ellos como gatos, si tenían indicios o esperanzas de hacer botín. El lago estaba crecido; soplaban un fuerte viento; además, la mayoría de los barqueros, temiendo que los obligaran a cruzar soldados o bagajes, se habían refugiado, con sus barcas, en la otra orilla; habían quedado unas pocas que salieron luego sobrecargadas de gente; y, con el peso y el temporal, se decía que estaban expuestas a zozobrar a cada instante. Para irse lejos y fuera del camino que el ejército tenía que recorrer, no era posible encontrar una calesa, ni un caballo, ni cualquier otro medio; a pie, don Abbondio no habría podido recorrer demasiado trecho, y temía que lo alcanzaran por el camino. El territorio bergamasco no estaba tan lejos que sus piernas no pudieran llevarlo allí de una tirada; pero se sabía que de Bérgamo habían expedido a toda prisa un escuadrón de sombreretes^[57] que debía bordear la frontera, para tener a raya a los lansquenets; y aquellos eran diablos de carne y hueso, ni más ni menos que estos, y por su parte hacían cuanto daño podían. El pobre hombre corría, alterado y medio fuera de sí, por la casa; iba detrás de Perpetua, para concertar con ella una resolución; mas

Perpetua, ajetreada en recoger lo mejor de la casa y en esconderlo en el desván, o por los tabucos, pasaba a la carrera, jadeante, preocupada, con las manos y los brazos llenos, y respondía: «Ahora mismito acabo de poner estas cosas a buen recaudo, y después haremos lo que hacen los demás». Don Abbondio quería retenerla y discutir con ella las diferentes opciones; pero ella, entre el trajín y las prisas, y el susto que también tenía en el cuerpo, y la rabia que le daba el de su amo, estaba, en tal coyuntura, menos tratable que nunca.

—Se las ingenian los demás; nos las ingeniaremos nosotros. Disculpe vuestra merced, pero solo sirve para estorbar. ¿Cree que los otros no tienen también una piel que salvar? ¿Que los soldados vienen a guerrear con vuestra merced? Podría también echarme una mano, en estos momentos, en vez de metérseme entre los pies a llorar y a molestar.

Con estas y parecidas respuestas se zafaba de él, habiendo ya decidido, una vez acabada lo mejor posible aquella tumultuaria operación, agarrarlo del brazo como a un muchacho y arrastrarlo montaña arriba. Dejado solo, se asomaba a la ventana, miraba, aguzaba el oído; y al ver pasar a alguien gritaba con una voz entre el llanto y el reproche:

—¡Haced la caridad a vuestro pobre cura de buscarle un caballo, una mula, un asno! ¿Es posible que nadie quiera ayudarme? ¡Oh, qué gente! Esperadme al menos, que pueda ir también yo con vosotros; esperad a ser quince o veinte, para ir juntos, que no me quede abandonado. ¿Queréis dejarme en manos de esos perros? ¿No sabéis que la mayoría son luteranos y que matar a un sacerdote lo tienen por obra meritoria? ¿Queréis dejarme aquí a recibir el martirio? ¡Oh, qué gente! ¡Oh, qué gente!

Pero ¿a quién decía estas cosas? A hombres que pasaban encorvados bajo el peso de sus pobres cosas, pensando en las que dejaban en casa, empujando a sus vaquillas, trayendo detrás a sus hijos, también cargados todo lo que podían, y a sus mujeres, que llevaban en brazos a los que no podían andar. Algunos pasaban de largo, sin responder ni mirar hacia arriba; alguno decía:

—¡Ay, señor!, compóngase vuesa merced como pueda; feliz vuesa merced que no tiene que pensar en la familia; arrégleselas, ingénieselas.

—¡Ay, pobre de mí! —exclamaba don Abbondio—. ¡Oh, qué gente! ¡Qué corazones! No hay caridad: cada uno piensa en sí, y en mí nadie quiere pensar.

Y volvía en busca de Perpetua.

—¡Oh, cabalmente! —le dijo esta—, ¿y el dinero?

—¿Cómo haremos?

—Démelo a mí, que iré a enterrarlo aquí en el huerto, con los cubiertos.

—Pero...

—Pero, pero... démelo; guarde unos sueldos, por lo que pueda pasar; y déjeme a mí.

Don Abbondio obedeció, fue al cofre, sacó su pequeño tesoro y se lo entregó a Perpetua, que dijo:

—Voy a enterrarlo en el huerto, al pie de la higuera. —Y se marchó.

Reapareció poco después, con un cesto donde llevaba vituallas y con un pequeño cuévano vacío; se puso a toda prisa a colocar en el fondo un poco de ropa blanca suya y del amo, diciendo mientras tanto:

—El breviario, por lo menos, lo llevará vuestra merced.

—Pero ¿adónde vamos?

—¿Adónde van todos los demás? Ante todo iremos a la calle; y allí oiremos y veremos lo que conviene hacer.

En ese momento entró Agnese, con un cuevanillo a la espalda, y con aire del que va a hacer una propuesta importante.

Agnese, resuelta también a no esperar huéspedes de aquella clase, sola en su casa, como estaba, y todavía con un poco del oro del Innominado, había estado algún tiempo dudosa sobre el lugar donde retirarse. Y precisamente el resto de aquellos escudos, que en los meses del hambre le habían aprovechado tanto, era la causa principal de su angustia y de la irresolución, por haber oído que, en los pueblos ya invadidos, los que tenían dinero se habían encontrado en más terribles condiciones, expuestos al tiempo a la violencia de los extranjeros y a las insidias de los campesinos. Era cierto que de aquel bien llovido del cielo, como suele decirse, no había dicho palabra a nadie, salvo a don Abbondio, a quien acudía de vez en cuando para cambiar un escudo, dejándole siempre algo para dárselo a alguien más pobre que ella. Pero el dinero escondido, en especial para quien no está acostumbrado a manejar mucho, tiene a su poseedor en sospecha continua de la sospecha ajena. Ahora bien, mientras estaba ocultando aquí y allá también ella lo mejor posible lo que no podía llevar consigo, y pensaba en los escudos, que llevaba cosidos en la cotilla, recordó que, con ellos, el Innominado le había mandado los más grandes ofrecimientos de servicios; recordó las cosas que había oído contar de su castillo, situado en lugar tan seguro, y donde, sin permiso de su dueño, no podían llegar más que los pájaros; y decidió ir allí a pedir asilo. Pensó en cómo podría darse a conocer al caballero, y al punto se le pasó por la cabeza don Abbondio, el cual, tras aquella conversación con el arzobispo, la había agasajado mucho, y tanto más de corazón cuanto que podía hacerlo sin

comprometerse con nadie, pues, estando lejos los dos jóvenes, también estaba lejos el caso de que se le hiciera una petición que hubiera puesto a prueba aquella benevolencia. Supuso que, en tal batahola, el pobre hombre debía de estar aún más apurado y aturdido que ella, y que el partido podía parecerle también excelente; y había ido a proponérselo. Al encontrarlo con Perpetua, hizo su propuesta a los dos.

—¿Qué decís, Perpetua? —preguntó don Abbondio.

—Digo que es una inspiración del cielo, y que no hay que perder tiempo, sino ponerse en camino.

—Y después...

—Y después, y después, cuando estemos allí, estaremos muy satisfechos. Ese caballero, ahora ya se sabe que no quiere sino hacer favores al prójimo; y también él estará muy satisfecho de albergarnos. Allá, junto a la frontera, y tan en alto, los soldados no llegarán. Y además, y además, encontraremos también qué comer, porque, en los montes, concluida esta poca bendición de Dios —y diciendo esto la acomodaba en el cuévano, sobre la ropa blanca—, nos habríamos hallado en un mal trance.

—¿Convertido, está convertido de veras, no?

—¿Hay que dudarle aún, después de todo lo que se sabe, después de lo que también vuestra merced ha visto?

—¿Y si fuéramos a meternos en una ratonera?

—¡Qué ratonera! Con tantas vueltas como da vuestra merced, discúlpeme, pero nunca llegaríamos a una conclusión. ¡Muy bien, Agnese!, habéis tenido una buena idea.

Y, poniendo el cuévano en una mesita, pasó los brazos por las correas y se lo echó a la espalda.

—¿No se podría —dijo don Abbondio— encontrar algún hombre que viniera con nosotros, para escoltar a su cura? Si nos topásemos con algún bribón, que por desgracia andan muchos por ahí, ¿de qué ayuda me ibais a servir?

—¡Otra más, para perder tiempo! —exclamó Perpetua—. Buscar ahora a un hombre, cuando cada uno tiene que pensar en lo suyo. ¡Ánimo!, vaya a coger el breviario y el sombrero, y vámonos.

Don Abbondio se fue; regresó al instante, con el breviario bajo el brazo, con el sombrero en la cabeza y con su bastón en la mano; y salieron los tres por una puertecita que daba a la plazuela. Perpetua cerró, más por no descuidar una formalidad que porque tuviera confianza en aquella cerradura y

aquellas hojas, y se metió la llave en el bolsillo. Don Abbondio echó, al pasar, una ojeada a la iglesia, y dijo entre dientes:

—Al pueblo le toca custodiarla, pues para él es. Si sienten amor por su iglesia, se ocuparán de ella; si no lo sienten, allá ellos.

Cogieron por los campos, callandito, pensando cada uno en sus cosas y mirando alrededor, especialmente don Abbondio, por si aparecía alguna figura sospechosa, algo extraordinario. No encontraban a nadie: la gente o estaba en las casas guardándolas, haciendo paquetes, escondiendo cosas, o por los caminos que llevaban directamente a las alturas.

Tras haber suspirado y vuelto a suspirar, y dejando luego escapar alguna interjección, don Abbondio empezó a rezongar más seguido. La tomaba con el duque de Nevers, que habría podido quedarse en Francia disfrutando de la vida, como un príncipe, y quería ser duque de Mantua a pesar del mundo; con el emperador, que habría debido tener juicio por los demás, dejar correr las aguas y no andarse con tantos puntillos; porque, a fin de cuentas, él sería siempre el emperador, fuese duque de Mantua Fulano o Mengano. La tomaba principalmente con el gobernador, que habría tenido que hacer de todo para alejar del país semejantes azotes, y era él quien los atraía; y todo por el gusto de hacer la guerra.

—Deberían estar aquí esos señores —decía—, para ver, para probar, el gusto que da. ¡Buenas cuentas tienen que rendir! Pero, mientras tanto, lo pagan los que no tienen la culpa.

—Deje en paz un rato a esa gente, que no son los que van a venir a ayudarnos —decía Perpetua—. Esas, y disculpe vuestra merced, son sus consabidas charlas que no llevan a nada. Más bien, lo que me fastidia...

—¿Qué es?

Perpetua, la cual, en aquel trecho de camino, había pensado tranquilamente en la ocultación hecha tan deprisa, comenzó a quejarse de haber olvidado tal cosa, de haber guardado mal tal otra; aquí, de haber dejado un rastro que podía guiar a los ladrones, allí...

—¡Muy bien! —dijo don Abbondio, ya lo bastante seguro de su vida para poder angustiarse por su hacienda—: ¡Muy bien! ¿Eso habéis hecho? ¿Dónde teníais la cabeza?

—¿Cómo? —exclamó Perpetua, deteniéndose un momento de sopetón y con los dos puños en jarras, en la medida en que el cuévano se lo permitía—. ¿Cómo? ¡Ahora me vendrá con reproches, cuando era vuestra merced quien hacía que se me fuera la cabeza, en vez de ayudarme y darme ánimos! He pensado quizá más en las cosas de casa que en las mías; no he tenido quien

me echase una mano; he debido hacer de Marta y de Magdalena; si algo sale mal, no sé qué decir; he hecho más de mi deber.

Agnese interrumpía estas disputas, entrando también ella a hablar de sus penas; y no se lamentaba tanto de las incomodidades y de los daños, como de ver desvanecida la esperanza de volver a abrazar pronto a su Lucia; pues, si lo recordáis, precisamente habían contado con verse ese otoño; no era de suponer que doña Prassede quisiera ir a veranear por aquellas partes, en tales circunstancias; más bien se habría marchado, de haberse encontrado allí, como hacían todos los demás veraneantes.

La vista de aquellos lugares hacía aún más vivos los pensamientos de Agnese, y más punzante su disgusto. Saliendo de los senderos, habían cogido el camino público, el mismo por el que la pobre mujer había ido llevando, por tan poco tiempo, a su hija a casa, tras haber permanecido con ella en casa del sastre. Y ya se veía el pueblo.

—Podríamos ir a saludar a esa buena gente —propuso Agnese.

—Y también a descansar un poquito; pues ya empiezo a estar harta de este cuévano; y además a tomar un bocado —dijo Perpetua.

—A condición de no perder tiempo; que no estamos de viaje por diversión —concluyó don Abbondio.

Fueron recibidos con los brazos abiertos y vistos con gran placer: recordaban una buena acción. Haced el bien a cuantos más podáis, dice aquí nuestro autor, y os ocurrirá a menudo encontrar rostros que os causen alegría.

Agnese, al abrazar a la buena mujer, prorrumpió en un copioso llanto que le fue de gran alivio; y respondía con sollozos a las preguntas que ella y su marido le hacían sobre Lucia.

—Está mejor que nosotros —dijo don Abbondio—; está en Milán, fuera de peligro, alejada de estas diabluras.

—Escapan, ¿eh?, el señor cura y la compañía —dijo el sastre.

—Cierto —respondieron al unísono amo y criada.

—Los compadezco.

—Nos dirigimos —dijo don Abbondio— al castillo de ***.

—Bien pensado; tan seguros como en la iglesia.

—Y aquí, ¿no tienen miedo? —dijo don Abbondio.

—Le diré, señor cura: propiamente en aposentamiento^[58], como vuestra merced sabe que se dice, hablando bien, aquí no deberían venir; estamos demasiado fuera de su camino, gracias al cielo. A lo sumo, a lo sumo, alguna escapada, Dios no lo quiera; pero en cualquier caso hay tiempo; se oirán primero otras noticias de los pobres pueblos donde tienen que pararse.

Decidieron quedarse allí un rato para recobrar el resuello; y como era la hora del almuerzo, el sastre dijo:

—Señores, deben honrar mi pobre mesa; sin cumplidos; se lo ofrezco de corazón.

Perpetua dijo que traía consigo algo para romper el ayuno. Tras unas pocas ceremonias por una y otra parte, llegaron al acuerdo de juntar las comidas y de almorzar en compañía.

Los chiquillos se habían puesto con grandes fiestas en torno a Agnese, su vieja amiga. Presto, presto; el sastre ordenó a una niña (la que había llevado aquellos bocados a Maria la viuda; ¡quién sabe si os acordáis ya!) que fuese a buscar unas castañas tempranas que estaban en un rincón y las pusiera a asar.

—Y tú —dijo a un muchacho—, vete al huerto a dar una sacudida al melocotonero, para que caigan unos cuantos, y tráelos aquí: todos, ¿eh? Y tú —dijo a otro—, súbete a la higuera, a coger algunos de los más maduros. Conocéis hasta demasiado el oficio.

Él fue a sacar vino de un barrilito; su mujer, a buscar alguna ropa de mesa. Perpetua sacó las provisiones; pusieron la mesa: una servilleta y un plato de loza en el lugar de honor, para don Abbondio, con unos cubiertos que Perpetua tenía en el cuévano. Se sentaron a la mesa y almorzaron, si no con gran alegría, al menos con mucha más de la que ninguno de los comensales había esperado tener ese día.

—¿Qué me dice, señor cura, de un desbarajuste de esta clase? —dijo el sastre—. Me parece estar leyendo la historia de los moros en Francia.

—¿Qué voy a decir? ¡También tenía que caerme encima esto!

—Sin embargo, han elegido un buen refugio —prosiguió el otro—. ¿Quién diablos va a ir allá arriba por la fuerza? Y encontrarán compañía, pues ya se ha oído que se ha refugiado allí mucha gente y que sigue llegando.

—Quiero esperar —dijo don Abbondio— que seremos bien acogidos. Conozco a ese excelente señor; y, cuando tuve otra vez el honor de encontrarme con él, ¡fue muy cortés!

—Y a mí —dijo Agnese— me mandó decir por su ilustrísima que, cuando necesitara algo, bastaba con que fuera a verlo.

—¡Qué hermosa y gran conversión! —prosiguió don Abbondio—. Y se mantiene, ¿verdad? ¿Se mantiene?

El sastre se puso a hablar por extenso de la santa vida del Innominado, y de cómo, tras ser el azote de los contornos, se había convertido en su ejemplo y su bienhechor.

—¿Y aquella gente que tenía consigo?, ¿toda aquella servidumbre? —prosiguió don Abbondio, el cual más de una vez había oído decir algo, pero nunca se tranquilizaba lo bastante.

—Expulsados la mayoría —prosiguió el sastre—, y los que se han quedado han mudado de costumbres, ¡y cómo! En resumen, el castillo se ha convertido en una Tebaida; sabe vuestra merced lo que es eso.

Empezó después a hablar con Agnese de la visita del cardenal.

—¡Gran hombre! —decía—, ¡gran hombre! Lástima que haya pasado por aquí tan deprisa, y que ni siquiera pude honrarle como es debido. Cuánto me gustaría poder hablar con él otra vez, con un poco más de calma.

Levantados de la mesa, les hizo observar un grabado que representaba al cardenal que tenía pegado en una hoja de la puerta, por veneración al personaje y también para poder decir a cualquiera que llegase que no se le parecía; ya que él había podido examinar de cerca y tranquilamente al cardenal en persona, en aquella misma estancia.

—¿Han querido hacerlo a él, con esta cosa de aquí? —dijo Agnese—. En el vestido se le parece, pero...

—¿Verdad que no se le parece? —dijo el sastre—, también yo lo digo siempre; a nosotros no nos engañan, ¿eh?, pero, aunque no sea más, debajo está su nombre: es un recuerdo.

Don Abbondio metía prisa; el sastre se empeñó en encontrar un carro que los llevase hasta el pie de la cuesta; se fue al punto en su busca, y poco después regresó a decir que llegaba. Se volvió después a don Abbondio y le dijo:

—Señor cura, si acaso vuestra merced desea llevarse allá algún libro, para pasar el tiempo, humildemente puedo servirle; que también yo me divierto un poco leyendo. Cosas no para vuestra merced, libros en vulgar; pero...

—Gracias, gracias —respondió don Abbondio—; en estas circunstancias apenas tiene uno la cabeza para ocuparse de lo que es de precepto.

Mientras se dan y se rehúsan las gracias y se truecan saludos y buenos augurios, invitaciones y promesas de otra parada al regreso, el carro ha llegado ante la puerta de la calle. Meten los cuévanos, suben e inician, con algo más de comodidad y de tranquilidad de ánimo, la segunda mitad del viaje.

El sastre había dicho la verdad a don Abbondio sobre el Innominado. Este, desde el día en que lo dejamos, había continuado siempre haciendo lo que entonces se había propuesto: resarcir daños, pedir paz, socorrer a los pobres, siempre el bien, en suma, según la ocasión. Aquel valor que antaño

había demostrado al ofender o al defenderse ahora lo demostraba al no hacer una cosa ni otra. Iba siempre solo y sin armas, dispuesto a todo lo que le pudiera ocurrir después de tantas violencias cometidas, y convencido de que sería cometer una nueva el usar la fuerza en defensa de quien era deudor de tanto y a tantos; convencido de que, cualquier mal que se le hiciese, sería una injuria para Dios, pero para él sería una justa retribución; y que la injuria él no tenía derecho, menos que nadie, a castigarla. Con todo, seguía siendo no menos inviolable que cuando tenía armados, por su seguridad, tantos brazos y el suyo propio. El recuerdo de la antigua ferocidad, y la vista de la mansedumbre presente, la una que debía de haber dejado tantos deseos de venganza, la otra que la hacía tanto más fácil, conspiraban en cambio a procurar y mantenerle una admiración que le servía de principal salvaguardia. Era aquel hombre al que nadie había podido humillar y que se había humillado por sí solo. Los rencores, irritados otras veces por su desprecio y por el miedo de los otros, se disipaban ahora ante aquella nueva humildad; los ofendidos habían obtenido, contra toda esperanza y sin peligro, una satisfacción que no habrían podido prometerse de la más afortunada venganza, la satisfacción de ver a un hombre tal arrepentido de sus yerros, y partícipe, por así decirlo, de la indignación de ellos. Muchos, cuyo disgusto más amargo e intenso había sido, durante muchos años, no ver la probabilidad de encontrarse en ningún caso más fuertes que él, para cobrarse algún gran agravio, al encontrarlo después solo, desarmado y en ademán de no ofrecer resistencia, no habían sentido otro impulso que hacerle demostraciones de honor. En aquel rebajamiento voluntario, su presencia y su porte habían adquirido, sin saberlo él, un no sé qué de más alto y más noble; pues se veía en ellos, aún más que antes, la indiferencia ante todo peligro. Los odios, incluso los más cerriles y rabiosos, se sentían como atacados y sometidos por la veneración pública por el hombre penitente y benéfico. Esta era tal que a menudo el hombre se hallaba en apuros para esquivar las demostraciones que se le hacían y tenía que andar con cuidado de no dejar traslucir demasiado en su rostro y sus actos el sentimiento interno de compunción, de no rebajarse demasiado, para no ser demasiado ensalzado. En la iglesia había elegido el último lugar, y no había peligro de que nadie se lo quitase; habría sido como usurpar un puesto de honor. Además, ofender a aquel hombre, incluso tratarlo con poca consideración, podía parecer no tanto insolencia y cobardía como sacrilegio; y los mismos a quienes este sentimiento de los demás podía servir de contención participaban también de él, más o menos.

Estas mismas y otras razones alejaban de él la venganza de la fuerza pública, y le procuraban, también por este lado, la seguridad de la cual no se cuidaba. La clase y la parentela, que en todo momento le habían servido de cierta defensa, le valían mucho más ahora, cuando al nombre ilustre y antaño infame se sumaba la alabanza de una conducta ejemplar, la gloria de la conversión. Los magistrados y los grandes se habían alegrado públicamente con ella, como el pueblo; y habría parecido extraño ensañarse con quien había sido objeto de tantas congratulaciones. Amén de eso, un poder ocupado en una guerra perpetua, y a menudo desgraciada, contra rebeliones vivas y renacientes, podía hallarse más que satisfecho de haberse librado de la más indomable y molesta, y no pretender otra cosa; tanto más cuanto que aquella conversión producía reparaciones que no estaba acostumbrado a obtener, y ni siquiera a exigir. Atormentar a un santo no parecía un buen medio para borrar la vergüenza de no haber sabido tener a raya a un facineroso; y el ejemplo que se habría dado al castigarlo no habría podido tener otro efecto que desviar a sus semejantes de convertirse en inofensivos. Probablemente, también el papel que el cardenal Federigo había tenido en la conversión, y su nombre asociado con el del convertido, servían a este de sagrado escudo. Y en aquel estado de cosas y de ideas, en aquellas singulares relaciones entre la autoridad espiritual y el poder civil, que tan a menudo estaban enfrentados, aunque sin aspirar nunca a destruirse, más aún, mezclando siempre con las hostilidades actos de reconocimiento y protestas de deferencia, y que, también a menudo, caminaban unidos a un fin común, sin hacer jamás las paces, pudo parecer, en cierta manera, que la reconciliación de la primera entrañaba el olvido, si no la absolución del segundo, cuando solo aquella había trabajado para producir un efecto deseado por ambos.

Así, aquel hombre, sobre el cual, si hubiera caído, habrían corrido a porfía grandes y pequeños a pisotearlo, al echarse voluntariamente a tierra era respetado por todos y reverenciado por muchos.

Es cierto que también había muchos a quienes aquella completa mudanza no debió de causar gran placer: muchos ejecutores asalariados de delitos, muchos compañeros de crímenes, que perdían una gran fuerza con la que estaban habituados a contar, que incluso encontraban de repente rotos los hilos de tramas urdidas hacía tiempo, acaso en el momento que esperaban la noticia de su ejecución. Pero ya hemos visto los diversos sentimientos que aquella conversión engendró en los sicarios que se encontraban entonces con él y que la oyeron anunciar de sus labios: estupor, dolor, abatimiento, ira; un poco de todo, salvo desprecio u odio. Lo mismo ocurrió con los otros que

tenía diseminados en diversos sitios, lo mismo con los cómplices de alto copete, cuando se enteraron de la terrible noticia, y todos por las mismas razones. Mucho odio, como encuentro en el pasaje, antes citado, de Ripamonti, recayó más bien sobre el cardenal Federigo. Miraban a este como alguien que se había mezclado en sus asuntos, para estropearlos; el Innominado había querido salvar su alma; nadie tenía motivos para quejarse de ello.

Poco a poco, además, la mayoría de los sicarios de la casa, no pudiendo acomodarse a la nueva disciplina, ni viendo probabilidad de que hubiera de mudarse, se habían marchado. Unos buscarían otro amo, y quizá también entre los viejos amigos del que dejaban; otros se alistarían en algún tercio, como decían entonces, de España o de Mantua, o de alguna otra parte beligerante; otros se echarían al camino, para hacer la guerra por menor y por su cuenta; otros se contentarían con ir briboneando en libertad. Y otro tanto habrán hecho los demás que antes estaban a sus órdenes, en diversas tierras. Entre los que habían podido habituarse al nuevo tenor de vida, o que lo habían abrazado de buen grado, la mayoría, naturales del valle, habían regresado al campo, o a los oficios aprendidos en temprana edad y luego abandonados; los forasteros se habían quedado en el castillo, como servidores; unos y otros, como bendecidos al mismo tiempo que su amo, vivían a la par que este, sin hacer ni recibir agravios, inermes y respetados.

Pero cuando, al caer las bandas alemanas, algunos fugitivos de los pueblos invadidos o amenazados llegaron al castillo pidiendo asilo, el Innominado, muy satisfecho de que sus muros fueran buscados como refugio por los débiles, que durante tanto tiempo los habían mirado desde lejos como un enorme espantajo, acogió a los desbandados con expresiones más de agradecimiento que de cortesía; hizo correr la voz de que su casa estaría abierta a quien quisiera refugiarse en ella, y pensó al punto en poner en estado de defensa no solo esta, sino también el valle, por si lansquenets o sombrerets quisieran probar a ir a hacer de las suyas. Reunió a los servidores que le habían quedado, pocos y valiosos, como los versos de Torti, les hizo una plática sobre la buena ocasión que Dios les daba, a ellos y a él, de aplicarse una vez a ayudar al prójimo, a quien tanto habían oprimido y asustado; y con su natural tono de mando, que expresaba la certeza de la obediencia, les anunció en general lo que pretendía que hiciesen, y sobre todo les prescribió cómo debían comportarse, para que la gente que acudía a refugiarse allá arriba no viese en ellos sino amigos y defensores. Mandó después bajar de un desván las armas blancas y de fuego, las picas, que hacía

tiempo estaban amontonadas allí, y se las distribuyó; mandó decir a sus campesinos y arrendatarios del valle que quien estuviera dispuesto subiera con armas al castillo; a quien no tenía, se las dio; eligió a algunos para hacer de oficiales, y tener a otros bajo su mando; asignó los puestos en las entradas y en otros lugares del valle, en la cuesta, en las puertas del castillo; estableció las horas y los modos de hacer el relevo, como en un campamento, o como antes se solía hacer en el mismo castillo, en los tiempos de su vida depravada.

En un rincón del desván estaban apartadas las armas que solo él había llevado: su famosa carabina, mosquetes, espadas, espadones, pistolas, cuchillos, puñales, en el suelo o apoyadas en la pared. Ninguno de los servidores las tocó; pero acordaron preguntar a su amo cuáles quería que le llevaran. «Ninguna», respondió; y fuese por voto, fuese por propósito, permaneció siempre desarmado, a la cabeza de aquella especie de guarnición.

Al mismo tiempo, había puesto en movimiento a otros hombres y mujeres del servicio, o subordinados suyos, para preparar en el castillo alojamiento para el mayor número posible de personas, hacer camas, disponer jergones y colchones en las estancias, en las salas, que se convertían en dormitorios. Y había dado orden de que trajeran provisiones abundantes, para mantener a los huéspedes que Dios le enviara, y que en efecto iban aumentando día tras día. Él, entretanto, jamás estaba quieto; dentro y fuera del castillo, bajando y subiendo la cuesta, vagando por el valle, para establecer, reforzar, visitar los puestos, ver y dejarse ver, poner y mantener en regla, con sus palabras, con sus ojos, con su presencia. En el castillo, por el camino, acogía a cuantos llegaban; y todos, tanto los que lo habían ya visto como los que lo veían por primera vez, lo contemplaban extáticos, olvidando por un momento las penalidades y los temores que los habían empujado hasta allí; y se volvían de nuevo a mirarlo cuando, apartándose de ellos, seguía su camino.

XXX

Aun cuando la mayor concurrencia no venía del lado por el cual nuestros tres fugitivos se acercaban al valle, sino de la embocadura opuesta, a pesar de ello comenzaron a encontrar compañeros de viaje y de desgracia, que por atajos y sendas habían desembocado o desembocaban en el camino. En semejantes circunstancias, todos los que se encuentran es como si se conocieran. Cada vez que el carro alcanzaba a algún caminante, se intercambiaban preguntas y respuestas. Unos habían escapado, como los nuestros, sin esperar la llegada de los soldados; otros habían oído los tambores o las trompetas; otros los habían visto y los pintaban como los atemorizados suelen pintar.

—Aún somos afortunados —decían las dos mujeres—, demos gracias al cielo. Piérdase la hacienda, que al menos estamos a salvo.

Pero don Abbondio no juzgaba que hubiera tanto de que alegrarse; más aún, aquella concurrencia, y la todavía mayor que decían que había por el otro lado, empezaba a despertar sus sospechas.

—¡Ay, qué historia! —rezongaba con las mujeres, en un momento en que no había nadie alrededor—, ¡ay, qué historia! ¿No comprendéis que congregarse tanta gente en un lugar es lo mismo que atraer a él a los soldados, a la fuerza? Todos esconden, todos se llevan cosas; en las casas no queda nada; creerán que allá arriba hay tesoros. Vienen seguro; seguro que vienen. ¡Oh, pobre de mí! ¿En qué me he embarcado?

—¡Oh! Tienen otra cosa que hacer que subir allá —decía Perpetua—; también ellos deben seguir su camino. Y, además, siempre he oído decir que, en los peligros, es mejor ser muchos.

—¿Muchos?, ¿muchos? —replicaba don Abbondio—. ¡Pobre mujer! ¿No sabéis que cada lansquenete se come a cien de estos? Y además, si se les ocurriese hacer locuras, menudo gusto, ¿eh?, encontrarse en medio de una batalla. ¡Ay, pobre de mí! Era mal menor subir a los montes. ¡Y que todos se empeñen en meterse en un sitio...! ¡Importunos! —rezongaba después, en voz más baja—. Todos aquí: venga, venga, venga: unos tras otros, como borregos.

—Según eso —dijo Agnese—, también ellos podrían decir lo mismo de nosotros.

—Sosegaos un poco —dijo don Abbondio—, que ya las charlas de nada sirven. Lo hecho hecho está; aquí estamos, habrá que quedarse. Será lo que la Providencia quiera; el cielo nos la depare buena.

Pero fue mucho peor cuando, a la entrada del valle, vio un buen puesto de armados, en parte a la puerta de una casa, en parte en las habitaciones de la planta baja: parecía un cuartel. Los miró con el rabillo del ojo: no eran las caras que le había tocado ver en su otra dolorosa expedición, o, si había alguna de ellas, estaban muy cambiadas; mas con todo no puede decirse el fastidio que le infundió aquella vista. «¡Oh, pobre de mí! —pensaba—, claro que hacen locuras. No podía ser de otro modo; habría tenido que esperármelo de un hombre de esta casta. Pero ¿qué quiere hacer?, ¿quiere hacer la guerra?, ¿quiere hacerse el rey, él? ¡Ay, pobre de mí! En circunstancias en que uno querría esconderse bajo tierra, este busca todos los medios de llamar la atención, de destacarse; ¡parece como si los quisiera incitar!».

—Ya ve vuestra merced, señor amo —le dijo Perpetua—, si hay aquí buena gente, que sabrá defendernos. Que vengan ahora los soldados: aquí no son como los nuestros, despavoridos, que solo valen para echar a correr.

—¡Callaos! —respondió, en voz baja pero iracunda, don Abbondio—, ¡callaos!, que no sabéis lo que decís. Rogad al cielo que los soldados tengan prisa, o que no lleguen a saber lo que se hace aquí, y que se pone este lugar en regla como una fortaleza. ¿No sabéis que los soldados es su oficio tomar fortalezas?^[59] No buscan otra cosa; para ellos, el dar un asalto es como ir de boda; porque todo lo que encuentran es para ellos, y pasan a cuchillo a la gente. ¡Ay, pobre de mí! Basta, ya veré si hay modo de ponerse en salvo peñas arriba. En una batalla no me cogen; ¡oh!, en una batalla no me cogen.

—Si también tiene miedo de que lo defiendan y lo ayuden... —recomenzaba Perpetua; pero don Abbondio la interrumpió ásperamente, aunque siempre en voz baja:

—¡Callaos! Y tened buen cuidado de no repetir esta conversación. Recordad que aquí hay que poner siempre cara risueña y aprobar todo lo que se ve.

En la Malanoche encontraron otro piquete de armados, a quienes don Abbondio saludó con un gran sombrero, diciendo entretanto para sí: «¡Ay de mí, ay de mí! ¡He venido a meterme en un campamento!».

Allí se detuvo el carro; bajaron; don Abbondio pagó a toda prisa y despidió al conductor; y echó a andar con sus dos acompañantes por la cuesta, sin decir palabra. La

visión de aquellos lugares iba despertando en su fantasía, y mezclándolo con las angustias presentes, el recuerdo de las que había sufrido la primera vez. Y Agnese, que jamás había visto aquellos lugares y había trazado en su mente una pintura fantástica que se le presentaba cada vez que pensaba en el espantoso viaje de Lucia, al verlos ahora como de verdad eran, experimentaba como un nuevo y más vivo sentimiento de aquellas crueles memorias.

—¡Ay, señor! —exclamó—, ¡pensar que mi pobre Lucia ha pasado por este camino!

—¿Queréis callaros? ¡Qué mujer sin seso! —le gritó al oído don Abbondio—. ¿Es lugar este para hablar así? ¿No sabéis que estamos en su casa? Por suerte nadie os oye ahora; mas si habláis de esa manera...

—¡Oh! —dijo Agnese—, ¡ahora que es santo...!

—Estaos callada —le replicó don Abbondio—. ¿O es que creéis que a los santos se les puede decir, sin consideración, todo lo que se nos pasa por la cabeza? Pensad más bien en agradecerle el bien que os ha hecho.

—¡Oh!, si es por eso, ya lo había pensado. ¿Cree vuestra merced que no tengo un poquito de crianza?

—La crianza es no decir cosas que puedan desagradar, en especial a quien no está acostumbrado a oírlas. Y convenceos bien las dos de que este no es sitio para andar con chismorreos, y para decir todo lo que se os pueda pasar por la cabeza. Es la casa de un gran señor, ya lo sabéis; veis qué compañía hay a su alrededor: viene gente de todas partes; conque juicio, si podéis: pensad las palabras y, sobre todo, decid pocas y solo cuando sea necesario; que en boca cerrada no entran moscas.

—Pues peor es vuestra merced con todas esas suyas... —proseguía Perpetua.

—¡Callad! —gritó quedo sin embargo, don Abbondio, y al tiempo se quitó el sombrero a toda prisa e hizo una profunda reverencia, pues, mirando hacia arriba, había visto al Innominado bajar hacia ellos.

También este había visto y reconocido a don Abbondio; y apretaba el paso para ir a su encuentro.

—Señor cura —dijo, cuando estuvo cerca—, habría querido ofrecerle mi casa en mejor ocasión; mas, de todos modos, estoy muy satisfecho de poderle ser útil en alguna cosa.

—Confiado en la gran bondad de usía ilustrísima —respondió don Abbondio—, me he tomado la libertad de venir, en estas tristes circunstancias, a molestarle; y, como ve usía ilustrísima, me he atrevido también a traer compañía. Esta es mi ama...

—Bienvenida —dijo el Innominado.

—Y esta —continuó don Abbondio— es una mujer a la que usía ya ha hecho mucho bien: la madre de aquella... de aquella...

—De Lucia —dijo Agnese.

—¡De Lucia! —exclamó el Innominado, volviéndose, con la cabeza gacha, a Agnese—. ¿Mucho bien, yo? ¡Dios del cielo! Vos, vos me hacéis el bien, al venir aquí..., conmigo..., en esta casa. Seáis bienvenida. Vos nos traéis una bendición.

—¡Oh, nada de eso! —dijo Agnese—, vengo a molestarle. Más aún —continuó, acercándosele al oído—, también tengo que darle las gracias...

El Innominado trunció aquellas palabras, pidiendo presurosamente noticias de Lucia; una vez sabidas, se dio la vuelta para acompañar al castillo a los nuevos huéspedes, lo cual hizo, a pesar de su ceremoniosa resistencia. Agnese echó al cura una ojeada que quería decir: «Ya ve que no necesito que vuestra merced se entrometa entre nosotros dos a dar consejos».

—¿Han llegado a su parroquia? —le preguntó el Innominado.

—No, señor, que no he querido esperar a esos diablos —respondió don Abbondio—. El cielo sabe si habría podido salir con vida de sus manos y venir a molestar a usía ilustrísima.

—Bueno, anímese —prosiguió el Innominado—, que ahora está en seguridad. Aquí no vendrán; y, si lo intentan, estamos preparados para recibirlos.

—Esperemos que no vengan —dijo don Abbondio—. Y he oído —añadió, señalando con el dedo los montes que cerraban el valle por enfrente—, he oído que, también por esa parte, vaga otra tropa de gente, pero... pero...

—Es cierto —respondió el Innominado—, pero no tema vuestra merced, que estamos preparados también para ellos.

«Entre dos fuegos —decía para sí don Abbondio—, propiamente entre dos fuegos. ¿Dónde me he dejado arrastrar?, ¡y por dos cotorras! ¡Y este parece disfrutar aquí dentro! ¡Ay, qué gente hay en este mundo!».

Entrados en el castillo, el caballero mandó llevar a Agnese y a Perpetua a una estancia del sector asignado a las mujeres, que ocupaba tres lados del segundo patio, en la parte posterior del edificio situada sobre un peñasco saliente y aislado, dominando un precipicio. Los hombres se alojaban en los lados del otro patio, a derecha e izquierda, y en el que daba a la explanada. El cuerpo del medio, que separaba los dos patios y daba paso de uno a otro por un vasto zaguán frontero a la puerta principal, estaba en parte ocupado por las

provisiones, y en parte debía servir de depósito para los efectos que los refugiados desearan poner a salvo allá arriba. En el sector de los hombres, había algunos cuartos destinados a los eclesiásticos que pudieran llegar. El Innominado en persona acompañó allí a don Abbondio, que fue el primero en tomar posesión.

Veintitrés o veinticuatro días permanecieron nuestros fugitivos en el castillo, entre un movimiento continuo, en numerosa compañía, que en los primeros días fue siempre en aumento; pero sin que ocurriera nada extraordinario. Quizá no pasó día en que no se diese la alarma. Llegan lansquenets por allí; se han visto sombrerets por allá. A cada aviso, el Innominado enviaba a hombres a explorar; y, si era preciso, tomaba consigo la gente que tenía siempre preparada para eso, e iba con ella fuera del valle, por la parte donde habían señalado el peligro. Y era cosa singular ver una formación de hombres armados hasta los dientes, y alineados como una tropa, conducidos por un hombre sin armas. Las más de las veces no eran sino forrajeadores y saqueadores desbandados, que se marchaban antes de ser sorprendidos. Pero una vez, mientras expulsaba a algunos de estos, para enseñarles a no volver más por aquellas partes, el Innominado recibió el aviso de que una aldehuela vecina estaba siendo invadida y saqueada. Eran lansquenets de varios cuerpos, que, rezagados para robar, se habían reunido e iban a echarse de improviso sobre las tierras vecinas donde se alojaba el ejército; expoliaban a los habitantes y se las hacían de todos los colores. El Innominado hizo un breve discurso a sus hombres y los condujo a la aldehuela.

Llegaron de improviso. Los rufianes que habían creído ir solo de botín, al verse caer encima gente formada y dispuesta a combatir, dejaron el saqueo a medias y se marcharon a toda prisa, sin esperarse unos a otros, por la parte por donde habían venido. El Innominado los persiguió un trecho de camino; después, mandando hacer alto, estuvo esperando algún tiempo, por si se veía alguna novedad; y, finalmente, regresó. Al pasar por la aldehuela salvada, imposible decir los aplausos y bendiciones que acompañaron al pelotón liberador y a su caudillo.

En el castillo, entre aquella multitud, constituida al azar, por personas distintas en condición, costumbres, sexo y edad, nunca nació ningún desorden de importancia. El Innominado había puesto guardias en diversos lugares, que velaban todos por que no se produjese ningún inconveniente, con la solicitud que cada cual ponía en las cosas de que había que darle cuenta.

Había rogado además a los eclesiásticos y a los hombres más autorizados que se encontraban entre los refugiados que dieran vueltas y vigilaran también ellos. Y lo más a menudo que podía se daba también él una vuelta y se dejaba ver en todas partes; mas, incluso en su ausencia, el recordar en casa de quién se estaba servía de freno a quien lo pudiera necesitar. Y, por lo demás, era toda gente huida, y, por tanto, en general, inclinada a la calma; el pensamiento de las casas y haciendas, y para algunos también de parientes o amigos expuestos al peligro, las noticias que llegaban de fuera, abatiendo los ánimos, mantenían y acrecentaban cada vez más aquella disposición.

Sin embargo, había también gente zaragatera, hombres de un temple más firme y de un valor más joven, que trataban de pasar aquellos días alegremente. Habían abandonado sus casas, por no ser lo bastante fuertes para defenderlas; pero no encontraban gusto en llorar y suspirar por algo que no tenía remedio, ni en figurarse y contemplar con la fantasía el destrozo que por desgracia verían con sus propios ojos. Familias amigas habían ido juntas, o se habían encontrado allá, se habían entablado nuevas amistades; y la muchedumbre se había dividido en corrillos, según los humores y los hábitos. Quienes tenían dinero y discreción bajaban a almorzar al valle, donde, en aquella circunstancia, se habían alzado a toda prisa hosterías; en algunas, los bocados se alternaban con suspiros, y no era lícito hablar sino de desdichas; en otras, no se mentaban las desdichas más que para decir que no había que pensar en ellas. A quienes no podían o no querían hacer gasto, se les distribuía en el castillo pan, potaje y vino, amén de algunas mesas que se servían cada día, para los que el dueño había expresamente invitado; y los nuestros se contaban en ese número.

Agnese y Perpetua, para no comer el pan de balde, habían querido ser empleadas en los servicios que requería una hospitalidad tan grande; y en eso gastaban buena parte de la jornada; el resto, charlando con algunas amigas que habían hecho, o con el pobre don Abbondio. Este no tenía nada que hacer, pero no se aburría; el miedo le hacía compañía. El miedo concreto de un asalto creo que ya se le había pasado, o, si le quedaba, era el que menos le molestaba; porque, pensándolo solo un poco, debía de entender cuán infundado era. Pero la imagen del país circunvecino inundado, de una parte y otra, por soldadotes, las armas y los armados que veía siempre en torno, un castillo, aquel castillo, el pensamiento de tantas cosas como podían nacer a cada momento en tales circunstancias, todo le echaba encima un espanto indistinto, general, continuo; sin hablar del reconcomio que le daba el pensar en su pobre casa. Durante todo el tiempo que estuvo en aquel sitio, jamás se

alejó de él más de un tiro de fusil, ni puso nunca los pies en la bajada; su único paseo consistía en salir a la explanada y andar, ya hacia un lado ya hacia otro del castillo, para mirar hacia abajo por simas y barrancos, y estudiar si había algún paso practicable, algún sendero, por el que buscar un escondrijo en caso de alboroto. Hacía grandes reverencias o grandes saludos a todos los compañeros de refugio, pero los trataba poquísimo; su conversación más frecuente era con las dos mujeres, como hemos dicho; con ellas iba a desahogarse, a riesgo de que le reconviniere Perpetua o que lo avergonzase incluso Agnese. En la mesa, donde estaba poco y hablaba poquísimo, oía las noticias del terrible paso, que llegaban cada día, o de pueblo en pueblo y de boca en boca, o llevadas allá arriba por alguno que al principio había querido quedarse en casa y escapaba en el último momento, sin haber podido salvar nada, y a lo mejor maltrecho; y cada día había alguna nueva historia de desdichas. Algunos, noveleros de profesión, recogían diligentemente todos los rumores, cernían todas las relaciones y daban después un resumen a los otros. Se discutía cuáles eran los regimientos más endiablados, si era peor la infantería o la caballería; se repetían, lo mejor posible, ciertos nombres de los jefes; de algunos se contaban las empresas pasadas; se especificaban las detenciones y las marchas: ese día, tal regimiento se diseminaba por tales pueblos, mañana se echaría encima de tales otros, donde mientras tanto tal otro hacía el diablo y aún peor. Sobre todo se trataba de tener información, y se llevaba la cuenta, de los regimientos que iban pasando el puente de Lecco, porque esos se podían considerar idos y verdaderamente fuera del país. Pasan los caballos de Wallenstein, pasan los infantes de Merode, pasan los caballos de Anhalt, pasan los infantes de Brandeburgo, y después los caballos de Montecuccoli, y después los de Ferrari; pasa Altringer, pasa Furstenberg, pasa Colloredo; pasan los croatas, pasa Torquato Conti, pasan otros y otros más; cuando plugo al cielo, pasó también Gallas, que fue el último. El escuadrón volante de los venecianos acabó por alejarse también; y todo el país, a derecha y a izquierda, se encontró libre. Ya los de las tierras invadidas, y evacuadas las primeras, se habían marchado del castillo; y cada día seguían marchándose, al igual que, tras una tormenta de otoño, se ve salir de las frondosas horcaduras de un gran árbol los pájaros que allí se habían refugiado. Creo que nuestros tres fueron los últimos en irse; y eso por deseo de don Abbondio, el cual temía, si regresaba enseguida a su casa, encontrar aún lansquenets rezagados y dispersos, a la cola del ejército. Por mucho que Perpetua dijo que, cuanto más se entretuvieran, más tiempo tenían los pícaros del pueblo para entrar en la casa y llevarse el resto, cuando se trataba de

preservar la piel, era siempre don Abbondio el que ganaba; salvo si la inminencia del peligro le hacía perder del todo la cabeza.

El día fijado para la partida, el Innominado mandó preparar en la Malanoche un carruaje, en el cual había hecho meter ya un ajuar de ropa blanca para Agnese. Y, llevándosela aparte, le hizo aceptar también un rollito de escudos, para reparar los daños que encontraría en casa, aunque ella, golpeándose el pecho con la mano, repetía que tenía aún allí parte de los anteriores.

—Cuando veáis a vuestra buena y pobre Lucia... —le dijo, por último—, estoy ya seguro de que reza por mí, pues le he hecho tanto mal... conque decidle que se lo agradezco, y confío en Dios, que sus plegarias serán para ella otras tantas bendiciones.

Después quiso acompañar a sus tres huéspedes hasta el coche. Los agradecimientos humildes y desaforados de don Abbondio y los cumplidos de Perpetua, imagínese los el lector. Partieron; hicieron, según lo acordado, una paradita, aunque sin siquiera sentarse, en la casa del sastre, donde oyeron contar mil cosas del paso: la consabida historia de latrocinios, golpes, despilfarro, porquerías; pero allí, por suerte, no se habían visto lansquenetes.

—¡Ay, señor cura! —dijo el sastre, ofreciéndole el brazo para volver a subir al coche—. Se han de hacer libros impresos sobre una calamidad de esta clase.

Después de un poco más de camino, comenzaron nuestros viajeros a ver con sus propios ojos algo de lo que tanto habían oído describir: viñas despojadas, no como por la vendimia, sino como si el pedrisco y un temporal hubieran llegado juntos: sarmientos por el suelo, sin hojas y revueltos; los rodrigones, desgajados; pisoteado el terreno y sembrado de astillas, de hojas, de ramas secas; arrancados y desmochados los árboles; agujereados los setos; las cancelas, desaparecidas. En los pueblos, puertas hundidas, ventanas rotas, paja, andrajos, escombros de todas clases, en montones o esparcidos por las calles; un aire cargado, tufaradas de hedor más fuerte que salían de las casas; la gente, unos tiraban fuera inmundicias, otros arreglaban los postigos lo mejor posible, otros en corrillos se lamentaban juntos, y, al paso del coche, se tendían de aquí y de allá manos a las portezuelas, para pedir limosna.

Con estas imágenes, ora ante los ojos, ora en la mente, y con la expectativa de encontrar otro tanto en sus casas, llegaron; y encontraron en efecto lo que se esperaban.

Agnese mandó poner los bultos en un rincón del patizuelo, que era el sitio más limpio de la casa; se puso después a barrerla, a recoger y a fregar lo poco

que le habían dejado; llamó a un carpintero y a un herrero para reparar los daños más graves, y, mirando después, pieza a pieza, la ropa blanca regalada y contando los nuevos escudos, decía para sí: «He nacido de pie, alabados sean Dios y la Virgen, y ese buen caballero; puedo decir que he nacido de pie».

Don Abbondio y Perpetua entran en casa, sin necesidad de llaves; a cada paso que dan por el zaguán sienten crecer un tufo, un veneno, una peste, que los echa para atrás; con la mano en la nariz, van a la puerta de la cocina; entran de puntillas, estudiando dónde poner los pies, para esquivar lo más posible la porquería que cubre el suelo; y echan un vistazo alrededor. No había nada entero; restos y fragmentos de lo que había habido, allí y en otros lugares, se veían por todos los rincones: plumas y plumón de las gallinas de Perpetua, piezas de ropa blanca, hojas de los calendarios de don Abbondio, cascotes de ollas y de platos; todo junto o diseminado. Solo en el hogar podían verse las señales de un vasto saqueo hacinadas juntas, como muchas ideas sobreentendidas, en un periodo redactado por un hombre de garbo. Había, digo, un revoltijo de tizones y chamizos apagados, que mostraban haber sido un brazo de silla, una pata de mesa, una puerta de armario, una cabecera de cama, una duela del barrilito donde se guardaba el vino que confortaba el estómago de don Abbondio. El resto era cenizas y carbones; y con esos mismos carbones, los destrozos, como compensación, habían pintarrajeado las paredes con adefesios, ingeniándose las, con ciertos gorritos y ciertas tonsuras, y con ciertas anchas pecheras, en hacer sacerdotes, y esmerándose mucho por hacerlos horribles y ridículos; intento que, en verdad, no podía haberles fallado a semejantes artistas.

—¡Ah, cerdos! —exclamó Perpetua.

—¡Ah, pillos! —exclamó don Abbondio.

Y, como escapando, salieron por otra puerta que daba al huerto. Respiraron; fueron derechos a la higuera; pero, ya antes de llegar, vieron la tierra removida y lanzaron un grito los dos al tiempo; llegados, encontraron, efectivamente, en vez del gato, el agujero abierto. Aquí nacieron problemas; don Abbondio empezó a tomarla con Perpetua, que lo había escondido mal; figuraos si ella se quedó callada; tras haber gritado bien, los dos con el brazo extendido, y con el índice apuntando al agujero, volvieron a la casa juntos, rezongando. Y haceos cuentas de que por doquier encontraron más o menos lo mismo. Penaron no sé cuánto, para mandar limpiar y desinfectar la casa, tanto más que, en aquellos días, era difícil encontrar ayuda; y no sé cuánto tiempo tuvieron que vivir como acampados, componiéndose como mejor

pusieron y renovando poco a poco puertas, muebles, utensilios, con dinero prestado por Agnese.

Por añadidura, además, aquel desastre fue un semillero de otras cuestiones muy fastidiosas; porque Perpetua, a fuerza de pedir y preguntar, de espiar y husmear, llegó a saber con seguridad que algunos enseres de su amo, creídos botín de los soldados o destrozados por estos, estaban en cambio sanos y salvos en casa de gente del pueblo; y abrumaba al amo para que se hiciera oír y exigiese lo suyo. Tecla más odiosa no se podía tocar con don Abbondio, ya que sus cosas estaban en manos de bribones, es decir, de esa clase de personas con las que más le interesaba estar en paz.

—Pero si no quiero saber nada de esas cosas —decía—. ¿Cuántas veces os lo voy a repetir, que lo perdido, perdido? ¿Me van a crucificar también porque me hayan desvalijado la casa?

—Si lo digo yo —respondía Perpetua—, que vuestra merced se dejaría sacar los ojos de la cara. Robar a los otros es pecado, pero con vuestra merced es pecado no robar.

—¡Qué disparates son estos! —replicaba don Abbondio—. ¿Queréis callaros?

Perpetua se calmaba, pero no tan pronto; y en todo encontraba pretexto para volver a empezar. Hasta el punto de que el pobre hombre se veía reducido a no quejarse, cuando echaba en falta una cosa, en el momento en que la habría necesitado; porque, más de una vez, le había tocado oír:

—Vaya a pedírsela al tal, que la tiene, y no la habría tenido hasta ahora si no hubiera dado con un infeliz.

Otra y más viva inquietud le causaba el oír que diariamente seguían pasando soldados sueltos, como había conjeturado demasiado bien; conque siempre estaba receloso de ver llegar a alguno o hasta una compañía a su puerta, que había mandado arreglar a toda prisa como primera cosa, y que mantenía cerrada con sumo cuidado; aunque, gracias al cielo, nunca ocurrió. Pero estos terrores aún no habían cesado cuando sobrevino otro nuevo.

Pero aquí dejaremos a un lado al pobre hombre: se trata de algo muy distinto de sus aprensiones privadas, de daños en unos cuantos pueblos, de un desastre pasajero.

XXXI

La peste que el Tribunal de la Sanidad había temido que pudiera entrar con las bandas alemanas en el Milanesado había entrado de veras, como es sabido; e igualmente es sabido que no se paró allí, sino que invadió y despobló buena parte de Italia. Llevados por el hilo de nuestra historia, pasamos a narrar los acontecimientos principales de aquella calamidad; en el Milanesado, claro está, mejor dicho casi exclusivamente en Milán, pues casi exclusivamente de la ciudad tratan las memorias del tiempo, como más o menos ocurre siempre y en todas partes, por buenas o malas razones. Y, en este relato, nuestro fin, a decir verdad, no es solo presentar la situación en la que vendrán a encontrarse nuestros personajes, sino dar a conocer al tiempo, hasta lo que se pueda en compendio, y hasta lo que nosotros podamos, un trozo de historia patria más famoso que conocido.

Entre las muchas relaciones contemporáneas, ninguna hay que baste en sí para dar una idea un poco clara y ordenada, así como no hay ninguna que no pueda ayudar a formarla. En cada una de estas relaciones, sin exceptuar la de Ripamonti^[60], la cual las supera a todas, por la cantidad y la elección de los hechos, y más aún por el modo de observarlos, en cada una se han omitido hechos esenciales, que están registrados en otras; en cada una hay errores materiales, que se pueden reconocer y rectificar con ayuda de alguna otra, o de las pocas actas de la autoridad pública, editadas e inéditas, que quedan; a menudo en una se encuentran las causas cuyos efectos se habían visto, como en el aire, en otra. En todas reina además una extraña confusión de tiempos y de cosas; es un continuo vaivén, como a la ventura, sin designio general, sin designio en los pormenores; carácter, por lo demás, de los más comunes y más aparentes en los libros de ese tiempo, principalmente en los escritos en lengua vulgar, al menos en Italia; los doctos sabrán si también en el resto de Europa, nosotros lo sospechamos. Ningún escritor de época posterior se propuso examinar y comparar esas memorias, para sacar de ellas una serie concatenada de acontecimientos, una historia de aquella peste; de modo que la idea que generalmente se tiene debe ser, por necesidad, muy incierta y un

poco confusa: una idea indeterminada de grandes males y grandes errores (y en verdad hubo de unos y otros, más de lo que se puede imaginar), una idea compuesta más por juicios que por hechos, algunos hechos dispersos, con frecuencia aislados de las circunstancias más características, sin distinción de tiempo, es decir, sin comprensión de causas y efectos, de curso, de progresión. Nosotros, examinando y comparando, con mucha diligencia si no con otra cosa, todas las relaciones impresas, más de una inédita, muchos (en relación con lo poco que queda) documentos de los llamados oficiales, hemos tratado de hacer con ellos no ya lo que se quisiera, sino algo que aún no se ha hecho. No queremos referir todos los actos públicos y tampoco todos los acontecimientos dignos, en algún modo, de memoria. Mucho menos pretendemos hacer inútil, para quien desee formarse una idea más cabal de la cosa, la lectura de las relaciones originales; sabemos demasiado la fuerza viva, propia e incommunicable, por así decirlo, que hay siempre en las obras de ese género, concebidas y realizadas como quiera que sea. Solamente hemos tratado de distinguir y comprobar los hechos más generales y más importantes, de disponerlos en el orden real de su sucesión, en la medida en que lo permita su razón y su naturaleza, de observar su influencia recíproca, y de dar así, por ahora y hasta que algún otro lo haga mejor, una noticia sucinta, mas sincera y continuada, de aquel desastre.

Conque por toda la franja de territorio recorrida por el ejército se había encontrado algún cadáver en las casas, alguno en el camino. Poco después, en este y aquel pueblo, comenzaron a enfermar, a morir, personas, familias, de males violentos, extraños, con síntomas desconocidos de la mayoría de los vivientes. Había solo algunos para quienes no resultaban nuevos: los pocos que podían acordarse de la peste que, cincuenta y tres años atrás, había asolado también buena parte de Italia, y en especial el Milanésado, donde se la llamó, y todavía se la llama, la peste de San Carlos. ¡Tan fuerte es la caridad! Entre las memorias tan variadas y tan solemnes de un infortunio general, puede esta hacer descollar la de un hombre, por haberle inspirado sentimientos y acciones más memorables aún que los males; imprimirlo en las mentes, como un resumen de todas aquellas desgracias, porque en todas lo ha impulsado y mezclado, como guía, socorro, ejemplo, víctima voluntaria; una calamidad para todos, convertirla para este hombre en una hazaña; designarla por su nombre, como una conquista, o un descubrimiento.

El protomédico Lodovico Settala, que no solo había vivido aquella peste, sino que había sido uno de los más activos e intrépidos, y, aunque jovencísimo entonces, de los más reputados sanadores; y que ahora, con gran

sospecha de esta, estaba alerta y sobre aviso, informó, el 20 de octubre, al Tribunal de la Sanidad, de que en la tierra de Chiasso (última del territorio de Lecco y confinante con el Bergamasco) había estallado indubitadamente el contagio. No por ello se tomó ninguna resolución, como se lee en el *Informe de Tadino*^[61].

Y he aquí que llegaron avisos semejantes de Lecco y de Bellano. El tribunal entonces se decidió, contentándose con expedir un comisario que, por el camino, recogiese a un médico de Como, y con él se dirigiera a visitar los lugares indicados. Ambos «o por ignorancia o por otra causa, se dejaron persuadir por un viejo e ignorante barbero de Bellano de que aquella clase de mal no era Peste»^[62], sino, en algunos lugares, efecto ordinario de las emanaciones otoñales de los pantanos, y en otros, efecto de las molestias y excesos sufridos durante el paso de los alemanes. Semejante seguridad fue transmitida al tribunal, que al parecer se dio por satisfecho.

Pero, al llegar sin tregua más y más noticias de muertos de diversas partes, se enviaron a dos delegados para ver y proveer: el mencionado Tadino y un oidor del tribunal. Cuando estos llegaron, el mal se había dilatado tanto que las pruebas se ofrecían sin necesidad de buscarlas. Recorrieron el territorio de Lecco, la Valsassina, las riberas del lago de Como, los distritos denominados el Monte de Brianza y la Gera de Adda y por doquier encontraron pueblos cerrados con verjas en las entradas, otros casi desiertos, y los habitantes huidos y acampados en la campiña, o dispersos: «Y nos parecían —dice Tadino— criaturas salvajes, llevando en la mano unos hierbabuena, otros ruda, otros romero y otros frascos de vinagre». Se informaron del número de muertos: era espantoso; visitaron enfermos y cadáveres, y por doquier encontraron las feas y terribles marcas de la pestilencia. Comunicaron al punto, por carta, aquellas siniestras noticias al Tribunal de la Sanidad, el cual, al recibirlas, que fue el 30 de octubre, «se dispuso», dice el mismo Tadino, a prescribir las cédulas, para impedir la entrada en la ciudad a las personas procedentes de los pueblos donde el contagio se había manifestado; «y mientras se redactaba el bando», dio anticipadamente alguna orden sumaria a los consumidores.

Entretanto los delegados tomaron de prisa y corriendo las medidas que mejor les parecieron; y regresaron, con la triste persuasión de que no bastarían para remediar y detener un mal ya tan avanzado y difundido.

Llegados el 14 de noviembre, e informado de viva voz y de nuevo por escrito al tribunal, recibieron de este el encargo de presentarse al gobernador y de exponerle el estado de las cosas. Allá fueron e informaron: que él había

experimentado un gran disgusto ante tales noticias y mostrado un gran sentimiento; pero que las preocupaciones de la guerra eran más urgentes: *sed belli graviores esse curas*. Eso dice Ripamonti, el cual había examinado los registros de la Sanidad y conferenciado con Tadino, encargado especialmente de la misión; era la segunda, si el lector recuerda, por aquella causa y con igual éxito. Dos o tres días después, el 18 de noviembre, promulgó el gobernador un bando, en el que ordenaba regocijos públicos, por el nacimiento del príncipe Carlos, primogénito del rey Felipe IV, sin sospechar o sin preocuparse por el peligro de una gran concurrencia, en tales circunstancias; todo como en tiempos ordinarios, como si no le hubieran hablado de nada.

Era este hombre, como ya se ha dicho, el célebre Ambrosio de Espínola, mandado para enderezar la guerra y reparar los errores de don Gonzalo, e incidentalmente para gobernar; y nosotros también podemos recordar incidentalmente aquí que murió pocos meses después, en aquella misma guerra que tan a pecho tomaba; y no murió de heridas en el campo de batalla, sino en la cama, de aflicción y congoja, por los reproches, agravios y disgustos de todas clases que recibió de aquellos a quienes servía. La historia ha deplorado su suerte y censurado la ingratitud ajena; ha descrito con mucha diligencia sus empresas militares y políticas, alabado su previsión, su actividad, su constancia; podía también indagar lo que hizo con todas esas cualidades, cuando la peste amenazaba, invadía, una población confiada a sus cuidados, o más bien a su discreción.

Pero lo que, dejando intacta la censura, mengua el asombro por aquella conducta suya, lo que engendra un asombro distinto y mayor, es la conducta de la propia población, quiero decir, de la que, no afectada aún por el contagio, tenía tanta razón para temerlo. A la llegada de aquellas noticias de pueblos tan malamente inficionados, de pueblos que forman en torno a la ciudad casi un semicírculo, distante en algunos puntos de ella no más de dieciocho o veinte millas, ¿quién no creería que se suscitase un movimiento general, un deseo de precauciones bien o mal entendidas, o al menos una estéril inquietud? Y, sin embargo, si las memorias de la época concuerdan en algo, es en atestiguar que nada de eso hubo. La penuria del año antecedente, los vejámenes de la soldadesca, las aflicciones del ánimo parecieron más que suficientes para dar razón de la mortandad; quien en las plazas, en las tiendas, en las casas dijese una palabra del peligro, quien adujese motivos de peste, era acogido con mofas incrédulas, con desprecio iracundo. La misma

incredulidad, mejor dicho, la misma ceguera e idea fija prevalecía en el Senado, en el Consejo de los Decuriones, en cada magistrado.

Encuentro que el cardenal Federigo, apenas se supieron los primeros casos de enfermedad contagiosa, prescribió, en una carta pastoral a los párrocos, entre otras cosas, que advirtieran una y otra vez a los pueblos de la importancia y de la estricta obligación de revelar cualquier accidente de esta especie y de entregar las ropas inficionadas o sospechosas^[63]; y también esta puede contarse entre sus laudables singularidades.

El Tribunal de la Sanidad pedía, imploraba cooperación, mas obtenía poco o nada. Y, en el propio tribunal, la solicitud estaba muy lejos de igualarse a la urgencia: eran, como afirma varias veces Tadino, y como se desprende aún mejor de todo el contexto de su relación, los dos médicos los que, persuadidos de la gravedad y de la inminencia del peligro, estimulaban a aquella corporación, que a su vez tenía que estimular después a los demás.

Hemos visto ya cómo, ante el primer anuncio de la peste, se había mostrado frío en actuar, e incluso en informarse: he aquí otro hecho de lentitud no menos portentosa, si es que no era forzada por obstáculos interpuestos por magistrados superiores. El bando de las cédulas, decidido el 30 de octubre, no se redactó hasta el día 23 del mes siguiente y no fue publicado hasta el 29. La peste ya había entrado en Milán.

Tadino y Ripamonti quisieron anotar el nombre del primero que la llevó, y otras circunstancias de la persona y del caso; y en efecto, al observar los principios de una vasta mortandad, en la que las víctimas, ya no distinguidas con sus nombres, apenas se podrán indicar, más o menos, por el número de miles, nace no sé qué curiosidad por conocer los primeros y pocos nombres que pudieron ser anotados y conservados; esta especie de distinción, la precedencia en el exterminio, parece que hacen encontrar en ellos, y en los detalles más indiferentes, algo de fatal y de memorable.

Uno y otro historiador dicen que fue un soldado italiano al servicio de España; en el resto no son muy concordes, ni siquiera sobre el nombre. Fue, según Tadino, cierto Pietro Antonio Lovato, de guarnición en el territorio de Lecco; según Ripamonti, cierto Pier Paolo Locati, de guarnición en Chiavenna. Difieren también sobre el día de su entrada en Milán: el primero la sitúa el 22 de octubre; el segundo, el mismo día del mes siguiente; y no podemos atenernos ni a una ni a otra. Ambas fechas están en contradicción con otras mucho mejor comprobadas. Y, sin embargo, Ripamonti, al escribir por orden del Consejo de los Decuriones, debía de tener a su disposición muchos medios de recoger las informaciones necesarias; y Tadino, a causa de

su empleo, podía, mejor que nadie, estar informado de un hecho de este género. Por lo demás, del cotejo de otras fechas que nos parecen, como hemos dicho, más exactas resulta que fue antes de la publicación del bando sobre las cédulas; y, si valiese la pena, podría también probarse, o casi probarse, que debió de ser a primeros de ese mes; pero con seguridad el lector nos dispensa de ello.

Sea como sea, entró este infante desventurado y portador de desventura, con un gran fardo de ropas compradas o robadas a los soldados alemanes; fue a parar a casa de unos parientes suyos, en el arrabal de la Puerta Oriental, junto a los capuchinos; recién llegado, enfermó; lo llevaron al hospital, donde un bubón que se le descubrió bajo una axila hizo recelar a quien lo cuidaba lo que en realidad era; al cuarto día, murió.

El Tribunal de la Sanidad mandó aislar y secuestrar en casa a su familia; sus ropas y la cama donde había estado en el hospital fueron quemadas. Dos enfermeros que se habían cuidado de él y un buen fraile que lo había asistido cayeron enfermos también en pocos días, los tres de peste. La sospecha que en aquel lugar se había tenido, desde el principio, sobre la naturaleza del mal, y las cautelas que en consecuencia se usaron, hicieron que el contagio no se propagase más.

Pero el soldado había dejado fuera una semilla que no tardó en germinar. El primero en quien prendió fue el amo de la casa donde se había alojado, un tal Carlo Coloma, tañedor de laúd. Entonces todos los inquilinos de aquella casa fueron llevados, por orden de la Sanidad, al lazareto, donde la mayoría enfermaron; algunos murieron, poco tiempo después, de manifiesto contagio.

En la ciudad, lo que ya había sido diseminado por estos, por sus ropas, por sus muebles hurtados por parientes, vecinos, personas de servicio, a las investigaciones y al fuego prescrito por el tribunal, y además lo que entraba de nuevo, por la imperfección de los edictos, por el descuido en cumplirlos y por la destreza en eludirlos fue incubándose y serpenteando lentamente todo el resto del año y en los primeros meses del sucesivo 1630. De cuando en cuando, ora en este, ora en aquel barrio, prendía en alguno, alguno moría; y la propia escasez de los casos alejaba la sospecha de la verdad, confirmaba cada vez más al público en la estúpida y mortífera confianza de que no había peste, ni la había habido siquiera un momento. También muchos médicos, haciéndose eco de la voz del pueblo (¿era, también en este caso, voz de Dios?), se mofaban de los augurios siniestros, de las amenazadoras advertencias de unos pocos; y tenían prontos nombres de enfermedades comunes, para calificar cualquier caso de peste que se vieran llamados a

curar, cualesquiera que fueran los síntomas o las señales con que había aparecido.

Los avisos de estos accidentes, si llegaban a la Sanidad, llegaban en su mayoría tarde e inciertos. El terror de la cuarentena y del lazareto aguzaba todos los ingenios: no se denunciaban a los enfermos, se sobornaba a los sepultureros y a sus vigilantes; de subalternos del propio tribunal, delegados por este para reconocer los cadáveres, se consiguieron, con dinero, certificados falsos.

Sin embargo, como a cada descubrimiento que conseguía hacer, el tribunal ordenaba quemar enseres, cerrar casas, mandaba a familias al lazareto, es fácil inferir cuán grande era la ira y la murmuración del público contra él, «de la Nobleza, de los Comerciantes y de la plebe», dice Tadino; persuadidos, como todos estaban, de que eran vejaciones sin motivo, y sin provecho. El odio principal recaía sobre los dos médicos: el citado Tadino y Senatore Settala, hijo del protomédico; hasta tal punto que ya no podían cruzar las plazas sin verse asaltados con palabrotas, cuando no eran piedras. Y en verdad fue singular, y merece que se guarde memoria, la condición en que durante unos meses se encontraron aquellos hombres, al ver aproximarse un horrible azote, afanarse de todas las maneras por desviarlo, encontrar obstáculos donde buscaban ayuda y ser al mismo tiempo blanco de los gritos, recibir el nombre de enemigos de la patria: *pro patriae hostibus*, dice Ripamonti.

De ese odio tocaba también una parte a los otros médicos que, convencidos, como ellos, de la realidad del contagio, sugerían precauciones, trataban de comunicar a todos su dolorosa certeza. Los más discretos los tachaban de crédulos y obstinados; para todos los demás, era manifiesta impostura, una trama urdida para traficar con el espanto público.

El protomédico Lodovico Settala, entonces poco menos que octogenario, que había sido profesor de medicina en la Universidad de Pavía, después de filosofía moral en Milán, autor de muchas obras reputadísimas entonces, preclaro por las invitaciones a cátedras de otras universidades, Ingolstadt, Pisa, Bolonia, Padua y, por rechazar todas estas invitaciones, era ciertamente uno de los hombres más autorizados de su tiempo. A la reputación de ciencia se agregaba la de su vida, y a la admiración, la benevolencia, por su gran caridad al curar y socorrer a los pobres. Sin embargo, cosa que en nosotros turba y contrista el sentimiento de estimación inspirado por estos méritos, pero que entonces debía volverlo más general y más intenso, el pobre hombre participaba de los prejuicios más comunes y más funestos de sus

contemporáneos; estaba más avanzado que ellos, aunque sin alejarse del tropel, que es lo que atrae los males y hace perder muchas veces la autoridad adquirida de otras maneras. Y, en efecto, la grandísima de que disfrutaba no solo no bastó para vencer, en este caso, la opinión de lo que los poetas llaman vulgo profano, y los cómicos, respetable público; sino que tampoco pudo salvarlo de la animosidad y de los insultos de esa otra parte de él que pasa muy fácilmente de los juicios a las demostraciones y a los hechos.

Un día que iba en litera a visitar a sus enfermos comenzó a congregarse gente a su alrededor, gritando que él era el jefe de quienes a la fuerza querían que hubiera peste; él, quien aterrorizaba a la ciudad con su ceño, con su barbaza; y todo para dar trabajo a los médicos. La muchedumbre y el furor iban en aumento; los porteadores, olido el poste, se guarecieron con su amo en una casa amiga que por fortuna estaba cerca. Esto le tocó por haber visto claro, por haber dicho lo que había y por haber querido salvar de la peste a muchos miles de personas; cuando, con un deplorable dictamen, cooperó a que torturasen, atenazasen y quemasen, por bruja, a una pobre infeliz desventurada, porque su amo padecía extraños dolores de estómago, y otro amo anterior había estado perdidamente enamorado de ella^[64], entonces había recibido del público nuevas alabanzas de sabio y, lo cual es más intolerable al pensarlo, nuevos títulos de benemérito.

Pero a finales del mes de marzo empezaron, primero en el arrabal de la Puerta Oriental, después en todos los barrios de la ciudad, a volverse frecuentes las enfermedades, las muertes, con extraños accidentes de espasmos, de palpitaciones, de letargo, de delirio, con aquellas funestas señales de cardenales y bubones; muertes normalmente rápidas, violentas, con frecuencia repentinas, sin ningún indicio anterior de enfermedad. Los médicos opuestos a la opinión del contagio, no queriendo confesar ahora lo que habían ridiculizado y debiendo empero dar un nombre genérico a la nueva enfermedad, ya demasiado común y demasiado evidente para andar sin él, encontraron el de fiebres malignas, fiebres pestilentes; miserable transacción, e incluso fullería de palabras, y que también hacía mucho daño: porque, figurando reconocer la verdad, conseguía aún no dejar creer lo que más importaba creer y ver: que el mal se pegaba por medio del contacto. Los magistrados, como quien despierta de un profundo sueño, principiaron a prestar oídos un poco más a los avisos, a las propuestas de la Sanidad, a mandar cumplir sus edictos, los secuestros ordenados, las cuarentenas prescritas por el tribunal. Pedía también este de continuo dinero para cubrir los gastos diarios, crecientes, del lazareto, de otros muchos servicios; y lo

pedía a los decuriones, mientras se decidía (que nunca, creo, se hizo, sino con hechos) si tales gastos tocaban a la ciudad, o al real erario. Instaba también a los decuriones el gran canciller, por orden del gobernador, que se había ido de nuevo a poner sitio al pobre Casale; instábales el Senado, para que pensarán en la manera de avituallar la ciudad, antes de que, dilatándose por desgracia el contagio, le fueran negados los tratos con otras tierras; para que encontrasen el medio de mantener a gran parte de la población, a la cual faltaba el trabajo. Los decuriones trataban de juntar dinero mediante préstamos, contribuciones; y del que recogían daban un poco a la Sanidad, un poco a los pobres; compraban un poco de trigo: suplían parte de las necesidades. Y las grandes angustias aún no habían llegado.

En el lazareto, donde la población, aunque diezmada cada día, iba aumentando cada día, era otra ardua empresa la de asegurar el servicio y la subordinación, conservar las separaciones prescritas, mantener, en suma o, mejor dicho, establecer en él el gobierno ordenado por el Tribunal de la Sanidad; pues, desde los primeros momentos, había habido en todo gran confusión por el desenfreno de muchos encerrados, por el descuido y connivencia de los sirvientes. El tribunal y los decuriones, no sabiendo qué partido tomar, pensaron en dirigirse a los capuchinos y suplicaron al padre comisario de la provincia, que hacía las veces del provincial, muerto poco antes, que se sirviese darles sujetos hábiles para gobernar aquel reino desolado. El comisario les propuso, como principal, a cierto padre Felice Casati, hombre de edad madura, el cual gozaba de una gran fama de caridad, de actividad, de mansedumbre, junto con fortaleza de ánimo, bien merecida por lo que luego se pudo ver; y, como compañero y ministro de él, a cierto padre Michele Pozzobonelli, aún joven, pero grave y severo, tanto de aspecto como de ideas. Fueron aceptados con gran placer; y el 30 de marzo entraron en el lazareto. El presidente de la Sanidad los guio por el lugar, como para darles posesión; y, convocando a los sirvientes y a los empleados de todos los grados, declaró, ante ellos, presidente del establecimiento al padre Felice, con primaria y plena autoridad. Después, a medida que la miserable asamblea fue creciendo, acudieron otros capuchinos; y fueron en aquel lugar superintendentes, confesores, administradores, enfermeros, cocineros, guardarropas, lavanderos, todo lo que fuese menester. El padre Felice, siempre ajetreado y siempre solícito, recorría de día, recorría de noche pórticos, habitaciones, el vasto espacio interior, a veces llevando un palo, a veces sin más armas que su cilicio; lo animaba y regulaba todo; sosegaba los tumultos, arreglaba las querellas, amenazaba, castigaba, reprendía,

confortaba, enjugaba y derramaba lágrimas. Cogió, al principio, la peste; sanó de ella, y volvió, con renovado ahínco, a sus cuidados de antes. Sus hermanos dejaron allí en su mayoría la vida, y todos con gozo.

Cierto que tal dictadura era un extraño recurso; extraño como la calamidad, como los tiempos; y, aunque no supiéramos más, bastaría como argumento, y hasta como muestra de una sociedad muy ruda y mal regulada, el ver que aquellos a quienes tocaba tan importante cuidado no supieran hacer más que cederlo, ni encontraran a quien cederlo sino a los hombres, por sus reglas, más ajenos a eso. Pero es al tiempo una muestra no innoble de la fuerza y de la habilidad que la caridad puede dar en todos los tiempos, y en cualquier orden de cosas, el ver a estos hombres desempeñar semejante encargo tan valientemente. Y fue también hermoso haberlo aceptado, sin otra razón que la de no haber quien lo quisiera, sin otro fin que el de servir, sin otra esperanza en este mundo que una muerte mucho más envidiable que envidiada; fue también hermoso el que se les ofreciera, solo por ser difícil y peligroso, y por suponerse que el vigor y la sangre fría, tan necesarios y raros en esos momentos, ellos debían de tenerlos. Y por eso la obra y el corazón de aquellos frailes merecen que se guarde memoria con admiración, con ternura, con esa especie de gratitud que se debe, solidariamente, a los grandes servicios prestados por unos hombres a otros hombres, y más se debe a quienes no se la proponen como recompensa. «Pues, si estos padres no se encontraran allí —dice Tadino—, con seguridad resultaba aniquilada toda la ciudad; pues fue cosa milagrosa el haber esos padres hecho en tan poco espacio de tiempo tantas cosas en público beneficio, que no habiendo tenido ayuda, o al menos poca de la ciudad, con su industria y prudencia mantuvieron en el lazareto tantos millares de pobres». Las personas recogidas en aquel lugar durante los siete meses que el padre Felice llevó su gobierno fueron cerca de cincuenta mil, según Ripamonti; el cual dice, con razón, que de un hombre tal habría debido igualmente hablar, si en vez de describir las miserias de una ciudad, hubiese tenido que contar las cosas que pueden hacerle honor.

También en el público, aquella terquedad de negar la peste iba naturalmente cediendo y perdiéndose, a medida que el morbo se difundía, y se difundía por el contacto y el trato; y tanto más cuando, tras haber permanecido algún tiempo entre los pobres, comenzó a alcanzar a personas más conocidas. Y entre estas, como entonces fue el más notable, merece ahora una expresa mención el protomédico Settala. ¿Habrán confesado al menos que el pobre viejo tenía razón? ¿Quién sabe? Cayeron enfermos de

peste él, su esposa, dos hijos y siete personas del servicio. Él y uno de los hijos se salvaron; el resto murió. «Estos casos —dice Tadino— ocurridos en la ciudad en casas Nobles disuadieron a la Nobleza y a la plebe a pensar, y los incrédulos Médicos, y la plebe ignorante y temeraria, empezaron a fruncir los labios, apretar los dientes y enarcar las cejas».

Pero las salidas, los recursos, las venganzas, por así decirlo, de la terquedad convencida son a veces tales que hacen desear que hubiera seguido firme e invicta, hasta el final, contra la razón y la evidencia; y esta fue una de esas veces. Aquellos que habían impugnado tan resueltamente, y durante tanto tiempo, que estuviera cerca de ellos, entre ellos, un germen de mal que podía, por medios naturales, propagarse y hacer estragos, no pudiendo negar ahora su propagación, y no queriendo atribuirlo a aquellos medios (pues hubiera sido confesar al tiempo un gran engaño y una gran culpa), estaban tanto más dispuestos a encontrar alguna otra causa, a dar por buena cualquiera que se alegase. Por desgracia, había una pronta en las ideas y en las tradiciones comunes entonces no solamente aquí, sino en cualquier parte de Europa: artes ponzoñosas, operaciones diabólicas, gente conjurada para esparcir la peste, por medio de venenos contagiosos y de hechizos. Ya cosas tales, o semejantes, se habían supuesto y creído en otras muchas pestilencias, y señaladamente aquí, en la de medio siglo antes. Agréguese que, ya el año anterior, había llegado un despacho, firmado por el rey Felipe IV, al gobernador, para advertirlo de que habían escapado de Madrid cuatro franceses, buscados como sospechosos de esparcir ungüentos venenosos, pestíferos; que estuviera alerta, por si acaso aparecían por Milán. El gobernador había comunicado el despacho al Senado y al Tribunal de la Sanidad; mas, por entonces, no se hizo mucho caso de él. Sin embargo, al estallar y reconocerse la peste, el recuerdo de aquel aviso pudo servir de confirmación a la indeterminada sospecha de una trampa criminal; pudo también ser la primera ocasión de hacerla nacer.

Pero dos hechos, el uno de ciego e indisciplinado miedo, el otro de no sé qué maldad, fueron los que convirtieron aquella indeterminada sospecha de un posible atentado, en sospecha, y para muchos certeza, de un atentado positivo y de una maquinación real. Algunos, a quienes les pareció ver, en la tarde del 17 de mayo, a unas personas que en la catedral estaban untando unas tablas que servían para dividir los espacios asignados a los dos sexos, mandaron esa noche sacar de la iglesia las tablas y cierta cantidad de bancos que encerraban; aunque el presidente de la Sanidad, que acudió de inspección, con cuatro personas del oficio, habiendo examinado las tablas, los bancos, las

pilas de agua bendita, sin encontrar nada que pudiera confirmar la ignorante sospecha de un atentado ponzoñoso, hubiera, por complacer a la imaginación ajena, y *más bien por abundar en cautela que por necesidad*, hubiera, digo, decidido que bastaba con lavar las tablas. Aquel volumen de trastos amontonados produjo una gran impresión de espanto en la multitud, para la cual un objeto se convierte tan fácilmente en un argumento. Se dijo y se creyó generalmente que habían untado en la catedral todos los bancos, las paredes y hasta las cuerdas de las campanas. Y no se dijo solamente entonces: todas las memorias de los contemporáneos que hablan de ese hecho (algunas escritas muchos años después) hablan de él con igual seguridad; y la verdadera historia habría que adivinarla, si no se encontrase en una carta del Tribunal de la Sanidad al gobernador, que se conserva en el archivo llamado de San Fedele; de ella la hemos tomado, y de ella son las palabras que pusimos en bastardilla.

A la mañana siguiente, un nuevo y más extraño, más significativo espectáculo hirió los ojos y las mentes de los ciudadanos. En todas las partes de la ciudad se vieron las puertas de las casas y las murallas, en larguísimos trechos, manchadas con no sé qué suciedad amarillenta, blanquecina, esparcida como con esponjas. Haya sido por un necio gusto de engendrar un espanto más ruidoso y más general, o haya sido por un más criminal designio de acrecentar la pública confusión, o por algún otro motivo, la cosa está atestiguada de tal manera que nos parece menos razonable atribuirle a un sueño de muchos que a la obra de algunos; obra, por lo demás, que no sería ni la primera ni la última de tal género. Ripamonti, que a menudo sobre este pormenor de las unturas ridiculiza y más a menudo deplora la credulidad popular, aquí afirma haber visto aquel embadurnamiento y lo describe^[65]. En la carta antes citada, los señores de la Sanidad cuentan la cosa en los mismos términos; hablan de exámenes, de experimentos hechos con aquella materia en perros sin nocivo efecto; agregan ser de la opinión de que tal temeridad haya procedido más bien de insolencia que de fines criminales, pensamiento que indica en ellos, hasta ese momento, bastante tranquilidad de ánimo para no ver lo que no había. Las otras memorias contemporáneas, al contar la cosa, indican también que había sido, al principio, opinión de muchos, que se había hecho por burla, por extravagancia; ninguna habla de nadie que la negase; y ciertamente habrían hablado, si los hubiera habido, aunque solo fuera para llamarlos estrafalarios. He creído que no estaba fuera de lugar el referir y juntar estos detalles, en parte poco conocidos, en parte totalmente ignorados, de un célebre delirio; porque en los errores, y máxime en los errores de

muchos, lo más interesante y más útil de observar me parece que es justamente el camino que han recorrido las apariencias, los modos en que han podido entrar en las mentes y dominarlas.

La ciudad ya agitada quedó en desbarajuste: los dueños de las casas, con paja encendida, socarraban los espacios untados; los transeúntes se detenían, miraban, se horrorizaban, temblaban. Los forasteros, sospechosos solo por eso, y que entonces se conocían fácilmente por su ropaje, eran arrestados en las calles por el pueblo y entregados a la justicia. Se hicieron interrogatorios, exámenes de arrestados, arrestadores, testigos; no se halló reo alguno; las mentes eran aún capaces de dudar, de examinar, de oír. El Tribunal de la Sanidad publicó un bando en el que prometía premio e impunidad a quien aclarase el autor o los autores del hecho. «De todos modos, no pareciéndonos conveniente —dicen esos señores en la citada carta, que lleva la fecha del 21 de mayo, pero que evidentemente fue escrita el 19, día marcado en el bando impreso—, que este delito quede de algún modo impune, máxime en tiempos de tanto peligro y sospecha, para consuelo y tranquilidad de este Pueblo y para sacar indicios del hecho, hemos publicado hoy bando», etcétera. En el bando mismo, sin embargo, ninguna alusión, al menos clara, a esa razonable y tranquilizadora conjetura, que participaban al gobernador; silencio que acusa al tiempo una furiosa preocupación en el pueblo, y en ellos una condescendencia, tanto más censurable cuanto más perniciosa podía ser.

Mientras el tribunal buscaba, muchos del público, como suele ocurrir, ya habían encontrado. De los que creían que aquella untura era venenosa, unos pretendían que era una venganza de don Gonzalo Fernández de Córdoba, por los insultos recibidos al partir, otros que un hallazgo del cardenal Richelieu, para despoblar Milán y apoderarse de ella sin trabajo; otros, y no se sabe por qué razones, tenían por autor al conde de Collalto, a Wallenstein, a este o aquel gentilhomme milanés. No faltaban, como hemos dicho, aquellos que no veían en el hecho más que una necia broma y lo atribuían a estudiantes, a señores, a oficiales que se aburrían en el asedio de Casale. El no ver después, como se habrá temido, que se siguiese inmediatamente una infición, una mortandad universal fue probablemente causa de que aquel primer espanto se fuera por entonces calmando y la cosa fuera o pareciese olvidada.

Había, por lo demás, cierto número de personas aún no persuadidas de que la peste existiera. Y como, tanto en el lazareto como en la ciudad, algunos se curaban, «se decía» (los últimos argumentos de una opinión derrotada por la evidencia son siempre curiosos de saber), «se decía por la plebe, y también por muchos médicos parciales, que no era verdadera peste, porque habrían

muerto todos»^[66]. Para quitar toda duda, halló el Tribunal de la Sanidad un expediente proporcionado a la necesidad, un modo de hablar a los ojos, como los tiempos podían requerirlo o sugerirlo. En una de las fiestas de Pentecostés, solían los ciudadanos concurrir al cementerio de San Gregorio, fuera de la Puerta Oriental, para rezar por los muertos del otro contagio, que estaban enterrados allá; y, tomando de la devoción oportunidad para diversión y espectáculo, cada uno iba con sus mejores galas. Aquel día había muerto de peste, entre otros, una familia entera. En la hora del mayor concurso, en medio de los coches, de la gente a caballo y a pie, los cadáveres de esa familia fueron, por orden de la Sanidad, llevados al mencionado cementerio, en un carro, desnudos, a fin de que la muchedumbre pudiera ver en ellos la marca manifiesta de la pestilencia. Un grito de asco, de terror se alzaba por donde pasaba el carro; un largo murmullo reinaba por donde había pasado; otro murmullo lo precedía. Se creyó ya en la peste, aunque por lo demás iba conquistando fe por sí sola, más cada día; y aquella misma reunión debió de servir no poco para propagarla.

Al principio, pues, nada de peste, de modo alguno, de ninguna manera: prohibido incluso proferir el vocablo. Después, fiebres pestilentes: la idea se admite por el sesgo de un adjetivo. Después, no verdadera peste; o sea, peste sí, pero en cierto sentido; no peste exactamente, sino algo para lo que no se sabe encontrar otro nombre. Finalmente, peste sin duda y sin discusión: pero ya se le ha pegado otra idea, la idea de envenenamiento y maleficio, la cual altera y confunde la idea expresada por la palabra que ya no se puede rechazar.

No es necesario, creo, estar muy versado en la historia de las ideas y de las palabras para ver que muchas han seguido un curso similar. Gracias al cielo, no hay muchas de esa suerte y de esa importancia y que conquiste su evidencia a tal precio, y a las que se puedan agregar accesorios de tal género. Pero se podría evitar tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, en gran parte, ese curso tan largo y tan retorcido, adoptando el método propuesto hace tanto tiempo de observar, escuchar, comparar y pensar, antes de hablar.

Pero hablar, esa sola cosa, es tanto más fácil que todas las demás juntas, que también nosotros, digo los hombres en general, merecemos alguna disculpa.

XXXII

Resultando cada vez más difícil proveer a las exigencias dolorosas de la circunstancia, se había decidido, el 4 de mayo, en el Consejo de los Decuriones, recurrir al gobernador en busca de ayuda. El 22 fueron expedidos al campamento dos de aquella corporación, para que le hicieran presentes los apuros y estrecheces de la ciudad: los gastos enormes, las cajas vacías, las rentas de los años venideros empeñadas, los impuestos corrientes sin pagar, por la general miseria, producida por tantas causas, y por el gasto militar en especial; que sometieran también a su consideración que por leyes y costumbres no interrumpidas, y por especial decreto de Carlos V, los gastos de la peste debían correr a cargo del fisco: en la de 1576, el gobernador, marqués de Ayamonte, no solo había suspendido todas las contribuciones reales, sino dado a la ciudad una subvención de cuarenta mil escudos del real erario; que pidieran finalmente cuatro cosas: que se suspendieran las contribuciones, como se había hecho entonces; que el erario diese dinero; que el gobernador informase al rey de las miserias de la ciudad y de la provincia; y que dispensase de nuevos alojamientos militares al país ya arruinado por los pasados. El gobernador escribió en respuesta condolencias y nuevas exhortaciones: le desagradaba no hallarse en la ciudad, para poner todos sus cuidados en aliviarla; esperaba que a todo proveería el celo de aquellos caballeros; este era el momento de gastar sin escatimar, de industriárselas de todas las maneras. En cuanto a las peticiones expresas, *proveeré en el mejor modo que el tiempo y necesidades presentes permitieren*^[67]. Y, debajo, un ringorrango, que quería decir Ambrosio de Espínola, tan claro como sus promesas. El gran canciller Ferrer le escribió que aquella respuesta había sido leída por los decuriones, con gran desconsuelo; hubo otras idas y venidas, preguntas y respuestas; pero no encuentro que se llegase a más concretas conclusiones. Algún tiempo después, en el colmo de la peste, el gobernador transmitió, con cartas patentes, su autoridad al propio Ferrer, pues él tenía, como escribió, que pensar en la guerra. La cual, sea dicho incidentalmente aquí, tras haberse llevado, sin hablar de los soldados, un millón de personas,

calculando por lo bajo, por medio del contagio, entre Lombardía, el Véneto, Piamonte, Toscana y parte de la Romaña; tras haber desolado, como antes se ha visto, los lugares por donde pasó, conquie figuraos aquellos donde se luchó; tras la toma y el atroz saqueo de Mantua, acabó reconociendo todos al nuevo duque, para excluir al cual se había iniciado. Hay que decir, empero, que se vio obligado a ceder al duque de Saboya un trozo del Monferrato, que rentaba quince mil escudos, y a Ferrante, duque de Guastalla, otras tierras, con una renta de seis mil; y que hubo otro tratado aparte y secretísimo, mediante el cual el mencionado duque de Saboya cedió Pinerolo a Francia: tratado realizado algún tiempo después, con otros pretextos, y a fuerza de astucias.

Junto con aquella resolución, los decuriones habían tomado otra; pedir al cardenal arzobispo que se hiciera una procesión solemne, llevando por la ciudad el cuerpo de san Carlos.

El buen prelado se negó, por muchas razones. Le desagradaba aquella fe en un medio arbitrario, y temía que, si el efecto no era el correspondiente, como también temía, la fe se mudase en escándalo^[68]. Temía aún más que, *si existían de veras untadores*, la procesión fuera una ocasión demasiado cómoda para el delito; si no existían, el congregarse tanta gente no podía dejar de difundir cada vez más el contagio: *peligro mucho más real*^[69]. Pues la sospecha adormecida de las unturas se había despertado, entretanto, más general y más furiosa que antes.

Se habían visto de nuevo, o esta vez habían parecido verse, untadas murallas, portales de edificios públicos, puertas de casas, aldabas. Las noticias de tales descubrimientos volaban de boca en boca; y, como ocurre más que nunca cuando los ánimos están con aprensión, el oír surtía el efecto del ver. Los ánimos, cada vez más amargados por la presencia de los males, irritados por la insistencia del peligro, abrazaban de mejor grado aquella creencia, pues la cólera aspira a castigar; y, como observó agudamente, a este mismo respecto, un hombre de ingenio^[70], agrada más atribuir los males a una perversidad humana, contra la cual puede uno vengarse, que reconocerles una causa a la que no cabe sino resignarse. Un veneno refinado, instantáneo, penetrantísimo eran palabras más que bastantes para explicar la violencia, y todos los accidentes más oscuros y desordenados del morbo. Decían que estaba compuesto, aquel veneno, con sapos, culebras, babas y materia de apestados, con algo peor, con todo lo que salvajes y trastornadas fantasías podían encontrar de más sucio y atroz. Se agregaron además a ello los hechizos, gracias a los cuales cualquier efecto resultaba posible, cualquier objeción perdía fuerza, se allanaba cualquier dificultad. Si no se habían visto

al punto los efectos tras la primera untura, se comprendía el motivo: había sido un intento fallido de envenenadores aún noveles; ahora el arte se había perfeccionado, y las voluntades se ensañaban más en su infernal propósito. Quien hubiera sostenido aún que se trataba de una burla, quien hubiera negado la existencia de una trama, pasaba por ciego, por obstinado; si es que no incurría en la sospecha de ser hombre interesado en desviar de la verdad la atención del público, de cómplice, de *untador*: el vocablo fue muy presto común, solemne, tremendo. Con semejante persuasión de que existían untadores, se debía descubrirlos, casi infaliblemente; todos los ojos estaban alerta; cada acto podía inspirar recelos. Y el recelo se convertía fácilmente en certeza, y la certeza en furor.

Dos hechos aduce en prueba Ripamonti, advirtiéndolo que los eligió no como los más atroces de los que se producían diariamente, sino porque de uno y de otro había sido por desgracia testigo.

En la iglesia de San Antonio, un día de no sé qué festividad, un viejo más que octogenario, tras haber rezado algún tiempo de rodillas, quiso sentarse; y antes, con la capa, limpió el polvo del banco. «¡Ese viejo está untando los bancos!», gritaron al unísono algunas mujeres que vieron el acto. La gente que se hallaba en la iglesia (¡en la iglesia!) se echó encima del viejo; lo agarran del pelo, blanco como era; le asestan puñetazos y patadas; en parte tiran de él, en parte lo empujan afuera; y, si no lo mataron, fue para arrastrarlo así, medio muerto, a la cárcel, a los jueces, a la tortura. «Yo lo vi mientras lo arrastraban así —dice Ripamonti—, y no volví a saber más; creo que no haya podido sobrevivir más que unos momentos».

El otro caso (se produjo al día siguiente) fue igualmente extraño, pero no igualmente funesto. Tres jóvenes compañeros franceses, un literato, un pintor, un arquitecto, llegados a ver Italia, a estudiar las antigüedades y a buscar ocasión de ganancia, se habían acercado a no sé qué parte exterior de la catedral, y allí estaban mirándola atentamente. Alguien que pasaba los ve y se detiene; se los señala a otro, a otros que llegan; se formó un corrillo, para mirar, para vigilarlos, pues sus ropajes, sus peinados, las alforjas, los denunciaban como extranjeros y, lo que era peor, como franceses. Como para asegurarse de que se trataba de mármol, ellos extendieron la mano para tocar. Bastó con eso. Fueron rodeados, agarrados, maltratados, empujados, a fuerza de sacudidas, a la cárcel. Por suerte el palacio de Justicia no estaba muy lejos de la catedral; y, por suerte aún más feliz, fueron hallados inocentes y puestos en libertad.

Tales cosas no ocurrían solamente en la ciudad: el frenesí se había propagado como el contagio. El viandante a quien los campesinos encontrasen fuera del camino real, o que por él haraganease mirando acá y allá, o se tendiese a descansar; el desconocido en quien se encontrase algo extraño o sospechoso en el rostro, en las ropas, eran untadores; al primer aviso de quien fuera, al grito de un muchacho, se tocaba a rebato, se acudía; los infelices eran acosados a pedradas, o, presos, eran conducidos, entre el furor del pueblo, a la cárcel. Eso dice el mismo Ripamonti. Y la prisión, hasta cierto tiempo, era un puerto de salvación.

Pero los decuriones, no desalentados por la negativa del prudente prelado, reiteraban sus instancias, que el voto público secundaba ruidosamente. Federigo se resistió aún un tiempo, trató de convencerlos; eso es todo lo que pudo la cordura de un hombre contra la fuerza de los tiempos y la insistencia de muchos. En aquel estado de opinión, con la idea del peligro, confusa como entonces era, discutida, muy lejos de la evidencia que hoy se encuentra, no es difícil entender cómo sus buenas razones podían, incluso en su mente, verse subyugadas por las malas de los otros. Además, si en la cesión que hizo, tenía o no tenía su parte un poco de debilidad de la voluntad, son misterios del corazón humano. En verdad, si en algún caso parece que se pueda atribuir en todo el error al intelecto y disculpar a la conciencia, es cuando se trata de esos pocos (y este fue de ese número) en cuya vida aparece un obedecer resuelto a la conciencia, sin consideración a intereses temporales de ningún género. Conque, al reiterarse las instancias, cedió, consintió en que se hiciera la procesión, y consintió también en el deseo, la solicitud general, de que la caja donde estaban encerradas las reliquias de san Carlos permaneciese después expuesta, durante ocho días, en el altar mayor de la catedral.

No hallo que el Tribunal de la Sanidad, ni otros, hicieran protestas ni oposición de ninguna suerte. Solamente, el antedicho tribunal ordenó algunas precauciones que, sin remediar el peligro, indicaban que lo temía. Prescribió reglas más estrechas para la entrada de personas en la ciudad; y, para asegurar su ejecución, mandó cerrar las puertas; como también, con el fin de excluir, en la medida de lo posible, de la reunión a apestados y a sospechosos, mandó clavar las puertas de las casas secuestradas; estas, en cuanto puede valer, en un hecho de esta clase, la simple afirmación de un escritor, y de un escritor de aquel tiempo, eran unas quinientas^[71].

Tres días se emplearon en preparativos: el 11 de junio, que era el día fijado, la procesión salió, con el alba, de la catedral. Marchaba delante una larga fila de pueblo, mujeres en su mayoría, cubierto el rostro con amplios

cendales, muchas descalzas y vestidas de saco. Venían después los gremios, precedidos por sus gonfalones, las cofradías, con sus trajes de diversas formas y colores; después las comunidades religiosas, después el clero secular, cada uno con las insignias de su grado y con una vela o un hachón en la mano. En el centro, entre la claridad de más intensas luces, entre un rumor más alto de cantos, avanzaba la caja, llevada por cuatro canónigos, ataviados con gran pompa, que se cambiaban de vez en cuando. Por los cristales se divisaba el venerado cadáver, vestido con espléndidas ropas pontificales y mitrado el cráneo; y en las formas mutiladas y descompuestas se podía aún distinguir algún vestigio del antiguo semblante, como lo representan las imágenes, como algunos recordaban haberlo visto y honrado en vida. Tras los despojos del pastor muerto (dice Ripamonti, de quien tomamos principalmente esta descripción), y próximo a él, como por méritos de sangre y de dignidad, y ahora también de su persona, iba el arzobispo Federigo. Seguía otra parte del clero; después los magistrados, con los trajes de más ceremonia; después los nobles, unos vestidos fastuosamente, como en solemne demostración de culto, otros, en señal de penitencia, enlutados, o descalzos y con capas, con la capucha sobre el rostro; todos con hachones. Finalmente una cola de más pueblo mezclado.

Toda la calle estaba engalanada de fiesta; los ricos habían sacado sus piezas más valiosas; las fachadas de las casas pobres habían sido adornadas por los vecinos acomodados o a expensas públicas; en unos lugares en vez de colgaduras, en otros sobre las colgaduras, había frondosas ramas; por todas partes colgaban cuadros, inscripciones, escudos; en los alféizares de las ventanas se exponían jarrones, antiguallas, diversas rarezas; luces por todas partes. En muchas de las ventanas, enfermos incomunicados miraban la procesión y la acompañaban con sus preces. Las otras calles mudas, desiertas; salvo que algunos, también desde las ventanas, tendían el oído al murmullo vagabundo; otros, y entre estos se vieron hasta monjas, habían subido a los tejados, por si desde allí podían ver de lejos la caja, el cortejo, algo.

La procesión pasó por todos los barrios de la ciudad: en cada una de las encrucijadas, o plazuelas, donde las calles principales desembocan en los arrabales, y que entonces conservaban el antiguo nombre de *cuadrivios*, de los que ahora ha quedado uno solo, se hacía una parada, dejando la caja junto a la cruz que en cada uno había sido erigida por san Carlos, en la peste anterior, algunas de las cuales aún están en pie; de manera que se volvió a la catedral bastante después del mediodía.

Y he aquí que al día siguiente, justamente mientras reinaba la presuntuosa confianza, e incluso en muchos una fanática seguridad de que la procesión tenía que haber truncado la peste, las muertes aumentaron, entre cada clase, en todas las partes de la ciudad, hasta tal extremo, con un salto tan subitáneo, que no hubo quien no viera la causa, o la ocasión, en la procesión misma. Mas, ¡oh, fuerzas admirables y dolorosas de un prejuicio general!, los más atribuían aquel efecto no ya a encontrarse juntas tantas personas y durante tanto tiempo, no a la infinita multiplicación de los contactos fortuitos; los atribuían a la facilidad que habían hallado los untadores para realizar a lo grande su impío designio. Se dijo que, mezclados con la muchedumbre, habían inficionado con su ungüento a cuantos más habían podido. Pero como esto no parecía un medio suficiente, ni apropiado a una mortandad tan vasta y tan difundida entre toda clase de personas; como, al parecer, no había sido posible para el ojo tan atento y tan penetrante de la sospecha el descubrir pringue, manchas de ninguna clase, en los muros ni en otras partes; así, se recurrió, para explicar el hecho, al otro hallazgo, ya viejo y admitido entonces en la ciencia común de Europa, de los polvos ponzoñosos y maléficos; se dijo que tales polvos, esparcidos a lo largo de la calle, y especialmente en los lugares de las paradas, se habían pegado a las colas de los trajes, y tanto más a los pies, que en gran número habían andado ese día descalzos. «Viose, pues —dice un escritor contemporáneo—,^[72] el mismo día de la procesión, la piedad chocar con la impiedad, la perfidia con la sinceridad, la pérdida con la ganancia». Cuando era en cambio el pobre juicio humano el que chocaba con los fantasmas creados por él.

Desde ese día, la fuerza del contagio fue siempre en aumento: en poco tiempo casi no quedó casa que no se viera tocada; en poco tiempo, la población del lazareto, según dice Somaglia, antes citado, ascendió de dos mil a doce mil; más adelante, según casi todos, llegó hasta dieciséis mil. El 4 de julio, como encuentro en otra carta de los encargados de la Sanidad al gobernador, la mortandad diaria sobrepasaba los quinientos. Más adelante, en su colmo, llegó, según el cálculo más común, a mil doscientos, mil quinientos; y a más de tres mil quinientos, si queremos dar crédito a Tadino. El cual afirma también que «por las diligencias hechas», después de la peste, se encontró la población de Milán reducida a poco más de sesenta y cuatro mil almas, cuando antes pasaba de doscientas cincuenta mil. Según Ripamonti, era de solo doscientas mil: de los muertos, dice que resultaban ciento cuarenta mil de los registros municipales, amén de los que no se pudo llevar la cuenta. Otros dicen más o menos, pero aún más al azar.

Piénsese ahora en qué angustias debían de hallarse los decuriones, sobre quienes había recaído la carga de proveer a las necesidades públicas, de remediar lo que era remediable en tal desastre. Era preciso cada día sustituir, cada día aumentar los servidores públicos de varias especies: *monatos*^[73], ordenanzas, comisarios. Los primeros estaban destinados a los servicios más penosos y peligrosos de la pestilencia: sacar de las casas, de las calles, del lazareto, los cadáveres; llevarlos en carros a las fosas y enterrarlos; llevar o guiar al lazareto los enfermos y atenderlos; quemar, desinfectar la ropa infecta y sospechosa. Su nombre quiere Ripamonti que venga del griego *monos*; Gaspere Bugatti (en una descripción de la peste anterior), del latín *monere*; pero al tiempo duda, y con más razón, si será palabra alemana, por ser reclutados aquellos hombres en su mayoría en Suiza y en los Grisones. Y no sería nada absurdo creerlo una apócope del vocablo *monathlich* («mensual»); ya que, en la incertidumbre de cuánto podía durar la necesidad, es probable que los acuerdos se hicieran solo mes a mes. El empleo especial de los ordenanzas era preceder a los carros, advirtiéndolo, con el sonido de una campanilla, a los transeúntes de que se retirasen. Los comisarios mandaban en unos y otros, bajo las órdenes inmediatas del Tribunal de la Sanidad. Era preciso tener provisto el lazareto de médicos, de cirujanos, de medicinas, de comida, de todos los enseres de enfermería; había que encontrar y preparar nuevo alojamiento para los enfermos que llegaban cada día. Se mandaron para este efecto construir a toda prisa cabañas de madera y de paja en el espacio interior del lazareto; se fundó uno nuevo, todo de cabañas, ceñido por un simple tabique de tablas y capaz de contener a cuatro mil personas. Y, al no bastar, se decretaron dos más; se puso manos a la obra; pero, por falta de medios de todas clases, quedaron sin acabar. Los medios, las personas, el valor disminuían a medida que la necesidad aumentaba.

Y no solo la ejecución iba siempre a la zaga de los proyectos y de las órdenes; no solo a muchas necesidades, incluso demasiado reconocidas, se proveía escasamente, hasta en palabras; se llegó a ese exceso de impotencia y de desesperación de que a muchas, y de las más lamentables y urgentes, no se proveía de ninguna manera. Moría, por ejemplo, de abandono gran cantidad de niños, cuyas madres habían muerto de peste: la Sanidad propuso que se estableciese un asilo para ellos y para las parturientas necesitadas, que se hiciera algo por ellos; mas no pudo obtener nada. «Se debía no obstante — dice Tadino — compadecer también al Consejo de los Decuriones, los cuales se hallaban afligidos, apesadumbrados y desgarrados por la Soldadesca sin regla, ni respeto alguno; y mucho menos en el infeliz Ducado, visto que ni

ayuda alguna, ni medidas se podían obtener del Gobernador, salvo que se encontraba en tiempo de guerra, y era menester tratar bien a los Soldados»^[74]. ¡Tanto importaba tomar Casale! ¡Tan hermosa parece la gloria del vencer, independientemente de la causa, del fin por el que se combate!

Así, encontrándose colmada de cadáveres una amplia pero única fosa que se había excavado junto al lazareto, y quedando no solo en él, sino en todas partes de la ciudad, insepultos los nuevos cadáveres, que cada día eran más, los magistrados, tras haber buscado en vano brazos para tan triste trabajo, se vieron reducidos a confesar que ya no sabían qué partido tomar. Y a saber cómo habría acabado la cosa de no llegar un socorro extraordinario. El presidente de la Sanidad recurrió, desesperado, con lágrimas en los ojos, a los dos buenos frailes que gobernaban el lazareto; y el padre Michele se comprometió a darle, al cabo de cuatro días, una ciudad limpia de cadáveres; y al cabo de ocho, abiertas las fosas suficientes, no solo para la necesidad presente, sino para la que pudiera preverse peor en el futuro. Con un fraile acompañante y con personas del tribunal que le dio el presidente, salió de la ciudad en busca de campesinos; y en parte con la autoridad del tribunal, en parte con la del hábito y de sus palabras, reunió unos doscientos, a los que mandó excavar tres grandísimas fosas; envió luego monatos al lazareto para recoger a los muertos; tanto hizo que, el día señalado, su promesa resultó cumplida.

Una vez el lazareto se quedó sin médicos y con ofrecimientos de grandes sueldos y honores, pudieron conseguirse, con trabajo y no de inmediato, aunque muchos menos de los precisos. A menudo se estuvo a punto de carecer totalmente de víveres, hasta temer que pudieran morir también de hambre; y más de una vez, cuando ya no se sabía a qué puerta llamar para encontrar lo necesario, llegaron a tiempo abundantes subsidios, por inesperada donación de la misericordia privada; pues, en medio del aturdimiento general, de la indiferencia por los demás, nacida del continuo temer por uno mismo, hubo ánimos siempre prontos a la caridad, y hubo otros en quienes la caridad nació al cesar toda alegría terrena; lo mismo que, entre la mortandad y la huida de muchos a quienes tocaba vigilar y proveer, hubo algunos, sanos siempre de cuerpo y fuertes de valor, en su puesto; hubo también otros que, impulsados por la piedad, asumieron y desempeñaron virtuosamente cargos a los que su oficio no los llamaba.

Donde sobresalió una más general y más pronta y constante fidelidad a los difíciles deberes de la circunstancia fue entre los eclesiásticos. En los lazaretos, en la ciudad, jamás faltó su asistencia; donde se padecía, allá

estaban; siempre se vieron mezclados, confundidos con los desfallecientes, con los moribundos, desfallecientes y moribundos a veces ellos mismos; a los auxilios espirituales agregaban, cuando podían, los temporales; prestaban cualquier servicio que exigieran las circunstancias. Más de sesenta párrocos, de la ciudad solamente, murieron de contagio; los ocho novenos, aproximadamente.

Federigo daba a todos, como era de esperar de él, estímulo y ejemplo. Muerta a su alrededor casi toda la familia arzobispal, e instándole parientes, altos magistrados, príncipes circunvecinos para que se alejase del peligro, retirándose a alguna quinta, rechazó tal consejo y se resistió a las instancias con el mismo ánimo con que escribía a los párrocos: «Estad prontos para abandonar esta vida mortal, antes que esta familia, esos hijos nuestros; marchad con amor al encuentro de la peste, como a un premio, como a una vida, cuando haya que ganar un alma para Cristo»^[75]. No descuidó las cautelas que no le impidieran cumplir con su deber (cosa sobre la cual también dio instrucciones y reglas al clero); y al mismo tiempo no se cuidó del peligro, ni pareció advertirlo cuando, para hacer el bien, había que arrostrarlo. Sin hablar de los eclesiásticos, con los cuales estaba siempre para alabar y guiar su celo, para excitar a los que andaban tibios en su trabajo, para mandarlos a los puestos donde otros habían muerto, quiso que estuviera abierto el paso a quienquiera que necesitara de él. Visitaba los lazaretos para consolar a los enfermos y para animar a los enfermeros; recorría la ciudad, llevando auxilios a los pobres secuestrados en las casas, parándose en las puertas, bajo las ventanas, a escuchar sus lamentos, a darles a cambio palabras de consuelo y aliento. Se metió en suma y vivió en medio de la pestilencia, maravillado también él al final de haber salido ileso.

Así, en los infortunios públicos y en las largas perturbaciones del orden acostumbrado, sea cual sea, se ve siempre un aumento, una sublimación de virtud; mas, por desgracia, jamás falta al tiempo un aumento, y de ordinario mucho más general, de perversidad. Y también este se notó. Los bribones, a quienes la peste perdonaba y no aterraba, encontraron en la confusión común, en el relajamiento de la fuerza pública una nueva ocasión de actividad y una nueva seguridad de impunidad a un tiempo. Más aún, pues el uso de la propia fuerza pública fue a encontrarse en gran parte en manos de los peores de ellos. Al empleo de monatos y ordenanzas no se adaptaban en general sino hombres en quienes el aliciente del robo y la licencia podía más que el terror al contagio, que toda repugnancia natural. Tenían prescritas estrictísimas reglas, intimidadas severísimas penas, asignados puestos, se les había dado como

superiores a los comisarios, como hemos dicho; sobre estos y aquellos había delegados, como hemos dicho, en todos los barrios, magistrados y nobles, con autoridad para proveer sumariamente en toda ocasión de buen gobierno. Tal orden de cosas caminó y surtió efecto hasta cierto punto; pero al crecer, día tras día, el número de los que morían, de los que se marchaban, de los que perdían la cabeza, se encontraron casi sin nadie que los frenara; se convirtieron, principalmente los monatos, en árbitros de todo. Entraban como dueños, o como enemigos, en las casas, y, sin hablar de rapiñas y de cómo trataban a los infelices reducidos por la peste a pasar por tales manos, las ponían, esas manos infectas y criminales, sobre sanos, hijos, padres, mujeres, maridos, amenazando con arrastrarlos al lazareto si no se rescataban, o no eran rescatados con dinero. Otras veces ponían precio a sus servicios, negándose a llevarse los cadáveres ya putrefactos por menos de tantos escudos. Se dijo (y, entre la ligereza de unos y la maldad de otros, es igualmente inseguro creerlo o no creerlo), se dijo, y lo afirma también Tadino^[76], que monatos y ordenanzas dejaban caer aposta de los carros ropas inficionadas, para propagar y mantener la pestilencia, convertida para ellos en unos ingresos, un reino, una fiesta. Otros desdichados, fingiéndose monatos, llevando una campanilla sujeta a un pie, como estaba prescrito a aquellos, como distintivo y aviso de que se acercaban, se introducían en las casas para hacer en ellas de todo. En algunas, abiertas y vacías de habitantes, o habitadas solamente por algún doliente, por algún moribundo, entraban ladrones a mansalva, a saquear; otras eran asaltadas e invadidas por esbirros que hacían lo mismo, y aun cosas peores.

A la par con la perversidad, creció la locura: todos los errores ya dominantes más o menos recibieron del atolondramiento y de la agitación de las mentes una fuerza extraordinaria, produjeron efectos más rápidos y más vastos. Y todos sirvieron para reforzar y engrandecer aquel miedo especial de las unturas, el cual, en sus efectos, en sus desahogos, era a menudo, como hemos dicho, otra perversidad. La imagen de aquel supuesto peligro asediaba y martirizaba los ánimos mucho más que el peligro real y presente. «Y mientras —dice Ripamonti— los cadáveres diseminados, o los montones de cadáveres, siempre ante los ojos, siempre entre los pies, hacían de la ciudad toda un solo funeral, había algo más feo, más funesto, en el recíproco ensañamiento, en el desenfreno y monstruosidad de las sospechas... No solo se desconfiaba del vecino, del amigo, del huésped; sino que los nombres, los vínculos del amor humano, marido y mujer, padre e hijo, hermano y hermana,

eran de terror; ¡y algo más horrible e indigno de decirse!, la mesa doméstica, el lecho nupcial se temían como asechanzas, como escondrijos de ponzoña».

La imaginada vastedad, la extrañeza de la trama turbaban todos los juicios, alteraban todas las razones de la confianza recíproca. Al principio, se creía solo que aquellos supuestos untadores estaban movidos por la ambición y la codicia; más adelante, se soñó, se creyó que había no sé qué placer diabólico en aquel untar, un atractivo que dominaba las voluntades. Los desvaríos de los enfermos que se acusaban a sí mismos de lo que habían temido de los otros parecían revelaciones y lo volvían todo, por así decirlo, creíble por cualquiera. Y más que las palabras debían impresionar las demostraciones, cuando ocurría que apestados delirantes iban haciendo aquellos actos que se habían figurado que debían de hacer los untadores: cosa muy probable, y al tiempo muy apropiada para explicar mejor la persuasión general y las afirmaciones de muchos escritores. Del mismo modo, en el largo y triste periodo de los procesos por brujería, las confesiones, no siempre arrancadas, de los acusados, sirvieron no poco para promover y mantener la opinión que reinaba en torno a ella; pues cuando una opinión reina mucho tiempo, y en buena parte del mundo, acaba expresándose de todas las maneras, intentando todas las salidas, recorriendo todos los grados de la persuasión; y es difícil que todos o muchísimos crean durante mucho tiempo que una cosa extraña se hace, sin que aparezca alguno que cree hacerla.

Entre las historias que aquel delirio de las unturas hizo imaginar, una merece que se la mencione, por el crédito que adquirió, y por cuánto se propagó. Se contaba, no por todos de la misma manera (que sería un privilegio demasiado singular para una fábula), pero más o menos, que alguien, tal día, había visto llegar a la plaza de la catedral un coche de seis caballos, y dentro, con otros, un gran personaje de cara hosca y enardecida, de ojos ardientes, con el cabello erizado y los labios en gesto de amenaza. Mientras aquel tal estaba mirando atentamente, el coche se había detenido; el cochero lo había invitado a subir, y él no se había atrevido a decir que no. Tras diversos rodeos, se habían apeado en la puerta de cierto palacio, donde entrando también él, con la compañía, había encontrado amenidades y horrores, desiertos y jardines, cuevas y salas; y, en ellas, fantasmas celebrando consejo. Finalmente, le habían mostrado grandes cajas de dinero y dicho que cogiera cuanto le agradase, aunque a condición de que aceptase un pomo de ungüento, para ir con él untando por la ciudad. Y, no habiendo querido consentir en ello, se había encontrado, en un abrir y cerrar de ojos, en el mismo lugar donde lo habían recogido. Esta historia, créida aquí

generalmente por el pueblo y, según dice Ripamonti, no bastante ridiculizada por algún hombre de peso^[77], corrió por toda Italia y fuera de ella. En Alemania hicieron un grabado; el arzobispo elector de Maguncia escribió al cardenal Federigo, para preguntarle qué debía creerse de los hechos asombrosos que se contaban de Milán; y recibió en respuesta que eran sueños.

De igual valor, aunque no en todo de igual naturaleza, eran los sueños de los doctos; como parejamente desastrosos eran sus efectos. Veían, la mayoría de ellos, el anuncio y al tiempo la razón de los males en un cometa aparecido el año 1628, y en una conjunción de Saturno con Júpiter, «inclinando — escribe Tadino— la antedicha conjunción sobre este año de 1630, tan clara que cualquiera la podía entender. *Mortales parat morbos, miranda videntur*»^[78]. Esta predicción, sacada, decían, de un libro titulado *Espejo de los almanaques perfectos*, impreso en Turín en 1623, corría por las bocas de todos. Otro cometa, aparecido en junio del mismo año de la peste, fue tomado por un nuevo aviso; más aún, por prueba manifiesta de las unturas. Rebuscaban en los libros, y por desgracia encontraban, en gran cantidad, ejemplos de peste, como decían, preparada: citaban a Livio, Tácito, Dión, ¿qué digo?, a Homero y Ovidio, y a otros muchos antiguos que han contado hechos semejantes o aludido a ellos; modernos tenían aún en más abundancia. Citaban a cien otros autores que trataron doctoralmente, o hablaron incidentalmente de venenos, hechizos, ungüentos, polvos: Cesalpino, Cardano, Grévin, Salio, Paré, Schenk, Zachia y, para acabar, al funesto Del Río, el cual, si el renombre de los autores estuviera en razón del bien y del mal producido por sus obras, debería ser uno de los más famosos; ese Del Río, cuyas patrañas costaron la vida a más hombres que las hazañas de un conquistador; ese Del Río, cuyas *Disquisiciones mágicas* (compendio de cuanto los hombres, hasta su tiempo, habían soñado sobre la materia), convertidas en el texto más autorizado, más irrefragable, fueron, durante más de un siglo, norma e impulso poderoso de legales, horribles, ininterrumpidas carnicerías.

De los hallazgos del vulgo, la gente instruida tomaba lo que se podía acomodar con sus ideas; de los hallazgos de la gente instruida, el vulgo tomaba lo que podía entender, y cómo lo podía; y con todo se formaba una masa enorme y confusa de pública demencia.

Pero lo que más asombro produce es ver a los médicos, digo a los médicos que desde el principio habían creído en la peste, y digo en especial a Tadino, el cual la había pronosticado, visto entrar, vigilado, por así decirlo, en su progreso, el cual había dicho y predicado que era peste y se pegaba por el

contacto, y que si no se ponía remedio se inficionaría todo el país, verlo después, de esos mismos efectos, deducir un argumento cierto de las unturas ponzoñosas y maléficas; a él, que en aquel Carlo Colonna, el segundo que murió de peste en Milán, había observado el delirio como un accidente de la enfermedad, verlo después aducir en prueba de las unturas y de la conjuración diabólica un hecho de esta clase: que dos testigos declaraban haber oído contar a un amigo enfermo cómo, una noche, habían llegado personas a su cuarto, a ofrecerle la curación y dinero, si accedía a untar las casas del contorno; y cómo, ante su negativa, los otros se habían marchado, y en su lugar había quedado un lobo bajo el lecho, y tres gatazos encima, «que permanecieron allí hasta el amanecer»^[79].

De haber sido uno solo quien razonase así, se podría decir que tenía una curiosa cabeza; o, más bien, no habría motivos para hablar de ello; mas como eran muchos, e incluso casi todos, forma parte de la historia del espíritu humano, y da ocasión para observar hasta qué punto una serie ordenada y razonable de ideas puede verse enmarañada por otra serie de ideas, lanzadas sin ton ni son. Por lo demás, aquel Tadino era aquí uno de los hombres más reputados de su tiempo.

Dos ilustres y beneméritos escritores han afirmado que el cardinal Federigo dudaba del hecho de las unturas^[80]. Nosotros quisiéramos tributar a esa ínclita y amable memoria una alabanza aún más total y presentar al buen prelado, en esta como en tantas otras cosas, superior a la mayoría de sus contemporáneos, mas nos vemos en cambio obligados a anotar de nuevo en él un ejemplo de la fuerza de la opinión común, incluso sobre las mentes más nobles. Se ha visto, al menos por lo que dice Ripamonti, que al principio verdaderamente estuvo en dudas; consideró además siempre que en esa opinión tenía gran parte la credulidad, la ignorancia, el miedo, el deseo de disculparse por haber reconocido tan tarde el contagio y pensado en ponerle remedio; que mucho había de exagerado, pero, al tiempo, que algo había de cierto. En la biblioteca ambrosiana se conserva una obrita escrita de su mano en torno a esa peste; y este sentimiento está insinuado a menudo, e incluso una vez enunciado expresamente. «Era opinión común —dice más o menos— que estos ungüentos se componían en varios lugares y que muchas eran las artes de ponerlos en práctica; de las cuales algunas nos parecen verdaderas, otras inventadas». He aquí sus palabras: *Unguenta uero haec aiebant componi conficique multifariam, fraudisque uias fuisse complures; quarum sane fraudum, et artium aliis quidem assentimur, alias uero fictas comentitiasque arbitramur*^[81].

Hubo empero quienes pensaron hasta el final, y mientras vivieron, que todo eran imaginaciones; y lo sabemos, no por ellos, pues ninguno fue bastante osado para exponer al público un sentimiento tan contrario al del público; lo sabemos por los escritores que lo ridiculizan o lo reprenden o lo rebaten, como prejuicio de algunos, como un error que no se atrevía a entrar en abierta disputa, pero que existía; lo sabemos también por quien tuvo de él noticia por tradición: «Encontré gente prudente en Milán —dice el buen Muratori, en el lugar antes citado— que tenía buenos informes de sus mayores y no estaba muy persuadida de que fuera cierto el hecho de esas unturas venenosas». Se ve que era un desahogo secreto de la verdad, una confianza doméstica: buen sentido había, pero estaba oculto, por temor al sentir común.

Los magistrados, disminuidos cada día y cada vez más descorazonados y confusos, emplearon toda la poca resolución de que eran capaces, por así decirlo, en buscar a aquellos untadores. Entre los papeles del tiempo de la peste, que se conservan en el archivo antes mencionado, hay una carta (sin ningún otro documento correspondiente) en la que el gran canciller informa, en serio y con gran premura, al gobernador de haber recibido aviso de que, en una casa de campo de los hermanos Girolamo y Giulio Monti, gentileshombres milaneses, se componía veneno en tanta cantidad que cuarenta hombres estaban ocupados «en este ejercicio», con la asistencia de cuatro caballeros brescianos, los cuales mandaban que se enviasen materiales del Véneto, «para la fábrica del veneno». Añade que él había tomado, con gran secreto, las disposiciones necesarias para enviar allá al podestá de Milán y al oidor de la Sanidad, con treinta soldados de caballería; que por desgracia uno de los hermanos había sido advertido a tiempo para poder esconder los indicios del delito, y probablemente por el propio oidor, amigo suyo; y que este encontraba excusas para no marchar; pero que, no obstante, el podestá con los soldados había ido a «reconocer la casa, y a ver si hallará algunos vestigios» y tomar informaciones y arrestar a todos los que fueran inculpados.

La cosa debió de acabar en nada, ya que los escritos del tiempo que hablan de las sospechas que había sobre aquellos gentileshombres no citan ningún hecho. Mas, por desgracia, en otra ocasión, se creyó haber encontrado.

Los procesos que se produjeron como consecuencia no eran ciertamente los primeros de tal género; y ni siquiera se los puede considerar una rareza en la historia de la jurisprudencia. Pues, por no hablar de la antigüedad y aludir solo a algo de tiempos más próximos a aquel del que tratamos, en Palermo, en 1526; en Ginebra, en 1530, después en 1545, una vez más en 1574; en Casale

Monferrato, en 1536; en Padua, en 1555; en Turín, en 1599, y de nuevo en ese mismo año de 1630 fueron procesados y condenados a suplicios, en su mayoría atrocísimos, alguno o muchos infelices, como reos de haber propagado la peste con polvos, con ungüentos, o con hechizos, o con todo eso junto. Pero el asunto de las llamadas unturas de Milán, como fue el más célebre, es quizá también el más observable; o, al menos, hay más campo de observación, por haber quedado documentos más circunstanciados y más auténticos. Y, aun cuando un escritor alabado poco antes se haya ocupado de ello, sin embargo, al haberse él propuesto no tanto hacer propiamente una historia, como deducir de él apoyo de razones para un asunto de mayor, y desde luego más inmediata importancia, nos ha parecido que la historia podía ser materia de un nuevo trabajo. Pero no es cosa de terminarla con pocas palabras, y no es este el lugar de tratarla con la extensión que merece. Y amén de eso, tras haberse detenido sobre esos hechos, el lector no se preocuparía ya, ciertamente, por conocer lo que queda de nuestro relato. Reservando, pues, para otro escrito la historia y el examen de aquellos^[82], regresaremos finalmente a nuestros personajes, para no volver a dejarlos más, hasta el final.

XXXIII

Una noche, hacia finales de agosto, en el mismo colmo de la peste, regresaba don Rodrigo a su casa, en Milán, acompañado por el fiel Griso, uno de los tres o cuatro que, de toda la familia, le habían quedado vivos. Regresaba de una tertulia de amigos que solían jaranear juntos, para olvidar la melancolía de la época: y cada vez había algunos nuevos y faltaban de los antiguos. Aquel día, don Rodrigo había sido uno de los más alegres; y, entre otras cosas, había hecho reír a toda la compañía, con una especie de elogio fúnebre del conde Attilio, arrebatado por la peste dos días antes.

Al caminar, empero, sentía un malestar, un abatimiento, una flojedad de piernas, una pesadez en la respiración, una quemazón interna, que habría querido atribuir solamente al vino, a la velada, a la estación. No abrió la boca en todo el camino; y la primera palabra, llegados a casa, fue ordenar al Griso que le alumbrase para ir a su cuarto. Cuando estuvieron allí, el Griso observó el rostro de su amo, trastornado, encendido, con los ojos fuera de las órbitas y brillantes, muy brillantes; y se mantenía apartado, pues, en aquellas circunstancias, cualquier belitre había tenido que adquirir, como suele decirse, ojo clínico.

—Estoy bien, mira —dijo don Rodrigo, que leyó en la actitud del Griso el pensamiento que pasaba por su mente—. Estoy pero que muy bien; aunque he bebido, quizá he bebido demasiado. ¡Había una garnacha...! Pero, con una buena dormida, todo se pasa. Tengo mucho sueño... Quítame esa luz de delante, que me deslumbra... ¡me molesta mucho...!

—Bromas de la garnacha —dijo el Griso, manteniéndose siempre a distancia—. Pero métase enseguida en cama vuestra señoría, que el dormir le hará bien.

—Tienes razón; si puedo dormir... Por lo demás, estoy bien. Ponme aquí cerca, de todos modos, esa campanilla, por si acaso esta noche necesitara algo; y estate atento, mira, por si oyes tocar. Pero no necesitaré nada... Llévate pronto esa maldita luz —prosiguió después, mientras el Griso

ejecutaba la orden, acercándose lo menos que podía—. ¡Diablos! ¿Por qué me molestará tanto?

El Griso cogió la luz y, deseando las buenas noches a su amo, se marchó a toda prisa, mientras el otro se metía en la cama.

Pero las mantas le parecieron una montaña. Las tiró y se acurrucó para dormir, pues en realidad se moría de sueño. Pero, apenas cerrados los ojos, se despertaba sobresaltado, como si alguien, por fastidiar, hubiera venido a darle una sacudida; y notaba crecer el calor, crecer el desasosiego. Recurría con el pensamiento a agosto, a la garnacha, a los excesos; habría querido echarles toda la culpa; pero a esas ideas las sustituía siempre por sí sola aquella que ahora estaba asociada con todas, que entraba, por así decirlo, por todos los sentidos, que se había metido en todas las conversaciones de las francachelas, ya que era más fácil tomarla a broma que pasarla en silencio: la peste.

Tras muchas vueltas, finalmente se durmió y comenzó a tener los sueños más horribles y enmarañados del mundo. Y, de uno en otro, le pareció encontrarse en una gran iglesia, arriba, muy arriba, en medio de una muchedumbre; encontrarse allí, pues no sabía cómo había ido, cómo se le había ocurrido la idea, especialmente en aquel tiempo; y estaba muy furioso. Miraba a los circunstantes: todos rostros descoloridos, macilentos, con unos ojos pasmados, deslumbrados, con los labios colgantes; toda gente con unos vestidos que se caían a trozos; y por los rotos se veían manchas y bubones. «¡Paso, chusma!», le parecía gritar, mirando a la puerta, que estaba lejos, muy lejos, y acompañando el grito con un rostro amenazador, aunque sin moverse, al contrario, encogiéndose para no tocar aquellos inmundos cuerpos, que ya lo tocaban demasiado por todas partes. Pero ninguno de aquellos insensatos daba muestras de querer apartarse, y ni siquiera de haber oído; y hasta se le echaban más encima; y sobre todo le parecía que alguno de ellos, con los codos o con otra cosa, lo oprimía a la izquierda, entre el corazón y la axila, donde sentía una punzada dolorosa y como pesada. Y, si se retorció para tratar de liberarse, al punto otro nuevo no sé qué venía a clavársele en el mismo sitio. Enfurecido, quiso echar mano a la espada; y justamente le pareció que, con el gentío, se le había subido, y era el pomo lo que le apretaba en aquel lugar; pero al echar mano no encontró la espada, y sintió en cambio un dolor más agudo. Alborotaba, estaba todo jadeante y quería gritar más fuerte, cuando le pareció que todos aquellos rostros se volvían hacia una parte. Miró también él: vio un púlpito, y por el borde asomar no sé qué cosa convexa, lisa y reluciente; después alzarse y aparecer con claridad una cabeza pelada, después dos ojos, un rostro, una barba larga y blanca, un fraile, erguido,

sobresaliendo del púlpito hasta la cintura, fray Cristoforo. El cual, fulminando con una mirada circular a todo el auditorio, le pareció a don Rodrigo que la detenía en su rostro, alzando al tiempo la mano, en la misma actitud que había adoptado en la sala baja de su castillejo. Entonces alzó también él la mano con furor, hizo un esfuerzo, como para lanzarse a agarrar aquel brazo extendido en el aire; una voz que estaba barbotando sordamente en su garganta estalló en un gran grito; y se despertó. Dejó caer el brazo que había alzado de veras; tardó algún tiempo en recobrarse, en abrir bien los ojos; pues la luz del día, ya avanzado, le molestaba tanto como la de la vela la noche antes; reconoció su cama, su cuarto; comprendió que todo había sido un sueño: la iglesia, el pueblo, el fraile, todo había desaparecido; todo salvo una cosa, aquel dolor en el lado izquierdo. Al mismo tiempo sentía en el corazón una palpitación violenta, jadeante, en las orejas, un zumbido, un silbido continuo, un fuego interior, una pesadez en todos los miembros, peor que cuando se había ido a la cama. Vaciló un momento antes de mirar al lado donde tenía el dolor; finalmente lo destapó, echó una ojeada temerosa: y vio un inmundado bubón de un violáceo amoratado.

El hombre se vio perdido; el terror de la muerte lo invadió, y, con una sensación tal vez más fuerte, el terror de ser presa de los monatos, de ser llevado y arrojado al lazareto. Y, buscando la manera de evitar esta horrible suerte, sentía que sus pensamientos se confundían y oscurecían, sentía aproximarse el momento en que perdería la cabeza, salvo lo suficiente para entregarse a la desesperación. Agarró la campanilla y la sacudió con violencia. Apareció al punto el Griso, que estaba alerta. Se detuvo a cierta distancia de la cama; miró atentamente a su amo y se confirmó en lo que, por la noche, había conjeturado.

—¡Griso! —dijo don Rodrigo, sentándose a duras penas—, siempre has sido mi hombre de confianza.

—Sí, señor.

—Siempre te he hecho bien.

—Por la bondad de vuestra señoría.

—¿Puedo confiar en ti...?

—¡Diablos!

—Estoy mal, Griso.

—Ya me he dado cuenta.

—Si sano, te haré aún más bien que el que te he hecho en el pasado.

El Griso no respondió nada y se quedó esperando adónde iban a parar aquellos preámbulos.

—No quiero confiar más que en ti —prosiguió don Rodrigo—. Hazme un favor, Griso.

—Mande vuestra señoría —dijo este, respondiendo con la fórmula solita a la insólita.

—¿Sabes dónde vive el cirujano Chiodo?

—Lo sé perfectamente.

—Es un hombre honrado que, si se le paga bien, guarda el secreto a los enfermos. Ve a llamarlo: dile que le daré cuatro, seis escudos por visita, y aún más, si más pide; pero que venga aquí al punto; y haz bien la cosa, que nadie se dé cuenta.

—Bien pensado —dijo el Griso—. Voy y regreso enseguida.

—Oye, Griso: dame antes un poco de agua. Siento una quemazón que no puedo más.

—No, señor —respondió el Griso—; nada sin la opinión del médico. Son enfermedades endiabladas: no hay que perder tiempo. Estese vuestra señoría quieto; en tres saltos estoy aquí con Chiodo.

Dicho esto, salió, entornando la puerta.

Don Rodrigo, bajo las mantas, lo acompañaba con la imaginación a casa de Chiodo, contaba los pasos, calculaba el tiempo. De vez en cuando volvía a mirar su bubón; pero torcía al punto la cabeza hacia otro lado con repugnancia. Pasado algún tiempo, empezó a estar con el oído atento, para sentir si el cirujano llegaba; y aquel esfuerzo de atención suspendía la sensación del mal y ponía en orden sus pensamientos. De repente, oye un tañido lejano, pero que le parece que viene de las habitaciones, no de la calle. Está atento: lo oye más intenso, más repetido, y al mismo tiempo un arrastrar de pies; una horrenda sospecha pasa por su mente. Se sienta en la cama y pone aún más atención: oye un ruido sordo en la estancia contigua, como de un peso dejado en el suelo con cuidado; saca las piernas de la cama, como para levantarse, mira hacia la puerta, la ve abrirse, ve aparecer y adelantarse dos raídos y sucios trajes rojos, dos caras de hereje, dos monatos, en una palabra; ve la mitad de la cara del Griso que, oculto tras una hoja entornada, está allí espiando.

—¡Ah, infame traidor...! ¡Fuera, canalla! ¡Biondino! ¡Carlotto! ¡Socorro! ¡Me asesinan! —grita don Rodrigo.

Mete una mano bajo la cabecera para buscar una pistola; la agarra, la saca; pero, al primer grito, los monatos habían echado a correr hacia la cama; el más rápido se le echa encima, antes de que él pueda hacer nada; le arranca la

pistola de la mano, la tira a lo lejos, le obliga a tumbarse y lo sujeta, gritando, con una mueca de rabia y de burla al tiempo:

—¡Ah, bribón! ¡Contra los monatos! ¡Contra los ministros del tribunal! ¡Contra los que hacen obras de misericordia!

—Sujétalo bien, hasta que nos lo llevemos —dijo su compañero, yendo hacia un arca.

Y en estas entró el Griso y se puso con él a forzar la cerradura.

—¡Criminal! —gritó don Rodrigo, mirándolo por debajo del que lo sujetaba y debatiéndose entre aquellos forzudos brazos—. Dejadme matar a ese infame —decía luego a los monatos—, y después haced conmigo lo que queráis.

Después volvía a llamar con cuanta voz tenía a sus otros servidores; pero era inútil, porque el abominable Griso los había enviado lejos, con falsas órdenes del propio amo, antes de ir a hacer a los monatos la propuesta de emprender aquella expedición y repartirse los despojos.

—Quieto, quieto —decía al desventurado Rodrigo el verdugo que lo tenía clavado en la cama. Y, volviendo después el rostro a los dos que hacían botín, gritaba—: ¡Haced las cosas como es debido!

—¡Tú! ¡Tú! —bramaba don Rodrigo hacia el Griso, a quien veía ajetrearse rompiendo, sacando dinero, ropas y haciendo partes—. ¡Tú! ¡Después de lo que...! ¡Ah, diablo del infierno! ¡Aún puedo curarme! ¡Puedo curarme!

El Griso no resollaba, y tampoco, en la medida de lo posible, se volvía hacia el lado de donde llegaban esas palabras.

—Sujétalo fuerte —decía el otro monato—, está fuera de sí.

Y ahora era cierto. Tras un gran grito, tras un último y más violento esfuerzo para liberarse, cayó de repente extenuado y torpe; pero seguía mirando, como fascinado, y de vez en cuando se recobraba, o se lamentaba.

Los monatos lo cogieron, uno por los pies y otro por los hombros, y fueron a depositarlo en una camilla que habían dejado en la estancia contigua; después uno regresó a coger la presa; y luego, alzando el miserable peso, se lo llevaron.

El Griso se quedó escogiendo a toda prisa lo que pudiera convenirle; hizo con todo un fardo y se marchó. Había tenido mucho cuidado de no tocar nunca a los monatos, de no dejarse tocar por ellos; pero en las últimas prisas por registrar, había cogido, junto a la cama, las ropas de su amo y las había sacudido, sin pensar en más, por ver si había dinero. Lo tuvo que pensar al día siguiente cuando, mientras estaba de juerga en una taberna, le entraron de

pronto escalofríos, se le nubló la vista, le faltaron las fuerzas y cayó. Abandonado por sus compañeros, fue a parar a manos de los monatos, que, despojándolo de cuanto de valor llevaba encima, lo echaron en un carro, sobre el cual expiró antes de llegar al lazareto, donde habían llevado a su amo.

Dejando ahora a este en la morada de los males, debemos ir en busca de otro, cuya historia jamás se habría cruzado con la suya de no haberlo querido él a la fuerza; y hasta se puede decir de cierto que no habrían tenido historia ni el uno ni el otro: me refiero a Renzo, a quien hemos dejado en la nueva hilandería con el nombre de Antonio Rivolta.

Había estado allí cinco o seis meses, salvo error; después, declarada la enemistad entre la república y el rey de España, y cesado por tanto todo temor de investigaciones y compromisos por la parte de aquí, Bortolo se había dado prisa a ir a buscarlo y tenerlo de nuevo consigo, porque lo quería mucho y también porque Renzo, como joven de talento y hábil en su oficio, era, en la fábrica, de gran ayuda para el factótum, sin poder aspirar nunca a serlo él, por aquella bendita desgracia de no saber manejar la pluma. Y, como también esta razón algo tuvo que ver, hemos querido mencionarla. Quizá vosotros querríais un Bortolo más ideal; no sé qué decir: fabricáoslo. Aquel era así.

Renzo se quedó después trabajando siempre a su lado. Más de una vez, y especialmente tras haber recibido alguna de aquellas benditas cartas de Agnese, se le antojó sentar plaza y acabar de una vez; las ocasiones no faltaban, pues justamente en aquel intervalo de tiempo la república había necesitado alistar a gente. La tentación había sido alguna vez tanto más fuerte para Renzo, cuanto que se había hablado incluso de invadir el Milanesado; y, naturalmente, le parecía una hermosa cosa volver a su casa como vencedor, ver de nuevo a Lucia y explicarse de una vez con ella. Pero Bortolo, con buenos modos, había sabido siempre apearlo de aquella resolución.

—Si han de ir —le decía—, irán también sin ti, y tú podrás ir después, cómodamente; si vuelven con la cabeza rota, ¿no será mejor haberte quedado en casa? No faltarán desesperados que vayan a abrir el camino. Y, ante todo, ¡veremos si ponen en él los pies...! Lo que es yo, soy incrédulo: estos ladran, pero ¡vaya! El Estado de Milán no es un bocado que se trague tan fácilmente. Se trata de España, hijo mío; ¿sabes lo que es España? San Marcos es fuerte en su casa, pero se necesita más. Ten paciencia: ¿no estás bien aquí...? Ya veo lo que quieres decir; pero, si está escrito allá arriba que la cosa salga, puedes estar seguro de que, sin hacer locuras, saldrá mejor. Algún santo te ayudará. Y créeme que no es oficio para ti. ¿Te parece que conviene dejar de

encanillar seda para irse a matar? ¿Qué vas a hacer con gente de esa ralea? Se necesitan hombres a propósito.

Otras veces Renzo se decidía a marcharse a escondidas, disfrazado, y con un nombre falso. Pero también Bortolo supo disuadirlo cada vez de ello, con razones fáciles de adivinar.

Al estallar después la peste en el Milanesado, y precisamente, como hemos dicho, en la raya de Bérgamo, no tardó mucho en cruzarla; y... no os asustéis, que no quiero contaros igualmente la historia de esta; para quien la quisiera, la hay, escrita de orden del gobierno por un tal Lorenzo Ghirardelli: libro raro, empero, y desconocido, aun cuando contenga quizá más materia que todas las descripciones más célebres de la pestilencia juntas. ¡De tantas cosas depende la celebridad de los libros! Lo que yo quería decir es que Renzo cogió también la peste, se curó por sí solo, esto es, no hizo nada; estuvo en punto de muerte, pero su buena complexión venció la fuerza del mal; en pocos días, se encontró fuera de peligro. Con el volver a la vida, resurgieron con más pujanza que nunca en su ánimo las memorias, los deseos, las esperanzas, los planes de la vida; es decir, que pensó más que nunca en Lucia. ¿Qué habría sido de ella, en aquel tiempo, en el que vivir era una excepción? Y, a tan poca distancia, ¡no poder saber nada! ¡Y permanecer, Dios sabe cuánto, en tal incertidumbre! Y aunque esta se disipara luego, cuando, cesado todo peligro, pudiera enterarse de que Lucia seguía con vida, estaba siempre aquel otro misterio, aquel enredo del voto. «Iré yo, iré a convencerme de todo de una vez —dijo entre sí, y lo dijo antes de estar aún en condiciones de tenerse en pie—. ¡Con tal de que esté viva! Encontrarla, la encontraré; oiré una vez de sus labios qué es esa promesa, le haré comprender que no puede ser y me la traeré conmigo, a ella y a esa pobre Agnese, ¡si está viva!, pues siempre me ha querido mucho, y estoy seguro de que todavía me quiere. ¿La orden de arresto? ¡Bah!, ahora tienen otra cosa en que pensar los que estén vivos. Andan seguros, también por aquí, personas que la tienen encima... ¿Va a haber salvoconducto solo para los bribones? Y en Milán todos dicen que la confusión es peor. Si dejo escapar una ocasión tan buena (¡La peste! ¡Fijaos en cómo nos hace a veces utilizar las palabras ese bendito instinto de referirlo y subordinarlo todo a nosotros mismos!), ¡no se presenta otra similar!».

Es de esperar, mi querido Renzo.

Apenas pudo arrastrarse fue en busca de Bortolo, el cual, hasta entonces, había podido eludir la peste y se cuidaba. No entró en la casa, sino que, dándole una voz desde la calle, hizo que se asomara a la ventana.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Bortolo—, te has librado. ¡Me alegro por ti!

—Aún estoy flojo de piernas, como ves, pero, en cuanto al peligro, salí de él.

—¡Ay! Quisiera estar en tu lugar. Antes, cuando se decía «Estoy bien», parecía decirse todo; pero ahora poco cuenta. El que pueda llegar a decir «Estoy mejor», ¡esa sí que es una hermosa expresión!

Renzo, tras haber expresado sus votos a su primo, le comunicó su resolución.

—Vete, esta vez, y que el cielo te bendiga —respondió aquel—. Trata de esquivar la justicia, como yo trataré de esquivar el contagio; y, si Dios quiere que salgamos bien los dos, volveremos a vernos.

—¡Oh!, seguro que regreso; ¡y si pudiera no regresar solo...! Basta, veremos.

—Regresa, regresa acompañado; que, si Dios quiere, habrá trabajo para todos, y nos haremos buena compañía. ¡Con tal de que me encuentres, y que haya pasado este diablo de influjo!

—Nos veremos, nos veremos; ¡tenemos que volver a vernos!

—Digo otra vez: ¡Dios lo quiera!

Durante unos días, Renzo hizo ejercicio para experimentar sus fuerzas y aumentarlas; y, en cuanto le pareció que podía aguantar el camino, se dispuso a partir. Se puso bajo las ropas un cinturón, con aquellos cincuenta escudos, que tenía intactos y de los que no había dicho una palabra a nadie, ni siquiera a Bortolo; cogió otro poco de dinero que había ahorrado día a día, escatimando en todo; se metió bajo el brazo un fardito de ropas; guardó en el bolsillo un certificado de buena conducta que le había pedido por si acaso a su segundo amo, con el nombre de Antonio Rivolta; en un bolsillo de los calzones metió un gran cuchillo, que era lo menos que un hombre de bien podía llevar en aquellos tiempos, y emprendió el camino a últimos de agosto, tres días después de que llevaran a don Rodrigo al lazareto. Se dirigió hacia Lecco, pues quería, para no ir a ciegas a Milán, pasar por su pueblo, donde esperaba encontrar viva a Agnese y empezar a saber por ella alguna de las muchas cosas que se consumía por saber.

Los pocos que habían sanado de la peste eran, entre el resto de la población, una verdadera clase privilegiada. Gran parte de la otra gente languidecía o moría; y los que hasta entonces no habían contraído el morbo vivían en continuo temor; andaban reservados, recelosos, con pasos mesurados, con rostros desconfiados, con prisa y vacilación al tiempo; pues todo podía ser contra ellos arma de herida mortal. Los primeros, al contrario,

casi seguros de sí (ya que tener dos veces la peste era caso más prodigioso que raro), andaban en medio del contagio francos y resueltos, al igual que los caballeros de una época de la Edad Media, guarnecidos de hierro de pies a cabeza, y sobre palafrenes también preparados, en la medida factible, de esa manera, andaban al azar (y de ahí su gloriosa denominación de andantes), al azar y a la ventura, en medio de una pobre chusma pedestre de ciudadanos y villanos que, para rechazar y amortiguar los golpes, no llevaban encima sino harapos. ¡Hermoso, prudente y útil oficio!, oficio, justamente, para interpretar el primer papel en un tratado de economía política.

Con tal seguridad, aunque atemperada por las inquietudes que el lector conoce, y contristada por el espectáculo frecuente, por el pensamiento incesante de la calamidad común, marchaba Renzo hacia su casa, bajo un hermoso cielo y por un hermoso país, mas sin encontrar, después de largos tramos de tristísima soledad, sino sombras vagantes en vez de personas vivas, o cadáveres llevados a la fosa, sin honra de exequias, sin cantos, sin acompañamiento. A cosa de la mitad de la jornada, se detuvo en un bosquecillo a comer un poco de pan y compango que había llevado consigo. De fruta tenía a su disposición, a lo largo del camino, más de la necesaria: higos, melocotones, ciruelas, manzanas, cuantos quisiera; bastaba con entrar en los campos a cogerla bajo los árboles, donde había tanta como si hubiese granizado; pues el año había sido extraordinariamente abundante, en especial en fruta, y casi no había quien hiciera caso de ella; hasta las uvas ocultaban, por así decirlo, los pámpanos, y habían quedado a disposición del primero que llegara.

Hacia el atardecer, divisó su pueblo. Ante aquella vista, aun cuando debía de haberse preparado, sintió que se le encogía el corazón; lo asaltó de golpe una multitud de recuerdos dolorosos, y de dolorosos presentimientos: le parecía tener en los oídos aquellos siniestros toques de rebato que lo habían como acompañado, perseguido, cuando había huido de aquellos lugares; y al tiempo sentía, por así decirlo, el silencio de muerte que reinaba a su llegada. Experimentó una turbación aún más fuerte al desembocar en la plazuela de la iglesia; y se esperaba cosas aún peores al término de su viaje, pues había planeado parar en la casa que solía antaño llamar la casa de Lucia. Ahora solo podía ser, a lo sumo, la de Agnese; y la única gracia que esperaba del cielo era encontrarla con vida y con salud. Y en esa casa se proponía pedir alojamiento, conjeturando con razón que ya la suya no debía de ser más que morada de ratones y garduñas.

No queriendo que lo vieran, tomó por un sendero de fuera, el mismo por el que había marchado en buena compañía, aquella noche tan especial, para sorprender al cura. A cosa de la mitad estaba a un lado la viña y al otro la casita de Renzo; de modo que, al pasar, podría entrar un momento en una y otra, y ver un poco cómo estaba su hacienda.

Al caminar miraba hacia delante, ansioso y temeroso al tiempo de ver a alguien; y, tras unos pasos, vio, en efecto, a un hombre en mangas de camisa, sentado en el suelo, con las espaldas apoyadas en un seto de jazmines y con apariencia de insensato; por esta, y también por la fisionomía, le pareció reconocer al pobre bobo de Gervaso, que había ido como segundo testigo en la desdichada expedición. Pero al acercarse tuvo que comprobar que era en cambio aquel Tonio tan despierto que lo había llevado. La peste, privándolo del vigor del cuerpo y de la mente, había desvelado en su rostro y en cada uno de sus actos un pequeño y velado germen de semejanza que tenía con su atontado hermano.

—¡Oh, Tonio! —le dijo Renzo, parándose ante él—, ¿eres tú?

Tonio alzó los ojos, sin mover la cabeza.

—¡Tonio! ¿No me reconoces?

—A quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga —respondió Tonio, quedándose después con la boca abierta.

—La tienes encima, ¿eh? ¡Pobre Tonio! Pero ¿no me reconoces?

—A quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga —replicó aquel, con cierta sonrisa boba.

Renzo, viendo que no le sacaría más, siguió su camino, más contristado. Y he aquí doblar por una esquina y adelantarse una cosa negra, en la que reconoció al punto a don Abbondio. Caminaba despacio, muy despacio, llevando el bastón como si este lo llevara a él; y, a medida que se acercaba, se podía reconocer cada vez mejor en su rostro pálido y demacrado, y en cada gesto, que también él debía de haber pasado su borrasca. Miraba también él; le parecía y no le parecía; veía algo de forastero en aquel traje, pero era justamente de forastero de Bérghamo.

«¡No hay duda de que es él!», dijo para sí, y alzó las manos al cielo, con un movimiento de descontento asombro, quedándole suspendido en el aire el bastón que llevaba en la diestra; y se veían aquellos pobres brazos bailar en las mangas, donde antaño apenas si cabían. Renzo fue a su encuentro, apretando el paso, y le hizo una reverencia, pues, aunque se habían separado como sabéis, seguía siendo su párroco.

—¿Estáis aquí, vos? —exclamó don Abbondio.

—Aquí estoy, como ve vuestra merced. ¿Se sabe algo de Lucia?

—¿Qué queréis que se sepa? No se sabe nada. Está en Milán, si es que aún está en este mundo. Pero vos...

—Y Agnese ¿está viva?

—Puede ser; pero ¿quién queréis que lo sepa? No está aquí. Pero...

—¿Dónde está?

—Se ha ido a vivir a la Valsassina, con esos parientes suyos, en Pasturo, ya sabéis; dicen que allá la peste no hace tantos estragos como aquí. Pero vos, digo...

—Pues sí que lo siento. ¿Y el padre Cristoforo?

—Se marchó hace mucho. Pero...

—Lo sabía; me lo escribieron. Preguntaba si por casualidad había vuelto por aquí.

—¡Oh, claro!, no se ha vuelto a saber de él. Pero vos...

—Pues siento también eso.

—Pero vos, digo, ¿qué venís a hacer por acá? ¡Por amor del cielo! ¿No sabéis de esa bagatela de la orden de captura...?

—¿Qué me importa? Tienen otras cosas en que pensar. He querido venir también yo para ver cómo andan mis cosas. ¿Y no se sabe nada...?

—¿Qué queréis ver? Ahora ya no hay nadie, ya no hay nada. Lo que digo, con esa bagatela de la captura, venir aquí, al pueblo, a la boca del lobo, ¿es tener juicio? Haced lo que os dice un viejo que está obligado a tener más que vos, y que os habla por el amor que os tiene; ataos bien los zapatos y, antes de que nadie os vea, regresad por donde habéis venido; y, si ya os han visto, razón de más para regresar a la carrera. ¿Os parece que son aires para vos, estos? ¿No sabéis que han venido a buscaros, que han registrado y registrado, que lo han puesto todo patas arriba...?

—¡Demasiado lo sé! ¡Bribones!

—Pues entonces...

—Ya le digo que no me preocupa. Y aquel, ¿está aún vivo? ¿Está aquí?

—Os digo que no hay nadie; os digo que no penséis en las cosas de aquí; os digo que...

—Pregunto si está aquí, aquel.

—¡Oh, santo cielo! Mirad lo que decís. ¿Es posible que aún os dure la furia, después de lo pasado?

—¿Está o no está?

—No está, se marchó. Pero, y la peste, hijo, ¡la peste! ¿Quién anda por ahí, con estos tiempos?

—Si no hubiese más que la peste en el mundo... lo digo por mí: la tuve, y estoy libre.

—Pero ¿cómo?, pero ¿cómo? ¿No son avisos estos? Cuando uno se ha librado de una de esta clase, me parece que debería dar gracias al cielo, y...

—Y se las doy.

—Y no ir en busca de otras, digo. Haced como yo...

—También la ha tenido vuestra merced, señor cura, si no me engaño.

—¡Sí, la he tenido! Pérfida e infame fue: estoy aquí por milagro; basta con decir que me ha dejado tan malparado como veis. Ahora necesitaba un poco de tranquilidad, para levantar cabeza; vaya, empezaba a estar un poco mejor... En nombre del cielo, ¿qué venís a hacer aquí? Volveos...

—Vuestra merced siempre con que me vuelva. Para volverme, no tenía que haberme movido. Dice vuestra merced: ¿a qué venís?, ¿a qué venís? ¡Esa sí que es buena! Vengo, yo también, a mi casa.

—A vuestra casa...

—Dígame: ¿han muerto muchos aquí?

—¡Ay, ay! —exclamó don Abbondio; y, comenzando por Perpetua, nombró una retahíla de personas y de familias enteras.

Renzo se esperaba por desgracia algo parecido; pero al oír tantos nombres de personas conocidas, de amigos, de parientes, estaba dolorido, con la cabeza gacha, exclamando a cada momento:

—¡Pobrecillo!, ¡pobrecilla!, ¡pobrecillos!

—¡Ya veis! —continuó don Abbondio—, y aún no ha acabado. Si los que quedan no tienen juicio esta vez y se quitan todos los pájaros de la cabeza, no habrá más que el fin del mundo.

—No se preocupe, que no me he echado cuentas de quedarme aquí.

—¡Ah!, ¡loado sea el cielo, que os ha convencido! Y, claro, tenéis intención de regresar al Bergamasco.

—No se preocupe por eso.

—¿Cómo? ¿No querréis hacerme un disparate peor que este?

—No se preocupe vuestra merced, le digo; es asunto mío: ya no soy un niño, tengo uso de razón. Espero que, de cualquier modo, no dirá a nadie que me ha visto. Vuestra merced es sacerdote; yo soy su oveja; no querrá traicionarme.

—Entendido —dijo don Abbondio, suspirando airadamente—, entendido. Queréis arruinaros vos y arruinarme a mí. No os basta con lo que habéis pasado; no os basta con lo que he pasado yo. Entendido, entendido.

Y, mientras seguía farfullando entre dientes estas últimas palabras, reanudó su camino.

Renzo se quedó allí triste y descontento, pensando dónde iría a alojarse. En la enumeración de muertos hecha por don Abbondio había una familia de campesinos arrebatada toda por el contagio, salvo un mozo, de la edad de Renzo más o menos, y compañero suyo desde pequeñito; la casa estaba a unos pasos, fuera del pueblo. Pensó en ir allí.

Al ir hacia allá, pasó ante su viña; ya desde fuera pudo deducir al punto en qué situación estaba. No se veía por encima del muro ni la más pequeña copa, ni una rama de árbol de los que había dejado; si algo se veía, eran cosas nacidas en su ausencia. Se asomó a la abertura (de la cancela no quedaban ni los goznes); echó un vistazo en torno: ¡pobre viña! Durante dos inviernos seguidos, la gente del pueblo había ido a hacer leña, «a la tierra de ese pobrecillo», como decían. Vides, moreras, frutales de todas clases, todo había sido arrancado por las malas, o cortado desde el pie. Se veían, empero, vestigios de los viejos cultivos: jóvenes sarmientos, en filas interrumpidas, pero que aún marcaban la huella de las hileras abandonadas; acá y allá, renuevos o brotes de moreras, de higueras, de melocotoneros, de cerezos, de ciruelos; pero también eso se veía diseminado, sofocado, en medio de una nueva, variada y tupida generación, nacida y crecida sin ayuda de la mano del hombre. Era un tropel de ortigas, de helechos, de cizaña, de grama, de avena loca, de amarantos verdes, de dientes de león, de acederillas, de panizos silvestres y de otras plantas tales; de esas, quiero decir, con las que el campesino de todos los países ha hecho a su modo una gran clase, denominándolas malas hierbas, o algo similar. Era un batiburrillo de tallos que intentaban sobrepujarse unos a otros en el aire, o adelantarse unos a otros, arrastrándose sobre el terreno, en resumen, robarse el sitio de todas las maneras; una confusión de hojas, de flores, de frutas, de cien colores, de cien formas, de cien tamaños: espiguillas, panochitas, grupos, manojos, cabezuelas blancas, rojas, amarillas, azules. Entre esa confusión de plantas había algunas más notables y vistosas, aunque no mejores, al menos en su mayoría: la uva silvestre, más alta que todas, con sus ramas extendidas, rojizas, con sus pomposas hojizas de un verde oscuro, algunas ya bordeadas de púrpura, con sus racimos compactos, guarnecidos de bayas moradas abajo, purpúreas más arriba, después verdes, y en lo alto de florecitas blanquecinas; el verbasco, con sus grandes hojas lanudas en el suelo y el tallo erguido en el aire, y las largas espigas diseminadas y como estrelladas por vivas flores amarillas; cardos, hirsutos en las ramas, en las hojas, en los cálices, de donde salían

mechones de flores blancas o purpúreas, o bien se desprendían, arrastrados por el viento, penachuelos plateados y ligeros. Aquí una gran cantidad de enredaderas que trepaban y se enroscaban en los nuevos retoños de una morera, recubriéndolos todos con sus hojas colgantes, y de lo alto de ellas se bamboleaban sus campanillas cándidas y blandas; allá una calabaza silvestre, con sus granos bermejos, se había enroscado en los sarmientos nuevos de una vid, la cual, tras buscar en vano un sostén más sólido, había prendido a su vez sus zarcillos en ella; y, mezclando sus débiles tallos y sus hojas no muy distintas, crecían unas y otras, como suele ocurrir con los débiles, que se apoyan recíprocamente. Zarzas había por doquier: iban de una planta a otra, subían, bajaban, replegaban sus ramas o las extendían, según los casos; y, atravesadas ante la propia linde, parecían estar allí para impedir el paso, incluso al dueño.

Pero a este no le interesaba entrar en semejante viña; y quizá no estuvo tanto tiempo mirándola, como nosotros haciendo este breve esbozo. Siguió de largo: no muy lejos estaba su casa; atravesó el huerto, caminando hasta media pierna entre las malas hierbas que lo poblaban y cubrían, como la viña. Puso el pie en el umbral de una de las dos estancias de la planta baja: al ruido de sus pasos, al asomarse, un desbarajuste, una entrecruzada huida de grandes ratas, un esconderse entre la suciedad que cubría todo el pavimento: era aún el lecho de los lansquenets. Echó un vistazo a las paredes: desconchadas, embadurnadas, ahumadas. Alzó los ojos al techo: colgaduras de telarañas. No había más. Se marchó también de allá, echándose las manos a la cabeza; retrocedió, deshaciendo el sendero que había abierto él un momento antes; tras unos pasos, cogió por una callejuela a mano izquierda que daba al campo; y, sin ver ni oír un alma, llegó a la casita donde había pensado parar. Ya empezaba a oscurecer. Su amigo estaba en la puerta, sentado en una banqueta de madera, con los brazos cruzados, con los ojos clavados en el cielo, como un hombre aturdido por las desgracias y embrutecido por la soledad. Al oír un ruido de pasos, se volvió a mirar quién era, y, por lo que le pareció vislumbrar, entre las ramas y las frondas, dijo, en voz alta, poniéndose de pie y alzando las manos:

—¿Es que yo soy el único? ¿No hice bastante ayer? Dejadme un rato en paz, que también esa será una obra de misericordia.

Renzo, no sabiendo qué quería decir aquello, le respondió llamándolo por su nombre.

—¡Renzo...! —dijo el otro, exclamando e interrogando al tiempo.

—El mismo —dijo Renzo; y corrieron uno hacia otro.

—¡Conque eres tú! —dijo el amigo, cuando estuvieron cerca—, ¡oh, qué gusto me da verte! ¿Quién lo habría pensado? Te había tomado por Paolin el de los muertos, que viene siempre a atormentarme, para que vaya a enterrar. ¿Sabes que me he quedado solo? ¡Solo, solo, como un ermitaño!

—Por desgracia lo sé —dijo Renzo.

Y así, trocando y mezclando atropelladamente saludos, preguntas y respuestas, entraron juntos en la casucha. Y allí, sin interrumpir la conversación, el amigo empezó a ajetrearse para hacer los honores a Renzo, lo mejor que podía tan de improviso y en aquellos tiempos. Puso agua al fuego y comenzó a hacer polenta; pero después cedió el rodillo a Renzo, para que la amasase, y se marchó diciendo:

—Me he quedado solo; ¡ay, me he quedado solo!

Volvió con un pequeño cubo de leche, con un poco de cecina, con un par de quesitos frescos, con higos y melocotones; y dejándolo todo, y volcada la polenta sobre la tabla, se sentaron juntos a la mesa, dándose mutuamente las gracias, el uno por la visita, el otro por el recibimiento. Y, tras una ausencia de quizá dos años, se encontraron de pronto mucho más amigos de lo que habían pensado serlo en el tiempo en que se veían casi todos los días; porque al uno y al otro, dice aquí el manuscrito, les habían tocado en suerte esas cosas que dan a conocer qué bálsamo para el ánimo es el afecto, tanto el que se siente como el que se halla en los otros.

En verdad, nadie podía ocupar junto a Renzo el lugar de Agnese, ni consolarlo de su ausencia, no solo por su antiguo y especial cariño, sino también porque, entre las cosas que le urgía descifrar, había una de la que solo ella tenía la clave. Estuvo un momento perplejo, sobre si debería continuar su viaje, o ir primero en busca de Agnese, ya que no estaba muy lejos; pero, considerando que, de la salud de Lucia, Agnese no sabría nada, siguió con su primer propósito de ir sin más a salir de esta duda y recibir su sentencia, y de llevar después él noticias a la madre. Pero también por su amigo supo muchas cosas que ignoraba, y aclaró muchas que no sabía bien, sobre las aventuras de Lucia y sobre las persecuciones que se habían seguido contra él, y cómo don Rodrigo se había marchado con el rabo entre las piernas y no se le había visto más por aquellas partes: en suma, sobre aquella maraña de cosas. Supo también (y no era para Renzo informe de poca importancia) cuál era exactamente el apellido de don Ferrante; pues Agnese se lo había mandado escribir a su secretario, pero sabe el cielo cómo estaba escrito; y el intérprete bergamasco, al leerle la carta, había dicho una palabra tal que, si Renzo hubiera ido con ella a buscar las señas de aquella casa en Milán,

probablemente no habría encontrado a nadie que adivinase de quién quería hablar. Y sin embargo aquel era el único hilo que tenía para ir en busca de Lucia. En cuanto a la justicia, pudo confirmar cada vez más que era un peligro bastante remoto, como para no preocuparse gran cosa de él: el señor podestá había muerto de peste; quién sabe cuándo mandarían otro; también los esbirros habían desaparecido en su mayoría; los que quedaban tenían otras cosas en que pensar que en asuntos añejos.

Contó también él a su amigo sus peripecias, y recibió a cambio cien historias sobre el paso del ejército, sobre la peste, sobre los untadores, sobre prodigios.

—Son malas cosas —dijo el amigo, acompañando a Renzo a un cuarto que el contagio había dejado deshabitado—, cosas que jamás habríamos pensado ver; cosas como para quitarnos la alegría para toda la vida; pero, al menos, hablar de ellas entre amigos es un alivio.

Al despuntar el día, estaban ambos en la cocina; Renzo preparado para el viaje, con su cinturón oculto bajo la chupa y el cuchillo en el bolsillo de los calzones; el fardito, para ir más ligero, lo dejó en depósito a su huésped.

—Si me va bien —le dijo—, si la encuentro con vida, si... basta... vuelvo a pasar por aquí: corro a Pasturo, a dar la buena nueva a esa pobre Agnese, y después, y después... Pero si, por desgracia, por desgracia, Dios no lo quiera... entonces, no sé lo que haré, no sé adónde iré; seguramente por estas partes no me veréis más.

Y hablando así, de pie sobre el umbral de la puerta, con la cabeza erguida, miraba con una mezcla de ternura y congoja la aurora de su pueblo, que no había visto hacía tanto tiempo. Su amigo le dijo, como suele hacerse, que tuviera esperanza; quiso que se llevase algo de comer; lo acompañó durante un trecho de camino y lo dejó con nuevos augurios.

Renzo echó a andar tranquilamente, bastándole con llegar cerca de Milán ese día, para entrar al siguiente, temprano, y comenzar al punto su búsqueda. El viaje fue sin accidentes, y sin nada que pudiera distraer a Renzo de sus ideas, salvo las consabidas miserias y cuitas. Como había hecho el día anterior, se detuvo en su momento en un bosquecillo a comer un bocado y a descansar. Al pasar por Monza, ante una tienda abierta, donde había panes expuestos, pidió dos, para no quedarse desprovisto, en cualquier caso. El panadero le ordenó que no entrase, y le tendió sobre una pequeña pala una escudilla, con agua y vinagre dentro, diciéndole que echase allí el dinero; y, hecho eso, le entregó con unas tenazas, uno tras otro, los dos panes, que Renzo se metió en sendos bolsillos.

Hacia el atardecer, llega a Greco, aunque sin saber el nombre; pero, entre algún recuerdo de los lugares, que le había quedado del otro viaje, y el cálculo del camino hecho desde Monza, conjeturó que no debía de estar muy lejos de la ciudad; salió del camino real para meterse por los campos en busca de alguna cabaña, para pasar allí la noche, pues no quería nada con hosterías. Encontró algo mejor de lo que buscaba: vio una abertura en un seto que ceñía el patio de una alquería; entró sin más. No había nadie: vio en un rincón un gran soportal con heno amontonado debajo y, apoyado en él, una escalera de mano; echó un vistazo alrededor y después subió a la ventura; se acomodó para dormir, y de hecho se durmió enseguida, para no despertarse hasta el alba. Entonces fue a gatas hacia el borde de aquel gran lecho; sacó la cabeza y, no viendo a nadie, bajó por donde había subido, salió por donde había entrado y echó a andar por senderos, tomando a la catedral como estrella polar; tras un brevísimo camino, fue a desembocar bajo las murallas de Milán, entre la Puerta Oriental y la Puerta Nueva, y muy próximo a esta.

XXXIV

En cuanto a la manera de penetrar en la ciudad, Renzo había oído, poco más o menos, que había órdenes severísimas de no dejar entrar a nadie sin cédula de sanidad; pero que con todo se entraba perfectamente, sabiendo arreglárselas un poco para aprovechar el momento. Era así, en efecto; y dejando incluso a un lado las causas generales, por las que en aquel tiempo cualquier orden se cumplía poco; dejando a un lado las especiales, que hacían tan dificultosa la rigurosa ejecución de esta, Milán se encontraba ya en tal situación que no se veía para qué servía guardarla, ni de qué; y quienquiera que allí llegase podía parecer más bien despreocupado de su propia salud que peligroso para la de los ciudadanos.

Con estas noticias, el designio de Renzo era tratar de entrar por la primera puerta con la que se topase; si había algún tropiezo, seguir por fuera de las murallas, hasta que encontrase otra de más fácil acceso. Y sabe el cielo cuántas puertas se imaginaba que Milán tenía. Llegado, pues, junto a las murallas, se detuvo a mirar en torno, como hace quien, sin saber por dónde le conviene tomar, parece esperar y pedir algún indicio a cualquier cosa. Pero, a derecha e izquierda, no veía sino dos trozos de un camino retorcido; al frente, un trecho de murallas; por ninguna parte, la menor señal de seres vivientes, salvo que, de cierto punto del terraplén, se alzaba una columna de un humo oscuro y denso que, al subir, se ensanchaba y se enrollaba en grandes globos, perdiéndose después en el aire inmóvil y plomizo. Eran vestidos, camas y otros enseres infectos que estaban quemando y tan tristes fogatas se hacían de continuo no solo allí, sino en diversas partes de las murallas.

El tiempo estaba cerrado; el aire, cargado; el cielo, velado totalmente por una nube o una niebla igual, inerte, que parecía negar el sol, sin prometer la lluvia; la campiña alrededor, en parte inculta, y toda árida; toda verdura, descolorida, y ni siquiera una gotita de rocío sobre las hojas marchitas y lacias. Además, aquella soledad, aquel silencio, tan cerca de una gran ciudad, añadían una nueva consternación a la inquietud de Renzo y volvían cada vez más tétricos sus pensamientos.

Tras haber permanecido allí un poco, tomó a la derecha, a la ventura, yendo, sin saberlo, hacia la Puerta Nueva, que, aunque próxima, no podía descubrir a causa de un baluarte, tras el cual estaba oculta. Después de unos pasos, principió a oír un tañido de campanillas que cesaba y volvía a empezar de vez en cuando, y después alguna voz humana. Siguió adelante y, al pasar la esquina del baluarte, lo primero que vio fue una caseta de madera y, a la puerta, a un guardia apoyado en el mosquete, con cierto aire cansino y descuidado; detrás había una empalizada y, detrás de ella, la puerta, es decir dos grandes alas de muralla, con un tejadillo encima, para proteger las hojas, las cuales estaban abiertas de par en par, como también la cancela de la empalizada. Aunque, justamente delante de la abertura, había en el suelo un triste impedimento: una camilla, en la que dos monatos acomodaban a un pobrecillo, para llevárselo. Era el jefe de los consumidores, en quien, poco antes, se había declarado la peste. Renzo se detuvo, esperando el final; partido el séquito y no viniendo nadie a cerrar la cancela, le pareció el momento, y echó a andar deprisa; pero el guardia le gritó, de malos modos: «¡Alto!». Renzo se detuvo en seco y, haciéndole del ojo, sacó medio ducado y se lo enseñó. Aquel, o porque ya había tenido la peste, o porque la temiera menos de lo que amaba los medios ducados, indicó a Renzo que se lo tirase; y, al verlo volar al punto a sus pies, susurró: «Pasa deprisa». Renzo no se lo hizo repetir dos veces; pasó la empalizada, pasó la puerta y siguió adelante, sin que nadie lo advirtiese o se fijara en él; salvo que, cuando hubo dado unos cuarenta pasos, oyó otro «¡Alto!» que un consumidor gritaba a sus espaldas. Esta vez fingió no oír y, sin siquiera volverse, apretó el paso. «¡Alto!», gritó de nuevo el consumidor, aunque con una voz que indicaba más impaciencia que resolución a hacerse obedecer; y, al no ser obedecido, se encogió de hombros y volvió a su caseta, como persona a quien interesaba más no acercarse demasiado a los transeúntes que informarse de sus asuntos.

La calle que Renzo había cogido iba entonces, como ahora, derecha hasta el canal llamado el Naviglio: los lados eran setos o tapias de huertos, iglesias y conventos, y pocas casas. En lo alto de la calle y en el medio de la que bordea el canal, había una columna con una cruz llamada la cruz de san Eusebio. Y, por más que Renzo miraba hacia delante, no veía sino aquella cruz. Al llegar al cruce que divide la calle casi por la mitad y mirando a los dos lados, vio a la derecha, en esa calle que se llama de Santa Teresa, un ciudadano que venía justamente hacia él: «¡Un cristiano, por fin!», dijo para sí; y se volvió al punto hacia ese lado, pensando en preguntarle el camino. El otro también había visto al forastero que avanzaba y lo miraba fijamente

desde lejos, con mirada desconfiada; tanto más cuanto advirtió que, en vez de marchar a sus asuntos, iba a su encuentro. Renzo, cuando estuvo a poca distancia, se quitó el sombrero, como montañés respetuoso que era; y, llevándolo en la izquierda, puso la otra mano en la copa y se dirigió directamente al desconocido. Pero este, revolviendo los ojos, alzó un nudoso bastón, y volviendo la punta, que era de hierro, hacia la cintura de Renzo, gritó:

—¡Fuera!, ¡fuera!, ¡fuera!

—¡Eh! ¡Eh! —gritó también el joven; volvió a ponerse el sombrero, y no teniendo ganas, como decía luego, cuando lo contaba, de entrar en disputas en ese momento, le dio la espalda a aquel estrafalario y continuó su camino o, mejor dicho, aquel que había iniciado.

El otro siguió adelante también por el suyo, muy tembloroso, y volviéndose hacia atrás a cada momento. Y, al llegar a su casa, contó que se le había acercado un untador, con un aire humilde, manso, con un rostro de infame impostor, con la cajita del ungüento o el envoltorio del polvo (no estaba muy seguro de cuál de los dos) en la mano, en la copa del sombrero, para jugarle una mala pasada, si él no hubiera sabido mantenerlo a raya.

—Si se me acerca un paso más —agregó—, lo ensarto, antes de que tuviera tiempo de arreglarme a mí, el muy bribón. La desgracia fue que estábamos en un lugar muy solitario, pues, si de haber sido en el centro de Milán, hubiera llamado gente y hecho que me ayudaran a atraparlo. Seguro que se le encontraba esa criminal porquería en el sombrero. Pero allí, cara a cara, tuve que contentarme con meterle miedo, sin arriesgarme a buscar un percance; porque un poco de polvo se tira enseguida, y esos tienen una habilidad especial; y, además, el diablo está de su parte. Ahora andará dando vueltas por Milán: ¡quién sabe qué estragos hará!

Y mientras vivió, que fue por muchos años, cada vez que se hablaba de untadores repetía su historia, y agregaba:

—Los que sostienen aún que no es cierto que no me lo vengán a decir a mí; porque las cosas hay que haberlas visto.

Renzo, lejos de imaginarse que había escapado de una buena y agitado más por la rabia que por el miedo, pensaba, al caminar, en aquella acogida, y adivinaba más o menos lo que el desconocido había pensado de él; pero le parecía tan irracional que concluyó para sí que aquel debía de estar medio loco. «Empieza mal la cosa —pensaba empero—, parece que tengo mala estrella en este Milán. Para entrar, todo a pedir de boca; y después, cuando

estoy dentro, encuentro los disgustos ya preparados. Bueno... con ayuda de Dios... si encuentro... si consigo encontrar... ¡bah!, no habrá sido nada».

Llegado al puente, giró, sin vacilar, a la izquierda, por la calle de San Marcos, pareciéndole, con razón, que debía de conducir hacia el interior de la ciudad. Y al seguir adelante miraba a un lado y otro, por si podía descubrir alguna criatura humana; pero no vio sino un deformado cadáver en el pequeño foso que corre entre aquellas pocas casas (que entonces eran aún menos) y un trozo de la calle. Pasado aquel trozo, oyó gritar: «¡Eh, buen hombre!», y, mirando hacia aquella parte, vio no muy lejos, en el balconcito de una casucha aislada, a una pobre mujer, con un enjambre de niños a su alrededor; ella, mientras seguía llamándolo, le hizo señas también con la mano. Fue a la carrera; y cuando estuvo cerca:

—¡Eh, joven! —dijo la mujer—, por vuestros pobres muertos, haced la caridad de ir a avisar al comisario de que estamos olvidados aquí. Nos han encerrado en casa como sospechosos, porque mi pobre marido ha muerto; nos han clavado la puerta, como veis; y, desde ayer por la mañana, nadie ha venido a traernos de comer. En tantas horas que llevamos aquí, no ha llegado un cristiano que me hiciera esa caridad; y estos pobres inocentes se mueren de hambre.

—¡De hambre! —exclamó Renzo; y, metiéndose las manos en los bolsillos, dijo, sacando los dos panes—: Aquí tenéis; bajadme cualquier cosa para meterlos dentro.

—Dios os lo pague, esperad un momento —dijo la mujer; y fue a buscar una cesta y una cuerda para bajarla, como hizo.

A Renzo, entretanto, se le pasaron por la mente los panes que había encontrado junto a la cruz, en su otra entrada en Milán, y pensaba: «Eso es: una restitución, y acaso mejor que si se los hubiera restituido a su dueño; porque esto es verdaderamente una obra de misericordia».

—En cuanto al comisario que decís, señora mía —dijo después, metiendo los panes en la cesta—, no os puedo servir de nada; porque, a decir verdad, soy forastero y no conozco bien este pueblo. Pero si encuentro algún hombre sencillo y humano, como para poder hablarle, se lo diré.

La mujer le rogó que así lo hiciera y le dijo el nombre de la calle, para que pudiera indicarla.

—Vos también —prosiguió Renzo—, creo que podríais hacerme un favor, una verdadera caridad, sin que os sirva de molestia. ¿Sabríais decirme dónde está una casa de caballeros, de grandes señorones, de aquí de Milán, la casa de ***?

—Sé que existe esa casa —respondió la mujer—; pero dónde está no lo sé muy bien. Siguiendo por aquí, encontraréis a alguien que os la enseñe. Y acordaos de hablarle también de nosotros.

—No lo dudéis —dijo Renzo, y siguió adelante.

A cada paso oía crecer y aproximarse un ruido que ya había empezado a oír mientras estaba allí parado, hablando: un ruido de ruedas y de caballos, con un tañido de campanillas, y de vez en cuando un restallar de látigos, con acompañamiento de gritos. Miraba hacia delante, pero no veía nada. Llegado a la salida de aquella calle, descubriendo ante sí la plaza de San Marcos, lo primero que le llamó la atención fueron dos vigas horizontales, con una cuerda y con ciertas garruchas; y no tardó en reconocer (pues era cosa familiar en aquel tiempo) la abominable máquina de la tortura. Se había alzado en aquel lugar, y no solo en aquel, sino en todas las plazas y las calles más espaciosas, a fin de que los delegados de cada barrio, provistos al efecto de las más arbitrarias facultades, pudieran aplicársela inmediatamente a quienquiera que les pareciese merecedor de pena: secuestrados que salieran de casa, o subalternos que no cumplieran con su deber, o cualquier otro. Era uno de esos remedios excesivos e ineficaces que en aquel tiempo, y especialmente en aquellos momentos, se empleaban con profusión.

Ahora, mientras Renzo mira aquel instrumento, pensando por qué pueden haberlo alzado en aquel lugar, oye aproximarse cada vez más el ruido y ve asomar por la esquina de la iglesia a un hombre que sacudía una campanilla: era un ordenanza; y tras él dos caballos que, alargando el cuello y haciendo fuerza con las patas, se adelantaban trabajosamente; arrastrado por ellos, un carro de muertos, y tras él otro, y después otro y otro más; a un lado y otro, monatos pegados a los caballos, empujándolos a latigazos, a puñetazos, con blasfemias. Estaban aquellos cadáveres, la mayoría desnudos, mal envueltos algunos en harapos, amontonados, entrelazados, como un ovillo de serpientes que lentamente se desenrollan con la tibieza de la primavera; pues a cada tropiezo, a cada sacudida, se veían aquellos montones funestos temblar y descomponerse feamente, y bambolearse cabezas y cabelleras virginales caer, y brazos soltarse, y golpear sobre las ruedas, mostrando a los ojos ya horrorizados cómo tal espectáculo podía volverse más doloroso y repugnante.

El joven se había parado en la esquina de la plaza, junto a la barrera del canal, y rezaba por aquellos muertos desconocidos. Un atroz pensamiento relampagueó en su mente: «Quizá ahí, entre esos, ahí debajo... ¡Oh, Señor! ¡Haced que no sea cierto! ¡Haced que ni lo piense!».

Pasado el fúnebre acompañamiento, Renzo echó a andar, atravesó la plaza, cogiendo a lo largo del canal a mano izquierda, sin más razón para elegirla que el haberse ido el cortejo por la parte opuesta. Dados unos cuatro pasos entre el costado de la iglesia y del canal, vio a la derecha el puente Marcellino; cogió por él y salió a Borgo Nuovo. Y, mirando hacia delante, siempre con la intención de encontrar a alguien que le enseñara el camino, vio al final de la calle un sacerdote con chupa, con un bastoncito en la mano, parado junto a una puerta entornada, con la cabeza inclinada y el oído pegado a la rendija; y poco después lo vio alzar la mano y bendecir. Conjeturó lo que era en realidad, es decir que acababa de confesar a alguien; y dijo entre sí: «Ese es el hombre que necesito. Si un sacerdote, en funciones de tal, no tiene un poco de caridad, un poco de amor y de buenos modales, habrá que decir que ya no existen en este mundo».

Entretanto el sacerdote, apartándose de la puerta, venía hacia Renzo, manteniéndose, con mucho cuidado, por el centro de la calle. Renzo, cuando estuvo cerca, se quitó el sombrero y le indicó que deseaba hablarle, deteniéndose al mismo tiempo, con objeto de que comprendiera que no se acercaría más. El otro también se detuvo, con ademán de oír, aunque clavando en el suelo ante sí el bastoncillo, como para que le sirviera de baluarte. Renzo expuso su pregunta, a la cual satisfizo el sacerdote, diciéndole no solo el nombre de la calle donde la casa estaba situada, sino dándole también, al ver que el pobrecillo lo necesitaba, un itinerario: es decir, indicándole, a fuerza de derechas e izquierdas, de iglesias y de cruces, las seis u ocho calles más que tenía que cruzar para llegar allá.

—Dios le dé salud, en estos tiempos y siempre —dijo Renzo; y, mientras el otro echaba a andar para irse, agregó—: Otra caridad.

Y le habló de la pobre mujer olvidada. El buen cura le agradeció haberle dado ocasión de hacer una caridad tan necesaria; y, diciendo que iba a advertir a quien correspondía, siguió hacia delante. Renzo echó a andar también y, mientras caminaba, trataba de repetirse a sí mismo el itinerario, para no empezar de nuevo a preguntar en cada esquina. Y no podréis imaginar cuán penosa le resultaba la operación, y no tanto por la dificultad de la cosa en sí, como por una nueva turbación que había nacido en su ánimo. Aquel nombre de la calle, aquella traza del camino lo habían trastornado así. Era el indicio que había deseado y preguntado y del cual no podía prescindir; tampoco le habían dicho nada más de lo que pudiera sacar algún siniestro augurio; pero ¿qué queréis? La idea un poco más clara de un término cercano, en el que saldría de una gran incertidumbre, en el que podría oír decir «Está

viva», u oír decir «Está muerta»; esa idea le había impresionado tanto que, en aquel momento, le habría gustado más hallarse aún del todo a oscuras, estar al principio de su viaje, cuyo fin ya tocaba. Sin embargo, reunió sus fuerzas y se dijo: «¡Eh! Si empezamos ahora a hacer el chiquillo, ¿qué pasará?». Tranquilizado así como mejor pudo, prosiguió su camino, adentrándose en la ciudad.

¡Qué ciudad! ¡Qué era ahora en comparación con lo que había sido el año anterior, por culpa del hambre!

Renzo se disponía justamente a pasar por una de las partes más sórdidas y desoladas: el cruce de calles que se llamaba el *cuadrivio* de Puerta Nueva (había entonces una cruz en el centro y, frente a ella, junto donde ahora está san Francisco de Paula, una vieja iglesia con la advocación de santa Anastasia). Tan grande había sido en aquella vecindad la fuerza del contagio, y el hedor de los cadáveres allí dejados, que los pocos que habían quedado con vida se habían visto obligados a desalojar; de modo que, a la tristeza que producía en el transeúnte aquel aspecto de soledad y abandono, se sumaba el horror de las huellas y de los restos de la reciente residencia. Renzo apretó el paso, armándose de valor al pensar que la meta no debía de estar muy próxima, y esperando que, antes de llegar a ella, encontraría mudada, al menos en parte, la escena; y, en efecto, al poco salió a un lugar que podía aún llamarse ciudad de vivos, pero ¡qué ciudad y qué vivos! Cerradas, por desconfianza y por terror, todas las puertas de la calle, salvo las que estaban de par en par por tratarse de casas deshabitadas o invadidas; otras clavadas y selladas, por haber en la casa muerto gente de peste, o enfermos; otras marcadas con una cruz hecha con carbón, para indicar a los monatos que había muertos que llevarse; y todo más que nada a la ventura, según se hubiera encontrado o no allí algún comisario de la Sanidad u otro empleado, que hubiera querido cumplir las órdenes, o cometer vejaciones. Por doquier harapos y, más asquerosas que los harapos, vendas purulentas, paja apestosa o sábanas tiradas por las ventanas; a veces cuerpos de personas muertas de repente en la calle y dejadas allí hasta que pasara un carro y se las llevara, o caídas de los mismos carros, o arrojadas incluso por las ventanas. ¡Tal embrutecimiento había producido en los ánimos la insistencia y el encarnizamiento del desastre, haciendo olvidar todo piadoso cuidado, todo respeto social! Cesado por doquier todo ruido de talleres, todo estrépito de coches, todo pregón de vendedores, toda charla de transeúntes, era muy raro que aquel silencio de muerte fuera roto por algo más que el ruido de los carros fúnebres, lamentos de pobres, quejidos de enfermos, chillidos de delirantes,

gritos de monatos. Al alba, al mediodía, al atardecer, una campana de la catedral daba la señal para recitar ciertas preces dispuestas por el arzobispo; a aquel tañido respondían las campanas de las otras iglesias; y entonces habríais visto asomarse personas a las ventanas y rezar en común; habríais oído un susurro de voces y gemidos que exhalaba una tristeza mezclada empero con algún consuelo.

Muertos en ese momento quizá los dos tercios de los ciudadanos, fuera o enfermos buena parte de los restantes, reducida casi a nada la concurrencia de gente de fuera, entre los pocos que andaban por las calles no se encontraría tal vez, en un largo paseo, ni uno solo en quien no se viera algo extraño y que daba indicio de una funesta mudanza de las cosas. Se veían las personas más calificadas sin capa ni manto, parte entonces esencialísima del vestuario civil; sin sotana los sacerdotes, y también religiosos en chupa; abandonado, pues, cualquier clase de traje que pudiera con sus vuelos tocar algo, o dar facilidades (lo cual se temía más que todo el resto) a los untadores. Y, amén de este cuidado de llevar la ropa ceñida al cuerpo, negligentes y desaliñados todos: largas las barbas de quienes solían llevarlas, crecidas las de quienes antes acostumbraban afeitarse; largo también y enmarañado el cabello no solo por el descuido que nace de un persistente abatimiento, sino por haber resultado sospechosos los barberos, desde que había sido preso y condenado, como famoso untador, uno de ellos, Giangiacomo Mora: nombre que, durante mucho tiempo, conservó una celebridad municipal de infamia, cuando merecería una más difundida y perenne de piedad. Los más llevaban en una mano un bastón, algunos también una pistola, como amenazadora advertencia a quien hubiera querido aproximarse demasiado; en la otra, pastillas olorosas o bolas de metal o de madera agujereadas, con esponjas empapadas en vinagres medicinales; y de vez en cuando se las ponían en la nariz, o las aplicaban de continuo. Llevaban algunos colgada del cuello una redomita con un poco de argento vivo, persuadidos de que tenía la virtud de absorber y de retener todo efluvio pestilencial; y tenían cuidado luego de renovarlo pasados unos días. Los gentileshombres no solo salían sin el habitual séquito, sino que se les veía, con una espuerta al brazo, yendo a comprar las cosas necesarias para el sustento. Los amigos, cuando dos se encontraban en la calle, se saludaban desde lejos, con gestos tácitos y presurosos. Cada uno, al caminar, tenía mucho que hacer para evitar los asquerosos y mortíferos obstáculos diseminados por el suelo y que en algún lugar incluso lo atestaban; todos trataban de ir por el centro de la calle, por temor a otra suciedad, o a algún más funesto peso que pudiera caer de las ventanas; por temor a los polvos

ponzoñosos que se decía que a menudo arrojaban desde ellas sobre los transeúntes; por temor a las paredes, que podían estar untadas. Así, la ignorancia, valerosa y cauta fuera de tiempo, añadía ahora angustia a las angustias, e inspiraba falsos terrores, en compensación de los razonables y saludables que había desechado al principio.

Tal era lo que de menos deforme y de menos lastimoso se dejaba ver en torno, los sanos, los acomodados; pues, tras tantas imágenes de miseria y pensando en la todavía más grave entre la cual tendremos que conducir al lector, no nos detendremos ahora a decir cuál era el espectáculo de los apestados que se arrastraban o yacían por las calles, de los pobres, de los chiquillos, de las mujeres. Era tal que el observador podía casi encontrar un desesperado consuelo en lo que a los distantes y a la posteridad causa la más intensa y dolorosa emoción: al pensar, digo, al ver a qué corto número se habían reducido los vivos.

En medio de esta desolación había hecho ya Renzo buena parte de su camino cuando, distando aún muchos pasos de una calle por donde debía torcer, oyó llegar de ella un variado alboroto, entre el que se podía distinguir el consabido y horrible campanilleo.

Llegado a la esquina de la calle, que era una de las más anchas, vio cuatro carros parados en el centro; y al igual que en un mercado de granos se ve un ir y venir de gente, un cargar y descargar sacos, tal era el movimiento en aquel lugar: monatos que entraban en las casas, monatos que salían con un peso a las espaldas y lo dejaban en uno u otro carro; algunos con el uniforme rojo, otros sin aquel distintivo, muchos con uno aún más odioso, penachos y flecos de diversos colores, que aquellos desdichados llevaban como señal de alegría en medio del público luto. Ora de una, ora de otra ventana, salía una voz lúgubre: «¡Aquí, monatos!». Y, con sonido aún más siniestro, de aquel mísero hormigueo se oía algún vozarrón que respondía: «Ahora, ahora». O bien eran inquilinos que rezongaban y decían que se dieran prisa; a lo cual los monatos respondían con blasfemias.

Entrando en la calle, Renzo apretó el paso, tratando de no mirar aquellos estorbos, sino lo necesario para eludirlos; entonces su mirada tropezó con un objeto singular de piedad, de una piedad que excitaba al ánimo a contemplarlo; de manera que se detuvo, casi sin querer.

Bajaba del umbral de una de aquellas puertas y se adelantaba hacia los carros una mujer cuyo aspecto anunciaba una juventud avanzada, mas no pasada; y se traslucía de él una belleza velada y ofuscada, mas no marchita, por una gran aflicción y una languidez mortal: esa belleza suave y al tiempo

majestuosa que brilla en la sangre lombarda. Su marcha era fatigada, mas no débil; los ojos no derramaban lágrimas, mas llevaban señales de haber vertido muchas; había en aquel dolor un no sé qué de apacible y profundo, que indicaba un alma muy consciente y presente para sentirlo. Pero no era solo su aspecto lo que, entre tantas miserias, la señalaba tan especialmente a la piedad y reavivaba para ella ese sentimiento, ya embotado y amortiguado en los corazones. Llevaba en brazos una niña de unos nueve años, muerta, pero muy bien arreglada, con los cabellos partidos en la frente, con un vestido blanquísimo, como si aquellas manos la hubieran ataviado para una fiesta prometida hacía mucho tiempo y dada en premio. No la tenía tendida, sino sentada sobre un brazo, con el pecho apoyado en su pecho, como si estuviera viva; solo que una manecita blanca a guisa de cera colgaba a un lado, con cierta inanimada pesadez, y la cabeza reposaba en el hombro de la madre, con un abandono más fuerte que el del sueño; de la madre, pues aunque el parecido de los rostros no hubiera dado fe, lo habría dicho claramente aquel de los dos que aún expresaba un sentimiento.

Un soez monato fue a quitarle la niña de los brazos, aunque con una especie de insólito respeto, con una vacilación involuntaria. Mas ella, echándose hacia atrás, sin mostrar empero enojo ni desprecio:

—¡No! —dijo—. No me la toquéis por ahora; he de ponerla yo sobre ese carro: tomad. —Diciendo esto, abrió una mano, mostró una bolsa y la dejó caer en la que el monato le tendió. Después continuó—: Prometedme que no le quitaréis ni un hilo de encima, ni dejaréis que otro se atreva a hacerlo, y que la enterraréis así.

El monato se puso una mano en el pecho; y después, muy presuroso, y casi obsequioso, más por el nuevo sentimiento que lo subyugaba que por la inesperada recompensa, se ajetreó haciendo un poco de lugar en el carro para la pequeña muerta. La madre, dándole un beso en la frente, la dispuso allí como sobre un lecho, la acomodó, extendió sobre ella un lienzo blanco y dijo las últimas palabras:

—¡Adiós, Cecilia! ¡Descansa en paz! Esta noche iremos también nosotras, para permanecer siempre juntas. Reza entretanto por nosotras; yo rezaré por ti y por los demás. —Después, volviéndose de nuevo al monato, dijo—: Y vos, cuando paséis por aquí al anochecer, subid a buscarme a mí también, y no a mí sola.

Dicho esto, se metió en la casa, y un instante después se asomó a la ventana, llevando en brazos a otra niña más pequeña, viva, mas con las señas de la muerte en el rostro. Se quedó contemplando así las deplorables exequias

de la mayor, hasta que el carro echó a andar, mientras pudo verlo; después desapareció. ¿Qué otra cosa pudo hacer, sino posar sobre el lecho a la única que le quedaba y echarse a su lado para morir juntas? Como la flor ya lozana en el tallo cae con la florecilla aún en botón, al pasar la guadaña que iguala todas las hierbas del prado.

—¡Oh, Señor! —exclamó Renzo—, ¡oídla! Llamadla a Vos, a ella y a su criaturita: ¡ya han padecido bastante!, ¡ya han padecido bastante!

Recobrado de aquella conmoción extraordinaria, y mientras intenta traer a la memoria el itinerario para saber si en la primera calle debe torcer, y si a la derecha o a la izquierda, oye también venir de esta otro y distinto estrépito, un sonido confuso de gritos imperiosos, de febles lamentos, un llanto de mujeres, un quejido de niños.

Siguió adelante, con la sálita triste y oscura expectativa en el corazón. Llegado al cruce, vio por un lado una multitud confusa que avanzaba, y se detuvo, para dejarla pasar. Eran enfermos a los que llevaban al lazareto; algunos, empujados a la fuerza, se resistían en vano, en vano gritaban que querían morir en su cama, y respondían con inútiles imprecaciones a las blasfemias y a los mandatos de los monatos que los guiaban; otros caminaban en silencio, sin demostrar dolor ni ningún otro sentimiento, como insensatos; mujeres con niños en brazos; muchachos espantados por los gritos, por aquellas órdenes, por la compañía, más que por la idea confusa de la muerte, los cuales con grandes gritos imploraban por sus madres y sus fieles brazos, por sus casas. ¡Ay!, quizá la madre, que creían haber dejado dormida en su cama, se había arrojado en ella, sorprendida de repente por la peste; y allí estaba sin sentido, para ser llevada en un carro al lazareto, o a la fosa, si el carro llegaba más tarde. Acaso, ¡desgracia digna de lágrimas aún más amargas!, la madre, ocupada solo en sus padecimientos, lo había olvidado todo, hasta a su hijo, y no tenía sino un pensamiento: morir en paz. También, entre tanta confusión, se veía aún algún ejemplo de firmeza y de piedad: padres, madres, hermanos, hijos, consortes, que sostenían a sus seres queridos y los acompañaban con palabras de consuelo; y no solo adultos, sino chiquillos, sino muchachitas que guiaban a sus hermanitos más tiernos y, con juicio y compasión de mayores, les recomendaban que fueran obedientes, les aseguraban que iban a un lugar donde había quien se cuidaría de ellos para sanarlos.

En medio de la melancolía y la ternura de tales visiones, una cosa tocaba más en lo vivo a nuestro viajero y lo tenía en agitación. La casa debía de estar allí cerca, y quién sabe si entre aquella gente... Pero, una vez pasada toda la

comitiva y disipada aquella duda, se volvió a un monato que venía detrás, y le preguntó por la calle y la casa de don Ferrante.

—¡Idos enhoramala, patán! —fue la respuesta que recibió.

No se preocupó por darle lo que merecía, pero viendo, a dos pasos, a un comisario que venía a la cola del cortejo y tenía un rostro un poco más cristiano, le hizo la misma pregunta. Este, señalando con un bastón la parte por donde venía, dijo:

—La primera calle a la derecha, la última casa grande a la izquierda.

Con una nueva y más fuerte ansiedad en el corazón, el joven toma por aquella parte. Está en la calle; distingue al punto la casa entre las demás, más bajas y míseras; se acerca al portón, que está cerrado, pone la mano en la aldaba y la deja suspensa, como sobre una urna, antes de sacar la papeleta donde estuviera escrita su vida, o su muerte. Finalmente alza la aldaba y da un resuelto golpe.

Tras unos momentos, se abre un poco una ventana; aparece una mujer, mirando quién era, con un rostro receloso que parece decir: «¿Monatos?, ¿vagabundos?, ¿comisarios?, ¿untadores?, ¿diablos?».

—¡Eh, señora! —dijo Renzo mirando hacia arriba y con voz no demasiado segura—, ¿está aquí sirviendo una joven del campo que se llama Lucia?

—Ya no está; marchaos —respondió la mujer, haciendo ademán de cerrar.

—¡Un momento, por caridad! ¿Ya no está? ¿Dónde está?

—En el lazareto. —Y de nuevo quería cerrar.

—Un momento, ¡por amor del cielo! ¿Con la peste?

—Claro. ¡Qué novedad! Marchaos.

—¡Oh, pobre de mí! Esperad: ¿estaba muy enferma? ¿Cuánto tiempo hace...?

Pero mientras tanto la ventana se cerró de veras.

Afligido por la noticia y enfurecido por el modo, Renzo aferró de nuevo el aldabón y, apoyado en la puerta, lo apretaba y retorció, lo alzaba para llamar de nuevo a la desesperada, después lo dejaba suspenso. En esta agitación, se volvió para ver si acaso había alrededor algún vecino que pudiera darle una información más concreta, un indicio, una luz. Pero la primera, la única persona que vio fue a otra mujer, quizá distante unos veinte pasos, la cual, con un rostro que expresaba terror, odio, impaciencia y malicia, con unos ojos pasmados que querían al tiempo mirarlo a él y mirar a lo lejos, abriendo la boca como para gritar a más no poder, pero conteniendo hasta la respiración, alzando unos brazos flacos, alargando y retirando unas manos arrugadas y

dobladas a guisa de garras, como si tratase de agarrar algo, se veía que quería llamar a gente, sin que alguien lo advirtiese. Cuando se encontraron sus miradas, ella, poniéndose aún más fea, se estremeció como persona sorprendida.

—¿Qué diantres...? —comenzaba Renzo, alzando también él las manos hacia la mujer.

Pero esta, perdida la esperanza de hacer que lo cogieran de improviso, dejó escapar el grito que había retenido hasta entonces:

—¡Un untador!, ¡a él!, ¡a él!, ¡al untador!

—¿Quién?, ¿yo? ¡Ah, bruja embustera! ¡Cállate! —gritó Renzo; y dio un salto hacia ella, para atemorizarla y hacerla callar.

Mas pronto comprendió que necesitaba pensar en lo suyo. A los chillidos de la vieja, acudía gente de aquí y allá; no la muchedumbre que, en semejante caso, habría habido tres meses antes, pero más que suficiente para poder hacer lo que quisieran con un hombre solo. Al mismo tiempo, se abrió de nuevo la ventana y la misma grosera de antes se asomó esta vez, y gritaba también ella:

—Cogedlo, cogedlo; ¡debe de ser uno de esos bribones que van por ahí untando las puertas de la gente de bien!

Renzo no se lo pensó mucho; le pareció al punto mejor partido zafarse de ellos que quedarse allí a exponer sus razones; echó una ojeada a derecha e izquierda, para ver por dónde había menos gente, y puso pies en polvorosa. Rechazó de un empujón a uno que le cerraba el camino; de un gran puñetazo, hizo retroceder ocho o diez pasos a otro que venía contra él; y siguió a todo correr, con el puño en el aire, apretado, nudoso, dispuesto para cualquiera que se le pusiera delante. La calle ante él seguía despejada, pero a sus espaldas sentía ruido de pasos y, más fuerte que el ruido, aquellos gritos amargos: «¡A él!, ¡a él!, ¡al untador!». No sabía cuándo iban a pararse; no veía dónde podía ponerse a salvo. La ira se convirtió en rabia, la angustia se mudó en desesperación; y, cegado por la cólera, echó mano a su cuchillo, lo desenvainó, se paró en seco, volvió la cara más torva y más airada que había puesto en su vida, y con el brazo extendido, blandiendo en el aire la hoja reluciente, gritó:

—Quien se atreva, que se acerque, ¡gentuza!, que lo untaré de verdad con este.

Pero vio con asombro, y con un confuso sentimiento de alivio, que sus perseguidores se habían parado ya, y allí estaban como titubeantes, y que, mientras seguían chillando, hacían con las manos en el aire unos gestos de endemoniados, como hacia gente que llegaba a sus espaldas. Se volvió de

nuevo y vio (su gran turbación no se lo había dejado ver un momento antes) un carro que avanzaba, mejor dicho una fila de los consabidos carros fúnebres, con el acompañamiento de costumbre; y detrás, a cierta distancia, otro grupito de gente que también habría querido echarse encima del untador y cogerlo en medio; pero se lo impedía el mismo estorbo. Viéndose así entre dos fuegos, pasó por su cabeza que lo que a ellos les inspiraba terror podía ser la salvación para él; pensó que no era momento de andarse con remilgos; metió el cuchillo en la vaina, se echó a un lado, tomó carrerilla hacia los carros, pasó el primero, entrevió en el segundo un buen espacio vacío. Mide la distancia, da un salto y ya está arriba, plantado sobre el pie derecho, con el pie izquierdo en el aire y con los brazos alzados.

—¡Bravo!, ¡bravo! —exclamaron, al unísono, los monatos, algunos de los cuales seguían el cortejo a pie, otros estaban sentados en los carros, otros, por decir la horrible cosa como era, sobre los cadáveres, bebiendo de una gran garrafa que corría de mano en mano—. ¡Bravo! ¡Buena jugada!

—Has venido a ponerte bajo la protección de los monatos; hazte cuenta de que estás en la iglesia —le dijo uno de los dos que iban en el carro al que había montado.

Al aproximarse el cortejo, la mayoría de los enemigos habían vuelto las espaldas y se marchaban, sin dejar de gritar: «¡A él!, ¡a él!, ¡al untador!». Alguno se retiraba más despacio, deteniéndose de vez en cuando y volviéndose, con muecas y gestos de amenaza, a Renzo; el cual, desde el carro, les respondía agitando los puños en el aire.

—Déjame a mí —le dijo un monato; y, arrancando de un cadáver un sucio andrajo, le hizo a prisa unos nudos y, cogiéndolo por una de las puntas, lo alzó como una honda hacia los obstinados y fingió tirárselo, gritando—: ¡Ahora veréis, canallas!

Ante aquel ademán huyeron todos, horrorizados; y Renzo no vio sino espaldas de enemigos y talones que bailaban rápidamente en el aire, a guisa de batán.

Entre los monatos se alzó un grito de triunfo, una carcajada tumultuosa, un «¡Huy!» prolongado, como para acompañar aquella fuga.

—¡Ja, ja! ¿Ves cómo sabemos proteger a los hombres de bien? —dijo a Renzo aquel monato—; vale más uno de nosotros que cien de esos gandules.

—Cierto, puedo decir que os debo la vida —respondió Renzo—, y os lo agradezco de corazón.

—¿Por qué? —dijo el monato—. Te lo mereces: se ve que eres un buen muchacho. Haces bien en untar a esa chusma: úntalos, acaba con ellos, que no

valen nada, sino cuando están muertos; en premio a la vida que llevamos, nos maldicen y van diciendo que, acabada la peste, quieren hacernos ahorcar a todos. Han de acabar ellos antes que la peste, y los monatos se quedarán solos, para cantar victoria y darse buena vida en Milán.

—¡Viva la peste y muera esa gentuza! —exclamó el otro; y con este hermoso brindis se llevó la garrafa a la boca y, sosteniéndola con ambas manos, entre las sacudidas del carro, echó un buen trago y después se la tendió a Renzo, diciendo—: Bebe a nuestra salud.

—Os la deseo a todos, de corazón —dijo Renzo—, pero no tengo sed; no tengo ganas de beber en este momento.

—Has tenido un buen miedo, por lo que parece —dijo el monato—; me tienes cara de infeliz; hace falta otro aire para ser untador.

—Cada cual se ingenia como puede —dijo el otro.

—Pasádmela a mí —dijo uno de los que iban a pie al lado del carro—, que quiero beber también yo otro sorbo, a la salud de su dueño, que se encuentra aquí, en esta hermosa compañía... allí, allí, justamente, me parece, en esa linda carroza.

Y, con una atroz y maligna risa, señalaba el carro que iba ante el del pobre Renzo. Después, componiendo el rostro en un gesto de seriedad aún más siniestro y alevoso, hizo una reverencia hacia aquel lado y prosiguió:

—¿Permite, señor mío, que un pobre monatillo pruebe su bodega? Ya ve vuestra señoría qué vida llevamos: somos los que lo hemos metido en esta carroza, para sacarlo a veranear. Y, además, a vuestras señorías el vino les sienta mal pronto; los pobres monatos tienen buen estómago.

Y, entre las carcajadas de sus compañeros, cogió la garrafa y la alzó; pero, antes de beber, se volvió hacia Renzo, le clavó los ojos en la cara y le dijo, con cierto aire de despreciativa compasión:

—El diablo con quien has hecho pacto ha de ser muy bisoño, porque, de no estar nosotros para salvarte, buena ayuda que te estaba dando.

Y, entre un nuevo estallido de risas, se pegó la garrafa a los labios.

—¿Y nosotros?, ¡eh!, ¿y nosotros? —gritaron varias voces del carro que iba delante.

El bribón, tras trasegar cuanto quiso, tendió con las dos manos la garrafa a sus camaradas, los cuales se la pasaron de uno a otro, hasta que uno, vaciándola, la cogió por el cuello, le dio unos molinetes y la lanzó a estrellarse contra las losas, gritando:

—¡Viva la peste!

Tras estas palabras, entonó una canción de las suyas; y al punto acompañaron su voz todas las demás de aquel soez coro. La infernal cantinela, mezclada con el tañido de las campanillas, con el chirrido de los carros, con las pisadas de los caballos, resonaba en el vacío silencioso de las calles y, retumbando en las casas, encogía el corazón de los pocos que aún las habitaban.

Pero ¿qué cosa no puede a veces venir al pelo? ¿Qué cosa no puede agradar en ciertos casos? El peligro de un momento antes había hecho más que tolerable para Renzo la compañía de aquellos muertos y de aquellos vivos; y ahora fue para sus oídos una música, casi diría que grata, la que lo sacaba del aprieto de tal conversación. Aún medio jadeante y muy sobresaltado, daba las gracias como podía en su fuero interno a la Providencia, por haber salido de tal trance sin recibir daño ni hacerlo; le rogaba que lo ayudase a librarse también de sus libertadores; y, por su parte, estaba alerta, los miraba, miraba la calle, para aprovechar la ocasión de escurrirse a hurtadillas, sin darles margen para armar algún alboroto, algún escándalo, que hiciera maliciar a los transeúntes.

De repente, en una esquina, le pareció reconocer el lugar; miró más atentamente y estuvo seguro. ¿Sabéis dónde estaba? En el paseo de Puerta Oriental, en aquella calle por la que había llegado despacio, y salido más que de prisa, unos veinte meses antes. Recordó enseguida que por allí se iba derecho al lazareto; y este encontrarse en el camino exacto, sin averiguar, sin preguntar, lo consideró un rasgo especial de la Providencia y de buen augurio para lo restante. En aquel momento venía hacia los carros un comisario, gritando a los monatos que se parasen, y no sé qué más; el caso es que el cortejo se detuvo, y la música se mudó en un altercado ruidoso. Uno de los monatos que iban en el carro de Renzo saltó al suelo; Renzo le dijo al otro:

—Os agradezco vuestra caridad; Dios os lo pague. —Y bajó también él, por el otro lado.

—Vete, vete, pobre untadorcillo —respondió aquel—, no serás tú el que despueble Milán.

Por fortuna no había quien pudiera oírlo. El cortejo se había detenido a la izquierda del paseo; Renzo toma a toda prisa por el otro lado y, pegado a la pared, aviva el paso hacia delante, hasta el puente; lo pasa, continúa por la calle del arrabal, reconoce el convento de capuchinos y, junto a la puerta, ve asomar la esquina del lazareto, cruza la cancela y se despliega ante sus ojos la escena exterior de aquel recinto: un indicio apenas y una muestra, aunque ya una vasta, diferente e indescrptible escena.

A lo largo de los dos lados que se presentan a quien mire desde aquel punto, había todo un hormigueo de gente: eran enfermos que iban, en grupos, al lazareto; otros se sentaban o yacían en las orillas del foso que lo bordea, ya porque las fuerzas no les hubieran bastado para llegar al interior del refugio, ya porque, salidos de allí desesperados, les hubieran faltado igualmente las fuerzas para seguir más adelante. Otros infelices erraban dispersos, como estúpidos, y no pocos totalmente fuera de sí; uno estaba muy acalorado contando sus figuraciones a un desgraciado que yacía oprimido por la enfermedad; otro desvariaba; otro miraba aquí y allá con una carita risueña, como si asistiese a un alegre espectáculo. Pero la especie más extraña y ruidosa de tan triste alegría era un cantar alto y continuo que no parecía salir de aquella miserable muchedumbre, y que, sin embargo, se dejaba oír más que todas las otras voces: una canción campesina de amor festivo y jocoso, de las que llamaban villancicos; y al seguir con la mirada el sonido, para descubrir quién podía estar contento, en aquel tiempo, en aquel lugar, se veía a un infeliz que, sentado tranquilamente en el fondo del foso, cantaba a voz en grito, con la cabeza hacia arriba.

Apenas había dado unos pasos Renzo a lo largo del lado meridional del edificio, cuando se oyó entre aquella multitud un ruido extraordinario, y a lo lejos voces que gritaban: «¡Mira!, ¡cógelo!». Se pone de puntillas y ve un rocín que iba a la carrera, conducido por un más extraño jinete: era un frenético que, al ver al animal suelto y sin guarda, junto a un carro, había montado en pelo a toda prisa y, martillándole el cuello con los puños y utilizando como espuelas los talones, lo arreaba con furia; y monatos detrás, chillando; y todo quedó envuelto en una nube de polvo, que volaba a lo lejos.

Así, ya aturdido y cansado de ver miserias, el joven llegó a la puerta de aquel lugar donde estaban reunidas quizá más de estas de las que había diseminadas en todo el espacio que le había tocado recorrer. Se asoma a la puerta, entra bajo la bóveda y se queda un momento inmóvil en medio del pórtico.

XXXV

Imagínese el lector el recinto del lazareto, poblado por dieciséis mil apestados; aquel espacio completamente abarrotado, en unos lados por cabañas y barracas, en otros por carros, en otros por gente; aquellas dos interminables hileras de pórticos, a derecha e izquierda, llenas, atestadas de dolientes o de cadáveres confundidos con ellos, sobre jergones o sobre la paja; y, en toda aquella guarida casi inmensa, un hormigueo, como un movimiento de olas; aquí y allá, un ir y venir, un pararse, un correr, un inclinarse, un alzarse de convalecientes, de frenéticos, de sirvientes. Tal era el espectáculo que llenó de golpe la vista de Renzo y lo detuvo allí, abrumado y oprimido. Este espectáculo no nos proponemos en verdad describirlo parte por parte, ni el lector lo desea; solo, siguiendo a nuestro joven en su penoso recorrido, nos pararemos en sus paradas, y de lo que le tocó ver diremos cuanto sea necesario para contar lo que hizo y lo que le sucedió.

Desde la puerta donde se había detenido hasta la capilla del centro, y desde allí hasta la otra puerta de enfrente, había una especie de avenida despejada de cabañas y de cualquier otro impedimento estable; y a la segunda ojeada Renzo vio en ella un ajeteo de carros, un llevarse cosas, para hacer sitio; vio a capuchinos y a seglares que dirigían la operación, y al tiempo echaban al que nada tenía que hacer allí. Y, temiendo que lo echaran de esa manera, se metió entre las cabañas, por la parte hacia donde casualmente estaba, a la derecha.

Seguía adelante, según veía sitio para poner el pie, de una cabaña a otra, asomando la cabeza en cada una y observando las camas que estaban fuera al aire libre, examinando rostros abatidos por el padecimiento, o contraídos por espasmos, o inmóviles en la muerte, por si acaso conseguía encontrar aquel que por otra parte temía encontrar. Pero ya había andado un buen trecho y repetido varias veces aquel doloroso examen sin ver ninguna mujer, por lo que imaginó que debían de estar en lugar separado. Y acertaba; pero no tenía indicios ni podía deducir dónde estaba. Encontraba de vez en cuando empleados, tan distintos de aspecto y de modales y traje cuan diverso y

opuesto era el principio que daba a unos y a otros igual fuerza para vivir en semejantes servicios: en unos, la extinción de todo sentimiento de piedad; en otros, una piedad sobrehumana. Pero ni a unos ni a otros se atrevía a hacerles preguntas, para no procurarse tal vez un tropiezo; y decidió seguir andando, hasta que llegase a encontrar mujeres. Y, mientras andaba, no dejaba de espiar alrededor; pero de vez en cuando se veía obligado a retirar la mirada, contristada y como ofuscada por tantas calamidades. Mas ¿adónde dirigirla, dónde ponerla, sino en otras calamidades?

El aire mismo y el cielo acrecentaban, si algo podía acrecentarlo, el horror de aquellas visiones. La niebla se había adensado poco a poco y amontonado en grandes nubarrones que, oscureciéndose cada vez más, daban la idea de un anochecer tempestuoso; salvo que, en el centro de aquel cielo sombrío y bajo, se traslucía, como por un tupido velo, la esfera del sol, pálida, que difundía en torno a sí un resplandor feble y difuminado, y dejaba caer un calor muerto y pesado. De vez en cuando, entre el zumbido continuo de aquella confusa multitud, se oía un bramar de truenos, profundo como trunco, irresoluto; aguzando el oído no habría sabido distinguirse de qué parte venía; o habría podido confundirse con un lejano correr de carros, que se detuvieran de improviso. No se veía, en los campos de alrededor, moverse una rama de árbol, ni un pájaro posarse en ellas, o alejarse: solo la golondrina, apareciendo súbitamente sobre el tejado del recinto, se deslizaba hacia abajo con las alas extendidas, como para rozar el terreno, pero, asustada con aquel hormigueo, volvía a subir rápidamente y huía. Era uno de esos momentos en los que, entre una cuadrilla de viandantes, no hay uno que rompa el silencio; y el cazador camina pensativo, con la mirada en el suelo; y la aldeana, cavando en el campo, deja de cantar sin darse cuenta; de esos momentos precursores del temporal, en los que la naturaleza, como inmota por fuera, está agitada por un trabajo interno, parece oprimir a todo ser vivo y añade no sé qué pesadez a toda operación, al ocio, a la propia existencia. Pero, en aquel lugar destinado en sí a padecer y a morir, se veía al hombre ya a vueltas con el mal sucumbir a la nueva opresión; se veía a cientos y cientos empeorar precipitadamente; y, al tiempo, la última lucha era más afanosa y, con el aumento de los dolores, los gemidos más sofocados; acaso nunca había pasado aquel lugar de miserias por una hora tan cruel como esta.

Ya había el joven vagado un buen rato, y sin fruto, por aquel laberinto de cabañas, cuando, entre la variedad de los lamentos y la confusión de murmullos, empezó a distinguir una singular mezcla de vagidos y balidos, hasta que llegó a un tabique de tablas astillado y destartado, de cuyo interior

venía aquel sonido extraordinario. Pegó un ojo a una ancha rendija, entre dos tablas, y vio un recinto con cabañas diseminadas dentro, y tanto en ellas como en el pequeño espacio desocupado, en lugar de la acostumbrada enfermería, niños que yacían sobre colchoncitos, o almohadas, o sábanas tendidas, o colchas de trapos; y nodrizas y otras mujeres atareadas y, lo cual atraía y centraba más la mirada, cabras mezcladas con ellas y convertidas en sus ayudantes: un hospital de inocentes, cual el tiempo y el lugar podían darlo. Era, digo, cosa singular ver algunos de los animales, de pie y quietos sobre este o aquel niño, dándole de mamar; y algún otro acudía a un vagido, como con instinto materno, a detenerse junto a la criatura y procurar acomodarse encima, balando y agitándose, como llamando a quien acudiese en ayuda de ambos.

Aquí y allá estaban sentadas nodrizas con niños al pecho; algunas con tal gesto de amor que engendraban en el espectador la duda de si las había atraído a aquel lugar la paga, o esa caridad espontánea que va en busca de las necesidades y los dolores. Una de ellas, muy acongojada, apartaba de su pecho exhausto a un infeliz lloroso, e iba buscando tristemente el animal que pudiera hacer sus veces. Otra miraba con ojos complacidos al que se le había dormido en la teta y, besándolo suavemente, iba a una cabaña a dejarlo sobre un colchoncito. Pero una tercera, abandonando su pecho al lactante ajeno, con cierto aire no de descuido, sino de preocupación, miraba fijamente al cielo: ¿en qué pensaba, con aquella actitud, con aquella mirada, sino en un fruto de sus entrañas, que quizá poco antes había chupado aquel pecho, que quizá había expirado sobre él? Otras mujeres más entradas en años atendían otros servicios. Una acudía a los gritos de un niño hambriento, lo cogía y lo llevaba al lado de una cabra que pacía en un montón de hierba fresca y se lo ponía en las mamas, riñendo al inexperto animal y acariciándolo al tiempo, para que se prestase suavemente al oficio. Esta corría a coger a un pobrecillo, al que una cabra ocupada en amamantar a otro pisaba con una pata; aquella llevaba de un lado a otro el suyo, arrullándolo, intentando ya adormecerlo con su canto, ya tranquilizarlo con dulces palabras, llamándolo con un nombre que ella misma le había puesto. Llegó en ese momento un capuchino de barba blanquísima, llevando dos niños que chillaban, uno en cada brazo, recién recogidos junto a sus madres muertas; y una mujer corrió a recibirlos, y buscaba con la mirada entre el grupo y el rebaño, para encontrar al punto quien ocupara el lugar de la madre.

Más de una vez el joven, empujado por el que era el primero y el más fuerte de sus pensamientos, se había apartado de la rendija para marcharse;

pero después había vuelto a aplicar el ojo para mirar un momento más.

Alejándose finalmente de allí, fue bordeando el tabique, hasta que un montón de cabañas adosadas a él lo obligó a dar la vuelta. Anduvo entonces a lo largo de las cabañas, con la mira de volver a llegar al vallado, de ir hasta el final de él y de descubrir nuevo terreno. Ahora, mientras miraba hacia delante, para estudiar el camino, una aparición repentina, pasajera, instantánea, hirió su mirada y sobresaltó su ánimo. Vio, a unos cien pasos de distancia, pasar y perderse al punto entre las barracas a un capuchino que, aunque tan de lejos y tan de pasada, tenía todo el modo de andar, todo el porte, todo el aspecto del padre Cristoforo. Con el frenesí que podéis figuraros, corrió hacia aquella parte, dando vueltas por allí, buscando, delante, detrás, dentro y fuera, por aquellos laberintos, hasta que volvió a ver, con otro tanto gozo, aquella figura, aquel mismo fraile; lo vio no muy lejos, mientras, apartándose de un caldero, iba, con una escudilla en la mano, hacia una cabaña; después lo vio sentarse en la puerta, hacer una señal de la cruz sobre la escudilla y, mirando alrededor, como alguien que está siempre alerta, ponerse a comer. Efectivamente, era el padre Cristoforo.

Su historia, desde el punto en que lo hemos perdido de vista, hasta este encuentro, se contará en dos palabras. No se había movido nunca de Rímini, ni había pensado en moverse, hasta que la peste declarada en Milán le ofreció la ocasión de lo que siempre había deseado tanto, de dar su vida por el prójimo. Rogó, con grandes instancias, que lo reclamaran allí, para asistir y servir a los apestados. El conde tío había muerto, y, por otra parte, había más necesidad de enfermeros que de políticos; conque fue escuchado sin dificultad. Llegó enseguida a Milán; entró en el lazareto y llevaba allí unos tres meses.

Pero el consuelo de Renzo, al encontrar a su buen fraile, no fue total, ni siquiera un momento; en el mismo instante en que se cercioró de que era él, tuvo que ver cuánto había cambiado. Un porte encorvado y fatigado; un rostro flaco y descolorido; en todo se veía una naturaleza exhausta, una carne destrozada y decadente, que solo apoyaba y sostenía, a cada momento, un esfuerzo del ánimo.

También él clavaba la mirada en el joven que avanzaba hacia él, y que, con el gesto, no atreviéndose con la voz, trataba de hacerse distinguir y reconocer.

—¡Oh, padre Cristoforo! —dijo luego, cuando estuvo tan cerca como para poder ser oído sin alzar la voz.

—¡Tú aquí! —dijo el fraile, dejando en el suelo su escudilla y poniéndose en pie.

—¿Cómo está, padre? ¿Cómo está?

—Mejor que muchos pobrecillos que ves aquí —respondió el fraile; y su voz era afable, oscura, mudada como todo el resto.

Solo los ojos eran los de antes, y con un no sé qué más vivo y espléndido: como si la caridad, sublimada al concluirse la obra y exultante al sentirse más cerca de su principio, les restituyese un fuego más ardiente y más puro que el que la enfermedad iba poco a poco apagando.

—Pero tú —proseguía—, ¿cómo estás aquí? ¿Por qué vienes así a arrostrar la peste?

—La he pasado, gracias al cielo. Vengo... a buscar a... Lucia.

—¡Lucia! ¿Está aquí Lucia?

—Está aquí; al menos espero en Dios que esté aquí todavía.

—¿Es tu mujer?

—¡Oh, querido padre!, no, no es mi mujer. ¿No sabe nada de lo ocurrido?

—No, hijo; desde que Dios me alejó de vosotros, no volví a saber nada más; pero, ahora que Él te manda, te seré sincero, deseo mucho saberlo. Pero... ¿y el bando?

—¿Sabe, pues, las cosas que me han hecho?

—Y tú, ¿qué habías hecho?

—Oiga, padre: si dijera que tuve juicio aquel día en Milán, diría una mentira; pero acciones malas nunca las hice.

—Te lo creo, y lo creía también antes.

—Ahora, pues, le podré contar todo.

—Espera —dijo el fraile; y, dando unos pasos fuera de la cabaña, llamó —: ¡Padre Vittore!

Unos momentos después apareció un joven capuchino, al que dijo:

—Hacedme la caridad, padre Vittore, de cuidar por mí a estos pobrecillos nuestros, mientras estoy retirado; y, si alguno me buscase, llamadme.

¡Especialmente aquel que sabéis!, si acaso diera el menor signo de volver en sí, avisadme al punto, por caridad.

—No lo dudéis —respondió el joven; y el viejo, volviéndose hacia Renzo, le dijo—: Entremos aquí. Pero... —agregó enseguida, deteniéndose—, me pareces muy agotado; debes de tener necesidad de comer.

—Es cierto —dijo Renzo—, ahora que vuestra merced me lo recuerda, me doy cuenta de que aún estoy en ayunas.

—Espera —dijo el fraile.

Y, cogiendo otra escudilla, fue a llenarla al caldero; al regresar se la dio, con una cuchara, a Renzo; lo hizo sentar en un jergón que le servía de cama; después fue a un barril que había en un rincón, llenó un vaso de vino, que puso en una mesita, delante de su convidado; recogió luego su escudilla y se sentó a su lado.

—¡Oh, padre Cristoforo! —dijo Renzo—, ¿vuestra merced tiene que hacer estas cosas? Se ve que sigue siendo el mismo. Se lo agradezco de corazón.

—No me lo agradezcas a mí —dijo el fraile—, pertenece a los pobres; y también tú eres pobre en este momento. Y ahora cuéntame lo que no sé; háblame de nuestra pobrecita, y trata de darte prisa, pues hay poco tiempo y mucho que hacer, como ves.

Renzo principió, entre cucharada y cucharada, la historia de Lucia: cómo se había refugiado en el monasterio de Monza, cómo la habían raptado... Ante la imagen de tales padecimientos y tales peligros, ante la idea de haber sido él quien encaminó a aquel lugar a la pobre inocente, el buen fraile se quedó sin aliento; pero lo recobró al punto, al oír cómo había sido milagrosamente liberada, devuelta a su madre y colocada por esta en casa de doña Prassede.

—Y ahora le contaré de mí —prosiguió Renzo; y narró en resumen la jornada de Milán, la fuga y cómo siempre había estado lejos de casa, y ahora, al andar todo revuelto, se había atrevido a ir; cómo no había encontrado a Agnese; cómo en Milán había sabido que Lucia estaba en el lazareto—. Y aquí estoy —concluyó— aquí estoy para buscarla, ver si está viva y si... aún me quiere..., porque... a veces...

—Pero —preguntó el fraile— ¿tienes algún indicio de dónde la han metido cuando llegó aquí?

—Nada, querido padre; nada sino que está aquí, si es que está, ¡Dios lo quiera!

—¡Oh, pobrecillo! ¿Qué búsquedas has hecho hasta ahora?

—He dado vueltas y más vueltas; pero, entre otras cosas, casi nunca he visto más que hombres. He pensado que las mujeres estarían en un lugar aparte, pero nunca pude llegar a él; si es así, vuestra merced ahora me lo enseñará.

—¿No sabes, hijo, que está prohibido que entren allí hombres, si no tienen algún encargo?

—Bueno, ¿y qué me puede ocurrir?

—La regla es justa y santa, mi querido hijo; y, si la cantidad y gravedad de los males no permite que se pueda observar con todo rigor, ¿es razón esa para que un hombre de bien la incumpla?

—Pero ¡padre Cristoforo! —dijo Renzo—, Lucia debía ser mi mujer; vuestra merced sabe cómo nos han separado; hace veinte meses que sufro y tengo paciencia; he venido hasta aquí, a riesgo de tantas cosas, una peor que otra, y ahora...

—No sé qué decir —prosiguió el fraile, respondiendo más bien a sus pensamientos que a las palabras del joven—. Tú vas con buena intención; pluguiese al cielo que todos los que tienen libre acceso a ese lugar se comportaran como puedo confiar en que harás tú. Dios, que ciertamente bendice tu perseverancia en el afecto, tu fidelidad en querer y en buscar a aquella que Él te había dado; Dios, que es más riguroso que los hombres, pero más indulgente, no querrá mirar lo que de irregular puede haber en este modo tuyo de buscarla. Recuerda solo que de tu conducta en aquel lugar habremos de rendir cuentas ambos; a los hombres es fácil que no, pero a Dios, sin duda. Ven aquí.

Diciendo esto, se levantó, y al mismo tiempo lo hizo Renzo, el cual, sin dejar de dar crédito a sus palabras, mientras tanto se había aconsejado a sí mismo no hablar, como se había propuesto antes, de aquella promesa de Lucia. «Si oye también eso —había pensado—, seguro que me pondrá otras dificultades. O la encuentro, y siempre estaremos a tiempo de hablar de eso; o... ¡y entonces!, ¿de qué sirve?».

Llevándolo a la puerta de la cabaña, que estaba al norte, el padre continuó:

—Oye, nuestro padre Felice, que es el presidente del lazareto, conduce hoy a hacer la cuarentena en otra parte a los pocos que se han curado. ¿Ves aquella iglesia del centro...? —Y, alzando la mano flaca y temblorosa, señalaba a la izquierda en el aire opaco la cúpula de la capilla, que dominaba las miserables tiendas; y prosiguió—: Se están ahora congregando allí alrededor, para salir en procesión por la puerta por la que tú debes haber entrado.

—¡Ah!, por eso trabajaban despejando el camino.

—Exactamente; y también debes de haber oído algún toque de campana.

—He oído uno.

—Era el segundo; al tercero estarán todos congregados; el padre Felice les dirigirá un pequeño discurso y después se marchará con ellos. Tú, al oír ese toque, ve allá; trata de ponerte detrás de esa gente, a un lado de la calle, donde, sin molestar ni llamar la atención, podrás verlos pasar; y mira...

mira... si está entre ellos. Si Dios no ha querido que esté, aquella parte —dijo, y alzó de nuevo la mano señalando el lado del edificio que tenían enfrente—, aquella parte de la construcción, y una parte del terreno que está ante ella, es la destinada a las mujeres. Verás una empalizada que separa este sector de aquel, pero interrumpida en unos lugares, abierta en otros, de manera que no encontrarás dificultades para entrar. Una vez dentro, si no haces nada que inspire sospechas, nadie te dirá probablemente nada. Pero, si te pusieran algún obstáculo, di que el padre Cristoforo de *** te conoce, y que responderá por ti. Búscala allí; búscala con confianza... y con resignación. Porque acuérdate de que no es poco lo que has venido a buscar aquí: ¿pides una persona viva en el lazareto! ¿Sabes tú cuántas veces he visto renovarse este pobre pueblo mío? ¿A cuántos he visto llevarse?; ¡y a cuán pocos salir...! Vete preparado para hacer un sacrificio...

—Ya, ya lo entiendo —interrumpió Renzo revolviendo los ojos y mudando de rostro—, ¡lo entiendo! Voy: miraré, buscaré en un lugar, en otro, y después por todo el lazareto, de arriba abajo..., ¡y si no la encuentro...!

—¿Si no la encuentras? —dijo el fraile, con un aire de seriedad y de expectativa, y con una mirada admonitoria.

Pero Renzo, en quien la rabia había prendido con la idea de aquella duda, cegándolo, repitió y prosiguió:

—Si no la encuentro, veré de encontrar a algún otro. O en Milán, o en su criminal palacio, o en el fin del mundo, o en la casa del diablo, encontraré a ese bribón que nos ha separado; a ese bribón que, si no hubiera sido por él, Lucia habría sido mía hace veinte meses; y, si estábamos destinados a morir, al menos habríamos muerto juntos. Si aún vive, lo encontraré...

—¡Renzo! —dijo el fraile, agarrándolo de un brazo y mirándolo aún más severamente.

—Y si lo encuentro —continuó Renzo, totalmente ciego de cólera—, si la peste no ha hecho ya justicia... Ya no vivimos tiempos en que un haragán, con sus bravos alrededor, pueda inducir a la gente a la desesperación y reírse de ella; ha llegado el tiempo en que los hombres se encuentren cara a cara; y... ¡yo haré justicia!

—¡Desdichado! —gritó el padre Cristoforo, con una voz que había recobrado toda su antigua plenitud y sonoridad—. ¡Desdichado! —Y su cabeza colgante sobre el pecho se había levantado; sus mejillas se coloreaban con la antigua vida; y el fuego de sus ojos tenía un no sé qué de terrible—. ¡Mira, desdichado! —Y, mientras con una mano apretaba y sacudía con fuerza el brazo de Renzo, con la otra señalaba en torno cuanto más podía de la

dolorosa escena que los rodeaba—. ¡Mira que es Él quien castiga! ¡Él quien juzga y no es juzgado! ¡Él quien azota y perdona! ¿Tú lo sabes, tú, qué es la justicia? ¡Vete, desdichado, vete! Yo esperaba...; sí, he esperado que, antes de mi muerte, Dios me habría dado el consuelo de oír que mi pobre Lucia estaba viva; quizá de verla y de oírme prometer por ella que dirigiría una plegaria a la fosa donde yo estaré. Vete, me has quitado mi esperanza. Dios no la ha dejado en la tierra para ti; y tú, ciertamente, no te atreverás a creerte digno de que Dios piense en consolarte. Habrá pensado en ella, porque ella es una de esas almas a las que están reservadas las consolaciones eternas. ¡Vete!, no tengo más tiempo de hacerte caso.

Y, diciendo esto, rechazó el brazo de Renzo y echó a andar hacia una cabaña de enfermos.

—¡Ay, padre! —dijo Renzo, yendo detrás de él con ademán suplicante—, ¿quiere echarme de esta manera?

—¿Cómo? —prosiguió, con voz menos severa, el capuchino—. ¿Te atreverías a pretender que robase mi tiempo a estos afligidos, que esperan que yo les hable del perdón de Dios, para escuchar tus voces de rabia, tus propósitos de venganza? Te he escuchado cuando pedías consolación y ayuda; he dejado la caridad por la caridad; pero ahora tienes tu venganza en el corazón; ¿qué quieres de mí?, vete. He visto morir aquí a ofendidos que perdonaban; a ofensores que gemían por no poder humillarse ante el ofendido; he llorado con unos y con otros; pero contigo ¿qué he de hacer?

—¡Ah, le perdono! ¡Le perdono de veras, le perdono para siempre! —exclamó el joven.

—¡Renzo! —dijo, con una seriedad más tranquila, el fraile—, piénsalo; y dime cuántas veces le has perdonado. —Y, tras estar un rato sin recibir respuesta, de repente bajó la cabeza y, con voz sombría y lenta, prosiguió—: Sabes por qué llevo este hábito.

Renzo vacilaba.

—¡Lo sabes! —prosiguió el anciano.

—Lo sé —prosiguió Renzo.

—También yo he odiado; yo, que te he reprendido por un pensamiento, por una palabra, al hombre que odiaba de todo corazón, que odiaba hacía mucho tiempo, yo lo maté.

—Sí, pero un prepotente, uno de esos...

—¡Calla! —interrumpió el fraile—, ¿crees tú que, si hubiera una buena razón, no la habría encontrado yo en treinta años? ¡Ah!, ¡si pudiera ahora meter en tu corazón el sentimiento que después he tenido siempre, y que

tengo aún, por el hombre que odiaba! ¡Si pudiera!, ¿yo?, pero Dios lo puede: ¡hágalo Él...! Oye, Renzo, Él te quiere más de lo que tú te quieres; tú has podido maquinar la venganza; pero Él tiene bastante fuerza y bastante misericordia para impedírtela; te hace una gracia de la que algún otro era demasiado indigno. Tú sabes, lo has dicho muchas veces, que Él puede detener la mano de un prepotente; pues has de saber también que puede detener la de un vindicativo. Y porque eres pobre, porque te han ofendido, ¿crees que Él no puede defender contra ti a un hombre que ha creado a su imagen? ¿Crees que Él te dejaría hacer todo lo que quieres? ¡No! ¿Sabes lo que puedes hacer? Puedes odiar y perderte; puedes, con un sentimiento tuyo, alejar de ti toda bendición. Porque, como quiera que te salgan las cosas, cualquiera que sea la fortuna que tengas, ten por seguro que todo será castigado, mientras no hayas perdonado de manera que no puedas decir nunca más: «Yo le perdono».

—Sí, sí —dijo Renzo muy conmovido y muy confuso—, comprendo que nunca le había perdonado de veras; comprendo que he hablado como un animal y no como un cristiano; pero ahora, por la gracia del Señor, sí, le perdono de todo corazón.

—¿Y si lo vieras?

—Rogaría al Señor que me diera paciencia y que tocara su corazón.

—¿Recordarías que el Señor no nos ha dicho que perdonemos a nuestros enemigos, nos ha dicho que los amemos? ¿Recordarías que Él lo ha amado hasta el punto de morir por él?

—Sí, con su ayuda.

—Pues bien, ven conmigo. Has dicho: lo encontraré; lo encontrarás. Ven, y verás contra quién podías guardar odio, a quién podías desear mal, querer hacérselo, la vida de la que te atrevías a erigirte en dueño.

Y, cogiendo la mano de Renzo y estrechándosela como habría podido hacer un joven sano, echó a andar. El otro, sin atreverse a preguntar más, lo siguió.

Tras unos pasos, el fraile se detuvo junto a la abertura de una cabaña, clavó los ojos en el rostro de Renzo, con una mezcla de gravedad y ternura, y lo introdujo en ella.

Lo primero que se veía, al entrar, era un enfermo sentado en la paja, al fondo; pero un enfermo no agravado y que incluso podía parecer próximo a la convalecencia; el cual, viendo al padre, meneó la cabeza, como diciendo que no; el padre bajó la suya, con un gesto de tristeza y resignación. Mientras tanto, Renzo, volviendo con inquieta curiosidad la mirada sobre otros objetos,

vio a tres o cuatro enfermos, distinguió a uno en un lado sobre un colchón, envuelto en una sábana, con una capa señorial encima, a guisa de colcha; lo miró fijamente, reconoció a don Rodrigo y retrocedió un paso; pero el fraile, haciéndole sentir de nuevo la mano con que lo sujetaba, lo arrastró al pie del camastro y, extendiendo sobre él la otra mano, señalaba con el dedo al hombre que yacía en él.

Estaba, el infeliz, inmóvil; abiertos los ojos, pero sin mirada; pálido el rostro y sembrado de manchas negras; negros e hinchados los labios; se habría dicho el rostro de un cadáver, si una contracción violenta no hubiera dado testimonio de una vida tenaz. El pecho se alzaba de cuando en cuando, con una respiración jadeante; con la diestra, fuera de la capa, comprimía el costado cerca del corazón, apretando con los corvos dedos, lívidos todos y, en las puntas, negros.

—¡Ya ves! —dijo el fraile, con voz baja y grave—. Puede ser castigo, puede ser misericordia. El sentimiento que experimentarás ahora por este hombre que te ha ofendido, sí, ese mismo sentimiento, ese Dios a quien tú has ofendido tendrá para ti cuando llegue tu hora. Bendícelo y serás bendecido. Hace cuatro días que está aquí, como lo ves, sin dar señales de conocimiento. Quizá el Señor esté dispuesto a concederle una hora de contrición; pero quería que tú se lo rogaras; quizá quiere que tú se lo ruegues con esa inocente; quizá reserve la gracia para tu plegaria, para la plegaria de un corazón afligido y resignado. Quizá la salvación de este hombre y la tuya dependen ahora de ti, de un sentimiento tuyo de perdón, de compasión..., ¡de amor!

Calló y, juntando las manos, inclinó el rostro sobre ellas y rezó; Renzo hizo lo mismo.

Llevaban unos momentos en esa postura cuando sonó la campana. Echaron a andar los dos, como de común acuerdo, y salieron. Ni el uno hizo preguntas ni el otro protestas; sus rostros hablaban.

—Vete ahora —prosiguió el fraile—, y vete preparado, tanto para recibir una gracia, como para hacer un sacrificio; para alabar a Dios, sea cual sea el final de tu búsqueda. Y, sea cual sea, ven a darme noticias; lo alabaremos juntos.

Aquí, sin decir más, se separaron; uno regresó por donde había venido; el otro se encaminó a la capilla, que no distaba más de cien pasos.

XXXVI

¿Quién le habría dicho a Renzo, unas horas antes, que, en lo más fuerte de su búsqueda, al comenzar los momentos más inciertos y más decisivos, su corazón habría estado dividido entre Lucia y don Rodrigo? Y, sin embargo, era así: aquella figura venía a mezclarse con todas las imágenes queridas o terribles que la esperanza o el temor le presentaban sucesivamente en aquel trayecto; las palabras oídas al pie de aquel camastro se metían entre los síes y los noes con que luchaba su mente; y no podía terminar una plegaria por el feliz resultado de la gran prueba, sin añadirle la que había principiado allí y que el toque de la campana había truncado.

La capilla octogonal que se alza, sobre unos escalones, en el centro del lazareto, estaba, en su construcción primitiva, abierta por todos los lados, sin más sostén que pilastras y columnas, un edificio, por así decirlo, perforado: en cada fachada, un arco entre dos intercolumnios; por dentro corría un pórtico en torno a lo que podría llamarse con más propiedad la iglesia, compuesta solo por ocho arcos, correspondientes a los de la fachada, con una cúpula sobre ellos; de manera que el altar erigido en el centro podía verse desde todas las ventanas de las estancias del recinto y casi desde cualquier punto del área. Ahora, adaptado el edificio para un uso muy distinto, los vanos de las fachadas están tapiados; pero la antigua osamenta, intacta, indica claramente el antiguo estado y el antiguo destino de aquel.

Apenas echó a andar Renzo, cuando vio aparecer al padre Felice en el pórtico de la capilla y asomarse al arco central del lado que mira a la ciudad; ante él estaba congregada la comitiva, al pie de las gradas, en la calle central; y enseguida advirtió por su actitud que había comenzado el sermón.

Dio la vuelta por aquellas callejas, para llegar a la cola del auditorio, como le habían sugerido. Llegado allí, se detuvo callandito, lo recorrió todo con la mirada; pero no veía desde allí sino cabezas, diré casi que un empedrado de cabezas. En el centro había cierto número cubiertas de pañuelos, o de velos; en aquella parte clavó más atentamente sus ojos; pero, no consiguiendo descubrir nada más, los alzó también él a donde todos tenían

clavados los suyos. Quedó admirado y conmovido por la venerable figura del predicador; y, con lo que le podía restar de atención en tal momento de expectativa, oyó esta parte del solemne razonamiento.

—Concedamos un pensamiento a los miles y miles que han salido por allí —decía, y con el dedo alzado sobre el hombro, señalaba tras sí la puerta que da al cementerio llamado de San Gregorio, el cual era entonces todo, si así puede decirse, una gran fosa—, echemos una ojeada en torno a los miles y miles que aquí quedan, demasiado inseguros sobre por dónde saldrán; echémonos una ojeada a nosotros mismos, tan pocos, que salimos a salvo. ¡Bendito sea el Señor! ¡Bendito en su justicia, bendito en su misericordia! ¡Bendito en la muerte, bendito en la salud! ¡Bendito en esta elección que se ha dignado hacer con nosotros! ¡Oh!, ¿por qué lo ha querido, hijos, sino para reservarse un pequeño pueblo corregido por la aflicción y enfervorizado por la gratitud?, ¿sino con el fin de que, sintiendo ahora más vivamente que la vida es un don suyo, la tengamos en la estima que merece una cosa dada por Él, la empleemos en las obras que pueden ofrecerse a Él?, ¿sino con el fin de que la memoria de nuestros padecimientos nos vuelva compasivos y benéficos con nuestro prójimo? Mientras tanto, que estos en cuya compañía hemos penado, esperado, temido; entre los cuales dejamos amigos, cónyuges; y que todos son al cabo hermanos nuestros; que aquellos que nos verán pasar en medio de ellos, mientras acaso reciban algún alivio al pensar que alguien sale salvo de aquí, queden edificadas con nuestra actitud. No quiera Dios que puedan ver en nosotros un gozo ruidoso, un gozo mundano por haber esquivado esa muerte con la cual ellos están todavía luchando. Que vean que partimos dando las gracias por nosotros y rezando por ellos; y que puedan decir: «También fuera de aquí, estos se acordarán de nosotros, seguirán rezando por nosotros, infelices». Comenzamos con este viaje, con los primeros pasos que vamos a dar, una vida de caridad total. Los que hayan recobrado el antiguo vigor ofrezcan un brazo fraterno a los débiles; jóvenes, sostened a los viejos; y vosotros, que os habéis quedado sin hijos, mirad a vuestro alrededor, ¡cuántos hijos sin padres! ¡Sedlo para ellos! Y esta caridad, al disculpar vuestros pecados, dulcificará también vuestros dolores.

Aquí un sordo murmullo de gemidos, un llanto que iba creciendo en la concurrencia, se interrumpió de pronto al ver al predicador echarse una cuerda al cuello y ponerse de rodillas; había un gran silencio, esperando a lo que iba a decir.

—Para mí —dijo— y para todos mis compañeros, que, sin ningún mérito nuestro, hemos sido elegidos para el alto privilegio de servir a Cristo en

vosotros, os pido humildemente perdón si no hemos cumplido dignamente tan gran ministerio. Si la pereza, si la indocilidad de la carne, nos han hecho menos atentos a vuestras necesidades, menos prestos a vuestras llamadas; si una injusta impaciencia, si un culpable fastidio nos han hecho alguna vez presentarnos ante vosotros con un rostro hastiado o severo; si alguna vez el miserable pensamiento de que teníais necesidad de nosotros nos ha llevado a no trataros con toda la humildad que convenía, si nuestra fragilidad nos ha hecho incurrir en alguna acción que os haya causado escándalo, ¡perdonadnos! Y así os perdone Dios vuestras deudas, y os bendiga. —Y, haciendo sobre la audiencia una gran señal de la cruz, se levantó.

Hemos podido referir, si no las palabras exactas, el sentido al menos, el tema de las que profirió de verdad; pero la manera en que fueron dichas no es posible describirla. Era la manera de un hombre que llamaba privilegio al de servir a los apestados, porque lo tenía por tal; que confesaba no haber correspondido dignamente a él, porque sentía que no había correspondido dignamente; que pedía perdón, porque estaba persuadido de necesitarlo. Pero la gente que había visto en torno a sí a aquellos capuchinos ocupados únicamente en servirla, y a tantos había visto morir, y a aquel que hablaba por todos, siempre el primero en el trabajo, como en la autoridad, salvo cuando se encontró también él en trance de muerte, imaginaos con qué sollozos, con qué lágrimas respondió a tales palabras. El admirable fraile cogió luego una gran cruz que estaba apoyada en una pilastra, la enarboló delante de sí, dejó en el borde del pórtico exterior las sandalias, bajó los escalones y, entre la muchedumbre que le abrió respetuosamente paso, echó a andar para ponerse al frente de ella.

Renzo, con los ojos arrasados en lágrimas, ni más ni menos que si hubiera sido uno de aquellos a quienes se pedía tan singular perdón, se retiró también y fue a ponerse al lado de una cabaña; allí se quedó esperando, semiescondido, con el cuerpo hacia atrás y sacando la cabeza, con los ojos muy abiertos, con gran palpitación del corazón, pero al tiempo con cierta nueva y particular confianza, nacida, creo yo, de la ternura que le había inspirado el sermón y del espectáculo de la ternura general.

Y he aquí que llegaba el padre Felice, descalzo, con aquella cuerda al cuello, con aquella larga y pesada cruz alzada; pálido y flaco el rostro, un rostro que inspiraba al tiempo compunción y valor; a pasos lentos, pero resueltos, como quien piensa solo en no fatigar a la debilidad ajena; y en todo como un hombre a quien un exceso de trabajos y molestias diera fuerzas para sostener los muchos necesarios e inseparables de aquel cargo suyo.

Inmediatamente detrás de él venían los niños más grandecitos, descalzos en su mayoría, muy pocos totalmente vestidos, algunos incluso en paños menores. Venían después las mujeres, llevando casi todas de la mano a una niña y cantando alternativamente el *Miserere*; y el débil sonido de aquellas voces, el calor y la languidez de aquellos rostros eran tales que habrían llenado de compasión el ánimo de quienquiera que se hubiese encontrado allí como simple espectador. Pero Renzo miraba, examinaba, fila a fila, rostro a rostro, sin dejar ni uno; pues la procesión marchaba tan despacio que le ofrecía toda la comodidad. Pasa que pasa; mira que mira; siempre inútilmente; echaba una ojeada rápida a las filas que aún quedaban atrás: ya son pocas; estamos en la última; han pasado todas: han sido todos rostros desconocidos. Con los brazos colgantes y con la cabeza doblada sobre un hombro, acompañó con los ojos aquella formación, mientras pasaba ante él la de los hombres. Una nueva atención, una nueva esperanza nació en él al ver, detrás de estos, aparecer unos carros sobre los que iban los convalecientes que aún no estaban en condiciones de caminar. Allí las mujeres venían las últimas; y el cortejo iba tan despacio que Renzo pudo igualmente examinarlas todas, sin que se le escapara una. Pero ¿qué? Examina el primer carro, el segundo, el tercero, y así sucesivamente, siempre con el mismo resultado, hasta uno, tras el que no venía más que otro capuchino, con un aspecto serio y con un bastón en la mano, como regulador de la comitiva. Era aquel el padre Michele del que dijimos que había sido el compañero de gobierno del padre Felice.

Así se desvaneció del todo aquella querida esperanza; y, al desaparecer, no solo se llevó el consuelo que había traído, sino, como ocurre la mayoría de las veces, dejó al hombre en peor estado que antes. Lo mejor que podía esperar ahora era encontrar a Lucia enferma. Sin embargo, cuando el creciente temor sustituyó al ardor de una esperanza presente, el pobrecillo se aferró con todas las fuerzas de su ánimo a este triste y débil hilo: entró en la crujía y se encaminó hacia el lado de donde había venido la procesión. Cuando estuvo al pie de la capilla, fue a arrodillarse en el último escalón; y allí dirigió a Dios una plegaria, o, mejor dicho, una confusión de palabras enmarañadas, de frases interrumpidas, de exclamaciones, de instancias, de lamentos, de promesas: uno de esos discursos que no se hacen a los hombres, porque no tienen bastante penetración para entenderlos, ni paciencia para escucharlos; ni son lo bastante grandes para sentir compasión sin desprecio.

Se alzó algo más animado; rodeó la capilla; se encontró en la otra crujía que aún no había visto y que daba a la otra puerta; tras unos pasos vio la

empalizada de la que le había hablado el fraile, pero interrumpida aquí y allá, justamente como le había dicho; entró por una de las aberturas y se encontró en el sector de las mujeres. Casi al primer paso que dio vio en el suelo una campanilla, de las que los monatos llevaban en el pie; se le pasó por la cabeza que tal instrumento podría servirle de pasaporte allí dentro; la cogió, observó si alguien lo miraba y se la ató como ellos solían. Y se puso al punto a la búsqueda, a esa búsqueda que solo por la cantidad de los objetos habría sido fieramente gravosa, aun cuando los objetos hubieran sido muy distintos; comenzó a recorrer con la vista, o por mejor decir a contemplar nuevas miserias, muy semejantes en parte a las ya vistas, en parte muy diversas; pues, bajo la misma calamidad, había allí un padecer distinto, por así decirlo, un languidecer distinto, un lamentarse distinto, un soportar distinto, un distinto compadecerse y socorrerse mutuamente; había, en quien miraba, una distinta piedad y una distinta repugnancia.

Había recorrido ya no sé cuánto camino, sin fruto y sin accidentes, cuando oyó a sus espaldas un «¡Eh!», una llamada que parecía dirigida a él. Se volvió y vio, a cierta distancia, a un comisario que alzó una mano, señalándolo a él, y gritó:

—En las habitaciones se necesita ayuda; aquí se acaba de barrer en este momento.

Renzo comprendió al punto por quién lo tomaban, y que la campanilla era la causa del equívoco; se llamó animal por haber pensado solamente en los estorbos que aquella insignia le podía evitar y no en los que le podía acarrear; pero pensó al mismo tiempo en la manera de desembarazarse enseguida de ella. Le hizo reiterada y apresuradamente una señal con la cabeza, como diciendo que había entendido y que obedecía; y se quitó de su vista, metiéndose por un lado entre las cabañas.

Cuando le pareció que estaba bastante alejado, pensó también en librarse de la causa del escándalo; y, para hacer aquella operación sin ser observado, fue a meterse en un pequeño espacio entre dos cabañas que se daban, por así decirlo, la espalda. Se inclina para quitarse la campanilla y mientras está así, con la cabeza apoyada en la pared de paja de una de las cabañas, llega a sus oídos una voz... ¡Oh, cielos!, ¿es posible? Toda su alma está en ese oído: la respiración en suspenso... ¡Sí!, ¡sí!, ¡es esa voz...!

—¿Miedo de qué? —decía aquella voz suave—. Hemos pasado algo peor que un temporal. Quien nos ha guardado hasta ahora nos guardará también en adelante.

Si Renzo no lanzó un grito, no fue por miedo a descubrirse; fue porque se quedó sin resuello. Le fallaron las rodillas, se le nubló la vista; pero fue un primer momento; en un segundo estaba en pie, más despierto, más vigoroso que antes; en tres saltos dio la vuelta a la cabaña, estuvo en la puerta, vio a la que había hablado, la vio levantada, inclinada sobre una mala cama. Se vuelve ella al ruido; mira, cree ver mal, soñar; mira más atenta, y grita:

—¡Bendito sea el Señor!

—¡Lucia! ¡Os he encontrado! ¡Os encuentro! ¡Sois vos misma! ¡Estáis viva! —exclamó Renzo, avanzando, muy tembloroso.

—¡Bendito sea el Señor! —replicó, aún más temblorosa, Lucia—. ¿Vos? ¿Qué es esto? ¿De qué manera? ¿Por qué? ¡La peste!

—La he tenido. ¿Y vos...?

—¡Ah...!, también yo. ¿Y mi madre...?

—No la he visto, porque está en Pasturo; pero creo que está bien. Pero vos..., ¡qué pálida estáis aún! ¡Qué débil parecéis! Pero ya os habéis curado, ¿verdad?

—El Señor me ha querido dejar todavía aquí abajo. ¡Ay, Renzo! ¿Por qué estáis aquí?

—¿Por qué? —dijo Renzo, acercándosele cada vez más—, ¿me preguntáis por qué? ¿Por qué tenía que venir? ¿Necesitáis que os lo diga? ¿En quién tengo yo que pensar? ¿No me llamo ya Renzo, yo? ¿No sois ya Lucia, vos?

—¡Ah, qué decís! ¡Qué decís! ¿No os hizo escribir mi madre...?

—Sí, por desgracia me hizo escribir. ¡Bonitas cosas para escribirlas a un pobre desgraciado, atribulado, prófugo, a un joven que jamás os había dado un disgusto!

—Pero ¡Renzo! ¡Renzo!, ya que sabíais..., ¿por qué venir? ¿Por qué?

—¿Por qué venir? ¡Oh, Lucia! ¿Por qué venir, me decís? ¡Después de tantas promesas! ¿No somos ya los mismos? ¿No os acordáis ya? ¿Qué es lo que nos faltaba?

—¡Oh, Señor! —exclamó dolorosamente Lucia, uniendo las manos y alzando los ojos al cielo—. ¿Por qué no me habéis hecho la gracia de llevarme con Vos...? ¡Oh, Renzo! ¿Qué habéis hecho? Ya empezaba a esperar que... con el tiempo... me habríais olvidado...

—¡Qué linda esperanza! ¡Lindas cosas para decírmelas en la cara!

—¡Ah! ¿Qué habéis hecho? ¡Y en este lugar!, ¡entre estas miserias!, ¡entre estos espectáculos! Aquí, donde no se hace sino morir, ¡habéis podido...!

—Por los que mueren hay que rogar a Dios y esperar que vayan a buen lugar; pero no es justo, ni siquiera por eso, que los que viven tengan que vivir

desesperados...

—Pero ¡Renzo! ¡Renzo!, no sabéis lo que decís. ¡Una promesa a la Virgen...! ¡Un voto!

—Pues os digo que son promesas que no valen nada.

—¡Oh, Señor! ¿Qué decís? ¿Dónde habéis estado durante este tiempo? ¿Con quién habéis tratado? ¿Cómo habláis?

—Hablo como buen cristiano; y de la Virgen pienso mejor que vos, porque creo que no quiere promesas en perjuicio del prójimo. Si la Virgen hubiese hablado, ¡oh, entonces! Pero ¿qué ha sido?, una idea vuestra. ¿Sabéis qué debéis prometer a la Virgen? Prometedle que, a la primera hija que tengamos, le pondremos el nombre de Maria; pues esto estoy aquí también yo para prometerlo: esas son cosas que honran más a la Virgen; esas son devociones de más provecho y que no perjudican a nadie.

—No, no; no digáis eso; no sabéis lo que os decís; no sabéis lo que es hacer un voto; no habéis estado vos en aquella situación, no habéis sentido... Idos, idos, ¡por amor del cielo!

Y se apartó impetuosamente de él, regresando hacia la cama.

—¡Lucia! —dijo Renzo, sin moverse—: Decidme al menos, decidme: si no fuera por esa razón..., ¿seríais la misma para mí?

—¡Hombre sin corazón! —respondió Lucia, volviéndose y conteniendo a duras penas las lágrimas—. Cuando me hubierais hecho decir palabras inútiles, palabras que me harían daño, palabras que quizá sean pecado, ¿estaríais contento? Idos, ¡oh!, idos: olvidaos de mí. ¡Se ve que no era nuestro destino! Nos volveremos a ver allá arriba: ya no nos debe de quedar mucho en este mundo. Idos: tratad de enterar a mi madre de que estoy curada, de que también aquí Dios me ha asistido siempre, que he encontrado a un alma buena, esta excelente mujer, que me hace de madre; decidle que espero que ella se haya visto preservada de la enfermedad y que volveremos a vernos cuando Dios quiera y como quiera... Idos, por amor del cielo, y no penséis en mí..., salvo cuando recéis al Señor.

Y como quien no tiene más que decir, ni quiere oír más, como quien quiere sustraerse a un peligro, se retiró aún más cerca de la cama, donde estaba la mujer de la que había hablado.

—¡Oíd, Lucia, oíd! —dijo Renzo, aunque sin acercársele más.

—No, no: idos, ¡por caridad!

—Oíd: el padre Cristoforo...

—¿Qué?

—Está aquí.

—¿Aquí?, ¿dónde? ¿Cómo lo sabéis?

—Le he hablado hace poco; he estado un rato con él, y un religioso de sus cualidades, me parece...

—¿Está aquí?, para asistir a los pobres apestados, seguro. Pero ¿y él?, ¿ha tenido la peste?

—¡Ah, Lucia!, me temo, por desgracia me temo... —Y, mientras Renzo vacilaba en proferir una palabra dolorosa para él y que debía de serlo tanto para Lucia, esta se había apartado de nuevo de la cama y se acercaba a él—. ¡Me temo que la tiene encima!

—¡Oh, pobre santo! Pero ¿qué digo: pobre, él? ¡Pobres de nosotros! ¿Cómo está? ¿Está en la cama? ¿Está asistido?

—Está levantado, va de un lado a otro, asiste a los demás; pero, si lo vierais, ¡qué color tiene, cómo anda! Quien ha visto tantos y tantos, por desgracia... ¡no puede equivocarse!

—¡Oh, pobres de nosotros! ¿Y decís que está aquí?

—Aquí, y no muy lejos; poco más que de vuestra casa a la mía..., ¡si aún os acordáis...!

—¡Oh, Virgen Santísima!

—Bueno, poco más. ¡Y figuraos si hemos hablado de vos! Me ha dicho cosas... ¡Y si supierais lo que me ha enseñado! Ya lo sabréis; pero quiero empezar por deciros lo que me dijo primero, él, con su propia boca. Me ha dicho que hacía bien al venir a buscaros, y que al Señor le agrada que un joven se comporte así y que me ayudaría a encontraros, como ha sido verdad; y es un santo, conque ¡ya veis!

—Pero, si ha hablado así, es porque él no sabe...

—¿Qué queréis que sepa de las cosas que habéis hecho a vuestro antojo, sin reglas y sin el parecer de nadie? Un hombre bueno, un hombre de juicio, como es él, no va a pensar cosas de esta suerte. Pero ¡lo que me ha enseñado!

Y aquí contó la visita hecha a la cabaña; Lucia, aunque sus sentidos y su ánimo hubieran tenido que habituarse, en aquella residencia, a las más fuertes impresiones, estaba oprimida por el horror y la compasión.

—Y también allí —prosiguió Renzo— ha hablado como un santo: dijo que quizá el Señor tiene destinada su gracia para ese infeliz (ahora ya no podría darle otro nombre)..., que espera para cogerlo en una buena hora; pero que quiere que recemos juntos por él... ¡Juntos! ¿Habéis entendido?

—Sí, sí; rezaremos, cada uno donde el Señor nos quiera; las oraciones sabe juntarlas Él.

—Pero ¡si os estoy diciendo sus palabras...!

—Pero, Renzo, él no sabe...

—¿No comprendéis que, cuando quien habla es un santo, es el Señor el que lo hace hablar? ¿Y que no habría hablado así, si no debiera ser así...? ¿Y el alma de ese pobrecillo? Yo he rezado, sí, y rezaré por él: he rezado de corazón, como si hubiera sido un hermano mío. Pero ¿cómo queréis que esté en el otro mundo, el pobrecillo, si aquí no se arregla la cosa, si no se deshace el mal que él ha hecho? Pues, si vos os ponéis en razón, entonces todo queda como antes; lo pasado, pasado; él ya ha sufrido su penitencia aquí...

—No, Renzo, no; el Señor no quiere que obremos mal, para hacer Él misericordia. Dejadle obrar a Él en esto; en cuanto a nosotros, nuestro deber es rezarle. Si yo hubiera muerto aquella noche, ¿no habría podido, pues, perdonarle? Pero no he muerto, y me han liberado...

—Y vuestra madre, esa pobre Agnese, que siempre me quiso tanto y que tanto se desvivía por vernos marido y mujer, ¿no os ha dicho también que era una idea torcida? Ella, que os ha hecho entrar en razón también otras veces, porque, en ciertas cosas, piensa con más juicio que vos...

—¡Mi madre! ¿Creéis que mi madre iba a aconsejarme faltar a un voto? Pero ¡Renzo!, no estáis en vuestros cabales.

—¡Oh! ¿Queréis que os lo diga? Vosotras, las mujeres, no podéis saber estas cosas. El padre Cristoforo me dijo que regresara a contarle si os había encontrado. Me voy: veremos; y lo que él diga...

—Sí, sí, id con ese santo; decidle que rezo por él y que rece por mí, ¡que lo necesito tanto, tanto! Pero, por amor del cielo, por vuestra alma, por mi alma, no vengáis más aquí, a hacerme daño, a... tentarme. El padre Cristoforo sabrá explicároslo todo y haceros entrar en razón; él hará que os resignéis.

—¡Resignarme! Oh, lo que es eso, quitáoslo de la cabeza. Ya me mandasteis escribir esa fea palabra; y yo sé cuánto me hizo sufrir; y ahora tenéis también corazón para decírmela. Pues yo, en cambio, os digo clara y rotundamente que nunca me resignaré. Queréis olvidaros de mí; y yo no quiero olvidarme de vos. Y os prometo, ya veis, que, si me hacéis perder el juicio, no lo vuelvo a recobrar. ¡Al diablo el oficio, al diablo la buena conducta! Queréis condenarme a estar rabiando toda la vida; pues viviré rabiando... ¡Y aquel desgraciado! El Señor sabe que le he perdonado de corazón; pero vos... ¿Queréis, pues, hacerme pensar toda mi vida que si no fuera por él...? ¡Lucia! Habéis dicho que os olvide: ¡que os olvide! ¿Cómo debo hacer? ¿En quién creéis que pensaba durante todo este tiempo...? ¡Y tras tantas cosas!, ¡tras tantas promesas! ¿Qué he hecho yo desde que nos hemos separado? ¿Me tratáis así porque he padecido? ¿Porque he pasado

tanto tiempo fuera de casa, triste, alejado de vos? ¿Porque, en el primer momento en que he podido, he venido a buscaros?

Lucia, cuando el llanto le permitió articular palabra, exclamó, uniendo de nuevo las manos y alzando al cielo los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Oh, Virgen Santísima!, ¡ayudadme Vos! Vos sabéis que, desde esa noche, jamás pasé un momento como este. Me habéis socorrido entonces, ¡socorredme también ahora!

—Sí, Lucia; hacéis bien al invocar a la Virgen; pero ¿por qué os empeñáis en creer que Ella, que es tan buena, madre de misericordia, puede complacerse en hacernos sufrir... a mí al menos... por una palabra escapada en un momento en que no sabíais lo que os decíais? ¿Queréis creer que os haya ayudado entonces, para dejarnos embrollados después...? Pero si eso fuera una excusa; si me habéis tomado odio... decídmelo... hablad claro.

—Por caridad, Renzo, por caridad, por vuestros pobres difuntos, acabad, acabad; no me hagáis morir... No sería un buen momento. Id con el padre Cristoforo, encomendadme a él, no volváis más, no volváis más aquí.

—Me voy; pero ¡figuraos si no voy a volver! Volveré aunque estuviera en el fin del mundo, volveré. —Y desapareció.

Lucia fue a sentarse, o, mejor dicho, se dejó caer en el suelo, junto a la cama; y, apoyando la cabeza en ella, continuó llorando desconsoladamente. La mujer, que hasta entonces había estado con los ojos y los oídos muy abiertos, sin decir palabra, preguntó qué era aquella aparición, aquella disputa, este llanto. Pero quizá el lector se pregunte por su parte quién era ella; y para satisfacerlo no necesitaremos, tampoco aquí, demasiadas palabras.

Era una acomodada comerciante, de unos treinta años. En pocos días había visto morir en la casa a su marido y a todos sus hijos; al poco tiempo, atacada por la peste también ella, había sido trasladada al lazareto y metida en aquella cabaña, en el momento en que Lucia, tras haber superado, sin darse cuenta, la fuerza del mal, y cambiado, igualmente sin darse cuenta, muchas compañeras, empezaba a recobrarse y a volver en sí; pues, desde el principio de la enfermedad, encontrándose aún en casa de don Ferrante, se había quedado como insensata. La cabaña solo podía contener a dos personas; y entre estas dos, afligidas, desamparadas, asustadas, solas entre tanta multitud, había nacido pronto una intimidad, un afecto que apenas habrían podido salir de un prolongado vivir juntas. En poco tiempo, Lucia había estado en condiciones de ayudar a la otra, que se había encontrado agravadísima. Ahora que ella estaba también fuera de peligro, se hacían compañía y se cuidaban y daban ánimos recíprocamente; se habían prometido no salir del lazareto sino

juntas; y habían tomado otros acuerdos para no separarse tampoco después. La comerciante, que habiendo dejado a la custodia de un hermano suyo, comisario de la Sanidad, la casa, el almacén y la caja, todo bien provisto, estaba a punto de encontrarse sola y mísera dueña de mucho más de lo que necesitaba para vivir cómodamente, quería tener a Lucia consigo, como una hija o una hermana. Lucia había accedido, imaginaos con qué gratitud hacia ella y hacia la Providencia; pero solo hasta que pudiera tener noticias de su madre y conocer, como esperaba, la voluntad de esta. Por lo demás, reservada como era, nunca le había dicho una palabra ni de la promesa de matrimonio, ni de sus otras extraordinarias aventuras. Pero ahora, en aquel gran arrebató de afectos, sentía al menos tanta necesidad de desahogarse como la otra deseos de oír. Y, estrechando con ambas manos la diestra de ella, se puso al punto a contestar a la pregunta, sin otra contención que la que le imponían los sollozos.

Renzo, entretanto, apretaba el paso hacia el sector del buen fraile. Con un poco de reflexión y no sin tener que desandar algún trocito de camino, consiguió finalmente llegar a él. Encontró la cabaña; a él no lo encontró; pero, rondando y buscando por el contorno, lo vio en una barraca, donde, doblado hacia el suelo y casi de bruces, estaba confortando a un moribundo. Se detuvo allí, esperando en silencio. Poco después lo vio cerrar los ojos de aquel pobrecillo, después ponerse de rodillas, orar un momento y levantarse. Entonces echó a andar y fue a su encuentro.

—¡Oh! —dijo el fraile, viéndolo llegar—. ¿Y bien?

—Está; ¡la he encontrado!

—¿En qué estado?

—Curada; o a lo menos levantada.

—¡Alabado sea el Señor!

—Pero... —dijo Renzo cuando estuvo lo bastante cerca para poder hablar en voz baja—, hay otro enredo.

—¿Qué pasa?

—Quiero decir que... Ya sabe vuestra merced lo buena que es esa pobre muchacha; pero a veces es demasiado firme en sus ideas. Después de tantas promesas, después de todo lo que sabe vuestra merced, ahora dice que no puede casarse conmigo, porque dice, ¿qué sé yo?, que, en aquella noche del miedo, se le calentó la cabeza y, en cierto modo, se consagró a la Virgen. Cosas sin sentido, ¿verdad? Cosas buenas para quien tiene la ciencia y el fundamento de hacerlas, pero para nosotros, gente ordinaria, que no sabemos bien cómo deben hacerse... ¿verdad que son cosas que no valen?

—Dime: ¿está muy lejos de aquí?

—¡Oh, no!: unos pasos más allá de la iglesia.

—Espérame aquí un momento —dijo el fraile—, y después iremos juntos.

—¿Quiere decir que vuestra merced le hará comprender...?

—No sé nada, hijo; tengo que oírla a ella.

—Ya entiendo —dijo Renzo, y se quedó con los ojos clavados en tierra, y con los brazos cruzados sobre el pecho, rumiando su incertidumbre, que seguía íntegra.

El padre fue de nuevo en busca de aquel padre Vittore, le rogó que lo supliera de nuevo, entró en su cabaña, salió con la espuerta en el brazo, volvió con Renzo y le dijo:

—Vamos.

Y echó a andar delante de él, encaminándose a la cabaña donde, cierto tiempo antes, habían estado juntos.

Esta vez entró solo, y tras unos momentos reapareció y dijo:

—¡Nada! Recemos, recemos. —Después prosiguió—: Y, ahora, guíame tú.

Y sin decir más echaron a andar.

El tiempo se había ido oscureciendo cada vez más y anunciaba ahora tormenta segura y no muy alejada. Repetidos relámpagos rompían la creciente oscuridad y alumbraban con una claridad instantánea los larguísimos tejados y los arcos de los pórticos, la cúpula de la capilla, los bajos remates de las cabañas; y truenos que estallaban con repentino estrépito corrían alborotando de una a otra región del cielo. Marchaba delante el joven, atento al camino, con gran impaciencia por llegar, aunque aflojando el paso, para acomodarlo a las fuerzas de su compañero; este, cansado por sus trabajos, agravado por el mal, oprimido por el bochorno, caminaba penosamente, alzando de vez en cuando al cielo la cara demacrada, como para buscar una respiración más libre.

Renzo, cuando vio la cabaña, se detuvo, se volvió hacia atrás, dijo con voz trémula:

—Es aquí.

Entran...

—¡Aquí están! —grita la mujer de la cama.

Lucia se vuelve, se alza precipitadamente, va hacia el anciano, gritando:

—¡Oh, a quién veo! ¡Oh, padre Cristoforo!

—¿Y bien, Lucia? ¡De cuántas angustias os ha librado el Señor! Debéis de estar muy contenta por haber confiado siempre en Él.

—¡Oh, sí! Pero ¿y vuestra merced, padre? ¡Pobre de mí, cómo ha cambiado! ¿Cómo está? Diga: ¿cómo está?

—Como Dios quiere, y como, con su gracia, quiero también yo —respondió, con rostro sereno, el fraile. Y, llevándosela a un rincón, agregó—: Oíd: no puedo quedarme aquí sino unos momentos. ¿Estáis dispuesta a confiar en mí, como otras veces?

—¡Oh! ¿No es vuestra merced siempre mi padre?

—Hija, decidme, pues: ¿qué es ese voto del que me ha hablado Renzo?

—Es un voto que hice a la Virgen..., ¡oh!, ¡en una gran tribulación...! de no casarme.

—¡Pobrecilla! Pero ¿habéis pensado entonces que estabais ya ligada por una promesa?

—¡Tratándose del Señor y de la Virgen... no lo pensé!

—El Señor, hijita, agradece los sacrificios, las ofertas, cuando las hacemos de lo nuestro. Lo que quiere es el corazón, es la voluntad; pero vos no podíais ofrecerle la voluntad de otro, con el cual estabais ya obligada.

—¿He obrado mal?

—No, pobrecilla, no penséis en eso: creo incluso que la Santa Virgen habrá agradecido la intención de vuestro corazón afligido y la habrá ofrecido a Dios por vos. Pero, decidme: ¿no habéis pedido nunca consejo a nadie sobre esto?

—Yo no pensaba que estuviera mal, como para tenerme que confesar; y el poco bien que uno puede hacer ya se sabe que no hay que contarle.

—¿No tenéis ningún otro motivo que os impida mantener la promesa que hicisteis a Renzo?

—En cuanto a eso... por mí... ¿qué motivo...? No podría decir... —respondió Lucia, con una vacilación que indicaba todo menos la incertidumbre de su pensamiento; y su rostro, aún descolorido por la enfermedad, floreció de repente con el más vivo rubor.

—¿Creéis —prosiguió el anciano, bajando los ojos— que Dios ha dado a su Iglesia la autoridad de dispensar y de mantener, según redunde para el mayor bien, las deudas y las obligaciones que los hombres puedan haber contraído con Él?

—Sí, lo creo.

—Pues sabed que nosotros, consagrados al cuidado de las almas en este lugar, tenemos, para todos los que recurren a nosotros, las más amplias facultades de la Iglesia; y que, por consiguiente, yo puedo, si vos lo pedís,

dispensaros de la obligación, fuere cual fuere, que podáis haber contraído por causa de ese voto.

—Pero ¿no es pecado volverse atrás, arrepentirse de una promesa hecha a la Virgen? Yo entonces la hice de todo corazón... —dijo Lucia, violentamente agitada por el asalto de tan inesperada esperanza, hay que llamarla así, y por la opuesta aparición de un terror fortalecido por todos los pensamientos que, desde hacía tanto tiempo, eran la principal ocupación de su ánimo.

—¿Pecado, hijita? —dijo el padre—, ¿pecado recurrir a la Iglesia y pedir a su ministro que haga uso de la autoridad que de ella ha recibido y que ella ha recibido de Dios? Yo he visto de qué manera los dos estabais destinados a uniros; y, en verdad, si alguna vez me pareció que dos estuvieran unidos por Dios, esos erais vosotros; y ahora no veo por qué Dios os tenga que querer separados. Y lo bendigo, pues me ha dado, indigno como soy, el poder de hablar en su nombre y de devolveros vuestra palabra. Y, si vos me pedís que os declare libre de ese voto, no dudaré en hacerlo; y deseo incluso que me lo pidáis.

—¡Entonces...! ¡Entonces...! Lo pido —dijo Lucia, con un rostro solo turbado por el pudor.

El fraile llamó con un gesto al joven, el cual estaba en el rincón más apartado, mirando (ya que no podía hacer otra cosa) con gran fijeza el diálogo en el que estaba tan interesado; y, cuando estuvo allí, dijo, con voz más alta, a Lucia:

—Con la autoridad que tengo de la Iglesia, os declaro libre del voto de virginidad, anulando lo que pudo haber en él de inconsiderado, y liberándoos de toda obligación que pudierais haber contraído.

Figúrese el lector el sonido que tuvieron en los oídos de Renzo tales palabras. Agradeció vivamente con los ojos a quien las había proferido; y buscó al punto, aunque en vano, los de Lucia.

—Volved, con seguridad y con paz, a los pensamientos de antaño —siguió diciéndoles el capuchino—, pedidle de nuevo al Señor las gracias que Le pedíais, para ser una santa esposa; y confiad en que os las concederá con más abundancia tras tantas penas. Y tú —dijo, volviéndose a Renzo—, acuérdate, hijo, de que si la Iglesia te devuelve esta compañera, no lo hace para procurarte un consuelo temporal y mundano, el cual, aunque pudiera ser íntegro y sin mezcla de ningún disgusto, debería acabar en un gran dolor, en el momento de separaros; lo hace para encaminaros a ambos por el camino del consuelo que no tendrá fin. Amaos como compañeros de viaje, con este

pensamiento de que un día tendréis que separaros, y con la esperanza de encontraros de nuevo para siempre. Dad gracias al cielo que os ha conducido a este estado no por medio de alegrías turbulentas y pasajeras, sino entre trabajos y miserias, para disponeros a una alegría recogida y tranquila. Si Dios os concede hijos, mirad de criarlos para Él, de instilar en ellos el amor por Él y por todos los hombres; y entonces los guiaréis bien en todo lo demás. ¡Lucia!, ¿os ha dicho —dijo, y señalaba a Renzo— a quién ha visto aquí?

—¡Oh, padre, me lo ha dicho!

—¿Rezaréis por él? No os canséis de hacerlo. ¿Y rezaréis también por mí...? ¡Hijos!, quiero que tengáis un recuerdo de este pobre fraile. —Y aquí sacó de la espuerta una caja de madera ordinaria, pero torneada y pulida con cierto esmero de capuchino, y prosiguió—: Aquí dentro está el resto de aquel pan..., el primero que pedí por caridad; ¡ese pan del que habréis oído hablar! Os lo dejo a vosotros, hijos: conservadlo; enseñádselo a vuestros hijos. Nacerán en un triste mundo, y en tristes tiempos, en medio de soberbios y de provocadores; decidles que perdonen siempre, ¡siempre!, todo, ¡todo! ¡Y que recen, también ellos, por este pobre fraile!

Y tendió la caja a Lucia, que la cogió con respeto, como haría con una reliquia. Después, con voz más tranquila, prosiguió:

—Decidme ahora: ¿qué apoyos tenéis aquí en Milán? ¿Dónde pensáis ir a alojaros cuando salgáis de aquí? ¿Y quién os llevará con vuestra madre, que Dios quiera haber conservado con salud?

—Esta buena señora hace conmigo de madre; las dos saldremos de aquí juntas, y después ella se ocupará de todo.

—Dios la bendiga —dijo el fraile acercándose a la cama.

—También yo agradezco a vuestra merced —dijo la viuda— el consuelo que ha dado a estas pobres criaturas; aunque yo me había hecho cuentas de tener siempre conmigo a mi querida Lucia. Pero la tendré mientras tanto; la acompañaré yo a su pueblo, la entregaré a su madre, y —agregó después en voz baja— quiero darle yo el ajuar. Tengo demasiadas cosas, ¡y de los que debían disfrutar de ellas conmigo no tengo ya a nadie!

—Así —respondió el fraile— puede vuestra merced hacer un gran sacrificio al Señor y bien al prójimo. No le recomiendo a esta joven; ya veo que es como suya; no queda ya sino alabar al Señor, el cual sabe mostrarse padre incluso en medio de los azotes, y que, al hacer que os encontrarais, ha dado un claro signo de amor a una y a otra. ¡Ea! —prosiguió después, volviéndose hacia Renzo y cogiéndolo de la mano—, nosotros dos no

tenemos nada más que hacer aquí; e incluso hemos estado demasiado. Vámonos.

—¡Oh, padre! —dijo Lucia—. ¿Volveré a verle? Yo estoy curada, yo, que de nada sirvo en este mundo; y vuestra merced...

—Hace ya mucho tiempo —respondió con tono serio y dulce el anciano— que pido al Señor una gracia, y muy grande: acabar mis días al servicio del prójimo. Si me la quisiera conceder ahora, necesito que todos los que sienten caridad por mí me ayuden a darle gracias. Vamos, dadle a Renzo vuestros encargos para vuestra madre.

—Contadle lo que habéis visto —dijo Lucia a su novio—. Que he encontrado aquí otra madre, que iré con ella lo más pronto que pueda y que espero, espero encontrarla sana.

—Si necesitáis dinero —dijo Renzo—, tengo aquí todo el que me habéis mandado, y...

—No, no —interrumpió la viuda—, también yo tengo demasiado.

—Vámonos —repitió el fraile.

—¡Hasta la vista, Lucia...! Y también vuestra merced, buena señora —dijo Renzo, sin encontrar palabras que significaran lo que sentía.

—¿Quién sabe si el Señor nos concederá la gracia de volvernos a ver otra vez todos? —exclamó Lucia.

—Quede Él siempre con vosotras y os bendiga —dijo a las dos compañeras fray Cristoforo; y salió con Renzo de la cabaña.

Faltaba poco para la noche y el tiempo parecía cada vez más próximo a resolverse. El capuchino ofreció de nuevo al joven alojarlo esa noche en su barraca.

—Compañía no te podré hacer —agregó—, pero tendrás donde estar a cubierto.

Pero Renzo sentía un deseo vehemente de irse; y no le importaba quedarse más tiempo en semejante lugar, cuando no podía aprovechar para ver a Lucia, y ni siquiera habría podido estar un poco más con el buen fraile. En cuanto a la hora y al tiempo, puede decirse que noche y día, sol y lluvia, céfiro o cierzo, eran una sola cosa para él en ese momento. Dio, pues, las gracias al fraile, diciendo que quería irse lo más pronto posible en busca de Agnese.

Cuando estuvieron en la avenida central, el fraile le estrechó la mano, y dijo:

—Si la encuentras, ¡Dios lo quiera!, a esa buena Agnese, salúdala también en mi nombre; y a ella, y a todos los que quedan, y se acuerdan de fray

Cristoforo, diles que recen por él. Que Dios te acompañe y te bendiga siempre.

—¡Oh, querido padre...! ¿Volveremos a vernos?, ¿volveremos a vernos?

—Allá arriba, espero.

Y, con estas palabras, se apartó de Renzo; el cual, tras haberse quedado mirándolo hasta que lo perdió de vista, tomó a toda prisa hacia la puerta, echando a derecha e izquierda las últimas ojeadas de compasión a aquel lugar de dolores. Había un extraordinario movimiento, un correr de monatos, un trasladar cosas, un acomodar las cortinas de las barracas, un arrastrarse de convalecientes hasta estas y los pórticos, para protegerse de la tormenta inminente.

XXXVII

Apenas, en efecto, hubo pasado Renzo el umbral del lazareto y tomado a la derecha para encontrar la senda por donde había desembocado la mañana anterior bajo las murallas, principió como una granizada de goterones ralos e impetuosos, que, golpeando y salpicando sobre el camino blanco y árido, alzaban una diminuta polvareda; en un momento se hicieron más abundantes; y, antes de que llegase a la senda, la lluvia caía a cántaros. Renzo, en vez de inquietarse, la recibía con gusto, disfrutaba con aquel refrescamiento, con aquel susurro, con aquel bullicio de hierbas y hojas, temblorosas, goteantes, reverdecidas, lucientes; lanzaba unos suspiros grandes y plenos; y en aquella resolución de la naturaleza sentía como más libremente y más vivamente la que se había producido en su destino.

¡Cuánto más vivo y total habría sido este sentimiento de haber podido Renzo adivinar lo que se vio pocos días después!: que aquella agua se llevaba el contagio; que, después de ella, el lazareto, si no en condiciones de restituir a los vivos todos los vivos que contenía, al menos no habría ya casi tragado a otros; que, al cabo de una semana, se verían abiertas puertas y tiendas, y casi no se hablaría más de cuarentena; y de la peste no quedaría sino algún leve residuo aquí y allá; esos rastros que tal azote dejaba siempre tras sí durante algún tiempo.

Andaba, pues, nuestro viajero alegremente, sin haber planeado ni dónde, ni cómo, ni cuándo, ni si iba a detenerse por la noche, presuroso solo por seguir adelante, por llegar pronto a su pueblo, por encontrar con quién hablar, a quien contar, sobre todo por poder pronto reemprender su camino hacia Pasturo, en busca de Agnese. Andaba, con la mente muy revuelta con las cosas de ese día; pero, bajo las miserias, los horrores, los peligros, salía siempre a flote una ideíta: «La he encontrado; está curada; ¡es mía!». Y entonces pegaba un brinco, y con ello daba una rociada en torno, como un perro de lanas saliendo del agua; a veces se contentaba con un restregón de manos; y seguía adelante, con más ardor que antes. Al mirar el camino, recogía, por así decirlo, los pensamientos que había dejado en él la mañana y

el día anterior, al venir; y con más placer justamente aquellos que entonces había tratado de apartar, las dudas, las dificultades, encontrarla, encontrarla viva ¡entre tantos muertos y moribundos! «¡Y la he encontrado viva!», concluía. Volvía a seguir con el pensamiento las imágenes más terribles de aquella jornada: se figuraba con aquel aldabón en la mano: ¿estará o no estará?, y una respuesta tan poco alegre; y sin haber tenido tiempo de rumiarla, aquella furia de locos bribones sobre él; y aquel lazareto, aquel mar, ¡allí querías encontrarla! ¿Y haberla encontrado? Volvía sobre el momento en que terminó de pasar la procesión de los convalecientes: ¡qué momento!, ¡qué congoja no encontrársela!, y ahora ya no le importaba nada. ¡Y aquel sector de las mujeres! Y allá, detrás de aquella cabaña, cuando menos se lo esperaba, ¡aquella voz, aquella misma voz! ¡Y verla, verla levantada! Pero ¿cómo?, estaba aún aquel nudo del voto, y más apretado que nunca. Soltado también este. Y aquel odio contra don Rodrigo, aquel reconcomio continuo que exacerbaba todos los males y envenenaba todas las consolaciones, desaparecido también. De tal modo que no sabría yo imaginar un contento más vivo, si no fuera por la incertidumbre sobre Agnese, el triste presentimiento en torno al padre Cristoforo y el encontrarse aún en medio de una peste.

Llegó a Sesto al anochecer; no parecía que el agua quisiera cesar. Pero, sintiéndose más fuerte que nunca y con tantas dificultades para hallar dónde alojarse, y así empapado, no se lo pensó dos veces. Lo único que le incomodaba era un gran apetito, pues un consuelo como aquel le habría hecho digerir mucho más que el escaso potaje del capuchino. Miró por si hallaba también allí una panadería; vio una; consiguió dos panes con las tenazas y con las demás ceremonias. Uno al bolsillo y otro a la boca, y adelante.

Cuando pasó por Monza, era noche cerrada; no obstante, logró encontrar la puerta que daba al camino justo. Pero salvo esto, que a decir verdad era un gran mérito, podéis imaginaros cómo era aquel camino y cómo iba poniéndose a cada momento. Hundido (como estaban todos, y debemos de haberlo dicho en otro lugar) entre dos orillas, casi un lecho de río, en aquella hora podría llamársele, si no un río, una verdadera balsa; y de vez en cuando hoyos, de los que costaba un triunfo sacar los zapatos y aun los pies. Pero Renzo salía como podía, sin actos de impaciencia, sin palabrotas, sin arrepentimientos, pensando que cada paso, por mucho que le costara, lo llevaba hacia delante, y que el agua cesaría cuando Dios quisiera, y que, en su momento, despuntaría el día, y que el camino que andaba entonces ya estaría andado.

Y diré también que solo pensaba en ello cuando no podía evitarlo. Estas eran distracciones; el gran trabajo de su mente era recorrer la historia de los tristes años pasados: tantos enredos, tantos reveses, tantos momentos en los que había estado a punto de perder hasta la esperanza y darlo todo por terminado; y contraponerles la imaginación de un futuro tan distinto: la llegada de Lucia, la boda, poner casa y contarse las peripecias pasadas, y toda la vida.

Cómo se las arreglaba cuando encontraba dos caminos, si la poca práctica, con aquel escaso vislumbre, eran los que lo ayudaban a encontrar siempre el bueno, o si lo adivinaba siempre al azar, no sabría decíroslo; pues él mismo, que solía contar su historia muy por menudo, y hasta hartamente (y todo conduce a creer que nuestro anónimo se la había oído a él más de una vez), él mismo, en este punto, decía que, de aquella noche, solo se acordaba como si la hubiera pasado en la cama soñando. El caso es que, al hacerse de día, se encontró a orillas del Adda.

Nunca había escampado; pero, en cierto momento, el diluvio se había convertido en lluvia y después en una llovizna fina, fina, apacible, pareja; las nubes altas y ralas extendían un velo no interrumpido, mas ligero y diáfano; y la luz del crepúsculo permitió ver a Renzo el país a su alrededor. Allí estaba su tierra; y lo que sintió, ante aquella vista, no se podría explicar. No os sé decir más, sino que aquellos montes, aquel Resegone próximo, el territorio de Lecco, se habían convertido en cosa suya. Se echó un vistazo también a sí mismo, y se encontró un poco extraño, como, a decir verdad, por lo que sentía, se imaginaba ya que debía de parecer: maltrecha y pegada al cuerpo la ropa; de la cabeza a la cintura, calado hasta los huesos, una pura gotera; de la cintura a la punta de los pies, lodo y barro; las partes donde no lo había se habrían podido llamar cazcarrias y salpicaduras. Y si se hubiera visto todo entero en un espejo, con el ala del sombrero floja y lacia, y el pelo caído y pegado al rostro, aún se habría impresionado más. En cuanto a cansado, podía estarlo, pero no lo sabía; y el fresquecito del alba, sumado al de la noche y a aquel baño, no le daba sino una energía, unas ganas de andar más aprisa.

Está en Pescate; bordea aquel último tramo del Adda, echando una ojeada melancólica a Pescarenico; pasa el puente; por caminos y campos, llega en un momento a casa de su amigo y huésped. Este, que se había levantado entonces y estaba en la puerta, mirando el tiempo, alzó los ojos hacia aquella figura tan empapada, tan embarrada, digamos incluso tan asquerosa, y al mismo tiempo tan viva y desenvuelta: nunca en su vida había visto a un hombre tan mal parado y tan contento.

—¡Hola! —dijo—, ¿ya aquí?, ¿y con este tiempo? ¿Cómo ha ido?

—Estaba —dijo Renzo—, estaba, estaba.

—¿Sana?

—Curada, que es mejor. Debo dar gracias al Señor y a la Virgen mientras viva. Pero después te lo contaré todo: cosas grandes, cosas espeluznantes.

—Pero ¡cómo vienes!

—Estoy guapo, ¿eh?

—A decir verdad, podrías aprovechar lo que te sobra de arriba para lavar lo que te sobra de abajo. Espera, espera; que voy a hacerte un buen fuego.

—No digo que no. ¿Sabes dónde me cogió?, justamente a la puerta del lazareto. Pero ¡nada!, el tiempo a su oficio, y yo al mío.

El amigo se fue y volvió con dos brazadas de hornija; puso una en el suelo, otra sobre el hogar, y, con unas brasas que quedaban de la noche anterior hizo pronto una hermosa fogata. Renzo mientras tanto se había quitado el sombrero y, tras haberlo sacudido dos o tres veces, lo había tirado al suelo; y, no tan fácilmente, se había quitado también la chupa. Se sacó después del bolsillo de los calzones el cuchillo, con la vaina completamente empapada, que parecía haber estado en remojo, lo dejó en una banqueta y dijo:

—¡También este está bien servido! Pero ¡es agua! ¡Es agua!, alabado sea el Señor... ¡He estado a punto...! Te contaré después. —Y se frotaba las manos—. Ahora hazme otro favor —añadió—, aquel fardo que dejé arriba en el cuarto, ve a buscarlo, ¡que antes de que se seque la ropa que llevo encima...!

Al regresar con el fardo, el amigo dijo:

—Pienso que tendrás también apetito; ya veo que de beber, por el camino, no te faltó; pero de comer...

—Encontré donde comprar dos panes ayer al atardecer; pero, a decir verdad, no me han llegado a un diente.

—Déjame —dijo el amigo; puso agua en un caldero que colgó después de la cadena, y añadió—: Voy a ordeñar; cuando vuelva con la leche, el agua estará a punto; y haremos una buena polenta. Tú, mientras tanto, ponte a tus anchas.

Renzo, al quedarse solo, se quitó, no sin trabajo, el resto de la ropa, que estaba como pegada al cuerpo; se secó, volvió a vestirse de pies a cabeza. El amigo regresó y fue a su caldera; Renzo, entretanto, se sentó, esperando.

—Ahora noto que estoy cansado —dijo—, ¡es una buena tirada! Pero ¡eso no es nada! Tengo que contarte para todo el día. ¡Cómo está Milán! ¡Las

cosas que hay que ver! ¡Las cosas que hay que tocar! Cosas para darse después asco a uno mismo. Estoy por decirte que lo menos que se necesitaba era la limpieza que me cayó encima. ¡Lo que quisieron hacerme aquellos señores! Ya oirás. Pero ¡si vieses el lazareto! Como para perderse entre miserias. Bueno, te lo contaré todo... Y está allí, y vendrá aquí, y será mi mujer; y tú has de ser uno de los testigos y, peste o no peste, al menos unas horas quiero que nos divirtamos.

Por lo demás, mantuvo lo que había dicho a su amigo, que se lo contaría durante todo un día; tanto más que, no habiendo cesado de lloviznar, aquel lo pasó todo en casa, en parte sentado al lado de su amigo, en parte ajetreando con una pequeña cuba y con un tonelito, preparando la vendimia; en lo cual Renzo no dejó de echarle una mano, pues, como solía decir, era de los que se cansan más de estar sin hacer nada que de trabajar. No pudo contenerse, empero, de hacer una escapadita a casa de Agnese, para volver a ver cierta ventana, y para darse también allí un restregón de manos. Regresó sin que nadie lo viera y se fue enseguida a la cama. Se levantó antes de que se hiciera de día; y, viendo que el agua había cesado, aunque no estaba sereno el tiempo, se puso en camino hacia Pasturo.

Era aún temprano cuando llegó, pues no tenía menos prisa y ganas de acabar de las que pueda tener el lector. Preguntó por Agnese; le dijeron que estaba bien y le enseñaron una casita aislada donde habitaba. Fue allá; la llamó desde la calle; ante tal voz, ella se asomó corriendo a la ventana; y mientras estaba con la boca abierta, para soltar no sé qué palabra, no sé qué sonido, Renzo se le adelantó diciendo:

—Lucia está curada; la vi anteayer; os saluda; vendrá pronto. Y además tengo, tengo otras cosas que deciros.

Entre la sorpresa de la aparición, y el contento de la noticia, y el ansia por saber más, Agnese comenzaba, ora una exclamación, ora una pregunta, sin acabar nada; después, olvidando las precauciones que solía tomar desde hacía mucho tiempo, dijo:

—Bajo a abriros.

—Esperad: ¿y la peste? —dijo Renzo—. ¿Vos no la habéis tenido, creo?

—Yo no; ¿y vos?

—Yo sí; vos, pues, debéis tener juicio. Vengo de Milán, y, como oiréis, me he metido en el contagio hasta los ojos. Es cierto que me he mudado de pies a cabeza; pero hay una porquería que se pega a veces como un maleficio. Y ya que el Señor os ha preservado hasta ahora, quiero que estéis retirada hasta que haya acabado este influjo; porque sois nuestra mamá; y quiero que

vivamos juntos por mucho tiempo y alegremente, a cambio de lo mucho que hemos sufrido, al menos yo.

—Pero... —empezaba Agnese.

—¡Eh! —interrumpió Renzo—, no hay pero que valga. Sé lo que queréis decir; pero ya veréis, ya veréis, que ya no quedan peros. Vamos a algún lugar al aire libre, donde se pueda hablar cómodamente, sin peligro, y ya veréis.

Agnese le indicó un huerto que había detrás de la casa; y agregó:

—Entrad allí y veréis que hay dos bancos, uno enfrente de otro, que parecen puestos adrede. Yo bajo enseguida.

Renzo fue a sentarse en uno; un momento después, Agnese se encontró allí, en el otro; y estoy seguro de que si el lector, informado como está de los antecedentes, hubiera podido encontrarse allí en medio, viendo con los ojos aquella conversación tan animada, oyendo con los oídos aquellos relatos, aquellas preguntas, aquellas explicaciones, aquel exclamar, aquel condolerse, aquel alegrarse, y don Rodrigo, y el padre Cristoforo, y todo lo demás, y aquellas descripciones del futuro, claras y positivas como las del pasado, estoy seguro, digo, de que le habría gustado y habría sido el último en marcharse. Pero, de tener en el papel toda la conversación, con palabras mudas, hechas de tinta y sin encontrar en ellas un solo hecho nuevo, soy del parecer que no se cuide mucho y que prefiere adivinarla por su cuenta. La conclusión fue que irían a poner casa todos juntos en aquel pueblo del Bergamasco donde Renzo había ya tenido un buen comienzo; en cuanto al tiempo, nada se podía decir, porque dependía de la peste y de otras circunstancias: apenas cesado el peligro, Agnese volvería a casa, a esperar allí a Lucia, o Lucia la esperaría allí; entretanto Renzo haría a menudo otras escapadas a Pasturo, a ver a su madre y a tenerla informada de lo que pudiera ocurrir.

Antes de marcharse, le ofreció también dinero, diciendo:

—Lo tengo aquí todo, ¿veis?, aquel: hice voto también yo de no tocarlo, hasta que la cosa se hubiera aclarado. Ahora, si lo necesitáis, traed una escudilla con agua y vinagre; os meteré los cincuenta escudos flamantes.

—No, no —dijo Agnese—, tengo aún más de lo que necesito; los vuestros, conservadlos, que vendrán bien para poner la casa.

Renzo volvió a su pueblo con un consuelo más, haber encontrado sana y salva a una persona tan querida. Se quedó el resto de aquel día, y la noche, en casa de su amigo; al día siguiente, en viaje de nuevo, pero a otra parte, esto es hacia el país de adopción.

Encontró a Bortolo, también con buena salud y con menos temor de perderla; pues en aquellos pocos días las cosas, también allí, habían tomado rápidamente un bonísimo cariz. Pocos eran los que enfermaban; y el mal ya no era el de antes: ya no aquellos cardenales mortales, ni aquella violencia de los síntomas, sino calenturillas, intermitentes la mayoría, y a lo sumo con algún pequeño bubón descolorido, que se curaba como un divieso ordinario. Ya el aspecto del país aparecía mudado; los que habían sobrevivido empezaban a salir de casa, a contarse entre sí, a hacerse recíprocamente condolencias y congratulaciones. Se hablaba ya de volver a iniciar el trabajo; los patronos pensaban ya en buscar y apalabrar operarios, y principalmente en aquellas artes en que el número escaseaba antes del contagio, como era el de la seda. Renzo, sin andarse con remilgos, prometió (salva siempre la debida aprobación) a su primo que volvería a trabajar, cuando regresara acompañado a establecerse en el país. Se ocupó entretanto de los preparativos más necesarios: encontró una casa más grande, cosa por desgracia demasiado fácil y poco costosa; y la proveyó de muebles y enseres, mermando esta vez el tesoro, pero sin abrir en él una gran brecha, pues todo estaba barato, al haber muchas más cosas que gente que las comprara.

Tras no sé cuántos días regresó a su pueblo natal, que encontró aún más notablemente cambiado para bien. Corrió al punto a Pasturo; encontró a Agnese enteramente animada y dispuesta a regresar a casa cuando fuera; de manera que la trajo él; no diremos cuáles eran sus sentimientos, cuáles sus palabras, al ver de nuevo juntos aquellos lugares.

Agnese lo encontró todo como lo había dejado, conque no pudo sino decir que esta vez, tratándose de una pobre viuda y de una pobre muchacha, habían estado de guardia allí los ángeles.

—Y la otra vez —agregaba—, cuando se hubiera creído que el Señor miraba por otros y no se ocupaba de nosotras, ya que dejaba que se llevaran nuestra pobre hacienda, manifestó todo lo contrario, porque me mandó por otra parte aquellos buenos dineros, con los que pude reponerlo todo. Digo todo, y no digo bien; porque el ajuar de Lucia, que aquellos se llevaron nuevecito, junto con el resto, eso faltaba aún; pero ahora nos viene por otro lado. ¿Quién me hubiera dicho, cuando yo trajinaba tanto en preparar el otro?: tú crees trabajar para Lucia, ¿eh? ¡Pobre mujer!, trabajas para quien no conoces; sabe Dios qué clase de criaturas llevarán esta tela, estas ropas; en las de Lucia, el verdadero ajuar que ella va a utilizar, pensará una buena alma que ni siquiera sabes que está en este mundo.

El primer pensamiento de Agnese fue preparar en su pobre casita el alojamiento más decente que pudiera para aquella buena alma; después fue en busca de seda para devanar y trabajando mataba el tiempo.

Renzo, por su parte, no transcurrió ocioso aquellos días, ya en sí tan largos; sabía hacer dos oficios, por fortuna; se dedicó al de campesino. En parte ayudaba a su huésped, para el cual era una gran suerte tener en tales tiempos a sus órdenes una ayuda, y una ayuda tan hábil; en parte cultivaba, mejor dicho roturaba el huertecillo de Agnese, completamente descuidado en ausencia de ella. En cuanto a su propia heredad, no se ocupaba para nada, diciendo que era una peluca demasiado enmarañada y que se necesitaban más de dos brazos para desenredarla. Y ni siquiera ponía los pies en ella, como tampoco en su casa; le habría hecho daño ver aquella desolación; había tomado ya el partido de deshacerse de todo, al precio que fuera, y de emplear en su nueva patria lo que pudiera sacar.

Si los que habían quedado vivos eran, unos para otros, como muertos resucitados, Renzo, para los de su pueblo, lo era dos veces, por así decirlo; todos lo agasajaban y felicitaban, todos querían oír la historia de sus labios. Acaso digáis: ¿qué pasaba con el bando? Todo iba perfectamente: él casi no pensaba en ello, suponiendo que los que habrían podido cumplirlo no pensaban tampoco; y no se engañaba. Y esto no nacía solo de la peste, que de tantas cosas había hecho tabla rasa; sino que era, como se ha podido ver en varios puntos de esta historia, cosa común en aquellos tiempos que los decretos, tanto generales como particulares, contra las personas, si no había alguna animosidad privada y poderosa que los mantuviera vivos y los hiciera valer, quedaban a menudo sin efecto, si no lo habían tenido en el primer momento; como balas de fusil que, si no dan en el blanco, quedan en el suelo, donde no molestan a nadie. Consecuencia necesaria de la gran facilidad con que se derrochaban esos decretos. La actividad del hombre es limitada; y todo el exceso que había en mandar debía convertirse en defecto en cumplir. Lo que no va en lágrimas va en suspiros.

Para quien quisiera también saber cómo se llevaba Renzo con don Abbondio, en aquel tiempo de espera, diré que se mantenían apartados uno de otro: don Abbondio, por miedo a oír entonar algo de casamiento, con solo pensarlo, veía ante sus ojos a don Rodrigo, por una parte, con sus bravos, y al cardenal, por la otra, con sus argumentos; Renzo, porque había decidido no hablarle de ello hasta el momento final, pues no quería correr el riesgo de enfadarlo antes de tiempo, de suscitar, ¡nunca se sabe!, alguna dificultad y de enredar las cosas con charlas inútiles. Sus charlas las tenía con Agnese.

—¿Creéis que vendrá pronto? —preguntaba el uno.

—Espero que sí —respondía el otro; y a menudo el que había dado la respuesta hacía poco después la misma pregunta.

Y con estas y parecidas astucias se las ingeniaban para pasar el tiempo, que les parecía más largo a medida que había pasado más.

Al lector le haremos pasar en un momento todo ese tiempo, diciendo en compendio que, unos días después de la visita de Renzo al lazareto, Lucia salió de él con la buena viuda; que, habiéndose ordenado una cuarentena general, la hicieron juntas, encerradas en la casa de esta última; que parte del tiempo se empleó en preparar el ajuar de Lucia, en el cual, tras haberse andado con algunas ceremonias, debió trabajar también ella; y que, terminada la cuarentena, la viuda confió el almacén y la casa a su hermano el comisario y se hicieron los preparativos del viaje. Podríamos también añadir enseguida: partieron, llegaron, y lo que sigue; pero, pese a toda la voluntad que tenemos de secundar las prisas del lector, hay tres cosas pertenecientes a este intervalo de tiempo que no querríamos pasar por alto; y, dos al menos, creemos que el propio lector dirá que habríamos hecho mal omitiéndolas.

La primera es que, cuando Lucia volvió a hablar con la viuda de sus aventuras, con más detalle y más ordenadamente de lo que había podido hacer en la agitación de la primera confidencia, e hizo mención más expresa de la señora que la había acogido en el monasterio de Monza, se enteró de cosas de ella que, dándole la clave de muchos misterios, le llenaron al tiempo el ánimo de un doloroso y temeroso asombro. Supo por la viuda que la desdichada, sospechosa de atrocísimos hechos, había sido trasladada, por orden del cardenal, a un monasterio de Milán; que allí, tras mucho enfurecerse y debatirse, se había arrepentido, se había acusado; y que su vida actual era de tal suplicio voluntario que nadie, a menos de quitársela, habría podido encontrar otro más severo. Quien quiera conocer un poco más en detalle esta triste historia la encontrará en el libro y el lugar que hemos citado en otra parte a propósito de la misma persona^[83].

La otra cosa es que Lucia, preguntando por el padre Cristoforo a todos los capuchinos que pudo ver en el lazareto, oyó, con más dolor que asombro, que había muerto de peste.

Finalmente, antes de partir, le habría gustado saber también algo de sus antiguos amos, para cumplir con ellos, como decía, si alguno quedaba. La viuda la acompañó a la casa, donde supieron que uno y otra se habían ido con los más. De doña Prassede, con decir que había muerto se ha dicho todo; pero en torno a don Ferrante, tratándose de un erudito, el anónimo creyó su deber

extenderse un poco más; y nosotros, por nuestra cuenta y riesgo, transcribiremos más o menos lo que dejó escrito.

Dice, pues, que en cuanto se empezó a hablar de peste don Ferrante fue uno de los más resueltos a negarla y que sostuvo constantemente, hasta el final, esa opinión; y no ya con alboroto, como el pueblo, sino con razonamientos, de los que nadie podrá decir al menos que carecieran de concatenación.

—*In rerum natura* —decía— no hay sino dos géneros de cosas: sustancias y accidentes; y, si yo pruebo que el contagio no puede ser ni una cosa ni otra, habré probado que no existe, que es una quimera. Vamos a ello. Las sustancias son o espirituales o materiales. Que el contagio sea una sustancia espiritual es un disparate que nadie querría sostener; de modo que es inútil hablar de ello. Las sustancias materiales son o simples o compuestas. Ahora bien, el contagio no es sustancia simple; lo cual se demuestra con cuatro palabras. No es sustancia aérea, porque, si fuera tal, en vez de pasar de un cuerpo a otro, volaría al punto a su esfera. No es ácuea, porque mojaría y la secarían los vientos. No es ígnea, porque quemaría. No es térrea, porque sería visible. Sustancia compuesta, tampoco, porque de todos modos tendría que ser sensible a la vista y al tacto; y este contagio, ¿quién lo ha visto?, ¿quién lo ha tocado? Queda por ver si puede ser accidente. Peor que peor. Nos dicen estos señores doctores que se comunica de un cuerpo a otro; que este es su aquiles, este el pretexto para hacer tantas prescripciones inútiles. Ahora bien, suponiéndolo accidente, vendría a ser un accidente transportado: dos palabras que no casan, al no haber, en toda la filosofía, cosa más clara, más límpida que esta: que un accidente no puede pasar de un sujeto a otro. Pues si, para evitar este Escila, se reducen a decir que es accidente producido, caen en Caribdis; porque, si es producido, no se comunica, no se propaga, como van pregonando. Sentados estos principios, ¿de qué sirve venir a hablarnos tanto de víbices, de exantemas, de ántrax...?

—Puras necesidades —se le escapó una vez a alguien.

—No, no —prosiguió don Ferrante—, no digo eso: la ciencia es la ciencia; solo que hay que saber utilizarla. Víbices, exantemas, ántrax, parotiditis, bubones violáceos, forúnculos nigricantes son todas palabras respetables, que tienen su significado cumplido; pero digo que nada tienen que ver con la cuestión. ¿Quién niega que pueda haber cosas de esas, e incluso que las haya? Todo está en ver de dónde vienen.

Aquí empezaban los problemas también para don Ferrante. Mientras no hacía sino arremeter contra la opinión del contagio, encontraba por doquier

oídos atentos y bien dispuestos; porque no puede explicarse cuán grande es la autoridad de un erudito de profesión cuando quiere demostrar a los demás cosas de las que ya están persuadidos. Pero cuando llegaba a distinguir, y a querer demostrar, que el error de aquellos médicos no consistía en afirmar que hubiese un mal terrible y general, sino en señalar su causa, entonces (me refiero a los primeros tiempos, cuando no se quería oír hablar de peste), entonces, en vez de oídos, encontraba lenguas rebeldes, intratables; entonces se había acabado el predicar por extenso, y su doctrina solo podía exhibirla a piezas y retazos.

—Hay por desgracia una verdadera causa —decía—, y se ven obligados a reconocerla incluso los que sostienen esa otra tan sin fundamento... Que nieguen, si pueden, esa fatal conjunción de Saturno con Júpiter. Y ¿cuándo se ha oído decir jamás que las influencias se propagan...? ¿Y esos señores me querrán negar las influencias? ¿Me negarán que hay astros? ¿O me querrán decir que están allá arriba sin hacer nada, como cabecitas de alfileres clavadas en una almohadilla...? Pero lo que no me entra de estos señores médicos es confesar que nos hallamos bajo una conjunción tan maligna, y después venir a decirnos con toda frescura: «¡No toquéis aquí, no toquéis allá, y estaréis seguros!». ¡Como si el esquivar el contacto material de los cuerpos terrenos pudiera impedir el efecto virtual de los cuerpos celestes! ¡Y tanto ajetrearse en quemar andrajos! ¡Pobre gente! ¿Quemaréis a Júpiter? ¿Quemaréis a Saturno?

His fretus, es decir, con estos hermosos fundamentos, no tomó la menor precaución contra la peste; la cogió; y se metió en la cama, para morir, como un héroe de Metastasio, tomándola con las estrellas.

¿Y su famosa biblioteca? Quizá está aún dispersa por los puestos de viejo.

XXXVIII

Un atardecer, Agnese oye parar un carruaje a la puerta.

—¡Es ella, seguro!

Efectivamente, era ella, con la buena viuda. La acogida por una y otra parte imagínese la el lector.

A la mañana siguiente, temprano, llega Renzo que nada sabe, y viene solamente para desahogarse un poco con Agnese sobre la gran tardanza de Lucia. Los actos que hizo y las cosas que dijo, al encontrársela ante él, se dejan también a la imaginación del lector. Las demostraciones de Lucia fueron en cambio tales que no se necesita mucho para describirlas.

—Os saludo. ¿Cómo estáis? —dijo con los ojos bajos y sin descomponerse.

Y no creáis que Renzo encontrase aquella actitud demasiado seca, o se la tomara a mal. Aceptó perfectamente la cosa como lo que era; y, al igual que, entre gente educada, se sabe dar su verdadero valor a los cumplidos, así él comprendía muy bien que aquellas palabras no expresaban todo lo que pasaba por el corazón de Lucia. Por lo demás, era fácil advertir que tenía dos maneras de pronunciarlas: una para Renzo y otra para toda la gente que podía conocer.

—Estoy bien cuando os veo —respondió el joven con una frase vieja, pero que habría inventado él, en aquel momento.

—¡Nuestro pobre padre Cristoforo...! —dijo Lucia—. Rezad por su alma; aunque podemos estar casi seguros de que a estas horas reza él por nosotros allá arriba.

—Me lo esperaba, por desgracia —dijo Renzo.

Y no fue esta la única cuerda triste que se tocó en aquel coloquio. Pero ¿cómo?, se hablara de lo que se hablase, el coloquio les resultaba siempre delicioso. Como esos caballos resabiados que se resisten, y se plantan allí, y alzan una pata y después la otra, y las vuelven a clavar en el mismo sitio, y hacen mil ceremonias antes de dar un paso y después de repente echan a

andar y corren como si el viento los llevase, así se había vuelto el tiempo para él: antes los minutos le parecían horas; ahora las horas le parecían minutos.

La viuda no solo no echaba a perder la compañía, sino que le hacía mucho bien; y ciertamente Renzo, cuando la vio en aquella mala cama, no se la habría podido imaginar de un humor tan sociable y jovial. Pero el lazareto y el campo, la muerte y las bodas no son todo uno. Con Agnese ya había hecho amistad; con Lucia daba gusto verla, tierna y al tiempo burlona, y como la pinchaba graciosamente, y sin exagerar demasiado, apenas lo necesario para obligarla a demostrar toda la alegría que encerraba su corazón.

Renzo dijo finalmente que iba a ver a don Abbondio, a ponerse de acuerdo para el casamiento. Fue y, con cierta actitud entre burlesca y respetuosa, le dijo:

—Señor cura, ¿se le ha pasado ya aquel dolor de cabeza, por el que me decía que no podía casarnos? Ahora estamos a tiempo: la novia está aquí; y yo he venido para saber cuándo le resulta cómodo; pero esta vez le rogaría que se diese prisa.

Don Abbondio no dijo que no; pero empezó a titubear, a encontrar ciertas excusas, a hacer ciertas insinuaciones: ¿por qué comprometerse así y publicar su nombre, con aquel bando encima?, y que la cosa podría hacerse igualmente en otra parte; y esto y lo otro.

—Entendido —dijo Renzo—, a vuestra merced aún le duele un poco la cabeza. Pero oiga, oiga. —Y comenzó a describir en qué estado había visto al pobre don Rodrigo; y que ya a aquellas horas debía seguramente de haber desaparecido—. Esperamos —concluyó— que el Señor haya tenido misericordia de él.

—Eso no tiene nada que ver —dijo don Abbondio—. ¿Acaso os he dicho que no? Yo no digo que no; hablo... hablo por buenas razones. Por lo demás, ya lo veis, mientras hay vida... Miradme a mí: estoy hecho un cascajo; también yo he estado con un pie aquí y otro pie allá, y aquí estoy; y... si no me caen encima otros disgustos... basta... puedo esperar ir tirando un poquito. Conque figuraos ciertos temperamentos. Pero, como digo, eso no tiene nada que ver.

Después de algunos otros dimes y diretes, ni más ni menos concluyentes, Renzo hizo una buena reverencia, regresó con su compañía, hizo su relación y acabó diciendo:

—Me he venido porque ya estaba harto, y a pique de perder la paciencia y de faltarle al respeto. En ciertos momentos parecía el mismo de antes, la misma cara, las mismas razones; estoy seguro de que, si dura un poco más,

volvía a sacarme alguna palabra en latín. Veo que trata de darnos largas; es mejor hacer lo que él dice, ir a casarnos donde vamos a vivir.

—¿Sabéis qué haremos? —dijo la viuda—. Quiero que vayamos nosotras las mujeres a hacer otra prueba, y ver si nos sale mejor. Así tendré yo también el gusto de conocer a ese hombre, si es como decís. Después de almorzar vamos a ir, para no volver a echarnos sobre él enseguida. Y ahora, señor novio, sáquenos de paseo a nosotras dos, mientras Agnese está atareada; que yo haré de madre de Lucia; y tengo muchas ganas de ver un poco mejor estas montañas, este lago, de los que tanto he oído hablar; y lo poco que ya he visto me parece una gran cosa.

Renzo las llevó ante todo a casa de su huésped, donde hubo otras fiestas; y le hicieron prometer que no solo ese día, sino todos los días que pudiera, iría a almorzar con ellos.

Tras pasear y almorzar, Renzo se marchó, sin decir adónde. Las mujeres se quedaron un ratito charlando, concertándose sobre la manera de atacar a don Abbondio; y finalmente se dirigieron al asalto.

«Aquí están esas», dijo para sí; pero puso cara de bronce: grandes congratulaciones a Lucia, saludos a Agnese, cumplidos a la forastera. Las hizo sentar y empezó enseguida a hablar de la peste; quiso oír por Lucia cómo le había ido entre tantas desgracias; el lazareto dio oportunidad de que también hablara la que había sido su compañera; después, como era justo, don Abbondio habló también de su borrasca; después grandes parabienes a Agnese, que había escurrido el bulto. La cosa iba para largo; ya desde el primer momento, las dos ancianas^[84] estaban al acecho, por si llegaba la ocasión de entrar en el discurso esencial; finalmente, no sé cuál de las dos rompió el hielo. Pero ¿qué queréis? Don Abbondio era sordo de aquel oído. No es que dijera que no; pero ya andaba nuevamente serpenteando, girando, yéndose por las ramas.

—Sería preciso —decía— que levantaran esa orden de captura. Vuestra merced, señora, que es de Milán, conocerá más o menos los hilos de estas cosas, tendrá buenas protecciones, algún caballero de peso; pues con esos medios se sana cualquier llaga. Y si además se quisiera tirar por el camino del medio, sin embarcarse en tantas historias, ya que estos jóvenes, y nuestra buena Agnese, tienen intención de expatriarse (y yo no tengo nada en contra: la patria está donde se está bien), me parece que se podría hacer allá todo, donde no hay captura que valga. No veo la hora de saber arreglado este casamiento, pero lo querría arreglado bien, tranquilamente. Si he de ser sincero, aquí, con esa orden en vigor, espetar desde el altar ese nombre de

Lorenzo Tramaglino no lo haría con el corazón tranquilo; lo quiero demasiado; tendría miedo de hacerle un flaco favor. Juzgue vuestra merced; juzgad vosotras.

Aquí, en parte Agnese, en parte la viuda, rebatían aquellas razones; don Abbondio volvía a esgrimir las con otra forma; se estaba siempre como al principio, cuando entró Renzo, con paso resuelto y una noticia en el rostro; esta es:

—Ha llegado el señor marqués de ***.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Llegado, adónde? —pregunta don Abbondio, levantándose.

—Ha llegado a su palacio, que era el de don Rodrigo; porque ese señor marqués es su heredero por fideicomiso, como dicen; de modo que ya no hay dudas. Por mi parte, me alegraría si pudiera saber que ese pobre hombre murió bien. De cualquier manera, hasta ahora he rezado por él padrenuestros, ahora rezaré *De profundis*. Y este señor marqués es un hombre excelente.

—Cierto —dijo don Abbondio—, lo he oído mencionar más de una vez como un señor bueno de veras, un hombre chapado a la antigua. Pero ¿será verdad que...?

—¿Creería vuestra merced al sacristán?

—¿Por qué?

—Porque él lo ha visto con sus propios ojos. Yo he estado solo por los alrededores y, a decir verdad, he ido justamente porque pensé: «Algo sabrán allí». Y más de uno me ha dicho lo mismo. Después me encontré con Ambrogio, que bajaba de allí, y que lo ha visto, como digo, hacer de dueño. ¿Quiere oír vuestra merced a Ambrogio? Le he dicho que esperara ahí fuera apostada.

—Oigámosle —dijo don Abbondio.

Renzo se fue a llamar al sacristán. Este confirmó la cosa en todos sus puntos, añadió otras circunstancias, resolvió todas las dudas y después se marchó.

—¡Ah! ¡Conque ha muerto! ¡Se ha ido de veras! —exclamó don Abbondio—. Ya veis, hijos, cómo la Providencia alcanza al final a cierta gente. ¿Sabéis que es una gran cosa? ¡Un gran respiro para este pobre país!, pues aquí no se podía vivir con él. Esta peste ha sido un gran azote; pero también ha sido una escoba; ha barrido a ciertos sujetos de los que, hijos míos, no podíamos librarnos: frescos, lozanos, robustos; se hubiera dicho que quien estaba destinado a cantar sus exequias aún se hallaba en el seminario estudiando su latín. Y en un abrir y cerrar de ojos han desaparecido, a cientos.

Ya no lo veremos andar por ahí con aquellos esbirros detrás, con aquella altanería, con aquel aire, como si se hubiera tragado un palo, con aquel mirar a la gente, que parecía que todos estábamos en el mundo porque él se dignaba. En fin, él ya no está, y nosotros aquí estamos. Ya no mandará más embajadas a los hombres de bien. Nos ha molestado mucho a todos, ya veis, ahora podemos decirlo.

—Yo le he perdonado de todo corazón —dijo Renzo.

—Y es tu deber —respondió don Abbondio—, pero también se puede dar gracias al cielo por librarnos de él. Ahora, volviendo a nosotros, os repito: haced lo que queráis. Si queréis que os case yo, aquí estoy; si os resulta más cómodo de otra manera, hacedlo. En cuanto a la orden de captura, yo también veo que, al no haber ya nadie que os tenga entre ceja y ceja y quiera haceros daño, no es como para preocuparse mucho; tanto más que ha habido en medio ese decreto de gracia, por el nacimiento del serenísimo infante. ¡Y además la peste!, ¡la peste! ¡Ha enjalbegado muchas cosas la peste! Conque, si queréis... hoy es jueves... el domingo os publico en la iglesia; porque lo que se hizo la otra vez ya no vale nada, después de tanto tiempo; y luego tendré el consuelo de casaros yo.

—Vuestra merced sabe muy bien que habíamos venido a eso —dijo Renzo.

—Perfectamente; pues yo os serviré; y quiero dar cuenta enseguida a su eminencia.

—¿Quién es su eminencia? —preguntó Agnese.

—Su eminencia —respondió don Abbondio— es nuestro cardenal arzobispo, que Dios guarde.

—¡Oh!, en cuanto a eso, discúlpeme —replicó Agnese—, que, aunque soy una pobre ignorante, puedo asegurarle que no se dice así; porque cuando fuimos por segunda vez a hablarle, como hablo con vuestra merced, uno de aquellos señores capellanes me llevó aparte y me enseñó cómo se debía tratar a ese señor, y que se le debía decir vuestra señoría ilustrísima y monseñor.

—Y ahora, si os tuviera que volver a enseñar, os diría que hay que tratarlo de eminencia, ¿entendido? Porque el papa, que Dios lo guarde también a él, ha prescrito, desde el mes de junio, que a los cardenales se les dé este título. ¿Y sabéis por qué habrá llegado a esa resolución? Porque el ilustrísima, que estaba reservado a ellos y a ciertos príncipes, ahora, ya lo veis vosotros, ¿en qué se ha convertido? ¿Y a cuántos se les da? ¿Y con qué gusto se lo tragan! ¿Y qué iba a hacer el papa? ¿Quitárselo a todos? Lamentos, recursos, disgustos, problemas; y, además, continuar como antes. De modo que ha

encontrado un excelente remedio. Poco a poco, después, se empezará a llamar eminencia a los obispos; después lo querrán los abades, después los arciprestes, porque los hombres son así; siempre quieren subir y subir; después los canónigos...

—Después los curas —dijo la viuda.

—No, no —prosiguió don Abbondio—, los curas a tirar del carro; no tengáis miedo de que los acostumbren mal: solo reverendo, hasta el fin del mundo. Más bien, no me maravillaría nada que los caballeros, que están acostumbrados a oírse llamar ilustrísima, a ser tratados como los cardenales, quieran un día el eminencia ellos también. Y si lo quieren, ya veréis, encontrarán quien se lo dé. Y, entonces, el papa que haya entonces encontrará alguna otra cosa para los cardenales. ¡Ea!, volvamos a lo nuestro: el domingo os publico en la iglesia; y, mientras tanto, ¿sabéis lo que he pensado para serviros mejor? Mientras tanto pediremos la dispensa de las otras dos amonestaciones. Han de tener un buen trabajo allá en la curia, con tantas dispensas, si en todas partes ocurre lo que aquí. Para el domingo tengo ya... uno... dos... tres; sin contaros a vosotros; y aún pueden llegar más. Y ya veréis, más adelante, cómo va a ser: no va a quedar nadie desparejado. ¡Qué disparate cometió Perpetua al morirse ahora!, pues este era el momento en que hasta ella encontraba un cliente. Y en Milán, señora mía, me figuro que será lo mismo.

—¡Cómo no! Figúrese que solamente en mi parroquia, el domingo pasado, cincuenta amonestaciones.

—Ya se lo digo: el mundo no quiere acabar. Y a vuestra merced, señora, ¿no han empezado a rondarla moscones?

—No, no; no pienso, ni quiero pensar.

—Sí, sí, no querrá ser la única. También Agnese, mire, también Agnese...

—¡Huy!, tiene ganas de bromear vuestra merced —dijo esta.

—Claro que tengo ganas de bromear, y me parece que ya es hora. Lo hemos pasado mal, ¿verdad, jóvenes?, lo hemos pasado mal: los cuatro días que aún nos quedan en este mundo esperamos que sean un poco mejores. ¡Aunque, dichosos vosotros, que, como no haya desgracias, aún tenéis un rato para hablar de los males pasados!; yo, en cambio, estoy en mis últimos días, y... los bribones pueden morir, de la peste se puede curar, pero para los años no hay remedio: y, como dicen, *senectus ipsa est morbus*.

—Hable ahora cuanto latín quiera —dijo Renzo—, que no me importa nada.

—Aún la tienes tomada con el latín, tú; bien, bien, yo te arreglaré: cuando te me pongas delante con esta criatura, para oírte decir justamente unas palabritas en latín, te diré: «No quieres latines, vete en paz». ¿Te gustará?

—¡Ah!, yo sé lo que digo —prosiguió Renzo—, no es ese latín el que me da miedo: ese es un latín sincero, sacrosanto, como el de la misa; y también vuestras mercedes, allí, tienen que leer lo que pone el libro. Hablo del latín bribón, fuera de la iglesia, que arremete a traición en lo mejor de un discurso. Por ejemplo, ahora que estamos aquí, que todo ha acabado, aquel latín que vuestra merced iba sacando, justamente allí, en aquel rincón, para darme a entender que no podía y que se necesitaban más cosas, ¿y qué sé yo?, póngamelo en vulgar ahora.

—Calla, bufón, calla; no revuelvas esas cosas; pues, si tuviéramos que ajustar ahora cuentas, no sé quién saldría ganando. Yo he perdonado todo; no hablemos más de ello; pero me habéis gastado malas pasadas. De ti no me extraña, que eres un picaresco; pero sí de esta agua mansa, de esta beatita, de esta mosquita muerta, de la que parecería un pecado desconfiar. Aunque ya sé yo quién la había aleccionado, ya lo sé, ya lo sé.

Diciendo esto señalaba a Agnese con el dedo, que primero había tenido dirigido a Lucia; y no se podría explicar con qué afabilidad, con qué gracia hacía estos reproches. Aquella noticia le había dado una desenvoltura, una labia, insólita hacía mucho tiempo; y estaríamos aún muy lejos del final si quisiéramos referir todo el resto de aquella conversación, que él prolongó, reteniendo más de una vez a la compañía, que quería marcharse, y parándola todavía un poquito en la puerta de la calle, siempre hablando de bagatelas.

Al día siguiente le llegó una visita, tanto más grata cuanto menos esperada: el señor marqués, del que se había hablado; un hombre entre la virilidad y la vejez, cuyo aspecto era como una demostración de lo que la fama decía de él: abierto, cortés, plácido, humilde, digno, con algo que indicaba una pesadumbre resignada.

—Vengo —dijo— a traerle saludos del cardenal arzobispo.

—¡Oh, cuánto honor por parte de ambos!

—Cuando fui a despedirme de ese hombre incomparable, que me honra con su amistad, me habló de dos jóvenes de esta parroquia que eran novios y que han tenido problemas por culpa de ese pobre don Rodrigo. Monseñor desea tener noticias de ellos. ¿Están vivos? ¿Se les han arreglado las cosas?

—Todo arreglado. Más aún, yo me había propuesto escribir a su eminencia; pero ahora que tengo el honor...

—¿Se encuentran aquí?

—Aquí; y, lo más pronto que se pueda, serán marido y mujer.

—Ruego a vuestra merced que me diga si se les puede hacer algún bien, y mostrarme la manera más conveniente. En esta calamidad he perdido los únicos dos hijos que tenía, y su madre, y he tenido tres herencias considerables. Ya antes tenía de más, conque vuestra merced ve que darme una ocasión de emplearlo, y tanto más una como esta, es hacerme un verdadero favor.

—¡Que el cielo bendiga a vuestra señoría! ¿Por qué no serán todos como...? Basta: se lo agradezco de corazón por estos hijos míos. Y ya que usía ilustrísima me da tanto valor, sí, señor, tengo un expediente que sugerirle que quizá no le desagrade. Sepa, pues, que esta buena gente está resuelta a irse a poner casa en otro lugar y a vender los cuatro terrones que aquí tienen: una viña el joven, de nueve o diez pérticas, salvo error, pero completamente descuidada; hay que contar con el terreno y con nada más; y también una casita él, y otra la novia: dos tabucos, ya ve. Un caballero como vuestra señoría no puede saber lo que pasan los pobres, cuando quieren deshacerse de su hacienda. Siempre acaba en la boca de algún truhan, que quizá lleve ya tiempo haciendo la corte a esas cuatro brazas de tierra, y que cuando sabe que el otro necesita vender se retira, se hace el desganado, hay que correr detrás de él y dárselo por un pedazo de pan, en especial después de circunstancias como estas. El señor marqués ya ha visto dónde voy a parar con mi discurso. La caridad más fina que usía ilustrísima puede hacer a esta gente es sacarlos de este apuro, comprando lo poco que tienen. Yo, a decir verdad, doy un consejo interesado, porque adquiriría para mi parroquia a un condeño como el señor marqués; pero vuestra señoría decidirá según mejor le parezca; yo he hablado por obedecerle.

El marqués alabó mucho la sugerencia; dio las gracias a don Abbondio y le rogó que se sirviera ser árbitro del precio y lo fijara bien alto; y después lo dejó de piedra al proponerle que fueran al punto juntos a casa de la novia, donde estaría probablemente también el novio.

Por el camino, don Abbondio, muy alborozado, como os podéis imaginar, pensó y dijo otra cosa.

—Ya que usía ilustrísima se muestra tan inclinado a hacer el bien a esta gente, habría otro favor que prestarles. El joven tiene encima una orden de captura, una especie de bando, por alguna trastada que hizo en Milán, hace ya dos años, el día del gran tumulto, en el que se encontró mezclado, sin malicia, por ignorante, como un ratón en la trampa; nada serio, ya ve: chiquilladas, travesuras; es incapaz de hacer verdadero daño; y puedo decirlo yo, que lo

bauticé y lo vi crecer; y además, si vuestra señoría quiere tomarse la diversión de oír a esta pobre gente hablar a la pata la llana, podrá pedirle a él que le cuente la historia, y ya verá. Ahora, como se trata de cosas viejas, nadie le molesta; y, como le he dicho, él piensa marcharse de este estado; pero con el tiempo, o al regresar aquí o por otra cosa, nunca se sabe, vuestra señoría sabe que es mejor siempre no estar en esos libros. Mi señor marqués cuenta, en Milán, como es justo, y como gran caballero y gran hombre que es... No, no, déjeme seguir, que la verdad pide lo que es suyo. Una recomendación, una palabra de alguien de su clase, es más de lo preciso para obtener una buena absolución.

—¿Hay empeños fuertes contra este joven?

—No, no, no creo. Apuntaron contra él en el primer momento; pero ahora creo que no sea más que una simple formalidad.

—Siendo así, la cosa será fácil; y de buena gana la tomo a mi cargo.

—Y luego no querrá que diga que es un gran hombre. Lo digo, y lo quiero decir; a pesar de vuestra señoría, lo quiero decir. Y, aunque yo estuviera callado, no serviría de nada, porque lo dicen todos: y *vox populi, vox Dei*.

Encontraron, en efecto, a las tres mujeres y a Renzo. Os dejo considerar a vosotros cómo se quedaron estos: creo que hasta las desnudas y ásperas paredes, y las ventanas, y las banquetas, y los cacharros se asombraron al recibir entre ellos una visita tan extraordinaria. Inició él la conversación hablando del cardenal y de otras cosas, con abierta cordialidad, y al mismo tiempo con delicados miramientos. Pasó después a hacer la propuesta por la que había ido. Don Abbondio, a quien rogó que fijara un precio, se adelantó; y tras un rato de ceremonias y de excusas, y que no era de su competencia, y que solo podría andar a tientas, y que hablaba por obediencia, y que se curaba en salud, profirió, en su opinión, un disparate. El comprador dijo que, por su parte, estaba muy contento y, como si hubiera entendido mal, repitió el doble: no quiso escuchar rectificaciones, y truncó y concluyó la conversación invitando a la compañía a almorzar, al día siguiente de la boda, en su palacio, donde se haría la escritura en regla.

«¡Ah —decía después entre sí don Abbondio, de vuelta en su casa—, si la peste hiciera siempre y en todas partes las cosas de esta manera, sería un verdadero pecado hablar mal de ella; casi, casi, se necesitaría una cada generación; y se podría aceptar tenerla, aunque curándose, eso sí...!».

Llegó la dispensa, llegó la sentencia absolutoria, llegó aquel bendito día: los dos novios fueron, con seguridad triunfal, a aquella misma iglesia donde, por la misma boca de don Abbondio, quedaron casados. Otro triunfo, y

mucho más singular, fue el ir al castillejo; os dejo figuraros qué cosas debían de pasar por su mente al subir aquella cuesta, al entrar por aquella puerta; y qué discursos debieron de hacer, cada uno según su natural. Aludiré solo a que, en medio de la alegría, ora uno ora otro adujo más de una vez que, para completar la fiesta, faltaba el pobre padre Cristoforo.

—Pero lo que es él —decían después—, ciertamente está mejor que nosotros.

El marqués les agasajó mucho, los condujo a un hermoso tinelo, sentó a la mesa a los dos esposos, con Agnese y con la comerciante; y, antes de retirarse a comer a otro lugar con don Abbondio, quiso quedarse allí un rato a hacer compañía a los invitados, e incluso ayudó a servirles. A nadie se le pasará por la cabeza, espero, decir que habría sido más sencillo poner una sola mesa. Os lo he presentado como un buen hombre, no como un original, como se diría hoy; os he dicho que era humilde y no que fuera un portento de humildad. Tenía cuanto necesitaba para ponerse por debajo de aquella buena gente, mas no para estar al nivel de ella.

Después de las dos comidas, se redactó el contrato por mano de un abogado que no fue Azzecca-garbugli. Este, quiero decir sus despojos, estaban y están todavía en Cantarelli. Y, para quien no sea de aquellas partes, comprendo hasta yo que aquí se necesita una explicación.

Más arriba de Lecco, como cosa de media milla y casi al lado de otro pueblo llamado Castello, hay un lugar llamado Cantarelli, donde se cruzan dos caminos; a un lado de la encrucijada se ve una elevación, como un cerrillo artificial, con una cruz en la cima; no es sino un gran montón de muertos en aquel contagio. La tradición, a decir verdad, dice simplemente los muertos del contagio; mas debe de ser, sin duda, aquel, que fue el último y el más mortífero del que quede memoria. Y ya sabéis que las tradiciones, si no se las ayuda, en sí dicen siempre muy poco.

Al regreso no hubo más inconveniente, sino que Renzo iba un poco estorbado por el peso del dinero que se llevaba. Pero el hombre, como sabéis, había pasado penas harto mayores. No me refiero al trabajo de la mente, que no era pequeño, al pensar en la mejor manera de hacerlo fructificar. Al ver los proyectos que pasaban por aquella mente, las reflexiones, las imaginaciones; al oír los pros y los contras, por la agricultura y por la industria, era como si se hubieran encontrado dos academias del siglo pasado. Aunque para él era mucho más real el apuro, porque, siendo un hombre solo, no se le podía decir: «¿Qué necesidad hay de escoger? Una y otra, en buena hora; pues los medios,

en sustancia, son los mismos; y son dos cosas como las piernas, que valen más dos que una sola».

No se pensó ya más que en hacer los bultos y en ponerse en camino: la familia Tramaglino para su nueva patria, y la viuda para Milán. Las lágrimas, los agradecimientos, las promesas de ir a verse fueron muchas. No menos tierna, exceptuadas las lágrimas, fue la separación de Renzo y de la familia de su amigo y huésped; y no vayáis a creer que con don Abbondio todo transcurrió fríamente. Aquellas buenas criaturas habían conservado siempre cierto respetuoso apego a su párroco; y este, en el fondo, siempre los había querido. Son los benditos intereses los que enredan los afectos.

A quien preguntase si no hubo también dolor al separarse del país natal, de aquellas montañas, ciertamente que lo hubo; pues dolor hay, diría yo, un poco en todas las cosas. Pero no debió de ser muy grande, ya que habrían podido ahorrárselo quedándose en su casa, ahora que los dos grandes obstáculos, don Rodrigo y el bando, habían desaparecido. Pero ya hacía algún tiempo que los tres estaban acostumbrados a mirar como suyo el país al que iban. Renzo había hecho que les cayera en gracia a las mujeres, contándoles las facilidades que allí encontraban los operarios, y cien cosas de la buena vida que allá se llevaba. Por lo demás, todos habían pasado momentos muy amargos en aquel al que volvían las espaldas; y las memorias tristes, a la larga, estropean siempre en la mente los lugares que las recuerdan. Y, si esos lugares son aquellos donde hemos nacido, quizá hay en tales memorias algo más áspero y punzante. También el niño, dice el manuscrito, reposa de buen grado sobre el seno de la nodriza, busca con avidez y confianza la teta que lo ha alimentado dulcemente hasta entonces; pero si la nodriza, para destetarlo, la moja con ajeno, el niño retira la boca, después vuelve a probar y, finalmente, se aparta de ella; llorando, sí, pero se aparta.

¿Qué diréis ahora, al oír que, recién llegados y acomodados en el nuevo país, Renzo se encontró con disgustos ya preparados? Miserias, pero ¡se necesita tan poco para turbar un estado feliz! He aquí, en pocas palabras, la cosa.

Lo mucho que se había hablado en aquel pueblo de Lucia antes de que llegase; el saber que Renzo había tenido que padecer tanto por ella, y siempre firme, siempre fiel; acaso alguna frase de un amigo, parcial con él y con todas sus cosas, habían hecho nacer cierta curiosidad por ver a la joven y cierta expectativa sobre su belleza. Y ya sabéis lo que es la expectativa: imaginativa, crédula, segura; y después, en la prueba, difícil, melindrosa; nunca encuentra nada que le baste, porque, en sustancia, no sabía lo que

esperaba; y hace pagar sin piedad el dulce que había dado sin razón. Cuando apareció esta Lucia, muchos que acaso creían que debía de tener cabellos de oro, mejillas de rosa y unos ojos que rivalizaban en belleza, ¡y qué sé yo!, empezaron a encogerse de hombros, a fruncir la nariz y a decir:

—¡Bah!, ¡es esta! Después de tanto tiempo, de tanto hablar de ella, esperábamos algo mejor. ¿Qué es, a fin de cuentas? Una campesina como otras muchas. ¡Bah!, como esta, y mejores, las hay en todas partes.

Pasando después a examinarla con detalle, observaban quien un defecto, quien otro; y hasta hubo quienes la encontraron fea.

Pero como nadie iba a decirle estas cosas en la cara a Renzo, no era grande el daño hasta el momento. Quien hizo daño fueron algunos que se las refirieron; y Renzo, ¿qué queréis?, quedó herido en lo vivo. Empezó a rumiarlo, y a dar grandes quejas, a quien le hablaba de ello, y más por extenso consigo mismo.

—¿Qué os importa a vosotros? ¿Quién os dijo que esperarais otra cosa? ¿Acaso os he hablado jamás de ella? ¿Os dije que era guapa? Y cuando me lo decíais vosotros, ¿os contesté otra cosa, sino que era una buena muchacha? ¡Es una campesina! ¿Os dije nunca que os traería aquí una princesa? ¿No os gusta? No la miréis. Tenéis mujeres guapas, miradlas a ellas.

Ya veis cómo a veces una bagatela basta para decidir el estado de un hombre para toda la vida. Si Renzo hubiera tenido que pasar la suya en aquel pueblo, según su primer designio, habría sido una vida no muy alegre. A fuerza de estar fastidiado, se había vuelto fastidioso. Era descortés con todos, porque cualquiera podía ser uno de los críticos de Lucia. No es que faltase a las reglas de la urbanidad; pero ya sabéis cuántas lindas cosas se pueden hacer sin ofender la buena crianza: hasta destriparse. Había un no sé qué de sardónico en cada una de sus palabras; en todo encontraba él también algo que criticar, hasta el punto de que, si hacía mal tiempo dos días seguidos, decía al instante: «¡Claro, en este país...!». Os digo que no eran pocos aquellos a quienes ya aburría, y hasta a personas que antes lo querían; y con el tiempo, de una cosa en otra, se habría hallado, por así decirlo, en guerra con casi toda la población, sin poder acaso él mismo conocer la primera causa de un mal tan grande.

Pero se diría que la peste había tomado a su cargo arreglar todos los yerros de Renzo. Se había llevado al dueño de otra hilandería, situada casi a las puertas de Bérgamo; y el heredero, un joven calavera, que en todo aquel edificio no encontraba nada que le divirtiera, estaba decidido a venderla, e incluso empeñado en ello, aun a mitad de precio; pero quería el dinero a toca

teja, para poder emplearlo enseguida en gastos improductivos. Llegada la cosa a oídos de Bortolo, corrió a verlo; pero aquella condición del dinero contante lo estropeaba todo, porque lo que había ido ahorrando, poco a poco, a fuerza de economías, estaba aún lejos de llegar a la suma. Dejó el trato a medias, regresó a toda prisa, comunicó el negocio a su primo y le propuso hacerlo entre los dos. Tan hermosa propuesta trunció las dudas económicas de Renzo, que se decidió al punto por la industria, y dijo que sí. Fueron allá juntos y se realizó el contrato. Cuando los nuevos dueños fueron a establecerse allí, Lucia, a quien nadie esperaba, no solo no fue sometida a críticas, sino que puede decirse que no desagradó; y Renzo llegó a enterarse de que más de uno había dicho:

—¿Habéis visto qué guapa pánfila ha llegado?

El epíteto hacía olvidar el sustantivo.

Y también del disgusto que había experimentado en el otro pueblo le quedó una útil lección. Antes había sido un poco precipitado en sentenciar, y de buena gana daba en criticar a las mujeres ajenas, y otras cosas. Advirtió entonces que las palabras hacen un efecto en la boca y otro en los oídos, y cogió un poco más de costumbre de escuchar por dentro las suyas, antes de proferirlas.

No creáis empero que no tuviera allí algún disgustillo. El hombre (dice nuestro anónimo; y ya sabéis por las pruebas que tenía un gusto un poco extraño en materia de similitudes; pero pasadle también esta, que será la última), el hombre, mientras está en este mundo, es un enfermo que se encuentra en una cama más o menos incómoda, y ve alrededor otras camas, bien hechas por fuera, lisas, mullidas; y se figura que en ellas se debe de estar muy bien. Pero si consigue cambiar, apenas se ha acomodado en la nueva, comienza, con su peso, a notar aquí una paja que le punza, allá un bulto que le molesta; estamos, en suma, en la historia de antes. Y por eso, añade el anónimo, se debería pensar más en hacer el bien que en estar bien; y así se acabaría estando mejor. La cosa está prendida un poco con alfileres, y es muy de seiscentista; pero en el fondo tiene razón. Por otra parte, prosigue, dolores y enredos de la calidad y la fuerza de los que hemos contado no volvió a haberlos para nuestra buena gente; su vida fue, a partir de ese momento, de lo más tranquila, de lo más feliz, de lo más envidiable; de manera que, si os la tuviera que contar, os aburriría mortalmente.

Los negocios marchaban viento en popa; al principio hubo un poco de estancamiento por la escasez de obreros y las exageradas pretensiones de los pocos que habían quedado. Se publicaron edictos que limitaban las pagas de

los operarios; y, a pesar de esta ayuda, las cosas volvieron a su cauce, porque al final a él tienen que volver. Llegó de Venecia otro edicto, algo más razonable: exención, durante diez años, de toda carga real y personal para los forasteros que fueran a vivir en aquel estado. Para los nuestros fue una nueva cucaña.

Antes de que se cumpliera el año del casamiento, vio la luz una hermosa criatura; y, como hecho adrede para darle enseguida oportunidad a Renzo de cumplir su magnánima promesa, fue una niña; y podéis creer que le pusieron de nombre Maria. Vinieron después con el tiempo no sé cuántos más, de uno y otro sexo; y Agnese se ajetreaba llevándolos de acá para allá, uno tras otro, llamándoles traviesos y estampándoles en la cara unos besazos que les dejaban un blanco durante algún tiempo. Y todos salieron bien inclinados; Renzo quiso que aprendieran todos a leer y a escribir, diciendo que, ya que existía esa pillería, debían al menos aprovecharse también ellos.

Lo bueno era oírlo contar sus aventuras, y acababa siempre hablando de las grandes cosas que había aprendido, para gobernarse mejor en el futuro.

—Aprendí —decía— a no meterme en los tumultos; aprendí a no predicar en público; aprendí a mirar con quién hablo; aprendí a no empinar demasiado el codo; aprendí a no estar agarrado a la aldaba de una puerta, cuando en torno hay gente de cascos calientes; aprendí a no atarme una campanilla al pie, sin haber pensado antes lo que pudiera acontecer.

Y mil cosas más.

Lucia, sin embargo, aunque no encontraba la doctrina falsa en sí, no estaba satisfecha; le parecía, confusamente, que faltaba algo. A fuerza de oír repetir la misma canción, y de pensar sobre ella cada vez, dijo un día a su moralista:

—¿Y yo? ¿Qué queréis que haya aprendido? Yo no fui en busca de problemas; fueron ellos los que vinieron a buscarme a mí. A no ser que queráis decir —agregó, sonriendo suavemente— que mi disparate fue quereros y prometerme con vos.

Renzo, al principio, se vio en un aprieto. Tras un largo debatir y buscar juntos, llegaron a la conclusión de que los problemas llegan a menudo porque se les ha dado motivos; pero que la conducta más cauta e inocente no basta para mantenerlos alejados: y cuando llegan, por culpa o sin ella, la confianza en Dios los dulcifica y los vuelve útiles para una vida mejor. Esta conclusión, aunque encontrada por pobre gente, nos ha parecido tan justa que hemos pensado en ponerla aquí, como la sustancia de toda la historia.

Si esta no os ha desagradado del todo, agradecédselo a quien la ha escrito, y también un poquito a quien la ha remendado. Pero, si en vez de eso hubiéramos logrado aburriros, creed que no se ha hecho aposta.



Alessandro Manzoni nació en Milán en 1785. Se crio en una familia de literatos y mostró desde muy joven un interés especial por la poesía. En su juventud se sumergió en el ambiente iluminista de la aristocracia de Milán. Su obra se ve influida primero por los representantes del neoclasicismo italiano y más tarde por el realismo romántico que imperaba en Francia en el momento. En 1819 publicó su primera tragedia, *El Conde de Carmañola*, una obra que subvierte las convenciones clásicas y que suscitó una gran polémica. Su segunda obra, *Adelchi*, trata el derribo de la dominación longobarda en Italia por parte de Carlomagno. Entre estas dos publicaciones teatrales comenzó a dar forma a su novela *Los novios*, que se publicó en volúmenes entre 1825 y 1827 y que lo consagró definitivamente como escritor. Esta obra es considerada, junto con la *Divina Comedia* de Dante, la más importante de la literatura italiana, y suscitó la admiración de escritores de la talla de Goethe. Los últimos años de la vida de Manzoni estuvieron marcados por la muerte de su esposa y de sus hijos. Falleció en mayo de 1873 en Milán a causa de una meningitis, unas semanas después de la muerte de su hijo mayor.

Notas

[1] La edición de las cartas de Manzoni que citamos es *Tutte le lettere*, Cesare Arieti, Milán, Adelphi, 1986. <<

[2] Peter Burke, *L'histoire dans un genre neuf: «I promessi sposi» come storia sociale*, en *Il romanzo. Temi, luoghi, eroi*, Turín, Einaudi, 2003, p. 271. <<

[3] Vittorio Spinazzola, *I promessi sposi*, Turín, Garzanti, 1973, pp. VII-VIII.
<<

[4] Alberto Moravia, «Alessandro Manzoni o l'ipotesi di un realismo cattolico», en *L'uomo come fine*, Milán, Bompiani, 1960, p. 244. <<

[5] Carta a Fauriel de 3 de noviembre de 1821, Cesare Arieti, *op. cit.* <<

[6] Peter Burke, *op. cit.*, pp. 262-277. <<

[7] Para el análisis de la influencia de Manzoni, véase F. Meregalli, «Manzoni in Spagna», *Annali manzoniani*, VII, pp. 129-214; sobre la recepción española de Manzoni, cf. con O. Macrí, *Varia fortuna del Manzoni in terre iberiche*, Rávena, Longo, 1976. <<

[8] Como precisa Esther Benítez en las notas a su edición, los bravos eran guardias al servicio de los señores. Se corresponderían con la policía, y el término deriva del latín *pravus*, «malvado». Italianizado en bravo. <<

[9] Federigo Tozzi, «Come leggo io», *Opere*, Milán, Mondadori, p. 1325. <<

[10] P. 248 de la presente edición. <<

[11] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[12] El domingo siguiente al día del encuentro con los bravos era el primer domingo de Adviento en el rito ambrosiano. Desde el primer domingo de Adviento hasta la Epifanía estaba prohibido celebrar matrimonios. (*N. de la T.*) <<

[13] Literalmente, «arma embrollos». (*N. de la T.*) <<

[14] En Lombardía, la costumbre de la época era celebrar el banquete de bodas el domingo siguiente a la ceremonia. (*N. de la T.*) <<

[15] Jefe de la administración civil y judicial del territorio de Lecco. A su cargo estaba la aplicación de los bandos. (*N. de la T.*) <<

[16] Los feciales eran los miembros de un colegio sacerdotal de la antigua Roma que decidían sobre la conveniencia de la guerra y estipulaban la paz. (*N. de la T.*) <<

[17] El conde Attilio es tan ignorante que confunde «feciales» con «oficiales». Más adelante tampoco es capaz de pronunciar el nombre de Wallenstein, entonces en boca de todos. (*N. de la T.*) <<

[18] Con el sentido antiguo de persona educada y criada por otra. (*N. de la T.*)
<<

[19] «Así he decidido, y apruebo esa opinión». (*N. de la T.*) <<

[20] *Parpagliola*, moneda acuñada en Lombardía que valía dos sueldos. (*N. de la T.*) <<

[21] *Il soccorso di Pisa*, frase proverbial para indicar un auxilio inútil por tardío. La expresión procede de que los barcos enviados por Pisa llegaron a Lepanto cuando la batalla ya estaba decidida. (*N. de la T.*) <<

[22] Moneda de plata milanesa que valía treinta sueldos. (*N. de la T.*) <<

[23] El *console*, una especie de alcalde pedáneo, era el jefe de la aldea y dependía en este caso directamente del podestá de Lecco. (*N. de la T.*) <<

[24] «Todo es puro para los puros». (*N. de la T.*) <<

[25] Josephi Ripamontii, *Historiae Patriae*, Decadis V, Libro VI, cap. III, p. 358 *et seq.* (N. del A.) <<

[26] La toga viril se otorgaba en Roma a los jóvenes que cumplían diecisiete años. Y el chocolate, bebida cara y bastante rara en toda Europa, no solía dárselos a los niños en el siglo xvii. (*N. de la T.*) <<

[27] En la asamblea de las órdenes religiosas se votaba con bolas negras (negativas) o blancas (afirmativas). (*N. de la T.*) <<

[28] *Verso le ventitré*, una hora antes de la puesta del sol. Las horas se contaban entonces de una puesta del sol a otra. (*N. de la T.*) <<

[29] *El prestin di scansc. (N. del A.) <<*

[30] Esta y otras frases en cursiva en este capítulo aparecen en castellano en el texto original. (*N. de la T.*) <<

[31] «Cedan las armas ante la toga», esto es, los soldados ante los magistrados.
(*N. de la T.*) <<

[32] *Pitaffio*, corrupción de *epitaffio*, denominación popular, con cierto aire peyorativo, para los manifiestos y bandos que se fijaban en las esquinas. (*N. de la T.*) <<

[33] A Renzo las frases castellanas que ha oído en labios de Ferrer le suenan a latín: *siés* («así es»), *baraòs* («guardaos»)... y *trapolorum*, por afinidad con el *latinorum* de don Abbondio, y con la idea subyacente de trampa (*trappola*) en un lenguaje que no entiende. (*N. de la T.*) <<

[34] Símbolo bíblico, atribuido a Salomón, referido a un complicado entramado de líneas simbólicas sin principio ni fin que se representa como un doble nudo en forma de ocho. (*N. de la T.*) <<

[35] Sin formalidades legales, de modo no oficial ni jurídico. (*N. de la T.*) <<

[36] En las zonas rurales, una rama verde sujeta en el tejado equivalía a una muestra de hostería. (*N. de la T.*) <<

[37] *Dar calci all'aria*, gráfica y macabra representación de los ahorcados. (*N. de la T.*) <<

[38] En este pasaje, Manzoni reproduce el latín macarrónico que recogen los textos judiciales de la época. (*N. de la T.*) <<

[39] «Lucha contra el mal en sus principios». (*N. de la T.*) <<

[40] *Montanarolo*, diminutivo de *montanaro*, «montañés», cuya traducción más adecuada podría ser «Serranillo». (*N. de la T.*) <<

[41] *Nibbio* significa «milano». (*N. de la T.*) <<

[42] *Far gli occhiacci del fazzoletto*, eficazísima expresión elíptica que no he querido traducir por una perífrasis: el Nibbio tiene la misma cara amenazante que tenía uno de los bravos cuando sacó el pañuelo para amordazarla en el momento del rapto. (*N. de la T.*) <<

[43] «No exageremos». (*N. de la T.*) <<

[44] «Este cambio es obra del Altísimo». (*N. de la T.*) <<

[45] «Usar clemencia con los sometidos». (*N. de la T.*) <<

[46] «Se había perdido y ha sido encontrado». (*N. de la T.*) <<

[47] El representante diplomático. (*N. de la T.*) <<

[48] La frase («Dadas, por lo demás, las mismas circunstancias») no parece indicar aquí sino una relación de paralelismo entre las ventajas de menos hombres y menos tejas perjudicadas. (*N. de la T.*) <<

[49] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[50] *Historiae Patriae*, Decadis V, Lib. V, p. 386. (*N. del A.*) <<

[51] *Ragguaglio dell'origine et giornali successi della gran peste contagiosa, venefica et malefica, seguita nella città di Milano, etc.*, 1648, p. 10. (N. del A.) <<

[52] *Del morbo petecchiale... e degli altri contagi in generale*, obra del doctor Enrico Acerbi, cap. III, § 1 y 2. (N. del A.) <<

[53] Moneda que tomó el nombre del papa Julio II. (*N. de la T.*) <<

[54] «Fuego, sudad en preparar metales». (*N. de la T.*) <<

[55] P. 16. (*N. del A.*) <<

[56] Wallenstein fue asesinado en 1634 por orden del emperador. (*N. de la T.*)

<<

[57] *Cappelletti*, así llamados por su sombrero plano, jinetes mercenarios a sueldo de Venecia. (*N. de la T.*) <<

[58] *In ospitazione*, detención y acuartelamiento de los soldados en determinados pueblos. (*N. de la T.*) <<

[59] Respeto el violento anacoluto del original: «los soldados» se queda sin predicado, dominado por otro sujeto: «tomar fortalezas». (*N. de la T.*) <<

[60] Josephi Ripamontii, *canonici scalensis, chronistae urbis Mediolani, De peste quae fuit anno 1630*, Libri V, Mediolani, 1640, *apud* Malatestas. (N. del A.) <<

[61] P. 24. (*N. del A.*) <<

[62] *Ibid.*, Tadino. (*N. del A.*) <<

[63] *Vita di Federigo Borromeo*, redactada por Francesco Rivola, Milán, 1666, p. 585. (N. del A.) <<

[64] *Storia di Milano* del conde Pietro Verri, Milán, 1825, tomo 4, p. 155. (*N. del A.*) <<

[65] «... et nos quoque ivimus visere. Maculae erant sparsim inaequaliterque manantes, veluti si quis haustam spongia saniem adpersisset, impressissetve parieti: et ianuae passim, ostiaque aedium eadem adspergine contaminata cernebantur», p. 75. (*N. del A.*) <<

[66] Tadino, p. 93. (*N. del A.*) <<

[67] El texto en cursiva en este capítulo está en castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[68] *Memoria delle cose notabili successe in Milano intorno al mal contagioso l'anno 1630*, etcétera, recogidas por D. Pio la Croce, Milán, 1730. Está sacada evidentemente de un escrito inédito de un autor vivido en la época de la pestilencia; si no es una simple edición, más bien que una nueva compilación. (N. del A.) <<

[69] «Si unguenta scelarata et unctores in urbe essent... Si non essent... Certiusque adeo malum», Ripamontii, p. 185. (*N. del A.*) <<

[70] Pietro Verri, *Osservazioni sulla tortura*, escritores italianos de economía política; parte moderna, tomo 17, p. 203. (N. del A.) <<

[71] *Alleggiamento dello Stato di Milano*, etcétera, de C. G. Cavatio della Somaglia, Milán, 1635, p. 482. (*N. del A.*) <<

[72] Agostino Lampugnano, *La pestilenza seguita in Milano, l'anno 1630*, Milán, 1634, p. 44. (N. del A.) <<

[73] Este término deriva de la voz dialectal lombarda *monat*, que significa «sucio» o también «mal tipo», «pillo». (*N. de la T.*) <<

[74] P. 117. (*N. del A.*) <<

[75] Ripamonti, p. 164. (*N. del A.*) <<

[76] P. 102. (*N. del A.*) <<

[77] «Apud prudentium plerosque, non sicuti debuerat irrisa», *De peste, etc.*, p. 77. (N. del A.) <<

[78] «Prepara enfermedades mortales, se ven cosas admirables». (*N. de la T.*)
<<

^[79] Pp. 123-124. (*N. del A.*) <<

[80] Muratori, *Del governo della peste*, Módena, 1714, p. 117. Pietro Verri, *op. cit.*, p. 261. (N. del A.) <<

[81] *De Pestilentia quae Mediolani anno 1630 magnam stragem edidit*, cap. V.
(N. del A.) <<

[82] Véase el opúsculo al final del volumen. (*N. del A.*) <<

[83] Ripam., *Hist. Pat.*, Dec. V, Lib. VI, cap. III. (*N. del A.*) <<

[84] Un poco duro resulta este anziana aplicado a la viuda, de la que en el capítulo anterior se dice que tiene unos treinta años. Pero el texto es tajante, y no cabe otra interpretación. (*N. del A.*) <<

